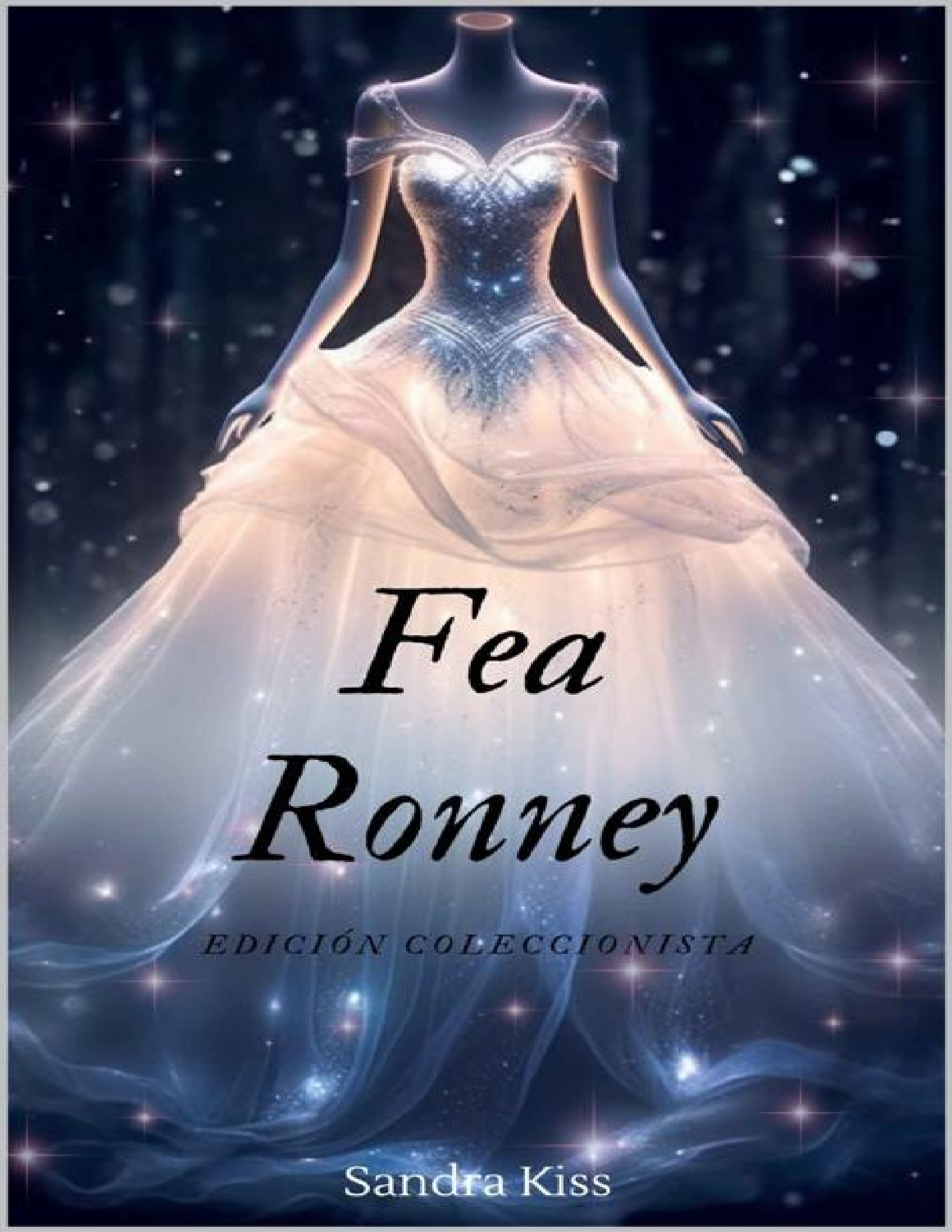

Fea
Ronney
EDICIÓN COLECCIONISTA
Sandra Kiss

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Este libro es ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personajes o lugares reales se utilizará de forma ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares y sucesos proceden de la imaginación del autor, y cualquier parecido con personajes vivos o existentes es pura coincidencia.

Advertencias para los lectores:

Este libro contiene algunas escenas violentas y eróticas que pueden herir la sensibilidad de los más jóvenes, así como de los incautos. Edad recomendada: a partir de los dieciséis años.

A todas las Ronneys: sois inteligentes, fuertes y hermosas. No permitáis que la sociedad os diga lo contrario.



Tabla de contenidos

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
Epílogo
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
Epílogo de Yeraz
Epílogo de Ronney
Agradecimientos

Prólogo

Sentada en el patio de recreo con mis dos amigas, Sofía y Jenyfer, dibujamos con tiza en el suelo.

—¿Ronney? —me llamó una voz desde atrás.

Me levanté lentamente, arreglando los pliegues de mi falda en su sitio. Emmanuel, un compañero de último año de primaria, estaba de pie frente a mí. A pesar de sus orejas protuberantes y su cara hinchada, era el chico más popular de nuestra sección.

—Uh... Estamos jugando a Verdad o Reto por allí con los otros —dijo.

Mi mirada pasó inmediatamente por encima de su hombro y recayó en el grupo, un poco más alejado, que reía sin discreción.

—Elegí reto —continuó Emmanuel, riendo —¡y tengo que decirte que me pareces muy fea!

Estas violentas palabras fueron como una bofetada. Mi cerebro se detuvo. Paralizada por la vergüenza, me quedé viendo a Emmanuel volver con su grupo de amigos. Una semilla de amargura quedó plantada en mi interior.

Un momento después estaba en mi aula vacía de alumnos. El suelo olía a lejía. Mi corazón se aceleró y empecé a recoger mis cosas lo más rápido posible. Corrí hacia la puerta trasera del aula, pero estaba cerrada. Oí sus pasos acercándose. Presa del pánico, busqué desesperadamente un lugar donde esconderme. La puerta principal se abrió para dejar que sus risas entraran en la habitación. Me acobardé y me cubrí la cara con las manos.

—No, déjenme ir, déjenme ir.

Me desperté de esta pesadilla bañada en sudor. Era siempre la misma.

1

Me acurruqué en la parte trasera de la camioneta mientras esta avanzaba a toda velocidad por la carretera de arenilla, con mi codo apoyado en la ventanilla abierta. ¿Por qué había aceptado seguirlos? *Porque simplemente eres incapaz de decir —¡No!* —me gruñó mi conciencia. Me ajusté las gafas, que seguían deslizándose por mi nariz fina. No estaba equivocada. Ayer había cumplido veinticinco años y nada había cambiado. Mis primos seguían disfrutando mucho burlándose de mí, a mis espaldas o abiertamente.

—Ronney, ¿todavía no quieres darle una calada a ese cigarrillo?

Louis, que conducía, levantó el brazo para ofrecerme su porro casi terminado. Melissa, sentada a mi lado, le apartó la mano con violencia.

—¡Déjala en paz! Muy bien sabes que no soporta ese olor.

—No le gusta nada excepto Elvis Presley en su viejo walkman —dijo Gabriella desde el asiento del copiloto.

Mi prima, inmóvil, no se había molestado en voltearse y mirarme. Había pronunciado las palabras en un tono simultáneamente tranquilo e insolente.

—¿Quién carajos va por ahí con un walkman en el cinturón hoy en día?

—¡Nuestra estúpida prima! —rió Gabriella mientras se volvía a hacer la cola de caballo por enésima vez—. Es de la época de los dinosaurios.

—Al igual que su aparato que lleva arrastrando desde hace años —añadió Louis.

Me mordí profundamente el interior de mi mejilla y subí el volumen de mi walkman para no oír sus insultos ni sus estruendosas risas resonando en el coche. La voz de Elvis me ayudó a escapar. Melissa no dijo nada, como siempre. Era la más amable de mis muchos primos. Amable porque nunca me hacía comentarios malos o inapropiados. Dejaba que los demás lo hicieran, sin ponerse nunca de mi parte. Su silencio no era menos doloroso.

Luego de unos minutos, mi vista se perdió en la maravillosa naturaleza del sur de California. El aire caliente de Sheryl Valley era casi asfixiante aquel septiembre. Mi cerebro comenzó a divagar nostálgicamente hasta que mis pensamientos volvieron a torturarme con Caleb, el hombre al que había amado durante unos meses, y al que seguía amando. La ruptura había sido violenta e insoportable, pero una vez más me lo había guardado todo dentro de mí. Volví a ver sus rasgos, su tez pálida, casi lívida. Su larga nariz, su boca, sus ojos verdes. Cuando mi corazón se arrugó hasta el punto de doler, sacudí la cabeza para ahuyentarlo de mi mente. *¡Te dejó, Ronney! Déjalo ya.*

Las sacudidas del coche disminuyeron cuando frenó en la arenilla. Lentamente volví a la realidad.

Louis estacionó delante de una villa que no podía verse a causa del enorme portón, pero todo el mundo conocía el nombre del propietario. Mi respiración se detuvo y una sensación de pánico paralizó mis extremidades. Me quité los auriculares y tartamudeé:

—No, no puedo. No puedo.

—¡Ronney, no seas un grano en el culo!

Dirigí mi mirada hacia Gabriella, que se había vuelto hacia mí, explotando de ira. Me miraba fijamente con mala cara.

—Todos hemos pasado por esto. Tienes veinticinco años: tienes que seguir la tradición.

Tragué y le supliqué con la mirada. Entonces sentí la mano de Melissa en mi hombro.

—Mira, Ronney. No es la gran cosa. Sólo toca el timbre, preséntate e inventa una excusa para entrar en la mansión Khan. Sabes tan bien como yo que serás rechazada en un segundo. Entonces

te darás la vuelta y volverás a la camioneta con nosotros.

—¡Tuve un reto peor hace dos años! —gritó Louis, mirando al enorme edificio—. No me gustaría que nadie recogiera el estiércol de un elefante. Cuando lo pienso... ¡Mierda! Todavía puedo olerlo en mis fosas nasales.

—Esta familia tiene fama de ser una de las más peligrosas del país —dije—. Se dice que forman parte de la mafia. ¿Y si deciden matarme?

Mi corazón iba a explotar en mi pecho.

—¡Apresúrate! —me ordenó Gabriella, con expresión todavía severa—. No vamos a dormir aquí. Estoy deseando hacer otra cosa.

Melissa me animó con una sonrisa reconfortante. Respiré hondo antes de salir de la camioneta y caminar vacilante hacia el enorme portón gris.

Mis dedos se detuvieron a pocos centímetros del interfono. Me giré hacia la camioneta, estacionada un poco más lejos, con cara de preocupación. Melissa, ansiosa, me hizo un pequeño gesto con la cabeza a través de la ventanilla mientras Gabriella ponía los ojos en blanco, exasperada por mi actitud. Tragué saliva.

—Vamos, Ronney —murmuré para mí—. Sólo un pequeño toque en el timbre. Con un poco de suerte, nadie responderá un domingo.

Conté hasta tres en mi cabeza y pulsé el botón, con el corazón todavía galopando. Los segundos parecieron durar una eternidad en el pesado silencio que se instaló a mi alrededor. Los latidos de mi corazón disminuyeron a medida que pasaba el tiempo: no había nadie. Aliviada, me giré para salir cuando de pronto se oyó una áspera voz femenina en el interfono. La sangre abandonó mi rostro y balbuceé:

—Ronney Jiménez, señora.

—¿Qué necesita?

Alarmada por la pregunta, miré desesperadamente a mi alrededor en busca de ayuda. El camino de entrada estaba vacío y las villas estaban muy separadas. No podía volver corriendo a la camioneta. Mis primos y Louis me lo reprocharían durante meses, incluso años. Sería una oportunidad más para burlarse de mí. No sólo sería ‘Ronney la fea’, también me convertiría en ‘Ronney la cobarde’. Maldita sea. Apreté la mandíbula con todas mis fuerzas.

—¿Qué quiere? —dijo la voz al otro lado del interfono.

—Estoy aquí por el trabajo —respondí sin pensar, esperando que la mujer me echara.

—¿Qué? ¿Un domingo?

La oí suspirar detrás de la gran caja metálica y luego murmurar unas palabras que no entendí.

—Puerta de la derecha, al otro lado del patio.

Antes de que pudiera decir algo, la puerta se abrió lentamente sin ruido alguno. Invadida por el pánico me giré hacia la camioneta, dispuesta a salir corriendo. Las manos de Gabriella se agitaron para obligarme a quedarme donde estaba. Entonces Louis salió del coche, señalándome. Habló lo suficientemente alto como para que lo oyera.

—¡Tienes que seguir este reto hasta el final! No tienes ningún trato especial, Ronney. Todos lo hemos hecho.

—Haré otro, lo prometo. Déjame volver a entrar.

—¡No! Por una vez, sé valiente.

¿Qué sabía él del valor? Furiosa y atormentada, no tuve más remedio que llevar a cabo mi misión para que mis torturadores me dejaran en paz de una buena vez con esa estúpida tradición de los veinticinco años. Con el estómago revuelto, atravesé la puerta rezando para que esa pesadilla terminara lo antes posible.

****

A la luz del sol, el camino de entrada a la villa era verde y el ambiente era tranquilo. Los adoquines, abundantemente florecidos, rodeaban la enorme casa que estaba ante mí. Hecha de piedra de aspecto antiguo, estaba envuelta en una sábana de vegetación y tenía enredaderas. A la izquierda, mucho más allá, pude ver una cocina abierta que daba al parque que había detrás de la villa. Podría haber disfrutado de esa deslumbrante vista en otras circunstancias, pero por el momento solo podía esforzarme por desatar los nudos de mi estómago.

Entré en un pequeño patio a la derecha y descubrí que tenía un encanto tradicional mediterráneo, con una fuente central que aportaba una gran frescura al lugar. El pequeño espacio al aire libre tenía el aspecto de una sala de recepción de verano. Tras un paseo sin prisas, me detuve en medio de ese lugar y me puse a mirar a mi alrededor, impresionada por la arquitectura sencillamente sublime.

—¿Es usted la joven para el trabajo de asistente?

Sorprendida por la voz que acababa de perturbar el suave silencio de la naturaleza, jadeé antes de girarme hacia ella, y luego tartamudeé:

—Sí, pero puedo volver otro día, si lo prefiere.

Me acomodé las gafas y moví los dedos incómoda frente al ama de llaves de corta estatura. Su cabello rubio, recogido en un moño impecable, acentuaba la mirada estricta de su rostro inclinado. Recé en mi corazón para que esa mujer me dejase ir lo antes posible. Bajó la mirada a mis holgados pantalones, demasiado grandes; luego a mi informe camiseta, antes de clavar sus penetrantes ojos en los míos. Vi en ellos desaliento por mi repulsivo aspecto. Tras reflexionar un momento, asintió con la cabeza antes de decir en tono seco:

—¡Más vale que terminemos ahora! No creo que la entrevista con la señora Khan dure demasiado.

Se dio la vuelta y me indicó que la siguiera. Torpemente, me apresuré a hacerlo.

—¿La señora Khan? ¿Realmente voy a conocerla?

El ama de llaves se detuvo en el pasillo antes de voltearse hacia mí, y luego puso los ojos en blanco.

—Peter realmente tiene un don para elegir candidatas. Tiene sentido que hagas la entrevista con ella, ya que trabajarás *para* ella.

Luego volvió a examinarme de arriba abajo antes de continuar:

—Quiero decir... hacer la entrevista ya es bastante. La Señora Khan ya ha visto a docenas de candidatas, pero, sin ánimo de ofender, tú no das la talla.

Un suspiro de alivio se me escapó al escuchar este reproche apenas disimulado. Estaba deseando volver a mi día normal en un mundo normal. Ante mi actitud excesivamente alegre, el ama de llaves me miró con desconfianza. Estaba a punto de añadir algo cuando una voz grave procedente del fondo del pasillo la interrumpió.

—Señorita Abigaëlle, ¿está viniendo? Camilia se está impacientando.

—Estamos llegando, Pierre. Por favor, anuncia la llegada de Ronney Jiménez.

El empleado se fue antes de que yo pudiese verlo.

Las oscuras y estrechas paredes del pasillo estaban decoradas con retratos familiares que llegaban hasta el alto techo. Tuve la desagradable sensación de ser observada. Varias generaciones me miraban fijamente al pasar. El suelo de baldosas blancas y negras hacía que el

lugar fuera bastante frío. Al final del largo pasillo, los retratos familiares eran más cálidos. Reconocí a las chicas Khan: Aaliyah, Ghita y Cyliane, auténticas estrellas en las redes sociales y en el mundo de los famosos. Era imposible ignorar esos nombres; todo el país conocía sus movimientos. Eran hermosas. Le siguió el retrato de Hadriel. Era el segundo hijo de Camilia. También era muy popular, con muchos seguidores en internet. Los anunciantes se peleaban por su nombre. Multimillonario con sólo veintiocho años, había sido portada de la revista Forbes este año. Esta familia era rica. *¿Qué estoy haciendo aquí?*

Me detuve de improviso frente a la última foto, entrecerrando los ojos para observar mejor cada detalle del rostro del hombre que posaba en ella. Me resultaba familiar, pero no estaba segura de dónde lo había visto. Incliné la cabeza.

—¿Este es...?

—Sí, ese es el hijo mayor, Yeraz.

La voz del ama de llaves estaba teñida de impaciencia, pero yo no podía apartar los ojos de aquel magnético rostro.

Yeraz era el mayor de los hermanos. Muy discreto, nunca aparecía en el torbellino de medios en el que estaba inmerso el resto de su familia. Siempre con sus grandes gafas de sol negras, nadie podía reconocerlo en público. Era la primera vez que lo veía con la cara descubierta, y era casi desestabilizador.

—Señorita Jiménez, Camilia Khan es una mujer ocupada. No debemos hacerla esperar.

Abigaëlle señaló la puerta cerrada con la cabeza. De pronto parecía menos segura de sí misma. Mi pulso se aceleró de nuevo. La matriarca, apodada ‘la Ogresa’ en todos los periódicos, estaba justo detrás de esa puerta. No podía volver atrás. La pesadilla continuaba.

A diferencia de la entrada de la casa, la sala era cálida,. Los colores vivos de las paredes y la alfombra complementaban la ya recargada decoración, con muchas fotos familiares, así como trofeos y portadas de revistas. Detrás del imponente escritorio de estilo antiguo estaba sentada una elegante mujer con el cabello muy corto. Su rostro ovalado, sin una sola arruga y perfectamente liso, no me permitía calcular su edad. Sus gafas, redondas, estaban colocadas al final de su pequeña nariz y no parecían molestarla. Un vestido pálido, de impecable gusto, moldeaba la parte superior de su perfecta figura.

Sentada bien atrás en su silla me examinó, inspeccionando con detalle cada milímetro de mi aspecto antes de posar su mirada en el walkman que colgaba de mi cinturón. La señora Khan frunció los labios y luego sus manos se cerraron sobre sus antebrazos desnudos. Parecía intrigada por mí.

—Peter debe haber olvidado cancelar a esta candidata al puesto de asistente —intervino el ama de llaves con voz titubeante. —¿Quiere que yo...?

Su jefa levantó la mano para pedirle silencio. Mientras ella rebuscaba entre los archivos, yo observaba furtivamente la sala.

—¿Dónde está su archivo? No la encuentro en la carpeta de Peter.

La señorita Abigaëlle se encogió de hombros, con aspecto avergonzado, antes de bajar los ojos y mirar al suelo. La señora suspiró antes de declarar en tono suave pero irritado:

—Además de estar ausente hoy, Peter se permite enviarnos candidatas en domingo sin ningún expediente ni información sobre ella.

Me miró con una sonrisa amable pero evasiva. Era evidente que le costaba entender la elección de su asistente. Mis manos estaban tan sudadas que las escondí detrás de mi espalda. Me obligué a respirar con calma, aunque sentía que estaba a punto de desmayarme. Miré el gran reloj

Rolex que había en la pared detrás de ella. Los minutos pasaban lentamente. No podía esperar a salir de aquí.

—Por favor, señorita Jiménez, siéntese.

No, no es posible. Accedí a la petición de la señora Khan, con el rostro tenso por la decepción. La matriarca miró por encima de mi hombro y oí los pasos del ama de llaves saliendo discretamente de la habitación. La empresaria sentada frente a mí se quitó las gafas y me miró penetrantemente. Me sentí completamente desnuda. Incómoda, bajé automáticamente la mirada a mis manos y apreté mis pantalones abolsados con todas mis fuerzas.

—¿Quién es usted, señorita Jiménez?

¿Había adivinado la verdadera razón por la que estaba allí? Su tono frío y suspicaz me provocó un escalofrío. Cerré los ojos un momento y esperé a que los latidos de mi corazón disminuyeran. Tras unos segundos, los abrí de nuevo y respiré profundamente.

—¿Quién soy? Eh, una joven normal, o casi. Bueno, eso creo.

Me aclaré la garganta y continué, tratando de mirar lo más posible a mi interlocutora, que seguía observándome con una mirada penetrante.

—Ayer cumplí veinticinco años. A decir verdad, no sé nada de ser asistente—. Mis palabras la hicieron levantar una ceja.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué quieres este trabajo, entonces? Entiendes que no puedo dejar entrar a cualquiera en mi casa. Es un trabajo de mucha responsabilidad.

—Sí, por supuesto que lo entiendo. Creo que fue un error venir aquí hoy.

La señora Khan pareció sorprendida por mi actitud. Sus dedos empezaron a moverse nerviosamente de arriba abajo por su cuello. Se levantó bruscamente de su silla y miró al techo para recuperar la compostura. No había nada que perturbara el silencio que nos rodeaba. Por mi parte, intenté controlar lo mejor posible los temblores de mi pierna. En ese momento estaba segura de que iba a pedirme que me fuera. La matriarca recorrió su oficina con la mirada.

—¿A qué te dedicas, Ronney?

¿Ronney? De repente me había llamado por mi primer nombre. ¿Era una estrategia para hacerme hablar? Hasta ahora nadie había mostrado ningún interés en mi vida, excepto quizás Caleb, e incluso de él no estaba muy segura.

—Los fines de semana, soy actriz de doblaje.

—¿Qué es eso?

—Me transformo, o mejor dicho, presto mi voz a personajes animados. Son sobre todo dibujos animados.

La Señora Khan parecía sorprendida y aliviada de tener por fin a alguien normal frente a ella.

—¿Te gusta?

Una pregunta curiosa. ¿Importaba lo que me gustaba? Miré alrededor de la habitación antes de responder tímidamente:

—Sí, me permite evadirme de mi vida cotidiana. Es lo que mejor hago.

La señora Khan asintió lentamente. Perdió parte de la rigidez que había tenido hasta ese momento. No veía una Ogresa frente a mí. Al contrario. No, había humanidad en esta mujer, algo muy raro, que pocas personas tenían.

—¿Y durante la semana?

—Ayudo a mis padres en un restaurante del Distrito *Bakery*.

La señora Khan volvió a asentir con una mirada tolerante. Conocía la mala reputación del vecindario: pobre y peligroso.

—¿Fuiste a la universidad?

—No, no fui.

De nuevo, me retraje y bajé la mirada.

—Dejé el instituto durante el primer año.

—Ronney, ¿puedo hacerte una pregunta?

¿En serio? ¡Ya lleva varios minutos haciendo eso! Levanté la cabeza con dificultad.

—¿Estás soltera?

Sorprendida y avergonzada, me ajusté las gafas y respondí en voz baja:

—Para ser sincera, acabo de salir de una relación complicada. Me dejó y... eso es todo.

—Sí, lo entiendo.

¡No, no lo entiendes! Quería gritar. El hombre que amaba me había dejado por mi prima, hacía ya casi un año. Ellos vivían felices, mientras que yo apenas podía andar porque el dolor era todavía muy fuerte.

—Sí, de verdad, lo entiendo —insistió ella, adivinando mis pensamientos. Vi en su interior una tristeza absoluta—. Mi marido murió hace casi cuatro años y aún no lo he aceptado completamente.

Todavía recordaba la portada de la prensa sensacionalista en la que se decía que Yanis Khan había sido asesinado. Ya no me sentía como si estuviera allí para una entrevista. Esta mujer me conmovió de verdad. Éramos de dos mundos completamente diferentes, pero por un momento compartimos algunos fragmentos de nuestras vidas.

—Lo siento mucho. Ha sido un calvario terrible para ti —dije.

En el fondo de sus tristes ojos se reflejaban todos los tonos de miel y marrón.

—¿Eres hija única?

—No, tengo un hermano mayor, Elio, que actualmente vive con mis padres.

—¿Y vives sola? ¿En un apartamento o en una casa?

Su doble pregunta me atrapó de nuevo desprevenida.

—Apartamento compartido. No hay suficiente espacio en casa de mis padres, y mi hermano necesita muchos cuidados por su cáncer de pulmón.

—Oh.

La empresaria apretó los labios y me dirigió una mirada comprensiva.

—Imagino que los costes médicos deben ser astronómicos para tu familia.

Asentí levemente con la cabeza sin añadir nada. Mi vida debía de parecer bastante sombría desde fuera, y lo era.

—Deberías encontrar a alguien más competente y disponible para el trabajo. Ser tu asistente debe requerir seguramente mucho tiempo.

—¿Y no lo tienes?

Sacudí la cabeza enérgicamente. La señora Khan volvió a acomodarse el vestido y cruzó los brazos sobre el pecho nuevamente.

—No busco un asistente para mí; es para mi hijo, Yeraz. Es un contrato de seis meses, hasta que cumpla los treinta y uno.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—¿Qué tan difícil puede ser conseguirle una?

—‘Difícil’ no es la palabra. Yo diría que es... imposible. Mi hijo es un hombre que no siempre tiene buenas convicciones, y está rodeado de mala gente.

La señora Khan volvió a su asiento y se quitó el cabello de delante de los ojos con la mano. Su rostro había vuelto a perder su expresión. Sus facciones perfectas se tensaron.

—Necesita que lo cuiden bien —continuó—. Sobre todo ahora. Encontrar una asistente que le

haga frente y me dé un informe detallado cada fin de semana es, a priori, imposible. O mi hijo acaba acostándose con sus asistentes, o acosa a sus empleadas hasta que renuncian.

—¿Y los hombres?

—Es peor.

Su articulación era perfecta y me ponía la piel de gallina.

—¿Señora Khan? ¿Por qué siento que me está ofreciendo este trabajo?

Dudó un momento antes de responder.

—Los hombres como mi hijo, por desgracia, no ven la belleza interior de las mujeres.

Sus palabras no me molestaron. No era bonita y aceptaba ese hecho. Necesitaba, por el momento, mucho más para alterarme.

—Así no tendrá la tentación de seducirte, Ronney, para utilizarte después. Por otro lado, intentará presionarte de muchas maneras para que lo dejes. Estudia rápidamente a la gente y encuentra fácilmente sus puntos débiles. Sus comentarios son...

—Estoy acostumbrada a los comentarios, señora Khan, y lo he estado desde que tengo edad para recordar. ¿Maldad? Convivo con ella todos los días. Lo único que puedo asegurar es que los niños no son los más crueles, porque a diferencia de ellos, los adultos son crueles con malicia. Míreme a mí. ¿Qué cree que puede llegar a mí? Ya lo he oído todo.

Con las manos entrelazadas, me miró fijamente durante mucho tiempo, su rostro tan impenetrable como sus ojos brillantes.

—¿Quieres este trabajo? —dijo finalmente con voz cortante.

—¡No!

Mi respuesta firme y sin la menor vacilación me sorprendió.

—Te dejo los fines de semana libres para que puedas seguir haciendo el trabajo de actriz de doblaje que aparentemente te gusta.

—Eso está bien, pero...

—Tres semanas de vacaciones pagadas.

—Señora Khan, con el debido respeto...

—Seguro de salud.

Sacudí la cabeza, luchando con mi conciencia.

—Y un salario mensual de doce mil dólares, para empezar —. Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Era mucho dinero.

—Ronney, piensa en tu hermano. El salario cubriría absolutamente los gastos médicos y el tratamiento que necesita. También podrías ayudar a tus padres con las facturas del restaurante.

Me ajusté las gafas.

—¿Por qué yo? Mucha gente mataría por conseguir este trabajo. No tengo ninguna habilidad en este campo.

—Es la primera vez que me encuentro con alguien que no está interesado. Mi instinto me dice que eso marcará la diferencia.

La señora Khan bajó la cabeza y recogió las hojas de papel esparcidas por su escritorio, con el rostro aún sin expresión.

—Desprendes un aura que nunca he visto en nadie antes. Probablemente seas mi última oportunidad. ¿Podemos hablar ahora de las condiciones, señorita Jiménez?

****

El gran portón se cerró silenciosamente detrás de mí. El sol estaba bajo en el cielo, lo que

indicaba que pronto caería la noche. ¡Qué día! Por supuesto, la camioneta se había marchado sin esperarme. Tomé mis auriculares y me los puse en los oídos, luego encendí mi *walkman* para escuchar la voz de Elvis Presley. Era hora de dejar el lujoso vecindario de Asylum y volver al Distrito Bakery. Hoy, a falta de un *scooter,* decidí pedir un Uber.

2

El ambiente de la sala estaba impregnado de la muy volátil colonia de mi compañera de piso. Dejé el correo en la mesita de la entrada antes de mirar a Bergamote, cómodamente instalada en el viejo sofá frente a su programa favorito. Sus numerosas arrugas se hundían en su dulce carita, todavía bien empolvada. A sus ochenta y seis años, a esta anciana de hermosos y bien peinados cabellos blancos, le gustaba cuidarse.

—¿Cómo fue tu infernal día? —preguntó, sintiendo mi mirada sobre ella.

Bergamote no se molestó en apartar la vista de la pantalla, demasiado concentrada en su programa.

—Fue horrible, pero ocurrió algo extraño. Me contrataron como asistente personal de un empresario muy rico.

Había una palabra importante en esa frase que hizo que Bergamote apartara la vista de su programa de televisión.

—¿Has dicho 'rico'?

Todavía de pie, me ajusté las gafas y metí las manos en los bolsillos traseros de mis pantalones. Luego asentí con la cabeza.

—¿Sabes el reto que hacemos en mi familia cuando cumplimos veinticinco años? Pues el mío era presentarme a las puertas de una villa en Asylum, en casa de los Khan.

—¿Los Khan?

La voz de Alistair venía de detrás de mí. Mi segundo compañero de habitación apareció, periódico en mano, con aspecto asustado y sorprendido. Su figura delgada pero robusta se arqueaba bajo la presión de los grandes tirantes que sujetaban sus pantalones. Sus brillantes ojos azules daban a su desgastado rostro una impresión de austeridad. La mayor parte del tiempo estaba en su rincón, en la mesa de la cocina, jugueteando o leyendo.

—Empiezo mañana por la mañana. Al principio no quería el trabajo que me ofrecía la señora Khan. Lo rechacé varias veces, pero cuando me habló del sueldo de doce mil dólares al mes, no lo dudé. Realmente necesito el dinero.

—¡Doce mil dólares! —murmuró Bergamote, que ahora ignoraba por completo el televisor.

Alistair cerró su periódico y se pasó la mano por la cabeza calva antes de añadir:

—Esa familia saudí no tiene buena reputación, Ronney. Son parte de la mafia. Forman parte de los *Mitaras Almawt*.

—Camilia Khan parece completamente normal. Puedo renunciar en cualquier momento, y los periódicos dicen muchas cosas.

Me sentí obligada a justificarme con ellos ante su repentina preocupación.

—Los costes de la atención médica de Elio son inmensos —continué—. Mis padres no tendrían que trabajar hasta la muerte para pagarlo.

Alistair, molesto por esta noticia, fue a sentarse junto a Bergamote. Se frotó la barbilla con el dedo y dijo:

—No cambiará el hecho de que la Rosa Negra seguirá persiguiendo el restaurante de tu padre. Seguirá siendo extorsionado cada mes. ¿Qué pensará de tu nuevo trabajo con la familia Khan cuando él es víctima de una poderosa mafia en su vecindario?

Me ajusté las gafas y empecé a pasear por la pequeña habitación, pensando. Todo se mezclaba en mi cabeza: los comentarios hirientes de los miembros de mi familia, los rasgos cansados de mi padre, Elio y sus numerosos tratamientos de quimioterapia... Caleb. Cuando dejé de caminar,

un dolor ya familiar despertaba en mí. Necesitaba algo más en mi vida.

—No tengo que hablarles de este nuevo trabajo. El estudio me ha dado más horas y ya está.

Me encogí de hombros y continué:

—Yeraz es un hombre de negocios muy discreto. Los paparazzi no lo persiguen.

—Eso es principalmente porque le tienen miedo. Y ¿cuál es el negocio de este tal Yeraz?

Bergamote había levantado la voz en estas últimas palabras. Otra persona le habría dicho que se perdiera, pero yo no podía. Yo no era así, y todas sus preguntas tenían una buena intención: protegerme. Mis dos locos compañeros de piso se habían convertido, con el tiempo, en personas importantes en mi vida. Y con ellos me sentía normal.

Me pasé la lengua por los labios.

—Es un empresario. El hijo mayor de los Khan es dueño del club nocturno *Dream Diamond* y también se dedica a la construcción y al negocio inmobiliario.

Mis dos interlocutores intercambiaron una mirada cargada de significado, y luego Alistair se levantó bruscamente.

—Ronney, cuídate. No queremos que te pongas en una situación de la que no puedas salir.

Bajó los ojos y buscó las palabras. Bergamote se levantó también y dijo, con una sonrisa en la cara:

—Alí reparó la bomba de combustible de tu scooter. Podrás volver a utilizarla mañana.

—Gracias. Me vendrá bien este fin de semana para ir al estudio. La señora Khan prefiere que use Uber para mis desplazamientos entre semana. Todos los gastos los pagará ella.

Mi compañero de piso se aclaró la garganta y dio una palmada para poner fin a la discusión. —¡Bueno, supongo que todo lo que tenemos que hacer es celebrar! Tienes un trabajo que va a pagar el maldito alquiler. Espero que no estés planeando echarnos.

Bergamote se echó a reír antes de caminar hacia la cocina.

—Calentaré la lasaña y abriré una buena botella para cenar.

Estaba a punto de seguirla a la cocina cuando Alistair me agarró del brazo y tiró de mí hacia el centro de la habitación.

—Un pequeño *twist*, Ronney.

Me quejé en voz baja para disuadirle de encender el tocadiscos:

—No, Ali. Estoy agotada, y sólo bailo Rock. Ya lo sabes.

En vano, Alistair sacó un doce pulgadas de su colección de vinilos y colocó el disco en el tocadiscos. La voz de Chubby Checker resonó en las paredes de todo el apartamento.

—Mira, Ronney. Está todo en la cadera. Pruébalo.

No pude contener más mi sonrisa al ver el buen humor de mi amigo y su desarticulado *shimmy*. A sus ochenta y dos años, Alistair era un bailarín al que le gustaba arriesgarse. Me ajusté las gafas y me dejé llevar por la canción *“Let's Twist Again”*.

Aunque mis pasos de baile eran temblorosos, estaba disfrutando de relajarme por fin de mi día de locos. Bergamote se unió a nosotros para bailar también, con su delantal rosa y una cuchara de madera en la mano.

****

Limpié el vapor del espejo del baño. Mi angustiante reflejo me desesperaba. Los ojos color avellana que me devolvían la mirada parecían demasiado grandes en mi rostro, con ojeras. Caían hacia un lado, dándome siempre una mirada triste, como la de un bulldog. Mis cejas, jamás depiladas, eran espesas. No podía usar una maquinilla de afeitar en ellas, y las pinzas me daban

miedo.

Antes de irme a la cama, desataba mi moño para liberar mi espeso y negro cabello. En la parte delantera de la cabeza, unos pelitos que parecían más un vello púbico que otra cosa siempre hacían que pareciera recién electrocutada. Mi madre me decía a menudo que me lo echara hacia atrás con laca o gel, pero hacía tiempo que no escuchaba sus consejos de belleza. Con mi aparato colocado desde hace más de seis años y mis grandes gafas bifocales, el deseo de cuidarme ya no estaba a la orden del día. El maquillaje empeoraba las cosas: me podían confundir con un payaso o con el Guasón de Batman. Extremadamente delgada, ganar un kilo era una lucha. Para escapar de las críticas y las burlas de mi familia, escondía mi aspecto tras grandes camisetas y pantalones anchos.

Entré en mi habitación tambaleándome, cansada, y me desplomé en la cama. Ni Louis ni Melissa me habían llamado para ver cómo estaba o para saber qué había pasado. Sin embargo, me habían visto atravesar el portón de la villa. Decidí dejar que mis pensamientos vagaran hacia Caleb para no dejar que la tristeza me afectara. Echaba de menos despertarnos juntos y hablar con él. ¿Era feliz en los brazos de mi prima Carolina? Estaba claro que sí. Cerré los ojos con el corazón encogido.

El sonido de mi teléfono me despertó con un sobresalto. Mi mano tanteó la mesita de noche buscándolo mientras mi otra mano agarraba las gafas. Me las puse rápidamente en la nariz y miré la pantalla del teléfono: una y diez de la madrugada. ¿Qué clase de broma era esta? Me apresuré a responder al número desconocido con voz pastosa.

—¿Sí?

Al otro lado de la línea respondió la voz suave y avergonzada de una mujer joven.

—Señorita Jiménez, soy Ashley Cooper, su asistente. El Señor Khan está en el club y demanda su presencia inmediatamente.

—¿Demanda? —Tartamudeé—. No lo entiendo. Mi nuevo trabajo no empieza hasta mañana lunes.

Avergonzada, la joven insistió:

—Señorita Jiménez, es lunes, pero es muy temprano, es cierto.

Me pasé una mano por la frente y dejé caer la cabeza sobre la almohada. —Estaré allí en un minuto —dije con un suspiro antes de colgar.

Me levanté a toda prisa, corriendo por la habitación en busca de un traje adecuado. De mi armario tomé unos pantalones amarillos limpios y holgados que me coloqué con un cinturón para que no resbalaran por mis caderas. Luego, tomé una camiseta gris y morada del cesto de la ropa sucia, ya que las demás aún no estaban secas.

En el cuarto de baño me lavé enérgicamente los dientes, maldiciendo al tal Yeraz y a esta novatada. De hecho, sospechaba que ya estaba empezando con sus técnicas de intimidación conmigo. *Ronney, tendrás que tener los nervios fuertes,* me animé internamente. *¡Parece que es un verdadero cretino!* En mi vida había tratado con mucha gente como él: no dejaría que me afectara.

Tiré la toalla en el fregadero antes de apresurarme a ponerme las *Converse* y salir furiosa del apartamento.

****

De pie frente a la entrada del *Dream Diamond*, en la noche aún fría, no sabía si debía marcar

el número de Ashley, tocar el timbre o entrar directamente en el club.

¡Oh, Dios mío! Nunca había imaginado que un día acabaría en un lugar como éste. Aunque el vecindario era moderno y seguro, no tenía ningún deseo de quedarme allí. Mi dedo pulsó el botón del interfono y una voz profunda y masculina me pidió que me identificara.

—Esta es... Soy la asistente del señor Khan, Ronney Jiménez.

Intenté decirlo con voz segura, pero la voz se me atascó en la garganta.

La puerta se abrió a una entrada muy acogedora con paredes cubiertas de seda. Las lámparas de araña descendían del techo a lo largo del lujoso pasillo decorado con clase. La música sonaba detrás de las paredes, pero no era ensordecedora.

—¿Señorita Jiménez? —me llamó una voz desde el pasillo.

Una mujer de cabello rubio y rizado que le llegaba hasta los hombros me hizo señas para que me uniera a ella. Las miradas silenciosas e interrogantes de los guardias de seguridad presentes me siguieron al pasar.

—Hola, soy Ashley Cooper. Soy quien te llamó. Siento las molestias en la madrugada, pero es la desventaja de este negocio.

La joven, que parecía tener unos treinta años y estaba encima de unos altos tacones de aguja, estaba de pie frente a mí con varios expedientes grandes sostenidos firmemente contra su pecho. Su traje oscuro, impecablemente confeccionado, delineaba su esbelta figura. Su tez brillante y fresca a estas horas me sorprendió. Parecía completamente aclimatada a este ritmo de trabajo.

—Todavía no estoy acostumbrada a esto —admití, pasándome las manos por el cabello, fingiendo que lo peinaba—. ¿Es una emergencia?

Ashley me miró fijamente, desconcertada, tratando de ocultar lo mejor posible su incomodidad conmigo. Se dio la vuelta y empezó a caminar rápidamente. A pesar de mis *Converse* de suela plana, la seguí con dificultad. ¿Cómo podía estar tan llena de energía?

—Esto no es una emergencia. El Señor Khan quería reunirse con su nueva asistente antes de la reunión de las 9 de la mañana en su casa.

La joven mujer se detuvo frente a la puerta de un ascensor y pulsó dos veces el botón de llamada antes de girarse hacia mí. Me ajusté las gafas y dije con voz tranquila, pero sin ánimo de intimidar:

—¿Y eso no podía esperar unas horas?

Mi asistente se encogió de hombros y respondió:

—Tendrás que acostumbrarte a esto con este jefe. De lunes a viernes, no tendrás tiempo libre.

Cuando llegamos al cuarto piso, Ashley me entregó los archivos.

—Aquí tienes tu agenda de la semana, los informes de las reuniones de los últimos diez días, así como las citas que debes concertar con los inversores para mañana.

Agarré las hojas con torpeza y continué siguiendo a Ashley con paso inseguro.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu trabajo?

—Soy tu asistente, junto con Timothy. Estamos aquí para ayudarte con tu trabajo sin mirar nunca los archivos confidenciales del señor Khan. Sólo tú puedes trabajar cercanamente con él.

No entendía cómo podía usar mis dos asistentes. Dos era mucho. No tuve tiempo de añadir nada. Ashley se detuvo frente a una puerta y cerró los ojos durante unos segundos antes de soplar un poco como para darse valor. *¿Qué demonios es esto?* Abrí la boca, pero inmediatamente la volví a cerrar cuando ella golpeó con firmeza la puerta. Miró al techo y tiró de su chaqueta para ajustarla bien, y luego entró sin esperar respuesta.

Los guardaespaldas se encontraban justo delante de la puerta. La sala, de paredes grises y

escasa decoración, era grande, con amplios bancos de cuero negro. A pesar del espeso humo del tabaco, pude distinguir un ventanal al fondo que daba al club y a la pista de baile. El sonido amortiguado de la música procedente de abajo apenas llegaba.

Los hombres de negocios, sentados cómodamente en los bancos y charlando, no parecieron darse cuenta de nuestra presencia. Algunos de ellos esnifaban cocaína mientras veían bailar a mujeres semidesnudas delante de ellos. Sorprendida, aparté la mirada y escudriñé la zona hasta que mis ojos se posaron en un hombre que estaba de pie frente a los grandes ventanales. Estaba de espaldas a nosotros. Ashley, con una pequeña inclinación de cabeza, me invitó a seguirla.

—Las presentaciones deben ser breves —me dijo ansiosamente al oído con una voz aguda— No le hagas ninguna pregunta. Sé reactiva a lo que te pregunte.

Su mirada llena de pánico no me tranquilizó. Mi corazón comenzó a acelerarse y un creciente nudo bloqueó mi garganta.

****

La joven se aclaró la garganta antes de llamar en voz baja al hombre de traje negro, que no se molestó en girarse.

—Señor Khan, esta es Ronney Jiménez, su nueva asistente.

El hombre agitó ligeramente su vaso antes de dar un largo sorbo y entregárselo a Ashley, que se apresuró a recuperarlo. Yeraz se dio la vuelta lentamente y se apoyó en el ventanal, con las manos en los bolsillos. Mi mirada se posó primero en su pelo castaño oscuro con reflejos rojos, arreglado muy corto y con un degradado blanco a ambos lados. Era un corte militar. A pesar de sus grandes gafas con cristales opacos, supuse que me estaba analizando de pies a cabeza. Su barba incipiente, muy bien cuidada, le daba cierta clase y afirmaba su virilidad.

—Buenos días. Bonito lugar.

Dije estas palabras mecánicamente, completamente paralizada por el miedo. Esbocé una sonrisa cortés, pero no tuvo ningún efecto en mi interlocutor. Aquel hombre no parecía querer estrechar la mano o ser rodeado por un cálido abrazo.

—Así que eres tú quien mi madre ha elegido para la salvación de mi alma.

La dureza de su voz pretendía ser hiriente. Inquieta, me ajusté las gafas.

—Ahora que han terminado las presentaciones, ¿puedo irme a casa? —me atreví a preguntar.

La cara de Ashley cambió de repente, sorprendida por mi pregunta. Sus mejillas se enrojecieron y parecía estar a punto de desmayarse.

—Señor Khan...— intervino mi asistente sin poder acabar la frase.

Yeraz bajó la mano al vacío. Luego, se dirigió a uno de sus colosales guardaespaldas y pronunció unas palabras en árabe. El hombre obedeció inmediatamente, sacó su teléfono del bolsillo y salió de la habitación, probablemente para hacer una llamada.

—Señorita Cooper, puede irse. Me iré a casa con la Señorita Jiménez.

Su tono hostil no era una buena señal. Me puse pálida y, de repente, me quedé sin oxígeno. No quería quedarme a solas con ese hombre. Todos mis sentidos estaban en alerta. Quería correr, huir, pero sentía que el suelo se derrumbaba bajo mis pies. Nunca había odiado a una persona tan rápidamente. “Piensa en Elio”, susurró una voz dentro de mí. “*Es por él, por tus padres y por el restaurante”*. Tragué saliva y con la mirada rogué a Ashley que se quedara conmigo.

El hombre que se había marchado momentos antes volvió a entrar en la habitación con un taladro en la mano, acompañado de otro hombre bajo y con barba. Los dos instalaron lonas en las paredes del fondo. Luego, el coloso puso una silla sobre la lona, que también cubría el suelo. A

nuestro alrededor nadie prestó atención a aquel alboroto. Era como si hacer obras a esas horas de la noche fuera algo normal.

—Llevaré a la Señorita Jiménez a su vehículo, Señor Khan —dijo Ashley.

El hombre asintió con la cabeza. Mi asistente me tomó del brazo para sacarme de allí lo antes posible. La puerta se abrió antes de que pudiéramos cruzar el umbral. Se me escapó un grito de miedo. Un hombre con la cara hinchada estaba siendo arrastrado a la habitación por otros dos hombres corpulentos. Conmocionada, me pegué a la pared. Era imposible moverse. La escena que se desarrollaba ante mis ojos era insoportable. Mi corazón latía con fuerza y estaba a punto de desmayarme. El hombre herido suplicaba a Yeraz, entre sollozos, que le dejara irse.

— ¿Qué pasó con los diez millones de dólares? —preguntó Yeraz con voz plácida.

Tras ello, se acercó al pobre hombre con paso indiferente.

—Te juro que no lo sé. Por favor. Puedo arreglarlo. Por favor.

Yeraz pensó un momento antes de indicar la silla a sus dos hombres.

—No quiero ninguna mancha.

Los hombres cumplieron la orden. Yeraz volvió a observar a la multitud que bailaba y festejaba abajo, en su club. Ashley tiró de mí tan fuerte como pudo para sacarme. Sobrecogida, salí tambaleándome al pasillo.

— ¿Qué le harán? ¿Qué le va a pasar?

—Eso es asunto de ellos, Señorita Jiménez. Nosotros solo somos empleadas. No vemos nada y no oímos nada.

El sonido del taladro atravesó la puerta, seguido de unos gritos abominables. Me puse las manos sobre los oídos.

—La policía. Tenemos que llamar a la policía.

Estaba abrumada, histérica. Ashley se puso delante de mí y me colocó una mano en el hombro.

—Esto es Sheryl Valley. La policía recibe órdenes de la mafia aquí. Lo sabes tan bien como yo. ¡Ahora tenemos que irnos!

—Ashley, no me dejes, te lo ruego.

Mi asistente abrió la puerta corrediza de la impresionante furgoneta con ventanas tintadas.

—El Señor Khan es un hombre ingobernable y paranoico. No esperes que se ría nunca. No esperes nada de él. Ronney, tendrás que ser valiente. No creo que tengas las agallas para este trabajo. De hecho, nadie las tiene. Resiste todo lo que puedas por autopreservación. Es un trato de seis meses.

La joven mujer, consciente de que estaba completamente aterrorizada, intentó tranquilizarme lo mejor que pudo, pero tuvo el efecto contrario.

—¿Cuántas ha habido antes que yo?

Mi asistente frunció los labios y suspiró.

—Señorita Jiménez...

—Ronney. Llámame Ronney, como acabas de hacer.

—Muchas. No puedo decírtelo.

—Has estado soportándolo. ¿Cómo?

—Soy la asistente de su asistente. Casi no tengo contacto con él, a diferencia de ti —Ashley dejó de hablar y evaluó el estacionamiento antes de proseguir—. Tienes que entrar en la camioneta, Ronney. No hagas ningún ruido y sólo habla con él cuando te lo permita. Todo irá

bien si haces lo que te digo.

Me puso la mano en el hombro y me dedicó una pequeña sonrisa. Ya no parecía importarle mi aspecto poco atractivo. En ese momento, sentí una extraña simpatía por ella. Esperaba tener razón.

****

Yeraz estaba dando las últimas instrucciones a su equipo. Sentada en el asiento de cuero de la parte trasera del vehículo, cerré los ojos y me masajeé las sienes, sintiendo que el dolor de cabeza se acercaba. Fue el sonido de la puerta lo que me hizo abrir los ojos de nuevo. Un hombre de una perfección irreal, impecablemente vestido con su traje, se sentó frente a mí. Se había quitado las gafas oscuras. Me fijé en su gran anillo de sello con una calavera y huesos cruzados, signo de pertenencia al Mitaras Almawt. Apenas me estremecí, pero Yeraz percibió este pequeño movimiento. La comisura de su labio se curvó ligeramente. Algo siniestro pasó por sus profundos ojos negros. En el interior de la camioneta no había nadie más que nosotros, aparte del conductor, que no parecía prestarnos atención.

Sentado frente a mí, el hombre joven me miraba fijamente, como si intentara descifrar un enigma imposible. A primera vista tuve que admitir que todo en él era impresionante: su estatura, su carisma. Las mangas de su camisa, ligeramente arremangadas, revelaban unos antebrazos musculosos con venas prominentes, y se adivinaban los contornos de su musculoso torso. *Caleb está muy lejos de tener esta forma física*, pensé, casi confundida. Inmediatamente me arrepentí de volver a mirarlo a los ojos. Yeraz me miraba con su mirada más oscura.

—Entonces, ¿cuál es el plan de mi madre esta vez para que le dé las llaves del reino de mi padre?

Me ajusté las gafas y me moví de una nalga a otra. No podía quitarme de la cabeza la imagen del hombre tan maltrecho que había visto en el club. Me venía a la cabeza en forma de flashes.

—Puede que no haya ningún plan. Una madre es una madre, ya sabes.

Dije estas palabras en voz baja pero sincera. Yeraz suspiró y se rió en silencio. Apartó su oscura mirada de la mía y miró por la ventanilla. El coche circulaba a toda velocidad por la avenida Jalen.

—No la conoces. Ella controla todo en la vida de mis hermanos. Mánager y madre no van juntos.

Parecía guardarle rencor. Entrecerré los ojos tras mis gafas bifocales e intenté ganar un poco más de confianza, pero mi voz seguía siendo vacilante.

—Tus asistentes femeninas nunca se quedan mucho tiempo. ¿Por qué?

Yeraz volvió a mirar mis ojos oscuros y mi autocontrol desapareció en un segundo. La comisura de su boca se levantó en una extraña sonrisa mientras la sombra de las luces de la ciudad bailaba sobre su rostro, mezclándose con la oscuridad de la noche.

—Hay una cláusula en la última página del contrato. ¿La leyó, señorita Jiménez?

Su voz grave, con sus entonaciones seductoras, me hizo sentir involuntariamente mareada.

—No, todavía no, señor Khan. Veré el contrato este fin de semana, el viernes.

Yeraz se acomodó en el fondo del asiento. Parecía disfrutar de intimidarme. Sin duda era el tipo de persona que estaba acostumbrada a poseer y controlar todo, hipnotizando a su público con su encanto natural.

—*Todas* mis asistentes han violado las cláusulas primera y segunda del contrato.

—¿Qué son?

—Pronto lo descubrirá, señorita Jiménez. Pero con usted será imposible salirse de las reglas del juego. ¡Mi madre lo tiene todo calculado!

—¿Y sus asistentes masculinos? ¿Por qué han renunciado? ¿Es por la misma razón que las mujeres?

Yeraz soltó una pequeña risa malvada antes de recuperar la seriedad.

—¡No! Todos tenemos cosas que ocultar, secretos inconfesables. Me gusta sumergirme en la vida de las personas que me rodean, que me asesoran en mi trabajo. Desempolvo los esqueletos de sus armarios y los aprovecho para despedirlos al menor error. La mediocridad me enfurece.

Sus últimas palabras corrieron por mis venas. Por su tono pude saber que eran para mí. La palabra *mediocre* era la más bonita que nadie había utilizado para definirme, pero el señor Khan no lo sabía. Para herirme, necesitaba más.

—La gente que conozco suele estar incómoda —continuó—. Veo admiración en sus ojos, miedo, envidia o incluso cierta fascinación por mí, pero tú eres diferente. No tienes ninguno de esos sentimientos. Lo que veo es desprecio, incluso una intensa repugnancia hacia mí.

Sus iris me miraban ahora con evidente hostilidad. Los flashes volvieron a mí en ráfagas.

—Te equivocas. Nunca... ¡No! Nunca me permitiría ni por un momento...

—¿Juzgarme?

Desorientada, tartamudeé como un bebé. Yeraz parecía leerme como un libro abierto.

—No envidio a nadie en mi vida, es cierto. Cada uno sigue su propio camino. Sólo quiero hacer mi trabajo y no busco nada a cambio, señor Khan.

—No creo que puedas hacerlo sin motivación. Tiene que haber algo para ti.

—Así es —lo interrumpí sin querer—. Tengo mis propias motivaciones.

Repentinamente suspicaz, Yeraz entrecerró los ojos, y estaba a punto de abrir la boca cuando su conductor lo interrumpió.

—Hemos llegado, señor.

Unos segundos de pesado silencio se instalaron en la camioneta. Yeraz seguía hurgando en mi interior para resolver el enigma. Su mandíbula se tensó. Justo cuando pensaba que había llegado mi hora, la puerta de la camioneta se abrió para liberar a esa bestia presa de sus demonios internos. Me levanté un poco rápido y tropecé torpemente con él. Sus manos se cerraron sobre mis muñecas con un agarre de acero y me empujó brutalmente hacia atrás en el asiento.

—¡No vuelvas a tocarme! —gritó.

Yeraz salió del vehículo. Con el cuerpo tembloroso, sacudí la cabeza para poner mis pensamientos en su sitio mientras respiraba profundamente. Me sentí aliviada de no estar más frente a ese hombre, que me parecía misterioso, detestable y complejo. Nunca había sentido una atmósfera tan helada con nadie más. Durante todo el viaje habíamos estado a menos de un metro el uno del otro y, sin embargo, el espacio que me separaba de él me había parecido infinito.

****

Me quedé paralizada en medio del amplio vestíbulo de la mansión medieval con aspecto de castillo. Una enorme escalera de mármol color marfil, de dos tramos, conducía al segundo piso. Me cautivó ese lugar lleno de poesía y grandeza.

—¿Señorita Jiménez?

La voz distante de Yeraz repentinamente me devolvió al momento presente.

En la sala de estar, ricamente amueblada con finos muebles de época que daban a una enorme

terraza jardín, el señor Khan se servía un vaso de whisky. Miraba las últimas cifras de la bolsa de valores en la pantalla del televisor, así como las noticias.

—¿Ashley te dio mi horario de citas?

—Sí, lo tengo conmigo.

—Cancela todo y reprograma en la semana.

Escaneé el horario con los ojos a toda prisa.

—Pero tienes muy poca disponibilidad esta semana. Tus días están sobrecargados. Ni siquiera hay...

Levanté la vista cuando oí los pasos del joven hombre acercándose a mí. Su andar ordenado y confiado parecía contenerse para no saltarme al cuello.

—¿Crees que tengo tiempo que perder? ¿De qué me sirves si no puedes hacer lo que te pido? No vuelvas a molestarme con tus estúpidos análisis.

La dureza de su voz era amenazante. Su calculada lentitud estaba teñida de una ominosa calma. Una mueca arrogante apareció en la comisura de sus labios. Parpadeé y me puse delante de él, agitando los párpados, sin saber qué hacer en ese momento. Este hombre me estaba asustando mucho, y si nada me hubiera retenido me habría marchado en ese instante sin mirar atrás. Miré el vaso de whisky. ¿No era demasiado pronto para empezar a beber? ¿O demasiado tarde? Todo dependía de cómo lo vieras. ¿Era Yeraz un alcohólico, además de un hombre peligroso?

—Me ayuda a ser capaz de mirarte y tolerar tu presencia a mi alrededor.

Había adivinado mis pensamientos con tanta facilidad que me quedé perpleja. Yeraz se giró para sentarse en el sofá de la esquina, frente a la moderna chimenea que recorría la pared. Se destacaba sobre la mezcla de decoración antigua y nueva.

—Puedes acomodarte en la habitación de al lado. Ya he visto suficiente de ti. Envía los correos electrónicos. Luego iremos a San Diego. Tengo... algo que resolver allí.

Su cabeza cayó pesadamente hacia atrás y luego cerró los párpados, exhausto. Me di cuenta de que el tema estaba cerrado y que no debía arriesgarme a hacerle una sola pregunta. Sin embargo, tenía miles en mente.

En la habitación de al lado, las paredes azul noche daban un tono suave a ese lugar limpio y ordenado. A través de las ventanas pude distinguir a lo lejos una suntuosa piscina rodeada de exuberante vegetación en un entorno digno de un cuento de hadas.

—¿Ronney?

Sumergida en mis pensamientos no escuché a Ashley entrar.

—¡Gracias a Dios! —exclamé aliviada.

El blanco de sus ojos estaba amarillento y su aspecto era de cansancio. La había despertado de su sueño unos momentos antes para comunicarle mi consternación. Aunque agotada, era de una belleza perfecta en un atuendo impecable.

—Ashley, lo siento mucho, pero Yeraz no quiere saber ni entender que lo que me pide es simplemente imposible.

Mi asistente puso su Mac sobre la mesa, junto con su caro bolso de cuero y me dirigió una mirada reprobadora.

—No puedes cuestionar nada al señor Khan. Sólo haz lo que te pida, lo que incluye conseguirle la luna si te la pide.

—Pero la vida está hecha de límites, de…

—¡No para gente como él! Timothy y yo estamos aquí para ayudarte en tus tareas. Juntos encontraremos soluciones.

Me senté en la mesa y me tomé la cabeza entre las manos.

—Nunca podré hacerlo.

—No tienes elección, Ronney. Acabas de entrar en un mundo donde los tiburones se darán un festín contigo.

La joven dio un golpecito en su ordenador y luego giró la pantalla en mi dirección.

—Este es el programa del señor Khan para la semana. ¿Estas lista para este rompecabezas chino?

Asentí y suspiré. Ashley tomó un bolígrafo y un papel y empezamos a mover y reorganizar las docenas de citas de la agenda de Yeraz. Afortunadamente Ashley estaba allí. Me sentía realmente patética a su lado. ¿Por qué no era ella la que estaba en esta posición, en vez de mí? De hecho, ella parecía estar haciéndolo bien.

Un silencio perfecto inundó mi cabeza. Tras varias horas de agenda y un montón de correos electrónicos enviados, por fin habíamos terminado de trabajar en ella.

—¿Le explicó el Señor Khan cuál era el horario de hoy?

—Me habló de una reunión importante en el sur.

—¿Algo más?

—No, y desafortunadamente dudo que puedas venir conmigo.

—¡Cierto! Estarás a solas con él, pero estará bien.

Ashley trató de sonreír como si todo estuviera bien en el mejor de los mundos, pero pude notar que no lo decía en serio.

—Bueno, tenemos algo de tiempo antes de que se despierte. El señor Khan no duerme mucho. Por la noche, está en el club. Luego se va a casa a descansar tres horas, y después tiene una reunión tras otra con promotores, socios comerciales, inversores y otras personas importantes. A primera hora de la tarde, tiene su clase de Krav-Maga con un instructor personal. Luego el señor Khan revisa su correo electrónico en su oficina, hace llamadas telefónicas, se ocupa de los archivos y luego se dirige a las reuniones hasta altas horas de la noche antes de volver al club.

El lugar donde *tortura* a la gente. Me estremecí de miedo sólo de pensar en la escena de anoche. Mi asistente sacó una tableta digital de su bolso y me la presentó. Desplazó muchas fotos de las hijas Khan.

—Voy a presentarte a la familia. Tendrás que recordar toda la información que te voy a contar. Esta es Aaliyah; tiene veintitrés años. No es la más rica de las tres. La fama le pesa, y se queja de su estado constantemente. Tiene una hija de cuatro años, Jalen. El padre no está presente. Su papel de madre viene *primero*. Es muy simpática, muy sencilla y muy ecológica.

Centrándome en las palabras de Ashley, asentí para demostrarle que estaba escuchando. Por ahora, no necesitaba tomar notas. La descripción era sencilla.

—Aaliyah suele ser objeto de burla por parte de sus otras dos hermanas, que consideran que le falta ambición. Ghita es la segunda, tiene tu edad. Es la cabeza pensante de las tres.

Esta revelación no me sorprendió. Ghita hacía muchas apariciones públicas y aparecía en muchos más programas de televisión que sus hermanas. Sus líneas de ropa y cosméticos se vendían muy bien.

—Ghita es una mujer muy inteligente —continuó Ashley—. Nunca sabemos lo que está pensando. No es mala, pero es muy exigente con su trabajo y el de los demás. Maneja perfectamente su comunicación. Nada, *ni una sola cosa*, es dejada al azar con Ghita.

Mi asistente señaló entonces a la tercera hija.

—Cyliane, veinte años, la más joven de la familia. La pequeña protegida de sus dos

hermanos. Tiene su propio canal de YouTube...

—*¡Vida paranormal!* Le gustan los mundos paranormales. Lo veo de vez en cuando.

—Su canal tiene millones de suscriptores. Es una de las *influencers* con más seguidores del mundo. Rastrea fantasmas, espíritus, todo eso. Te confieso que irrita a Camilia, que es la *manager* de sus tres hijas. Ella pensaba que sería sólo una fase pasajera para Cyliane, pero no es así. Aunque su estilo de vida es diferente al de sus dos hermanas, gestiona su día a día con mano maestra. Su éxito va más allá de las fronteras. Ha creado un imperio, y su nombre se ha convertido en una marca mundial.

Ashley apagó la tableta y se puso a recoger todos los papeles que había sobre la mesa. Intenté febrilmente recordar toda la información.

—¿Qué pasa con Hadriel?

Ella se detuvo de repente y miró hacia la puerta cerrada. Su tono cambió. Su voz se volvió más dura y añadió:

—No es malo, pero tampoco es encantador. No quisieras poner a los dos hermanos juntos en la misma habitación.

Me levanté para ayudarla a guardar todo nuestro trabajo de las últimas horas.

—¿Él y Yeraz no se llevan bien? —me atreví a preguntar.

—Podríamos decir eso. Su relación ha sido muy complicada desde...

Ashley no tuvo tiempo de terminar su frase: Yeraz entró en la oficina con las manos ocupadas en cerrar sus gemelos. Se había cambiado y volvía a llevar un traje oscuro. El joven sostenía sus gafas entre los dientes. Mi asistente bajó inmediatamente la mirada, probablemente rezando para que no hubiera escuchado nuestra conversación.

—Llama a Isaac. Nos vamos.

Sin dedicar Ashley siquiera un pensamiento, se puso sus grandes gafas oscuras en la nariz y se dio la vuelta. Estaba a punto de abrir la boca para hacerle una pregunta, pero mi asistente sacudió la cabeza enérgicamente para que me callara. Cuando desapareció de la habitación, se apresuró a acercarse a mí.

—¡Ronney, sin preguntas! Me vas a costar mi trabajo si no escuchas lo que te digo.

—Pero ¿quién es Isaac? ¿Cómo puedo llamarlo si no me dice quién es? —susurré para asegurarme de que no me oyeran.

—Es el conductor. Toma, ten la tableta. Contiene todas las fotos de la gente en la vida del señor Khan, así como sus socios más cercanos.

Tomé la tableta y la metí en mi gran bolso. Al levantar la vista me pareció ver un brillo de exasperación en los ojos de Ashley.

—¿Qué pasa?

—Tu camiseta, está manchada. Tienes que cambiarte.

¡Maldición! No había visto la mancha. Moví la correa de mi bolso sobre ella y dije, avergonzada:

—No tengo otra. Anoche, cuando salí de casa, no esperaba que mi día acabara así.

Ashley cerró los ojos y se pasó las manos por el cabello, suspirando profundamente. Cuando los abrió de nuevo, buscó en su bolso y sacó una bonita camiseta blanca de tirantes con un gran lazo en la parte delantera.

—No, no puedo llevar esto —tartamudeé.

—No creo que tengas elección. No puedes salir con el señor Khan con este aspecto.

****

Mis manos tiraron de la parte inferior del top, que era demasiado ajustado, demasiado corto, demasiado todo.

—Tienes un bonito escote.

Ashley se arrepintió inmediatamente de sus palabras y frunció los labios temiendo mi reacción.

—No estoy cómoda. Nunca he usado algo como esto antes.

—Es sólo por unas horas. Te queda muy bien.

Mi asistente trató de tranquilizarme lo mejor que pudo. Entonces me entregó un teléfono.

—La batería está llena, así que no se apagará durante el día. He creado una dirección de correo electrónico y he puesto el número de Yeraz en el directorio. Sólo él y sus asistentes pueden contactar con él. Está geolocalizado. Asegúrate de tenerlo siempre contigo.

Asentí, todavía sorprendida por la eficacia de la joven mujer. ¿Cómo lo hacía? De repente, se oyó una voz suave pero autoritaria desde el otro lado de las puertas de la oficina.

—¿Dónde está? ¿La señorita Jiménez?

Un hombre de unos cincuenta años, con la cabeza parcialmente calva y de pequeña estatura, entró en la habitación como un huracán. Su rostro ovalado y bronceado mostraba cierta frialdad. Visiblemente enfadado, fruncía sus pobladas cejas.

—¿Peter? —dijo Ashley, con los ojos muy abiertos.

Recordaba vagamente ese nombre. Camilia lo había pronunciado durante nuestra entrevista. Era su asistente. Peter se encargaba de las solicitudes para el puesto de asistente. La sangre abandonó mi rostro y me apoyé en la mesa para no derrumbarme. Venía por mí.

—¡Cooper, déjanos!

Ashley cumplió y desapareció a toda velocidad sin decir nada. Peter parecía tener todo el poder. No le importaba la presencia del señor Khan en el lugar. Caminó a mi alrededor con los ojos arrugados de ira. Su chaqueta a cuadros y sus pantalones de terciopelo contrastaban con el estilo tan refinado de los Khan.

—¿Así que tú eres la persona que supuestamente recomendé? Eres una impostora.

Su desprecio por mí me desarmó. Quería desaparecer. El hombre siguió rodeándome, como un león alrededor de su presa.

—Le aseguro que rechacé repetidamente la oferta.

Peter se detuvo justo delante de mí. Sus pequeños ojos marrones me atravesaron.

—Sin embargo, aquí está. He puesto al servicio de Yeraz Khan a una joven que no sabe nada de este negocio, nada de este mundo, y a la que no le importan los códigos de la belleza y la moda.

Respondí con voz débil:

—Dudo que mi belleza y mi forma de vestir tengan algún impacto en la vida diaria del señor Khan.

El hombre se apartó, sorprendido por mis palabras. Me miró con desprecio.

—Sí, lo tendrán, señorita Jiménez. Y lo descubrirá muy pronto. Lo único que me complace es que el gusto del señor Khan por las mujeres está en un nivel mucho más alto que el suyo. Usted, al menos, no se acostará con él.

Peter se dio la vuelta, satisfecho con los dardos que acababa de lanzarme. Me alegró saber que no era del agrado del señor Khan. Estaría sorprendida, si no asustada. Esperaba no tener que lidiar con un desfile de subordinados como él durante todo el día. Antes de salir por la puerta, se

giró y me dijo en tono desagradable:

—Renuncia, Jiménez. Le harás un favor a todos, especialmente a ti misma.

****

Yeraz se unió a mí en la parte trasera del sedán unos minutos después. Los dos hombres que lo acompañaban se subieron a otro coche delante del nuestro. Por suerte, este coche no tenía asientos enfrentados uno con otro, así que no podía observarme como la última vez. No sé si se fijó en mi nuevo top, pero si lo hizo, no hizo ningún comentario al respecto y se lo agradecí en silencio.

—A donde Saleh —ordenó a su conductor.

Volvió la cara hacia la ventana y se dirigió a mí con voz fría.

—He recibido el nuevo horario que me has enviado por correo electrónico. No hay citas para el sábado.

Emití algunos sonidos ininteligibles.

—No estoy disponible los fines de semana.

Yeraz giró su cabeza hacia mí. Sus bonitos rasgos eran de una impasibilidad gélida y desconcertante.

—Tiene usted ventajas que pocas personas tienen a mi alrededor, señorita Jiménez. Tiene usted suerte de poder descansar.

Quería decir algo, pero mi naturaleza interior se impuso. *¿Descansar?* Llevaba trabajando en empleos esporádicos desde los dieciséis años, y mi única distracción era el estudio de grabación los fines de semana. Además, ese trabajo requería mucho esfuerzo.

¿Descansar? Lo maldije por juzgarme así, sólo porque no estaba disponible para él. Este hombre era capaz de ponerme en un estado emocional en el que nunca había estado. En ese momento hubiera preferido estar con mis primos, o escuchar los incesantes pensamientos de mi madre sobre mí, que estar sentada con él.

Apreté la mandíbula y decidí ignorar a Yeraz durante todo el viaje. La tableta de Ashley me ayudaría. Me concentré en mi trabajo, grabando en mi memoria todas las caras y funciones de las personas que contenía la tableta.

3

Estaba feliz de llegar por fin a nuestro destino. El viaje con Yeraz me había parecido eterno. El gran edificio antiguo alejado de todo parecía sacado de una película romántica de Hollywood. Los dos hombres de traje negro nos seguían de cerca. No hubo presentación, pero reconocí a los dos gigantes que había visto unos minutos antes en una foto en la tableta de Ashley. Miguel tenía los ojos oscuros y un rostro estrecho y alargado con cejas prominentes, mientras que Fares era algo más delgado y de nariz aguileña. Su rostro cuadrado cubierto por una fina barba emanaba cierta aspereza. A diferencia de Miguel, Fares llevaba el cabello largo recogido en una cola de caballo.

Los cuatro fuimos recibidos por un joven anfitrión de aspecto impecable y con muy buen sentido de la hospitalidad. Su elegante pero discreto uniforme evidenciaba la limpieza y el buen mantenimiento de este excepcional lugar. Nunca en mi vida había visto tal impecabilidad en una casa.

Yeraz parecía conocer bien el lugar. Acababa de quitarse las gafas oscuras y seguía al joven con pasos disciplinados y seguros sin siquiera mirar a su alrededor. Al final de la escalera, en el segundo piso, el mayordomo se giró hacia nosotros para comprobar si lo seguíamos antes de acompañarnos a nuestro destino.

Las voces masculinas de pronto dejaron de hablar cuando entramos en una sala privada luego de que el mayordomo nos anunciara. Me sentí incómoda y deseé que todos desaparecieran en ese mismo momento. El elegante lugar, sin ventanas, estaba amueblado con muchos sillones colocados frente a un enorme escritorio. Detrás de él, un hombre fornido y de aspecto antipático, en edad de jubilación, fumaba un cigarro sin apartar sus oscuros ojos de nosotros. Su cabello entrecano, con raya a un lado, le daba un aspecto severo y frío.

—Hola, Hamza —dijo Yeraz—. Esta es mi asistente, Ronney Jiménez.

El hombre me saludó con la cabeza, pero no se levantó para recibirnos. Lo reconocí por la tableta como Hamza Saleh. Su mano señaló dos asientos libres a su izquierda, cerca de su escritorio. Recorrer la sala de paredes color bermellón bajo la mirada fuerte y hostil de estos hombres, cada uno más intimidante que el otro, fue una verdadera tortura. Imaginé el impacto que debía producir en estas personas con mi traje descuidado, mis *Converse* estropeadas y mi cabello horriblemente peinado.

Yeraz esperó a que me acomodara en la silla antes de sentarse a mi lado. Al menos le quedaban algunos modales. Hamza me examinó de la cabeza a los pies antes de declarar con una voz apagada y grave:

—Tenemos un problema con el complejo 'Las Baleares'. La construcción está retrasada. Hemos invertido mucho en ese proyecto. He enviado a Asad a Chicago para que pueda...

Hamza se detuvo de pronto y giró la cabeza hacia mí. Levanté el bolígrafo de mi cuaderno, esperando la siguiente parte, pero la mirada pesada y severa del hombre que tenía delante me heló la sangre. Yeraz dijo:

—Todos sabemos que las frutas y las verduras son mejores cuando están en temporada.

—Prefiero no mezclarlas en la misma cesta. Algunas se pudren demasiado rápido.

Entendí que los dos hombres hablaban en un lenguaje codificado. Así, no podía transmitir nada a Camilia sobre el negocio de su hijo. Detrás de nosotros, algunos hombres seguían hablando de productos frescos del mercado y de la granja.

Cuando por fin salimos de la habitación, creí que mi cabeza explotaría. Llevábamos horas encerrados en la oficina y no había entendido ni una palabra de lo que se había dicho en toda la reunión. En el pasillo, las discusiones entre los empresarios continuaron. Miguel y Fares se quedaron más atrás con los otros guardaespaldas. Miré mi reloj. Era la una de la tarde.

Yeraz estaba de pie a un lado, todavía echando humo. Su desacuerdo con Hamza unos momentos antes lo había sumergido en oscuros pensamientos. El mayordomo, que caminaba entre los invitados, le ofreció un vaso de whisky, que aceptó sin dudar. Respiré profundamente antes de acercarme a él.

—¿Señor Khan? ¿Estaremos aquí mucho tiempo?

El joven se sacudió el cabello con enfado antes de responderme con un matiz de impaciencia en su voz.

—Sí, señorita Jiménez. ¿Por qué? ¿Tiene algo mejor que hacer?

Mis mejillas enrojecieron. Su impresionante autoridad me desconcertó. Busqué en mi interior las últimas migajas de valor que me quedaban.

—No he dormido en toda la noche y no he comido nada desde esta mañana. Señor Khan, me voy a desmayar.

Yeraz miró por encima de mi hombro y, con un rápido gesto de la mano, llamó al mayordomo.

—Un asiento y una comida para mi asistente —. El mayordomo cumplió inmediatamente.

—Gracias —susurré a mi torturador, agradecida de que no me dejara morir de hambre. Yeraz tragó su bebida y sus ojos volvieron a nublarse.

En el pasillo se habían formado pequeños grupos, pero nadie se acercó a nosotros. Esos hombres, viejos y jóvenes, parecían temer a Yeraz y sus fáciles cambios de humor. Me di cuenta, mientras comía una abundante ensalada, de que todos llevaban el mismo anillo de sello en los dedos. La calavera y las tibias cruzadas eran, sin duda, su símbolo de pertenencia.

—Señorita Jiménez, eche un vistazo a las últimas cifras de la bolsa, especialmente a las del grupo '*Fidutive*'. Compárelas con las cifras de la semana pasada.

Puse mi ensalada en mi regazo y lo hice inmediatamente mientras él trabajaba en su teléfono y refunfuñaba entre dientes:

—¡Quizá con esto por fin logre que entre en razón!

Se me escapó una pequeña risa forzada. Inmediatamente recuperé la seriedad y empecé a dar golpecitos en la tableta de Ashley mientras evitaba cuidadosamente levantar la cabeza hacia mi interlocutor.

—Veo que te divierte la situación.

—No, señor.

—Hay una cosa que odio por encima de todo, señorita Jiménez. La desobediencia y la insolencia.

Son dos. Preferí guardarme el comentario al notar la compostura que intentaba mantener Yeraz. Me disculpé para calmar la situación.

—No era por usted, Señor Khan. No era mi intención. Es que usted encuentra una situación complicada cuando, para mí, no lo es.

¿Por qué, en nombre de Dios, había dicho eso? Debería haber mantenido la boca cerrada y haber dejado pasar la tormenta. Ahora sus ojos negros me miraban fijamente. En ese momento era aterradoramente hermoso. Empecé a mirar a mi alrededor. A excepción de este gran pasillo, no había ninguna escapatoria a la vista. Yeraz, que seguía a mi lado, cerró los ojos y se presionó

el puente de su nariz.

—No entendiste ni una sola palabra de esa reunión, pero crees que puedes resolver un problema que te superaría si tuvieras toda la información a tu disposición.

—A veces puedes entender a la persona que tienes delante con sólo mirarla. Puedes aprender mucho más sobre ellos por sus gestos que por su discurso.

—¿Una de tus teorías?

Su tono lleno de desdén me abofeteó la cara. Bajé la mirada a mi tableta y añadí, sin entusiasmo:

—El señor Saleh es un hombre con una mente infantil. Sigue sus instintos por encima de todo. Si quieres que te escuche, sé el último en salir de la habitación.

Continué el trabajo de investigación que me había pedido Yeraz. El peso de su mirada sobre mí era de toneladas. Extrañamente, no añadió nada.

La pausa duró unos minutos más, y luego llegó la hora de volver a la oficina para hablar de puerros, berenjenas y huevos en cestas.

****

El sol ya empezaba a descender en el cielo. De pie en lo alto de los escalones de la entrada, miré la mimosa del fondo del patio. La reunión me había parecido eterna. Había escrito todos los nombres en clave en mi cuaderno como símbolos para intentar descifrar el tema de la discusión de hoy. Camilia quería un informe completo. No me veía dándole una hoja en blanco y diciéndole que no había entendido absolutamente nada de lo que se había dicho durante la reunión entre el señor Saleh y sus discípulos. El timbre de mi teléfono me sacó de mis cavilaciones. En el fondo, esperaba que fuera Caleb. Un sentimiento de decepción me invadió cuando vi la foto de mi madre en la pantalla.

—Hola, mamá.

—Cariño, ¿estás bien? No hemos sabido nada de ti desde que te fuiste de tu fiesta de cumpleaños ayer.

Fruncí los labios y me rompí los sesos en busca de una excusa que me resultara útil más tarde. De ninguna manera iba a decirle que estaba, en ese mismo momento, en casa de un tal Hamza Saleh con un Khan.

—Um, claro, lo siento. Estoy en el estudio. El director del proyecto me dijo que el equipo me necesitaría a tiempo completo durante unos meses para terminar la temporada encargada de *Minnie la ratoncita*.

—¡Es fantástico!

Mi madre parecía entusiasmada con esta noticia. Me sentía incómoda mintiéndole, pero pensé que era más prudente decirle eso que decirle la verdad.

—¿Y el salario?

Intenté ser lo más alegre posible.

—Me ofrecieron un sueldo muy cómodo. Podré ayudaros con los gastos médicos y el tratamiento de Elio, pero el inconveniente es que estaré menos disponible para el restaurante.

—No te preocupes. Nos alegramos por ti. Te gusta mucho ese trabajo. Voy a llamar a tus tías para darles la buena noticia. Yo también tendré algo de lo que presumir.

Hice una mueca antes de decir:

—Iré a verte esta semana. Saluda a papá y a Elio de mi parte.

Colgué rápidamente y cerré los ojos.

—Una oveja entre lobos.

La voz detrás de mí me sobresaltó. Con las sienes palpitando, me giré hacia la voz y vi a un hombre apenas mayor que yo, con un traje impecable y seguramente caro, que venía a mi encuentro.

—Los asistentes de Yeraz siempre me dan esa impresión. Soy Lucas, el abogado de la familia Khan.

El joven tenía unos profundos ojos verdes y un cabello grueso y desordenado, así como una gran barba que me hacía pensar en un vikingo. Nos quedamos mirando el uno al otro durante unos segundos. No me moví, no respiré, hasta que una fresca brisa me atrapó.

—Soy Ronney Jiménez. Estoy esperando al señor Khan, que está hablando con el señor Saleh ahora mismo.

—Así que escuchó tu consejo.

Levanté una ceja, interrogándole con la mirada.

—En el pasillo, no estaba lejos de ti. Escuché tu conversación con Yeraz. Por fin tiene una asistente competente que le da buenos consejos.

Me ajusté las gafas avergonzada por el cumplido. En el futuro debería ser más discreta. Mis ojos se posaron en el tatuaje detrás de su oreja. Los números en la boca de la serpiente me indicaron que Lucas también debía pertenecer a un clan.

—¿Estas reuniones son frecuentes?

Me dirigió una mirada curiosa de reojo y luego respondió:

—Sí. Los Saleh trabajan estrechamente con los Khan, por lo que las reuniones son a menudo necesarias. Prepárate para largas noches sin dormir.

¿Estaba hablando en serio o era sarcasmo? Por su tono era imposible saberlo.

—¿Y todos esos guardaespaldas dentro de la casa? ¿Son realmente necesarios?

Después de evaluarme durante unos instantes, la mirada de Lucas cayó en el cuaderno que sostenía contra mí. Frunció el ceño y dijo con una voz que había perdido toda espontaneidad:

—Todas las personalidades importantes, influyentes y conocidas tienen un guardaespaldas en este país. Es más bien una cuestión de imagen. ¿Cuándo empezaste?

—Hoy. Es por un período de seis meses.

El joven recuperó la media sonrisa del principio de nuestra conversación.

—Nadie se queda en este trabajo tanto tiempo, señorita Jiménez. Usted se irá antes, como las demás. Yeraz no es alguien que mantenga a sus empleados por mucho tiempo.

Lo observé detenidamente y vi que no mentía. De repente, apenas podía tragar. —Esas notas que tienes en la mano... ¿Para qué son?

—¡Un jeroglífico!

Mi broma le hizo gracia. Una sonrisa se dibujó en su rostro y, por primera vez en todo el día, logré reírme, consciente de que mi respuesta no era creíble ni por un segundo. Entonces oímos que la puerta se abría de repente. Nuestros ojos se dirigieron hacia la entrada de la casa y vimos aparecer a Yeraz con una presencia casi etérea, como si no fuese real, con sus gafas oscuras sobre la nariz. Miguel y Fares lo seguían de cerca. Pasó junto a nosotros sin detenerse, saludando a Lucas en su camino. Lucas murmuró algo inaudible, luego me miró mientras asentía con cara de pena antes de entrar en la casa.

Al final de la escalera, de pie junto a la puerta, me esperaba Isaac para reunirse con nuestro jefe. En ese momento mi miedo regresó para borrar todo lo demás. Suspiré. Tenía que seguir adelante durante seis meses. Seis meses a su lado. ¡Seguramente serían los meses más largos de mi vida!

****

La vibración del sedán sobre la arenilla me despertó. A pesar del polvo que rodeaba el vehículo reconocí el camino de entrada. Habíamos vuelto a Asylum. Me giré hacia Yeraz, que miraba su *MacBook* mientras tomaba notas.

—Tengo que asistir a la octava representación del *Estudiante Emprendedor* mañana por la noche. Necesitaré un traje para la ocasión.

No se molestó en levantar la vista de la pantalla del portátil. El coche se detuvo.

—Para el traje necesitaré tu altura, así como...

No tuve tiempo de terminar la frase, pues Yeraz ya estaba fuera del vehículo. Comprendí que no tenía intención de ayudarme. Ashley me había advertido varias veces que no debía hacer preguntas.

Los guardaespaldas esperaron a que entrara en la lujosa mansión para cerrar las puertas tras de mí. Me sorprendió ser recibida un hombre rubio, algo delgado, con un rostro relajado y sonriente. Sus pantalones de cuero y su top ultra ajustado me hicieron enarcar una ceja.

—Hola, señorita Jiménez, soy Timothy, su asistente.

Su contagioso buen humor me animó. Me alegraba conocer a gente diferente a Yeraz. Por cierto, ¿dónde estaba?

—¿Cómo va su día? —preguntó mi asistente, evidentemente preocupado por mi bienestar.

—Para ser sincera, estoy soñando con un café y un buen baño.

—Desafortunadamente, el baño no será posible, pero para el café, sígame.

Timothy fue a la cocina. Levanté la vista y di las gracias al cielo por haberlo puesto en mi camino.

La cocina tenía dos veces el tamaño de mi apartamento y estaba equipada con una profusión de aparatos electrónicos. El penetrante olor a cloro me produjo arcadas y me trajo malos recuerdos. Me ajusté las gafas y me apoyé en la isla central, donde Timothy me preparaba el café.

—¿Cuánto tiempo has estado trabajando para el señor Khan? —pregunté curiosa.

—Gracias a Dios no trabajo para él. He estado trabajando para sus asistentes durante más de ocho años y Ashley durante tres.

Me entregó mi taza con su gran sonrisa. Miré a mi alrededor para asegurarme de que estábamos solos.

—No sé si me acostumbraré a tener asistentes. No soy de las que dan órdenes.

Timothy se apoyó en sus antebrazos y me miró fijamente con una intensidad redoblada.

—Es usted diferente a todas las que hemos visto hasta ahora.

—Te tomo la palabra —dije en un susurro antes de dar un sorbo a mi bebida caliente. El joven se levantó y miró su reloj.

—Ashley debería estar aquí pronto. El día está lejos de terminar —dije, frunciendo el ceño y negando con la cabeza.

—Mi correo electrónico ya está lleno. El señor Khan me ha dado un montón de instrucciones, además de tener que conseguirle un traje para la actuación de mañana por la noche.

—¿Sabe qué tipo de actuación?

Hice una leve mueca antes de contestar:

—No me dio tiempo ni a decir dos palabras y ya había desaparecido de mi vista.

Una sonrisa apareció en la comisura de los labios de mi asistente.

—Lo siento, fue una pregunta estúpida. Ashley debe saber mejor que yo sobre los trajes de los Khan. Ella se encargará de ello. Bien, ahora le mostraré su apartamento de arriba.

—¿Mi apartamento?

****

La suite era increíblemente luminosa, con una gran terraza con vistas al parque. Diferentes tonos de ocre dominaban en las habitaciones, creando un entorno que propiciaba la relajación. Era difícil sentirse confinada en este apartamento privado. El vestidor, la oficina, el cuarto de baño y muchos otros detalles estaban diseñados para satisfacer y optimizar la productividad de los empleados del señor Khan.

—¿Es aquí donde vives durante la semana? —pregunté, contemplando la altura del techo.

—No, esta suite es suya. El señor Khan quiere que su asistente esté disponible a todas horas del día y de la noche.

Coloqué mi bolsa en una silla y traté de actuar lo más relajada posible mientras avanzaba con la máxima precaución.

—Eso no será posible. Ya tengo un lugar para dormir, y no puedo dejar a Alistair y a Bergamote solos.

El joven, sorprendido, me interrogó con la mirada.

—Mis compañeros de piso.

—Es su elección, pero dudo que el señor Khan esté de acuerdo con esta decisión.

—Ya he decidido todo con Camilia. Yeraz tendrá que...

Ashley entró en la habitación con los brazos llenos de carpetas y sobres que amenazaban con caer al suelo. Corrí a su encuentro para ayudarla.

—Recogí las invitaciones para la gran recepción de Acción de Gracias —dijo—. Las hijas de los Khan y Camilia confirmaron todos los nombres esta mañana.

—Oh, no —gimió Timothy—. Dime que la distribución de los asientos ya está hecha.

Ashley colocó el resto de los suministros sobre el escritorio y lo miró de reojo. Fingió sollozar mientras caía de rodillas. Mi asistente puso los ojos en blanco y se volvió hacia mí.

—Bien, Ronney. ¿Cuál es el resto de la agenda de hoy?

Saqué mi teléfono del bolsillo y comprobé los correos electrónicos de Yeraz antes de responder.

—Timothy y yo podemos empezar a enviar las invitaciones para la recepción, y tú podrías encargarte de la lista de compras.

Le entregué mi teléfono a Ashley, que empezó a estudiar la larga lista con aspecto serio.

—Muy bien, reenvíamelo. Pero todo lo que tenga que ver con la tintorería y... el último artículo depende de ti. La etiqueta *'privado'* al lado indica que sólo la asistente del señor Khan puede encargarse de ese recado.

Al leer la expresión de vergüenza en la cara de Ashley, tomé el teléfono para ver de qué estaba hablando.

—Doce camisas, catorce pantalones, chaquetas. Consigue el archivo KB-13 de Alfonso. Dos cajas de... condones.

Me detuve y me aclaré la garganta.

—¿No puede Yeraz comprar sus cajas de... bueno... por sí mismo?

—¿Lo ve usted entrando en una farmacia y pidiendo ese tipo de cosas? —respondió Timothy,

con los brazos cruzados.

—No, no lo veo. Ni siquiera lo veo con una mujer, a decir verdad. Yeraz parece muy insociable y frío.

Mis mejillas comenzaron a arder. Sacudí la cabeza para deshacerme de la imagen de aquel hombre en brazos de una mujer. La ligera risa de Timothy relajó el ambiente. Dio una palmada y dijo:

—¿Quién sabe? ¿Podría quizás su frialdad esconder pasiones insospechadas? ¡Ay!

La pequeña palmada de Ashley en la nuca lo devolvió a la realidad.

—Me encargaré de la primera parte de la compra —dijo—. No dudes en contactarme si me necesitas.

Mi ayudante tomó su bolso y se apresuró a salir de la habitación, todavía subida en sus tacones de aguja.

—Esa chica es genial —susurré—. No entiendo por qué no está en mi lugar.

Con la mirada fija en la puerta, apenas pude escuchar las palabras de Timothy.

—¡Por la regla número dos!

****

El resto del día pasó volando. Timothy y yo nos sentamos en el suelo, ahogados en tarjetas de invitación que esperaban ser metidas en sobres.

—¿La familia Wilson?

Me tomé un segundo para pensar antes de responder a mi asistente.

—Sophia y Aaron, casados desde hace treinta y seis años. Tienen dos hijas gemelas, Angèle y Jacqueline.

—¿La familia Al Jasser?

—Familia adoptiva. El Señor Gavin Al Jasser se ha vuelto a casar tres veces. Él y su última esposa, Madeline, tienen un hijo, haciendo un total de siete hijos.

—¡Bien hecho, Ronney! Gran trabajo. Estás lista para entrar en el gran mundo.

Dejé de llenar las invitaciones.

—Este mundo no me interesa. De hecho, me asusta.

Miré fijamente a Timothy y por fin me atreví a hacerle la pregunta que había estado ardiendo en mi mente todo el día.

—Conoces a los Khan desde hace bastantes años. Tienen una reputación peligrosa en el país. Incluso se dice que forman parte de los Mitaras Almawt. He visto el anillo de Yeraz.

Los ojos del joven se oscurecieron. Apartó su mirada de la mía y continuó su trabajo con gestos más hostiles.

—Esta familia tiene una reputación oscura debido a su pasado. Por supuesto que tuvieron vínculos con la mafia, pero eso fue hace mucho tiempo. Se remonta ya a varias generaciones. Camilia hace todo lo posible para limpiar su nombre.

—Yeraz sigue en el negocio. Sus misiones siguen siendo muy opacas. Torturó a un hombre con un taladro. No lo vi, pero lo oí. Fue horrible. Si la sombra de la mafia ya no se cierne sobre esta familia, ¿por qué Camilia contrataría a alguien para supervisar sus ocupaciones? Muchas cosas me llevan a creer que...

—¡Ronney, déjalo!

Sorprendida por el cambio de actitud de Timothy, asentí mecánicamente antes de ajustarme

las gafas. Parecía superfluo expresar cualquier otra opinión sobre el tema. El joven cerró los ojos durante unos segundos y luego tomó aire.

—Lo siento. La gente dice todo tipo de cosas sobre esta familia. Tienen sus defectos como todo el mundo, pero son muy respetables.

Me ajusté las gafas y dije con cierta vergüenza:

—Sí, te creo. Mi objetivo no era manchar su reputación. Mira, voy a ocuparme de la lista de compras antes de que todo cierre.

—Me encargaré de las últimas tarjetas de invitación. ¿Podríamos empezar con los cuadros de los asientos de mañana?

—Perfecto.

Salí de la suite sabiendo que ya no conseguiría nada más de Timothy ese día.

****

Era una tarde agradable, aunque el viento soplaba con fuerza en el estacionamiento del restaurante. Me quedé allí un rato observando el lugar desde lejos. Todas las luces del interior estaban encendidas y había mucha gente. Era un buen lugar para los habitantes de Sheryl Valley. El restaurante iba bien y atraía a inversores, cuyas ofertas mi padre siempre rechazó, pero también a la mafia española ‘la Rosa Negra’, que se había instalado en este pobre vecindario. El Gordo John era el jefe de la organización.

Me dirigí al fondo del restaurante con unas piernas que ya casi no me sostenían, hasta donde estaba mi padre de pie detrás del gran mostrador. Toda la decoración procedía principalmente de Costa Rica. Los clientes podían sentir que se alejaban de todo mientras disfrutaban de una buena comida del buffet libre.

—¡Ronney! Me alegro de verte. Ven aquí.

Mi corazón se aligeró al ver la alegría que inundaba el rostro de mi padre, iluminando sus brillantes ojos marrones. Apenas tenía cincuenta años, pero parecía tener sólo cuarenta. Mi mirada se posó en su espeso, oscuro y hermoso cabello, echado hacia atrás con fuerza. Me abrió la puerta para que me uniera a él. A lo lejos, las manos de los clientes habituales me saludaban, felices de verme también. En cuanto a mi madre, estaba ocupada aprovisionando el buffet, que se estaba vaciando a toda velocidad. Desde mi posición, sólo podía distinguir su larga melena negra, que le caía por la nuca y llegaba al medio de la espalda.

—Entonces, ¿cómo va el trabajo?

Mientras hablaba conmigo, mi padre se dedicaba a preparar cócteles.

Mecánicamente, lo ayudé y le pasé las rodajas de piña.

—Sólo quiero llorar de cansancio. El restaurante, en comparación, es mucho menos extenuante. No volveré a quejarme.

Mi padre me miró preocupado disimuladamente.

—¿De verdad? Hay que tener cuidado. ¡La salud es lo primero! Mira, si lo que te preocupa es el dinero, no lo hagas. Nos las hemos arreglado hasta ahora —. Su mano apretó mi brazo. Tras un breve silencio, añadió:

—Tienes que vivir tu propia vida. Es importante.

Traté de mantener el ánimo frente a él. No le sorprendió mi silencio. No era el tipo de persona que hablaba de mis sentimientos o de los detalles de mi vida. Caminé hacia la entrada de la cocina y me vinieron a la mente muchos recuerdos. Hermosos momentos de cuando era pequeña.

Me encantaba lavar los platos aquí con mi madre. En aquella época, la enfermedad de mi hermano aún no había llamado a la puerta de nuestras vidas.

—¿Elio ya está durmiendo?

Me giré hacia mi padre y esperé su respuesta.

—No, no lo creo. Sube a verlo. Se pondrá feliz.

****

Los muebles de la habitación no se habían movido desde que me fui. La vieja tela amarillenta de la pared estaba empezando a desprenderse en algunos lugares. Desde aquí podía oír los sonidos y las voces procedentes del restaurante. La habitación, como todas las habitaciones del piso, casi no tenía aislamiento, pero en el Distrito Bakery eso era habitual. La mayoría de las viviendas de la zona eran conocidas por lo insalubres debido a su pobreza. La que compartía con Bergamote y Alistair no era una excepción a la regla.

—¿Qué haces junto a la ventana? ¿Estás mirando las estrellas?

Mi hermano apareció en la habitación con una boina en la cabeza. Los círculos morados alrededor de sus ojos mostraban lo agotado que estaba por las sesiones de quimioterapia que ahora tenía que soportar. Por desgracia, la radioterapia no había tenido el efecto deseado en él. Mi corazón se hundió.

—Sí, ya sabes cómo es tu pobre hermana: una eterna soñadora —dije—. Me gusta pedir deseos y creer que algún día se harán realidad.

Una sonrisa apenas logró iluminar su pálido rostro. Se sentó en su cama para ahorrar fuerzas.

—¿Sabes qué? Cuando esté allí arriba, haré realidad tus deseos.

Por la expresión de mi cara, sabía que había elegido las palabras equivocadas. Me puse la mano en la boca para ahogar mis sollozos y me volví hacia la ventana.

—No digas eso —susurré con voz temblorosa.

—Ronney, lo siento. Tú y nuestros padres están poniendo tantas esperanzas en mi recuperación que están olvidando lo más importante.

—¿Qué puede ser más importante que eso?

De pronto, mi voz parecía extremadamente seca.

—¡Vive! Eso es lo que tienes que hacer. Ve a explorar el mundo. Haz planes. Encuentra el amor.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza antes de tomar la silla junto al escritorio para sentarme frente a Elio.

—¿No te lo dijo papá? Canal Rojo está considerando contratarme a tiempo completo. Es para un gran proyecto con mucho dinero en juego. Por fin podremos pagar tu tratamiento.

Elio puso los ojos en blanco y luego respiró profundamente antes de mirarme fijamente durante mucho tiempo con una mirada severa.

—No hay manera de que aceptes algo sólo por mi tratamiento. Ronney, eres una de esas raras personas para las que el dinero es desabrido. Es una de tus muchas cualidades. Por favor, no cambies eso.

Me limité a asentir como respuesta, para no prometerle nada ni mentirle más. Se quedó en silencio durante unos segundos y luego cambió de tema.

—Hay una reunión de primos el domingo por la tarde en casa de la tía María. ¿No lo habrás olvidado?

Un pequeño gruñido se me escapó de la garganta e hice una mueca, poniéndome ambas

manos sobre los ojos.

—No, no lo he olvidado. Odio todas estas reuniones de primos con la familia. Caleb y Carolina estarán allí.

—¡Caleb es un idiota! Él es el que pierde. Si tuviera suficiente fuerza, le aplastaría su bonita cara contra la pared.

—No puedes controlar sus sentimientos. Las cosas que tienen que pasar, pasan. No lo culpo a él ni a Carolina. Tengo mi cita con el ortodontista el sábado.

—Ese drogadicto es un sinvergüenza. ¿Cuánto le has estado dando todos estos años? Siempre se inventa una excusa para no quitarte el aparato.

Miré el reloj y me subí las gafas antes de levantarme con dificultad de la silla para abrazar a mi hermano. Era la hora de irme a casa.

—Le preguntaré cuándo piensa quitármelos. Quién sabe, tal vez el sábado sea el gran día.

Antes de cruzar la puerta, Elio me llamó.

—Mamá debería haberte defendido más ante nuestra familia, pero también ante ese tal Bryan. Todo lo que has pasado, no... no es normal.

Tras un breve silencio, salí de la habitación donde reinaba un aroma a lamento. Las últimas palabras de mi hermano me habían sacudido.

****

Ya en mi habitación, leí y releí las notas escritas durante la reunión de esa mañana. Unas diez páginas de dibujos, signos y tachaduras se extendían sobre las hojas blancas. Le di un mordisco al sándwich que me había preparado Bergamote, quien había sospechado que no me quedaría en la mesa con ellos esa noche. Ella y Alistair no eran compañeros de habitación intrusivos y habladores, una cualidad que apreciaba mucho en ellos. Aun así, sabía que esperarían hasta el fin de semana para hacerme todo tipo de preguntas sobre mi semana, especialmente sobre Yeraz Khan.

Volví a ponerme las gafas y traté de adivinar el significado de cada símbolo, una labor meticulosa que iba a sumarse a mis largas y agotadoras jornadas de trabajo. Mi informe para Camilia tenía que estar listo para el viernes. Mi sensación en ese momento era la de estar cayendo en un torbellino oscuro e interminable.

4

Programar eventos, contratar personal de limpieza, organizar las tareas de contabilidad, gestionar las numerosas facturas de la semana, organizar los horarios...

Llevaba cuatro días trabajando como una esclava, siendo despertada en mitad de la noche, pasando las tardes intentando descifrar esas malditas notas codificadas de la reunión del lunes, y siendo ahogada con llamadas y correos electrónicos de Yeraz a todas horas del día y de la noche. Él quería que me derrumbara, que me fuera, y Dios sabe que yo también quería irme. Delegué algunas de mis tareas en Timothy y Ashley, pero muchas de ellas eran confidenciales y, por lo tanto, responsabilidad mía.

Llegué ese viernes por la mañana a casa de Yeraz después de recoger su ropa en la tintorería. Era el día libre de Ashley, así que tuve que hacer lo que ella suele hacer además de mi propio trabajo.

—¿Cómo ha ido?

Timothy me recibió con un enorme ramo de rosas blancas y gypsófilas.

Respondí mientras entraba en la sala de estar.

—He esperado casi veinte minutos fuera para que llegue la persona. Llego tarde para terminar el presupuesto con el jardinero.

Dejé las cosas en el sofá y saqué el ordenador para comprobar los nuevos correos de Yeraz.

—¡No puede dejarme en paz! —me quejé mientras golpeaba las teclas de mi portátil.

Sorprendida por el silencio de la habitación, miré a Timothy, que me miraba con la boca abierta. Después de unos días con él, sabía lo que significaba esa mirada.

—Es viernes. Te ruego que me ahorres los cambios de última hora.

Exhalé. No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Mis manos agarraron las raíces de mi cabello despeinado y excesivamente seco.

—Lo siento, Ronney. Ghita te está esperando.

—¿Qué? ¿Pero para qué?

—Hoy inaugura una nueva tienda de lencería. Este ramo es del señor Khan.

En una mano me dio las flores y en la otra, tres grandes tubos de cartón.

—Y estos son los planos del nuevo proyecto de construcción para el arquitecto.

Incliné la cabeza hacia un lado mostrando mi desesperación. Timothy se encogió de hombros en forma de disculpa.

—¿Puedes llamarme un conductor?

—Ya te está esperando en la entrada.

Le di las gracias a Timothy con una inclinación de cabeza y traté de sonreír, pero no lo conseguí.

****

El sedan recorría el bosque que rodeaba Sheryl Valley por debajo. El inmenso lago separaba la ciudad en dos partes. Las aguas, de un azul intenso, brillaban a la luz del día. Desde aquí la ciudad, con su atmósfera de salvaje oeste adormecido, parecía muy tranquila. Sin embargo, en los canales de noticias del país se referían a este lugar como un turbulento corazón popular, donde todo tipo de excesos se multiplicaban. Era una ciudad conocida como una de las más corruptas del mundo. Sus habitantes llevaban tanto tiempo conviviendo con las mafias y las guerras entre vecindarios que ya no prestaban atención.

El vehículo se detuvo en un callejón, justo al lado del bosque, frente a una suntuosa residencia victoriana donde se mezclaban la piedra de Jerusalén y la madera clara. No muy lejos de Asylum, este vecindario muy elegante era perfecto para alejarse del tumulto de Sheryl Valley.

Una joven de piel bronceada abrió la puerta y me invitó a entrar. Su boca sonreía, dibujando con gracia la fina línea roja de sus labios. Sus bonitos y sonrosados pómulos estaban ahuecados por dos pequeños hoyuelos.

—Hola, soy Paige, la asistente de Ghita. Tú debes ser Ronney.

Asentí con la cabeza mientras le entregaba el voluminoso ramo de flores.

—Soy la asistente de Yeraz.

Las pupilas de la joven se estrecharon. Su ceño se frunció y una pequeña mirada de simpatía cruzó su bonito rostro. No parecía una empleada. De hecho, yo tampoco parecía una empleada, con mi jersey grande y deforme y mis pantalones anchos tres tallas demasiado grandes. La joven iba vestida con un *bustier* blanco ajustado y sin mangas, con unos shorts escandalosamente cortos luciendo unas piernas interminables. Se movía con sus zapatillas blancas con una facilidad increíble con sus anchas caderas. Su largo y brillante cabello castaño oscuro le caía hasta la parte baja de la espalda.

—Ghita se está preparando arriba. Sígueme.

—Pensé en traerle las flores y marcharme.

Había una tensión en mis movimientos que no podía disimular. Paige se dio la vuelta al final de la escalera, guardó silencio por unos segundos y luego dijo en un tono inusualmente suave:

—Ronney, Ghita quiere conocerte. Te vas a encontrar con las hermanas K regularmente. Será mejor que hagamos las presentaciones ahora.

El vestíbulo mostraba arte en un entorno psicodélico, con una mezcla de *Versace* y *Louis Vuitton*. Las habitaciones eran agradables, cómodas y minimalistas en tonos beige, y ofrecían una generosa perspectiva en toda la propiedad. Paige me dijo que la propiedad también tenía una piscina cubierta, un gimnasio y una sala de cine. Me sentí como si estuviera en la cuarta dimensión.

Me quité las *Converse* al entrar en la habitación. El suelo estaba cubierto por una hermosa y gruesa alfombra de color crema que daba a la habitación un ambiente suave. Al fondo, un hombre delgado de mediana estatura y una esbelta mujer de cabello rubio maquillaban a una joven sentados frente a grandes espejos. El ambiente era relajado, a juzgar por las risas que resonaban entre aquellas paredes.

—Ghita, estas son de Yeraz.

Cuando la anfitriona se giró para mirar a su asistente me quedé boquiabierta. Era aún más hermosa en persona. Estaba frente a una de las mujeres más famosas del mundo, a la que nunca pensé que conocería. Sus rasgos eran perfectamente simétricos y sus grandes ojos negros y almendrados, realzados por el delineador, parecían salidos directamente de una película de animación, así de deslumbrantes eran. La joven se tocó su abundante cabellera y luego miró interrogadoramente a Paige, quien se apresuró a hacer las presentaciones.

—La señorita Ronney Jiménez, asistente de tu hermano.

Ghita sonrió, mostrando una hilera de perfectos dientes blancos.

—Encantada de conocerte. ¿Eres de aquí?

El hombre y la mujer siguieron peinándola y maquillándola mientras se miraban fijamente. Sabía que hablarían de mí en cuanto saliera de la habitación.

—Sí, del Distrito Bakery, al otro lado del lago.

—Paige, trae una silla para Ronney, no se va a quedar de pie. Estos son mis dos asistentes, Adele, mi maquilladora, y Adriano, mi peluquero.

—Gracias, pero tengo que irme. Tu hermano me dio mil cosas para hacer.

Empecé a sentirme muy incómoda, fuera de lugar allí. Pero antes de que pudiera decir otra palabra, estaba sentada en una silla suave y elástica.

—Me encargaré de mi psicótico hermano, no te preocupes. Aaliyah estará aquí pronto.

—¿Y Cyliane? —preguntó Paige, colocándose a mi lado.

—No sé qué está haciendo. Probablemente esté en el bosque hablando con un árbol, o en un cementerio intentando despertar a un muerto.

Un hombre, tumbado en la cama de la joven mujer un poco más lejos, estalló en carcajadas, seguido por sus ayudantes, que se agrupaban a su alrededor. No había prestado ninguna atención a Hadriel cuando había entrado en la habitación. El joven me saludó con la mano y enseguida volvió a mirar su teléfono. Había en él una confianza perfecta, una desagradable insolencia. A diferencia de su hermano, Hadriel tenía el cabello ligeramente más largo y no llevaba barba. Incluso su figura parecía menos imponente. Sólo el color de sus ojos era idéntico.

—No, pero es cierto —dijo Ghita con una impresionante sonrisa—. ¡Cyliane es tan atemporal! Y pensar que es la favorita de mis hermanos...

Había pronunciado las últimas palabras con lentitud observando a Hadriel, que no reaccionó ante este reproche no disimulado. Al contrario, sonrió sin mirarnos. Ghita bajó la mirada hacia el impresionante ramo que sostenía y añadió:

—Son preciosas. Peter está en la oficina de abajo. Lo llamaré para que las ponga en un jarrón.

Paige le pasó el teléfono a Ghita. No quería ver a Peter. ¿Qué excusa podía encontrar para salir de allí antes de que entrara en la habitación? Y ¡maldita sea! ¿Qué hacía él en esta casa? Era asistente de Camilia, no de las hermanas Khan. Para cuando mi cerebro elaboró un plan de escape, el hombre de mediana edad ya estaba allí con dos pares de zapatos en las manos. Cuando nuestras miradas se cruzaron, volvió a examinarme de pies a cabeza con desdén.

—Pensé que Yeraz ya la había despedido —murmuró sin mirarme. Dejó los zapatos cerca de Ghita, que inclinó la cara y frunció el ceño.

—No quiero nada de eso, Peter. No en mi casa.

El ambiente de la habitación se volvió de pronto tenso. Mis mejillas se sonrojaron. Me moví inquieta en mi silla y recé para que el hombre no hiciera una escena en ese momento. Consternado, tomó el ramo y protestó con vehemencia:

—¿Así que eso es todo? ¿Ronney ha ocupado mi lugar en tu corazón, cariño? ¿No soy nada para ti?

Puso el ramo en el tocador. Ghita puso los ojos en blanco antes de volver a mirarlo, con los ojos llenos de ternura.

—No digas tonterías. Le encontraste a mi hermano la mejor asistente. Sólo tú podrías haberla encontrado.

Peter se giró hacia mí, con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada. Bajé la cabeza y me quedé mirando mis calcetines negros.

—Sí, encontré a Ronney en un local de nachos. Era tan buena tomando pedidos que pensé: 'Oh, Peter, esta chica es increíble. Será una gran asistente. Tendrás que pasar por alto el metal de sus dientes y sus feas gafas sin marca.

—¡Peter! —exclamó Paige, indignada.

Ghita, escandalizada por el comportamiento del asistente de su madre, se levantó

bruscamente, obligando a sus mudos ayudantes a detener su trabajo.

—¡No! Estás yendo demasiado lejos. ¿Qué te pasa? Te has comportado horriblemente desde el lunes.

El hombre se cruzó de brazos y me miró acusadoramente.

—Desgraciadamente, no puedo decírtelo. Ni siquiera yo lo entiendo.

Se dio la vuelta haciendo un malhumorado puchero.

—Ghita, hemos terminado —dijo Adele, orgullosa de su trabajo.

La joven se apartó un momento para admirar el resultado bajo la luz. Mirándola, supuse que todo aquello formaba parte de una rutina rigurosa y exigente. Satisfecha, se sentó para ponerse las sandalias con sus vertiginosos tacones. No pude contener un suspiro.

—No me digas que nunca has caminado con tacones, Ronney —dijo Ghita, divertida ante mi perplejidad.

—¡Cien dólares a que la respuesta es no! —gritó su hermano desde el fondo de la sala.

—No te preocupes Hadriel, nadie te va a contradecir en eso —refunfuñó Peter en tono agrio mientras se masajeaba las sienes con los pulgares.

Todos los ojos, redondos como canicas, se volvieron hacia mí. Me ajusté las gafas y susurré:

—No he llevado tacones en mi vida. Es inconcebible para mí usarlos.

Mi confesión no pareció sorprender a nadie, excepto a Ghita.

—¿Cómo que es inconcebible?

Sorprendida por la pregunta, Peter respondió bruscamente extendiendo los brazos.

—¿La has visto bien? Vamos. No tiene gracia. No me digas que la ves con tacones.

—Eres un idiota, Peter —gruñó Paige.

Herida hasta lo más profundo, volví a mirar al suelo. Ghita se agachó a mi lado y me levantó la cara con una mano que olía a crema.

—Tienes razón —dijo ella—. Yo también prefiero llevar zapatillas de deporte o *Converse*. Es todo superficial.

—En cuanto a mí, fue Peter quien me enseñó a caminar con tacones —dijo Paige, divertida.

—A mi también —añadió Adele con una sonrisa.

Ghita se levantó y desfiló como una diosa por la sala, luego se giró hacia Peter.

—¿Ves lo que tienes que enseñar a Ronney?

—¡Cielos, de ninguna manera! —respondió, horrorizado—. Prefiero enseñar a bailar a un hipopótamo.

—¡Lo hiciste por todas nosotras! —exclamó Paige, aplaudiendo emocionada.

Peter sacudió la cabeza enérgicamente, con los ojos cerrados.

—Es el mejor en los cambios de imagen —dijo Ghita.

—Me encantan Adriano y Adele, pero Peter es un genio de la perfección. Lo sabe todo sobre la moda. Consultamos con él antes de cada salida importante.

El hombre, halagado por las palabras de Ghita, se fue relajando poco a poco y una sonrisa de felicidad apareció en sus labios. Se encogió de hombros.

—Sí, es cierto que me va bien. Estoy obsesionado con la belleza de las mujeres. Veo en cada una de ellas la luz y la gracia que desprenden.

Peter dejó de hablar de pronto y me dirigió una mirada condescendiente antes de girarse hacia Ghita y los demás.

—¡Pero Ronney no! Para Ronney, no veo nada.

Molesta porque toda la atención se centraba en mí y en mi aspecto poco atractivo, me levanté bruscamente mientras fingía consultar mi reloj. Hablé en un tono educado pero poco seguro.

—Lo siento, pero realmente tengo que irme. Se hace tarde. Además, tengo mi entrevista con Camilia para saber si me quedo con este trabajo o no. Verás, Peter, tal vez el lunes te libres de mí.

Cuando salí de la habitación, entró una mujer que se parecía sospechosamente a Ghita. Era su hermana, Aaliyah. Aparté la vista lo más rápido posible de sus pechos, que sobresalían por debajo de su blusa de seda desabrochada y ajustada. La cirugía estética no debía ser un secreto para las hermanas Khan. Su pelvis, moldeada en unos vaqueros de cintura alta, entallados, revelaba generosas curvas. Su cabello, tan largo como el de su hermana, estaba desordenado y sujeto con una tonelada de laca. Ghita hizo las presentaciones desde el fondo de la sala.

—Aaliyah, esta es Ronney, asistente de Yeraz. Estaba a punto de irse después de los comentarios inapropiados de nuestro querido Peter.

La brillante sonrisa de Aaliyah se apagó de inmediato mientras lo miraba con desprecio. Peter balbuceó algo incomprensible para defenderse antes de enviar amablemente a las dos jóvenes a empacar.

—Es un placer conocerte, Ronney. ¿Segura que no quieres quedarte?

Su cálido guiño me tranquilizó. Relajé mis hombros, que habían estado tensos durante varios minutos, y respondí tímidamente:

—Tengo mucho trabajo que hacer. Ashley no está aquí para ayudarme hoy.

El rostro de Aaliyah se ensombreció abruptamente.

—Así es, es viernes. El día favorito de Ashley. Debe estar divirtiéndose en este mismo momento.

Por el sonido de su voz, me di cuenta de que había una hostilidad latente hacia ella.

—Pronto vendrá a comer a nuestra mesa y dirá en voz alta lo que piensa de ti.

Ese fue Hadriel.

—¡Nunca! —replicó Ghita enérgicamente—. Mi madre sueña con deshacerse de ella, y nosotros también.

Peter asintió con la cabeza. De pronto sonó mi teléfono, con esa alarma espantosa que tanto odiaba. Se me aceleró el pulso al contestar.

—¿Sí, señor Khan?

—¿Qué demonios estás haciendo, Jiménez? El arquitecto necesita los planos. Lleva más de una hora esperando.

Me puse apresuradamente mis *Converse*.

—Voy en camino. Estaba en casa de su hermana.

—Trabajas para mí. No te pagan por beber té y comer tostadas.

—Dile que se vaya a la mierda —susurró una divertida Aaliyah a mi lado.

Puse la mano en el micrófono del teléfono y sacudí la cabeza enérgicamente.

Ghita se echó a reír. Corté la comunicación y me disculpé con la gente reunida en la gran sala.

—Debo irme. Gracias por su hospitalidad.

Me apresuré a llegar al coche, que me esperaba en la entrada. Por primera vez, con las hermanas Khan, había sentido que me veían con algo más que asco y desprecio. Con Peter, sin embargo, era diferente. Me iba a hacer pasar un mal rato. A sus ojos, yo era una pequeña mentirosa, un fraude.

****

Timothy y yo habíamos trabajado duro todo el día y por fin podía ver acercarse el fin de

semana. Sí, en menos de dos horas, apagaría el maldito teléfono y me alejaría de Yeraz, a quien apenas había visto esta semana, pero cuya amenazante sombra me seguía a todas partes. Tardaría años en superar el miedo que me provocaba.

—Aquí tienes, Ronney. Nos lo hemos ganado.

Sentado al pie de la escalera, Timothy me entregó un vaso de vino tinto, que bebí rápidamente.

—¿Cómo te las arreglas para quedarte aquí? Sueño con huir y no volver nunca a esta casa.

Mi asistente se rió con complicidad antes de responderme.

—Por la misma razón que tú: el sueldo. Siempre dices que te vas a ir y luego acabas quedándote. Ya te acostumbrarás, Ronney.

—No lo creo. Él es todo lo que odio. Siento que su sueño es enterrarme en el parque, detrás de la casa, entre otros cuerpos —tartamudeé en un vano intento de sarcasmo.

Mi asistente respiró profundamente. Sus rasgos se endurecieron.

—Entonces, tú también te rendirás, como todas las demás.

—No, yo no. Camilia tiene suficiente para mantenerme aquí. Ella lo entiende. Además... no voy a dormir con su hijo. Nos desagradamos mutuamente.

—Eres el último recurso de Camilia. En unos meses, Yeraz será libre de sus cadenas y el accionista mayoritario de todos los negocios de su difunto padre. Tú y yo seremos despedidos. Brindemos por eso.

Mi asistente se sirvió otra copa. Estábamos solos en la casa, como casi siempre. A diferencia de los miembros de su familia, el hijo mayor no se desplazaba con el personal.

—Timothy, ¿por qué no se llevan bien Yeraz y Hadriel? —Mi asistente dudó un momento.

—El jefe se acostó con la prometida de su hermano unos días antes de su boda. Creo que es razón suficiente para estar enfadado con él.

—¿Te refieres a la modelo rusa?

—Sí. Hadriel canceló la boda. No te puedes imaginar el ambiente que reinó entre estas paredes los días siguientes a ese anuncio.

Mis rostro se descompuso. Yeraz no tenía nada de humano. Era un ser sin ley. Recordé entonces que debía terminar de escribir el informe de la reunión del lunes. Tenía menos de dos horas antes de mi entrevista con Camilia.

—¿Puedes dejarme, Timothy? Necesito estar sola un rato.

El joven se echó el cabello rojo hacia atrás antes de levantarse. Lo vi retirarse lentamente hacia la sala de estar mirándome con curiosidad antes de desaparecer. Fui a buscar mi cuaderno en el bolso, que estaba sobre el mueble del pasillo, y luego volví al tedioso y aburrido trabajo de escribir aquello que por fin empezaba a tomar forma.

****

—¡Timothy! —grité mientras guardaba apresuradamente todas mis cosas—. Llama a un conductor, llego tarde. Camilia me está esperando.

Con la nariz enterrada en mis apuntes no había advertido el paso del tiempo. Todavía conmocionada por lo que tenía en mis manos, no podía decidirme. ¿Debía entregar ese informe a la madre de Yeraz? Era un tema candente. Ya no había ninguna duda, me había infiltrado entre los mayores mafiosos y criminales de Sheryl Valley. Era imposible explicar el terror que sentía en ese momento, un miedo sofocante mezclado con una sensación de certeza. Tenía que irme, huir, alejarme lo más posible de aquella familia.

****

Abigaëlle pareció sorprendida de verme de nuevo cuando me presenté en la residencia de Camilia. La mirada estricta seguía instalada en su rostro. La seguí hasta la oficina, donde Camilia ya estaba sentada en su sillón.

—Por favor, déjanos, Abigaëlle. Gracias. Y dile a Peter que prepare mis cosas para la cena de esta noche.

—Sí, señora.

Entré vacilante en la habitación y me quedé helada cuando vi a Yeraz apoyado en la pared junto a la ventana. Me miró fijamente con su gélida mirada sin decir nada. Deseé que llevara sus grandes gafas negras.

—Hola, Ronney.

Camilia comenzó sus preguntas sobre la semana que pasé con su hijo. Con la cara en llamas, apenas pude responder. Sentí la pesada mirada de Yeraz en mi espalda.

—¿Es Timothy adecuado como su asistente?

—Sí —balbuceé—. Tanto él como Ashley son muy competentes.

Al oír el nombre de mi asistente, Camilia sacudió la cabeza, con cara de frustración.

—Si fuera por mí, Ashley estaría repartiendo folletos en el Bulevar Jades.

Sentía por ella el mismo desprecio que sus hijas. No entendía de dónde venía toda esa animosidad hacia la joven que tanto me ayudaba.

—Ella está mucho más cualificada que yo para este trabajo. ¿Por qué no está en mi lugar?

Yeraz soltó esa especie de risa despectiva que tenía. Intenté no prestar atención al odioso personaje. Camilia chasqueó la lengua y dijo:

—Rompió la regla número dos del contrato. Desde entonces soy yo quien elige a las primeras asistentes de mi hijo.

—Desgraciadamente —refunfuñó Yeraz, que vino a sentarse en una silla cerca de ella.

No le presté atención. La aplomada mujer se quitó las gafas y se pasó las manos por el rostro. También parecía cansada.

—Ahora, señorita Jiménez, ¿qué información tiene que darme sobre el negocio de mi hijo?

Repentinamente incómoda, parpadeé. El ambiente se volvió irrespirable. *Si no le das nada, recuperarás tu libertad*. Eso es lo que quieres, ¿no? La imagen de mi hermano se impuso en ese momento. El bolígrafo de Camilia repiqueteaba nervioso sobre las hojas de papel esparcidas frente a ella.

—¿Ronney?

Además, imaginé la sonrisa triunfal en los labios de Yeraz. Debía de estar disfrutando de la situación.

—¿Ronney?

La insistente voz de Camilia me devolvió al presente.

—Sí, aquí está el informe de la reunión con Hamza Saleh y los colaboradores presentes ese día en su casa.

Intrigada, Camilia volvió a ponerse las gafas y tomó mis notas. Estaba visiblemente ansiosa por leerlas. Con la barbilla alta y los rasgos tranquilos, empezó a leer mi informe. Con la cabeza pegada al respaldo de la silla, Yeraz mantuvo la mandíbula apretada durante todo el resumen de mi informe. Se refería al lavado de dinero y a las licitaciones manipuladas que permitieron a

Mitaras Almawt crear varias empresas fraudulentas. El informe detallaba una expedición punitiva llevada a cabo por varios organizadores, entre ellos Yeraz, contra uno de sus colaboradores. El colaborador había pasado información sensible sobre varias de sus misiones a un juez corrupto del bando contrario de la mafia albanesa.

Al final de la lectura, Camilia guardó silencio durante varios segundos. Su tez estaba pálida. Ya no podía luchar. Su cuerpo se relajó. Levantó los ojos hacia su hijo, que evitó cuidadosamente mirarla. Nunca una mirada me había impactado tanto.

—Subestimaste a tu asistente. Por primera vez en años entiendo lo que sucede a mis espaldas.

Yeraz se levantó tan bruscamente que retrocedí. Se pasó las manos por la frente antes de recuperar la compostura.

—Tengo que continuar donde lo dejó mi padre. Esta es nuestra familia. No podemos darle la espalda. Este es mi legado.

—Tu padre está muerto, y todo esto se ha ido con él. La mafia no tiene lugar en nuestras vidas. Tus hermanas y yo estamos trabajando duro para mejorar nuestra imagen mientras tú la sigues manchando. No te dejaré hacerlo, Yeraz. Yo también tengo una parte del negocio de tu padre y puedo opinar sobre él.

—Sólo por unos meses, porque cuando tenga treinta y uno, todo será mío.

La conversación era cada vez más tormentosa. Decidí retirarme a un rincón, cerca de la entrada de la sala, para dejarles discutir.

La escena era horrible. Camilia intentó hacer entrar en razón a su hijo, diciéndole lo mucho que sufría por esta situación, que no quería esta vida para él. Yeraz no quería oír nada. Acusó a su madre de no respetar los deseos de su difunto padre, diciendo que no había hecho nada malo, y que era la vida que siempre había conocido y elegido.

—No te dejaré hacerlo —concluyó Camilia, amenazando a su hijo con el dedo—. A partir de hoy, Ronney nunca te dejará solo. Cada minuto, cada segundo de la semana, lo pasará contigo. Me hará un informe completo cada vez.

—¿Estás bromeando?

—¡No! Sabré todo lo que haces. Tu anillo de sello, signo de tu pertenencia a las Mitaras Almawt, pasará a mis manos cuando cumplas 31 años, aunque eso signifique denunciarte a las autoridades de la ciudad.

Yeraz se levantó y se irguió sobre su madre. Una sonrisa tan falsa como el demonio apareció en sus labios.

Con voz apenas audible dijo:

—Tengo en mis manos a todos los jueces de este estado. La política necesita de la mafia. Soy la eminencia gris, el enlace entre Sheryl Valley y el resto de este país.

—No por mucho tiempo —respondió Camilia en el mismo tono.

Se miraron fijamente durante unos instantes y luego Yeraz, furioso, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Cuando llegó a mí, se inclinó hacia mí y me dijo con voz maligna y perturbadora:

—¿Por qué no te mantuviste fuera de esto, como todas las anteriores?.

Me ajusté las gafas, temblando. Un escalofrío de miedo me recorrió la columna vertebral. Pocas veces había tenido la oportunidad de mirar una cara tan de cerca, especialmente la de un hombre, a excepción de Caleb, por supuesto, pero él no era tan perfecto. Yeraz estaba tan cerca que podía oler su piel. Su implacable autoridad, realzada por una mirada tan oscura como la noche, buscaba intimidarme. Y funcionó.

Inclinó su cara y antes de irse añadió:

—Bienvenida a mi mundo, señorita Jiménez. Créame, ¡habría preferido ahorrarle todo esto!

La puerta se cerró con estrépito. Camilia, todavía lívida, me invitó a sentarme frente a ella. Empecé a respirar de nuevo.

—Sé que tienes las agallas para esto —dijo la empresaria tras un largo silencio—. Yeraz es complicado. Siempre lo ha sido. Cuando tenga treinta y un años, todas las acciones de su padre serán suyas. Se convertirá en uno de los hombres más poderosos de los Mitaras Almawt y será influyente en los bajos fondos.

Empecé a entender.

—¿Qué quieres de mí, exactamente?

—Si sé lo que hace Yeraz, o lo que piensa hacer, entonces puedo poner mi granito de arena en los asuntos de mi hijo. Mi voto todavía cuenta un poco. Quiero destruir esta organización y salvar a mi hijo.

—Pero, señora Khan...

—Llámame Camilia.

Asentí con la cabeza y continué:

—Camilia, ¿no tienes miedo de que vaya a por ti? Sheryl Valley es un auténtico criadero de mafiosos. Esta mafia es invisible y, por lo tanto, aún más peligrosa. Tienen esa sensación de omnipotencia sin rival.

—Lo sé, pero no puedo dejar a Yeraz con este legado envenenado. Debería haberme alejado de todo esto antes, cuando mis hijos aún eran pequeños, pero Yanis, su padre, nunca me dejaría ir con ellos. Tampoco puedo contar con el entorno de mi hijo, que también está involucrado en este negocio. Este es el juego del gato y el ratón que te pido que juegues.

—Los gatos son más bien lobos en su juego. Si pudiera elegir, le presentaría mi renuncia inmediatamente, pero por desgracia no puedo.

—¿Por tu hermano?

Asentí con un sí. Camilia me entregó una carpeta.

—Tu contrato. Si estás de acuerdo, fírmalo. Mientras sigas la regla número uno, mantendrás este trabajo. Dudo que se aplique a ti, pero lo escribí en aras de la transparencia.

Hojeé el archivo, buscando el párrafo del final.

Regla 1: El señor Yeraz Khan y su asistente personal no deben enamorarse el uno del otro para evitar futuros conflictos en su trabajo. La asistente no puede interferir en la vida amorosa del señor Yeraz Khan.

Regla 2: La asistente personal no debe tener una relación sexual con el Señor Yeraz Khan. La naturaleza de la relación entre la asistente y el señor Yeraz Khan debe ser exclusivamente profesional y...

¡Ashley!

Dejé de leer los términos del contrato en voz alta y abrí los ojos. Normalmente me habría reído, pero las palabras del papel tuvieron el efecto contrario en ese momento. Aunque me bebiera una botella de vodka y estuviera absolutamente borracha, era imposible que acabara como Ashley. Me sentí como si hubiera llegado a la cima de lo absurdo. Ante esta vergonzosa situación, puse cara de espanto y solté con voz estrangulada y disonante:

—Eh, romper estas reglas me resulta inconcebible. Quiero decir, no te ofendas, pero nada en

el mundo podría atraerme a los brazos de tu hijo.

Silencio. Una ligera sonrisa se paseó por los labios pulposos de Camilia. Se levantó lentamente y comenzó a recoger sus pertenencias.

—Me alegra escuchar eso, Ronney. A partir de ahora, tu única prioridad es Yeraz. Recuerda que trabajas para mí, no para él. Eres libre de manejar tus días con mi hijo como creas conveniente. Lo único que te pido es que lo acompañes para que me cuentes todo lo que hace, la gente que ve, sus citas y sus proyectos.

La empresaria me entregó un bolígrafo y puso las manos en su cintura. Me sentí como si estuviera viviendo la escena de Úrsula y Ariel en *La Sirenita* cuando firmaron su acuerdo. Ella contaba conmigo para desactivar una bomba de tiempo, y esa bomba era Yeraz.

****

En cuanto crucé la puerta la oficina de Camilia, me apoyé en la pared para intentar calmar los furiosos latidos de mi corazón. Permanecí de pie, en silencio, pensando en la desesperación que había visto momentos antes en el rostro de Camilia. En una semana me había pasado al otro lado. Mis pobres padres no debían saberlo nunca. De todos modos, nadie me creería. *¡Maldita sea! ¡Qué semana más loca!* Me ajusté las gafas y me apresuré a salir de la residencia, con el contrato firmado en el bolso.

5

Satisfecha, me quité el casco. Alistair había hecho un gran trabajo con mi scooter. El ruido del sistema de escape seguía siendo bastante fuerte, pero volvía a funcionar y había llegado a mi destino sin problemas. Me recogí el desordenado cabello, pero había decidido hacer de las suyas. No insistí.

Me emborraché de alegría al abrir las puertas del edificio. Había echado de menos el olor de ese lugar tan antiguo. El ambiente era relajante; conocía cada rincón de ese lugar, que había visitado desde que tenía cinco años. Por desgracia, el edificio corría peligro de derrumbarse, y los actores de doblaje, los equipos de sonido y los directores de proyecto sin duda tendríamos que mudarnos en un futuro próximo.

—Ronney, ¿dónde has estado? Deberías haber estado aquí hace media hora.

Logan, mi compañero en este proyecto, me mantenía abierta la puerta del estudio. Sus suaves ojos grises reflejaban preocupación. Me gustaba mucho. Apenas mayor que yo, era simpático y su rostro pálido mostraba una verdadera empatía con la gente.

—Sí, lo sé. Lo siento, ha sido una semana particularmente dura y no escuché el despertador esta mañana. Llevo varios días trabajando para un idiota.

Logan pareció simpatizar con mi situación. Me quité apresuradamente el poncho y lo coloqué junto a mis cosas en el sofá hundido. Me até el cabello en una especie de moño y me acomodé en mi asiento frente a la pantalla blanca. Logan se unió a mí.

—Todavía no hemos hecho el tema musical, así que empezaremos con eso. Tonio tocará el bucle unas cuantas veces, y luego trabajaremos en él.

Me ajusté las gafas y el micrófono.

—No debería llevar mucho tiempo. Sólo tengo que ajustar mi voz para que se adapte a Minnie.

En ese momento Tonio, el operador jefe, entró en la sala con un sándwich en la mano. No eran ni las once y ya estaba comiendo. Con casi sesenta años y una buena calva, aparentaba su edad. Todo en él era redondo: sus ojos, su cara, su cuerpo. Sus pantalones desgastados hacían juego con el tono de la habitación.

Tonio se sentó en un pequeño taburete detrás de nosotros y dijo con un marcado acento tejano:

—Ronney, no te preocupes por la canción. Dura menos de un minuto. No olvides que queremos una voz bonita y redonda. Aquí tienes tu vaso de agua.

Lo colocó en la mesa junto a mí y luego se dirigió a Logan.

—Para Popo el Hipopótamo es lo mismo. Yo pondré el primer borrador que grabó Logan. Y tú, Ronney, trabajas en ello.

Asentí con la cabeza. Mi colega fue a bajar las luces del estudio mientras Tonio comenzaba a tocar la canción. El texto escrito en la cinta maestra me permitía analizar el flujo verbal y me indicaba por signos los movimientos de los labios, pero también el ritmo de la respiración que debía adoptar. La ratoncita Minnie tenía una voz aguda, a diferencia de Popo el Hipopótamo, y hablaba rápido, lo que tenía la tendencia a forzar mis cuerdas vocales. Además, tenía que procurar articular bien para que los niños pudieran comprenderla.

Estábamos en la segunda toma y yo había asimilado el texto de la banda rítmica que se

desplazaba bajo las imágenes. La canción estaría terminada en poco tiempo.

En el tercer y último verso, la puerta del estudio se abrió. Reconocí la melena rubia de Mackenzie; era la directora artística. Cortésmente, invitó a alguien a entrar en el estudio. Entonces el mundo dejó de girar a mi alrededor. Mi voz se ralentizó y luego se quebró al ver a Yeraz entrar por la puerta. *Maldita sea. ¿Qué mierda está haciendo aquí*?

Me sentí como en una pesadilla, la escena era totalmente horrible.

Estaba de pie frente a mí, con su polo negro perfectamente planchado y sin gafas oscuras. Me presioné las sienes con ambas manos, convencida de que estaba alucinando. Cuando levanté la vista, Yeraz me miraba fijamente con su pequeña sonrisa de imbécil profesional.

Mackenzie pulsó un botón del mezclador y su voz resonó en toda la habitación.

—Te presento a Giovanni Cucitore. Este generoso inversor acaba de comprar Canal Rojo. Gracias a él, una gran parte del edificio será renovada y podremos quedarnos aquí.

Logan y Tonio recibieron la noticia con fuertes exclamaciones y aplausos.

—¡Bienvenido a la familia, señor Cucitore! —exclamó Tonio, con los ojos brillantes de alegría—. Así que es usted nuestro nuevo jefe.

Un sentimiento de pánico y rabia me atenazó la garganta. ¿Giovanni? ¿Qué demonios es esta nueva mierda? Yeraz me miró con cara tensa. ¿A qué estaba jugando? Mackenzie acababa de invitar al mismísimo diablo. No podía culparla. Sin sus gafas oscuras, el hijo de Khan no era reconocible. Repentinamente preocupada, se giró hacia mí.

—Ronney, ¿estás bien? Parece que has visto un fantasma.

Es peor que eso, pensé. Yeraz inclinó la cabeza a un lado, observándome atentamente. El pánico recorrió mi columna vertebral. Mackenzie y los demás estaban hipnotizados por este hombre de extraordinario carisma. Es cierto que a Yeraz le bastaba con respirar para llenar una habitación con su presencia, pero a mí sólo me inspiraba odio y asco.

—Me gustaría quedarme aquí para la sesión de grabación —dijo el joven en un tono cursi que me enfureció—. Siempre me ha fascinado lo que ocurre detrás de escena en este negocio.

Siempre me ha fascinado lo que ocurre detrás de escena en este negocio, repetí en mi cabeza en tono burlón. *¿Por qué no les dices que son las armas y el olor a sangre lo que te ayuda a dormir?* Mackenzie, que le doblaba la edad, parecía haber vuelto a la adolescencia. Sus ojos revoloteaban como los de una niña pequeña ante el escaparate de una panadería, y sus mejillas no dejaban de enrojecer. Tenía ganas de vomitar. Vamos, Mackenzie, di que no. Va contra las reglas.

—¡Por supuesto! Está usted en su casa, señor Cucitore. Logan y Ronney son nuestros mejores dobladores para películas de animación, así que es divertido verlos. ¿Por qué no se sienta con ellos?

Me ajusté las gafas y puse discretamente los ojos en blanco ante la actitud de Mackenzie. Ella colocó una mano en su hombro por un tiempo demasiado largo, lo que facilitó la comprensión de una invitación silenciosa completamente diferente.

Nos miramos fijamente mientras pasaba junto a mí para sentarse detrás con Tonio.

—Bien, Ronney, empecemos por el principio.

Una ligera mueca cruzó mi rostro. Podía sentir la pesada mirada de Yeraz en mi espalda. Quería desestabilizarme, ponerme en ridículo, convertirme en su marioneta, como había hecho con las otras asistentes antes que yo. Era el mejor en este juego. Con los labios fruncidos y los dedos enredados como hilos, respiré profundamente, terminé mi vaso de agua y comencé a grabar.

****

—¿Qué te pasa hoy, Ronney? ¡Estamos en la octava toma y todavía no puedes hacer bien la voz de Minnie!

Tonio estaba furioso. Se paseó por la habitación, levantando los brazos, dispuesto a rendirse.

—Sé un poco comprensivo —respondió Logan—. Es la primera vez que Ronney tiene problemas en una sesión de grabación. Debe estar cansada. Ha tenido una semana dura, y encima está trabajando para un imbécil.

Casi me atraganté. Con una pequeña sonrisa, tensa y forzada, agradecí a mi colega que viniera a rescatarme sin atreverme a girar la cara hacia Yeraz.

—Sí, puedo ver que está cansada. Tiene ojeras tan profundas como fosas. Parece que se ha escapado de Auschwitz.

Quería explicarles que el hombre que nos acompañaba era la razón de mi falta de concentración. Compartir el aire que respiraba con él me asfixiaba, y escuchar sus risitas mientras doblaba a Minnie era insoportable. Pero una vez más, elegí el silencio. No me defendí. Me ajusté las gafas y dejé que Tonio me destrozara con sus palabras. Tenía que calmarme de una buena vez, o Yeraz me echaría del Canal Rojo en cualquier momento.

****

Salí del edificio al borde de un ataque de histeria. Toda esa farsa me había quitado el apetito.

—Entonces, ¿a dónde vamos ahora?

Tú, ¡cállate la boca! Me puse el casco en la cabeza con rabia y me giré hacia Yeraz, lanzándole una mirada de advertencia. Una mueca provocadora apareció en la comisura de sus labios. Le contesté en el tono más moderado posible.

—¡No vamos a ninguna parte juntos! Me voy a casa, y tú, vete a matar a quien quieras mientras tanto.

Hirviendo de rabia, me subí a mi scooter, confiada, y lo puse en marcha, pero decidió fallarme en ese momento.

—Parece que tu carcasa acaba de morir.

Todavía estaba allí.

—¡No! Es simplemente caprichoso.

Esperaba que mi tono agrio fuera suficiente para bajarlo de la acera, pero Yeraz se quedó allí, disfrutando de cada segundo del espectáculo. *Vamos, arranca. No puedes dejarme así, con ÉL.*

Me bajé de la moto y saqué mi teléfono del bolso para pedir un Uber.

—Te llevaré.

Sospechando, le di una mirada de reojo. ¿Era sólo yo, o realmente le costaba abandonarme en estas condiciones? Finalmente acepté su oferta a regañadientes. El riesgo de que mi pago fuera rechazado era demasiado grande, y en ese caso el ridículo habría sido aún mayor.

****

Me sorprendió una vez más cuando abrió la puerta de un Bentley rojo brillante. Era evidente que le habían inculcado buenos modales. Se sentó al volante del coche y arrancó el motor, que rugió con la primera aceleración. Yo todavía no me había calmado. De hecho, estaba más cabreada que nunca, pero intenté no demostrarlo.

—¿No tienes miedo de que alguien haga daño a tu coche en este barrio tan peligroso?

Eludió la pregunta por un momento, y luego respondió lentamente, con los ojos fijos en la carretera.

—Me daría pena la persona que se atreviera a tocarlo.

—En la siguiente curva tienes que girar a la derecha.

Yeraz puso el intermitente de la izquierda.

—¿Qué estás haciendo? Dijiste que me llevarías a casa.

—Lo haré cuando decida hacerlo.

Cerré los ojos como si hubiera escuchado mal antes de volver a abrirlos, molesta.

—¿A dónde vamos, y qué derecho tienes a invadir mi privacidad?

Esta vez mi voz fue fría y asertiva. Me ajusté las gafas y esperé su respuesta.

—Ronney, estamos atrapados juntos. Invadiste mi espacio durante la semana. He decidido hacer lo mismo contigo los fines de semana.

Estaba aturdida. Me iba a arruinar estos dos maravillosos días de libertad. ¿Estaba condenada a estar con este hombre todos los días por el resto de mi vida?

—Renuncia y no volverás a saber de mí.

—¡Sueño con ello! —Protesté—. Pero no puedo. Necesito el dinero. ¿Qué te crees? ¿Que me levanto por la mañana bailando en mi baño, feliz de venir a verte?

Con los ojos todavía fijos en la carretera esperó, como para darse tiempo a asimilar mis palabras, y luego respondió.

—No me alegro más que tú. Para ser sincero, además de ser una mujer poco atractiva y terriblemente aburrida, eres ingenua y no me interesas. Y ¿qué pasa con esa ridícula voz que utilizas durante las sesiones de doblaje? Es una verdadera tortura para mis oídos.

Probablemente Yeraz estaba esperando que protestara, dolida por sus palabras, pero no lo hice. Me giré para mirar el paisaje a través de la ventana y decidí seguir adelante. No era divertido discutir conmigo, porque nunca me enfadaba, aunque en el fondo tuviera dentro una indignada Ronney gritando con todas sus fuerzas. El tiempo era hermoso, pero todo estaba gris en mi interior. Tenía que recomponerme.

—¿Adónde vamos?

—A almorzar.

Con la cabeza aún girada hacia la ventana, mis pensamientos me llevaron donde no quería ir: Caleb. Mi cabeza se llenó de imágenes de nosotros dos, de aquellos largos paseos que dábamos por las colinas de Sheryl Valley, de aquellas románticas puestas de sol, de sus besos, de su piel...

****

La puerta de mi lado del coche se abrió. El rostro serio y la mirada profunda de Yeraz me devolvieron a la realidad de un plumazo. No podía creer en lo que se había convertido mi vida. Estar en mi compañía era ahora como estar en la oscuridad. Me crucé de brazos, haciendo una mueca, y me negué a salir del coche.

—No quiero quedarme contigo. No puedes obligarme, o si no...

—¿O si no qué?

El joven se apoyó en la carrocería del Bentley y se inclinó hacia mí. Los mil matices de sus ojos oscuros me congelaron en mi asiento. Su belleza aterradora y magnética me perturbó. Detrás de sus rasgos absolutamente perfectos se escondía una fealdad que yo había percibido desde nuestro primer encuentro.

—O si no, llamaré a la policía.

Apenas se oía mi voz.

Yeraz tenía esa risa desagradable que odiaba. Luego me entregó su teléfono.

—Encontrarás el número de teléfono de Ernesto Marconie, el jefe de policía, entre mis contactos. Esta misma mañana estuvimos hablando por teléfono.

Me sonrojé por dentro.

—La justicia somos nosotros. La política somos nosotros, y el orden somos nosotros. Por lo tanto, hay que estar siempre en el lado correcto. Espero que mi pequeño consejo te sirva en el futuro.

Yeraz se enderezó y me dirigió una mirada ligeramente amarga antes de darse la vuelta. Luego se dirigió hacia la puerta de un restaurante que tenía una sobria, elegante y hermosa fachada de estilo *Art Nouveau*. Salí del coche y miré a mi alrededor con desconcierto. Estaba de nuevo en Asylum.

El acogedor local no estaba muy concurrido a esa hora de la tarde. Me sentí incómoda con todas las miradas curiosas que los clientes nos dirigían. La gente de esta clase social debía preguntarse cómo una mujer como yo podía estar en compañía de uno de los especímenes más bellos de la población masculina. Puse los ojos en blanco. Hubiera preferido estar almorzando en el restaurante de mis padres, o en un banco del parque cercano. El propio camarero parecía inquieto por mi presencia cuando vino a tomar nuestro pedido. Yeraz era el mismo de siempre.

Volví a dar un bocado a mi costillar de cordero asado *en croute*. La sutileza del plato calmó mi ira por un rato.

—¿De verdad vas a ayudar a renovar el edificio?

Yeraz se sirvió otra copa de vino tinto y me respondió secamente.

—Estoy comprometido con ello.

Sacudí la cabeza y me pellizqué el labio hasta que sangró para no explotar.

—¿No es un poco exagerado? Había otras formas de llegar a mí, ¿no?

El joven miró un momento a su alrededor. Parecía estar buscando palabras. Esto no era propio de él.

—Admito que es un poco exagerado. Debería haber dejado el lugar a su suerte. Se podría decir que estoy teniendo un buen día.

—¡Qué alma tan bondadosa! —dije en tono sarcástico.

Yeraz me miró con frialdad antes de sumirse en el silencio.

—No necesitamos tu dinero. No quiero que tus prácticas cuestionables interfieran en mi vida.

Suspiró, exasperado por mis palabras. Sus delgados dedos acariciaron lentamente el borde de su vaso.

—Este acuerdo se ha hecho con todo el papeleo necesario y se ha redactado de la forma más legal. Yo, más de lo que crees, juego con las reglas. ¿Tiene alguna otra pregunta?

—¿Me vas a contestar?

—¡Lo intentaré!

Sus rasgos adoptaron una expresión seria. Llenó mi vaso vacío. Aparté la mirada, molesta por sus buenos modales. En ese momento lo encontré casi encantador y atractivo. Aparté mi plato vacío y me ajusté las gafas antes de poner ambas manos sobre la mesa.

—¿Por qué Camilia sigue creyendo que puede salvarte? ¿Cómo es que todavía cree que vas a renunciar a tu participación en el Mitaras Almawt?

El joven apoyó su espalda en el respaldo de la silla.

—Tu hermano está enfermo, ¿verdad?

Me sorprendió su repentina pregunta y tardé unos segundos en responder.

—Sí. Estás bien informado.

Mi voz era baja y temblorosa, traicionando toda la tristeza que sentía. Para mi sorpresa, el rostro de Yeraz se suavizó.

—¿Está recibiendo tratamiento?

—Todavía no, pero lo hará pronto, espero.

Sólo tengo que mantener este trabajo de esclava.

—Si mañana los médicos le dijeran a tu madre que no se puede hacer nada más por su hijo, que tiene que dejarlo ir, ¿qué haría ella?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me ajusté las gafas y miré a mi alrededor. Finalmente, miré con desesperación a los ojos de Yeraz. Comprendí lo que quería decir.

—Ella no se rendiría. Yo tampoco me rendiría. Siempre tendríamos esperanza, hasta su último aliento.

Sus ojos se deslizaron por mi descolorida y poco elegante camiseta antes de volver a mirarme. Me miró fijamente durante unos segundos, como si me evaluara. Su rostro permaneció impasible.

—Hay muchas cosas que podría hacer para ir contra mi madre. Si quisiera, sus acciones mañana podrían no valer nada, pero quiero evitarle todo eso. No voy a robarle estos meses. Todavía los necesita para hacerse a la idea y dejarme ir.

Se detuvo un momento antes de continuar.

—He tenido muchos asistentes; ninguno ha sido capaz de devolver un solo informe de mis reuniones a Camilia. Todavía me pregunto cómo lo has conseguido. Esta información es sensible y puede poner en peligro a muchas personas, tú incluida.

Estas últimas palabras quedaron suspendidas en el aire. Su mirada penetrante era indescifrable. La bilis ardía en mi garganta.

—¿Cuánto? —preguntó.

Su pregunta me sorprendió. Empecé a tartamudear.

—¿Cuánto, qué?

—Todo tiene un precio, Ronney. ¿Cuánto por tu renuncia? ¿Cuánto por el tratamiento de tu hermano?

Me quedé sin palabras. No parecía sorprendido por mi silencio. Yeraz estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para deshacerse de mí, y yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para estar lo más lejos posible de él. Sin embargo, una fuerza en mi interior se resistía. En Sheryl Valley hubo muchas notificaciones de desalojos, así como abuso de las multas de tránsito como medio de intimidación, y embargo de propiedades por una u otra razón, por no hablar de chantaje. Todas las administraciones, hasta los más altos niveles de gobierno, estaban corrompidas, y el pueblo era sumiso.

—No, no todo tiene un precio, Yeraz.

El joven, sorprendido, frunció el ceño. Su mandíbula se torció y soltó una pequeña y desagradable carcajada. Su actitud fría y sarcástica me molestó. Adopté el tono más fuerte posible, ayudada por los vasos de vino tinto que había bebido.

—No trabajo para ti, sino para Camilia. No me comprarás con tus millones.

Yeraz parecía más serio. Su puño, que posaba sobre la mesa, se cerró.

—Nunca me acostaré contigo, y mucho menos me enamoraré. Así que estamos condenados a soportarnos mutuamente. Voy a hacerte la vida imposible, Ronney.

Articuló cada letra de mi nombre como yo había articulado el suyo. Su oscura mirada era ahora amenazante. Me pasé la lengua por los labios secos y respondí con voz tranquila e imparcial.

—Aunque la supervivencia de la humanidad dependiera de nosotros, tampoco me acostaría contigo. Representas todo lo que odio. Haré mi trabajo porque no defraudo a la gente, ni siquiera a mi peor enemigo. Yo no soy así.

Sentí como si el tiempo se hubiera congelado a nuestro alrededor. Nos miramos fijamente y luego Yeraz dijo, con la mandíbula apretada:

—Tenemos que irnos. Tengo que asistir a una reunión de negocios.

Su voz carecía de toda amabilidad.

—¿Vas a secuestrarme de nuevo, o vas a llevarme finalmente al tercer mundo?

Agitó la mano sin quitarme los ojos de encima y el camarero llegó en un segundo.

Sin darle tiempo a responderme, me levanté, con prisa por salir de este lugar.

****

Era imposible sentarse en la sala de espera contigua. Me paseé por la sala repitiendo en mi mente mi almuerzo con Yeraz. Aquel hombre tenía una forma de hacerme hervir la sangre... Perdida en mis pensamientos, no había oído a mi ortodontista, la señora Wolfe, llamarme.

—¿Ronney? —insistió.

Salté cuando su mano tocó mi hombro.

—¿Está todo bien?

Una ola de preocupación cruzó sus radiantes rasgos. Era de mediana edad, con el cabello siempre impecablemente peinado.

—Sí, estoy bien.

La señora Wolfe asintió con una sonrisa cortés. Su rostro de piel clara estaba realzado por unos labios perfectamente pintados.

—Sígueme. Voy a revisar el trabajo del mes pasado.

Su voz, baja y suave, delataba un ligero acento británico. Sorprendida, me di cuenta de que, por una vez, no parecía estar bajo los efectos de las drogas.

La música clásica flotaba en la habitación. La señora Wolfe silbaba mientras preparaba los instrumentos. Era delgada y de aspecto frágil, pero llena de energía. Me recosté en el sillón de cuero y respiré profundamente antes de atreverme a formular mi pregunta.

—¿Sabes cuánto tiempo más tengo que llevar el aparato?

La señora Wolfe se inclinó sobre mí, con una mirada concentrada, y acomodó la lámpara para iluminar mi rostro.

—Te lo diré después de la consulta. Ahora abre la boca.

****

En el consultorio de Wolfe observé cada expresión de su rostro con un ojo preocupado. Golpeaba el teclado, con las cejas fruncidas. *Vamos, Ronney, pregúntale de nuevo y exige una respuesta.* Me ajusté las gafas y enderecé los hombros, como si mi postura pudiera marcar la diferencia. Abrí la boca, pero enseguida la volví a cerrar, deseando ser uno de esos clientes pretenciosos e incómodos. Un comportamiento así podría haberme ayudado en muchas

situaciones.

—De acuerdo, Ronney, te voy a dar una cita para el mes que viene. Un sábado, a la misma hora.

Asentí con la cabeza, terriblemente decepcionada. Decepcionada por irme con este aparato, decepcionada por no poder obtener respuestas a mis preguntas. Estaba molesta conmigo misma.

Fuera, la noche había caído sobre la ciudad. Me alivió no encontrar a Yeraz de pie frente a la oficina o en la esquina. El tiempo había refrescado, pero me tomé el tiempo para saborear mi nueva libertad. El estruendo de la tormenta anunciaba su llegada. Mañana seguramente llovería todo el día. Curiosamente, esta idea me resultaba reconfortante. Me encantaba la lluvia, y aún más cuando Sheryl Valley se sumía en un clima apocalíptico. A la gente normal le gustaba el sol, el calor, pero a mí me gustaba lo contrario. Tal vez fuera porque la lluvia desagradaba. En cualquier caso, me emocionaba cuando aparecía a las puertas de la ciudad.

Las calles estaban prácticamente vacías de gente. No había toque de queda, pero todo el mundo sabía que no era bueno estar fuera por la noche. Me apresuré a caminar hacia la residencia de ancianos para reunirme con Alistair y Bergamote, mirando sistemáticamente detrás de mí cada diez segundos. El miedo a que apareciera Yeraz me revolvía el estómago. Sentía que iba a aparecer de la nada y me iba a llevar, como había hecho esta mañana. El hombre me había demostrado que era capaz de todo. Para ser un sábado, tenía muy poco tiempo libre, y mis encuentros con Daphne eran preciosos.

****

El establecimiento estaba ubicado en la parte más antigua de la ciudad. El edificio de diez plantas, de ladrillos anaranjados, tenía fijadas a la pared de la fachada trasera dos grandes escaleras metálicas que daban acceso directo a la azotea, donde la vista panorámica de Sheryl Valley era magnífica. Respiré hondo y comencé a subir con cuidado para no resbalar.

—¡Ronney! —exclamó Alistair cuando me vio aparecer en la terraza—. Date prisa, Daphne bailará pronto.

Él y Bergamote me invitaron con gestos apresurados a que me sentara con ellos. Así lo hice, feliz de no haberme perdido el espectáculo. La voz de Édith Piaf, famosa cantante francesa de otra época con un timbre de voz único, resonaba en el tocadiscos de Alistair.

—Esperemos que la lluvia no llegue enseguida —dijo Bergamote entregándome un sandwich —. He traído un paraguas por si las cosas se estropean.

Desde allí dominamos toda la ciudad. Las luces se reflejaban en el lago helado y en el horizonte, dando una atmósfera única al momento. Este lugar, con su excepcional vista de los tejados ocres de las casas, era mi santuario. Aquí me sentía más cerca del cielo que de la tierra. Las preocupaciones de la vida cotidiana quedaban a los pies del edificio.

—Imagino que has disfrutado cada segundo de hoy, Ronney.

Alistair no esperaba realmente una respuesta. Al igual que Bergamote, su mirada se centraba en los grandes ventanales situados un poco más abajo. A través de ellos se veía a las bailarinas estrella calentando antes de empezar su clase de baile.

—En realidad no —respondí en voz baja—. Un acontecimiento desagradable interfirió en mi día, que se suponía sería perfecto.

Di otro mordisco a mi sándwich. Bergamote volvió la cabeza hacia mí, dirigiéndome una mirada insistente y llena de preguntas.

—Yeraz vino al Canal Rojo y me secuestró durante unas horas.

—¿Yeraz Khan? —exclamó Alistair, atónito y enfadado.

Mis compañeros de piso tenían curiosidad, deseaban escuchar cada detalle de mi tiempo con el joven. Durante unos minutos les hablé de mi desastrosa sesión de grabación en el estudio, él comprando el edificio, de mi rabia por el scooter que no arrancaba y de su propuesta de almorzar en el carísimo restaurante.

Con los ojos redondos como platos, con su voz suave y un poco arrastrada Bergamote me preguntó:

—¿No pensaste en llamar a la policía?

—Casi se ofreció a llamar por mí. Khan podría disparar a una multitud en medio de la ciudad y saldría de su celda en un minuto. Es intocable.

—Todo esto me parece peligroso, Ronney. Deberías dejar este trabajo. ¿Verdad, Bergamote?

Asintió con la cabeza, con aspecto severo. Pensé en la oferta de Yeraz: darme el dinero para el tratamiento de mi hermano a cambio de mi renuncia. Di el último bocado a mi sándwich y mastiqué furiosamente.

—No. Toda mi vida he estado huyendo. He bajado la cabeza en lugar de levantarla. Necesito una salida y mi salida será él.

—Ya no soy joven, pero puedo echarte una mano —se ofreció Alistair, con cara de picardía, mientras me servía una copa de vino tinto.

—¡Mira, la clase está empezando! —dijo Bergamote.

Su semblante repentinamente cambió mostrándose ahora completamente feliz. Giré hacia los grandes ventanales. Los bailarines comenzaban su danza con una gracia y seguridad que la mayoría de la gente nunca tendría. Una sonrisa de felicidad se instaló en mi rostro. Sus movimientos, llenos de una rara elegancia, acariciaban el aire con perfecta coordinación. Diecisiete bailarines se lanzaron impetuosamente por la sala perfectamente iluminada.

Esta asombrosa actuación tendría lugar algunas semanas después, el día de Acción de Gracias, en el mayor escenario de Sheryl Valley. Mis dos compañeras de piso y yo habíamos ahorrado casi todo el año para poder pagar los asientos. Todos los sábados los veíamos ensayar en secreto desde la azotea. Este lugar había sido el Jardín del Edén de Alistair durante décadas, con quien había compartido el mágico lugar, creando un momento de paz interior y comunión con el espíritu. Era nuestra cita del sábado por la noche.

—¡Viene Daphne! —exclamó Alistair, poniéndose en pie, seguido por Bergamote.

La mejor bailarina comenzó su solo inclinando la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Estaba deslumbrante, vestida toda de blanco. Su negra piel brillaba reflejando la luz, haciéndola aún más majestuosa de lo que ya era. La música no viajaba hasta nosotros, pero cada gesto, cada paso de Daphne nos transportaba. Nos hipnotizó.

Finalmente, la noche estaba terminando bastante bien. Los tres estábamos en nuestra cita más importante de la semana, con nuestra Daphne.

6

De pie frente a la puerta de la casa de la tía María intenté ignorar la mirada de mi madre. Era una mirada de cansancio y fastidio a la vez. Esa mirada no era para nadie más. No, era sólo para mí.

—Podrías haber elegido otra cosa que ese gran suéter marrón. No te favorece nada —dijo indignada.

Dejé escapar un suspiro antes de ajustarme las gafas.

—Si sigues con tus comentarios, mamá, te advierto que prefiero irme inmediatamente.

Se encogió de hombros antes de susurrar lo suficientemente alto como para que la oyera:

— Sé que es un día lluvioso, pero no estamos en el Polo Norte.

Al ver mi mirada amenazante, finalmente cambió de tema.

—¡Vamos! ¿Qué está haciendo tu tía? ¡Esta casa no es un castillo!

—Todos están en la parte trasera de la casa, en el patio. Dale tiempo para que llegue.

Me contestó secamente:

— Siempre pones excusas a todo el mundo, Ronney. Eres demasiado amable, siempre lo has sido. Saber que Caleb está ahí dentro con tu prima Carolina, y que seguirás dejando que se salga con la suya me cabrea.

Ahí estaba de nuevo, enfurecida contra mi ex. Menos mal que el asunto no había dividido a mi familia en dos. Mi madre soñaba con que le sacara los ojos o le echara agua hirviendo a la cara. Fuera de sí, seguía vomitando un chorro de palabras furiosas contra Caleb.

—¡Mamá! —gruñí para hacerla callar antes de que me sacara de quicio.

En ese momento la puerta se abrió. Tía María nos saludó con una deslumbrante sonrisa que partía en dos su rostro inclinado. Se parecía mucho a mi madre con sus ojos negros y almendrados, pero tenía rasgos más cálidos. Su cabello largo, oscuro y espeso le caía por la espalda.

—Bienvenidas a Costa Rica —cantó y se puso a bailar delante de nosotras.

—María, deja de hacer payasadas —refunfuñó mi madre al entrar en la casa—. He hecho el postre. Ven conmigo a la cocina.

—Ronney, ve al patio trasero. Todos te están esperando.

Las palabras de mi tía me hicieron sonreír, porque en realidad nadie me estaba esperando.

Sola en la sala de estar, con sus paredes de color púrpura pálido, respiré profundamente antes de tomar la decisión de unirme al resto de mi familia en el exterior.

Crucé el escaso césped. Mis tías y tíos me saludaron al pasar con abrazos rebosantes de cariño y palabras amables. Les agradecí con una pequeña y tímida sonrisa. Ante todas esas caras sonrientes, intenté ocultar mi vergüenza. Fui a reunirme con mis primos en la parte trasera del refugio, instalado para protegernos de la lluvia.

****

—Hola, Ronney. No pensé que vendrías hoy.

Era Hailey. Su cabello rubio resaltaba las pecas repartidas por toda su cara. De todos mis primos, ella tenía los ojos más hermosos. Iban del dorado al marrón y al verde.

—Nadie pensó que saldrías viva de la residencia de la Ogresa —se burló Melissa, refiriéndose a mi desafío del domingo pasado.

La noticia ya se había difundido por la familia. Me senté en el incómodo banco de madera frente a Olivia. Me dirigía una mirada oscura y maligna. A diferencia de Melissa y Hailey, a Olivia le gustaba ir muy maquillada, sobre todo con los labios pintados. Su cabello castaño, recogido en una coleta, como el de Melissa, le levantaba los párpados.

—No me quedé allí mucho tiempo —declaré en voz baja.

—¿Has visto a Camilia? ¿Cómo es ella en la vida real?

Las chicas esperaron mi respuesta como si fuera a darles la primicia.

—No. El ama de llaves me hizo esperar en el patio un rato antes de enviarme finalmente a casa.

Decepcionados, mis primos se miraron entre sí.

—Y aquí tienes un mojito, como te gusta.

Aïdan, el hermano mayor de Louis, apareció detrás de mí con una taza en la mano. Me alegré de verlo allí. Hacía varios meses que había abandonado las reuniones de primos y otros eventos familiares debido a su nuevo trabajo. Trabajaba muy duro en un restaurante de la zona de Campton. De hecho, la expresión de su rostro, con su bronceada tez, mostraba su cansancio.

—Entonces, ¿lista para enfrentar a Caleb en los brazos de Carolina?

Di un buen sorbo a mi mojito antes de responder a la pregunta de Aïdan.

—Por supuesto —mentí con una sonrisa forzada.

Desvié la mirada hacia los arbustos de camelias rojas que había junto a la casa. Los niños se divertían persiguiéndose, gritando. No tenían miedo de la lluvia ni del viento. Envidié su actitud despreocupada.

—¡Aïdan, déjala en paz! —exclamó Hailey—. Ronney acaba de llegar y ya la estás molestando con Caleb.

—Oh, está bien —intervino Olivia—. No era realmente una historia de amor. Habían estado juntos por ¿cuánto... tres meses?

¡No, ocho! Me mordí el interior de la mejilla para no contestar.

Y continuó:

—Ronney es especial, no se puede negar. No puede permitirse ser exigente con los hombres. No culpes al pobre Caleb.

Abrí los ojos y miré fijamente a mi prima, escandalizada por sus malditas declaraciones dichas con tanta seriedad. No me caía especialmente bien, y la forma en que me provocaba todo el tiempo estaba empezando a irritarme. En ese momento sentí todas las miradas de mi familia sobre mí, y con razón: Carolina y Caleb acababan de llegar, seguidos de cerca por Gabriella y Louis.

Mi corazón se detuvo cuando los vi acercarse a nosotros de la mano. Se tomaron el tiempo de saludar a todos antes de venir a nuestra mesa. Por favor, no. No irán a sentarse con nosotros… Recordé volver a respirar. Caleb me dirigió una mirada ligeramente avergonzada mientras que Carolina estaba más radiante que nunca. La estaba haciendo feliz, como me había hecho feliz a mí. Contuve las lágrimas. No había forma de que me derrumbara ahora. No, no quería darles ese placer.

—Ronney, ¿cómo van las cosas en el estudio? —preguntó Hailey bruscamente antes de que el pequeño grupo de cuatro llegara hasta nosotros. Su intento de aligerar el ambiente se quedó en nada. Me aclaré la garganta, pero mis palabras tardaron en salir.

—El equipo y yo estamos trabajando en un tema musical. No es fácil...

—Hola a todos. Aquí falta música.

Louis apartó a Olivia y vino a sentarse frente a mí, bloqueando mi vista de las camelias.

—Ronney, siento no haberte esperado fuera de la residencia de los Khan, pero todos teníamos mil cosas que hacer.

—Está bien, Louis —respondí con rigidez.

—¡Es obvio que sigues viva!

—Por desgracia —susurró Gabriella.

Todos estallaron en carcajadas, excepto Caleb, que mantuvo la cabeza baja y no dijo nada. Su rostro se nubló, frunció el ceño y sus claros ojos verdes se llenaron de sombras.

****

Después de una hora de pesadilla durante la cual tuve que soportar los comentarios maliciosos y crueles de mi familia, me devané los sesos buscando la manera de salir de allí tranquilamente. Justo en ese momento sonó mi teléfono. No reconocí el número, pero no importaba. Decidí contestar, feliz de levantarme de ese banco tambaleante para alejarme del grupo.

—¿Hola?

—Hola, Sidney. ¿Cuál es tu película de terror favorita?

Habría reconocido esa voz entre otras mil. No oculté mi fastidio.

—¡Yeraz, déjame en paz!

Colgué bruscamente, pero volvió a llamar en un segundo.

—Es domingo. Tendrás mucho tiempo para torturarme mañana. Que tengas un buen día —le dije.

—¿Por qué no podemos reunirnos un rato y hablar?

—¡Ni de broma! Tengo una vida. Deja tus técnicas de acoso e intimidación. ¿No tienes mejores cosas que hacer? No sé, ¿como robar un banco o algo así?

—¿Quién te crees que soy? Quiero decir, no soy un maldito delincuente.

—Has pedido muchos condones. Úsalos y deja a la gente en paz.

—No, no cuelgues.

La voz de Yeraz se endureció. La orden que acababa de darme sonaba como una amenaza.

—¿O qué?

—Si no, me presentaré en tu casa, como lo hice ayer en el estudio.

—¡No me importa, no estoy en casa!

Colgué con rabia. Mi corazón latía con fuerza. Afortunadamente, nadie me había oído. Me quedé un momento en un rincón del refugio, esperando a que mi pulso disminuyera. No necesitaba una dosis de heroína para sentir la emoción. Yeraz me tenía completamente confundida. *¿Sidney?* Puse los ojos en blanco al pensar en la película de terror a la que se referían, *Scream*.

Una vez más calmada volví a mi asiento y terminé mi taza de un largo sorbo. ¡Maldita sea! Mi padre acababa de llegar al patio trasero. Él y el tío Carlos estaban colocando un gran altavoz para la música. Estaba desesperada por irme de la fiesta ya. La música tenía el efecto de desviar la atención de mis primos, cosa que, por supuesto, no lamentaba.

****

Al final de la mesa Caleb susurraba quedamente a Carolina. Aparté la mirada, temiendo que se diera cuenta de lo triste que estaba. Mis ojos pasaron por encima del hombro de Louis y creí

que me iba a dar un infarto. Pensé que las cosas no podían empeorar, pero sí. Yeraz estaba de pie en medio del patio trasero. Las manos de mi madre estaban en su brazo. Lo presentaba con orgullo al resto de la familia.

¡Oh, mierda! Empecé a buscar cualquier cosa en la mesa que me permitiera matarme sin dolor, pero no encontré nada útil.

—Oye, ¿quién es ese tipo? —preguntó Olivia a su hermana, obviamente muy interesada.

Todas mis primas, a excepción de Carolina, comenzaron a gesticular y a peinarse, las hormonas en ebullición.

—¿Por qué está con tu madre, Ronney? Maldita sea, ¿conoces a ese tipo?

—Uh... Es complicado. ¿Cómo decírtelo?

—Quizás sólo sea el repartidor —dijo Aïdan, molesto por los gritos exagerados de las chicas.

—No importa; puede ser quien quiera.

El comentario de Gabriella hizo reír al resto del grupo. Mi madre se acercó a nosotros como si estuviera trayendo a casa un premio *Emmy*. Sus pequeños guiños hacia mí me hicieron encogerme. La ira me embargaba un poco más con cada paso que daba hacia mí. En ese momento lo único que quería era correr hacia Yeraz con la cabeza gacha y golpearlo, como esos luchadores de la televisión.

—Buenos días, chicas —dijo mi madre, con los ojos llenos de amor por ese imbécil—. Este es Giovanni Cucitore, el novio de Ronney.

Había una guerra en mi cabeza, un tsunami, una tormenta Giovanna (si es que existe).

—Aïdan, tráeme dos vasos de mojito, por favor. Y no seas egoísta con el ron —logré articular a pesar de la bola que bloqueaba mi garganta.

Mi primo cumplió sin añadir ningún comentario. Las mandíbulas de mis primas habían bajado hasta su escote. Podía sentir toda la atracción que desprendía inconscientemente.

—Ronney, podrías habernos dicho que venías con... este encantador joven.

Mi madre, completamente encantada con Yeraz, no podía ocultar su alegría. Todas las miradas sobre mí me hacían sentir terriblemente incómoda. Vi a mi padre venir del fondo del jardín, con las manos llenas de pasteles.

—No culpes a Ronney. Me pidió que no viniera, pero la echaba mucho de menos. No le hice caso. ¿Estás enfadada conmigo, cariño?

Ante esas palabras de Yeraz me obligué a mantener la calma. Los ojos de mis primos casi se humedecieron ante esta declaración de afecto.

—Yer... Giovanni, admito que es una sorpresa —. Hice hincapié en la palabra ‘sorpresa’ antes de añadir con falso tono cursi:

—No es razonable. Tienes un montón de trabajo que hacer.

—¿Por qué no vas a sentarte junto a mi Ronney?

Mi Ronney. De repente me había convertido en la hija que mi madre siempre había soñado tener. Mi padre llegó con una sonrisa en la cara.

—Hola, soy Miguel, el padre de Ronney.

Yeraz lo saludó con un firme apretón de manos antes de venir a sentarse a mi lado. Su delicado aroma invadió mis fosas nasales. Me di cuenta de que nunca había estado tan cerca físicamente de él. Esta proximidad me perturbó un poco. A diferencia de mí, Yeraz parecía muy tranquilo.

—Me parece que te he visto antes en alguna parte —dijo Gabriella, entrecerrando los ojos.

—Puede que sí. Sheryl Valley es un pueblo pequeño.

—¿Quieres beber algo? —ofreció mi padre con entusiasmo—. ¿Mojito, un vaso de guaro?

—No, gracias. Ya no bebo alcohol. Llevo varias semanas sobrio.

Mi familia pareció de pronto avergonzada por esta revelación. Puse los ojos en blanco. Yeraz se hacía pasar por un ex alcohólico ante mi familia. En ese momento estaba desesperada. Mi padre miró a mi madre, que intentaba sonreír con la mayor naturalidad posible.

—Todo ser humano en la tierra tiene derecho a una segunda oportunidad en la vida —dijo finalmente mi padre—. No estamos aquí para juzgar a nadie.

Todos asintieron en apoyo de mi nueva "pareja". Tomé la copa que me sirvió Aïdan, pero Yeraz me la quitó de las manos antes de que mis labios pudieran probar el delicioso cóctel, que había apostado que me haría olvidar esta pesadilla.

—Tú también, cariño. Deberías bajar el ritmo de la bebida—. Yeraz miró a los miembros de mi familia, con aspecto falsamente preocupado, y luego añadió en voz baja:

—Ronney tiende a beber mucho durante el día.

Grité para mis adentros. Roja de ira, miré a Yeraz con odio. Mis padres se miraron entre sí, pareciendo avergonzados, mientras los susurros de mis primos iban in crescendo.

—Estás exagerando. ¡Basta! —dije finalmente con voz tranquila, pero con entonación amenazante—. A Giovanni le gusta bromear. Nunca bebo en el trabajo.

Levanté una mano en el aire para jurar. A mis padres se les escapó un suspiro de alivio.

—¿Qué estás haciendo? —refunfuñé en voz baja.

—Te dije que no voy a dejarte ir. Voy a ser tu mayor pesadilla durante las próximas semanas.

Yeraz sonrió amablemente para engañar a todos.

—Qué tiernos se ven —oí que mi madre susurraba a mi padre.

Iban a quedarse allí y observarnos. Mi madre movía los dedos con nerviosismo. Seguramente tenía miedo de que lo arruinara todo con este nuevo novio, al que veía como una oportunidad inesperada para su hija.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Olivia.

Silencio. Empecé a balbucear.

—En el trabajo de Ronney —dijo Yeraz con voz segura.

—¿De verdad? —se sorprendió mi padre—. Pero ¿qué hacías en el estudio?

—Compró el edificio de los estudios del Canal Rojo.

—Una parte —corrigió Yeraz.

—No... ¿Salvaste a esa histórica empresa? —balbuceó mi padre, conmocionado por la noticia.

—¿Qué quieres decir con salvar? —pregunté.

—Ronney... —comenzó mi padre avergonzado— el Canal Rojo iba a desaparecer en un año. El edificio se estaba cayendo a pedazos. Una compañía de seguros iba a comprarlo y renovarlo. Eso es lo que oímos. No quisimos contártelo porque no queríamos preocuparte.

—¿Qué?

Atónita, me volví hacia Yeraz, que evitaba cuidadosamente mirarme.

—No lo sabía.

—Por amor, un hombre es capaz de todo —dijo mi madre con un suspiro.

Contuve un gritito. Si supieran la verdadera razón por la que estaba aquí y quién era realmente…

—Y ¿a qué te dedicas?

El tono amargo de Caleb me sacó de mis oscuros pensamientos. Mi pulso se aceleró y un rayo de esperanza surgió en mí. Si me conociera de verdad, habría visto que Yeraz no era mi tipo, que algo iba mal. Me salvaría de sus garras y me confesaría lo mucho que lamentaba haberme dejado ir. Me ajusté las gafas. Yeraz se sentó. Sentí su cuerpo deslizarse contra el mío. Tan rápido como

pude, ahuyenté las imágenes sin sentido que cortocircuitaban mi mente.

—Gestiono las conexiones entre empresas e inversores —respondió con cuidadosa diplomacia.

—¿Eso está en el registro público? —siguió indagando Caleb.

—Privado. Estos son grandes negocios.

—¿Cómo qué?

Yeraz respondió con una voz demasiado calmada, como si se esforzara por no pasar de Caleb, al que sin duda consideraba demasiado curioso.

—Utilizo empresas tapadera para infiltrarme en las obras en modo fantasma. Siempre dan lugar a increíbles desfalcos.

Todos se miraron en completo silencio durante unos instantes, pareciendo horrorizados, antes de que mi padre finalmente estallara en carcajadas, seguido por el resto de mi familia. Excepto Caleb, que miraba a Yeraz con una mirada inescrutable.

Yeraz levantó su copa en dirección a mi ex novio y añadió:

— Agradezco al destino que haya puesto a Ronney en mi camino. Mi vida nunca ha sido tan emocionante.

Hablaba con tanta ironía que no estaba clara si se estaba burlando de mí o no. Su actitud condescendiente parecía irritar a Caleb. Curiosamente, ver que sus ojos prácticamente se salían de sus órbitas me hizo sentir particularmente bien.

—Por el benefactor de esta ciudad —respondió Caleb con voz sin emoción, levantando su copa.

Su mirada desafió a Yeraz, como si prometiera descubrir sus secretos algún día.

****

Mis padres nos habían dejado solos. Yeraz siguió el juego respondiendo a las preguntas de mi familia. En cuanto a mí, estaba maquinando un plan para escapar de esta reunión de primos.

—¿Has visto ya a Ronney grabando en el estudio? —Olivia había hecho esta pregunta con gran animosidad.

—Una vez. De hecho, me reí mucho ese día. Probablemente creyó que me estaba burlando de ella.

—Eso no sorprendería a nadie —intervino Gabriella con una risa mala—. Debe haber valido la pena el viaje.

Iba a bajar los ojos, dolida, pero Gabriella lo hizo antes que yo, castigada. Conocía demasiado bien esa mirada. Mucha gente miraba así después de hablar con Yeraz, durante una reunión o una comida de negocios. Gabriella acababa de recibir la mirada más oscura y despiadada que existía, la que hacía que la gente se inclinara sin decir ni una palabra.

—Ronney es una actriz maravillosa. Escucharla me hizo olvidar mi vida cotidiana por unos momentos. Fue un buen descanso en un día algo oscuro.

Dejé de respirar. Aunque interpretaba perfectamente su papel, sus palabras, pronunciadas con un toque de tristeza, me conmovieron. Giró la cabeza en mi dirección para mirarme profundamente a los ojos. Una oleada de melancolía pareció inundarle.

Durante más de una hora, Yeraz siguió soportando las preguntas de mis primos, incluso las más indiscretas. Por lo general, respondía brevemente o arrojaba trozos de información antes de pasar a otro tema.

—En su cuarto cumpleaños, Ronney recibió una muñeca Ariel, el personaje de *La Sirenita* de

Disney. Dios, veía esa película de animación una y otra vez —dijo Aïdan.

Por mi parte, recordé con nostalgia aquellos gratos recuerdos de mi infancia.

—¡Nos ha molestado mucho con eso! —añadió Carolina con voz desagradable.

Aïdan no prestó atención al comentario de nuestra prima y continuó:

—Llevaba esa muñeca a todas partes. Fue Ariel quien le contagió la pasión por los doblajes en las películas de animación.

—¿Y qué pasó con la muñeca? —preguntó Yeraz.

—Louis le afeitó la cabeza antes de decapitarla con un cuchillo de cocina.

La revelación de Carolina divirtió a todos menos a mí. Recordé entonces el inmenso dolor que había sentido cuando mi madre había arrojado mi muñeca en el cubo de la basura delante de mí sin ofrecerme una sola palabra de consuelo.

El teléfono de Yeraz sonó en ese momento. Lo sacó del bolsillo y frunció el ceño, con cara de fastidio. Dudó un momento en contestar. Finalmente, se disculpó con el pequeño grupo y se levantó para atender la llamada, que obviamente era importante.

—Bueno, Ronney. Hoy nos has sorprendido a todos con tu Giovanni —dijo Olivia con un toque de celos en su voz.

Con los dedos extendidos ante sus ojos, admiró su esmalte de uñas.

—Tal vez pagó a este tipo para que apareciera aquí, para vengarse de alguien en particular —respondió Louis en tono sarcástico.

Todas las miradas se dirigieron hacia Carolina y Caleb. Las mejillas del joven se sonrojaron. Mi primo se encogió de hombros con una pequeña sonrisa de maldad antes de decir:

—Ronney está en bancarrota, y este tipo definitivamente no está con ella por su dinero.

—Tampoco por su aspecto —añadió Gabriella.

Las risas se hicieron más fuertes. Me levanté bruscamente y me fui sin siquiera responder. Carolina retuvo a Caleb para evitar que me siguiera.

****

Me senté en los escalones de la entrada de la casa de la tía María. Con lágrimas en los ojos, me puse los auriculares de mi walkman. La voz de Elvis me calmó inmediatamente. Mis manos dejaron de temblar y pude volver a respirar tranquilamente. Yeraz debía de haberse marchado ya. No lo había visto dentro de la casa y su coche no estaba estacionado delante. Qué bien. Una vez más, me había arruinado el día. La lluvia había dejado un olor en el aire con pequeñas notas florales. Respiré profundamente y apoyé la cabeza en mi regazo. *Qué mierda de fin de semana*, pensé.

—Tus primos no son precisamente amables contigo.

No, todavía estaba aquí. ¿Pero de dónde había salido? No me molesté en levantar la vista simplemente porque no quería verlo. Yeraz se sentó a mi lado.

—Ya veo que mis comentarios no te duelen. Debes estar más que blindada para sobrevivir en esta familia.

Subí el sonido de mi walkman para no oír su voz. Por desgracia, este viejo aparato carecía de potencia y no cubría gran parte del ruido que me rodeaba.

—¿Por qué no les dices que se vayan a la mierda?

Levanté lentamente la cara hacia él y me quité los auriculares de las orejas.

—¡Esta es mi familia, Yeraz!

Estábamos los dos solos y se me escapó su nombre. No me corrigió.

—¿Y qué? Hay que aprender a decir no en la vida.

Tenía que estar soñando. Yeraz Khan me estaba dando lecciones sobre cómo comportarme en sociedad. Miré a mi alrededor y luego a él.

—Si esta es la única manera de que se sientan mejor con sus vidas, entonces estoy dispuesta a hacer el papel de perdedora. Prefiero que se metan conmigo antes que con otro de mis primos pequeños. Porque yo puedo soportarlo. Ellos no.

Algo cruzó los ojos de Yeraz, una expresión que desconocía.

—Mi mundo es peligroso, Ronney. Si te trato con tanta dureza es porque no quiero que formes parte de él.

Puse los ojos en blanco.

—Gracias, lo he entendido. Pero necesito el dinero y no quiero el tuyo. Entonces, ¿qué puedo hacer para que dejes de seguirme los fines de semana?

Yeraz apartó la mirada de mí. Respiró profundamente antes de mirarme a la cara con una mirada desafiante.

—¡Aprende a decir no!

—¿Qué?

—Te dejaré en paz cuando aprendas a contestar y a decir que no.

Me ajusté las gafas y sacudí la cabeza.

—Imposible.

—Entonces estamos destinados a pasar todos los fines de semana juntos hasta que termine tu contrato.

Justo cuando estaba a punto de abrir la boca para contraatacar, la puerta se abrió detrás de nosotros. Mi madre y mi tía aparecieron en la puerta, aliviadas de encontrarnos allí.

—Ronney, cariño, te he estado buscando por todas partes. ¿Por qué estás en la entrada? Entra.

—Señora Jiménez, tengo que irme.

Mi madre no ocultó su decepción.

—¿Ya? Pero, ¿volverás?

A ella y a mi tía les preocupó de repente que ese príncipe azul se fuera y no volviera nunca.

—Sí, tendremos el placer de volver a vernos muy pronto —declaró Yeraz en un tono lleno de promesas.

Intenté ocultar mi decepción ante la idea de pasar todo mi tiempo con él.

—Estamos encantadas.

Mi madre miró a mi tía con satisfacción.

—¿Ronney?

—Ya voy, mamá.

Las dos mujeres se despidieron del hombre que creían que era mi novio antes de dejarnos solos de nuevo.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Yeraz se levantó y se llevó la mano al bolsillo para sacar su teléfono. Yo también me levanté y rechacé educadamente su oferta. No quería que me arrastrara de nuevo con él. Rápidamente envió un mensaje y no pasó ni un minuto cuando Isaac apareció tras el volante de un gran coche negro.

—Hasta mañana, señorita Jiménez.

Me crucé de brazos y lo vi caminar hacia el coche. Estaba oscureciendo. Dentro de unas horas, me uniría a él en su mundo, como le gustaba recordarme. De repente, una fuerza instintiva se apoderó de mí.

—¿Yeraz?

Bajé los escalones y me uní a él en el camino con largos pasos. Me esperaba frente a la puerta de su coche, ya abierta. Frente a su imponente estatura, me obligué a ignorar su impresionante encanto.

—Hoy has aprendido mucho sobre mí, mientras que yo no sé casi nada sobre ti. ¿Por qué te aferraste a esta vida cuando tuviste la oportunidad de salir cuando tu padre murió?

Esperé su respuesta. Yeraz cerró la puerta y me contestó con una inquietante calma.

—Mientras tú recibías una muñeca en tu cuarto cumpleaños, yo recibí un rifle del 22 en el mío. Si me preguntaras cuál era mi película de animación favorita cuando era niño no podría responderte, porque nunca vi ninguna. Hasta ayer, en tu estudio.

Sus palabras me dejaron atónita y me quedé allí, inmóvil. Yeraz volvió a abrir la puerta del coche y subió, con un aspecto más serio que nunca. Antes de cerrar la puerta, se puso las gafas oscuras que yo tanto odiaba.

El gran coche se adentró en la noche dejándome en estado de shock en medio de la carretera.

7

Subí por el camino de entrada con paso pesado. Apenas había dormido. Había sido una noche insoportable en la que mis sueños se habían convertido de nuevo en una pesadilla. No paraba de despertarme.

No quería estar en la residencia de Yeraz. Después de que ayer me dejara junto a la acera, me había quedado fuera sola durante mucho tiempo. Finalmente, me había ido de la reunión de primos sin despedirme de nadie. Desde entonces, mi madre me había bombardeado con mensajes y llamadas para ver si todo estaba bien.

El cielo estaba gris, pero la lluvia había cesado. El sol amenazaba con abrirse paso entre las pesadas nubes. Mi mirada se posó en el jardinero, un poco más adelante en el parque. Era temprano; el personal llegaba pronto y se ponía a trabajar sin demora. El hombre empujaba una carretilla con la espalda doblada. Su cabello blanco flotaba en el aire, confundiéndose con su uniforme. De pronto, lo vi tropezar y caer sobre el césped. Sin pensarlo, dejé mi pila de periódicos en el suelo y corrí en su dirección.

—¿Está bien?

El anciano se levantó, desolado. Se le habían roto varias macetas y sus herramientas habían caído al suelo, que se había convertido en barro a causa de la lluvia de ayer.

—Finalmente voy a darle al señor Khan una razón para despedirme —dijo.

La voz de pánico del anciano me obligó a tranquilizarlo.

—Puedo decirle que fue un accidente. Estuve aquí; lo vi todo.

—Quiere verme retirado y le he dado una buena excusa con mis errores.

Ver a este hombre matarse en el trabajo sin ningún tipo de gratitud evidente me entristeció.

—¿Por qué no quiere dejar este trabajo?

Me agaché para ayudarlo a recoger las macetas.

—Llevo muchos años en la familia. He visto crecer a todos los niños Khan y Camilia se preocupa mucho por su hijo. Yo también.

Miró la casa de Yeraz con ojos vidriosos. Un velo de tristeza cubrió sus arrugadas facciones. A pesar de su edad, aún tenía fuerzas para levantar la carretilla. Recogió conmigo los trozos de macetas rotas. Afortunadamente algunas seguían intactas.

—Estás toda sucia, incluso tus zapatos, por mi culpa.

Me froté las manos para quitarme el barro pegado a la piel.

—No importa. Lo más importante es que hemos conseguido poner todo en la carretilla.

—Gracias. Eres una buena persona.

El jardinero me sonrió afectuosamente y luego volvió a sus tareas. Había hecho mi buena acción del día, pero no podía quitarme a ese hombre de la cabeza. Parecía tan cansado, tan viejo.

****

—¿Dónde estabas?

La voz angustiada y aguda de Timothy me indicó el grado de urgencia. Coloqué todos los periódicos en la mesa de la sala de estar. Los había recogido esa mañana al amanecer en uno de los quioscos cercanos a mi casa. Yeraz iba a revisar cada artículo con una lupa.

—¡Mierda! Hay barro en los periódicos. Yeraz me va a matar.

Timothy se giró hacia mí y se llevó las manos a las mejillas con un pequeño grito.

—Estás cubierto de barro, Ronney. No puedes pasar el resto del día así. La reunión con los colaboradores es en menos de una hora —mi asistente agitó los brazos en el aire—. Bien, entonces llamaré a Ashley. Está en la ciudad. Te traerá algo para que te cambies.

De pronto oímos un portazo. Timothy y yo nos apresuramos hacia la entrada. Una morena de piernas interminables salía de la oficina de Yeraz. Al principio se sorprendió de vernos allí, pero sonrió, mostrando una hilera de dientes perfectamente blancos. Llevaba un traje azul pálido y una blusa mal abrochada. El lápiz negro bajo los ojos se deslizaba por sus mejillas. La mujer se detuvo frente a mí y con el dedo índice se limpió la comisura de la boca.

—Lo siento, cariño, no queda nada.

Por la forma en que miró mi ropa comprendí lo poco presentable que estaba. Entonces me guiñó un ojo y salió corriendo por la puerta con mucha prisa. Me giré, sin palabras, hacia Timothy, que se encogió de hombros y dijo con una mirada inspirada:

—La contable.

—¿Qué fue eso?

—Te acostumbrarás. A las mujeres de por aquí les gusta la compañía de Yeraz.

—Pero ella ni siquiera intentó... ¡Oh, Dios mío! Eso es asqueroso. Parecía una de esas prostitutas drogadictas al final de una larga noche de trabajo.

Timothy volvió a la sala de estar y luego reapareció para cargar mis brazos con la pila de periódicos. Yo seguía en estado de shock.

—Ve a darle esto al jefe, y reza para que no te eche con esa ropa sucia.

Suspiré y miré a mi asistente como si tuviera el peso del mundo sobre mis hombros. Timothy me dedicó una sonrisita y me dio una palmadita en el hombro como si no fuera a volver a verme. Me di la vuelta y me dirigí a la oficina de Yeraz.

****

Su mirada se deslizó sobre mí y se detuvo en mis *Converse* rojas, que ya no eran realmente rojas. Yeraz estaba sentado detrás de su escritorio, guardando los expedientes que había apilado frente a él. Intenté imaginarlo con su contable. ¿Cómo se le habían ido las cosas de las manos? ¿Se quedaron ahí, o...? Aparté esos pervertidos pensamientos de mi mente. No parecía avergonzado. Su camisa negra de manga larga estaba perfectamente abotonada. Tal vez sólo se había bajado los pantalones, o...

—¡Señorita Jiménez! —repitió Yeraz—. Estoy hablando con usted.

Acababa de llamarme por mi apellido, lo cual era una mala señal. Balbuceé algo incomprensible para disculparme mientras ponía los periódicos en su mesa. Yeraz intentó poner una expresión amistosa, pero su tono era inflexible.

—¿Qué te ha pasado? ¡Estás en un estado lamentable! Incluso peor que de costumbre.

Detecté impaciencia y exasperación en su voz. Mi cerebro empezó a trabajar de nuevo, haciendo malabarismos con varios escenarios posibles para dar finalmente con el más apropiado.

—Me caí en el patio, en el césped. Frente a tu casa.

Al final, no sabía si era el mejor escenario, pero no podía hablar del jardinero. No quería que Yeraz lo despidiera. Susurró una maldición y me entregó una carpeta de cartón verde.

—El expediente de presentación. Se trata del pago de comisiones a un intermediario en el marco de contratos públicos relacionados con Roskuf. Mi contable validó las cifras.

—Sí, con la boca.

Maldición, el comentario había escapado de mis labios sin que pudiera contenerlo. Esperaba

que no lo hubiera oído. Hojeé la carpeta de presentación, con las mejillas encendidas. No quería levantar la cara. La idea de mirarlo a los ojos se había convertido de pronto en algo insoportable. Me aclaré la garganta y dije, sin dejar de mirar las hojas:

—La verdadera naturaleza de los pagos no se ha registrado correctamente. Ninguno de los que veo cumple las normas y requisitos legales del sistema de control contable interno.

Silencio. Levanté la cabeza para interrogar a Yeraz con la mirada. Sorprendido por mi rápida introspección, habló con un tono serio.

—Tiene usted potencial, señorita Jiménez. Para alguien que no fue a la universidad, se le dan muy bien los números.

—Tengo que hacerlo, para llevar el restaurante de mis padres.

Yeraz asintió y se hundió en su asiento. Su mano derecha jugaba nerviosamente con un lápiz. Sus ojos oscuros se dirigieron a los míos, buscando algo que parecía estar más allá.

—En efecto, en lo que respecta a estos pagos que ve en la lista, puede catalogarlos como honorarios de corretaje, lo que da al grupo petrolero Roskuf una deducción fiscal ilegal a los ojos de la ley. ¿Responde esto a sus preguntas?

Cerré el expediente y me ajusté las gafas.

—¿No hay otras formas ‘más legales’ de asociarse con este grupo?

Yeraz se levantó y se apoyó en el borde de su escritorio, justo delante de mí. Desde aquí, contemplé sus rasgos de perfecta regularidad. Ante su nada despreciable belleza, me resistí con todas mis fuerzas para soportar su mirada, cargada de ira. Su ánimo taciturno no lo abandonaba jamás.

—Señorita Jiménez, no le estoy pidiendo su opinión. Su trabajo es informar a mi madre, no idear soluciones serviles sobre cómo controlar mis empresas y reciclar el dinero sucio que proviene de ellas.

Su voz seca y muy agresiva me desestabilizó. Un escalofrío de pánico me recorrió. Nada desestabilizaba a Yeraz. Cada día descubría un poco más de su oscuridad. Abrí la boca y pregunté con voz apenas audible:

—¿Cuándo perdiste tu alma?.

Su intensa mirada se desintegró. De pronto parecía desorientado. Por primera vez su confianza en sí mismo se desvaneció. Rápidamente se recuperó y se puso de pie frente a mí.

—Cuando dejé de tener miedo a la oscuridad —articuló con profunda irritabilidad en su voz. Hizo una pausa y me examinó con desdén durante un momento antes de concluir:

—La señorita Cooper acaba de llegar. Cámbiate y acompáñame a la reunión.

Ya no era la señorita Jiménez. ¿Y cómo sabía él que Ashley debía traerme ropa? Incluso si estaban acostándose, Yeraz no era el tipo de hombre que envía dulces mensajes todo el día a sus conquistas.

Congelada en el sitio, lo vi salir de la habitación. Fue entonces cuando vi la culata de su pistola asomando por la parte trasera de sus pantalones. Una ola de miedo visceral me invadió. Yeraz representaba la oscuridad. ¿Cómo podía Camilia seguir creyendo que había, en el fondo de su hijo, una llama aún encendida?

****

Agradecí a Ashley la muda de ropa que me había traído, aunque pensé que la camiseta verde lima era demasiado llamativa y ajustada para mi gusto.

—Vamos, sube. Llegas tarde.

Ashley parecía estar preocupada por mí. Tomó mis pantalones sucios y los dobló con cuidado. Timothy, que se había quedado con nosotros mientras me cambiaba, abrió las puertas de la sala de estar.

—¿Seguro que esto está bien?

Me ajusté las gafas y luego tiré de la parte inferior de la camisa, con la esperanza de alargarla un poco. Afortunadamente, los pantalones no se ajustaban a mis curvas.

—¡Estás perfecta! —respondió Timothy con una expresión poco convincente.

Respiré hondo y levanté la cabeza con imperiosa autoridad antes de salir para reunirme con Yeraz. En unos minutos, estaría entre leones.

Me sentí como si estuviera petrificada en el lugar cuando todas las miradas se volvieron hacia mí. Cerré la puerta lentamente para no perturbar el pesado silencio que reinaba en la sala. El lugar estaba bañado por la luz del sol, que se filtraba por los grandes ventanales a lo largo de la pared. Una docena de hombres reunidos en torno a una gran mesa ovalada me examinaron de pies a cabeza con una expresión de lástima, y luego intercambiaron miradas consternadas.

Hamza, al final de la mesa, se estaba inquietando. Hablaba con Yeraz en árabe. El hombre parecía desaprobar mi presencia con vehemencia. Las arrugas de la frente de Yeraz se hicieron más profundas. Con un gesto de la mano, me señaló un asiento vacío a su lado.

****

Con la vista puesta en la ventana de la cocina apenas oí la pregunta de Timothy. Fue cuando puso su mano sobre la mía que volví al presente. Mi asistente me miraba con expresión de desconcierto.

—Los archivos que me pediste que imprimiera, ¿son para el señor Khan?

—No, son para Camilia.

—Pero ¿el señor Khan sabe de esto? No quiero tener problemas con el jefe.

Timothy miró a su alrededor como si temiera haber sido escuchado. Suspiré y me ajusté las gafas antes de pinchar con el tenedor las zanahorias y el filete del plato.

—No informo a Yeraz, sino a Camilia. Y tú trabajas para mí. Así que, por favor, imprime este archivo antes de que termine el día.

Mi tono había sido más duro de lo que me hubiera gustado. Timothy no podía evitar que mi cerebro amenazara con explotar después de la tensa reunión de esta mañana.

—Lo siento —dije—. Mi fin de semana ha sido un poco desordenado. Pasar mi tiempo con Yeraz... Es una persona completamente diferente fuera de estas paredes.

Un silencio aturdido acogió mis palabras. El rostro de Timothy cambió inmediatamente de expresión. Abrí la boca y moví la cabeza para explicarme, pero no salió ningún sonido.

—Espera un momento. ¿Tú y el Señor Khan se vieron el fin de semana?

—Sí, pero no es lo que piensas, Timothy.

—Oh, pero no estoy pensando en nada.

Mierda, eso no ayuda.

—Está tratando de intimidarme para que renuncie a este trabajo.

El joven asintió, haciendo que su cabello rojo se moviera ligeramente sobre su frente.

—Bueno, todavía estás aquí hoy. Eso demuestra que eres mucho más fuerte de lo que la gente cree.

Timothy caminó con paso ligero para tomar mi taza de café. Me resultaba incómodo que me sirvieran así, pero mis asistentes no me dejaban hacer nada por mí misma. Cuando volvió a

pararse frente a mí, torció la boca y me entregó mi taza de café con una mirada avergonzada. Lo miré interrogadoramente.

—A decir verdad —comenzó—, no pensé que volvería a verte esta semana. Hemos visto a mucha gente ir y venir antes que tú, pero eres la única que no teme las consecuencias de meter las narices en los asuntos del señor Khan. No te hará la vida fácil, ya lo sabes.

—Lo sé, pero no tengo nada que perder. Mi vida ya es un caos absoluto. No puede empeorarla.

Tomé un sorbo caliente de mi café y luego cambié de tema.

—¿Dónde está Ashley?

—Ha salido a buscar el lugar para la gala de Acción de Gracias. La decoradora necesita las medidas exactas de la sala y más fotos. Se encarga de organizar todo con ella.

Quería preguntarle sobre Ashley y Yeraz, pero su relación no era asunto mío. Sólo me preguntaba si podía confiar completamente en mi asistente, ya que se acostaba con el jefe.

—Mañana tengo previsto reunirme con los ejecutivos nacionales e internacionales de Roskuf —dije—. Para preparar la reunión necesito consultar la última correspondencia comercial con ellos e informar de los análisis.

Timothy echó un rápido vistazo a su reloj y comenzó a despejar la isla.

—Está en los archivos. Te mostraré cómo funciona el software que utiliza el señor Khan, y luego estarás por tu cuenta. Eres la única que puede ver esos archivos.

Estaba a punto de darle las gracias cuando oímos que se abría la puerta principal. Timothy y yo nos miramos, sorprendidos. Yeraz no esperaba a nadie. Entonces una cara que empezaba a resultarnos familiar apareció justo en la puerta de la cocina.

—Peter, haz el favor de anunciarte cuando aparezcas sin avisar —lo amonestó Timothy, poniendo una mano sobre su corazón.

Peter agitó su mano en el aire.

—Debes estar bromeando. Estoy más en casa que tú.

Su mirada pasó por sobre el hombro de mi asistente, escudriñándome con insistencia. Fui incapaz de hacer un solo movimiento. El par de zapatos de tacón alto de color verde anís que llevaba en la mano derecha me llamó la atención.

—¿Necesitas algo? —preguntó Timothy con impaciencia.

—Sí, necesito a Ronney. Si supieras en lo que me estoy metiendo no lo creerías. Deséame suerte. La voy a necesitar.

La voz cansada de Peter casi indicaba el comienzo de un ataque de nervios. Timothy se giró hacia mí pero dirigiéndose a nuestro invitado.

—Lo siento, todavía tenemos mucho trabajo que hacer y...

Sin prestar atención al comentario de Timothy, Peter se dio la vuelta.

—Ronney, te espero arriba en tu apartamento. No tengo mucho tiempo que perder contigo, así que démonos prisa.

Con eso, salió al pasillo y subió las escaleras. Peter me recordaba a un actor en el escenario de un teatro. Siempre parecía estar actuando, sacando su lado gay al máximo.

Timothy dio una palmada y dijo:

—Deberías irte. Es mejor no hacerlo esperar. Clasificaré tus correos electrónicos por orden de urgencia y empezaré a responderlos.

Estuve a punto de discutir y negarme a subir la escalera, pero me di cuenta de que no tenía más remedio que acompañar a Peter. No se podía decir que *no* a este hombre.

****

De pie en medio de la habitación, me fijé en los detalles del lugar. Las cortinas, así como las sábanas de seda, no se habían cambiado desde la semana pasada. No es de extrañar, ya que no las utilizaba. Sentado con las piernas cruzadas en una silla, Peter me estudiaba de pies a cabeza con ocasionales gruñidos, como si estuviera tomando notas sobre mí. Me negué a estar impresionada, pero no pude evitarlo. Me apoyé nerviosamente en un pie y luego en el otro.

De repente, dejó de quejarse. Con una mirada pensativa, se tomó la barbilla con la mano y se levantó caminando lentamente hacia mí. Comenzó a rodearme como lo había hecho cuando nos conocimos. Su rostro, de color ceniza, estaba tenso por la concentración.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

Deseé haber puesto una voz más segura. Peter me observaba con la misma atención de un guardia que vigila a un prisionero. Entonces, con un breve movimiento de la cabeza, señaló el par de zapatos a los pies de la silla.

—¡Aaliyah, Ghita y Hadriel me retaron a que te enseñara a caminar con esto! —dijo, y soltó un quejido escondiendo la cara entre las manos durante unos segundos antes de levantar la cabeza. Me miró consternado y luego continuó:

—Aaliyah y Ghita creen que puedes hacerlo. Hadriel y yo no lo creemos en absoluto.

—No te molestes. Estoy de acuerdo contigo. Si ser mujer, o convertirse en una, significa andar con esos zapatos, prefiero quedarme como estoy el resto de mi vida.

Su expresión cambió a un ligero asombro. Peter se acercó a mí y tomó un mechón de cabello seco que se había escapado de mi horrible moño.

—¿Cuándo decidiste no cuidarte nunca? ¿Llevaría demasiado tiempo seducir al mundo exterior?

Lo miré a los ojos y le dije, enunciando cuidadosamente cada palabra:

—Me paso la mayor parte del tiempo intentando ser invisible, y te aseguro que no es fácil.

Una leve mueca hizo descender la comisura de su boca. Yo estaba marcada por todos los comentarios negativos que había recibido sobre mi aspecto a lo largo de mi vida. Ronney la fea, Ronney la flaca, Ronney la cuatro ojos. Sabía que nunca atraería a un hombre. Había tirado mi feminidad a la basura en mi adolescencia. No sé si mis sentimientos se reflejaron en mi cara, pero Peter me lanzó una mirada de reproche. Dio un paso atrás y comenzó a pasear por la habitación.

—No me convencía la idea de convertirme en su guía, señorita Jiménez.

—¿Mi guía?

—A los ojos de los demás, hago milagros. Sé lo que todos quieren antes de que lo sepan. Encuentro una solución para cada problema. Todo lo que toco se convierte en oro. Por eso he servido a esta familia durante tanto tiempo.

Muda, observé cómo Peter se dejaba caer en la silla y continuaba compartiendo la visión de su vida y su mundo.

—Soy los ojos y los oídos de todos los miembros de esta familia. Para Camilia, mi opinión tiene más peso que la de los grandes maestros de la moda. Ella cree que la recomendé personalmente, y por eso la contrató como su asistente. Por supuesto, su físico poco atractivo ayudó. Así que, sea sincera conmigo, señorita Jiménez. ¿Por qué está aquí?

Respiré hondo antes de confesar, avergonzada,

—Por un reto.

—¡Oh, Señor! —Peter cerró los ojos y los volvió a abrir, más enfadado que nunca—. ¿Un

reto? ¿Me van a despedir como a un perro por un maldito reto?

—No, no dejaré que nadie pague por este... malentendido.

Peter se levantó bruscamente y se llevó una mano a su aparente calva. Consternado, dijo:

—¡Toda mi vida resumida en un reto! Estoy atrapado en este mezquino juego contigo.

Siguió compadeciéndose de sí mismo mientras yo miraba mi reloj y pensaba en Yeraz, que se pondría furioso si al final del día no había terminado las muchas tareas que me quedaban por hacer. No tenía ningún deseo de ir al club con él esa noche, pero eso es lo que ocurriría si me quedaba allí escuchando a Peter lamentándose.

—Lo conseguiré —lo corté bruscamente.

Dejó de quejarse y me miró con los ojos como platos.

—Voy a ponerme estos caros zapatos y voy a trabajar duro. Vas a demostrar a todo el mundo que tienes una reputación que mantener. Vas a convertirme en una ninfa del bosque. Voy a ser tu mayor éxito.

Las palabras habían salido de mi boca sin que yo me diera cuenta. Tanta prisa tenía por acabar con esto.

Peter, sorprendido, me miró de reojo. Una mirada extraña cruzó su rostro. Estaba claro que yo acababa de plantearle el reto más emocionante de su vida, y estaba dispuesto a aceptarlo.

Desesperada, metí los pies dentro de los zapatos y advertí que había crecido unos centímetros más. Mis ojos recorrieron la habitación, y de pronto sentí que el lugar era diferente. Peter parecía aún más pequeño. Inclinándome hacia delante, dudé en enderezarme por miedo a perder el equilibrio.

—¡Señorita Jiménez, por favor, enderece la espalda!

Un suspiro de exasperación escapó de sus labios, y luego me indicó que me acercara. Con paso inseguro avancé con lentitud, los brazos extendidos como si estuviera haciendo equilibrio sobre una viga.

Peter chasqueó los dedos varias veces para llamar mi atención.

—Un punto fijo. Siempre debes tener un punto fijo. El talón debe tocar el suelo primero y luego el resto del zapato. Las caderas deben balancearse con un ritmo perfecto. Es muy sencillo. Tienes que bailar-caminar. Mírame.

Peter puso una mano en su cadera y comenzó a caminar delante de mí con vigor.

—Baila-camina, baila-camina —repetía a cada paso.

Se giró hacia mí y me preguntó si lo había entendido. Asentí con gravedad pero sin convicción, y luego salí corriendo como si mi vida dependiera de ello.

****

La bolsa de hielo en mi tobillo alivió el dolor inmediatamente. Peter me miró con expresión de desconcierto. Su elocuente silencio decía mucho de la situación. Por mi parte, me sentía como si hubiera corrido una maratón con zancos, estrellándome contra el suelo a cada paso.

—Bueno, para ser la primera vez no podíamos esperar un milagro.

Le dirigí una mirada que le gritaba que se callara.

—Tendremos que entrenar todos los días para hacer frente a este reto.

Salté de mi asiento.

—¡De ninguna manera! Esto no fue buena idea. No puedo arriesgarme a terminar en el hospital. Todo esto es una tontería.

Peter me miró de forma extraña. Era imposible adivinar lo que estaba pensando. Ignorando completamente mis palabras, dijo:

—Nos vemos aquí mañana a la misma hora.

Se dio la vuelta y con paso firme abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Respiré aliviada porque esta sesión de tortura hubiera terminado por fin. Me recosté en la silla y cerré los ojos por un momento, para volver a abrirlos cuando oí que se abría la puerta.

—¿Timothy?

Su mirada aterrorizada no indicaba nada bueno.

—Ronney, el señor Khan nos está esperando abajo. Debo advertirte que está de muy mal humor.

—No me digas —gruñí en voz baja.

****

Entré en la sala de estar intentando cojear lo menos posible. Ashley estaba allí esperándonos. Puede que estuviera teniendo sexo con el jefe, pero estaba tan preocupada como nosotros. Sorprendente, aún así. Yeraz estaba sentado en el sofá y miraba fijamente al frente. No giró la cabeza cuando nos oyó llegar. Observé las líneas de su rostro. Su perfil era igual de perfecto.

—¿Dónde estabas?

Timothy y Ashley dirigieron sus ojos hacia mí. Un escalofrío me recorrió. Dile que se vaya a la mierda, dijo mi conciencia culpable.

—Peter me necesitaba.

—¿Ah, sí? —dijo Yeraz con voz helada—. ¿Por qué?

Me está enseñando a caminar con tacones, y nos reímos mucho cada vez que me caigo al suelo. Petrificada, fui incapaz de responderle. Volvía a ser la niña de trece años que se escondía en el baño de la escuela en cada recreo para evitar los abusos de mis asquerosamente malvados compañeros.

—Señorita Jiménez, se ha perdido dos importantes llamadas de mis socios más confiables. No puede ni imaginar las consecuencias.

—Lo siento —susurré.

—Señor Khan, Peter no le dejó opción. Llegó y...

Yeraz levantó la mano en el aire para decirle a Timothy que dejara de hablar; luego se levantó del sofá y se dirigió hacia mí. Se quedó de pie, mirándome con su mirada más oscura.

—Necesito llegar a Nueva York lo antes posible, y estar de regreso el viernes antes de que se reúna la junta. Prepárelo todo, señorita Jiménez.

—¿A qué hora quieres salir? —pregunté dudando.

Por la mirada que tenía parecía que iba a dispararme. Yeraz se acercó a mí y me dijo en tono amenazante:

—¡Dentro de una hora!.

Furioso, me empujó y salió de la sala de estar como un huracán. A su paso, se llevó todo con él.

Mientras sus palabras aún resonaban en mi cabeza, Ashley tomó la iniciativa.

—Me encargaré de los billetes de avión. Timothy, tú reserva la suite y encuentra al conductor.

Mi asistente asintió y sacó su teléfono sin perder un segundo.

—¿Ronney? ¿Ronney? ¡Mírame! Ve a la habitación de Yeraz y prepara sus pertenencias.

—¿Sus pertenencias?

—Subió a aislarse en su oficina, probablemente para hacer algunas llamadas telefónicas. En una maleta pondrás sus artículos de aseo, seis chaquetas y lo más importante, no olvides poner su cuaderno. Es el de color beige. Todavía está en la mesa, junto a la ventana. Timothy y yo no podemos entrar en su habitación.

Timothy miró a Ashley, que puso los ojos en blanco, consciente de lo que acababa de decir. En ese momento, la imaginé en los brazos de Yeraz, ahogándose en las sábanas de seda. Intenté desterrar esos pensamientos de mi mente y volver al momento presente. Sacudí la cabeza y me apresuré a subir las escaleras con el corazón acelerado.

****

Revisé la agenda de la semana mientras controlaba remotamente el calendario de Yeraz. Estaba agotada por las emociónes del día. Se hacía tarde y era hora de volver a mi mundo. Antes de salir comprobé que mi teléfono tuviera aún suficiente batería. No quería perderme ni una sola llamada de Camilia o de su hijo.

Me reuní con Ashley y Timothy en la cocina. Ambos estaban sentados alrededor de la isla central. Mi asistente me entregó un trozo de pastel de salmón y Timothy me dio una copa de vino, que no rechacé. Estaban siendo muy amables y atentos conmigo, pero no era suficiente para hacerme sentir bien.

—¿Estás bien?

Ashley me miró con preocupación. Agotada, tomé un sorbo del líquido granate y me encogí de hombros.

—No estoy segura. Toda esta presión es difícil de manejar. Lo odio.

El final de mi frase fue un susurro.

Ashley miró a Timothy antes de dirigirse hacia mí.

—No sé si debo decirte esto, pero conozco a una familia que vive no muy lejos de aquí, el Señor y la Señora Porter. Son los propietarios de una de las mayores agencias de publicidad del país. Fui niñera de sus hijos hace muchos años y seguimos en contacto. Son grandes personas. Están buscando un asistente para su agencia y el trabajo está muy bien pagado. Puedo recomendarte si crees que quedarte aquí es demasiado para ti.

—Ronney —intervino Timothy—, piensa cuidadosamente antes de tomar una decisión. No te vayas por capricho. Tómate… no sé, un mes antes de decidirte a dejarlo.

Me ajusté las gafas y me pasé las manos por el cabello tirando de las raíces. La idea de huir de aquí y la oferta de Ashley eran muy tentadoras. Mis ojos iban y venían entre esas dos personas que me miraban como nadie lo había hecho antes: con compasión.

—Tres semanas. Me daré tres semanas más para decidir si me quedo o me voy, aunque sé en mi corazón que la decisión no será difícil de tomar.

Timothy respiró aliviado. Ashley sonrió y dijo:

—Perfecto. Esperaremos un poco. Yeraz estará fuera unos días, así que podrás tomarte un respiro y ver las cosas un poco más claras.

Unos días sin él, ¡qué placer! Pensé para mis adentros. Por fin tendremos paz.

****

Tumbada en la cama con las piernas apoyadas en la pared, la voz de Elvis Presley me ayudó a

relajarme. Tenía en mis manos el papel con los datos de contacto de los Porter escritos en él. Imaginé la mirada victoriosa de Yeraz cuando le dijera que renunciaba, y la cara de súplica de su madre cuando me rogara que me quedara. Esa noche durante la cena estaba tan deprimida que a Bergamote y Alistair les costó animarme. Les había hablado de la oportunidad en casa de los Porter y me habían animado a aprovecharla. En mi cabeza había un desorden indescriptible.

Esa noche tuve problemas para dormir y me negué a pensar en Caleb. Me negaba a pensar en Yeraz y en su actitud canallesca. Me negaba a pensar en mi vida. Fue la voz de Peter la que finalmente me ayudó a conciliar el sueño. *Baila, Ronney. ¡Baila-camina*! El ritmo pegajoso de sus palabras me envió directamente a los brazos de Morfeo.

8

Durante cuatro semanas había pasado casi todos los días con Yeraz. Acababa de pasar el mes más extraño de mi vida, durante el cual había ganado más dinero que en mis últimos veinticinco años juntos. A pesar de ello, mi sueldo estaba destinado a los cuidados del hospital y al nuevo tratamiento de mi hermano. Al final, no era más rica que antes.

Yeraz cumplió su promesa y pasó todos los sábados y domingos conmigo. Sin embargo, noté que en las fiestas familiares me mostraban más respeto cuando él estaba presente. Sólo tenía mis tardes para respirar un poco. Por mucho que intentara perderlo o enfrentarlo en Sheryl Valley, siempre se las arreglaba para encontrarme. Cambié mi horario, apagué mi teléfono, pero todo fue en vano. Era como si una flecha gigante parpadeara sobre la ciudad indicando mi ubicación exacta. Su actitud condescendiente y su tono de voz daban a entender que no sentía ninguna simpatía por mí, y la cosa no mejoraba con el paso de los días. Las clases de Peter se habían intensificado. Era un profesor tirano y no me hacía ningún favor. ¿Por qué las mujeres se hacían esto? Me llevaría toda la vida aprender a caminar con tacones.

Esa noche, como todas las noches, me quedé mirando el papel con los contactos de los Porter que estaba sobre mi escritorio. Lo había doblado en forma de cisne, un cisne como Daphne. Quedarse o irse. La balanza pesaba más de un lado que del otro, y había decidido renunciar mañana.

****

Como cada viernes, volví de la tintorería con los brazos llenos de camisas. Subí a la habitación de Yeraz para guardar su ropa. Siempre temía encontrarlo allí o atraparlo en la cama con una mujer. Mi imaginación era ilimitada, y a menudo desenfrenada. Sin embargo, sabía que pasaba la mayor parte del tiempo en su oficina o en casa del señor Saleh.

Llamé a la puerta pero no había nadie. Aliviada, me deslicé dentro de la habitación. El ambiente apagado e íntimo era agradable. La sobria decoración, resaltada por el color gris de las paredes, tenía una gran elegancia. La chimenea eléctrica de la pared parecía calentar mucho el lugar. Me dirigí al vestidor y colgué las camisas negras en las perchas. Mis ojos se detuvieron en ellas, luego en los zapatos, y por último en los relojes que había en un armario a mi lado. Una sensación dolorosa me invadió en ese momento. En unos minutos tendría que hablar con Timothy, y esperaba que no me pidiera que me quedara. Metí la mano en el bolsillo de mis viejos pantalones holgados y saqué el cisne de papel. No quería dejarme corromper por el mundo de Yeraz, ni desaparecer en las profundidades e inmensidades de su oscuridad.

—¿Señorita Jiménez?

La voz de Peter me sacó de mi estupor. Me di la vuelta con tal brusquedad que casi perdí el equilibrio. Me apresuré a guardar el papel en el bolsillo y salí del vestidor, como si no hubiera pasado nada.

Peter estaba en la puerta. Era el horario habitual para mi entrenamiento. Con la barbilla levantada, parecía querer enfrentarse a mí.

—Hoy no puedo, Peter. Tengo que ver a Camilia en una hora.

—¡Lo sé!

Su extraño tono de voz era desafiante. Me miró con rostro impasible.

—Pidió verla por una razón muy *importante*, me imagino.

Peter había subrayado la palabra "importante". Me sonrojé, avergonzada. Sentí como si sus ojos pudieran ver a través del bolsillo de mi pantalón y leer el nombre de los Porter en el papel que había llevado encima durante semanas. Sus palabras volvieron a mí: *Soy los ojos y los oídos de todos los miembros de esta familia*. Pero yo no formaba parte de esta familia. Tragué saliva cuando entrecerró los ojos. Giró la cabeza hacia el pasillo para asegurarse de que estábamos solos y entró, mirando a su alrededor como si estuviera descubriendo esta habitación por primera vez. El silencio era pesado. Peter sabía que me iría esa noche, eso estaba claro.

—La primera vez que te vi te juzgué severamente, debo admitirlo —dijo Peter contemplando la chimenea.

—Tu estilo y tu físico me desestabilizaron un poco. ¿Cómo pudo Camilia creer por un momento que yo podría haberte recomendado?

—No te culpo.

Si necesitaba escuchar estas palabras para sentirse mejor, preferí aliviar su conciencia antes de irme. Con una actitud perfectamente calma y controlada, caminó hacia mí.

—Comprendí hace sólo unos días por qué te había elegido. Camilia vio esa luz casi imperceptible que emana de ti y que nadie ve. Es una luz que no existe en el reino del príncipe de las tinieblas.

Abrí la boca, pero ningún sonido salió de ella. No comprendí lo que decía. De hecho, no comprendía nada en absoluto.

Peter frunció los labios y añadió en voz baja:

— Camilia no te ha contratado sólo para meter las narices en los asuntos de su hijo. El juego ya ha terminado. Te contrató para algo totalmente distinto.

Fruncí el ceño.

—No lo entiendo. Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Nada puede dañar un diamante, a menos que sea otro diamante.

Interrogué a Peter con la mirada.

—Sígame, señorita Jiménez. Me gustaría mostrarle algo.

Bajamos a la sala de estar. Podía oír a Timothy en la cocina, enfadándose por teléfono por los menús del fin de semana, que aún no habían sido entregados. Peter, con los brazos cruzados, se puso delante de la estantería con sus anaqueles llenos de DVD, y luego se dirigió a mí.

—¿Sabes qué hace el señor Khan los domingos?

—Sí. Le gusta acosarme y jugar al yerno perfecto con mis padres —respondí con voz cargada de sarcasmo y sorna.

Una sonrisa de desprecio se formó en la comisura de su boca.

—Gracias por esta información. No lo sabía.

—¿De verdad?

—¡Claro que sí!

Debería haberlo sabido. Era Peter. Él lo sabía todo.

—Permíteme reformular mi pregunta. ¿Sabes qué hace el señor Khan los domingos por la noche, cuando no está contigo?

—¿Mira fotos mías?

Peter me miró de reojo, molesto por mi renuencia. Luego señaló los DVD. Me acerqué a la estantería y empecé a mirar los nombres de las películas con más atención. Había de todo, desde documentales históricos hasta películas de acción. Nada de porno, nada de comedia y, desde luego, nada de películas románticas. Tomé algunas en mis manos y las volví a dejar en su lugar.

Algunas ya las había visto. Me agaché para mirar las de abajo. De repente, los DVD escondidos en el fondo de la primera fila me llamaron la atención. El color me resultaba familiar. Alargué la mano para tomar uno. No podría explicar por qué, pero mi corazón se desplomó al instante. No podía apartar los ojos de la caja que tenía en mis manos.

—*Minnie la ratoncita* tiene un poder inesperado sobre el señor Khan. ¿Quién lo hubiera pensado?

La voz de Peter parecía venir de muy lejos. Estaba demasiado aturdida, demasiado conmocionada para responder. Me agaché de nuevo y retiré todos los DVDs de la primera fila. En la parte de atrás, la primera temporada de *Minnie La Ratoncita* estaba completa. No faltaba ni un solo episodio.

—Eso es imposible —murmuré antes de enderezarme y dirigirme a Peter con los ojos muy abiertos—. ¿Qué está haciendo con todo esto?

Levantó una ceja. Mi pregunta era estúpida y lo sabía.

—¿Qué está tramando esta vez?

Una ola de pánico me invadió.

—Bueno, yo me pregunté lo mismo cuando lo pillé viendo este dibujo animado.

Peter miró detrás de él para asegurarse de que Yeraz no estaba allí; luego acercó su cara a la mía y dijo en voz baja:

—Se ríe.

—¿Qué? ¿Él qué?

Peter se encogió de hombros antes de responder, incrédulo:

—Nunca había visto reír al señor Khan. Me hizo sospechar el inicio de la demencia, tan extraño era escucharlo. Un domingo por la noche le dejé un expediente que había pedido expresamente. No me oyó llamar a la puerta. Cuando entré en la sala de estar allí estaba, viendo la película de animación, como un niño.

—¿Te vio?

—¡No! Por suerte… Imagina la incomodidad que habría creado entre nosotros.

Peter descruzó los brazos. Parecía estar liberando una enorme cantidad de presión.

—No sólo hay maldad en él. Pensé que estaba perdido. No entendía la determinación de Camilia por salvarlo, pero tú has puesto al descubierto algo en él. Te aseguro que cuando conoces al señor Khan, es inesperado.

Se detuvo y cerró los ojos como si buscara palabras. Cuando los abrió de nuevo, pareció casi rogarme.

—Cada decisión, por pequeña que sea, siempre tiene consecuencias. Así que piense bien, señorita Jiménez. ¿A quién quiere ver en el espejo esta noche?

Mi mirada cayó al suelo. Las palabras de Peter acababan de aturdirme.

—Lo pensaré —murmuré.

Tras un largo silencio, oí los pasos de Peter alejándose de mí. Acababa de darme el argumento más relevante para convencerme de que me quedara en este trabajo. El día había dado un giro inesperado.

****

Con un gesto mecánico, decidí tirar mi *origami* al cubo de la basura de la cocina.

Timothy sonrió para indicar su alegría por mi decisión.

—Has tomado la decisión correcta —dijo, con el teléfono aún en sus manos—. Las otras no

son rivales para ti.

Me ajusté las gafas.

—Estoy completamente loca por hacer esto. Espero no arrepentirme.

Timothy estaba a punto de decirme algo pero Yeraz entró en la cocina en ese momento. Mi buen humor se desvaneció al instante.

—Señorita Jiménez, mi madre quiere verla de inmediato.

Miré mi reloj. No era la hora de mi cita. ¿Se había enterado de mi intención de renunciar? ¿Había cometido un error esta semana?

—Sólo un pequeño problema con mis hermanas —dijo Yeraz, que leyó mis pensamientos.

Nos miramos durante unos instantes. Saber que estaba alimentando su melancolía con el sonido de mi voz me dio una imagen de él totalmente diferente a la que me había formado a lo largo de las semanas. Yo me quedaba por él, pero él lo ignoraba.

—Muy bien. Ya me voy. Timothy, llama a Isaac, por favor.

—Necesito a Isaac. Es mi chófer —respondió Yeraz secamente.

Frunció el ceño, esperando que retirara mi pedido y le diera otro a Timothy. En lugar de eso, me dirigí a la puerta de la cocina, repitiendo mis palabras con voz enérgica sin apartar la vista de Yeraz.

—Llama a Isaac. Trabajas para mí, Timothy.

Mi mirada asesina funcionó. Salí de la habitación, dejando a un desorientado Yeraz completamente confundido por la situación.

En el exterior, casi se me caen los pulmones de tanto aguantar la respiración. Nunca me había divertido tanto en mi vida. Mi corazón latía a cien por hora, pero esta vez era agradable.

****

Abigaëlle me recibió con alivio. Con un gesto vago, señaló el segundo piso. Los gritos venían del piso de arriba.

—¿Qué está pasando?

El ama de llaves, agotada, respondió:

—Vaya rápido, señorita Jiménez. Las chicas se están matando.

Sin esperar, me apresuré a subir las escaleras sin tomarme el tiempo de ponerme cómoda. Caminé enérgicamente por el pasillo siguiendo los gritos. Camilia salió de una habitación y agitó las manos al verme.

—Dios mío, Ronney. Ghita y Aaliyah están peleando.

Antes de entrar en la habitación donde llovían los insultos, me giré hacia Camilia.

—¿Qué quiere que haga? No sé cómo parar esta pelea.

Ambas nos agachamos al mismo tiempo para esquivar un zapato que volaba por el aire.

Decidí entrar con la espalda doblada y todos los sentidos alerta.

Ghita tenía un vestido en la mano y en la otra un zapato que podía servir de proyectil.

Aaliyah, con las garras fuera, estaba a punto de saltar sobre su hermana.

—¡Yo elegí este vestido antes que tú, perra! —gritó.

Lo que discutían no podía ser sólo un vestido. Debía haber algo más serio detrás.

Respiré hondo y me interpuse entre ellas.

—Bien, todo el mundo cálmese. ¿Cuál es el problema? Soy una persona completamente neutral y justa. Yo tomaré la decisión.

—Aaliyah quiere este vestido de Kalpitia, pero era para mí. Se acordó con el equipo —dijo Ghita.

Aaliyah me habló directamente en respuesta a las palabras de Ghita, ignorando por completo a su hermana.

—¡Ya no lo quería! Ghita incluso eligió otro, y ahora de pronto quiere recuperar éste. Ya me he decidido por este vestido para el desfile de *Fashion Tradition* en Nueva York a finales de diciembre.

—¿Es una broma? —tartamudeé.

Las palabras salieron de mis labios más rápido de lo que quería.

—Tu evento es en dos meses. Aaliyah, tienes mucho tiempo para encontrar otro, ¿verdad?

—Ronney, ¿acaso sabes cuánto tiempo se tarda en confeccionar un vestido de diseño a medida? —preguntó Aaliyah.

—Este no es de tu talla —intervino Ghita, reiniciando la discusión—. Eres más menuda que yo, y no tienes curvas.

Levanté una ceja. ¿No tiene curvas? Los cuerpos de las dos hermanas estaban retocados e inflados.

—¿Y si te pones el mismo vestido? —pregunté.

Las dos hermanas se dirigieron hacia mí, con cara de desconcierto.

—De ninguna manera —dijo Aaliyah.— La gala de Acción de Gracias es el evento del año. Cada diseñador elige a su musa y la hace desfilar con la más bella de sus creaciones. Kalpitia me eligió a mí. Ghita tiene que elegir a su propio diseñador y trabajar con él. El problema es que mi hermana no puede trabajar con nadie. Siempre ha sido así.

Ghita agarró hábilmente el brazo de Aaliyah y ésta se desquitó intentando morderla.

—¡Perra! ¡Te prohíbo que digas tal cosa! ¡Tu gorda cabeza debería desinflarse, como tu gordo culo! —gritó Ghita entre dos sollozos.

Ahora se estaban lanzando golpes. Camilia levantó las manos, rogando a sus hijas que dejaran de pelear. Me ayudó a separarlas, pero las dos arpías siguieron intercambiando golpes e insultos con rabia. De pronto una mano me golpeó en la mejilla y envió mis gafas volando por la habitación. Todo el mundo se congeló en su sitio y se hizo estruendoso silencio en la habitación. No podía ver nada. Me acuclillé en el suelo y empecé a buscar mis gafas. Camilia, irritada, ordenó a sus chicas que me ayudaran.

—Felicidades, chicas. Pueden estar muy orgullosas.

—¡Allí! —exclamó Ghita.

Oí pasos que corrían a mí alrededor.

—¡Mierda! —susurró Aaliyah.

Se me heló la sangre. ¿Por qué no hablaba nadie? De pie, esperé impaciente a ponerme las gafas en la nariz. Aparte de siluetas no podía distinguir nada.

—¡Oh, no! Ronney, lo siento pero tus gafas están rotas —la voz de Camilia no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué voy a hacer? No veo nada.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me daba pánico la idea de tener que quedarme así durante varios días.

—Pediré otro par ahora mismo —dijo Aaliyah—. Pagaré para que te lleguen esta misma noche. Ghita, dame el número de un buen óptico.

Respondí con voz sollozante:

— No, no, no funciona así. Se tardan días en conseguir las lentes con la graduación adecuada. No es un accesorio de moda.

Camilia me puso una mano en el hombro. Conmovida por mi angustia y en un destello de lucidez, exclamó:

—¡Peter!

—Sí, Peter —dijo Ghita.

—Sólo Peter puede arreglar esto —dijo Aaliyah—. Lo llamaré.

Susurros recorrieron la sala. Camilia presionó a su ayudante para que encontrara una solución lo más rápido posible para que yo pudiera recuperar la vista. Unos dedos frescos tocaron mi cara y la levantaron ligeramente. Reconocí la voz de Peter.

—No conozco a nadie que pueda fabricar o prestar sus gafas hoy en día con una graduación tan importante como la suya.

—¿Entonces? ¿Qué sugieres? —dijo Camilia, impaciente.

—¿Aaliyah? ¿Sigue en la ciudad tu amigo que fabrica y vende esas lentillas por toda California?

—¿Jordan? Sí, está aquí ahora mismo. ¡Por supuesto, no pensé en él!

—¿Lentillas? Pero nunca las he usado. No sé si puedo ponérmelas o incluso llevarlas cómodamente.

El tono de Peter se endureció.

—Desgraciadamente, señorita Jiménez, no tiene muchas opciones —soltó mi cara y añadió con un suspiro:

— Espero que el resultado no sea peor que sus gafas.

****

Todo el mundo me miraba en el restaurante de mis padres. Aquel viernes por la noche estaba lleno de gente. Mi padre que, como de costumbre, estaba preparando cócteles, no pudo ocultar la cara de sorpresa que puso al dirigirse a mí.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —Pregunté.

—No —dijo—. Ya has trabajado mucho hoy. ¿Por qué no te vas a casa a descansar? Te aseguro que todo está bien aquí.

Era cierto. Los días de trabajo para Yeraz eran más eficaces que una píldora para conciliar el sueño. Mi padre hizo una pausa y murmuró con los dientes apretados:

—El gordo John vino ayer a buscar su maldito dinero. Esta vez se lo di sin decir nada. Vino con refuerzos para asegurarse de que no hiciera un escándalo como la última vez.

—¿Por qué no me llamaste? Te dije que quería estar allí cada vez que viniera. ¡Papá, esto tiene que parar!

Una rabia sorda invadía mi voz.

—No, no quiero ponerte en peligro. Esa gente es capaz de lo peor. La mafia es el cáncer de esta ciudad, y nadie puede detenerlos.

—¿Así que estamos obligados a darles lo que quieren toda nuestra vida? Te dejas la piel por una banda de matones que aterrorizan Sheryl Valley.

Mi padre, resignado, bajó la cabeza.

—Sí, eso es.

Puso los vasos en una bandeja y cambió bruscamente de tema.

—¿Qué ha pasado con tus gafas?

—Nada. Tuve que corregir los cristales. Las lentillas son sólo por ahora.

Mi padre se encogió de hombros y dijo con voz vacilante:

— Creo que te queda bien. Te ves diferente así. Es evidente que este Giovanni tiene un buen efecto en ti.

Intenté sonreír con la mayor naturalidad posible, pero mis ojos evidenciaban mi hostilidad hacia el hombre. Giré la cabeza para mirar a los clientes de la sala.

—Me quedaré a comer aquí.

—Ve a servirte del buffet. Aquí estás en casa.

Mi padre señaló con la cabeza una mesa un poco más alejada.

Ya sentada, por fin me tomé un momento para respirar. Quise ajustarme las gafas, pero el dedo se me metió directamente en el ojo.

—¡Ay! Mierda.

Todavía no me había acostumbrado a ese pequeño cambio. Tomé un bocado de mi aperitivo, pero quedó colgando delante de mi boca mientras la silla que tenía delante se retiraba lentamente. Yeraz se sentó como si todo fuese normal. Como siempre, sus ojos oscuros tenían una expresión severa y sin alegría. Miré a izquierda y derecha antes de dejar el tenedor.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Todavía no es sábado.

—¿Y qué?

Inclinó la cabeza con una expresión cómica en el rostro. El sonido de su voz era monótono, exasperante y aterrador al mismo tiempo. En el restaurante, todo el mundo nos miraba fijamente.

—Yeraz, ¿podrías por una vez dejarme en paz?

—Claro, Ronney. Cuando renuncies.

Empezó a mirar a su alrededor y luego sus ojos se suavizaron. Se inclinó hacia mí. Aparté la vista de él para evitar mirar su mandíbula cuadrada y sus rasgos demacrados.

—Este día también me dio hambre. ¿Compartimos?

—¡No! Ve a servirte en el buffet, como todos los demás. Mi jornada de trabajo ha terminado. Ya no estoy a tu servicio.

—¿Cuándo lo está, señorita Jiménez? Siento como si tuviera un oficial de libertad condicional más que otra cosa.

No contesté y seguí comiendo, pero sin apetito.

—Nunca me había fijado en el color de tus ojos hasta ahora.

Lo miré a los ojos. Por primera vez su tono de voz no era condescendiente ni desagradable. Me sonrojé y miré mi plato. Se levantó, probablemente para ir por su propia comida. Mi teléfono vibró en el bolsillo. Esperé a que Yeraz estuviera lo suficientemente lejos para revisar el mensaje. Era de Caleb. Mi corazón comenzó a acelerarse y mi respiración se detuvo. Acababa de entrar en un estado de intenso estrés y excitación. Dudé en abrirlo, pero me ganó la curiosidad.

Pronto será el cumpleaños de Carolina. Sé que no tengo derecho a pedirte esto después de lo que te hice, pero no sé qué regalarle. ¿Podrías darme una idea, por favor? Gracias.

Me puse una mano en la boca para reprimir un pequeño grito de dolor. ¿Cómo podía atreverse a enviarme un mensaje así? Conmocionada y con la cabeza zumbando me quedé mirando la pantalla del teléfono, incapaz de guardarlo. Me había convertido en una buena amiga para él.

Yeraz reapareció con una bandeja cargada de comida: aperitivo, plato principal y postre. No quise demostrar que mi estado de ánimo había cambiado. Acababa de recibir el peor mensaje de

mi vida. A pesar de ello, una risa nerviosa era lo que surgía de mi pecho. Debería haber roto a llorar, pero la escena que se desarrollaba ante mis ojos se impuso. Me reí a carcajadas dejando a Yeraz atónito. Debió de pensar que me estaba volviendo loca. Entre dos espasmos, logré articular algunas palabras.

—Es obvio que no estás acostumbrado a este tipo de restaurantes.

Yeraz me interrogó con la mirada, avergonzado por la situación. Conseguí calmarme, pero podía volver a reírme en cualquier momento.

—Bien, querido señor Khan. El *buffet libre* es un concepto cuya ventaja es puedes comer todo lo que quieras comer. Resumiendo, los humanos del tercer mundo pueden levantarse, ir a por su aperitivo, sentarse y luego ir a por su plato principal y así sucesivamente.

Yeraz se sentó, incómodo.

—Es una idea práctica. A decir verdad, yo... yo nunca...

—¡Sí, ya lo veo!

Me esforcé por contener la risa. Yeraz enderezó la espalda y sacudió la cabeza con un adorable mohín, divertido por la situación. Era la primera vez que lo veía sonreír, una sonrisa de verdad. No podía saber qué estaba pasando en ese momento, pero sentí que lo estaba viendo de verdad. Fue como si el tiempo se hubiera detenido. Por un breve momento, él me había hecho olvidar un viejo e intenso dolor en el pecho.

Se recompuso con bastante rapidez y el velo negro volvió a caer lentamente sobre sus ojos para ocultar el mundo que no me dejaba ver. Su mirada se deslizó brevemente sobre mí antes de desaparecer por encima de mi hombro.

—Buenas noches.

Mi hermano había salido de su habitación —cosa rara—, lo que demostraba que el tratamiento estaba funcionando. Saludó amablemente a Yeraz, a quien no había visto nunca, y luego tomó una silla de la mesa de al lado para sentarse con nosotros. Me pareció que tenía mejor aspecto, aunque sus rasgos seguían muy marcados y tenía unas enormes ojeras. Todas las señales de cansancio y resignación eran claramente visibles en su rostro gris.

—¿Cómo estás? —pregunté, ansiosa.

—Mucho mejor. Me alegro de conocer a tu novio. Lo siento, no me he presentado. Elio, el hermano mayor de Ronney.

Miré a ambos y temí que Yeraz le respondiera con el mismo desdén que solía tener hacia mí, pero no fue el caso. Siguió siendo cortés, tal vez por compasión o quizás para entrar mejor en su personaje. Relajé mis hombros con la mayor discreción posible. Mi hermano se convirtió entonces en un abogado en una sala de justicia, y comenzó a hacerle mil preguntas. Yeraz no se acobardó y no cometió ni un solo error. Ambos parecían conocerse desde siempre. Elio incluso consiguió sacarle una carcajada. Aunque sabía que volvería a ser frío y rígido cuando atravesara las puertas del restaurante, guardé el momento en mi corazón. Ver a Yeraz soltándose era la única imagen que quería conservar de él una vez que mi contrato con Camilia hubiera terminado.

Elio pasó su mano por delante de mi cara sin tocarla y me preguntó:

—¿Has roto las gafas? La última vez que te vi sin ellas tenías unos seis años.

En ese momento me vi corriendo por el patio frente a la casa de la tía María. Olivia y Hailey habían cogido mi muñeca Ariel y se divertían lanzándola.

—¡Cuatro ojos Ronney! ¡Cuatro ojos Ronney! —gritaban.

Olivia me hizo tropezar y me hizo caer sobre afilados escombros. Los cristales de mis gafas se habían hecho añicos por el impacto. El acto, completamente gratuito, era una de las muchas cosas desagradables a las que me habían sometido los demás niños. El recuerdo permanecía

intacto en mi mente. Había guardado una pena infinita desde mi infancia y adolescencia. No había absolutamente nada feliz en mi pasado.

La voz de Yeraz me sacó de mis pensamientos.

—¿Ronney? ¿Está todo bien?

Parecía preocupado. Sacudí la cabeza enérgicamente.

—Sí. Sobre mis gafas. Tengo que recuperarlas la semana que viene.

—Yo también creo que te ves muy bonita así.

Las palabras de mi hermano me incomodaron. Bajé la mirada al plato.

—Basta —susurré, avergonzada.

—Lo eres, te lo aseguro, hermanita.

Su mano rozó mi cara y decidí levantarme, evitando cuidadosamente la mirada de Yeraz, que debía pensar que la apariencia de mi hermano era mucho peor que la mía, después de todo.

La señora Torres se unió a mí en el buffet, donde fui directamente a buscar el postre.

Aprovechando que estábamos solas, me habló.

—Hola, Ronney. Oye, es un hombre muy guapo el que tienes ahí.

Mi rostro se giró hacia la pequeña mujer de inflado cabello gris. Su rostro se ahogaba bajo una capa de maquillaje, que apenas dejaba entrever sus expresiones faciales. La señora Torres tenía unos sesenta años, y ya se había casado cinco veces.

Parecía que esta noche esa robacunas, brillante como una bola de discoteca, había puesto sus ojos en el señor Khan. La habría puesto en su camino para librarme de sus garras, pero la presencia de mi hermano lo hacía difícil.

—Siempre dije que encontrarías a alguien adecuado. Eso demuestra que la apariencia no lo es todo. Esto pondrá fin a las habladurías de los clientes, que pensaban que jamás encontrarías una buena pareja.

La miré. Tuve que concentrarme para que no se me notara el enfado en la cara. Y ella continuó:

—¿Qué les gusta hacer juntos?

La rebanada de pastel de chocolate aterrizó en mi plato de manera algo brusca. Me estaba enojando mucho. Respondí articulando cada palabra:

—¡Follamos, señora Torres!

La mujer, indignada por mis palabras, abrió la boca y se llevó una mano al pecho como para evitar un infarto.

—Sí, como los animales. Todo el día, ¡y es una maravilla!

Me di la vuelta y volví a mi asiento, dejando a una horrorizada señora Torres allí de pie.

—¿Te vas a perder el cumpleaños de Carolina? —dijo mi hermano mientras me sentaba de nuevo.

Lo miré con los ojos muy abiertos, sin comprender.

—Giovanni me acaba de hablar de su viaje de negocios. Te vas con él tres días a la isla de Los Cabos, ¡y no nos ibas a decir nada!

Mi hermano me dio esta noticia con una fuerte exclamación. Miré a Yeraz a los ojos. Mi presión sanguínea subió de repente. Solté una pequeña y extraña carcajada.

—No, no está en el programa.

—Cariño, te necesito. Sabes que no hablo español.

¡No me llames así! Mientras yo lo miraba con desprecio, él me observaba con una sonrisa

triunfal en los labios. ¡Que imbécil! Clavé el tenedor en mi pastel con demasiada energía.

—Ronney estaba encantada con la noticia. Alejarse de aquí le hará mucho bien.

Yeraz no me dejó decir ni una palabra. Con una mirada derrotada, apenas pude tragarme el trozo de pastel. La idea de pasar tres días con él y tener que soportar sus admoniciones ya era deprimente.

Mi madre y mi padre eligieron este momento para venir a saludar al bastardo de mi novio. Estaban muy contentos con la relación y siempre alababan a Yeraz cuando iba yo sola a visitarlos en el restaurante después del trabajo.

Durante la conversación familiar se mostró más animado que en las últimas semanas.

Me encontré atrapada en sus redes una vez más.

****

La velada terminó con risas y cariñosos abrazos. No podía esperar a que esta farsa terminara. Tendría mucho más que contar a Bergamote y Alistair mañana por la noche, en el tejado.

En el exterior, la brisa fresca se filtró bajo mi ropa y me produjo un escalofrío.

Por fin a solas con él, podía dejarme llevar.

—¿Los Cabos? ¿Lo dices en serio?

—No empieces. Si pudiera elegir, habría elegido a otra persona.

Agité los brazos en el aire.

—¡Lleva a otra persona y déjame en paz! No quiero ir a ningún sitio contigo.

—Es una isla mexicana. Tengo que ir acompañado de alguien que hable español.

—¡Contrata a un traductor!

—Haz tu maldito trabajo. Vas a venir conmigo y no hay nada que discutir.

El gélido enfado de su voz me congeló en el acto.

—Lo hablaré con Camilia.

Se le escapó una risa corta, cargada de amargura.

—Si no vienes tú, será Ashley. Créeme, mi madre tomará una decisión rápidamente.

Nos miramos fijamente durante mucho tiempo, como dos vaqueros. Cada vez tenía más frío. Decidí dar por terminado el día. Metí las manos en los bolsillos y me alejé de Yeraz. Por desgracia, me alcanzó y me agarró del brazo para obligarme a girarme. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Retrocedió con un movimiento de sorpresa.

—Estoy muy cansada de pelear contigo —dije.

Me temblaba la voz. Yeraz de pronto parecía arrepentido. Pareció quedarse sin aliento por un momento.

—Yo también. Tú eres la que no quiere dejar este trabajo, y yo te hice una promesa. Nunca me echaré atrás. Hasta mañana.

Con un suspiro desolado tuve que aceptar la idea de pasar un sábado más con él.

Se levantó el cuello de la chaqueta y antes de seguir su camino dijo:

— Isaac te está esperando en la esquina. Te llevará a casa.

El tono de su voz, teñido de un matiz de culpabilidad, quedó resonando en mi cabeza mientras se alejaba. Ya lejos, su ominosa silueta se destacaba en la oscuridad de la noche sin luna.

9

El pub del único complejo turístico estaba abarrotado y lleno de estadounidenses, como cualquier otro lugar de la isla. En Los Cabos todo el mundo hablaba inglés. Ni los camareros ni los empleados hablaban una palabra de español. Una razón más para enfadarme con Yeraz por haberme arrastrado hasta allí. Hacía apenas una hora que habíamos aterrizado y ya estábamos en el muelle junto a la playa. Ni siquiera tuvimos tiempo de ir a la habitación del hotel. El coche que nos esperaba al pie del avión privado nos había llevado directamente a este lugar.

El sol estaba en su cenit y caía a plomo sobre mi piel. Yo bebía un cóctel, apoyada en la barandilla de la terraza mientras un poco más lejos Yeraz charlaba con Lucas, el abogado de los Mitaras Almawt, al que había conocido el primer día en casa de Hamza. Los guardaespaldas, Miguel y Fares, también formaban parte del viaje y no me perdían de vista, salvo cuando iba al baño. De pie en el otro extremo de la terraza observaban los alrededores, volviéndose constantemente hacia mí. Me pregunté cuánto les pagarían por garantizar mi seguridad y la de su jefe. De pronto vi que Yeraz, con sus gafas oscuras, se acercaba a mí acompañado de un hombre alto, de imponente complexión y rasgos severos.

—Esta es mi asistente, la señorita Jiménez. Ronney, este es el señor Al Jasser.

Yeraz no se detuvo en las presentaciones. No reveló la ocupación del hombre. Parecía tener unos cincuenta años y tenía el aspecto de un emir árabe. A su lado, un frágil hombre de rostro impasible sostenía maletines. No me lo presentaron. Imaginé que su función era llevar expedientes durante todo el día, en absoluto silencio. Detrás del emir, dos gigantes con camisas floreadas, probablemente guardaespaldas, asentían. No parecían turistas ni pescadores locales. De hecho, ninguno de los cuatro hombres parecía pertenecer a este lugar.

El firme apretón de manos del señor Al Jasser continuó. Sus ojos oscuros me estudiaron hasta que retiré la mano.

—El señor Khan siempre va sin asistentes en sus viajes de negocios. Debes ser indispensable para que te lleve contigo.

Con una sonrisa, intenté parecer feliz de estar allí. Yeraz se interpuso entre nosotros para cortar cualquier conversación.

—Señorita Jiménez, ¿puede traernos algo de beber y luego dejarnos? El señor Al Jasser y yo necesitamos hablar un rato.

Respiré hondo y seguí sonriendo con profesionalidad. Miré fijamente a Yeraz, pero no sabía si le preocupaba la amenaza implícita por sus gafas oscuras.

****

Lucas se unió a mí en el fondo del pub, donde me estaba deprimiendo por escuchar las historias de los multimillonarios que me rodeaban.

—¿Cuánto tiempo más? —pregunté.

Se rió de mi pregunta.

—Los negocios pueden llevar un tiempo. Te aseguro que estás mejor aquí que allí, escuchando sus conversaciones.

En el recuadro de las ventanas abiertas de la terraza pude ver a Yeraz en plena discusión. ¿Podía verme desde donde estaba? Giré la cabeza hacia Lucas con mirada inexpresiva.

—Creo que te ves mucho mejor sin tus gafas.

Una pequeña y tímida sonrisa apareció en la comisura de mis labios. Me sonrojé ligeramente.

—Yo también lo creo.

—¿No es muy difícil dejar Sheryl Valley?

—Creo que ha sido más duro para mi madre que para mí. Se ha pasado esta última semana controlándome como si nunca fuera a volver. Definitivamente es la primera vez.

Nos reímos juntos. Lucas sintió compasión por mí. Fue muy considerado y eso me hizo sentir bien.

—¿Cuántos meses te quedan trabajando para Yeraz?

—Demasiados para mi gusto —refunfuñé en voz baja antes de dar un sorbo a mi Tequila Sunrise.

Lucas sacó su teléfono, que acababa de sonar.

—¡Mierda, la batería está muerta!

En ese momento me llamó la atención un folleto que había al final de la mesa. Lo tomé. Se trataba de una excursión a la roca de El Arco, a la que sólo se podía acceder en barco.

—Parece divertido —dije, mostrando el papel a Lucas.

—Nos vamos pasado mañana. No hay tiempo para actividades en la isla.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos a quedarnos así durante dos días? ¿Bebiendo en los bares y mirándonos a los ojos mientras esperamos a que Yeraz y su emir terminen alguna transferencia de dinero o se pongan de acuerdo en los futuros términos de un contrato?

Una expresión divertida apareció en el rostro del joven. Se encogió de hombros.

—Si eso es lo que quiere el jefe... No tiene sentido ir en contra de sus deseos.

Desesperada, me tomé la cara entre las manos. En el otro extremo del pub, Miguel y Fares estaban distraídos con dos mujeres que bailaban lánguidamente una contra otra bajo los silbidos de hombres sobreexcitados. Yeraz, por su parte, estaba absorto en su discusión y no nos prestaba atención ni a Lucas ni a mí.

—¡Me voy!

—¿Qué? —dijo el joven, asustado.

—Voy a ir a ese paseo en barco y al parapente.

Me levanté bruscamente y me alejé a toda prisa antes de que me vieran los guardaespaldas de Yeraz o de que Lucas los llamara.

—Ronney, por favor, no puedes irte. Tenemos que seguir el plan.

—¡No hay manera de que sirva bebidas todo el día! Quédate si quieres. Puedes ser el camarero.

Lucas me siguió, rogando que entrara en razón, pero era demasiado tarde.

En la playa, intercepté a un hombre fornido y regordete que se presentó como guía turístico y le pregunté si estaba dispuesto a llevarnos en el paseo en barco. Dio su precio en voz alta. Con la mirada, pedí a Lucas que pagara. A regañadientes, accedió y decidió seguirme en este gran viaje.

****

En el barco el viento me azotaba la cara. Mi camiseta y mis pantalones estaban empapados, pero el frescor contra mi piel era agradable. Estábamos entre el Océano Pacífico y el Mar de Cortés. En la costa, a lo lejos, la naturaleza virgen hacía que la isla tuviera una imagen única. En las aguas de color turquesa nadaban miles de pequeños peces en medio de los corales. Mediante este magnífico espectáculo, descubrí por primera vez un tesoro.

Lucas me observó, dividido entre la ansiedad de desobedecer órdenes y el placer de estar aquí,

disfrutando de la libertad. Probablemente no se había divertido demasiado el resto del año en su jaula dorada.

El barco rodeó la enorme roca agujereada. Era un arco de piedra caliza esculpido a lo largo de las eras por el agua y el viento. Dueña del océano, parecía querer contarnos muchos secretos y leyendas sobre sí misma.

Admirada bajé del barco y caminé por la playa que la roca dominaba con su gran altura. La voz de Lucas me obligó a apartar la mirada de la enorme roca.

—¿Tienes tu teléfono contigo por si Yeraz intenta llamarnos?

—No, dejé mis cosas en el coche.

Contemplé la playa salvaje. Había muy poca gente.

—Los Cabos es un paraíso absoluto —nos dijo nuestro guía—. Sólo permitimos un número limitado de personas en esta playa para preservar la fauna y la flora. Ya lo verán. Visto desde arriba, tendrían la impresión de tocar el cielo con la punta de los dedos.

—El cielo, antes de conocer el infierno en unas horas. Eso es bueno.

Lucas dijo estas palabras en tono sarcástico. Parecía estar viviendo los últimos momentos de su vida, consciente del peligro que nos esperaba cuando volviéramos de esta excursión. Puse los ojos en blanco sin tomar en serio las palabras que salían de su boca.

****

Enganchada al paracaídas remolcado por el barco, disfruté de la espléndida vista de toda la costa. Me elevé gradualmente en el aire sin ninguna sensación de mareo. En el aire caliente sentía el aroma de los árboles y las flores que me llegaban desde la isla. La sensación que sentí en el aire me liberó de todas mis preocupaciones. Abajo, Lucas y nuestro guía parecían diminutos. Eché la cabeza hacia atrás y extendí los brazos. Quería quedarme allí arriba para siempre. Aquí me sentía como si nada ni nadie pudiera alcanzarme.

El sonido de los motores perturbó la tranquilidad del momento perfecto. Volví a mirar hacia abajo y vi que nuestra lancha estaba rodeada por tres botes, los hombres a bordo gritando órdenes a nuestro guía. Yeraz acababa de poner fin a nuestra escapada. Era el momento de reportarse ante el gran hombre.

****

Nadie había hablado en el camino de vuelta. Yeraz me había obligado a subir a uno de los botes con él. No me había resistido. La ausencia de Miguel y Fares entre los hombres que habían venido a buscarnos no indicaba nada bueno.

Ahora, a solas en el coche con Yeraz, mi garganta se tensó un poco más hasta el punto de alterar mi respiración. Yeraz miraba el paisaje a través de la ventanilla cerrada sin prestarme atención. El conductor, evidentemente concentrado en la carretera, no había mirado por el espejo retrovisor desde el principio del trayecto. Lleno de remordimientos, me arrepentí de haber llevado a Lucas a esta loca escapada.

—¿Dónde están Miguel y Fares?

Mi voz insegura delataba mi preocupación.

—¡Despedidos!

Había hablado con voz clara y mesurada. El silencio volvió a ser insoportable. El nudo en la

boca del estómago se hizo más grande.

—Yeraz, ellos no hicieron nada. Todo es culpa mía.

Giró la cabeza hacia mí y se quitó las gafas oscuras. Su mirada multidimensional, imponente e intimidante me paralizó. Sus ojos ardientes me atraparon por completo hasta que cada una de mis extremidades se entumeció.

—Si no me equivoco, no sabes nadar.

Me miró durante mucho tiempo, plácido, esperando mi respuesta. Balbuceé:

—¿Cómo lo sabes?

—Tu hermano me lo dijo el otro día en el restaurante. También me pidió que te cuidara.

Bajé la mirada, consciente de mi comportamiento irresponsable.

—Hablaremos de esto en el hotel, tengo emails que enviar.

Su exterior permanecía tranquilo, pero su voz tenía un tono amenazante. ¿Qué destino me tenía reservado? ¿Quemarme con un atizador? ¿Torturarme sumergiendo mi cabeza en la bañera? ¿Y Lucas? Dios mío, Lucas…

****

Caminamos con el pequeño grupo de seguridad por los exuberantes jardines del palacio, exquisitamente intrincado. Estaba un poco aislado del complejo turístico, pero cumplía todas las expectativas de los clientes más exigentes. Todo dentro del establecimiento era enorme, empezando por el vestíbulo, los pasillos y luego las piscinas.

Me alivió encontrar a Lucas... vivo. Su ojo morado y su labio cortado eran evidencia de una fuerte paliza. Estaba muy enfadada conmigo misma.

Subimos al último piso del palacio en ascensores transparentes con una vista impresionante del Mar de Cortés. Estas modernas instalaciones, reforzadas por la tecnología más avanzada, daban un toque de refinamiento a un lugar que, en otras circunstancias, me habría parecido encantador.

La elegante suite, sorprendentemente grande y con muebles de lujo, daba a la habitación un encanto antiguo y a la vez moderno.

Estratégicamente me situé junto a la puerta, contra la pared, justo al lado de una cómoda de roble oscuro. Lucas entró titubeante con la cabeza gacha y se colocó a mi lado. Yeraz se dirigió a su equipo de cinco hombres y les dirigió unas palabras en árabe. Los hombres salieron de la habitación para dejarnos solos. Yeraz se quitó las gafas y dirigió a Lucas una mirada poco amigable.

—¿Apagaste voluntariamente tu teléfono?

—No, jefe. La batería estaba muerta.

Yeraz comenzó a recorrer la habitación con paso rígido. Lucas mantenía la cabeza vuelta hacia el suelo.

—Ya no te necesito aquí. Vas a volver a Sheryl Valley.

Lucas, abrumado por la frustración, asintió y susurró:

— Sí. Me disculpo sinceramente. Esto no volverá a ocurrir.

Yeraz frunció los labios y dejó que el joven se marchara en un pesado silencio. Cuando salió de la habitación, Lucas me dirigió una pequeña mirada de pena antes de volver a bajar la cabeza. Tragué saliva. Era mi turno. En ese momento, me hubiera gustado separarme de mi cuerpo, o caer en un coma profundo en lugar de tener que enfrentarme al hombre que estaba de pie frente a

mí, mirándome fijamente. Apoyada en la pared, no pude hacer ni un solo movimiento.

—¿Por qué te dedicas a hacer lo contrario de lo que te pido?

Yeraz se acercó peligrosamente a mí. Con su traje negro, encarnaba tanto la belleza como la opulencia.

—No sabía que sería tan malo —susurré con miedo—. No pensé en ello en ese momento.

—Esta isla está llena de tiburones, y cuando digo 'tiburones' no me refiero a los animales acuáticos.

Sus manos se dirigieron a la pistola que llevaba en la parte trasera del pantalón, y luego la puso en la cómoda junto a mí.

—La próxima vez me quedaré en mi sitio. Entiendo que te haya hecho perder el tiempo, pero si no me hubieras traído, no estaríamos aquí.

No había querido decir esas últimas palabras en voz alta, pero se me habían escapado. Noté una fugaz expresión de sorpresa en su rostro. Aparté la mirada de sus intensos ojos hacia el arma. Entonces se me pasó por la cabeza una idea terrible. Lo único que tenía que hacer era tomarla y dispararle, asegurándome de apuntar bien. Explicaría mi acción como defensa propia. ¿Y luego qué? ¿A quién llamaría primero? ¿Por ayuda o a Camilia? Probablemente me pondrían bajo protección judicial por el resto de mi vida por matar al jefe de una de las mafias más poderosas del mundo. ¡Dios mío! Habría un precio por mi cabeza. ¿Cuánto valía yo? ¿Miles de dólares? ¿Cientos de miles de dólares? Sacudí la cabeza para evitar que mis pensamientos siguieran divagando.

No sabía cómo, pero en ese momento Yeraz me leyó la mente. Dijo en voz baja:

—Todavía está cargada, y estoy lo suficientemente cerca de ti como para que no falles. Pocas personas se han atrevido a apuntarme con un arma, y las que lo han intentado ya no están vivas para contarlo. ¿De verdad crees que le tengo miedo a la muerte cuando he vivido con ella desde que era un niño? Me duermo y me despierto en sus brazos.

—Si no temes a la muerte, ¿a qué temes?

—El miedo es un grillete que nos encadena y nos impide avanzar.

—Todos tenemos miedo de algo.

Una expresión de furia tensó sus rasgos. Lo miré con miedo y desdén, y luego añadí:

—Reuniste un ejército de hombres para encontrarme. ¿Qué sentiste todas esas horas mientras me buscabas?.

—Ganas de matar —replicó Yeraz con una fría sonrisa.

Dejó pasar un momento para asegurarse de que entendía sus palabras.

—Estoy enfadado con todo el mundo, Ronney, y eso nunca lo cambiarás. Hasta ahora, he pasado mi tiempo coqueteando con las tentaciones del diablo, y eso fue suficiente para mí.

Vi en el temblor de sus labios una dulzura bajo la ira. El velo que cubría sus ojos acababa de levantarse para ofrecerme una mirada llena de ternura. Mi respiración se detuvo. Me negaba a admitir que me sentía innegablemente atraída por aquel hombre atormentado por sus demonios interiores y atormentado por el dolor. En ese momento, su rostro estaba tan cerca del mío que podía sentir su aliento acariciando mis mejillas.

—¿De qué tengo miedo? De los viernes por la noche, cuando te vas y no tengo una custodia que evite que cargue esta pistola.

Mi corazón latía con fuerza. Mi respiración se aceleró. Tenía mi cabeza hecha un lío. Dejé que Yeraz pusiera su mejilla contra la mía y respiré su aroma, medio cerrando los ojos. Su barba, afeitada a ras de piel, me producía un cosquilleo. Sin pensarlo, levanté la mano para tocarlo, pero sólo agité el aire. Cuando volví a abrir los ojos, él había desaparecido al igual que la pistola.

Jadeando, caí al suelo. Tardé muchos minutos en calmar mi pulso, pero también en que mi cabeza dejara de dar vueltas.

****

Abrí la puerta de mi habitación por décima vez y seguí encontrando a dos hombres, que parecían recién salidos de una película de espías, con gafas oscuros y auriculares como accesorios. Era imposible salir de allí. Los dos hombres no hablaban, pero su postura era suficiente para disuadirme de salir de mi suite. Había enviado varios mensajes a Yeraz pidiéndole que me dejara pasear por el hotel, pero no había respondido.

Los minutos habían parecido horas desde que Yeraz había dejado mi suite. Recorrí los canales de la televisión sin prestar atención a los programas. Las imágenes de nuestra última conversación se repetían en mi cabeza. Intenté comprender cómo habíamos llegado a acercarnos tanto. Habíamos pasado demasiado tiempo juntos en las últimas semanas, eso estaba claro. Mis padres no dejaban de llamarme, pero yo no respondía. No quería que detectaran ninguna molestia en mi voz.

De pronto llamaron a mi puerta, y tuve la esperanza de que fuera Yeraz. La decepción llenó mi rostro cuando vi que el servicio de habitaciones me traía la cena.

Más tarde por la noche, cansada por las emociones del día, me sumergí suavemente en un profundo sueño.

Las voces invadieron mis sueños y me encontraba tirada en el aula B5 de mi instituto. El olor a cloro en el suelo me llegaba a la nariz. Estaba terminando de guardar mis cosas cuando Bryan, un estudiante de último año y parte del equipo de fútbol, irrumpió en la habitación. Había unos diez chicos y parecían sorprendidos de encontrarme sola.

—Es Ronney la Fea—exclamó uno de los chicos, que llevaba un polo azul que hacía juego con sus ojos.

Agaché la cabeza mientras me apresuraba a cerrar la cremallera de mi mochila, y luego caminé por el pasillo para salir del aula. Uno de los chicos cerró la puerta de golpe antes de que pudiera atravesarla. Me convertí en una criatura asustada. El aliento de Bryan olía a alcohol.

—Oye, Ronney, ¿por qué no intentas que se nos ponga dura?

Con lágrimas en los ojos, intenté quitarme sus asquerosas manos de encima. Les rogué que se detuvieran.

—¿Quién quiere ver bajo su ropa? —gritó Bryan.

—¡Espero que el espectáculo no sea tan malo por debajo! —exclamó uno de los chicos.

Los gritos de ánimo surgieron a mi alrededor. Estaba a punto de desmayarme por el estrés.

—¡Desnuda! ¡Desnuda! ¡Desnuda!

Las fuertes risas y los gritos eran insoportables.

—¡No, detente!—, rogué entre lágrimas—. ¡Quítenme las manos de encima! ¡Quítenme las manos de encima!

—¡Ronney! Ronney, despierta. ¡Ronney!

Me desperté de repente, sollozando perdida, con la frente bañada de sudor. Él estaba allí conmigo. Yeraz me abrazó con tanta fuerza que podría haberme roto si hubiera apretado un poco más. Me hizo sentar en su regazo. Podía sentir los latidos de su corazón a través de su camisa.

—¿La muerte? Me duermo y me despierto en sus brazos —fueron sus palabras. ¿Se sentía

como me sentía yo ahora? Si era así, entonces lo entendía. Con los párpados pesados, volví a dormirme contra él, pero esta vez sin sueños ni pesadillas.

****

El timbre del teléfono de Yeraz me despertó. Tardé en recordar dónde estaba. Mi cabeza estaba apoyada en su pecho. Sus párpados estaban cerrados, aún estaba durmiendo. Podía sentir cada músculo de su cuerpo con cada una de sus respiraciones. Su camisa estaba desabrochada. Tras unos segundos de duda, mis dedos rozaron su piel. Era increíblemente musculoso.

La alarma volvió a sonar. Yeraz se puso en pie de un salto y maldijo.

—Mierda, llegamos tarde. ¡Maldita sea!

Se había acostado a mi lado, completamente vestido. Sin mis gafas ni las lentillas apenas podía ver nada. Su silueta recorría la habitación y el eco de su voz indicaba su estado de ánimo. Intenté adivinar con quién estaba hablando por teléfono.

—Sí, *el Torneo Negro y Azul de Bisbee*. Muy bien, allí estaremos.

Silencio. Yeraz debió de colgar. Su figura se sentó en el borde de la cama y pude verlo mejor. Me enderezó y apartó los mechones de cabello que tenía delante de la cara.

—¿A dónde vamos?

—A pescar.

Levanté una ceja.

—Esperaba cualquier cosa menos esto.

—Es una religión en esta isla. La gente viene de todo el mundo para participar en el torneo. Se ha convertido en la competición de pesca más exclusiva del planeta.

El tono de su voz se había suavizado brevemente.

—Ronney, ¿recuerdas tu pesadilla de anoche?

Un sentimiento de vergüenza me envolvió. Me tapé con la manta.

—¿Me has oído? ¿Por eso has venido a mi habitación?

Mi voz sonaba hueca a mis oídos.

—Ya estaba en tu habitación, en la silla. Tenía miedo de que te escaparas en medio de la noche.

Hizo una pausa y luego continuó.

—Tus gritos me dieron un tremendo susto.

Yeraz se levantó. Mi malestar debía de ser notable. Me alivió no poder ver mucho. Enfrentarme a su mirada en ese momento habría sido insoportable. Aparté la vista y miré al vacío que tenía delante para evitar que se llevara la mayor herida de mi vida y la utilizara contra mí. Tras un momento de intolerable silencio, dijo:

—Voy a ducharme y a cambiarme. Te espero en el vestíbulo.

Asentí con la cabeza y él se dirigió a la puerta. Antes de abrirla, se volvió hacia mí. Con cierto temor, preguntó:

—¿Ellos...? ¿Ellos te...?

—Vas a llegar tarde —lo corté con ansiedad—. Tienes que prepararte.

—Dime.

—No. Me las arreglé para salir. Dejé el instituto al día siguiente.

Sentí su vacilación por dejarme sola. Al oír que la puerta se cerraba tras él, solté un largo suspiro y me relajé. No me había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

****

El yate se había detenido frente a la costa. Dos hombres se inclinaron sobre el agua y se prepararon para pescar peces espada. Me pareció absurdo cazar peces con una embarcación así cuando otros tenían barcos o modelos más adecuados para el torneo en cuestión.

Estaba sentada en la escalera de la parte trasera del casco con los pantalones remangados hasta los tobillos para poder meter los pies en el agua. Frente a mí, el océano se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Llevaba el bañador debajo de la ropa, pero mi pudor me impedía quitármelo. Desde aquí podía oír las risas de las mujeres que habían sido invitadas por el señor Al Jasser para hacerle compañía. Estaban disfrutando del jacuzzi instalado en el salón de la cubierta delantera, con líneas de cocaína a su disposición. No muy lejos de mí, Yeraz y el emir charlaban en bancos alrededor de una mesa, con alcohol y aperitivos en el menú. Sus guardaespaldas se paseaban discretamente por el yate. Intenté escuchar discretamente la conversación entre los dos hombres de negocios.

—Sólo tenemos que aprovechar la falta de armonización de los tipos de IVA. Tenemos que lidiar con los países que no tienen una disposición penal. Algunos gobiernos prefieren cerrar los ojos para comprar la paz social.

Al Jasser esperó la respuesta de Yeraz, que se tomó su tiempo. Finalmente la voz del joven habló con una especie de amargura resignada.

—Lavar este dinero no será complicado con la complicidad de nuestros amigos banqueros, abogados y jueces.

Yeraz hizo una pausa antes de continuar.

—Debemos infiltrarnos en las nuevas economías legales, especialmente en las transferencias de dinero.

—Nuestros socios comerciales están listos para seguirlo, señor Khan.

Al Jasser se aclaró la garganta antes de continuar, como si estuviera buscando palabras.

—¿Y qué hacemos con el cargamento de droga atascado en la entrada del puerto de Sheryl Valley?

Había una nota de precaución en la voz del emir. Yeraz resopló con desdén.

—¡No es nuestro problema! La mafia siciliana puede encargarse. Nada de tráfico de personas ni de drogas en mi territorio. ¿Está claro?

—Eres el heredero del imperio de tu padre. Haremos lo que desees. Escuché que Leone y sus hombres te traicionaron en Nueva York en la licitación número ocho. ¿Cuál es el estado de ese trato?

—Me he encargado de ello. Leone no volverá a meter las narices en nuestros asuntos. Él está... —Yeraz buscó la palabra y la pronunció con una frialdad indescriptible— fuera del camino.

Al Jasser, evidentemente satisfecho con la respuesta, dio una palmada y respondió con una risa sádica.

—Eres realmente el digno heredero de tu padre. Tomemos una copa para celebrarlo.

Un escalofrío de horror recorrió mi cuerpo. Tragué con fuerza. La oscuridad de Yeraz me estallaba en la cara.

****

En esa noche de fiesta, cientos, luego miles de personas se reunieron en la orilla para ver

cómo los barcos regresaban a puerto. Grandes reflectores en cubierta iluminaban el camino que debían recorrer los participantes para que el público pudiera admirar los cuerpos de los monstruos marinos. El puerto bullía y el ambiente era festivo.

Al Jasser, desde lo alto de su yate, agitaba cañas de pescar y redes con dos de sus hombres, como conquistadores. Todo el muelle aplaudía, gritaba y se agolpaba para admirar a los marineros. El público saltaba de impaciencia.

En Los Cabos, el pez era el símbolo de la alta sociedad de la isla. El pescador que capturara el pez espada más grande sería premiado con millones de dólares. Había mucho dinero en juego. Era uno de los motores económicos más rentables de la parte baja del sur de California. La cuota de inscripción para participar en la extraordinaria competición era de sesenta y cinco mil dólares por barco. El impacto en la economía local era asombroso.

Al Jasser y su tripulación bajaron del yate, aclamados como estrellas de rock. Los peones se acercaron para ayudar a la tripulación a levantar la criatura, que estaba envuelta en una lona. En cubierta, el emir se dirigió hacia Yeraz y hacia mí, que seguíamos en el yate. Nos estaba esperando.

—Nos quedamos aquí —dijo Yeraz, con los ojos ocultos tras sus gafas oscuras incluso de noche.

—Muy bien, señor Khan. No huyas con mi barco, porque te encontraré.

Yeraz soltó una carcajada y se puso una mano sobre el corazón como si quisiera expresar una promesa silenciosa. El emir asintió con la cabeza antes de marcharse frente a una multitud que lo aclamaba. ¿Eran las ganancias lo que lo estimulaban a practicar este deporte, o era la adrenalina que le producía el espectáculo previo al pesaje de los peces? En cualquier caso, en ese momento los traficantes, los mafiosos, los príncipes, los directores generales y los industriales volvían a ser niños.

****

Miré el mar con melancolía pensativa. Yeraz pasó junto a mí, sin camiseta, hasta el jacuzzi de la cubierta de proa. Se apoyó en el borde del jacuzzi y me miró de forma divertida, luego su mirada se deslizó hacia mis pantalones.

—¡Quítate eso! —ordenó con una voz suave y autoritaria a la vez.

Me llevé la copa de vino tinto a los labios antes de mirar a la cabina, preocupada por si el piloto podía vernos desde allí arriba. Yeraz volvió a adivinar mis pensamientos.

—No te preocupes. Nuestros empleados prefieren no ver ni oír nada de lo que ocurre a su alrededor. Quiero que vengas a acompañarme.

Me acerqué al agua y puse mi vaso en el borde de la jacuzzi. Yeraz mantenía una calma desarmante. Sus hombros cuadrados y robustos eran todo músculo, como si Miguel Ángel los hubiera esculpido él mismo. Inclinó la cabeza. Todo parecía escapar de mí. Me desabroché los pantalones y dejé que se deslizaran por mis piernas. Los ojos brillantes de Yeraz me invitaron a continuar. La parte superior de su torso subía y bajaba más rápido. Lentamente, me quité la camisa y dejé al descubierto mis pechos, que abultaban en la parte superior del bikini. Yeraz se pasó la lengua por los labios mientras contemplaba mi cuerpo.

—Ven aquí —me susurró sin darme la opción de negarme.

Mis pies entraron en el jacuzzi. El agua caliente se sentía bien en mi piel.

Mientras caminaba hacia él, mi respiración se hacía cada vez más corta.

Estábamos a pocos centímetros uno del otro. Sus ojos parecían salirse de sus órbitas mientras

se contenía para no saltar sobre mí. Yeraz tiró de mí apretándome contra su pecho, y luego se inclinó y aplastó sus labios contra los míos sin previo aviso. Sorprendida, me negué a abrir la boca, pero su pulgar se clavó en mi espalda para obligarme a abrirla. Su lengua, suave y cálida, buscó la mía. Me besó sin darme tiempo a respirar. Sus poderosos músculos se cerraron sobre mí y me estrecharon en un abrazo lleno de ardor y placer carnal. No podía escapar. Sus besos, casi dolorosos en su intensidad, sólo eran el reflejo de un deseo reprimido durante mucho tiempo. Nunca nadie me había besado así. ¿Nadie? Sólo había conocido a Caleb antes. No hay mucho con que comparar.

A pesar de la explosión de sensaciones en mi cabeza, se me apareció la cara de Ashley y luego la contable. Sentí que mi mente volvía poco a poco a la razón y respiré trabajosamente. Al sentir esta repentina distancia, Yeraz me soltó de su agarre y alejó su rostro del mío. El agua caía sobre su hermoso rostro. No podía ser más hermoso que en este momento, pensé. Me interrogó con la mirada, con las cejas fruncidas. Aparté la mirada, pero su mano me tomó la cara y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Lo siento. Fue un poco apresurado —dije.

—¿Qué pasa? —. Un repentino temor cruzó su rostro.

—Estamos desconectados de la realidad en esta isla. Mira, hay muchas mujeres a tu alrededor, Yeraz. No puedo entregarme a ti y fingir mañana que no ha pasado nada.

Se alejó de mí, con aspecto serio.

—¿Y qué quieres? ¿Qué esperabas? ¿No te basta con divertirte?

Dolida por sus palabras, empecé a mirar a mi alrededor. *Estúpida Ronney. Nunca debiste haberte quitado la camiseta, vaca estúpida*. Yeraz golpeó la superficie del agua con la mano. Esperaba una respuesta, o mejor dicho, la exigía.

—No, eso no es suficiente para mí, ¡claro que no! Yo trabajo contigo, pero también trabajo con todas esas mujeres que te follas. Es una tontería.

Me contestó con una mueca comprimida.

—No cuentan, y en lo que respecta a Ashley, fui claro desde el principio. Las reglas fueron establecidas desde el principio.

—¿Y cuáles son las reglas que has establecido conmigo?

Se me quebró la voz. Ahora era él el que miraba para otro lado.

—¿Me cambiarás con tu hermano cuando se acabe tu capricho para disculparte por acostarte con su prometida?

Yeraz me miró fijamente. A punto de estallar de furia, me amenazó con el dedo.

—¡No sabes nada de eso! Es cierto. Eres igual que las demás, Ronney, escuchando chismes y juzgando a la gente por lo que oyes.

—Lo que sí sé es que no quiero hacerme ilusiones. Caleb me rompió el corazón, y no quiero volver a encariñarme con nadie así. No, no quiero esperar que puedas cambiar por mí. No quiero tener esperanzas de nada.

Grité estas palabras. En ese momento, Yeraz pudo leer en mí toda la soledad del mundo. Inquieto, su mandíbula se apretó; buscaba palabras. Cerró los ojos con toda la fuerza posible. Cuando los abrió de nuevo, una rabia exagerada cruzó su rostro y articuló lentamente:

—Ni por ti ni por ninguna mujer renunciaré jamás a esta vida. No me arrepiento de nada, Ronney. Ningún crimen, ningún dolor, ninguna pena que haya podido causar. Nada.

Un puñetazo en el estómago habría dolido menos.

Yeraz salió del agua sin mirarme y añadió antes de irse:

—¡Vístete! Vamos a volver al hotel. Mañana saldremos al amanecer.

10

Había pasado las últimas horas en la cama dando vueltas y luego me levanté a medias para ir a la fiesta de cumpleaños de Carolina.

Esperaba que estuviera a punto de terminar cuando llegué, pero todavía había mucha gente en la sala. Mis tíos estaban reunidos fuera debatiendo el último partido de béisbol. Me dieron una cálida bienvenida cuando pasé junto a ellos.

Dentro, mis tías estaban ocupadas cocinando para satisfacción del resto de mi familia. En el escenario, una pequeña orquesta tocaba música tradicional de nuestro país: salsa, merengue. La gente bailaba en la pista o se sentaba a hablar.

En la puerta, coloqué mi regalo en la mesa con los demás antes de buscar un rincón para hacer lo que mejor sabía hacer: desaparecer. No estaba de humor, hoy no quería fingir. Esta mañana, en el camino de regreso, Yeraz no me había dirigido la palabra. Con su mirada oculta tras sus grandes gafas de sol durante todo el viaje se me había hecho imposible interpretar su estado de ánimo ese día. Era el primer sábado en lo que parecía una eternidad que pasaba sin él. No me había dado cuenta de lo mucho que me había encariñado con este hombre, pero ayer me había herido como nadie lo había hecho antes. De pronto me di cuenta de que no había pensado en Caleb ni una sola vez en los últimos tres días.

—Cariño —mi madre se sorprendió al verme allí—, no te quedes ahí. Ve a sentarte con tus primos. Tu padre se quedó en el restaurante con Elio.

Se detuvo un momento y luego preguntó, preocupada:

—¿No viene Giovanni?

Me aclaré la garganta mientras intentaba forzar una sonrisa en mis labios.

—Está muy ocupado y tiene mucho trabajo atrasado, debe ponerse al día.

Mi madre no parecía creer una palabra de lo que decía. Me dirigió una mirada de dolor con una sonrisa que pretendía ser reconfortante. No necesitaba añadir nada en ese momento. La leí como un libro abierto. *Pobrecita. Te dejó por una chica más guapa, pero se veía venir. Ya lo sabes.* Sus ojos, que me gritaban su verdad, me exasperaban al máximo. Para alejarme de esa mirada de lástima, decidí sentarme con Gabriella y los demás. Al final, me gustaba mucho más su compañía que la de mi madre.

****

—Así que has venido —dijo Olivia.

Mascaba chicle y me miraba con desconfianza y desprecio. Louis trajo a la mesa una cesta llena de fruta y un trozo de pastel.

—¿Cómo fue tu estancia en Los Cabos? —preguntó Melissa amablemente.

Me froté nerviosamente las manos en los muslos antes de contestar.

—Fue... corto. Lo pasé bien.

Gabriella, frente a mí, acariciaba el borde de la mesa con sus uñas lacadas y afiladas.

Dejó escapar una pequeña risa mientras miraba a Hailey.

—Apuesto a que llevaste tus viejos trapos esos dos días. Sin pantalones cortos y sin vestido. ¿Estoy en lo cierto?

Olivia se rió. Estaba siguiendo a Gabriella con total obediencia. Pelé mi naranja y volví a quedarme en silencio, fingiendo que no había oído su comentario punzante. En la pista de baile,

Carolina bailaba contra Caleb. Extrañamente, esa escena no me perturbó. Caleb, con la mirada perdida, parecía un poco más distante que de costumbre. ¿Se estaba cansando de estar a las órdenes de su novia?

En cinco minutos me levantaría y me iría. Ya era tarde y no había abierto la boca desde que me senté con ellos. Me sentía fuera de lugar. El ambiente cerrado era asfixiante. Quería marcharme antes de que los reproches y las burlas de todos me hicieran añicos. Afortunadamente, Carolina era el centro de atención. La gente se acercaba a besarla, a felicitarla. Todo el mundo se apresuraba a publicar *selfies* con ella en las redes sociales.

—Bueno, ¿jugamos al juego? —gritó Aïdan, con las mejillas rojas. Él y mis otros primos habían bebido mucho.

—¿Cuál? —preguntó Hailey.

—'¿Me conoces?'

—Oh, sí. Era el turno de Ronney, creo.

Me puse rígida y balbuceé:

—No, tengo que irme. Pasaré con gusto.

Me levanté, pero Aïdan vino detrás de mí y me presionó los hombros para que me sentara de nuevo.

—Vamos, son sólo diez preguntas, prima. Sólo tienes que escribir las respuestas en esta hoja. Olivia, ¿tienes la lista de preguntas para darle a Ronney?

Olivia puso los ojos en blanco antes de decir en tono malicioso:

—Nadie sabrá las respuestas. Ella es un extraterrestre. Juguemos el juego con alguien más interesante.

Louis y los demás protestaron. Querían verme hacer el ridículo.

—Caleb, tú nos ayudarás. Después de todo, conoces a Ronney personalmente.

Carolina miró maliciosamente a Louis.

Orgulloso de su comentario, Louis añadió:

—Voy a buscar a Valentina.

Se inclinó hacia mí.

—¿Te importa si tu madre juega con nosotros? Será más fácil obtener las respuestas con ella.

Antes de que pudiera responder, desapareció entre la multitud. Era demasiado tarde.

No podía salir de esta fiesta. Hailey se acercó a mí y me dio un lápiz.

—Bien, Ronney, aquí están las preguntas. Escribe las respuestas en esta hoja y luego dale la vuelta. Así podremos comprobar las respuestas mientras jugamos.

Lo hice de mala gana. Si quería salir de aquí lo antes posible, bien podía jugar a este ridículo juego y conseguir por fin algo de paz.

****

Mis tías y mi madre escucharon atentamente las diez preguntas que Hailey enumeró. Al final, mi madre me dedicó una sonrisa avergonzada y dijo:

—No son precisamente preguntas fáciles.

—Si Ronney fuera menos introvertida, sería más fácil —dijo mi tía María para eliminar cualquier sentimiento de culpa que pudiera estar acumulándose en mi madre.

Respiré largamente para calmar mi mente y alejar el resentimiento. Hailey hizo la primera pregunta, cuidando de articular cada palabra.

—¿Cuál es el color favorito de Ronney?

Fácil, pensé. En realidad, no. Todos se pusieron a pensar profundamente. Mi madre, con los ojos cerrados, recitó todos los colores en voz alta, eliminándolos uno a uno. Yo intentaba no golpearme la cabeza contra la mesa. Caleb, por su parte, parecía estar rebuscando en sus recuerdos para encontrar la respuesta a esa pregunta que parecía tan difícil para todos ellos.

—¡Morado! —exclamó, victoriosa.

¿Morado? ¿Por qué morado? Nunca me he puesto morado, ¡vamos! Mis tías asintieron para felicitar a mi madre por haber encontrado mi color.

Olivia dijo con cansancio:

—Entonces, Ronney, ¿es correcto?

No era el color que había escrito en la hoja de papel que tenía en mis manos. Podía imaginar la decepción de mi madre cuando descubriera que ni siquiera sabía cuál era mi color favorito. Se culparía toda la noche. Con un tono avergonzado, busqué las palabras.

—Sí, no lo había pensado antes, pero es cierto...

—¡Rojo! Su color favorito es el rojo.

Me quedé helada al oír la voz detrás de mí. Esa entonación, ese tono y ese olor formaban parte de mi vida cotidiana. Cerré los ojos y me concentré en mantener la compostura. Mis hombros se aligeraron. Por primera vez, me alegré de que estuviera aquí. Alrededor de la mesa, el efecto fue inmediato. Nadie se atrevió a moverse.

Yeraz se sentó a mi lado. Levanté la cara para mirarlo a los ojos. En ese momento, todos mis pensamientos se escaparon y se desintegraron en mi cabeza. Sus ojos oscuros estaban llenos de un profundo misterio, propio de sus secretos bien guardados. No llevaba traje, sólo un suéter negro de cachemira con cuello en V y unos pantalones del mismo color.

—¿Morado o rojo? —se impacientó Aïdan.

Yeraz apartó la mirada de mí y la fijó en los ojos de mi primo.

Aïdan se sentó en su silla con una mirada asustada. Repitió su pregunta con una voz más suave:

—¿Entonces, prima? ¿Tu respuesta es rojo o morado?

Hailey tomó el papel y lo dio vuelta.

—Llevaré los puntos. Ronney escribió rojo.

—Buen trabajo, Giovanni —dijo Melissa.

No pude contener una pequeña sonrisa de satisfacción. La cara de vergüenza de mi madre no me quitó la repentina alegría que me envolvía. Yeraz no me miraba. Por su semblante, me di cuenta de que no estaba bien. Algo iba mal.

—Dime qué pasa —susurré.

—Nada. No pasa nada.

Giró su rostro hacia mí. El recuerdo de nuestro beso en el yate pasó por mi mente.

Yeraz no podía haberlo olvidado ya. Mis mejillas se sonrojaron.

—Atención. Esta es más complicada —continuó Hailey—. ¿Qué libro está leyendo Ronney ahora mismo?

—¿Quizás deberíamos pasar a la siguiente pregunta? —sugerí incómoda—. Nadie sabe la respuesta.

—Emily Dickinson —dijo Yeraz con voz neutra—. Siempre está en su bolso por si tiene algo de tiempo libre durante el día.

¿Cómo podía saberlo? Sólo sacaba el libro cuando estaba segura de que estaba sola. Abrí la boca, pero ningún sonido salió de mis labios. Yeraz evitó cuidadosamente mi mirada.

Estábamos en la novena pregunta. Nadie de mi familia había dado una sola respuesta correcta. Yeraz, en cambio, había acertado hasta ahora todo. Hacía sólo unos meses que conocía a este hombre y sabía más de mí que mi propia familia. Intenté no gritar las respuestas a mi madre. ¿Cómo podía no saber nada de mis gustos y deseos?

—¿El aroma favorito de Ronney?

Todos se miraron con los ojos muy abiertos. No podía recordar lo que había escrito en el papel. Ni siquiera estaba segura de si tenía un aroma u olor favorito. Seguro que por fin tenía una buena respuesta, mi madre agitó la mano en el aire.

—Uh, el olor de tu crema hidratante. Ya sabes, te gusta olerla cada vez que abres el tarro. Es...

—Lirio del Valle —dije, sacudiendo la cabeza.

Hailey, molesta, torció la boca y levantó los hombros.

—No has escrito nada, Ronney.

Efectivamente, recordé que no me había llegado nada para esa pregunta. Quizá mi madre tenía razón después de todo. Yeraz no la había contradicho aquella vez. Se limitó a fruncir el labio, con aspecto serio. Su mandíbula se crispó ligeramente antes de relajarse.

—Última pregunta. ¿Cuál es su sabor de helado favorito?

—¡Fresa! —gritó mi madre, aplaudiendo con orgullo.

—Ese es el sabor favorito de Elio, mamá.

Harta, dije estas palabras con un largo suspiro. Su sonrisa se desvaneció. Debería haber dejado que Hailey la contradijera, pero su ignorancia me dolía mucho.

Confundida, tartamudeó:

—Oh, cariño, es difícil recordar todo lo que hay entre tú y tu hermano.

—Lo sé, mamá, lo sé. No te preocupes, está bien.

—Giovanni respondió a casi todas las preguntas, excepto a la novena —dijo Melissa, dando una palmada—. Nadie en nuestra familia obtuvo tantos puntos como él. ¿Quién lo hubiera pensado?

Olivia, Carolina y las demás me dedicaron falsas sonrisas de felicitación. Parecían estar consumidas por una oscura rabia. Caleb miraba a Yeraz con los ojos torcidos. Por un breve momento sentí que realmente estaba allí con mi novio. Todo se fundía en mi cabeza. Ya no sabía donde me encontraba. Gabriella se aclaró la garganta y le preguntó a Yeraz con una voz ligeramente vacilante:

—Dinos. Puede parecer una pregunta extraña, pero en esta mesa todos somos grandes románticos. ¿Cuándo te fijaste en Ronney por primera vez?

Yeraz se enderezó. La atención volvió a centrarse en nosotros. Esa perra quería entender lo que aún se le escapaba.

—Nos conocimos en el estudio. Ya te lo dije, creo.

—Sí, pero mi pregunta es: ¿cuándo te fijaste en ella?

A Gabriella le hubiera gustado hacer su pregunta de otra manera, pero frente a Yeraz, ella y mi familia estaban siendo muy cuidadosos. Probablemente por la tormenta que retumbaba tras sus ojos infinitamente profundos. En ese momento quise salir corriendo, sintiendo que la atmósfera se volvía más pesada.

Yeraz jugueteó con una mano nerviosamente con el plato de plástico que tenía delante, y luego respondió:

—¿Han oído reír a Ronney alguna vez? ¿Realmente reírse?

Mi madre miró a mis tías con incredulidad, levantando las cejas como si no supiera que podía

reír, mientras mis primos se miraban entre sí.

Yeraz soltó una risa malvada y de reproche antes de decir en voz baja:

—Por supuesto que no. Sólo estoy medio sorprendido.

Miró a cada uno de ellos. Uno tras otro, todos se congelaron. Apenas se atrevieron a respirar.

—Hasta ahora —continuó Yeraz—, podía permitirme todo: coches, casas e incluso los besos de las mujeres. Absolutamente todo, hasta que conocí a Ronney. Tiene una sonrisa magnética y una risa deliciosa. Es una melodía capaz de iluminar la oscuridad y hacer que el infierno sea más agradable para vivir. Lo único que quiero poseer, no lo puedo comprar, porque no tiene precio. Son unos segundos de dulzura que se ganan. Cuando me sonríe, sé que he hecho algo bien. Cuando se ríe, sé que soy una buena persona en ese momento.

Todos parecían estar concentrados de cada palabra de Yeraz, hipnotizados, respirando con dificultad.

—Vaya —jadeó Melissa, emocionada como los demás—. Nunca he escuchado algo tan hermoso.

El dolor invadió mi corazón hasta el punto de sentir que iba a explotar. Me esforcé por contener las lágrimas.

—Gracias —susurré.

Sin duda habría roto a llorar si hubiera sabido que sus palabras eran absolutamente sinceras. Yeraz estaba interpretando un papel, pero su armadura parecía haberse roto repentinamente. Había algo triste en lo que acababa de decirnos, pero en su desesperación por primera vez sentí el deseo de ser salvado.

—Tengo que irme —dijo bruscamente con una fría sonrisa.

Lo interrogué con la mirada, pero se levantó sin decir nada. Mi madre le dio un beso antes de que abandonara la mesa y le agradeció su presencia. Él se limitó a asentir sin expresar ninguna emoción. Mi familia no se había dado cuenta de su actitud tan distante hacia ellos.

****

—¡Yeraz, espera! —grité mientras corría tras él por el pasillo.

Aminoró la velocidad para esperarme, pero no se giró. Lo agarré del brazo para que me mirara.

—Dime, ¿qué demonios está pasando?

Miré a mí alrededor para asegurarme de que estábamos solos antes de volver a dirigirme a él. Seguía mirándome fijamente, con una ira repentina y violenta. Contuve la respiración al adivinar que no me iba a gustar lo que venía a continuación.

—¡Tus padres nunca presentaron cargos por el accidente en la escuela!

Me quedé atónita. ¿Por qué volvía a sacar el tema? Levanté dos manos indefensas frente a mí y las dejé caer hacia atrás.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Oh, vamos, Ronney. Sabes que puedo conseguir toda la información que quiera. Sólo tengo que hacer una llamada telefónica.

Todo lo que había reprimido durante años volvía a mí.

—¿Por qué es tan importante? Todo está en el pasado.

Yeraz protestó con vehemencia:

—¡Esas cosas no son del pasado, maldita sea! Una agresión sexual no es un acto pequeño e intrascendente que te gusta recordar el resto de tu vida.

Apreté los dientes para evitar que el efecto de sus palabras se manifestara en mí. Busqué desesperadamente algo que añadir, pero mi mente estaba ocupada tratando de evitar que esas imágenes resurgieran.

—¿Por qué tus padres no lucharon por ti? ¿Por qué nunca luchas contra los demás?

—Deberías saber que no hay reglas en todas partes —dije en voz baja y miré hacia otro lado.

Tras un largo silencio, volví a mirarlo a los ojos, con los míos llenos de lágrimas.

—Bryan y sus amigos estaban entre los estudiantes más populares del último año. Eran hijos de ministros y importantes directores generales. ¿Qué valía la palabra de una chica como yo contra ellos, Yeraz? ¿Cuántas veces pagaste a la administración judicial para salirte con la tuya? En Sheryl Valley el dinero lo compra todo.

Los rasgos de su rostro se relajaron un poco. El dolor en sus ojos sustituyó a la ira.

—Mis padres acababan de abrir su restaurante y los problemas de salud de Elio empeoraban. No podían competir con los magnates de la industria ni con poderosos empresarios. Ese día dejé de estudiar y nunca más volví. No los culpo por haber tomado esa decisión. Era lo único que podían hacer para protegerme.

Alargué mi mano para tocar su mejilla, pero él apartó la cabeza deliberadamente. Entristecida, crucé los brazos sobre el pecho y lo vi alejarse. Había venido sólo para señalar el comportamiento irresponsable de mis padres. Era el colmo de la ironía cuando se sabía de lo que era capaz este hombre.

—La pregunta nueve era el olor a lluvia —me dijo Yeraz sin darse vuelta—. La décima pregunta era el pistacho. Tu camisa estaba cubierta de él el día que nos conocimos.

****

Alistair y Bergamote ya estaban en el tejado de la residencia de ancianos. Estaban bailando el uno contra el otro una vieja canción de una famosa cantante francesa, Édith Piaf. Al contrario de lo que la gente pensaba, no eran pareja. Se cuidaban mutuamente; así era como preferían que se describiera su relación. Para Bergamote, el amor no se limitaba a que le gustara el aspecto, el humor o la forma de ser de su pareja. Para ella, el amor consistía en sumergirse en el alma de la otra persona para encontrar la belleza en sus defectos, que la hacían perfecta. A mi compañera de piso le gustaba decirme que cuando alguien amaba tus defectos más que nada, eso era el verdadero amor.

Sentada en el muro bajo volví a pensar en él. Lo imaginé en una reunión de negocios con Hamza. No le importaba lo que yo estuviera haciendo en ese momento.

El olor a ron me devolvió a la realidad. Bergamote me entregaba un vaso, sonriendo.

—Nuestra Ronney debe tener algo que decirnos, mi querido Alistair.

—Oh, sí, todavía no nos has contado nada de tu viaje con Yeraz.

Alistair iba vestido con unos vaqueros sueltos sujetos por tirantes sobre una camiseta con estampado *pin-up*. Su atuendo chocaba con el bonito vestido plisado azul claro de Bergamote, bien planchado.

—Fue sobre todo por negocios. Los Cabos está lleno de narcotraficantes y mafiosos extremadamente ricos —expliqué con voz distante.

Agité mi vaso de ron. Mis ojos en el vacío permanecían fijos en un mundo invisible que sólo yo podía ver.

—¿Y has visitado la isla?

Levanté la cara.

—Sí, fui a hacer parapente y a pescar—. Alistair se rió.

—¡Fantástico! Eso debió haber despejado tu mente.

—¡Como crees! —gruñó Bergamote—. Yeraz estaba allí. ¿Despejado tu mente de qué?

—Nos besamos —dije casualmente.

Mis dos compañeros se quedaron helados. Alistair se agarró los tirantes mientras Bergamote entrecerraba los ojos para rebobinar mis palabras y asegurarse de que las había oído bien. Alistair se aclaró la garganta antes de preguntar incrédulo:

—¿Besaste a un pescador local?.

Bergamote asintió a esta pregunta.

—No —susurré—. Besé a Yeraz. O mejor dicho, me dejé besar.

—Oh, no —exhaló Bergamote.

Se puso la boina amarilla en la nuca antes de declarar con cara de horror:

—No vayas por ese camino, Ronney. Yeraz es un miembro activo de la mafia. No es una buena persona.

—Va a utilizarte —dijo Alistair. Intenté tranquilizarlos.

—Fue sólo un beso. Nunca habrá nada más.

—Sacar el veneno de las venas es más complicado de lo que crees.

Bergamote había dicho estas palabras como una broma, pero el ceño fruncido de preocupación en su frente me dijo que no lo era.

—¿Qué debo hacer? Siento que me estoy perdiendo.

Mi súplica alertó a mis dos amigos de mi estado emocional actual. Necesitaba ayuda de verdad para salir a flote.

—Deberías tomarte un descanso —sugirió Alistair, rascándose la barbilla pensativo.

Bergamote añadió:

—Es hora de tomarse unos merecidos días de descanso. Necesitas salir de sus garras, Ronney. Después verás las cosas más claras. Ahórrate eso.

—¿Crees que te dejará tomar una semana libre?

Me encogí de hombros y di un largo sorbo a mi vaso de ron antes de contestar.

—Él no debería tener problemas con eso. Yeraz está muy ocupado en general, y lo que pasó en Los Cabos es menos importante para él que para mí.

Intenté sonreír como si no fuera muy difícil admitir todo esto.

De repente, nuestros ojos se dirigieron al edificio de enfrente. Las luces se habían atenuado para anunciar el comienzo de la práctica de los bailarines. Durante la clase, dejé a Yeraz a un lado, en un rincón de mi cabeza. Esta era la magia de Daphne.

****

Ese lunes por la mañana llegué a casa de Yeraz con un nudo en el estómago. El chef estaba ordenando la comida en la cocina guiado por Ashley. Cuando ella me vio en la puerta, me señaló en dirección a la sala de estar y dijo en voz baja:

—Timothy te necesita.

Asentí con la cabeza y fui a reunirme con él. El pobre estaba con su portátil mirando un archivo en el que figuraban los contactos de miles de personas. Parecía aliviado de verme.

—Hola, Ronney. Tenemos que empezar a enviar las tarjetas de vacaciones para el nuevo año. Yeraz también quiere ordenar este archivo, que hace tiempo que no se actualiza. Pierde

demasiado tiempo cada vez que lo revisa.

Timothy dejó de hablar de repente y me miró de reojo.

—¿Por qué llevas la chaqueta puesta? ¿Y por qué me miras con esa cara de pena?

Se levantó bruscamente del sofá, poniendo ambas manos delante de él.

—No, no, no. Te prohíbo que nos digas que nos dejas. No puedo escuchar eso, no ahora.

—No me voy —lo corté.

Se le escapó un suspiro de alivio.

—Me tomaré unas vacaciones.

—¿Qué? ¿Tomarás qué?

Mi asistente, sorprendido, negó con la cabeza y levantó las cejas.

—No hay vacaciones en este trabajo. Somos esclavos dóciles, tapetes para limpiar las botas de barro. Ese es nuestro trabajo.

—Fui a casa de Camilia al amanecer. Me da una semana libre, que está incluida en mi contrato.

Timothy se puso las manos en las caderas, obviamente sorprendido por esta confesión.

—Yo también debería haber negociado mi contrato —murmuró malhumorado.

—Me estoy quedando en Sheryl Valley. Si me necesitas, puedes llamarme. No me gusta la idea de dejarte en la estacada, pero realmente necesito dar un paso atrás. Este trabajo me produce ansiedad.

En ese momento Ashley entró en la habitación con su andar danzante e interrogó a Timothy con la mirada, dándose cuenta del extraño ambiente que había entre nosotros.

—Ronney se va a tomar una semana de vacaciones —soltó mi celoso ayudante mientras agitaba la mano en el aire.

—¡Mierda! ¿Camilia...?

—Sí, lo sabe —respondí antes de que terminara de formular su pregunta.

—¿Y el señor Khan?

Silencio.

—Todavía no.

Mi voz tembló un poco. Ashley permaneció en silencio y me miró fijamente durante mucho tiempo. Reprimí el impulso de salir corriendo de aquella casa antes de que todo el mundo adivinara que había ocurrido algo en la isla.

—Bueno. ¿Se lo vas a decir ahora? ¿O lo harás por mensaje? —su tono era indulgente, casi académico.

Fruncí los labios y miré al techo para pensar un momento. Cuando volví a mirarlos, se me heló la sangre. Ambos miraban por encima de mi hombro, con cara de terror. Cerré los ojos.

—Está aquí, ¿no?

El silencio respondió en su lugar. Volví a abrir los ojos y me giré lentamente hacia la entrada de la sala de estar. Yeraz estaba de pie con las manos en los bolsillos, mirándome fijamente. Vestido con su traje negro, emanaba algo fuerte. Sentí que me empequeñecía. Aunque no lo dejaba ver, sabía que su frialdad se acercaba peligrosamente a la furia.

—Mi madre acaba de llamarme. ¿Se va a tomar unas vacaciones, señorita Jiménez? ¿Por qué no me informó antes que a ella?

Su voz era baja y grave, como si hubiera estado gritando toda la mañana. Me resultaba difícil responder. Una sensación de ardor me subía al pecho.

—Estoy muy atrasada en el estudio. Tenemos que terminar esta temporada—. Yeraz inclinó la cabeza y mostró una sonrisa ligeramente sardónica en sus labios.

—¡Vacaciones denegadas! Puedes tomarlas después de la gala, si estoy de acuerdo.

Dejé escapar un grito de sorpresa. Ashley y Timothy me observaron con asombro. Yeraz pensaba que podía hacer lo que quisiera conmigo. No era un peón y no trabajaba para él, ¡maldita sea! Respiré hondo y me dirigí a mis asistentes con una voz lo suficientemente alta como para que me oyeran.

—Así que, como he dicho, puedes contactar conmigo en mi teléfono —. Ambos me miraron con ojos grandes, como si me hubiera vuelto loca.

—Jiménez, quiero verte en mi oficina, ¡ahora!

Me armé de valor y me dirigí a la salida de la sala de estar, pero al pasar junto a Yeraz, éste me bloqueó el paso con su brazo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me susurró al oído, con la mandíbula apretada.

—Déjame tomar mis días libres.

Mi susurro estaba impregnado de ira.

—Si te vas ahora, Ronney, haré que te arrepientas.

Me alejé de él, con las facciones contraídas por el asco.

—¡Estás enfermo!

Me apretó contra la pared y levantó su dedo amenazante frente a él. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos. Su rostro estaba tan cerca de mí que podía sentir su fragante aliento acariciando mi piel.

—No me hagas repetirlo, Ronney. Odio eso.

Me soltó bruscamente y salió de la habitación. Timothy y Ashley vinieron inmediatamente a mi lado para asegurarse de que estaba bien.

—Es la primera vez que vemos al Señor Khan así. Nunca hace una escena delante de la gente. ¿Por qué está tan enfadado?

Timothy intentaba averiguar qué hacía su jefe mientras Ashley me miraba en silencio con una mirada suspicaz. Su sexto sentido seguramente le decía que algo debía haber pasado entre Yeraz y yo en Los Cabos.

****

—¡Cierra la puerta! —me dijo Yeraz.

Al otro lado de la habitación, vi sus ojos penetrantes y brillantes entrecerrarse. Ya bastante conmocionada por nuestro altercado en la sala de estar unos minutos antes, no tuve el valor de enfrentarme a él ahora.

—¿Por qué quieres irte?

—¿Por qué quieres que me quede?

Me examinó detenidamente con una mirada indescifrable antes de soltar un suspiro exasperado.

—No lo sé, Ronney. ¡No tengo ni puta idea!

Cuando por fin apartó la mirada de mí fue como si me quitaran un enorme peso del estómago.

—No me necesitas para arruinar tu vida.

Mi voz ronca delataba mi nerviosismo, mi miedo a abandonarlo a su suerte. Yeraz, molesto por mis palabras, se pasó las manos por la cabeza.

—Escucha —dije con voz suave para evitar que se molestara más—, necesito un poco de distancia de este trabajo, y de ti. No lo entiendes. Mi vida era muy sencilla antes de conocerte. Dentro de unos meses serás el jefe de Mitaras Almawt, y nunca apoyaré tu elección.

Yeraz me miró pensativo.

—Has estado tratando de hacer que renuncie todo el tiempo. Has estado trabajando contra mí para que deje este trabajo. Felicidades, estoy muy cerca de irme. Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que ahora te niegas a dejarme ir?

Su mirada se desplazó indiferentemente desde la línea del cabello hasta mis *Converse* rojas. Sacudió la cabeza y entonces la sombra de una sonrisa asomó en su rostro.

—Me gusta tu lado sencillo, sin escándalos —admitió en voz baja—. Me siento mejor persona cuando estoy contigo.

Cruzó la habitación para situarse frente a mí.

—Tienes que entender, Ronney. No hay nada en esta tierra que me haga cambiar mi destino. Estamos donde tenemos que estar. No hay un camino correcto o incorrecto. Nadie se levanta por la mañana pensando en cómo arruinar su vida. Cometo errores como todo el mundo, y aprendo de mis errores, pero hasta ahora nadie ha podido demostrarme que mi camino no era el correcto.

Era su manera de decirme lo diferentes que eran nuestros mundos. Yo era incapaz de vivir con la muerte y, por lo tanto, de seguir con él. Sus dedos rozaron mi cara y una corriente eléctrica me recorrió. Sentí que mi cuerpo se estrellaba contra la puerta. Como no quería revivir la escena del barco, me aparté antes de que las cosas se fueran de las manos.

—Tengo que irme —susurré.

Yeraz no respondió. Agarré el pomo de la puerta, evitando mirarlo, y salí corriendo antes de que pudiera retenerme con órdenes.

****

Asomé la cabeza a la cocina; sólo estaba Timothy. Cuando me vio, giró la cabeza bruscamente, fingiendo mirar los electrodomésticos de la cocina. Sospechaba algo, eso era seguro.

—¿Dónde está Ashley?

Mi asistente aclaró incómodo su garganta antes de contestar:

—Ha ido por los periódicos.

—De acuerdo. Por favor, envíame la agenda del señor Khan a mi dirección de correo electrónico. Reservaré las suites y los restaurantes si hay que viajar. También tenemos que ocuparnos de la contratación de nuevos guardaespaldas. Envíenme los curriculums y haré una primera selección.

Busqué cualquier otra información que pudiera darle antes de irme.

—Ronney, todo estará bien. Te lo prometo.

Timothy me sonrió y aflojé mis hombros.

—Lo sé, pero Yeraz es una persona hiperactiva con una nueva idea cada minuto. Siempre está moviendo sus citas.

—Nos las arreglaremos. Es sólo por una semana, después de todo.

—Gracias —dije sinceramente.

****

Al cruzar las puertas de la residencia sentí un alivio inexplicable. Decidí pasear por la ciudad y parar a tomar un café en el centro antes de volver a casa. Tenía que olvidarme de la magnética y penetrante mirada de Yeraz.

11

Por el centro del parque corría un pequeño arroyo. Sentada en el puente de madera, balanceé las piernas sobre el agua. La inmóvil bóveda celeste iba desapareciendo poco a poco con la luz del amanecer, barriendo suavemente las estrellas titilantes de su oscura alfombra. Eran sólo las siete, pero me costaba dormir. Hacía dos días que no tenía noticias de Yeraz, pero su voz —que aún podía oír en mi cabeza— seguía persiguiéndome, y la visión de su mirada asesina sobre mí era aún peor.

Miré a mi alrededor antes de detenerme en el estacionamiento del fondo. Salvo algún corredor ocasional, nada perturbaba el silencio de este lugar.

Intenté concentrarme en mi lectura. Los poemas de Emily Dickinson tranquilizaban mi mente. ¿Podría un hombre como Yeraz leer una colección así? No podía sentir el poder de esas palabras. De ninguna manera podría sentir nada, para el caso.

Fue el sonido del motor de un coche en el estacionamiento a lo lejos lo que me hizo levantar la vista. Eran las ocho. La mayoría de los residentes de Sheryl Valley empezaban su jornada laboral. Seguí con la mirada el brillante sedán negro. No podía verlo bien desde allí; estaba demasiado lejos. Lo único que me llamaba la atención era que coches como ése no estacionaban en el Distrito Bakery. Cerré mi libro y lo guardé en mi bolso. Tenía que ir a mi ortodontista adicta antes de volver al estudio.

—Si tan sólo pudiera alejarme de esta ciudad.

Mi voz, que nadie podía oír, tenía un timbre extraño. Encendí mi walkman para empezar el día con Elvis.

****

Hacía tres días que no iba a Asylum. Empecé a disfrutar un poco de mi nueva libertad. Mi vieja scooter temblaba y repiqueteaba contra el pavimento. Recorrí los altos edificios, pasé las luces naranjas intermitentes y estacioné frente al estudio antes de quitarme el casco. El moño se me caía por un lado, pero no importaba. Lo arreglaría dentro del edificio.

Cuando me giré para salir, mis ojos se fijaron en un Mercedes estacionado justo enfrente de la entrada del edificio. Con las ventanillas del coche bajas, reconocí las dos caras, que había visto en la lista de perfiles que Timothy me había enviado el lunes por la noche. Yo había sido quien había seleccionado sus solicitudes. Uno tenía una gran barba y largo cabello recogido hacia atrás, lo que dejaba ver los tatuajes a lo largo de su cuello. El otro, más delgado y de ojos claros, tenía una cara demacrada, macilenta, y un cabello corto que se volvía negro grisáceo.

La rabia se disparó en mi interior. Antes de que pudiera cruzar la carretera para descargar mi ira contra los hombres de Yeraz, el Mercedes se puso en marcha. De repente me di cuenta de que había visto ese coche ayer por la mañana en el parque. Sentí como si una mano me agarrara el interior del estómago. Me estaba siguiendo. Yeraz me perseguía. Era su manera de demostrarme que él lo decidía todo, cuándo empezaba y cuándo terminaba un partido.

Dejé ir a los dos hombres, siguiendo su posición con la mirada, y luché contra la rabia que me apretó la garganta.

****

A primera hora de la tarde, caía una ligera lluvia que hacía que la carretera estuviera resbaladiza. Todavía no había digerido la escena de esa mañana. Las ganas de llamar a Yeraz me quemaban los dedos. Me apresuré a activar el sistema antirrobo de mi scooter, deseosa de compartir mi desventura con Alistair y Bergamote. Probablemente intentarían convencerme una vez más de que renunciara, y en cierto modo sabía que tenían razón. Estaba loca por seguir en este empleo.

Me paré en seco en el primer escalón del edificio. Caleb, sentado en lo alto, me esperaba con expresión apenada.

—Buenas noches, Ronney.

Me mordí la lengua. Seguía teniendo ese rostro fino y apuesto y el cabello ligeramente desordenado.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Lo sabe Carolina? No quiero meterme en problemas.

—No, no te preocupes. Se acabó con Carolina. ¿Podemos hablar?

Una extraña sensación de miedo, alivio y sanación me invadió en ese momento. Miré a mi alrededor, preocupada. Sentí como si Yeraz tuviera ojos en todas partes.

—Vamos, entremos.

Caleb, sin decir nada, me siguió dentro del edificio.

****

Ordené los brillantes folletos de agencias inmobiliarias y pizzerías que ofrecían entregas a domicilio en la entrada del apartamento. Guardé los folletos de ventas para más tarde. En su interior había cupones que podíamos utilizar para las compras.

—¡Puse el correo en el armario de la cocina! —grité para que Bergamote y Alistair pudieran oírme.

Una suave melodía de jazz flotaba en el apartamento. Con un movimiento de cabeza, invité a Caleb a seguirme a mi habitación. Al pasar por la cocina, vi a Bergamote haciendo una *quiche* para regalar a las familias necesitadas de nuestro barrio. Era su ritual de los jueves por la noche.

Mi compañera de piso en su delantal rosa se sobresaltó al verme. Obviamente no me había oído entrar. Una gran sonrisa iluminó su rostro antes de desvanecerse abruptamente cuando vio a Caleb a mi lado. Bergamote me interrogó con una sonrisa tensa.

—Caleb se ha pasado por aquí para hablarme de la próxima reunión familiar

—¿Ah, sí? —con los labios fruncidos, asintió y con un esfuerzo añadió:

—¿Te quedarás a cenar?

—No, gracias. Sólo pasaba por aquí.

Bergamote parecía satisfecha con la respuesta. Antes de volver a su cocina me advirtió con la mirada que no me la jugaran.

—¿Dónde está Alistair?

Bergamote volvió a levantar la mirada antes de responder.

—Es jueves por la noche. Está en el café, jugando al bridge.

No me quedé en la cocina y la dejé terminar sus platos.

****

En mi habitación, Caleb cerró la puerta tras de sí. Metí las manos en los bolsillos traseros de mis pantalones anchos y esperé a que hablara. Incómodo, se pasó una mano por el cabello y lo

alborotó nerviosamente.

—Escucha, Ronney. No espero que me perdones por lo que te hice. Sé que Carolina y yo te traicionamos, pero una parte de mí aún se preocupa por ti.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Por fin había llegado el momento que tanto había esperado y deseado.

—Fui yo quien terminó —continuó Caleb—. Carolina es una chica bonita, pero cuando rascas la superficie, no es tan buena persona.

Abrí la boca, pero Caleb levantó la mano para rogarme que lo dejara continuar.

—Giovanni parece una buena persona. Hay algo entre ustedes, es obvio, pero parece muy mandón. Admito que a veces puede dar miedo.

Bajé la mirada. ¿Cómo podía decirle que tenía razón sobre Yeraz y que no era realmente mi novio?

—¿De verdad crees que es el hombre adecuado para ti? ¿Que es honesto? ¿Que sus intenciones hacia ti son buenas?

Quise gritar 'No' a todas sus preguntas, pero ningún sonido salió de mis labios. Peor aún, permanecieron sellados. Caleb aprovechó mi extraño silencio para seguir hablando de Yeraz.

—No dudo de sus sentimientos por ti. Es un hombre rico que puede ofrecerte todo lo que quieras. Pero te conozco. El dinero no es lo que te hace feliz.

Sentí que una especie de bola se endurecía dentro de mí, combinando resentimiento y tristeza. Hubo un silencio tenso antes de que me decidiera a reaccionar a sus palabras.

—Tenía sueños y esperanzas para nosotros.

Mi voz débil insinuaba el dolor que sentía por nuestra ruptura. Caleb puso una expresión triste.

—Te espero, Ronney. Piensa en lo que quieres, en tu relación con Giovanni. Quiero que sepas que me arrepiento profundamente.

El sonido de un portazo en el exterior llamó mi atención. Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle. En la oscuridad, los peatones eran sólo siluetas oscuras. No había rastro del sedán negro ni de Yeraz.

—¿Está todo bien? ¿Esperas a alguien?

Me giré hacia Caleb y traté de parecer lo más relajada posible.

—Sí... No. Estoy esperando a que llegue Alistair.

Caleb se sentó en mi escritorio y miró alrededor de mi habitación con una sonrisa soñadora.

—¿Recuerdas aquel día en que llovió a mares? Nos quedamos en tu apartamento, viendo viejas películas de Charlie Chaplin.

Asentí con la cabeza y me senté en el borde de la cama.

—¿También lo haces con Giovanni? —aventuró Caleb.

Me observaba con atención. El silencio se prolongó. Me enderecé.

—No. Hacemos otras cosas.

—Sí, como ir a Los Cabos. Supongo que es mucho mejor que estar atrapado aquí viendo películas en blanco y negro.

Caleb dijo estas palabras con un toque de amargura en su voz.

—Trabaja mucho, la mayor parte del tiempo. No es una relación fácil.

Es una relación tóxica, pensé en mi corazón. Caleb se levantó y se acercó a mí. Estábamos cara a cara. Sentí como si él pudiera oír los latidos de mi corazón, que golpeaba con fuerza bajo mi camisa. Su mano acarició mi mejilla y luego su rostro se acercó suavemente al mío.

Cuando nuestros labios se tocaron, cerré los ojos para saborear el momento. Entonces

apareció en mis pensamientos el rostro de Yeraz. Sus profundos ojos negros, sus perfectos rasgos faciales y esa cruel sonrisa que me dedicaba cuando me negaba a obedecerle. Intenté concentrarme en Caleb, pero su beso me pareció repentinamente insípido. Ya no provocaba nada en mí. No había pasión, ni deseo de sentir su mano sobre mí. Me di cuenta de que ya no sentía nada por él. Estaba curada. Llevaba meses aferrándome a recuerdos y bellas ilusiones.

Me aparté y lo miré a los ojos antes de decir en voz baja:

—No puedo hacer esto. Tienes que superarlo.

—Entonces, ¿es Giovanni?

Silencio. Caleb dio un paso atrás, frunciendo los labios. Sus ojos recorrieron mi habitación antes de regresar a mí.

—¡Es culpa mía, lo he arruinado todo! Me di cuenta en cuanto te vi con Giovanni la primera vez, en la reunión de primos. ¡Me lo merezco!

Caleb levantó la cara hacia el techo y cerró los ojos con todas sus fuerzas.

—Adiós, Ronney.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar que tenía que dejar ir a mi primer amor. Esperaba no arrepentirme después. Al menos habría tenido una verdadera historia de amor con un hombre, una oportunidad inesperada para una chica como yo. ¿Por qué este maldito corazón no atendía a razones? Fue la última vez que vi a Caleb. Al día siguiente dejó Sheryl Valley y se fue a Europa.

****

En cuanto me encontré sola en mi habitación me invadió una ráfaga de pánico. Sentada en la cama, con los ojos vacíos, me llevé las rodillas al pecho y apreté mis brazos alrededor de ellas. Analicé todos los acontecimientos del día sin encontrar nada lógico en su transcurso. Mañana por la mañana iría a comprar pintura para cubrir las tristes paredes de esta habitación. Eso me distraería de estas cosas. Tenía que mantener mi mente ocupada para no volverme completamente loca.

Tras largos minutos recostada en mi cama, salí de mi habitación. En la cocina encontré a mis dos compañeros de piso, que ya habían empezado a comer. Bergamote se rascó la nariz y preguntó con cuidado:

—¿Volverás a salir con Caleb?

Sacudí la cabeza para decir que no y comencé a tomar mi sopa con una cuchara.

—¡Desperdició su oportunidad! —dijo Alistair con su voz severa y tensa—. Nuestra Ronney no es alguien que se pueda tirar y recoger de nuevo como un calcetín viejo.

Su mirada azul acero se posó en mí. Le dediqué una vaga sonrisa. Si las cosas pudieran ser más fáciles. Sintiendo que las preguntas ardían en sus labios, comencé a contarles mi conversación con Caleb. Me escucharon con atención. Evité hablarles del episodio de esta mañana, en el que había visto a los hombres de Yeraz fuera del estudio de grabación. No tenía sentido preocuparlos con esa historia.

Justo cuando estaba recogiendo la mesa, sonó mi teléfono. Me quedé helada al ver el nombre de Ashley en la pantalla. Tras unos segundos de susto, conseguí reaccionar y tomé el teléfono.

—Ronney, debes venir inmediatamente a casa de Camilia.

Su tono era de pánico. Había ocurrido algo grave.

—¿Qué está pasando? Ashley, por favor, cálmate. Habla despacio. No puedo entender nada.

—Hemos pasado por la casa de la señora Khan hace apenas veinte minutos para dejar los planos y la decoración de la gala de Acción de Gracias. Ella y sus hijos, incluido Yeraz, estaban reunidos para una cena familiar.

—¿Una cena familiar?

—Fue más bien una reunión familiar, en realidad, pero se desmadró cuando Timothy y yo estábamos a punto de irnos. Yeraz se abalanzó sobre Hadriel y se produjo una pelea entre ellos. Está fuera de control. Por favor, ven, Ronney.

—¿Por qué... por qué debería ir? —tartamudeé—. Yeraz siempre va acompañado de sus guardaespaldas. ¿No pueden hacer nada?

—No moverán un dedo. Ronney, se volvió loco cuando Hadriel dijo tu nombre. Sólo tú puedes calmarlo. Yeraz está furioso desde el lunes, desde...

—¡Ya voy!

Colgué y pedí un Uber.

****

El viaje a Asylum nunca había parecido tan largo. No podía esperar a que terminara este día.

El sedán se detuvo frente a la residencia de Camilia. En la noche oscura y silenciosa, nada hacía suponer que se estuviera desarrollando un drama en el interior de la enorme casa.

Después de dar unos pasos vi a Ashley sentada en la terraza. Obviamente estaba sola.

Cuando me vio, se levantó y se apresuró a acercarse a mí.

—Están todos en la sala de estar. Le dije a Camilia que estabas en camino. Timothy acaba de salir.

Me oí preguntar en voz baja:

—¿Yeraz lo sabe?

—Sí. Temo por ti, Ronney. Estás en todas partes, en su ira, en sus ojos, en su mente. Se está volviendo completamente loco.

—Bien, vete a casa, Ashley. Yo me encargaré de él. Te enviaré un mensaje cuando todo esté bajo control.

Ashley asintió. Pareció dudar por un momento y finalmente se decidió a marcharse con lágrimas en los ojos.

****

Los platos rotos ensuciaban el suelo. Aaliyah, Ghita y Cyliane estaban atrincheradas en un rincón de la sala de estar, transformada en un lugar sitiado. Camilia se lanzó sobre mí, visiblemente abrumada por la situación. Conmocionada por la escena que tenía lugar frente mis ojos, no escuché lo que me decía. Una especie de zumbido llenó mis oídos. Los guardaespaldas que había visto esa mañana estaban en pie, impidiendo el paso a cualquiera que quisiera intervenir. Yeraz, con los rasgos distorsionados por la rabia, dio una patada en el estómago de Hadriel, que ya estaba en el suelo. El pobre hombre gritó de dolor. Fue en ese momento cuando recuperé la audición.

—¡Déjalo! —gritó su madre.

Me apresuré hacia Yeraz, pero los dos gigantes se interpusieron. Furiosa, abofeteé a uno de ellos en la cara.

—¡Eres tú quien ha provocado esto! —grité—. Viniste a contarle lo de Caleb, ¿no?

El hombre tatuado miró a su colega. Ninguno de los dos respondió. Los gritos de Hadriel seguían resonando en las paredes. Tomé una botella de champán de la mesa y se la lancé a la cara al hombre de las mejillas hundidas. Éste se dobló en dos y se llevó las manos a la cabeza. Aproveché el momento para abrirme paso a la fuerza y conseguí colarme justo a tiempo entre Hadriel y Yeraz antes de que le diera otro puñetazo.

—¡Detente!

Yeraz, en una especie de trance y sudando, se congeló. Se sacó la camisa del pantalón y se arremangó las mangas sobre los antebrazos. Las venas bajo su piel resaltaban. Dio un paso atrás y se limpió la boca con la muñeca.

—¡Sal de aquí! —me gritó.

—¿O qué?

Sus ojos negros me miraban con insolencia. La frialdad de su tono me sorprendió. Reuní todo mi valor para enfrentarme a él. Por un segundo creí que bajaba la guardia, pero entonces su mandíbula volvió a apretarse. Recorrí la habitación con los ojos. Camilia y las chicas observaron la escena conteniendo la respiración. Cerré los ojos y los volví a abrir unos instantes después. Conocía la verdadera naturaleza de su ira sin realmente comprenderla, pero tenía que intervenir cuanto antes para desactivarla.

—¡No pasó nada con Caleb!

Yeraz se frotó los ojos bruscamente antes de señalarme con el dedo.

—Eres igual que las demás, Ronney. Una perra avariciosa.

Abrí la boca, indignada, desestabilizada por esas palabras. ¿Qué demonios le pasaba?

—¡Tú eres igual que los demás! —repliqué fuera de mí—. No soy una 'cosa' que te pertenece. Si no ha pasado nada con Caleb esta noche es sólo porque su comportamiento me repugna, igual que el tuyo.

Lo empujé con fuerza, pero me topé con un muro de músculos. Esta discusión delante de su familia se estaba volviendo realmente embarazosa.

Respiré profundamente para intentar recuperar la compostura y luego dije con voz más calmada:

—¿Podemos terminar esta conversación en otro lugar? Estoy exhausta de pelearme contigo todo el tiempo.

—¿Exhausta? Has estado holgazaneando durante días. No sabes lo que es estar cansada, Ronney. ¡No haces nada!

Irritada por sus palabras, levanté mis impotentes manos por sobre mí.

—Tienes razón, no lo sé. Me voy a casa, Yeraz. Haz lo que quieras, no me importa. No es asunto mío. ¡Vete a la mierda!

Camilia trató de retenerme, pero yo no quería quedarme más tiempo. Todo este drama me agotaba. Sabía que en las próximas horas o días me citaría para explicar la relación que tenía con su hijo. ¿Cómo iba a justificarme? No tenía ni idea de cómo llamar a esta extraña relación con él. Había todo y nada entre nosotros al mismo tiempo.

****

Isaac me esperaba junto al coche. Con la puerta abierta de par en par, me invitó a sentarme atrás. Lo miré con desconfianza y me negué educadamente.

—Tomaré un Uber, gracias.

—Señorita Jiménez, déjeme llevarla a casa. Insisto.

—¿Te pidió Yeraz que hicieras esto?

El hombre asintió.

—¡No quiero nada de él!

—Sea razonable. Estará en la cama en veinte minutos.

Suspiré. Las palabras de Isaac finalmente me convencieron.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él?

Mi pregunta había roto el silencio que había reinado durante varios minutos dentro del coche. Isaac me miró por el espejo retrovisor.

—Mucho tiempo, señorita.

Su respuesta evasiva indicaba el deseo de no iniciar ninguna conversación conmigo. Insistí, porque realmente necesitaba confiar en alguien.

—Creo que me odia. Sin embargo, insiste obstinadamente en retenerme.

Observé el paisaje que pasaba ante mis ojos a través de la ventana. Isaac había tomado una ruta diferente para llevarme a casa.

—El Señor Khan no es un hombre sentimental. No tiene tiempo para odiarte, ni siquiera para gustarle.

Con una mirada triste, apoyé la frente en la ventana. La sensación de frescor me hizo mucho bien.

Isaac se aclaró la garganta antes de decir en voz baja:

—Es la primera vez en mis ocho años de carrera que lo veo completamente ausente mentalmente.

Me enderecé y volví a mirar por el espejo retrovisor. Isaac, inquieto por la divulgación de esta información, no se atrevió a encontrar mi mirada.

—Se pasaba el tiempo averiguando dónde estabas y qué hacías.

—Ya no entiendo nada —murmuré.

—Antes de conocerte, el señor Khan era un hombre muerto, sin alma. Usted fue la persona que le mostró que estaba vivo.

Isaac hizo una pausa por un segundo antes de continuar con una voz extraña:

—Pero ¿es eso algo bueno, señorita Jiménez?

Un escalofrío me recorrió. Cuando aparté la vista, reconocí la casa de Yeraz. Me senté bruscamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo siento. Me dieron órdenes.

—Me dijiste que ibas a llevarme a casa. Confié en ti —Estaba conteniendo mis gritos.

—Por favor, entiéndame, señorita Jiménez. Nadie dice 'No' al señor Khan.

Salió del coche, pero no esperé a que abriera la puerta. Furiosa, la cerré de golpe tras de mí y miré a Isaac con odio al pasar. Se disculpó una última vez antes de que yo entrara en la casa, fuera de mí.

****

La habitación de Yeraz estaba en una extraña oscuridad. Crucé los brazos sobre mi pecho para tranquilizarme. No había nada que perturbara el silencio en la casa. Una especie de niebla flotaba en el aire. La luz de la luna iluminaba la habitación y hacía bailar sombras de diversas formas en el suelo. Caminé lentamente hacia el gran armario colocado en un lado de la pared. Estaba

cubierto por una ventana de cristal transparente. En su interior pude ver seis armas de diferentes calibres, meticulosamente dispuestas. Me pregunté cuánto tiempo podía permanecer vivo un hombre como Yeraz. Debía tener muchos enemigos. Se me hizo un nudo en la garganta al pensarlo. Sus manos se posaron en el armario a ambos lados de mi cuerpo, rodeándome como una prensa.

—No deberías admirar estos juguetes.

Entrecerré los ojos al escuchar el susurro de su voz.

—Y tú no deberías jugar con ellos —respondí con voz débil.

Yeraz deslizó la parte superior del cristal transparente para sacar una pistola. Todavía de espaldas a él, sentí que su cuerpo se acercaba un poco más a mí. Me agarró de la muñeca y colocó la pistola en mi mano.

—¡No, no la quiero!

Luché, pero Yeraz intensificó su agarre de acero en mi muñeca.

—Es más pesada de lo que pensabas, ¿no? ¿No te sientes más fuerte ahora? Esta MAC 50 casi tiene alma.

Intenté soltar el arma, que parecía quemarme la palma de mi mano, pero Yeraz siguió obligándome a sujetarla. Me inmovilizó contra el armario para evitar que me moviera y agarró las balas con la mano libre.

—Suéltame. Estás loco.

Con el corazón palpitante, luché como pude mientras gritaba. Dirigió mis manos para abrir la recámara y poner las balas dentro. Con el arma cargada, Yeraz nos apuntó directamente, poniendo mi dedo en el gatillo. Su mejilla contra la mía, sentí su barba acariciar mi piel y luego sus labios se acercaron a mi oreja.

—Ahora ya sabes cómo funciona. Cuando enciendes la mecha, soy como esta pistola: capaz de todo.

Yeraz no apretó el gatillo, pero la amenaza era clara. Me soltó y aproveché para alejarme lo más posible de él.

Mis rodillas temblaban y amenazaban con derrumbarse en cualquier momento bajo mi peso. Con la pistola aún en la mano, apunté a Yeraz. Una tensión creciente anudó los músculos de mi espalda. En la oscuridad, sus ojos brillaban salvajemente mientras me escudriñaba con intensa concentración. Me tragué los sollozos y grité.

—¡Podría matarte ahora mismo y alegar defensa propia!

Yeraz sonrió con maldad. Inclinó la cabeza y se pasó el pulgar por los labios.

—Tendrás que idear otra cosa. Nunca he golpeado a una mujer en mi vida. Mi familia lo sabe. ¿Por qué te tiembla la muñeca así?

Todavía con el brazo extendido, no me eché atrás.

—¡Has matado a hombres!

—Muchos de ellos —dijo sin una pizca de remordimiento.

Caminó hacia mí sin miedo a morir. ¿Por qué? Retrocedí hasta encontrarme con la pared. Una sonrisa cruel seguía iluminando su rostro. Atrapada, me era imposible retroceder más. Yeraz se acercó lo suficiente a mí para agarrarme el brazo y levantarlo en el aire. Me arrebató la pistola de la mano y luego quitó las balas para asegurarse de que nadie saliera herido. Luego se inclinó para mirarme a los ojos y articuló lentamente cada palabra.

—Quiero verte mañana a primera hora, aquí, lista para trabajar.

Su mirada podría haber petrificado a cualquiera en ese momento. El olor de su piel y su colonia me inquietó. Me estremecí a pesar de mí misma. Puso su pistola en el hueco de mi cuello

antes de hacerla resbalar por mis pechos y luego por mi bajo vientre. Los sentimientos de miedo y deseo me paralizaron. Con los ojos cerrados, intenté controlar el ritmo de mi respiración. Sentía la mirada de Yeraz sobre mí.

El arma acarició mi entrepierna. Era confuso y excitante al mismo tiempo. Me contuve de ponerle las manos encima. Me negaba a entregarme a este hombre, a perder el control. Esto no era saludable. Volví a abrir los ojos.

—Basta —logré decir entre dos suspiros.

Yeraz no insistió y sacó su arma de entre mis muslos, sus ojos ardían de deseo.

—Ríndete a mí, Ronney, y no tendremos que hablar más de ello.

Sacudí la cabeza.

—Podrías haberte acostado con él esta noche, pero me estás alejando.

—¡Al menos él nunca me llamó perra!

Yeraz dio un paso atrás como si yo acabara de abofetearlo. Nos miramos fijamente durante un momento. Vi en sus ojos la nueva furia de un hombre loco de celos.

—¿Es todo lo que quieres recordar? ¿Una palabra dicha con ira?

—No golpeas a las mujeres, pero las insultas. ¿Realmente crees que eso es mejor?

—¡A algunas les gusta! Las hace gritar mi nombre aún más fuerte.

Hice una mueca antes de declarar:

—Tengo que ir a casa, y tú, tienes que ir a tu club —Yeraz me miró un momento, con el rostro serio.

—¡Mañana vuelves al trabajo! No me hagas ir a buscarte.

Estaba demasiado abrumada para tener miedo. Agité los párpados y me tambaleé hacia la puerta, sintiendo el peso de su mirada en mi espalda.

12

El amanecer llegó tímidamente, arrojando difusos rayos de luz a través de las cortinas. Me levanté, recogí mi desordenado cabello y lo até. El resentimiento que sentía hacia Yeraz no se había disipado. Todo lo contrario. Me vestí rápidamente para ir a ayudar a mis padres en el restaurante. A pesar de la amenaza de Yeraz de la noche anterior, de ninguna manera iba a trabajar este viernes. No quería verlo.

El cuenco de Alistair en el fregadero indicaba que ya se había ido de paseo. Bergamote seguía durmiendo. Esa mañana hacía buen tiempo, así que decidí ir andando al restaurante.

****

Mi madre estaba poniendo las mesas. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando me vio. El local estaba tranquilo y vacío de clientes, y dentro se respiraba un ambiente de paz. Mi madre me saludó con un cálido abrazo antes de observarme detenidamente.

—Pareces cansada.

—Me acosté tarde.

Me interrogó con una mirada curiosa, pero preferí cambiar de tema. Desplegué un mantel que olía a jabón de lavandería y comencé a cubrir las mesas.

—¿Elio sigue durmiendo?

—Se está preparando para su cita de seguimiento en el hospital.

—¿Está todo bien?

—Sí, su tratamiento es eficaz. Está en mejor forma, aunque los efectos secundarios son despiadados. A menudo está cansado.

Mi madre, emocionada al hablar del estado de mi hermano, suspiró profundamente y se tomó un momento antes de volver al trabajo.

—Carolina y Caleb acaban de romper. Ese joven realmente no sabe lo que quiere.

Fingí que no sabía la noticia.

Mi madre se detuvo un momento y propuso en tono titubeante:

—¿Tal vez podrías pasarte a ver a tu prima para apoyarla en este momento difícil? Después de todo, tú sabes por lo que está pasando. No soporto ver a mi sobrina así.

Una oleada de ira y oscuro resentimiento me invadió. Tuve que luchar con todas mis fuerzas para reprimirla. Mi madre siempre se preocupó por el bienestar de mis malvados primos y nunca se preocupó por el mío. Ella podría haber cambiado todo en los años en que fui martirizada por mis primos.

Me limité a responder con una sonrisa forzada:

—Carolina es una mujer fuerte. Lo superará.

—Ves, Ronney, el problema es que sólo piensas en ti misma. Los rencores no te llevan a ninguna parte. En la vida hay que seguir adelante y perdonar. Todos cometemos errores.

La miré fijamente, estupefacta. La voz de Elio interrumpió la delicada discusión, cargada de resentimiento y palabras no pronunciadas. Mi hermano me besó la frente y me miró, preocupado.

—¿Está todo bien, hermana?

Asentí y le sonreí tímidamente. Estaba en buena forma, que era lo más importante.

—¿Quieres que te acompañe al hospital?

—No te quiero allí. Sabes que prefiero estar solo para recibir buenas y malas noticias

Mi hermano me acarició la mejilla con la punta de los dedos. Tenía tantas preguntas sobre el tratamiento, sobre su enfermedad, sobre su posible remisión, pero había preguntas que no hacíamos por miedo a escuchar la respuesta. Por él podría darlo todo, incluso mi vida.

—¿Viniste caminando? ¿Puedo dejarte en algún sitio antes de mi cita?

—Tengo que comprar pintura. Quiero pintar las paredes de mi habitación.

Mi madre aprovechó la oportunidad para instarme una vez más a cuidarme.

—Podrías pasar por una peluquería muy buena en la Avenida Manhattan, justo al lado de Macy's. Deberías hacerte algo en el cabello, Ronney. He oído que hace milagros.

—¡Déjala en paz! —intervino mi hermano. Se volvió hacia mí y añadió con innegable sinceridad:

—Eres bonita tal como eres.

Mi madre no dijo nada. Se apresuró, y ya estaba poniendo otra mesa.

****

Había mucha gente en la ferretería para ser un viernes por la mañana. Me empujaron en una curva de uno de los pasillos y me disculpé, como si fuera mi culpa.

Los pasillos eran grandes. Había tantas opciones de colores que no estaba segura de cuál elegir. Los botes abiertos estaban expuestos al principio de las filas con las palabras ‘no tocar’ sobre ellas. Se suponía que esta exposición debía ayudarnos a elegir, pero para mí fue aún peor. Las muestras de color me hacían querer comprarlo todo.

Las pistolas de pintura de alta potencia estaban a la venta en toda la tienda. Era el nuevo accesorio imprescindible. Incluso un presentador hacía una demostración en un stand, en medio de un público ya convencido.

No sabía cuánto tiempo había estado vagando por los pasillos. Esta salida me dio la oportunidad de despejar la cabeza. Hacía tiempo que no me sentía tan ligera. Finalmente, me decidí por dos botes de color gris claro, esperando que fueran suficientes. Mi habitación era muy pequeña. Sentí que podría pintar todo el apartamento con ellas.

Estaba a punto de dar un último paseo por los pasillos cuando una voz suave y femenina resonó bajo los altos techos de la tienda.

—Su atención, por favor. Por motivos de seguridad, la tienda tiene que cerrar. Por favor, diríjanse a las salidas sin demora, sin pasar por caja.

Un alboroto de protesta se produjo en todos los pasillos, gritos indignados. Disgustada, volví a dejar mis botes de pintura en el suelo cuando la voz volvió a sonar.

—La señorita Jiménez debe permanecer dentro de la tienda.

Hice una pausa y fruncí el ceño, preguntándome por un momento si se trataba de una broma, pero de repente recordé que muchas personas de Sheryl Valley se llamaban igual que yo. Seguí mi camino. La voz volvió a sonar.

—Ronney Jiménez está obligada a permanecer en la tienda.

¡Mierda! Ese era mi nombre. Ya no había dudas. Un niño pequeño pasó y le preguntó a su padre:

—Papá, ¿quién es Ronney Jiménez?

—Probablemente una mujer que hizo algo muy, muy malo. La policía va a detenerla— Un cosquilleo me recorrió la nuca. De repente me costó respirar. Era imposible que Ronney fuera yo. Tenía que ser otra persona, o un error. Recuperé la compostura, pero antes de que pudiera dar

un paso más, se oyó una voz masculina a través de los altavoces. El tono era diferente.

—Ronney con dos 'n'.

¡Joder! grité en mi corazón. La sangre se me subió a la cara. Estaba hirviendo de rabia. Estaba aquí. Quise correr, pero Yeraz me atraparía antes de que cruzara las puertas. Hacer una escena en medio de la calle no era de mi estilo.

La tienda se había vaciado lentamente, dando paso al silencio. Me sentí como en una de esas películas de terror en las que la víctima no sale viva. Escuché, pero no oí nada. A medida que pasaban los segundos, oscuras nubes del terror invadían mi mente. Entonces, una voz grave, ligera como un soplo, llegó desde detrás de mí.

—Te dije que vendría por ti.

Me di la vuelta lentamente. Mi rostro se quedó en blanco. Sus rasgos perfectos, con una expresión vagamente arrogante, me distrajeron por un momento. Yeraz se quitó las gafas oscuras. Se puso derecho y levantó la cabeza desafiante mientras me dedicaba una de sus falsas sonrisas diplomáticas.

—¿No tienes cosas más importantes que hacer que cazarme como a un animal y vaciar una tienda entera sólo para hablar conmigo?

—¿Sólo para hablar contigo? Anoche te pedí que hicieras algo: que estuvieras en el trabajo esta mañana. Tú eres la que me obliga a echar a la gente. Me alegro de ver que te paseas tranquilamente.

Su voz estaba cargada de amenazas tácitas.

—Isaac nos está esperando afuera.

—¡No voy a ninguna parte contigo!

Aguijoneado, respondió secamente:

—En realidad, Ronney, no te dejo otra opción.

Se dirigió hacia mí y me agarró del brazo para obligarme a seguirlo. Conseguí liberarme de su agarre de acero y tomé una pistola de pintura, que vacié sobre él. Lo siguiente que recuerdo es que su traje y su cara estaban cubiertos de un verde espantoso. Yeraz dejó de moverse. Con los brazos abiertos, bajó la cabeza para evaluar los daños antes de levantar su cara de Grinch hacia mí. Los ojos se le salían de las órbitas. Ya no podía contener su furia.

Oh, no. Mierda. Sal de aquí, Ronney. Me armé de valor y empecé a correr con todas mis fuerzas por los pasillos, con Yeraz persiguiéndome. Derribé los botes de pintura para frenarlo. De repente, un ruido sordo me obligó a darme la vuelta. Había resbalado hasta el suelo. Reduje la velocidad y contuve la risa. Por desgracia, la pausa duró poco. Tuve que empezar a correr de nuevo cuando se levantó con un grito de rabia. Después de varios minutos de correr alocadamente por los pasillos, sin aliento, miré por encima del hombro. Yeraz se había ido. Me detuve para recuperar el aliento.

¿Adónde había ido? Con los sentidos alerta, caminé lentamente. El corazón me latía con fuerza en el pecho.

De repente, un palo de escoba apareció de debajo de las estanterías y me barrió las piernas, haciéndome caer hacia atrás. Yeraz apareció unos segundos después por encima de mí, con un bote de pintura en la mano. Me levanté con los codos para ponerme en pie, pero me arrojó el contenido del bote antes de que pudiera ponerme en pie. Me limpié la cara con las manos y me levanté con dificultad. Estaba cubierta de pintura amarilla hasta las caderas.

—¡Eres un idiota!— Vociferé, fuera de mí, dando pisotones.

Yeraz tomó otro bote y me lo lanzó también. Sin demora, hice lo mismo. Se produjo una

lucha cuerpo a cuerpo entre nosotros y peleamos durante un rato. Los recipientes volaban por todas partes. El suelo era una auténtica piscina infantil y ambos caímos al suelo varias veces.

****

Giré la cabeza y finalmente decidí mirarlo. Yeraz parecía un loco, al igual que yo.

Sentados uno frente al otro, estábamos demasiado agotados para continuar la batalla.

—Hemos destrozado la tienda. El dueño va a estar furioso.

Preocupada, miré el suelo cubierto de pintura. Me sentí culpable por haber iniciado esa masacre.

—El cheque que se le enviará cubrirá los gastos y más. No te preocupes.

—A veces casi siento que no eres tan mala persona, aunque...

Dejé mi frase a la mitad cuando sus ojos se clavaron en los míos. Una tristeza melancólica pasó por ellos, rápidamente sustituida por una determinación de hierro.

—Te pareces a Marge Simpson con ese amarillo chorreando.

Parpadeé con una media sonrisa en los labios. Por primera vez, pude ver al niño que había en él. Así, ya no daba miedo. Respondí, fingiendo estar ofendida por su comentario.

—Y tú te pareces a Stitch, la mascota de Lilo, el monstruo alienígena.

Se rió y yo hice lo mismo antes de decir:

—Tengo que ir a casa y ducharme.

Utilicé mi voz más suave para persuadirlo. Yeraz negó con la cabeza. Parecía estar en conflicto con dejarme ir.

—¡Te ducharás en mi casa!

Su tono cortante no dejaba lugar a la negociación.

—¿Por qué me necesitas tanto?

—No lo sé —susurró sin mirarme—. Hay muchos fantasmas a mi alrededor. Se van cuando estás cerca de mí.

Sus palabras me dejaron muda.

—Escucha, Ronney. Múdate conmigo. Prometo darte espacio y tratarte bien. Dudó un momento antes de continuar:

—Dime tus condiciones y las aceptaré.

Estaba entre la espada y la pared. Yeraz me ofreció la oportunidad de negociar, cosa rara cuando uno lo conocía aunque fuera un poco. Sentí sobre mí la implorante mirada de Camilia, suplicándome que aceptara esta oferta. Por otra parte, tuve la impresión de que unos lazos se estrechaban alrededor a mis muñecas. Yeraz no me perdía de vista y trataba de leer mis pensamientos, pero yo los ocultaba.

—¿Por qué dudas?

Eché la cabeza hacia atrás antes de contestar.

—Tengo la extraña sensación de estar haciendo un pacto con el diablo.

Sonrió y la belleza se confirmó.

—¿Por qué no lo pruebas? Hay más en él de lo que parece.

Sacudí la cabeza.

—Prefiero mucho más a su rival.

Yeraz suspiró despectivamente.

—¿Al viejo? Él no te traerá nada, sólo ilusiones. El diablo es menos silencioso. Puede ser un genio del mal, pero sigue siendo un genio. ¿Qué te han traído los ángeles, el universo o el viejo

en tu vida? Cuéntame.

Un destello de luz pasó por sus ojos. Inclinó la cabeza. Entendí por su voz que esperaba sinceramente una respuesta de mi parte.

—La impresión de ser una buena persona.

Yeraz respondió tras unos segundos de silencio:

—No tienes muy buena opinión de mí, lo sé. Pero defiendo los intereses de miles de personas. Son sólo negocios, nada más.

Podía sentir que le costaba un esfuerzo sobrehumano mantener una voz tranquila y uniforme.

—No soy yo la que vive con fantasmas —dije amargamente.

Disgustado, Yeraz giró la cabeza. Me arrepentí de mis palabras.

—De acuerdo —susurré.

Un largo suspiro escapó de su pecho. Parecía aliviado.

—Pero tendrás que abrirte más a mí. Quiero conocer al otro Yeraz, el que puede hacerme reír.

Por primera vez vi que la parte superior de sus orejas enrojecían. Incómodo, bajó la cabeza y miró al suelo.

—No más armas contra mí, y no más insultos hacia mí.

—Sin embargo, tuve la impresión de que te gustaba la pistola.

Yeraz sonrió un poco, sin dejar de mirar al suelo. Mi pulso se aceleró. Llena de vergüenza, aparté el recuerdo del día anterior.

—Yeraz, no quiero más tenerte miedo.

Levantó lentamente la cabeza. Su mirada oscura e intensa se fijó en la mía. Reprimí el repentino impulso de acercarme a él.

—Yo tampoco quiero eso. Ya no es lo que quiero.

—¿Así que ya no quieres que renuncie?

Yeraz hizo una mueca. Confiar en alguien parecía ser tan difícil para él.

—No lo creo. Nunca debería haber pasado todos esos fines de semana contigo, Ronney. Todo ese tiempo... es... Ahora las cosas son diferentes.

Percibí cierta dulzura en su voz, envuelta de arrepentimiento. Nos miramos en silencio antes de que el timbre de mi teléfono interrumpiera el irreal momento. Acababa de recibir un mensaje de Camilia.

—Tu madre quiere verme esta tarde.

Yeraz, con el rostro serio, se levantó con un suspiro.

—Probablemente quiere saber si hay algo entre nosotros.

—¿Lo hay? —me atreví a preguntar.

—¡Claro que no!

Este pensamiento pareció reconfortarlo. Avergonzada, me quedé en el suelo. Yeraz me ayudó a ponerme en pie y me dijo que Isaac ya estaba en mi apartamento para recoger mis cosas y que tenía mucho trabajo que hacer hoy. Decidí seguirlo con la sensación de que todo se me escapaba. Todo había terminado. No podía volver.

****

La ducha era enorme. Podría haber metido a toda mi familia en ella, y Dios sabía que éramos muchos. Yeraz me había dejado sola en mi habitación. Debía estar bajo una cascada de agua caliente en ese momento, igual que yo. La pintura no se pegaba a la piel, por suerte. Un chorro de agua amarilla fluyó por mi cuerpo y siguió su camino hasta desaparecer en el desagüe.

¿Estaba pensando en mí? Imaginé cosas que inmediatamente me hicieron sonrojar. Furiosa por el deseo que sentía surgir en mí, expulsé de mi mente los pensamientos ardientes. *Recomponte*. Cerré el grifo y me apresuré a salir de allí.

Nunca me imaginé caminando por la sala con sólo una toalla envolviéndome. Mi diminuta maleta frente al enorme vestidor era ridícula. *Vete*, me gritaba mi conciencia.

—No puedo —susurré—. No puedo dejarlo todo. Demasiada gente cuenta conmigo.

Me acosté en la cama. El colchón parecía envolver todo mi cuerpo. Cerré los ojos sin poder volver a abrirlos. La oscuridad me atrapó sin previo aviso.

****

Me desperté con un sobresalto. *Mierda, ¡mi reunión con Camilia*! No podía ver su rostro severo y cerrado esperándome detrás de su escritorio, pero podía imaginarlo. Salté de la cama, atando mi cabello, aún húmedo, y luego me vestí antes de correr por el pasillo para luego bajar las escaleras. Ashley apareció en el pasillo. Me detuve en seco y casi tropecé con el último escalón. Sorprendida de verme aquí, me miró fijamente con unos preciosos ojos azules que no parpadeaban.

—¿No se supone que estabas de vacaciones?

—Sí, todavía lo estoy. Sólo hubo un problema con Yeraz, y eso es todo...

Dejé mi frase sin terminar, pero Ashley entendió. Se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Decidí seguirla, intuyendo que quería hablar conmigo.

Una mirada al gran reloj sobre la puerta me indicó que eran las cuatro de la tarde. Todavía tenía una hora antes de mi encuentro con Camilia. Aliviada, dejé escapar un pequeño suspiro. Puse las manos sobre la isla y pude por fin concentrarme en Ashley. Su cara pálida y derrotada me arrugó el corazón.

—La semana que viene es una semana importante —dijo con voz carente de emoción—. Muchos inversores de todo el mundo vendrán a Sheryl Valley para cerrar acuerdos para el próximo año. El Señor Khan se reunirá con ellos aquí, pero también en la casa del señor Saleh.

Ashley quería hablar conmigo sobre las numerosas entrevistas que tendría en los próximos días. Hablamos durante una media hora y luego, bajando la voz, por fin sacó el otro tema.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿hay algo entre tú y el señor Khan?

Aunque esperaba esta pregunta, escucharla en voz alta me produjo una sensación extraña. Las palabras de Yeraz volvieron a mí como una descarga eléctrica. Me pasé la lengua por los frenos antes de responder.

—¡No pasa nada, Ashley!

—Pero siento que hay un juego entre ustedes. Yo... Bueno, el señor Khan no es un hombre al que le gusten los juegos. Sin embargo, contigo parece diferente.

—Sólo le gusta sacarme de quicio y yo reacciono a cada una de sus provocaciones. No hay nada más. Ya sabes cómo es él. No puede tener una relación con una mujer. Hablo de una relación de pareja, de sentimientos.

Mi asistente negó con la cabeza, no convencida por mis palabras.

—Ha cambiado últimamente.

Su voz era ahora un susurro. Continuó hablando con los ojos fijos en sus manos.

—Me imagino que sabías de mi relación con él. Hace varios días el señor Khan me dejó claro que nunca más habría nada entre nosotros. Me explicó que simplemente se había cansado de mí y que no quería más... relaciones íntimas. Quería ser educado. Era sólo sexo.

Ahora, de pronto, era una experta en relaciones. Escuché cómo Ashley derramaba sus sentimientos por él y su corazón de piedra. Ella lo amaba. ¿Cómo podría ser de otra manera?

—Nunca me besó. Yeraz nunca besa a nadie —continuó—. Sé que es un mujeriego, que tiene otras amantes, pero tomé lo que me dio sin quejarme, esperando que un día se diera cuenta de que yo era importante para él. Pero ese día nunca llegó. Y entonces apareciste una noche en el club.

—No estamos durmiendo juntos, Ashley, si eso es lo que quieres decir.

Mi asistente levantó la cabeza y sus ojos tristes se clavaron en los míos.

—Empezó a ver esos dibujos animados como un niño que descubre los cuentos infantiles. Entonces empezó a reírse. Creo que no te das cuenta de lo que significa la ‘risa’ para el señor Khan. Tuve que esperar tres años para escuchar ese sonido tan especial, y me da envidia que lo hayas conseguido tú en pocas semanas

Me ardía el pecho. Ashley me hablaba de un hombre completamente diferente, lejos del que tenía un taladro en la mano o una pistola cargada.

Mi asistente continuó:

—Creo que noté su verdadero cambio un viernes, a última hora de la tarde. Me preguntó dónde estabas y le dije que estabas fuera el fin de semana. Miró su reloj y susurró: 'Ya es viernes'. Desde ese día, odia los viernes. Odia que te vayas. Odia lo que siente por ti.

Ashley se detuvo un momento antes de añadir, con lágrimas en los ojos:

—Sólo quiero entender por qué.

—¿Por qué?

—¿Por qué tú? Sí, eres diferente, pero un hombre como el señor Khan sólo se fija en el aspecto físico de una mujer.

Intenté dejar de lado el sutil comentario de Ashley de que era fea. Oírlo por milésima vez ya no me afectaba. A diferencia de otros, Ashley seguía siendo educada.

La silueta de Yeraz en la puerta me sobresaltó.

—¡Cooper, déjanos solos!

Mi asistente se estremeció. Su rostro se congeló y yo asentí con la cabeza, indicándole que se fuera.

—Hablaremos de esto más tarde —dije en el mismo tono.

La joven obedeció y pasó delante de Yeraz con la cabeza baja. Él la siguió con mirada gélida. Afortunadamente sus ojos no eran balas. ¿Había oído nuestra conversación? Recé para que no lo hubiera hecho. Yeraz me miró fijamente durante mucho tiempo y luego se acercó a mí, con cara de preocupación. Conmovida por las palabras de Ashley, intenté que no se notara. Su piel desprendía un agradable olor a almizcle. Sentí una extraña vibración entre nosotros. Su expresión era seria.

—No le digas que nos hemos besado. Mi madre tiene el don de adivinar las cosas. Te leerá como un libro abierto, porque no puedes fingir. No tienes ningún vicio o maldad en ti.

—¿Debo mentir? —pregunté en voz baja.

Yeraz me miraba ahora con más tristeza que enfado.

—No, Ronney. Espero que nada en el mundo oscurezca tu alma, ni siquiera yo. Sólo evita hablar de lo que pasó en Los Cabos.

—¿Pasó algo en Los Cabos?

Mi tono irónico le divirtió. Una sonrisa iluminó su rostro. Bajó la mirada y fue entonces cuando me di cuenta de lo largas que eran sus pestañas. Otro detalle en el que me paré a pensar.

—Algo podría haber pasado si...

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y luego cayeron pesadamente al suelo cuando uno de sus guardaespaldas entró de repente en la habitación. Era el hombre alto, con barba y tatuajes.

—El barbero, jefe.

Los ojos de Yeraz se oscurecieron. La magia del momento había desaparecido. No se molestó en girarse para mirar a su guardaespaldas.

—Búsquenlo.

—Hecho. Está desarmado.

—Muy bien, prepáralo.

El hombre se arriesgó a mirarme antes de obedecer. Entrecerré los ojos y le envié un mensaje amenazante. Asustado, apartó la mirada y desapareció a toda prisa. Divertido, Yeraz sacudió la cabeza.

—¡Esta cosa realmente funciona!— Exclamé, complacida conmigo misma.

Yeraz puso los ojos en blanco.

—Recuérdame que lo despida después. Si te tienen miedo, entonces no me son útiles.

Sonreí y miré el gran reloj.

—Tengo que ir a ver a tu madre. ¿Podrías llamar a Isaac por mí, por favor?

—Estoy demasiado asustado por tu mirada como para negarme.

Me reí a carcajadas. Yeraz sacó su teléfono y marcó el número de Isaac.

****

Me detuve frente a la entrada de la oficina de Camilia. Tras respirar hondo, llamé a la puerta y la abrí mientras rezaba por salir viva de este lugar.

Estaba sentada detrás de su escritorio y me invitó a sentarme con un enérgico movimiento de barbilla y una sonrisa amable. Sus gafas en la punta de su nariz le daban un aspecto hosco.

—Hola, Ronney. ¿Cómo has estado desde ayer?

—Bien... ¿y tú?

Me miró con un ligero reproche en los ojos, y tal vez me lo merecía. Camilia rompió el silencio con una nueva pregunta.

—¿Recuerdas los términos del contrato?

Me estaba vaciando de toda mi energía. Ella absolutamente sospechaba algo. Tartamudeé:

—Sí, lo recuerdo. No se ha roto ninguna regla.

O casi.

—¿Así que no te has acostado con mi hijo?

Mi cara mostraba un genuino shock. Ella insistió:

—¿Te enamoraste de él? ¿O al revés?

—¡No, no!

Sorprendida por unas preguntas tan directas, evité mirarla a los ojos durante unos instantes antes de volver a dirigirme a ella.

—Yeraz y yo no hemos tenido ninguna relación íntima, y no hay sentimientos, ni por su parte ni por la mía.

Camilia me escuchaba con atención, ansiosa por detectar la más mínima pizca de mentira en mis palabras. Sentí su mirada fría y afilada sobre mí, similar a las cuchillas de acero, apuñalándome.

—Ronney, no soy estúpida. Vi el desastroso espectáculo de anoche, y vi esa escena surrealista

entre mi hijo y tú.

Inspiré para mantener la compostura. Avergonzada, sentí que mis mejillas se ponían cada vez más rojas. Me obligué a mirar al frente para evitar mirar al suelo.

—Hemos formado un vínculo, pero no el que tú sospechas. Yeraz confía en mí la mayor parte del tiempo. Puedo hacer que confíe en mí. También ha conocido a algunos miembros de mi familia, así que ve la vida que tenemos en mi duro vecindario. Sí, a veces hay afecto cuando se abre a mí. Son momentos raros y los aprovecho para hablarle de otra vida que podría tener.

Me detuve y miré a Camilia con miedo y respeto. Su expresión finalmente se suavizó y sus ojos negros adquirieron un matiz indescriptible. Había en toda su persona un aire de distinción natural.

—¿Así que eso es todo? ¿No hay nada más?

Apreté los labios para mantenerlos cerrados, y luego sacudí la cabeza cuando de repente me vino a la mente la petición de Yeraz.

—Quiere que me mude con él, hasta que termine mi contrato.

Intenté una pobre sonrisa, avergonzada de mi propia voz. Camilia enarcó una ceja, esperando que continuara.

—Su hijo es una persona con poca confianza en sí mismo, aunque pretenda lo contrario. Está al borde de la paranoia, y probablemente tiene miedo de que transmita información sensible a otros. Acepté para calmar las cosas.

Había algo de verdad en mis palabras. No íbamos a compartir la misma cama. Yeraz tendría más autocontrol si supiera que yo no estaba muy lejos de él.

Camilia se levantó del sillón y se puso de pie frente a su escritorio, sin dejar de mirarme a los ojos. Llevaba unos pantalones estrechos que se ajustaban a sus caderas y un top blanco de encaje con mangas largas. ‘Preciosa’ fue la palabra que me vino a la mente en ese momento. A la misma edad, yo parecería una vieja momia en descomposición, y el único brillo provendría de mis frenos. Camilia se quitó las grandes gafas y presionó el puente de su nariz.

—Lo siento, Ronney. Toda esa conmoción de anoche entre Yeraz y Hadriel me hizo perder la cabeza. No sé cómo pude imaginar por un momento que hubiera algo entre tú y mi hijo. Yeraz es incapaz de amar a una mujer. Creo que eres muy valiente al lanzarte a salvar el alma de una persona tan oscura. Hoy tienes toda mi confianza.

Por su tono, me di cuenta de que me apoyaba. Me permití respirar de nuevo.

Terminamos la discusión sobre la empresa Roskuf, el tema candente del momento que hizo temblar a todos los inversores. Le confié a Camilia mis dudas. El archivo de contabilidad había falsificado sus cifras. Sospechaba de un fraude piramidal, un sistema Ponzi, una estafa tan antigua como el mundo.

—Investiga esto. Si resulta que tienes razón, podríamos perderlo todo. Los inversores se volverían contra Yeraz, y su vida estaría en peligro. Dios, no puedo perderlo.

La angustia en la voz de Camilia me revolvió el estómago. Su amor por su hijo era muy grande. Nada contaba más para ella que sus hijos. Absolutamente nada.

****

Salí de la habitación, con el corazón cargado de secretos. No le había contado lo del beso en Los Cabos.

Una voz me llamó mientras caminaba por el pasillo. Me giré y mostré una sonrisa forzada.

—Peter. Hola.

—Me alegra ver que sigue viva, señorita Jiménez. ¿Cómo van sus pequeñas vacaciones en su encantador vecindario?

Apreté los dientes. Su tono sarcástico teñido de desdén me puso los pelos de punta. El ayudante de Camilia se colocó justo delante de mí, con las manos a la espalda, mientras levantaba con altanería la barbilla.

—Lo estoy disfrutando, Peter. Gracias

Me giré para irme, pero Peter levantó la voz para detenerme.

—¡Qué bien! Ahora que tienes algo de tiempo libre, podemos continuar tu sesión de entrenamiento.

Mi cara se contorsionó cuando Peter reveló el par de *Louboutin* escondido a su espalda.

—No, tengo mucho que hacer —tartamudeé, retrocediendo.

—¡Tengo que ganar un reto, señorita Jiménez! No me lo ponga más difícil. Sígame a la sala de estar, arriba. Yo también soy un hombre muy ocupado. Me estoy arriesgando con usted. Recuerde: bailamos-caminamos, bailamos-caminamos…

Peter se dirigió a las escaleras, moviendo las caderas de izquierda a derecha y repitiendo las últimas palabras una y otra vez. Era capaz de perseguirme por todo Sheryl Valley para ponerme esos vertiginosos tacones en los pies. No se daba por vencido. Suspiré profundamente, con cara de derrota, y lo seguí escaleras arriba.

13

El mes que siguió fue uno de los más extraños de mi vida. Vivía con Yeraz, pero apenas lo había visto en las últimas semanas. Cenaba sola en la cocina las noches de semana. Cuando tenía algo de tiempo libre durante el día, aprovechaba para ver al jardinero, que se llamaba Howard. Yeraz estaba demasiado ocupado, con todas sus obligaciones durante el día y con la gestión del club por la noche, como para prestarme atención. Esta rutina me convenía; me dejaba en paz y podía investigar discretamente sus asuntos y avanzar en mis investigaciones sobre el caso Roskuf.

Los fines de semana era libre de ocuparme de mis asuntos sin que nadie me acompañara. A mi familia le pareció extraño no ver más a Yeraz y empezó a correr la voz de una supuesta ruptura. Los rumores corrían a diestra y siniestra. Yo evitaba el tema en las reuniones familiares, lo que despertaba aún más la curiosidad de mis parientes. Mi madre no decía nada, pero el reproche en sus ojos me abrumaba cada vez que me miraba.

****

Ese viernes por la noche, dos semanas antes de la actuación de baile de Daphne, Bergamote, Alistair y yo habíamos decidido pasarlo en el tejado de la residencia de ancianos aunque no fuera sábado. Me senté allí, absorta en la contemplación de la noche estrellada. Yeraz había estado fuera toda la semana y no había tenido noticias suyas. Intenté que no se notara, pero no pude evitar preocuparme por él.

Había echado mucho de menos los platos de Bergamote. Alistair me estaba contando todos sus recuerdos divertidos de su juventud, cuando aún era estudiante. Me encantaba escucharlo hablar. Aquí, con ellos, podía ser yo misma. Me sentía libre.

Bergamote, con mirada nostálgica, dijo:

—Mañana asistiremos a uno de los últimos ensayos de Daphne y su grupo. Después del espectáculo, los bailarines partirán hacia otros horizontes.

Alistair se encogió de hombros.

—¡Tal vez París!

—O Londres —dije antes de terminar mi vaso de vino.

—¿Y tú, Ronney? ¿Cuándo nos dejarás?

La voz apagada de Bergamote estaba llena de esperanza y tristeza.

—¿Por qué habría de irme, si tengo delante la vista más increíble del mundo?

Alistair abrió la boca, pero volvió a cerrarla cuando sonó mi teléfono. No reconocí el número, y con razón: era Cyliane que me llamaba a mi línea privada. La joven, un poco asustada, me rogaba que le llevara un equipo electrónico que había olvidado en casa y que necesitaba para el rodaje de su programa paranormal.

—¿No pueden hacerlo sus hermanas o su madre? —preguntó Bergamote al verme prepararme.

—Camilia y las chicas están en el Show de Ellen DeGeneres de esta noche. No tardaré mucho. Nos reuniremos mañana, como estaba previsto, para la clase de Daphne.

Me dirigí a la escalera metálica dejando a mis dos amigos en el tejado. Los envidié por quedarse unos minutos más para contemplar Sheryl Valley bajo las estrellas.

****

La casa abandonada estaba en silencio cuando el coche aparcó en la entrada. Agradecí al conductor del Uber y me bajé. Cyliane apareció en la puerta y se apresuró a ayudarme a sacar las cosas del maletero.

—¡Me has salvado la vida, Ronney! Sin las cámaras infrarrojas y los campos magnéticos no podemos grabar.

Su cabello morado le caía hasta la mitad de la espalda. Aunque a menudo se encontraba en lugares sombríos —como esta noche— siempre iba perfectamente maquillada y peinada, al igual que sus hermanas. Era una aventurera que se enorgullecía de su atractivo y extravagancia. Una Lara Croft moderna, una mujer sedienta de peligro en busca de grandes emociones.

—¿Cyliane? —gritó una voz en el porche—. Madison no viene. Se ha torcido el tobillo.

Era Joseph, su asistente y mejor amigo. Era un hombre de veintitantos años, gordo y ya calvo. Llevaba pantalones de deporte y zapatos gastados. Este dúo infernal había estado junto desde el instituto. A Cyliane le gustaba hablar de Joseph como su alma gemela, pero sin ningún sentimiento romántico. Un poco como Bergamote y Alistair. Era una relación por encima de todo.

—¡Maldición! No podemos filmar sin ella. No podremos filmar, grabar EVPs, y comprobar los detectores y termómetros, todo al mismo tiempo...

Cyliane se echó el cabello que le caía sobre su rostro perfecto hacia atrás. Por un segundo me pareció ver decepción en sus ojos, pero rápidamente se recompuso. Un pensamiento que no pude adivinar pareció venir a ella. En un tono perfectamente natural, se dirigió a su amigo.

—De acuerdo, Joseph. Lo haremos sin Madison. Puede que tenga una solución.

Asintió y volvió a entrar en el edificio abandonado. La joven se volvió hacia mí.

—Ronney, vas a venir con nosotros. No te preocupes, sólo serán unas horas y no mostraremos tu cara durante el rodaje.

Levanté las cejas, tardando un momento en darme cuenta de lo que había dicho. Sin darse cuenta de que la miraba fijamente, Cyliane empezó a hablar con entusiasmo.

—Permaneceremos juntos. Lo más importante es que me dejen hacer las preguntas a los espíritus. Una vez me sentí poseída, pero el sacerdote, Juanes, se encargó de eso.

Con las manos llenas de material, se dirigió al porche y continuó su monólogo.

—Si levanto la voz, es normal. A los fantasmas les gusta que los empujen. Estamos filmando en la oscuridad, así que ten cuidado donde pisas.

Conmocionada, no me moví. La información tenía problemas para fluir en mi cerebro. Dejé que Cyliane acelerara su corriente de palabras hasta que se dio cuenta de que no la seguía.

—¿Ronney? ¡Deprisa! No puedes quedarte ahí toda la noche.

Estaba a punto de protestar, pero la joven me desarmó añadiendo:

—Te debo una. Eres una gran chica. No tienes ni idea de lo mucho que significa esta sesión para mí. Hoy es el tercer aniversario de mi canal. Aunque estuviera enferma y a punto de morir, estaría aquí rodando este programa en esta casa, que es una de las más embrujadas del país.

Miré alrededor de la casa con mucha atención. Este lugar era una antigua institución donde solían encerrar a los discapacitados en los años cuarenta. Ciertamente este edificio era espeluznante. La luna llena en lo alto lo hacía aún más misterioso. La casa de piedra no era demasiado grande. Las persianas de madera apenas se mantenían en las ventanas. En las paredes exteriores, las espinas y malezas parecían devorarla poco a poco. Antes de que tuviera tiempo de

dar un paso atrás, Cyliane me llamó por última vez. Suspiré y me resigné a entrar. Después de todo, ¿qué podía pasarme? No creía en lo paranormal.

La sala principal estaba en silencio. Cyliane recogió sus cosas, agudizando su concentración mientras Joseph se movía sigilosamente, recopilando información con sus instrumentos futuristas e instalando trozos de cinta adhesiva en el suelo de diferentes colores según el lugar. Luego me entregaron los intercomunicadores y me explicaron que los fenómenos paranormales se manifestaban en forma de rastros electromagnéticos que quedaban en la atmósfera.

—Escupe el chicle si tienes. Si no, podrías atragantarte —me dijo Cyliane antes de iniciar la exploración.

Estábamos recorriendo lenta y meticulosamente todos los rincones de la casa cuando Joseph se detuvo de pronto al pie de la escalera y se giró hacia nosotras.

—¿Sentiste que la temperatura bajó?

—Totalmente —dijo Cyliane en voz baja—. ¿Ronney?

La joven dirigió su luz hacia mí. Levanté las cejas y tartamudeé:

—Suele hacer frío por la noche en Sheryl Valley.

Cyliane bajó la linterna y me miró con los ojos muy abiertos, pidiéndome un esfuerzo.

Miré mi reloj. Era casi medianoche. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí?

—Cuando pienso que detrás de estas paredes la gente pasaba por un infierno —dijo Joseph—, puedo sentir la energía oscura que proviene de este lugar. ¿Y tú?

Joseph se volvió hacia Cyliane, que asintió antes de responder:

—Sentí como un susurro justo al lado de nosotros.

Puse discretamente los ojos en blanco.

—¿Cómo estás, Georges? Estamos aquí por una razón. Queremos saber si te estás alimentando de todo el sufrimiento que han visto estas paredes.

¿Georges? La voz agresiva de Joseph me despertó un poco. Luego añadió:

—Te gusta asustar a los vagabundos que vienen a descansar aquí. ¿Por qué? ¿Por qué te gusta asustar a la gente?

El pitido de uno de los receptores se volvió loco.

—Este lugar es aterrador. Hay un aumento de energía.

—Sí, puedo sentirlo. Vamos al sótano. El lugar era utilizado como laboratorio. La energía residual debe ser aún más fuerte allí. Uno de los chicos nos dijo que a menudo había apariciones abajo. Filma con la cámara infrarroja, que detecta las variaciones de temperatura.

Cyliane se giró hacia mí antes de decidirse a seguir a su amigo. Sacudí la cabeza.

—Ve tú delante. Te esperaré fuera. No siento que pertenezca a este lugar.

—No, te necesitamos. No te preocupes, no elegí un lugar con demonios. Sólo son espíritus

La joven me lo dijo en un tono perfectamente natural.

—¿Demonios?

—Sí, son mucho más poderosos que los espíritus. Esas cosas son capaces de entrar en nuestros pensamientos.

En ese momento me pareció ver pasar una sombra detrás de Joseph. Dejé caer el intercomunicador que sostenía y solté un grito de pánico mientras agarraba a Cyliane por el brazo.

—No es nada, Ronney. Cálmate. George sólo quiere enviarnos un mensaje.

A punto de sufrir un infarto, oímos un silbido muy extraño procedente de las escaleras. Sentí que me ahogaba porque mi respiración era muy irregular.

De repente, una mano me tocó la espalda y me agarró la camiseta. Grité de miedo.

—¡Soy yo, soy yo!

Joseph intentó calmarme, pero seguí gritando hasta que consiguió encender otra lámpara.

—¿Estás bien? —me preguntó Cyliane, preocupada.

—¡No! —me quejé, temblando—. Me voy de aquí.

Me dirigí a la puerta, pero Joseph dijo con voz avergonzada:

—La puerta no se abre desde dentro. Para salir, no tenemos más remedio que pasar por el sótano.

Me giré lentamente hacia ellos y entrecerré los ojos para analizar las palabras de Joseph. Al sentir que la situación se le iba de las manos, Cyliane decidió intervenir.

—El sótano está justo debajo de las escaleras. Estarás fuera en unos minutos.

Me dedicó una sonrisa tranquilizadora para tratar de calmarme.

—De acuerdo, te seguiré —dije, en un tono poco entusiasta. Joseph se aclaró la garganta.

—No te olvides de grabar los EVP. Los necesitamos para editar el programa.

Fruncí el ceño y pulsé con rabia el botón del micrófono para encenderlo. Cyliane reanudó la filmación, dirigiéndose a la cámara.

—Bien, ahora mi equipo y yo vamos a ir al sótano. Los espíritus de esta casa son bastante negativos y agresivos. Estamos solos y estamos muy nerviosos por adentrarnos en la oscuridad ¡en este lugar, cuya historia está llena de fenómenos paranormales dignos del infierno!

Me contuve para no arrebatar la cámara de las manos de Cyliane.

****

Sacudida por esta aterradora experiencia, mi cabeza todavía zumbaba. Observé desde el porche cómo Cyliane y su amigo recogían el equipo en la camioneta mientras discutían las distintas formas de editar las escenas que habían filmado. Era muy diferente a sus hermanas, pero tenía la misma pasión por sus proyectos profesionales. Busqué mi teléfono en el bolsillo y me senté en las escaleras de la casa. Todavía no había noticias de Yeraz. Estaba decepcionada, molesta, y me odiaba por sentirme así. El hecho de echarle de menos me molestaba profundamente. Escribí unas palabras para enviárselas:

Hace días que no sé nada de ti. Espero que todo esté bien

—Ronney, ¿vienes? Te llevaremos de vuelta.

Cyliane me hizo un gesto para que los acompañara. Decidí ir a casa de Alistair y Bergamote. Quedarme sola en la enorme casa vacía de Yeraz no me resultaba tentador esa noche, sobre todo después de lo que había vivido aquí. Tenía unas ganas locas de ducharme, de quitarme el olor a polvo y a humedad que había empapado mi ropa.

La camioneta aparcó delante del edificio. Salí del vehículo y les deseé buenas noches a Cyliane y Joseph. Me dieron las gracias una vez más y me dirigí a la entrada del edificio.

Después de una larga ducha caliente me acosté en mi cama, que parecía muy pequeña desde que había dejado de dormir aquí. No había respondido a mi último mensaje. Con los ojos pegados al techo, me sentí vacía sin saber por qué. Había algo dentro de mí que me hacía querer unirme a él. ¿De dónde venían nuestros sentimientos? ¿Hasta qué punto echaron raíces? Estos

pensamientos me torturaban insistentemente. Exhausta, el cansancio me abrumaba.

Esa noche dormí mal. Di vueltas en la cama. *Las risas de Bryan y sus amigos bailaban en mi cabeza. Me vinieron imágenes horribles. Podía sentir sus manos en mi cuerpo y aún oler aquel cloro asqueroso. De sus bocas salían piezas de rompecabezas en lugar de palabras. Tenía miedo. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía la pistola en mis manos.*

—¿No te sientes más fuerte ahora? —susurró la voz de Yeraz.

El sonido del disparo me despertó de golpe. Estaba sudando. Me senté en el borde de la cama para calmarme y no romper a llorar. Bryan y sus amigos no se merecían que derramara una sola lágrima por ellos.

****

Logan me acompañó hasta el coche que me esperaba frente a los estudios Canal Rojo. Isaac me abrió la puerta. Me giré hacia mi colega con una sonrisa en la cara. Él miró el sedán con sorpresa y luego me miró de arriba abajo. Era la primera vez que llevaba un vestido en público. Todo el personal me había observado de reojo con confusión durante toda la mañana. Aunque era largo y no mostraba ningún escote, me sentía desnuda, pues el vestido azul pálido atraía muchas miradas hacia mí. La gente parecía estar descubriendo que Ronney era un ser humano.

—Veo que tu segundo trabajo te ofrece algunas ventajas, aunque tu jefe sea un imbécil.

Avergonzada por este comentario aparté la mirada de Logan y me encogí de hombros.

—Debo admitir que últimamente nos comunicamos mejor.

Mis mejillas empezaron a sonrojarse. Logan dio una palmada y cambió de tema.

—Ha sido un placer celebrar hoy el último episodio de la primera temporada de *Minnie la Ratoncita*. Estoy muy contento de tenerte como colega.

—Creo que ella y Popo el Hipopótamo hacen un buen equipo. Voy a echar de menos venir al estudio durante los próximos tres meses hasta que empiece la segunda temporada.

Súbitamente incómodo, Logan respiró profundamente antes de tartamudear torpemente.

—Eh... Estaba pensando que tal vez podríamos vernos alguna vez... ir a tomar algo…

Mi sonrisa se desvaneció. ¿Qué quería decir? Quería preguntárselo, pero evité su mirada. Sus ojos esperanzados me hicieron comprender lo que nunca hubiera imaginado, ni por un momento. Sorprendida, mi frente se arrugó. No pude decir nada. Detrás de mí, Isaac carraspeó como para recordarme que no estábamos solos.

—Yo... Logan, me gustas mucho. Eres una buena persona, pero mi vida ahora mismo es un desastre. No tengo tiempo para salir.

—Es una forma educada de decir que no —respondió Logan, decepcionado.

Se metió las manos en los bolsillos y dio un paso atrás. Intenté compensarlo torpemente.

—Me has atrapado con la guardia baja. No estoy acostumbrada a que me inviten a salir.

Inquieta, me rasqué la nuca con nerviosismo.

—Puedes pensar en ello.

Asentí con la cabeza para no herirlo más. Satisfecho, Logan se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al estudio.

—¿Señorita Jiménez? ¿Dónde quiere ir ahora?

Miré a Isaac sin verlo y tartamudeé:

—Tengo una cita con mi ortodontista.

Antes de subir al coche, le pregunté con voz casi desesperada:

—¿No hay noticias de...?

Isaac se encogió de hombros, con cara de pena.

—No, señorita Jiménez. El señor Khan no nos da noticias cuando está fuera.

Pareció querer decir algo más, pero no lo hizo. Me senté en el sedán con el alma adolorida.

La ansiedad me estaba afectando.

****

Cuando abrí la puerta de la oficina, Wolfe estaba sentada en su escritorio, sollozando, con la cara enterrada en sus brazos. Dudé en ir directamente a la sala de espera. La pobre señora no parecía estar en condiciones de continuar sus consultas. No me sorprendió. Estaba en un estado depresivo o en un estado de hiperactividad.

Cerré la puerta con firmeza tras de mí para obligar a Wolfe a levantar la cabeza. Se levantó bruscamente de la silla y se limpió las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Señorita Jiménez? —preguntó.

Levanté las cejas y respondí con calma:

—Sí, es la hora de mi cita.

La doctora fingió arreglarse el cabello y buscó en el primer cajón de su escritorio para sacar un frasco de pastillas. *Adelante, tómese su dosis, pero evite destruirme la boca después*. Con un movimiento de cabeza, me indicó que podía ir a sentarme, pero decidí hacerle mi pregunta ahora, antes de que ya no tuviera valor.

—¿Cuándo me vas a quitar los frenos?

Pareció analizar mi pregunta durante unos instantes.

—¡Pronto! El resultado debe ser perfecto. Tus dientes necesitan mucho trabajo. No puedes imaginar lo mal que estaban cuando viniste a verme por primera vez.

Sus últimas palabras fueron pronunciadas con mucha calma. Sus lágrimas se desvanecían. Las píldoras parecían estar haciendo efecto.

—Cuando dices ‘pronto’ ¿te refieres a unos días, unas semanas, unos meses?

La doctora se levantó y se puso la bata blanca.

—Tan pronto como todos sus dientes estén en su lugar. Sacamos cuatro muelas hace cuatro meses. Ahora debería haber suficiente espacio dentro de tu boca.

Por un momento, el dolor agudo que había sentido durante el procedimiento regresó. Aquel día, completamente drogada, se había equivocado al inyectarme la anestesia en las encías.

Una vez más, no pude lograr que me dijera una fecha.

****

Alistair y Bergamote me recibieron en el tejado con una gran sonrisa. Como siempre, fui la última en llegar. En el tocadiscos sonaba una canción de Frank Sinatra.

—¡Mira, Bergamote! Nuestra Ronney finalmente decidió ponerse el vestido que le cosiste.

Avergonzada, crucé los brazos sobre mi pecho. Alistair se acercó hacia mí para arrastrarme al centro de la terraza.

—Te queda bien, Ronney.

Bergamote me rodeó para admirar su trabajo. Había puesto tanto corazón y energía en la confección de ese vestido que había decidido ponérmelo hoy para complacerla, después de meses de tenerlo en el fondo de mi armario.

—¡Una verdadera *pin-up*! —exclamó Alistair, sujetando sus tirantes.

—Basta —susurré incómoda, bajando la mirada.

—Déjala en paz, Ali —dijo Bergamote. Se giró hacia mí con los ojos brillantes y dijo:

—Estás muy elegante, mi Ronney. Deberías vestirte así más a menudo.

Sacudí la cabeza con fuerza.

—No, no. Me siento como un imán viviente que atrae todas las miradas.

Después de hablar de nuestros días, iba a sacar el tema de Logan, pero cambié de opinión. Bergamote y Alistair me preguntarían por él día y noche si se lo dijera ahora, y luego me dirían que saliera con él.

—Preparé una buena pizza para nosotros —dijo mi compañera de piso invitándome a seguirla a un extremo de la terraza—. Tenemos algo de tiempo antes de que Daphne empiece a ensayar con las otras bailarinas.

—Su actuación es dentro de dos semanas. No puedo esperar a estar entonces —dije mientras me sentaba en el muro bajo.

Alistair me sirvió un vaso de vino y dijo:

—Será difícil dejar ir a Daphne y su grupo después de su actuación. He oído que el ballet hará una gira por el país.

Un sentimiento de decepción me invadió. Di un mordisco a mi pizza mientras imaginaba nuestras próximas citas, los sábados por la noche, sin Daphne. No sería lo mismo.

Bergamote y Alistair estaban haciendo sus planes para el domingo cuando sonó mi teléfono. Cuando vi el nombre de Yeraz en la pantalla me sentí mareada y mi corazón empezó a acelerarse. Todavía está vivo, pensé aliviada. Contesté con voz débil.

—Ronney, estoy en Sheryl Valley. Acabo de regresar.

Yeraz habló con cierta contención, pero su tono delataba cierta ansiedad.

—Bien... eh...

Alistair y Bergamote me miraron con desconfianza. Intentaban averiguar quién era mi interlocutor. Mi repentino cambio de comportamiento había despertado su curiosidad.

—¿Tienes algo que preguntarme sobre el lunes? He confirmado tu horario, pero dejaré que lo revises.

Mierda, ni siquiera le había preguntado cómo estaba. Mis amigos no me quitaban los ojos de encima.

—¿Dónde estás?

Cerré los ojos. Por el sonido de su voz me di cuenta de que esperaba que estuviera en su casa. Sorprendida, respondí con torpeza:

—En el centro de la ciudad. Estoy con mis dos compañeros de piso.

¿Por qué me sentí obligada a darle esa información?

—Eso no me dice dónde estás.

Estaba sereno, pero sólo en apariencia. Me lo imaginé con su traje negro sentado detrás de su escritorio, con el cansancio reflejado en las facciones. No podía decirle dónde estaba. Era el único lugar que me hacía sentir bien y quería guardarlo exclusivamente para mí.

—¿Ronney? —insistió.

—Sólo necesito este momento, Yeraz. No puedo decirte dónde estoy.

Alistair dio un codazo a Bergamote. Ambos con la boca abierta, mostraban una expresión de

enorme sorpresa.

Oí a Yeraz suspirar al teléfono.

—Por favor, Ronney —susurró—. Sólo por unas horas, déjame entrar en tu mundo. El mío está tan... oscuro esta noche.

Mi corazón se hundió y una agitación surgió en lo más profundo de mi ser. ¿Cómo podía rechazar a alguien que me pedía ayuda, aunque esa persona fuera Yeraz? No había palabras para describir lo que sentía en ese momento.

****

—¡No deberías haberle dado esta dirección! —dijo Alistair indignado, recorriendo la terraza con los brazos levantados hacia el cielo.

—Cálmate. Ronney sabe lo que hace.

—No, Bergamote. El chico Khan está en la mafia. No es diferente de los demás, y viene para aquí. ¡Estamos invitando al zorro al gallinero!

De pie tras ellos, guardé silencio. Alistair tenía razón. Había cedido ante Yeraz y me sentía mal por obligar a mis dos amigos a soportar la presencia de este hombre. Bergamote trató de calmar a Alistair pero este no quiso escuchar. Seguía quejándose y gesticulando.

El chirrido de la escalera hizo que callara. Fue a colocarse junto a Bergamote y esperamos la entrada de Yeraz por el otro extremo de la terraza, conteniendo la respiración. Mi corazón latía con fuerza y casi se detuvo cuando finalmente apareció con su traje oscuro. Mis hombros se relajaron cuando sus ojos encontraron los míos. Después de un titubeo, me dedicó una pequeña sonrisa.

Giró la cara hacia Bergamote, que asintió con una chispeante mirada de picardía. Alistair seguía haciendo pucheros. Animada por la alegría de mi amiga, fui hasta Yeraz.

—Buenas noches —susurró.

Un escalofrío me sacudió. Mis ojos se posaron primero en su cabello corto, que tenía un brillo rojizo, y luego en sus rasgos uniformes y armoniosos, que le daban una rara belleza. Incliné la cabeza.

—¿Dónde estabas?

Yeraz bajó la mirada antes de levantar la cabeza y girarla hacia el paisaje en la distancia. Descubrió un vasto panorama, una vista de todo Sheryl Valley que no podría haber visto en ningún otro lugar. En silencio, se sumió en la contemplación, preso en ese momento de una profunda melancolía. Su rostro evidenciaba cansancio y agotamiento. Tras largos segundos respondió sin mirarme.

—Asuntos importantes de...— Dejando su frase sin terminar, continuó:

—Este lugar es muy tranquilo.

Lo tomé del brazo y lo llevé al borde del tejado.

Se sentó en el muro bajo y yo me puse delante de él. Sus ojos se fijaron en mí.

Recordé que llevaba un vestido. Mis mejillas se tiñeron de rojo por la incomodidad.

—Esta noche estás diferente —dijo Yeraz en voz baja, como para no perturbar la tranquilidad del lugar, aunque la música del tocadiscos de Alistair resonaba algo más lejos.

Agité las pestañas un par de veces, incapaz de pensar en algo que decirle. Giró la cabeza hacia Bergamote y Alistair, que bailaban un poco más allá una versión en inglés de una canción de Edith Piaf, ‘Milord’.

—Bonito vals —dijo.

—Parece que sabes de lo que hablas.

Yeraz regresó a mí. Con la mano en la nuca, finalmente respondió.

—En el ambiente en el que crecí es mejor conocer todos los bailes de salón. Siempre es útil en las grandes fiestas.

Fue entonces cuando vi los raspones de sus nudillos. Estaban muy dañados. Abrí mucho los ojos. Mi garganta se estrechó. Me quedé atónita ante la deplorable imagen de sus manos. Levanté la cara. Mis ojos atraparon los suyos y se aferraron a ellos. Yeraz abrió la boca y sus palabras me helaron hasta la médula.

—Dejé mi arma en el coche. Odio terminar mis obligaciones ensuciándome las manos.

Intenté respirar con normalidad, pero no pude.

—Acabarás como los demás gánsteres: dos metros bajo tierra.

Lo miré, bañado por la luz de la luna. Ya parecía un fantasma que vendría a perseguirme, incluso después de muerto. Empecé a observar cada milímetro de su rostro, temiendo olvidarlo algún día.

Yeraz arrugó la frente.

—No, yo soy la excepción a la regla.

Su respuesta sarcástica y su arrogancia desenfrenada me hicieron estremecer.

—¿Realmente te gusta esta vida?

—¡Es la vida que elegí! —respondió secamente.

—¿Y tuviste que hacerle esto a ese hombre?

Yeraz me miró fijamente, perdiendo la paciencia.

—Sí. Estamos hablando de millones de dólares, Ronney. El dinero en este mundo es la sangre de la guerra. ¡Los negocios son los negocios!

—¿Y realmente la riqueza merece un infierno así en la tierra?

Me quedé mirándolo desafiante. Durante unos instantes, me miró fijamente, con el sufrimiento colmando sus ojos. Esta vez fue él quien bajó la mirada antes de afirmar una verdad indiscutible.

—¡No sabes nada de mí!

Asentí con la cabeza. Era cierto. Estaba juzgando a este hombre sin saber realmente nada de él. Crucé los brazos sobre el pecho y respiré hondo antes de admitir en voz baja:

—Tenía mucho miedo de que te hubiera pasado algo. No me culpes por preocuparme por ti. Estas últimas horas no han sido fáciles.

Mis palabras, tan llenas de verdad, no parecían alcanzarlo. Mi corazón y mi mente eran vulnerables en su presencia. Yeraz levantó su rostro con una dulce sonrisa. Un brillo turbio y culpable distorsionó su mirada fuerte e implacable. Sintiendo que me había herido con su ausencia y su largo silencio, carraspeó como si estuviera ganando tiempo. Pero no tenía tiempo. En dos meses, se vería libre de los dictados y las decisiones de su madre. Ya no tendría una salvaguarda para contener todas sus malas intenciones, toda la violencia que guardaba en su interior. No sé lo que leyó en ese momento en el fondo de mis ojos, pero se estremeció al ver toda la angustia que me perseguía.

—Ciertamente no habría olvidado mi arma si no hubiera estado tan ocupado pensando en ti. No sabes cuánto necesito tu presencia.

Mi corazón pareció estallar. Una fuerza de atracción me empujaba hacia sus brazos, pero mis piernas se negaban a responder. ¿Qué era ese peso que me abrumaba? ¿Era ansiedad? ¿Miedo? *No, amor*, susurró una vocecita en mi cabeza. Elegí el humor para responder a sus palabras, con

la esperanza de aligerar el ambiente, que se estaba volviendo demasiado íntimo entre nosotros.

—Bueno, creo que tienes suerte de haberme conocido.

Yeraz sacudió la cabeza antes de reírse, y luego se pasó la lengua por los labios, lo que inmediatamente tuvo el efecto de aumentar la temperatura de mi cuerpo varios grados.

Escuchamos el sonido del acordeón de la canción 'Milord'. Puse las manos en mis caderas y empecé a mover ligeramente la pelvis de izquierda a derecha al ritmo de la canción, cuyas notas y melodía se repetían alegremente durante el estribillo. Yeraz me miraba y podía sentir que la presión de los últimos días cedía poco a poco. Su expresión se suavizó. Entonces, el ritmo de la canción se ralentizó. El acordeón dio paso a las notas sostenidas y tristes del piano. Sabía la letra de memoria. Con las manos aún en las caderas, fruncí el ceño y señalé con la barbilla a Yeraz, que me miraba con desconfianza. Entonces empecé a cantar la última estrofa.

—Pero ¿está llorando, Milord? Eso... ¡nunca lo hubiera creído! ¡Ah, bueno, eso es, Milord! ¡Sonríame, Milord!

Yeraz, divertido, sacudió la cabeza y sonrió ligeramente.

—¡Puedes hacerlo mejor! Sólo con un poco de esfuerzo...

Esta vez su sonrisa se amplió. Se pasó una mano por la cara, como si se tomara un momento para respirar, para olvidar sus oscuros pensamientos.

—¡Eso es! ¡Vamos, ríe, Milord! ¡Vamos, canta, Milord!

Yeraz se levantó y se acercó a mí. Sus ojos brillaban. Eso era todo. Todos sus demonios habían desaparecido.

—Lalalalalala...

Acercó su rostro hasta presionar suavemente su frente contra la mía. Cuando su mano bajó por mi espalda para apretarme contra su cuerpo perfectamente musculoso, se me hizo un nudo en el estómago. Dejé de cantar y me dejé arrastrar por los movimientos de sus caderas, que seguían el ritmo de la música. La voz empezó a cantar cada vez más fuerte, cada vez más rápido. Estábamos tan cerca que podía sentir sus enormes músculos a través de nuestra ropa. Me dejé llevar por el loco y arrebatador vals.

Sin aliento, traté de recuperar el aliento entre risas.

—¡Ronney!

Bergamote corría hacia nosotros con gran vivacidad.

—¡Está empezando! ¡Daphne está aquí!

Cuando llegó cerca de nosotros saludó a Yeraz con una inclinación de cabeza. Sentí que tenía mil y una preguntas que hacerle, pero eso tendría que esperar porque nuestra Daphne estaba empezando su clase de baile. Yeraz la saludó tímidamente. Lo tomé del brazo y tiré de él para que cruzara la terraza.

Alistair lo saludó con el ceño fruncido y un bufido. Yeraz le tendió la mano y, tras un breve titubeo, mi amigo la tomó. Este breve intercambio cargó el ambiente de electricidad. Por primera vez vi la confianza de Yeraz caerse a pedazos. Alistair parecía darle una advertencia con sus gélidos ojos azules.

—¿Una copa de vino, señor Khan? —intervino Bergamote, agitando las pestañas.

En ese momento parecía haberse convertido de nuevo en una adolescente, atrapada por el carisma de este hombre. Yeraz se negó cortésmente. Alistair permaneció un momento a la defensiva, luego su rostro se iluminó.

—¡Mira! Las chicas están empezando su clase.

Yeraz se puso detrás de mí. Sus brazos me atrajeron hacia él. Me preguntó con voz suave:

—¿Así que aquí es donde pasa sus noches de sábado, señorita Jiménez?

Asentí con la cabeza. Estaba donde quería estar, acurrucada en sus brazos, los que tanto había echado de menos. El momento era mágico.

El grupo, de gran gracia, se dispersó en movimientos tan elegantes como llamativos. Los bailarines nos ofrecieron un magnífico espectáculo. De pronto apareció Daphne, como una emperatriz.

—Es ella —susurré a Yeraz—. Esa es Daphne.

—¿La has conocido en persona?

—No, nunca.

—Entonces ¿cómo sabes que se llama Daphne?

Dejé escapar una pequeña carcajada.

—No sabemos su nombre, pero Daphne le pega.

Sentí que el cuerpo de Yeraz se tensaba. Él también estaba conteniendo la risa.

—De acuerdo, lo admito. Tu Daphne lo está haciendo muy bien.

Los bailarines parecían flotar en el aire. Bajo un cielo estrellado y sin nubes, Sheryl Valley bailaba.

14

Al contacto de mis labios con su cuello, la respiración de Yeraz se aceleró. La luz artificial de la chimenea impedía que su habitación estuviera completamente a oscuras. Después de ver el ensayo de las bailarinas desde lo alto del tejado, lo había seguido con naturalidad hasta su casa. La intensa mirada de Alistair no había conseguido hacerme entrar en razón.

De pie en medio de la habitación, inhalé profundamente la esencia de su aroma hasta que mi cabeza comenzó a dar vueltas. Yeraz hundió su mano en mi cabello para liberarlo del elástico. Con la otra mano, bajó la cremallera de mi vestido antes de deslizarlo hasta mis caderas. Sus dedos se apresuraron a acariciar mis pechos, con insistencia, como si ya se hubiera contenido durante demasiado tiempo. Luego me ayudó a desabrochar su camisa antes de apretar su pecho desnudo contra el mío. Un pequeño grito se me escapó cuando el calor de su piel quemó la mía. Sus labios se deslizaron ferozmente por mi garganta y llegaron a chocar violentamente contra los míos. Jadeando, le devolví el beso, intentando recuperar el aliento. Mi cabeza palpitaba dolorosamente y todo mi cuerpo se estremecía cuando él deslizaba sus dedos entre nosotros para acariciar mi zona íntima. Yeraz me impidió apartarme de él. Su otra mano, colocada en el hueco de mis caderas, me sujetaba con firmeza. Era todo músculo y mucho más fuerte de lo que había imaginado.

Movió la cara hacia atrás para dejarme recuperar el aliento. Dos venas se habían hinchado en su frente. Sus ojos, ardientes de deseo, no se apartaron de mí. Más dominante que nunca, me tiró contra la pared y me quitó el vestido sin dejar de mirarme a los ojos. Le supliqué con los ojos que me besara de nuevo, y así lo hizo. Presionada contra la fría pared no podía retroceder. Con su rodilla, Yeraz abrió mis piernas y sentí su erección contra mi vientre. Sus movimientos entre mis muslos provocaron una sensación desconocida en mí. Aparté la cara para poder respirar mientras él seguía moviendo su pelvis. Una oleada de placer amenazaba con invadirme.

—Yeraz —susurré—, espera...yo...

No parecía sorprendido por cómo me sentía. Sus labios bajaron hasta mis pechos. La exquisita sensación de su lengua contra mi piel me obligó a cerrar los ojos y apretarlos. Entonces levantó la cara y con un susurro ansioso y sin aliento me dijo al oído:

—¡Dime que nunca te ha hecho sentir así!

Sabía que estaba hablando de Caleb. Sacudí la cabeza enérgicamente, incapaz de hablar porque estaba completamente abrumada por el placer.

—¡Esta noche eres mía!

Su voz, con sus entonaciones roncas teñidas de celos, revelaba lo posesivo que era. Yeraz deslizó su mano entre mis muslos para apoderarse de mi zona privada. En ese momento yo era completamente suya.

Gruñó cuando mis dedos se introdujeron en sus pantalones y se cerraron sobre él. Excitado, con la respiración entrecortada, los desabrochó y me ofreció su miembro erecto. Tiré de él. Empezó a besarme de nuevo, con la respiración más pesada, más impaciente. De repente, lo que crecía dentro de mí amenazaba con explotar. Grité, sin importarme ni por un segundo si no estábamos solos en la casa. Yeraz se bajó un poco más los pantalones y me levantó contra la pared. El orgasmo llegó violentamente cuando empezó a empujar dentro de mí, apretando su abrazo para alcanzar la cima de su propio placer con una serie de espasmos.

Sintiéndose apaciguado, me llevó a su cama después de vestirse a medias. Cuando mi cabeza

tocó la almohada, mis párpados se volvieron pesados. Me resistí a dormir para poder disfrutar de ese momento perfecto con él.

—Deberías dormir —dijo Yeraz, con su cara sobre la mía—. Ronney, nunca ha habido ningún atractivo sentimental entre otras mujeres y yo. No tendrás flores en tu mesita de noche mañana, ni un dulce mensaje en tu almohada cuando te despiertes

¿Había visto el pánico en mis ojos para sentirse obligado a hablar de nuestra relación? Asentí con la cabeza, consciente del mensaje que intentaba enviarme.

—Lo sé —susurré al escuchar sus contundentes palabras—. Me gusta más eso que las falsas promesas.

Lo bueno de crecer en mi piel es que ya nada puede ilusionarte. Bajé la mirada y contuve una carcajada.

—¿Por qué sonríes?

Yeraz se arrodilló en el borde de la cama y me miró a los ojos.

—Qué irónico que esté al mismo nivel que Ashley y las demás. Juré que te odiaría por el resto de mi vida.

Dio un pequeño e irónico bufido antes de responder.

—Y yo me juré a mí mismo que no te encontraría atractiva o interesante por el resto de mi vida.

Solté una carcajada. Una curiosa emoción pasó por su rostro.

—Entonces, ¿me encuentras atractiva?

La confianza de Yeraz se quebró.

—Creo que sí.

Bajó la cabeza antes de refugiarse en un extraño silencio.

—¿Yeraz? ¿Qué pasa?

Un cuchillo parecía atravesarme. Tenía mucho miedo de escuchar lo que iba a decir.

—No, no te pongo al mismo nivel que Ashley y todas las otras mujeres con las que me he acostado. Esta es la primera vez que siento un completo respeto y admiración por alguien.

Pensé que mi corazón se detenía.

Volvió a guardar silencio y luego añadió con voz suave, pero imperiosa:

—Si no hubiera tenido la mente en otra cosa esta semana, probablemente no habría olvidado mi pistola y mis puños estarían intactos. Tengo que ser precavido cada hora del día y de la noche, pero contigo en mi cabeza eso no es tan fácil. No puedo permitirme bajar la guardia.

Miré sus manos. Mis dedos acariciaban su piel, como si tuviera el poder de curarlo, de cerrar sus feas heridas. Yeraz hizo un leve gesto de dolor.

Cuando pudo volver a hablar, dijo con más dureza:

—Quería poseerte, y lo hice, pero lo que pasó no volverá a suceder, Ronney. Necesitaba esto para sacarte de mi cabeza.

Retiré mi mano de la suya y traté de respirar con calma, con los ojos abiertos por la ansiedad. La decepción se notaba en mi voz.

—No esperaba nada. No me arrepiento de lo que pasó. No, no me arrepiento de haberte conocido. ¿Y tú?

Con cara de irritación, Yeraz apartó la mirada. Reprimió con todas sus fuerzas la respuesta que se le venía a los labios. Sin previo aviso, se levantó bruscamente y metió las manos en los bolsillos. Desde allí pude ver su torso desnudo, perfectamente musculoso. Ahuyenté mis pensamientos, que iban en una dirección equivocada.

Todavía sin mirarme, respondió:

—No soy alguien que se arrepienta de sus actos. Nuestra colaboración termina pronto. Te pido que vivas aquí hasta el final y luego tendremos que seguir con nuestras vidas. No puedo ofrecerte nada más.

No podía soportar más esta conversación. No podía calmar los furiosos latidos de mi corazón. Sentía que no tenía control sobre nada. ¿Por qué había cambiado su humor de repente?

—Tengo que ir al club. Puedes quedarte aquí esta noche. Mañana, volverás a tu habitación.

Yeraz caminó con pasos largos hacia los ventanales de su cuarto de baño antes de detenerse frente a ellos. Se giró hacia mí y me dijo con un tono cauteloso, pero velado por la amenaza:

—Te voy a pedir una cosa más, Ronney. En el tiempo que aún tienes que trabajar conmigo, te aconsejo que te dediques por completo a tus tareas y no te dediques a salidas innecesarias.

—¿Salidas innecesarias? —protesté, escandalizada por sus palabras.

Con las sábanas subidas hasta el pecho, crucé los brazos de forma decidida antes de volver a alzar la voz.

—¡Tienes que estar bromeando! Trabajo día y noche como una esclava. Incluso hice horas extra con tu hermana ayer para conocer a ese loco de Georges en esa casa embrujada.

Yeraz cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz durante unos instantes antes de volver a abrirlos, con la mirada fría.

—Para ser más claro, si te veo con el imbécil de Logan, me encargaré de él.

Así que ese era el problema. Abrí la boca, pero inmediatamente la volví a cerrar. Su rostro adoptó una expresión aterradora y en sus labios apareció una sonrisa diabólicamente falsa.

—Sí, Ronney, tengo ojos y oídos en todas partes. Si quiero, cerraré los estudios Canal Rojo con un chasquido de dedos. ¿Me entiendes?

Furiosa, me levanté, asegurándome de mantener la manta a mi alrededor. Quería gritar una oleada de insultos, que seguramente era lo que él estaba esperando, pero en lugar de eso salí de la habitación dando un portazo.

****

Peter estaba atando meticulosamente mis tacones mientras yo intentaba ponerme de pie.

—¿Por qué intentas enseñarme a caminar con estos zapatos? Llevas meses perdiendo el tiempo conmigo.

Peter se enderezó y me miró brevemente. Hizo un gesto evasivo antes de responder con voz monótona:

—¡Como si tuviera elección!

Fruncí los labios con fastidio. El pobre hombre se veía obligado a soportar estas sesiones con tanta alegría como yo. Estábamos a menos de dos semanas de Acción de Gracias, y tanto él como yo teníamos cosas más urgentes que hacer. Por desgracia, las hijas de los Khan insistían en creer que yo podría, algún día, caminar sobre estos tacones.

—Démonos prisa antes de que el señor Khan nos vea —dijo Peter.

Me tomó de las manos para ayudarme a caminar hacia el centro de la habitación. Sentí que mis piernas iban a ceder bajo mi peso, porque estaban muy arqueadas. Peter se aclaró la garganta.

—Nuestro señor está de un humor terrible desde esta mañana. Nunca lo he visto tan...

Peter buscó una palabra para describir el comportamiento de Yeraz.

—¿Despreciable? —dije finalmente.

—Fuiste tú quien lo dijo. Yo jamás me habría atrevido.

Sonreí a Peter, que apenas podía ocultar su sonrisa. Me soltó las manos y se alejó para observarme.

El asistente de Camilia conocía a Yeraz de toda la vida. Sin duda podría responder a mis preguntas. Me había pasado todo el domingo rebobinando la noche anterior sin entender nada de su repentino cambio de comportamiento.

Reuní todo mi coraje y pregunté con voz falsamente despreocupada:

—¿Ha tenido Yeraz alguna vez una aventura o relación duradera con una mujer?

Con una ceja levantada, Peter me invitó a continuar.

Tartamudeé:

—Quizá no sería tan... si...

—¡No! —dijo Peter—. El señor Khan es un mujeriego, pero ninguna mujer ha conquistado su corazón. Es un soltero declarado que rechaza cualquier relación seria en su vida —. Hizo una pausa antes de añadir con una mirada apenada—No quiero herir tus sentimientos, pero al señor Khan le gustan las mujeres hermosas. Creo que puedes intentar ser una buena amiga.

—Sí, una buen amiga.

Mis palabras eran sólo un leve susurro. Una sensación de absoluta desesperación emanaba de mí. Peter, aturdido, de pronto dejó de inclinar la cabeza hacia uno y otro lado y se quedó inmóvil.

—¡No, Ronney! No puedes, no debes enamorarte de él. Te destruirá.

—Me destruyó el día que puso sus ojos en mí.

El aliento de mis palabras flotaba en el aire. Por primera vez vi en sus pequeños ojos marrones compasión por mí, mezclada con una terrible tristeza.

—Camilia no debe enterarse de tus sentimientos por el señor Khan. Te quedan dos meses. No lo arruines todo, especialmente para él. Yeraz sólo conoce la violencia, el sabor de la sangre, la oscuridad. Está cerca de la muerte y del demonio, pero tiene miedo de amar a una mujer. Lo haría vulnerable, y en este ambiente eso es imperdonable.

Le dirigí una sonrisa de satisfacción para ocultar mi desesperación. Peter ahogó un suspiro antes de negar con la cabeza.

—Bien, ¡todavía tenemos mucho trabajo que hacer! Sigue la línea recta hasta la ventana. Intenta no caerte porque te aseguro, Ronney, que después será aún peor. No estoy bromeando.

Asentí con la cabeza, luego me di la vuelta y mantuve la cabeza erguida, como me había enseñado Peter.

****

Me apresuré a entrar en la oficina de Yeraz. El sermón de Peter me había hecho llegar unos minutos tarde. Hamza y sus hombres ya estaban en la sala, frente a él. Mi repentina aparición interrumpió su conversación. Hamza se dio vuelta y su expresión se ensombreció de inmediato. Apretó los labios para no pronunciar ninguna palabra inapropiada contra mí. Me senté en un asiento vacío en una esquina de la sala, lejos del pequeño grupo, y saqué rápidamente mi cuaderno de notas. A mi lado estaban los dos guardaespaldas de Yeraz: Jessim, el hombre de rostro demacrado y ojos claros, e Ian, el hombre tatuado de cabello largo. Muy atentos a lo que ocurría en la sala, nada parecía perturbarlos.

Yeraz llevaba sus grandes gafas oscuras. Ni una sola vez giró su cara hacia mí. Sentado detrás de su escritorio, escuchaba atentamente a Hamza, que hablaba en voz baja para dificultar mi trabajo. Me obligué a concentrarme en la charla para que la presencia de Yeraz no me distrajera.

Los flashes de nuestra noche juntos volvieron a mí en ráfagas. Cerré los ojos y sacudí la cabeza para ahuyentarlos.

—Señorita Jiménez, ¿está todo bien?

La voz de Jessim me devolvió al momento presente. Confundida, asentí con la cabeza y volví al trabajo en serio. La atención de Yeraz vaciló por un momento, pero nadie lo notó.

—¿Cuál es el tipo de interés del préstamo para esta empresa?

—Cuarenta por ciento en un año.

Yeraz parecía encantado con la respuesta de Hamza.

El hombre extendió las manos y añadió con cara de satisfacción:

—La empresa nunca podrá devolverlo todo. Ahora sólo tenemos que esperar. Dentro de unos meses, el empresario tendrá que vendernos sus acciones.

—¿Y si se niega?

Todas las caras se giraron hacia mí. Mi pregunta pareció sorprenderles. El pequeño grupo de personas se miró entre sí con sorpresa antes de volver los ojos a Yeraz, que respondió con una voz curiosamente lenta:

—Si se niega, será asesinado.

Horrorizada, me quedé con la boca abierta. Incapaz de moverme, me quedé mirando a Yeraz. Mi corazón empezó a palpitar en mi pecho. Mientras tanto, la reunión continuaba como si no hubiera pasado nada. Sus voces me sonaban como un eco lejano.

—Los Yakturas aprovecharon el terremoto del año pasado en China para conseguir contratos de reconstrucción de inmuebles. Ganaron millones de dólares.

Yeraz escuchó atentamente a Hamza. Se frotó la frente y respondió en un tono breve:

—Los Yakturas son muy buenos para distinguir entre los negocios legales y los ilegales

—Seguro que nosotros podemos aprender de ellos. Cuando digo 'nosotros', me refiero a ti. Dentro de unas semanas serás el jefe de los Mitaras Almawt.

—Di lo que tengas que decir, Hamza.

Yeraz había puesto las dos manos sobre su escritorio e inclinó la cabeza, esperando una respuesta. Habló un hombre de unos cincuenta años, de tez cerosa y mirada antipática.

—Insistes en apostar por Roskuf. Ese grupo es una bomba de tiempo. Sus acciones no valdrán nada mañana en la bolsa. Es una de las peores inversiones que puedes hacer. Piensa en acumulación e integración. Con ellos, esas operaciones son imposibles.

Una sonrisa nefasta apareció en los labios de Yeraz.

—Roskuf puede ser un bonito cáliz envenenado para uno de nuestros empleados o un empresario que sea demasiado problemático. Lo único que tienes que hacer es convencerlos de que pongan todo su dinero en las acciones del grupo petrolero cuando llegue el momento. No te preocupes, estoy trabajando en ello.

Se produjo un pesado silencio en el despacho y, a continuación, unas risas diabólicas fueron in crescendo.

—¡Yeraz, me estás tranquilizando! —exclamó Hamza, sacudiendo la cabez—. Sólo puedo inclinarme ante esta genial idea. Acabarás dejando a nuestra milicia sin trabajo con planes así.

Yeraz, satisfecho, se hundió en su silla. En ese momento ya parecía un rey en medio de sus súbditos.

Hamza preguntó con cautela:

—Para este *regalo*, ¿piensas en alguien en particular?

Yeraz asintió sin añadir nada más. El misterio continuaba.

****

Sujeté la puerta y me despedí de cada uno de los hombres mientras salían del despacho uno a uno. Algunos tardaron más en abandonar la sala. Me impacienté. Tenía que tener una conversación con Yeraz.

Cuando finalmente cerré la puerta, me sorprendió ver que Ian y Jessim seguían allí.

Me aclaré la garganta.

—Yeraz, ¿podemos hablar ahora?

Todavía sentado en su silla, parecía dudar. Finalmente, con un gesto de la mano, me invitó a acercarme a él. Miré a sus dos secuaces, que permanecían inmóviles, con la cabeza alta como estatuas.

—En privado, he dicho.

Yeraz, cada vez más nervioso, se tocó la nuca con la mano. Sus gafas oscuras impidieron que rompiera el hielo entre nosotros.

—¡No!

Atónita, me tomé unos segundos para volver a hablar.

—¡Vamos, esto es ridículo! No tengo intención de matarte.

Mi comentario obligó a Jessim e Ian a girar la cara hacia mí antes de mirar a Yeraz. Tras un pequeño gesto de su jefe, volvieron a levantar la cabeza para retomar su posición inicial, pero esta vez los dos hombres parecían escucharnos. Yeraz permaneció en silencio.

—¡Quítate esas malditas gafas! —dije, molesta.

Para mi sorpresa, accedió. Sus ojos severos se fijaron en los míos. No quedaba ni una sola gota de ternura en sus oscuros ojos. No, no había nada. Con un admirable autocontrol, permaneció perfectamente impasible.

—¿Qué quieres, Ronney? Tengo mucho trabajo que hacer. No me hagas perder el tiempo

Apenas me tragué un estallido de ira.

—Quiero saber sobre el... caso de anoche. ¿Qué pasó con el hombre con el que hablé en el tejado?

Recé para que Yeraz entendiera el significado de mi pregunta. Se hundió en su silla y permaneció un momento en silencio, observándome.

—El hombre del tejado volvió a su negocio. Sigue siendo un hombre de negocios con poco tiempo para los demás.

Su voz sonaba falsa. Me di cuenta de lo ingenua que había sido. Mientras intentaba digerir sus palabras, una tormenta escandalosa se desató en mi mente. La decepción, la ira y el arrepentimiento me asaltaron.

Giré la cara hacia sus dos guardaespaldas. Inmediatamente apartaron la vista de nosotros, incómodos con la conversación. Por un breve momento, mi cara se sonrojó. Yeraz fingió no darse cuenta. Sacó un pequeño papel del bolsillo interior de su chaqueta y me lo entregó. Había una dirección y un nombre escritos en él.

—Isaac te está esperando. Te llevará a recoger un sobre y tendrás que dárselo a esta persona

—¿Señor Clyde?

Ese era el nombre que aparecía en el papel. Yeraz asintió.

—¿Qué hay en el sobre?

Sus rasgos se endurecieron. Levantó la barbilla con un gruñido y luego, yendo directamente al grano, habló sin la menor vacilación.

—Fotos comprometedoras que podrían caer en manos de su mujer si decide seguir sin

ocuparse de sus asuntos.

Se me hizo un nudo en el estómago y me recorrió un escalofrío. Volví a dejar el papel sobre el escritorio y logré hablar a pesar del creciente nudo en la garganta:

—¡No, no quiero llevar eso! No voy a participar en esta técnica de intimidación.

Sus ojos se entrecerraron. Mis palabras sólo empeoraron su expresión de enfado.

—¡No tienes elección, Ronney!

—¡Sí, puedo elegir! Me ocuparé de ello con Camilia —respondí enérgicamente.

—¿Para decirle qué? ¿Que nos acostamos anoche?

Mi mirada se dirigió a Jessim e Ian, que fingían no haber oído nada, pero los rasgos de sus rostros decían lo contrario. Habrían preferido estar en cualquier sitio menos aquí.

Di un paso atrás, furiosa, mordiéndome los labios hasta que sangraron.

—¿Te acostaste conmigo sólo para chantajearme después?

—¡Por supuesto!

Yeraz hizo un ligero movimiento de sorpresa ante la elocuente tristeza que debían revelar mis ojos. Al darse cuenta demasiado tarde de las consecuencias de sus palabras, se apresuró a añadir con voz más calmada:

—No te prometí nada, no lo olvides.

Aunque el suelo cedía bajo mis pies, tuve que hacer el esfuerzo de mantenerme de pie.

—¿Y si me niego a hacer lo que me pides?

Me respondió con un tono indiferente.

—No podrás pagar el tratamiento de tu hermano. Si no me equivoco, creo que es vital para él.

No podía ocultar en mis ojos la angustia indescriptible que me embargaba. Mi propia respiración resonaba en mis oídos. Tomé el papel y lo doblé en mi puño.

—Estará hecho para esta noche, señor Khan.

Un velo empañaba el brillo de sus tormentosos iris. Apretó la mandíbula y quiso decir algo, pero me fui antes de que pudiera hacerlo.

Tras cerrar la puerta del despacho tras de mí, me apoyé en la pared respirando con dificultad, y me di una violenta bofetada. *¡Perra estúpida! Te la jugó bien.*

15

—¡Den un paso más y les volaré la cabeza! —rugí amenazadoramente.

Los hombres que me rodeaban retrocedieron con cautela.

—Ronney, ¿qué demonios estás haciendo? —gritó Yeraz, furioso.

Atravesó la habitación en mi dirección. Decidida, lo apunté con la pistola y quité el seguro. Yeraz se quedó inmóvil, con el rostro pálido. Evidentemente intentaba comprender el motivo de mi comportamiento que, sin embargo, estaba más que justificado.

—¡Salgan de la habitación! —Yeraz gritó a sus hombres—. Esto es entre la señorita Jiménez y yo.

La decena de hombres presentes no se movieron. Todos me miraban con ojos amenazantes, dispuestos a sacar sus armas.

—¡Largo de aquí! —gritó Yeraz con los ojos saliéndose de sus órbitas.

Siete horas antes

Tiré la toalla al lavabo y me até el cabello, evitando cuidadosamente mi reflejo en el espejo. Las señales de cansancio de mi rostro eran testimonio de la larga semana de trabajo para Yeraz. Timothy, Ashley y yo no habíamos dormido en dos días para terminar los preparativos de la gala de Acción de Gracias de los Khan.

Yeraz últimamente me evitaba cuidadosamente y siempre se las arreglaba para que uno de mis asistentes o de sus guardaespaldas estuviera presente cuando nos veíamos. ¿Quién se creía que era yo? No iba a abalanzarme sobre él, y mucho menos a acosarlo después de lo que había pasado entre nosotros. Éramos adultos y sabía cómo mantener las cosas separadas.

—¿Ronney? —llamó Bergamote desde el otro lado de la puerta—. Hay alguien aquí para ti.

¿Alguien para mí? Fruncí el ceño y giré la cara hacia la puerta.

—¿Quién es?

En el fondo de mi mente, recé para que no fuera Logan. Era temprano para un sábado por la mañana, y nuestras sesiones de estudio estarían en pausa durante unos meses.

—Una reportera —susurró Bergamote lo suficientemente alto como para que yo la oyera.

Me apresuré a la puerta y la abrí con un gesto brusco.

Al ver mi cara de intriga, Bergamote añadió en voz baja:

—Esta señora parece más una abogada que una periodista. Ten cuidado. Puedo oler a la gente problemática.

Asentí con la cabeza, desconcertada.

—Muy bien, haz que se siente en la cocina, por favor. Ya voy para allí.

****

Mis ojos se posaron primero en su cabello rojo, peinado en un *bob* asimétrico. Su corte de cabello le daba un falso aire de abandono, pero no había nada de eso. Esta noble mujer, de unos cuarenta años, tenía una tez radiante y parecía recién salida de una de esas revistas de moda con su ajustado traje gris que moldeaba perfectamente su cintura. Sus ojos, azul metálico, muy penetrantes, emanaban una increíble aura de autoridad.

Me senté en mi silla mientras Bergamote nos traía una taza de té. Mi compañera me miró con

preocupación, pero la tranquilicé con una sonrisa. Dudó un momento y finalmente salió de la cocina para dejarnos solas.

—¿Quién es usted?

Mantuve una aparente calma, pero mi mano tomaba nerviosamente el borde de la mesa.

—Tess Lawrence, reportera.

Su voz suave y segura se ajustaba perfectamente a su aspecto. Miró a su alrededor, intrigada por la decoración anticuada del apartamento.

—¿Qué quiere?

Tomé mi taza entre las manos para mantenerme ocupada y casi me quemo los dedos. La reportera abrió su maletín y sacó una libreta y un bolígrafo. Pestañeé varias veces.

—Espere un momento, ¿qué está haciendo? ¿Para qué periódico trabaja?

—¿Cuánto tiempo ha estado trabajando para el señor Khan?

—No me siento cómoda respondiendo a sus preguntas sin previo aviso. ¿Cómo ha conseguido mi dirección?

Me levanté, pero la mujer dejó el bolígrafo y puso una mano delante de ella como para disculparse.

—Espere, señorita Jiménez. Sólo deme la oportunidad para convencerla de que me dé algo de su tiempo.

La periodista sacó una tarjeta de presentación de su maletín. La agarré con desconfianza. Trabajaba para el *Daily News*. Inmediatamente me arrepentí de haberle dado esos pocos minutos de más. Ella había hablado inmediatamente de Yeraz. Aunque esta mujer era un tiburón en los medios de comunicación, Yeraz se la comería cruda si se enteraba de que estaba interesada en él, o más bien en su negocio. Fruncí los labios y le devolví la tarjeta.

—¡Ya vuelvo!

Salí corriendo de la cocina para reunirme con Bergamote en la sala de estar.

—Trabaja para el *Daily News*. ¡Maldita sea! ¿Qué quiere esta reportera conmigo?

Me froté la frente con una mano mientras caminaba de un lado a otro de la habitación. Bergamote, sentada en el sofá con su bastidor de bordado entre las manos, levantó la cabeza. Una rápida respuesta acudió a sus labios, pero contestó con otra pregunta.

—¿Estás segura de que no trabaja para el gobierno?

—No, no lo creo. La has visto. Es como si sus ojitos fueran detectores de mentiras

Cambiando el tono, Bergamote se inclinó hacia delante y preguntó persuasivamente:

—¿Quieres que me encargue de ella?

Estupefacta, dejé de caminar y miré a mi compañera de piso.

—¿Quieres que la haga desaparecer?

Una leve sonrisa rozó la comisura de sus labios pintados de rosa.

—¡No!— Exclamé. —Vamos, no somos como... Bueno, no importa.

Sacudí la cabeza y volví a la cocina, preguntándome cuál de las personas que había en mi vida ahora mismo era la más normal.

Al verme reaparecer, la señora Lawrence me dirigió una mirada amable y condescendiente, y luego expuso la situación con voz clara.

—Señorita Jiménez, en las próximas semanas saldrá un artículo sobre Yeraz Khan y sus presuntos vínculos con la mafia, tras una larga investigación que ha durado casi un año. Usted es la asistente personal del señor Khan. Su testimonio podría sernos útil para cerrar todo esto.

Mis ojos parpadearon.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Cuál es su precio, señorita Jiménez? Estamos dispuestos a negociar.

Así que todo volvía a lo mismo: el dinero.

—No tengo precio —respondí con frialdad—. Por favor, cierre la puerta detrás de usted cuando se vaya.

La periodista abrió los labios. Sus ojos estaban llenos de asombro.

—Está defendiendo a un criminal. ¿Por qué hace esto? ¿Es su dinero suficiente para comprar su silencio?

Ya no había nada amistoso en su tono de voz. Respondí de la misma manera.

—La vida es cuestión de elecciones, señora Lawrence. Créame, soy imparcial con la gente con la que trabajo, aunque su estilo de vida no coincida con el mío, y aunque no apruebe sus acciones.

—¿Incluso si significa pasar por alto a lo que está bien y mal, señora Jiménez?

Mis palabras se me atascaron en la garganta. La periodista me miró con seriedad.

—Nació en Sheryl Valley. Ama este pueblo, ¿verdad? Este artículo podría marcar la diferencia, meter a los malos en la cárcel y obligar al gobierno a hacer su maldito trabajo.

Recibí el comentario con una risa lúgubre.

—¡Precisamente porque nací aquí, sé que el gobierno no salvará su vida ni la mía!

La periodista me observó durante un momento sin molestarse en ocultar su escepticismo. Luego con un rápido gesto guardó sus cosas en el bolso. En ese momento oí que se abría la puerta principal y que la voz de Alistair resonaba en el vestíbulo.

—Traje pescado fresco para el almuerzo.

Cuando Tess Lawrence salió de la cocina saludó amablemente a Alistair, que entró con cara de sorpresa.

—¿Quién era esa?

Me encogí de hombros y respondí en voz baja:

—Una periodista que investiga a Yeraz

Alistair dejó la compra en el borde del fregadero y arrugó la frente.

—¿Y?

Encubrí sus crímenes. El primer pensamiento que su pregunta despertó en mi mente fue tan terrible que lo aparté inmediatamente.

—Le pedí que se fuera.

Satisfecho con mi respuesta, Alistair asintió con la cabeza y empezó a guardar la comida en la nevera.

—¡Has hecho lo correcto! Probablemente acabas de salvar la vida de esa mujer, y la nuestra, por cierto.

Suspiré y me tomé la cabeza entre las manos. El ambiente me estaba agobiando.

Necesitaba un poco de aire fresco.

****

Eran casi las siete; el restaurante estaba a punto de abrir. Mi madre estaba dando una última vuelta por la sala para comprobar que no faltaba nada en las mesas.

Por mi parte, añadí algunas patatas fritas al plato del bufet para asegurarme de que no se vaciara demasiado rápido. El local seguía en silencio. Ese era uno de los momentos que

disfrutaba especialmente. De niña, me gustaba jugar al escondite bajo las mesas con Elio, lo que molestaba a mi madre y la ponía en un estado de gran ansiedad. Para un niño, esta habitación podía convertirse en un auténtico patio de recreo. ¿Quizás algún día serían mis hijos los que jugaran aquí? Deseché inmediatamente ese pensamiento.

¿De qué estaba hablando? No quería dar a luz a niños que pasaran por lo que yo había pasado en mi vida. Nunca sería capaz de darles la confianza que tanto me faltaba para protegerlos del mundo exterior. Ya podía anticipar los desagradables comentarios que recibiría al llegar a la treintena. 'Ronney y el reloj biológico' sin duda sería el tema principal en las fiestas familiares.

El timbre del teléfono me devolvió al momento presente. Mi padre, detrás del mostrador, descolgó. Sus rasgos se endurecieron bruscamente, lo que no indicaba nada bueno. Pasé por delante de él para guardar el plato de patatas fritas en la cocina, pero me frené al escuchar algunos fragmentos de su conversación.

—Sí, Sergio... ¿Qué? ¿Cuánto tiempo?

Me miró de reojo para decirme que me fuera. Me fui a la cocina y me quedé cerca de la entrada, detrás de las puertas batientes. Con los sentidos agudizados, tuve un mal presentimiento.

—¡Mierda! Esto no estaba previsto. Los clientes llegarán pronto —el tono serio de mi padre sólo confirmó mis dudas.

—Vamos a cerrar esta noche. No tenemos otra opción. No podemos recibir a nuestros clientes con una visita inesperada de la Rosa Negra.

Mi corazón dio un salto en el pecho. El gordo John iba a venir hoy por el dinero. Normalmente irrumpía en el restaurante cuando estaba vacío para no interrumpir el servicio. El desacuerdo con mis padres debía de ser mayúsculo para que se presentara sin avisar.

Cuando mi padre colgó con mi tío, dejé escapar un largo suspiro antes de correr hacia los fregaderos para fingir que estaba ocupada con los platos. Mi padre entró unos segundos después intentando poner su cara más serena.

—Gracias por venir a ayudarnos, hija, pero puedes irte a casa. Hay un problema con el congelador. Vamos a cerrar esta noche.

Mi padre, incómodo, se subió los vaqueros. Se quedó parado esperando a que me quitara el delantal. Le dije en voz baja mientras frotaba un plato:

—Hace tiempo que no pasamos tiempo juntos. Debe haber algo más que pueda hacer.

Mi padre miró nervioso hacia las puertas antes de dirigirse hacia mí.

—Esta noche no. Vete a casa. Es mejor.

Mi madre irrumpió en ese momento en la cocina con una expresión sombría. Con una voz sin emoción llamó a mi padre.

—Miguel, dos hombres han venido a verte.

Era la primera vez que veía a mi madre tan pálida.

—¿John el Gordo? —pregunté rápidamente.

Mi madre sacudió la cabeza. Apenas podía hablar.

—No. Nunca he visto a estos hombres antes, pero no se parecen en nada al Gordo John y su pandilla.

Los hombros de mi padre se desplomaron. Se frotó la frente, tratando de pensar, y luego, con un movimiento de cabeza, me ordenó que me escondiera en el fondo de la cocina. Demasiado preocupada, me negué a obedecerle y seguí a mis padres al restaurante. Mi madre no era de las que se dejan impresionar por nadie. ¿Quiénes eran esas personas que la habían dejado sin palabras?

Mi padre me miró con enfado cuando ocupé mi lugar junto a él detrás del mostrador, pero no le presté atención. Un hombre alto y delgado de rasgos severos estaba ante nosotros. Vestido de negro, llevaba en la cabeza un sombrero que no se molestaba en quitarse. Las cicatrices del acné estaban excavadas en algunas partes de su cara. Cuando me miró, sus ojos oscuros parecieron ver la oscuridad. Un escalofrío me recorrió la espalda. Nada en este hombre sugería que viniera a negociar o discutir algo con nosotros.

Detrás de él, su guardaespaldas, de aspecto macilento y vestido de la misma manera, no parecía más amigable. Esperaba las órdenes de su jefe y nos miraba con ojos pequeños y amenazantes. Al lado de ellos, el Gordo John no era más que un vándalo de segunda.

—Señor Jiménez, estamos aquí para redefinir las reglas del contrato y para aumentar la cantidad que nos deberá cada dos semanas. Por este dinero, tendrá, por supuesto, nuestra protección y nuestra ayuda, si la necesita, para ciertas tareas.

Mi corazón se detuvo. Miré a mi padre, que intentaba reprimir su ira como podía. Enderezó sus anchos hombros y dijo con una voz llena de animosidad:

—¿Quién es usted? Nunca lo habíamos visto por aquí

El hombre se quitó el sombrero, se limpió la frente y se lo volvió a poner en la cabeza. Luego se cruzó de brazos y habló de forma distante e impersonal.

—No necesita saber mi nombre. Como acabo de decirle, estoy aquí para resolver algunos detalles de su establecimiento

—¡No vamos a pagar! —dijo mi padre bruscamente—. Son una banda de sanguijuelas, la peor clase de parásitos. La extorsión a mi restaurante se acabó. Me niego a alimentar a su organización.

Mi madre intervino poniendo una mano en el hombro de mi padre. Ella también estaba aterrada por las consecuencias que pudieran tener sus palabras. El desconocido se giró a medias hacia su secuaz, cuyos rasgos se habían congelado en una máscara impenetrable. Intercambiaron una breve mirada y luego el hombre volvió a dirigir sus oscuros ojos hacia mi padre. La situación tomó un rumbo aterrador. Odiaba su actitud amenazante hacia nosotros.

—Señor Jiménez, usted es uno de los empresarios más problemáticos que tenemos en Sheryl Valley. Nuestro anterior colaborador aceptó su exceso de celo, ¡pero nosotros no! Será mejor que acepte cooperar sin hacer un escándalo.

—¿O qué?

El hombre respondió a mi padre con otra pregunta.

—¿Seguro que quiere saberlo?

Sin esperar respuesta, levantó ligeramente la mano en el aire. Su guardaespaldas sacó entonces una pistola y se la entregó. Me quedé boquiabierta. Mi padre se puso delante de mi madre y de mí para protegernos. En ese momento mis ojos se posaron en sus dedos, que estaban cerrados sobre la culata de la pistola, y mi respiración se detuvo. Con los ojos muy abiertos, miré el anillo de sello que llevaba el mafioso. Era miembro de los Mitaras Almawt, y su líder era Yeraz.

Escudriñé el interior del restaurante con los ojos desenfocados, pero no pude verlo realmente. La cabeza me daba vueltas y un sordo zumbido en los oídos me impedía oír los gritos de mi madre y las súplicas de mi padre. Mi mente iba a la deriva sin poder evitarlo. Yeraz acababa de dispararme en el corazón. ¿Cómo pudo traicionarme así? Nada le importaba más que gobernar esta ciudad.

Los disparos me devolvieron a la realidad. Mi padre se lanzó sobre mí, tirándome al suelo. Aunque me tapé los oídos con las manos, oí el tintineo de los cartuchos vacíos que caían al suelo.

Mi madre, tumbada a mi lado, lloraba y gritaba pidiendo al Señor que nos perdonara. Fueron los segundos más largos de mi vida. Mi corazón se rompía un poco más con cada disparo.

Cuando cesaron los disparos, esperamos durante mucho tiempo, tumbados en el suelo, paralizados por el miedo. El silencio llenaba el aire a nuestro alrededor. Sólo el sonido de nuestras respiraciones perturbaba el momento de quietud. Los hombres se habían ido. De repente se oyó la voz de Elio, llamándonos, preso del pánico.

—¡Quédense aquí! —nos ordenó mi padre.

Tomé a mi madre en mis brazos. Estaba temblando de miedo. Mis manos acariciaron su rostro como si tuvieran el poder de calmarla.

—¿Quiénes eran esas personas? ¿Por qué no me llamaron? Habría bajado.

Elio gritaba de rabia. Dejé a mi madre y me levanté, tambaleándome. Mi hermano se lanzó sobre mí y me abrazó. Me abrazó tan fuerte que tuve que pedirle que me soltara para poder respirar.

Casi pierdo el equilibrio al mirar alrededor del restaurante. Las paredes estaban acribilladas a balazos y las ventanas estaban completamente destrozadas. El lugar parecía un campo de batalla. Mi padre se llevó las manos a la cabeza, consternado, y gritó con todas sus fuerzas. Él y mi madre lo habían perdido todo esta noche. Yeraz les había quitado todo.

Cerré los ojos. Mi cerebro tardó en reconectarse con la realidad. Mi madre, todavía petrificada, se enfrentaba a mi hermano, que permanecía serio y preocupado. De repente, me asaltó una idea, una idea que despertó en mí un sentimiento cercano al horror, pero que mi razón aprobó. Una Ronney oscura y llena de cicatrices iba emergiendo poco a poco. Esa mujer, de cuya existencia no había sido consciente, se acercó a mí y me pidió que la dejara a cargo.

Sin pensarlo, me dirigí con prisa hacia la salida. Mi padre corrió hacia mí y me retuvo justo a tiempo antes de que atravesara las puertas del restaurante. Me dirigió una mirada interrogativa.

—¡Voy a arreglar esto, papá! Dame las llaves de tu coche.

Mi padre asimiló mis palabras con asombro.

—¿Te has vuelto loca? No dejaré que maten a mi hija. Quédate con nosotros. Tus tíos estarán aquí pronto para ayudarnos a poner las cosas en orden.

—¿Me has oído? ¡Suéltame! Voy a recuperar tu vida. No sólo nuestros corazones sangrarán esta noche.

Sintiendo la determinación en mi voz, no insistió. Reticentemente me entregó sus llaves y me rogó con los ojos.

—No te pongas en peligro, Ronney. ¿Dónde vas a ir? ¿Qué vas a hacer?

Matar a Yeraz.

Todavía en la puerta, mi padre me gritó que volviera pero me apresuré a ir al coche.

****

Con la espalda inclinada, subí por el acceso a la casa. Entré y cerré la puerta sin hacer ruido detrás de mí. Ashley y Timothy debían haberse ido por un tiempo. Yo trabajaba para Yeraz, así que no sería un gran problema si me atrapaban aquí.

Escuché si había ruido, pero no había nadie en el primer piso. Con piernas inseguras, subí a la habitación de Yeraz con el estómago hecho un nudo. El pulso me golpeaba las sienes. Me faltaba el aire.

En el pasillo unas débiles voces me llegaron desde la oficina. ¡Maldita sea! Yeraz no estaba

solo. Probablemente estaba disfrutando de los estragos que había causado en el restaurante. Una ira sorda retumbó en mi interior. Con pasos ligeros, continué mi camino hacia su habitación.

Mi corazón latía con fuerza mientras entraba. Apreté mi cuerpo contra la pared para poner en orden mis pensamientos. ¿*Estás segura de que quieres hacer esto*? Cerré los ojos. Un cosquilleo en las puntas de mis dedos me paralizó por un momento. El sudor se acumuló en mi frente. El sonido de los disparos volvió a mi memoria, junto con las caras aterrorizadas y consternadas de mis padres. Nunca podría olvidar esos gritos.

Decidida, volví a abrir los ojos. ¡Esta noche terminaba todo! La dulce Ronney se había ido. Por fin íbamos a jugar en igualdad de condiciones, por así decirlo. Me aparté de la pared y me dirigí a la cómoda donde estaba guardada la colección de armas de Yeraz.

Empujé la puerta de cristal del tocador con cuidado para no hacer ruido y empecé a rebuscar entre su artillería. Sabía exactamente lo que buscaba.

Fascinada miré la MAC 50 desde todos los ángulos. Era la misma arma que Yeraz había puesto en mis manos, la misma que había deslizado entre mis muslos. Aparté esos pensamientos perversos de mi cabeza. Quería que fuera lo último que viera en este mundo.

Tras comprobar que estaba cargada, decidí invitarme a su reunión de trabajo.

Sedienta de venganza, nada podía detenerme.

Respiré profundamente y atravesé la puerta de la oficina sin llamar primero. Inmediatamente desenfundé mi arma y entré en acción. Como había adivinado, Yeraz estaba de pie detrás de su escritorio. Me miró con cara de asombro y luego se echó hacia atrás en su silla, como un hombre al que sacuden bruscamente. Advertí la ausencia de Hamza.

Un hombre de corta estatura con el cabello peinado hacia atrás se abalanzó sobre mí, pero se detuvo en seco cuando lo apunté con mi pistola.

—¡Da un paso más y te volaré la cabeza! —rugí amenazadoramente. Los hombres que me rodeaban retrocedieron con cautela.

—Ronney, ¿qué demonios estás haciendo? —gritó Yeraz, furioso.

Atravesó la habitación en dirección a mí. Decidida, lo apunté con la pistola y quité el seguro. Yeraz se quedó inmóvil, con el rostro pálido. Evidentemente intentaba comprender el motivo de mi comportamiento, que sin embargo estaba más que justificado.

—¡Salgan de la habitación! —Yeraz gritó a sus hombres—. Esto es entre la señorita Jiménez y yo.

Ninguno de los hombres presentes se movió. Todos me miraban con ojos amenazantes, dispuestos a sacar sus armas.

—¡Largo de aquí! —gritó Yeraz con los ojos saliéndose de las órbitas.

Sintiendo que la situación se le iba de las manos, empujó a uno de sus hombres. Llevaba bastante tiempo con el brazo extendido y me estaba cansando, pero no titubeé. Estaba dispuesto a disparar al primero que diera un paso hacia mí. Los hombres se dirigieron lentamente hacia la salida, procurando no darme la espalda. Sus ojos me gritaban que no saldría viva de allí, algo que ya sabía.

Cuando por fin nos quedamos solos, Yeraz giró la cabeza hacia mí y me miró con los ojos helados. Las palabras brotaron de sus labios en un torrente de odio.

—Ya me has apuntado con esa pistola dos veces. Te juro por Dios que será mejor que vacíes el cargador y te asegures de que estoy muerto, Ronney. ¿Quién te crees que eres para venir a mi casa y amenazarme con mi propia pistola?

Con el arma levantada hacia él, grité:

—¡Fuiste tú quien me amenazó esta noche, en el restaurante de mis padres! ¡Tus hombres destrozaron sus vidas! ¡Destruyeron el restaurante! *¡Te odio!*

Mi voz subía de volumen mientras hablaba. Los músculos de la cara de Yeraz se relajaron. Parecía no entender de qué estaba hablando. Una expresión de asombro se instaló en su rostro. Cerró los ojos y susurró:

—El plan Kayser.

Fruncí el ceño. ¿De qué estaba hablando?

Yeraz me miró fijamente con severidad. Permaneció en silencio unos instantes antes de añadir:

—Tras una guerra territorial y un acuerdo con el líder del clan Rosa Negra, los Mitaras Almawt tomaron el control de los restaurantes y clubes de Sheryl Valley.

—¿Cuándo hiciste este acuerdo con ellos?

Yeraz sacudió la cabeza antes de mirar hacia otro lado.

—¿Por qué importa, Ronney?

—¿Por qué importa? ¡¿Nos acaban de disparar y no se te ocurre nada mejor que decirme?!

Apreté la pistola. Yeraz se abstuvo de responder. Permaneció impasible, con la esperanza de que mi ira se calmaría si él no la alimentaba con sus provocaciones.

—¿Cuándo firmaste el acuerdo?

Con tono áspero y decidido, finalmente respondió.

—Dos semanas después de que empezaras a ser mi asistente.

Sentí como si una cuchilla caliente me atravesara. Me estaba asfixiando. Me sentí como si estuviera cayendo desde un edificio de veinte pisos, hundiéndome cada vez más en la nada. Las lágrimas corrían por mis mejillas. Yeraz se acercó a mí, pero lo alejé a punta de pistola.

—Fue sólo una formalidad más para mí. Te juro ahora, Ronney, que nunca firmaría nada que te pusiera en peligro a ti o a tus seres queridos. Eso era antes.

—¿Antes de qué? —grité, sollozando—. Estás arruinando la vida de la gente de Sheryl Valley. Esta noche casi me disparan en la cabeza. ¿Qué habrías hecho tú, Yeraz?

En su rostro se dibujaba una profunda tristeza, devastada por el dolor. Estaba excesivamente pálido y parecía estar muriendo en ese momento. No pude leer las profundidades más oscuras de su pensamiento. Mis lágrimas continuaron fluyendo. No pude detenerlas.

—Preferiría sufrir mil muertes antes que ver que te hicieran daño.

Articuló cada palabra con énfasis. Mi mano empezó a temblar y a debilitarse.

—Hoy no tomaría las mismas decisiones. Eres lo más puro de mi vida, Ronney.

Bajé lentamente el arma, con el corazón hinchado de dolor y tristeza.

—Pero el otro día me dijiste lo contrario —repliqué, llena de resentimiento.

Yeraz, angustiado, susurró:

—Lo sé, y ojalá pudiera creer lo que dije.

Agotadas mis fuerzas, apenas pude pronunciar mis siguientes palabras.

—Estoy agotada, Yeraz, tan cansada de esta vida.

Yeraz cruzó el espacio que nos separaba para presionar sus labios contra mi frente.

Con una mano me sujetó firmemente la nuca mientras con la otra me desarmaba.

Di un salto cuando oí que la puerta se abría con un golpe.

Yeraz se giró bruscamente.

De pie frente a mí, apuntó con su MAC 50 a sus hombres.

—Está bien, caballeros. ¡Guarden sus armas!

El pequeño grupo cumplió tras un rápido análisis de la situación. Yeraz hizo lo mismo,

guardando su arma en la parte trasera de su pantalón.

—Soan, dile a Hamza que voy. Tengo que arreglar algo con él. Los demás pueden irse. Continuaremos la reunión el lunes.

Los hombres asintieron respetuosamente a Yeraz antes de salir de la habitación. Yo también estaba a punto de salir, pero él me detuvo.

—Lo arreglaré. Lo prometo.

Me rogó con los ojos que le creyera. Me solté de sus brazos y le contesté con un tono escalofriante.

—Más te vale, o no volverás a verme.

Salí de la habitación tras lanzarle una mirada llena de promesas.

16

Varios días después seguía teniendo problemas para dormir a causa del violento ataque que sufrimos mis padres y yo. A pesar de todo lo que había pasado, el lunes había vuelto al trabajo con Yeraz. Él había intentado ponerse en contacto conmigo muchas veces durante todo el domingo, pero yo no me había molestado en responder a sus llamadas o mensajes.

Todavía estaba molesta, traumatizada por los recientes acontecimientos. Hacía todo lo posible por evitar a Yeraz. Me llamaba a su oficina, pero yo enviaba a Timothy o a Ashley en mi lugar. Aumentaba a propósito su cantidad de viajes para estar a solas conmigo en el coche, pero yo me adelantaba a sus citas de negocios por mi cuenta. Con cada día que pasaba, el silencio entre nosotros se hacía más y más profundo.

Sentada en el sillón de la sala de estar con la tableta en la mano, escuché a Timothy enumerar las últimas tareas que teníamos que completar para la gala de Acción de Gracias, que sería dos días más tarde. Era temprano y mi asistente se paseaba con energía por la habitación mientras leía sus notas en voz alta.

—...contactar con el servicio de valet, comprobar los seguros...

—¡Hecho! — lo corté.

—¿Y los fotógrafos?

—Ashley está en ello. La prensa tendrá que quedarse en la entrada, pero nuestros equipos cubrirán el evento.

Timothy exhaló un largo suspiro antes de desplomarse en el sofá.

—Ronney, has hecho un trabajo maravilloso. ¿Dónde has estado todos estos años?

Me encogí de hombros para decirle que yo tampoco conocía la respuesta.

Y añadió:

—Eres una persona increíble —su sonrisa se desvaneció y sus ojos se nublaron. Mi asistente dijo con sinceridad:

—Ha sido un honor pasar estos últimos meses contigo. Los has hecho menos... difíciles de soportar. Pronto nos separaremos. ¿Qué es lo que más voy a echar de menos? Ciertamente no al tirano para el que trabajamos. Os veo a ti y a Ashley más que a mi propia familia. Siempre he soñado con irme, con hacer por fin algo que me guste y me haga sentir bien, pero ahora debo confesar que me da miedo dejar todo esto.

Asentí con tristeza. Timothy había pasado tanto tiempo al servicio de Yeraz que, inconsciente e involuntariamente, había desarrollado algo parecido al síndrome de Estocolmo como único instinto de supervivencia. ¿Y si a mí me pasaba lo mismo? ¿Qué persona normal podría estar aquí y ser regañada todo el día? ¿Qué persona que recibió un disparo en un restaurante volvió a trabajar para la persona que lo había ordenado? Un susto repentino me recorrió. ¿Estaba yo también enferma? ¿Me había vuelto completamente dependiente de Yeraz? La voz de Timothy me sacó de mi estupor.

—Afortunadamente todo esto va a terminar pronto. Con las credenciales que tendremos, podremos trabajar con cualquiera. Una vez que uno ha tenido al señor Khan como jefe, ya nadie podría asustarlo. ¿Verdad?

Intenté sonreír pero mis labios se negaron a obedecer. Timothy giró la cabeza hacia la sala de estar y se levantó del sofá de un salto, con el rostro tenso. Seguí su mirada y vi que Yeraz irrumpía en la habitación con aspecto sombrío. Desde allí podía ver las grandes ojeras que

sombreaban sus ojos.

Le dijo a mi asistente en tono de reproche:

—¡No te pago para que descanses o hables! ¿Has preparado el material para mi reunión de esta mañana?

Timothy iba a hablar, pero un gesto imperioso de Yeraz lo hizo callar.

—Ahórratelo. A la señorita Jiménez y a mí nos esperan en casa del Señor Saleh.

Me levanté y lo miré con cautela.

—Señorita Jiménez, Isaac nos está esperando afuera. apresúrese y reúnase con él.

—Pero...

—Hamza no tiene mucho tiempo para nosotros. Quiere hablar con nosotros después de que le mencioné los cambios que habrá que hacer en el plan Kayser. Insiste en que usted esté presente.

No podía negarme a ir a esta reunión con él. El restaurante de mis padres estaba en juego. Tenía que parar este ciclo en el que llevaban tantos años.

Me giré hacia Timothy.

—Estaré contigo en cuanto termine. Puedes encontrar a la persona de contacto para los seguros en la tableta.

Timothy cumplió sin perder tiempo. Yeraz me esperaba en la entrada de la sala de estar. Cuando salí de la habitación, se apartó para dejarme pasar. Nuestras miradas se cruzaron. Con todas mis fuerzas, reprimí el extraño sentimiento que me inspiraba.

****

Yeraz apareció unos minutos después y se sentó en el coche a mi lado. Su mal humor podía leerse en su rostro. Isaac arrancó el coche inmediatamente.

Tras varios segundos de insoportable silencio, giré la cabeza hacia él y le pregunté con voz insegura:

—¿Vas a cancelar el acuerdo?

Yeraz sacudió la cabeza, con la cara vuelta hacia la ventana.

—No es tan fácil, Ronney. No puedo chasquear los dedos y borrar todo.

—¿Por qué no?

Yeraz se giró hacia mí, sus rasgos mostraban fatiga. En sus ojos oscuros se reflejaba toda la oscuridad de su alma.

—Porque hay mucho dinero en juego. La Rosa Negra y las Mitaras Almawt no están dispuestos a dejar pasar este tipo de trato.

—Pero estamos hablando de la vida de cientos de personas.

—¡Y yo estoy hablando de negocios!

Apartó la mirada de mis ojos y se puso la chaqueta oscura, como si eso lo ayudara a calmarse.

—Dejarán en paz el restaurante de tus padres, ¡pero eso es todo!

Me senté en el respaldo de mi asiento y vi pasar el paisaje ante mis ojos. Yeraz no entendía que había muchas Ronney que querían una vida tranquila, sin el miedo cotidiano a la mafia.

—Las cosas están cambiando poco a poco, Ronney. Deja que el tiempo haga lo suyo.

Lo miré de nuevo.

—Lo sé —tras una breve vacilación, añadí:

—Hay veces que me haces feliz. Ojalá fuera siempre así.

Su mirada cambió drásticamente a una de inesperada dulzura. Instintivamente bajé los ojos para evitar que leyera mi corazón. Su mano se acercó lentamente a la mía y la rozó con las yemas

de los dedos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Frunció el ceño.

—¡No!

—Si hubieras sido una persona ‘normal’, sin el legado de tu padre, ¿qué habrías querido hacer con tu vida?

Yeraz dejó escapar un largo suspiro.

—¿Entonces para ti no soy una persona normal?

Incliné la cabeza de izquierda a derecha con una pequeña mueca. Se esforzó por contener la sonrisa que apareció en la comisura de sus labios antes de recuperar rápidamente la seriedad. Con los ojos fijos en el vacío y las cejas fruncidas, abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

Tras unos momentos buscando las palabras, me confesó con dolor:

—Me gustaría tener un rancho. Me encantan los caballos. Es difícil de creer cuando se sabe que, de niño, mi padre me obligaba a disparar a los cadáveres de los animales en el matadero y, más tarde, a disparar a las reses vivas para —como le gustaba recordarme— “forjarme”.

Mi ritmo cardíaco disminuyó. Yeraz acababa de confiarme uno de los episodios más duros de su vida, que lo había afectado profundamente. Desde su infancia no había conocido más que la violencia. Su sufrimiento se extendió a mí. Un dolor inmenso se apoderó de mi pecho como una banda de acero.

—¿Y tu hermano? —susurré.

—Mi padre lo dejó solo. No era el mayor de la familia. Tenía mi vida resuelta.

—¿Por qué tu madre no te protegió?

Yeraz hizo una pausa. Su mirada intensa y penetrante captó la mía.

—¿Y la tuya, Ronney? ¿Por qué no te protegió?

Una vez más, él tuvo la última palabra.

—¿Puedo hacerte yo una pregunta también?

Asentí con la cabeza.

—¿Realmente me habrías disparado con mi propia arma?

Me quedé helada. Su pregunta me atrapó desprevenida. Abrí la boca, pero enseguida la volví a cerrar. Mis ojos respondieron por mí. Yeraz frunció los labios y cerró los ojos, con la frente arrugada.

—No sé qué es más doloroso, Ronney. Recibir un disparo en el corazón o sobrevivir con el corazón roto.

Dijo estas palabras con un inmenso esfuerzo. Quise responder, pero Isaac nos interrumpió.

—Señor Khan, hemos llegado.

Yeraz salió del coche sin mirarme y fue a abrir la puerta. Se había puesto las gafas oscuras para cortar toda comunicación conmigo.

****

El mayordomo anunció nuestra llegada antes de dejarnos entrar en la oficina de Hamza. Tras una rápida mirada a su empleador, nos dejó a solas con el dueño de casa. Hamza hizo el ademán de levantarse detrás de su escritorio para saludarnos y luego señaló las dos sillas que tenía delante.

Nerviosa, puse las manos sobre las rodillas. Hamza me observaba con curiosidad. Su aire antipático no abandonaba su rostro. Luego se dirigió a Yeraz y le ofreció tabaco, que éste

rechazó cortésmente antes de quitarse las gafas oscuras.

Acomodado en su asiento, Hamza inició la conversación.

—Como te dije el otro día, Nino es un hombre de ideas fuertes. Cambiar los términos del contrato lo pone nervioso.

—¡Pero no es la primera vez que cambiamos unas líneas en un contrato!

El tono de Yeraz era escalofriante.

—Nuestro acuerdo con los Rosa Negra y Nino es frágil, como bien sabes. Les dimos una gran parte del territorio de la cocaína, de la que no querías saber nada, a cambio de negocios. Seguimos sus instrucciones y de repente... —Hamza giró la cabeza hacia mí un momento antes de volver a Yeraz y decir:

—...te echas atrás para cumplir los deseos de tu asistente.

Vehemente, Yeraz replicó:

—¡No vayas por ese camino, Hamza! Conozco personalmente el establecimiento de los padres de la señorita Jiménez. Me niego a que sea un daño colateral para nuestro negocio. Ese restaurante nunca debería haber estado en nuestra lista.

Hamza se llevó el tabaco a la boca antes de tomar una carpeta, que examinó escrupulosamente, y luego añadió con voz tranquila:

—Todos los establecimientos comerciales, así como los restaurantes, forman parte de nuestra lista. ¿Por qué iba a ser diferente el de la familia Jiménez?

Desconcertada, me quedé mirando a Hamza durante mucho tiempo mientras el aire se cargaba de electricidad.

—¡Ahora las cosas han cambiado! —dijo Yeraz con voz seria—. No hay nada que discutir. Sólo hay que arreglar este incidente y sacar el restaurante de la maldita lista.

Absorto en sus pensamientos, Hamza arrugó la frente y finalmente asintió.

—Nino y yo tuvimos una larga charla sobre esto. Me pidió que lo arreglara, así que lo hice. Finalmente, llegamos a un acuerdo muy bueno.

Yeraz juntó las manos, invitando a Hamza a continuar. Una sonrisa falsa apareció en los labios de Hamza.

—Hemos acordado un intercambio de empleados. La señorita Jiménez trabajará ahora para Nino.

Sentí que la sangre abandonaba mi cara. ¿Dónde estábamos? ¿En el mercado de esclavos?

—¡Nunca! —rugió Yeraz, furioso.

Se levantó tan bruscamente de su silla que ésta se cayó. Hamza dio una calada a su tabaco antes de levantar la voz.

—Ten cuidado, joven. La cortesía es esencial, incluso entre nosotros. Vigila tu comportamiento cuando te dirijas a mí. No acepto ningún acto de rebeldía en nuestra familia. Khan, aún tienes mucho que aprender en el Mitaras Almawt.

Yeraz, furioso, se paseaba por la habitación como un león enjaulado, despotricando. En cuanto a mí, apenas podía darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. La pesadilla continuaba. En ese momento, la voz de Hamza pareció llegarme desde muy, muy lejos.

—Los intercambios de empleados siempre han existido en nuestro mundo. También forman parte del negocio. Hasta hace poco este proceso no te había molestado. ¿Cuántas cocineras, limpiadoras, contables o asistentes hemos intercambiado?

La bilis subió a mi garganta. Esta reunión se estaba volviendo irreal. Me iban a vender, o mejor dicho a intercambiar como un ordinario calcetín. ¿Qué podía hacer? Si me negaba, mis padres quedarían atrapados para siempre en una siniestra red de chantaje.

—¿Ronney?

Volví en mí cuando Yeraz me puso la mano en el hombro.

—Espérame en el coche.

Su voz quería ser tranquilizadora. Todavía en estado de shock, me levanté con dificultad. Mis piernas apenas podían sostenerme. Salí de la oficina de Hamza sin una palabra ni una mirada. Mi destino estaba ahora en manos de Yeraz.

Tras cerrar la puerta detrás de mí, expulsé el aire de mis pulmones con todas mis fuerzas. La cabeza me daba vueltas. A través de las paredes podía escuchar fragmentos de su conversación.

—¡No habrá intercambio! —estalló Yeraz lleno de ira.

—Llevas semanas mintiéndote a ti mismo. No puedes llevar las riendas del reino si tu mente está en otra parte. Tu vida requiere sacrificios, ¡y este es uno de ellos!

—Siempre he sido el mismo. Siempre te he sido leal y nunca me he echado atrás en mis obligaciones.

—Podrías matar a un extraño en la calle si tuvieras que hacerlo, pero eres incapaz de dejar ir a esta mujer. ¡Estás abandonando tus principios por ella!

Hamza también gritaba. Discutieron en árabe durante un rato hasta la sentencia final.

—Fue un error ir a Los Cabos con tu asistente. Te lo advertí. Cuando volviste lo entendí enseguida. Lo supe de inmediato. En cuanto te vi, supe que te habíamos perdido.

****

Yeraz subió al coche, con expresión estoica.

—¡Isaac, llévanos a casa de mi madre!

—¿A casa de Camilia? —balbuceé. —Eso no era lo planeado.

No contestó. El coche arrancó. Estaba aliviada de dejar este lugar.

—¿Cómo terminó la reunión con Hamza? —me atreví a preguntar después de un rato.

—Todo está arreglado.

Yeraz había respondido demasiado rápido. Algo lo seguía preocupando, pero no insistí a pesar de mi deseo de obtener respuestas. Estaba perdido en sus pensamientos. La situación parecía escapársele por completo.

El viaje fue muy tranquilo. ¿Cómo había convencido a Hamza para que revisara las condiciones del contrato sin involucrarme?

Cuando llegamos a nuestro destino seguí a Yeraz, con la mente aún adormecida, hasta la puerta de la residencia. Antes de que se abriera, respiré profundamente y me giré hacia él.

—Ven conmigo a ver el espectáculo de Daphne el sábado por la noche.

Sorprendido por mi inesperada petición, se quedó mirándome un momento y luego se rascó una ceja con el dedo antes de meter las manos en los bolsillos.

—No puedo. Está la gala. Agradece que te haya dado la noche libre en este día tan importante para nuestra familia.

—¿No puedes irte durante una o dos horas?

Hice una pausa y luego dije con voz tímida:

—Compré un billete para ti hace un rato. No sé por qué. Fue antes de todo esto.

Yeraz suspiró. La atención parecía haberlo conmovido.

—Hubiera preferido ver a Belinda en el escenario, créeme.

—¿Belinda?

Yeraz se encogió teatralmente de hombros.

—Ese es su nombre. Tienes la molesta costumbre de poner nombres falsos a la gente. A mí, en cambio, me gusta saberlo todo sobre ellos.

Justo cuando iba a responder, la puerta se abrió. Yeraz volvió a ponerse inmediatamente la máscara en la cara. Una ligera sonrisa apareció en los labios de Abigaëlle cuando me miró. De hecho, llevaba varias semanas mirándome con una mirada menos severa, y por una buena razón: ahora yo formaba parte del panorama Khan. Yeraz murmuró un vago saludo y entró como si estuviera en casa.

—Su madre lo está esperando en la sala de estar, señor Khan. Señorita Jiménez, ¿le gustaría almorzar mientras espera?

Fruncí el ceño y miré a Yeraz.

—Escucha, necesito hablar con mi madre a solas. Abigaëlle cuidará de ti.

Pestañeé mientras buscaba las palabras.

—¿Por qué no puedo ir contigo? ¿Qué es lo que no me dices?

Yeraz miró a Abigaëlle.

—Prepara la comida de la señorita Jiménez, por favor.

Inclinó la cabeza antes de marcharse. Por fin sola en el pasillo, Yeraz me habló con voz más suave.

—Confía en mí. Te dije que lo tenía todo pensado. Para ser honesto, es mi madre quien puede sacarnos de este problema. Nunca pensé que un día necesitaría su ayuda.

Asentí con la cabeza y susurré un gracias. Hoy Yeraz me había elegido, y nada volvería a ser lo mismo.

Lo vi alejarse sin intentar retenerlo.

La voz de Peter me llegó de pronto desde arriba. Estaba regañando a unos empleados. Decidí ir a verlo por el placer de ver cómo ponía los ojos en blanco al verme. El asistente de Camilia ya no me impresionaba.

Caminé por el pasillo, que olía a perfume fresco. Esta casa era más cálida que la de Yeraz. Me sentía bien aquí.

—No entiendo por qué las maletas no fueron revisadas al salir del aeropuerto. Camilia acaba de perder decenas de miles de dólares en joyas. ¿Cómo es posible? ¡Son realmente inútiles! Niños que...

Cuando Peter me vio aparecer, dejó de hablar e hizo exactamente lo que yo había previsto.

—No tengo tiempo para tu sesión de entrenamiento, Ronney. ¿Crees que el mundo gira en torno a ti? El sábado es la gala y todo el mundo está muy ocupado. Excepto tú, por supuesto, dando vueltas sin motivo.

Entré en la habitación y dirigí una mirada compasiva a los dos gigantescos hombres, que me doblaban en altura.

—Yeraz está abajo hablando con Camilia

Interesado de pronto, Peter se llevó el puño cerrado a los labios. Acababa de despertar su curiosidad.

—¿De verdad?

Su mirada se dirigió entonces a los dos hombres. Peter levantó la barbilla en dirección a ellos con mirada reprobadora.

—¿No ven que estoy en medio de una conversación con mi Cenicienta de barrio? Vamos, ¡salgan de aquí!

Su mano giró en el aire para echar a los dos empleados, que parecían estar conteniéndose de reducirlo a pequeños trozos. El asistente de Camilia los acompañó hasta la puerta y esperó a que estuvieran lo suficientemente lejos para volverse hacia mí, con un brillo en los ojos.

—¡Cuéntame todo!

Le revelé a Peter la existencia del plan Kayser, que vinculaba a Yeraz con la Rosa Negra, y le dije que para seguir con este acuerdo había insistido en que el restaurante de mis padres fuera eliminado de la lista de negocios. También mencioné el intercambio de empleados.

—¿Intercambiar? ¿*A ti*?

Peter, desconcertado, se dejó caer en una silla cuando escuchó la propuesta que Hamza había hecho a Yeraz.

—Pero estás lejos de ser un trofeo, querida.

Le di una palmada en el hombro.

—¡Soy una muy buena asistente!— repliqué yo.

—Bien, basta de bromas. La Rosa Negra es una organización muy poderosa, así que este es un asunto delicado. Para ellos, un trato es un trato.

—La vida de Yeraz no está en peligro, ¿verdad?

Peter me miró con desconfianza.

—¡Qué tal! Nuestra Ronney está más preocupada por su jefe que por ella misma. Querida, eres tú la que está en riesgo de ser vendida como ganado.

—¡Intercambiada!

Me crucé de brazos. Peter continuó:

—No sé cuál de ustedes está más loco. ¿Realmente estarías dispuesta a sacrificarte por él?

—¡Sólo quiero que no le pase nada!

Peter sacudió la cabeza y cambió bruscamente de tono. Estaba más serio que nunca.

—Algo le va a pasar algún día, Ronney. Cuando eres el jefe de una organización criminal como ésta, no vives lo suficiente como para arrepentirte de nada en tu vida. Yeraz siempre será joven.

Algo se rompió dentro de mí cuando escuché esas palabras.

—Debes prepararte para el día en que tengas que despedirte de él, de una forma u otra.

Desvié la mirada y recorrí la habitación con los ojos. El dolor en mi pecho crecía.

Las palabras de Peter eran ciertas, pero me resultaba insoportable escucharlas.

—Bueno, Camilia no necesita saber que has roto la regla número uno —exclamó para cambiar de tema—. Y ¿qué hay de la regla número dos?

Sorprendida, lo miré a los ojos. Balbuceé algo ininteligible antes de terminar con:

—No importa.

Los ojos de Peter se abrieron de par en par. No podía creerlo. Mis mejillas se sonrojaron.

—¡Jesús! Y yo que pensaba que ya nada podía sorprenderme.

Iba a decir algo más, pero Abigaëlle se acercó a la puerta para decirme que mi almuerzo estaba listo. Peter decidió acompañarme, lo que me pareció bien. No quería quedarme sola rumiando.

****

Comí sin apetito. El asistente de Camilia, sentado frente a mí, hacía muchas llamadas telefónicas. Refunfuñaba por teléfono y se quejaba de estar rodeado de un montón de

incompetentes. Verlo pasar por todas las emociones posibles al menos me hizo olvidar los últimos días de horror e intenso estrés.

Abigaëlle me preguntó si quería más pollo a la parrilla, pero lo rechacé amablemente, añadiendo que la comida estaba deliciosa. Peter fulminó con la mirada a la empleada, que salió de la cocina inmediatamente.

—¿Por qué eres tan desagradable con la gente que te rodea?

Se encogió de hombros antes de dar un largo sorbo a su vaso de agua. Luego respondió con un tono lleno de sarcasmo.

—Espero que los empleados sean perfectos, aunque contigo he aprendido a lidiar con ello.

Puse los ojos en blanco.

—¡Eres un idiota!

Dejó escapar una carcajada. Miré el reloj. Habían pasado casi dos horas desde que Yeraz se fue a hablar con su madre. ¿De qué podían estar hablando? ¿Era tan grave la situación?

—Ronney, ¿qué te parece reanudar las sesiones de entrenamiento el lunes? Sería una pena perder todo lo que hemos aprendido hasta ahora.

Me levanté y fui a tomar la botella de vino de la encimera. No me gustó la sugerencia de Peter. Cuando volví a mi silla, no me permitió ignorarlo.

—Deberías esforzarte un poco más. Lo estoy haciendo por ti. El siguiente paso sería que te quitaras ese feo aparato. Siento que hay un pequeño potencial en ti. Sólo necesito...

—¡Peter! ¿Podrías dejar de criticar todo por un minuto? Me siento como si estuviera con mis perversos primos. Créeme, si pudiera quitarme estas cosas pegadas a los dientes, lo haría. El problema es que tengo una ortodontista adicta (la más barata de Sheryl Valley, debo añadir), que obviamente estira las cosas para mantener a sus pacientes el mayor tiempo posible y así poder seguir pagando sus drogas.

Peter se puso la cabeza entre las manos. Indignado por mis palabras, no se molestó en contestar la llamada telefónica que estaba recibiendo.

—Eso es horrible. Esa mujer es un monstruo. ¿Qué placer obtiene al dejar a la gente desfigurada de esa manera? Ronney, ¿no podías haberlo dicho antes?

Dejé el tenedor colgando delante de mi boca y lo miré fijamente, entrecerrando los ojos.

—¿Quién puede resolver los problemas tan bien como yo? —continuó—. No es una coincidencia que yo sea el asistente de Camilia. Voy a llamar a Taylor ahora mismo.

—Qué... ¿Qué? ¿Quién es Taylor?

—El dentista de la familia Khan, el mejor de California.

Presa del pánico, dejé el tenedor y puse las manos delante de mí para detener a Peter, que ya había tomado su teléfono.

—No, por favor, déjalo. No me lo puedo permitir. No puedo pagar sus servicios.

El asistente de Camilia arrugó la nariz y con un gesto de la mano me echó en cara mis palabras.

—Lo sé. Me deberás una.

Su pequeño guiño decía mucho. La expresión —vender tu alma al diablo— acababa de adquirir un nuevo significado.

Cuando Peter colgó con Taylor, me observó en silencio durante un momento antes de respirar hondo y decir en tono pausado:

—Cancela todas tus próximas citas con tu sombría ortodontista. Taylor se hará cargo. Una visita a la semana y te los quitará para siempre justo antes de Navidad, que es dentro de un mes.

Me quedé sin palabras.

—Finalmente había aceptado la idea de que envejecería con ellos —logré articular—. Gracias.

Iba a responderme cuando se escucharon las voces de Camilia y Yeraz en el pasillo.

Dejé mi postre y salí para reunirme con ellos, con Peter detrás de mí.

Camilia deslizaba las perlas de su collar entre los dedos mientras miraba severamente a su hijo. Luego giró su cabeza. Dejó de hablar cuando me vio llegar. Yeraz se giró para mostrar una expresión estoica. Con los labios apretados y los dedos anudados como cuerdas, esperé con desesperación a escuchar lo que tenía que decirme. Camilia habló con su asistente.

—Peter, deberíamos dejarlos solos.

La madre de Yeraz se dirigió entonces a mí.

—Ronney, te espero en la terraza del jardín. Tenemos que hablar.

Su gélida mirada ya había marcado el tono de nuestra charla.

—¿Estoy despedida? —me apresuré a preguntar a Yeraz.

Con una mirada ilegible, respondió en voz baja.

—Sigues teniendo tu trabajo, pero ya no trabajarás para mí.

La respiración se me aceleró. Busqué desesperadamente el aire que me faltaba.

Yeraz me agarró por los brazos.

—Ronney, te quedas en la familia, no te preocupes. Nunca te dejaré en manos de otra persona. No a ti.

Me enfoqué en su rostro tenso por la angustia, y volví a respirar con normalidad. Después de unos segundos los latidos de mi corazón se normalizaron. Me pasé las manos por el moño y pregunté con voz temblorosa:

—Entonces, ¿cuál es el acuerdo con tu madre?

—El intercambio de empleados será con mis hermanas. Su asistente se va a trabajar para las hijas de Nino. Tú ocuparás su lugar a partir de la semana que viene. Si quieres seguir trabajando para ellas después más allá de lo acordado, puedes hacerlo.

Paige iba a ser sacrificada en mi lugar. Sentí que una multitud de culpas me agobiaban y me embargó un gran remordimiento. Mi mirada se posó en Yeraz. Parecía incómodo.

—¿Qué más?

Dudó un momento, y luego una nota de cautela irrumpió en su voz.

—Se lo he contado todo a mi madre.

Levanté las cejas.

—¿Todo?

—Sí. Tuve que hacerlo para convencerla de arreglar la situación. Ella sabe del ataque en el restaurante, mi pelea con Hamza, y... —Yeraz se aclaró la garganta.

Preocupada, le pedí que continuara. Miró hacia otro lado.

—Ella sabe que dormimos juntos.

Me puse pálida. El silencio volvió a ser insoportable. Hoy nada iba bien. Finalmente dije con voz desapasionada y una sonrisa forzada:

—Bien. Tendré que ir a enfrentarme a tu madre, que ahora debe pensar que soy una chica estúpida y promiscua. Deséame suerte.

Yeraz agarró mi mano y la apretó en la suya.

—No está enfadada contigo. Al contrario, es la primera vez que me ve preocuparme y luchar por alguien. Esa esperanza en sus ojos me hizo sentir raro.

Puse una mano en su mejilla. En ese momento parecía muy vulnerable. Yeraz cerró los ojos y

susurró casi con dolor:

—¡Mierda, Ronney! ¿Qué me estás haciendo?

17

Todavía medio dormida, me esforcé por responder a las numerosas preguntas de Ashley y Timothy. Sus voces resonaban en el enorme y prestigioso vestíbulo de este castillo a las afueras de la ciudad. La arquitectura era impresionante, con una combinación sublime de mármol y cristal. La velada contaría con una iluminación tenue, una orquesta y un impresionante desfile de gente de la alta sociedad.

En la entrada, retratos de personalidades míticas decoraban las paredes, y una alfombra roja mostraba el camino a los futuros invitados. En el exterior, el magnífico jardín francés acentuaba este lugar único con multitud de flores y árboles que perfumaban el aire con la brisa.

Desde la terraza del castillo observé la gran extensión de vegetación, que seguía adormecida a las primeras luces del amanecer. De pronto volví a la realidad y respondí a la pregunta de Ashley.

—Camilia piensa que ambos hacen un gran trabajo con los negocios de Yeraz y que yo seré más útil para las chicas.

Mi asistente se apoyó en la barandilla de piedra y giró la cabeza hacia mí. Evité cuidadosamente encontrarme con sus ojos para evitar que leyera todo el dolor que sentía al dejarlos. Desde el anuncio de ayer, me había obligado a poner una cara valiente.

—No quedará nadie en la casa para enfrentarse a él.

Me vinieron fragmentos de recuerdos: mi encuentro con ella, las horas pasadas con los archivos, nuestras comidas en la cocina. Me aparté de la contemplación del jardín y puse mi mirada en su tez apenas empolvada. Ni un solo mechón rebelde sobresalía de su larga cabellera rubia, impecablemente peinada.

—Cuida de él.

Hizo una pequeña mueca como si yo estuviera pidiendo algo imposible. Sin embargo, sabía que mis dos asistentes estaban dedicados a su trabajo y a su jefe. Dejaba a Yeraz en buenas manos.

Y añadí:

—Aprovecha la oportunidad para... No sé, esconder sus archivos, desviar sus llamadas. Dile a la tintorería que tiña sus trajes negros de azul o beige.

Estalló en una hermosa risa cristalina.

—¿De qué se ríen? —Timothy acababa de unirse a nosotros con una carpeta en la mano.

—Ronney estaba enumerando todas las cosas que tenía que hacer para que nos despidieran en menos de una hora.

—¡La lista debe ser larga!—respondió Timothy con un largo suspiro—. Pero para mantener nuestros trabajos, chicas, hay una cosa que pueden hacer ahora.

Lo interrogamos con la mirada.

—Llama a seguridad y a las señoras de la limpieza. Ghita perdió un pendiente de diamantes de Golconda con montura de oro blanco cuando pasó ayer por el castillo.

Dejó escapar un pequeño gemido de molestia.

—¡Maldita sea! Todas estas joyas caras están aseguradas. Todo lo que tiene que hacer es llamar a su compañía de seguros.

Timothy sacó su teléfono del bolsillo y se lo entregó a Ashley.

—¡Exactamente! Dejaré que se lo digas.

Ella le sacó la lengua como respuesta. Me reí y puse cariñosamente una mano en el hombro de Ashley.

—Vamos a buscar ese pendiente.

Entramos en el castillo. Mis ojos se posaron en el candelabro del centro de la sala. Mi última conversación con Camilia volvió a mi mente. Mi nuevo trabajo como asistente sería muy diferente al que tenía con su hijo. Me había advertido que sus hijas eran caprichosas y tenían horarios complicados. La imagen de marca que transmitían no podía verse empañada por los detalles. Por lo tanto, Peter se encargaría de mi vestuario durante la semana. No me entusiasmaba la idea, pero no estaba en condiciones de negociar nada en ese momento. Era eso o perder mi trabajo, lo que significaba que no podría permitirme el tratamiento y la atención médica de Elio. Puede que mi vida careciera de alegría, pero desde luego en ese momento no le faltaba acción ni dramatismo.

****

La habitación estaba bañada en luz cenital. En el exterior el tiempo era hermoso a primera hora de la tarde, pero en el interior todo era gris. Había odiado este lugar desde el día en que llegué, y ahora me daba tristeza dejarlo. Seguí doblando y metiendo mis pertenencias en la maleta con la mente en otra parte.

—¿Necesitas ayuda?

Me giré hacia la puerta de la habitación. Allí de pie estaba Yeraz. Su gracia flexible y felina aún lograba sorprenderme.

—No, gracias. Ya casi termino. De todas formas no tenía mucho.

Continué con voz plana y mecánica mientras guardaba mis cosas:

—He comprobado la coherencia entre las transacciones procesadas y el dinero ganado y perdido de tus acciones. Todo está al día. La reunión con el responsable de comunicación se ha pospuesto hasta el lunes, porque los inversores del grupo *Caforlia* han decidido mover...

—Ronney —me interrumpió Yeraz—, el mundo no se detendrá cuando te vayas, así que olvídate de eso.

Se acercó a mí y me entregó la última camiseta que quedaba en el borde de la cama.

—Nos veremos mucho menos, pero ya sabes dónde encontrarme si me necesitas.

Su voz había bajado una octava al final de su frase. Una repentina angustia surgió en mí.

—No sé qué es peor: trabajar contigo o que Peter me maquille todos los días.

Yeraz sonrió y reveló una hilera de dientes perfectamente blancos. Bajé los ojos, incapaz de sostener esa mirada que me quemaba los ojos. Todo en este hombre era intenso, desde su voz hasta su postura.

—No dejes que exagere. No estoy seguro de que vaya a disfrutar de otra Ronney.

Dejé de respirar. Mi sorpresa era genuina. ¿Cómo podía pensar que yo era bonita?

De pronto recordé la invitación al ballet. En el bolsillo trasero de mis pantalones, tomé la tarjeta y se la entregué.

—Sé que vas a estar muy ocupado mañana, pero me encantaría que estuvieras allí.

Tras un momento de duda, Yeraz la tomó y lo metió en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Lo intentaré.

—Probablemente te permitirán guardar tus gafas oscuras dentro.

El sarcasmo acudió a mis labios con total naturalidad. Yeraz me lanzó una mirada cómplice. Estaba conteniendo una carcajada.

—Por fin has ganado —dije, cerrando mi maleta—. Has conseguido librarte de mí manteniéndome lo más lejos posible de tu vida y de tu rutina diaria.

Con una mirada seria y autoritaria, Yeraz me invitó a continuar. Me di la vuelta para irme, pero su mano se cerró sobre mi brazo antes de que pudiera dar un paso.

—Te alejo para mantenerte cerca de mí, Ronney.

Acercó su cara a la mía y no me aparté. Quería que me besara. Sus labios se cerraron suavemente sobre los míos y mi corazón dejó de latir. Sentí su cuerpo presionando contra el mío, y luego su cálida lengua envolvió suavemente la mía. Nuestras respiraciones no coincidían. Le devolví el beso con la misma pasión. Seguimos besándonos durante mucho tiempo hasta que él soltó su dulce abrazo.

Todo se detuvo allí abruptamente, inconcluso.

****

A la noche siguiente, mi padre me recibió rebosante de alegría. Corrió hacia mí agitando un gran sobre marrón sobre su cabeza.

En el restaurante, toda mi familia se esforzaba por poner el local en orden para que pudiera reabrir lo antes posible. Mis primos incluso habían puesto sus vidas en pausa para ayudarnos.

—¡Ronney, nunca adivinarás! —exclamó mi padre—. El gordo John vino esta mañana y nos dio esto.

Curiosa, me apresuré a poner mi bolso detrás del mostrador y tomé el sobre que me entregaba mi padre, con la sonrisa aún incrustada en su rostro. Dentro había un fajo de billetes tan grande que no pude contarlo todo. La sorpresa me dejó sin aliento, me puse pálida y tuve que hacer un esfuerzo para recomponerme.

Mi padre exclamó:

—Es un milagro, ¿no? Ha venido a devolvernos todo el dinero que él y su mafia nos han estado quitando todos estos años. También añadió que el restaurante no tendrá que pagar nada en el futuro.

En estado de shock, fui incapaz de responder nada. Me sentía como si acabara de despertar de una larga pesadilla. Mis padres por fin podrían tener una vida normal. Yeraz había cumplido su promesa.

Mi padre me tomó las manos y me miró a los ojos con gratitud.

—Hija, no sé lo que has hecho, y no creo que quiera saberlo, pero tu madre y yo te agradecemos mucho. Estamos muy orgullosos de ti.

Abracé a mi padre. Era mejor así. No necesitaba saber lo de Yeraz, ni lo de la pistola que lo había apuntado, ni lo del intercambio que había evitado a duras penas con Nino. No, necesitaba mantener intacta la imagen que tenía de mí.

****

En el fondo de la cocina, me serví un trozo de pastel con ensalada. Pronto me reuniría con Bergamote y Alistair en la parada de autobús cercana a nuestra casa para ver la actuación de Daphne y los demás bailarines. Era un momento que llevaba meses esperando.

Apenas había comido algo en todo el día. Mi primera cita con Taylor, al otro lado de la ciudad, había tardado mucho. Había rehecho el moldeado de mis dientes y también había hecho algunas pruebas adicionales. Esa noche me dolía la mandíbula, pero no me importaba. La

esperanza de que me quitaran los frenos en un mes me dio el valor para soportar el dolor.

—Entonces, Ronney, ¿vas a salir esta noche?

Mierda. La perra de Gabriella acababa de entrar en la cocina, seguida de Carolina.

Asentí sin mirarlas.

Puso el cubo de agua a mi lado y añadió:

—¡Estamos aquí sudando para arreglar el restaurante mientras tú estás fuera divirtiéndote con los viejos!

Carolina se rió con maldad ante el comentario de su prima, y luego tomó la comida de mi plato. Aparté el plato, perdiendo el apetito. Gabriella sacó la fregona húmeda del cubo y la arrojó sobre mi ropa. Cuando me tocó, solté un pequeño grito.

—¡Estás loca! —protesté—. ¡Estoy empapada!

—¡Cállate! —dijo Carolina en tono cortante—. No es como que hayamos derramado el cubo sobre ti.

Gabriella añadió:

—Además, no es que vayas vestida de alta costura. Quiero decir, mírate, esos pantalones anchos son horribles.

Intenté secarme un poco, pero fue en vano. Esperaba que mi ropa se secara por el camino.

Carolina se inclinó sobre mí.

—Tu madre nos ha pedido que saquemos la carne y los postres para empezar a preparar la cena.

—En el congelador —refunfuñé mientras iba a recuperar mi bolsa de la mesa central.

—Gracias, Ronney la Fea —respondió Carolina, cuidando de articular cada palabra. Se fueron al fondo de la cocina, riéndose como hienas.

—¡Tienen que madurar! —susurré para que no me oyeran.

Estaba a punto de irme, pero se me ocurrió una idea. No, susurró mi buena conciencia. Adelante, dijo el mal. *Deja que la malvada Ronney se vengue.*

Me giré para mirar a través de la cocina hacia el congelador. La emoción aumentó en mí y mi pulso se aceleró. Recorrí el lugar con la mirada. No había nadie. Dejé la bolsa en el suelo y me dirigí lentamente hacia el fondo de la cocina. Cuanto más me acercaba al congelador, más oía el sonido de sus voces, sus insoportables risas.

Frente a las pesadas puertas entreabiertas, respiré profundamente y cerré los ojos. Todas las burlas, las palabras, las persecuciones, hicieron subir mi ira, contenida durante demasiado tiempo. Cuando abrí los ojos, cerré brutalmente las puertas sobre Gabriella y Carolina. Las risas se convirtieron en gritos.

—¡Ronney! ¡Ronney, sácanos de aquí! Estamos encerradas.

Oír sus lloriqueos me produjo una sensación de placer que nunca antes había experimentado.

—Ronney, ¿puedes oírnos? ¿Estás ahí?

Puse mi cara en la puerta y grité:

—¡Váyanse a la mierda!

Al salir de la cocina, puse una falsa cara de inocencia y me guardé lo que acababa de ocurrir. Atravesé las puertas del restaurante con una sonrisa triunfal en la cara.

****

Caminamos por la calle hasta el teatro más grande de Sheryl Valley, muertos de risa. Alistair y Bergamote aún no podían recuperarse de la historia sobre mis dos primas que acababa de

contarles en el autobús.

—¡Bien hecho, Ronney! —dijo Alistair.

Volvió a ponerse el sombrero y rodeó con su brazo a Bergamote, que asintió y no pudo hablar porque se reía demasiado.

Antes de entrar en el recinto sonó mi teléfono. Recé al cielo en silencio, *Señor, por favor que no sean mis padres los que me llamen por esto*. El nombre de Camilia aparecía en la pantalla. Fruncí el ceño antes de adoptar el tono más normal posible.

—Id dentro. Enseguida voy —dije a mis dos amigos, que me interrogaron con la mirada.

—Sólo necesito conseguir un Uber para Timothy —mentí.

Tranquilizados, hicieron un gesto y desaparecieron en el interior del teatro dejándome en la cálida noche.

—Ronney, siento molestarte. ¿Estás con Yeraz?

Camilia hablaba con voz fuerte para tapar el ruido que la rodeaba. La mayoría de los invitados ya habían llegado al castillo.

—No, se suponía que iba a estar en la fiesta contigo.

En mi mente, vi la imagen de Yeraz guardando la invitación en el bolsillo de su chaqueta. ¿Quizás había cambiado de opinión?

—No está aquí y no contesta el teléfono.

—¿Has intentado llamar a sus guardaespaldas o a Hamza?

—Sí, me han dicho que tampoco lo han visto, pero su palabra no vale mucho. En este mundo lo que prevalece es la *omertá* —suspiró Camilia—. No te molestaré más. Sólo avísame si se pone en contacto contigo de alguna manera. Esta es una de las galas más importantes del año.

La ira teñía su voz. Le respondí:

—No dudes en llamarme si hay alguna novedad de tu lado. Estaré atenta.

Cuando Camilia colgó llamé cinco veces al número de Yeraz, pero su teléfono estaba apagado. Me quedé un momento frente a las puertas del lugar esperando verlo llegar. Fuera, empezó a soplar un viento frío.

La sonrisa volvió a mi cara, como una máscara, cuando me senté junto a Bergamote. El espectáculo aún no había comenzado. Intenté hablar con tono indiferente para que mis dos amigos no sospecharan que me consumía la ansiedad.

No paraba de girar la cabeza a derecha, izquierda y hacia atrás, pensando y preguntándome. Afortunadamente, la representación estaba a punto de comenzar y mantendría mi mente ocupada durante un rato. Pero ¿qué me quedaría después? Sólo ansiedad.

Las luces se atenuaron y las voces se convirtieron en susurros. Una orquesta en el fondo del escenario comenzó a tocar una melodía que me atravesó y emocionó desde las primeras notas. Se levantó el telón y apareció la compañía de ballet. El decorado y el vestuario eran impresionantes, y ofrecían un espectáculo a medio camino entre la magia y el sueño.

Daphne se lució en cada paso. Su piel de ébano brillaba como mil pequeños cristales bajo las luces de los proyectores, haciéndola aún más deslumbrante, más inaccesible de lo que ya era.

A lo largo del ballet, la música nos envolvía, nos acariciaba o nos empujaba. La orquesta jugaba con nuestras emociones. Las danzas que se sucedían estaban todas impregnadas de una cualidad de hadas. Exigían un esfuerzo increíble que los bailarines conseguían hacer desaparecer bajo la más sutil de las gracias. A veces, los pies de Daphne ni siquiera tocaban el suelo, dando la impresión de que flotaba en el aire.

Tras casi una hora de actuación, cayó el telón. La ovación que siguió fue más que merecida. Mis ojos se enrojecieron de lágrimas mientras aclamaba a esos bailarines de excepcional talento. Nunca en mi vida había visto una representación tan hermosa. Desgraciadamente, la realidad me alcanzó de pronto cuando mis ojos se posaron en la silla vacía que estaba a mi lado. No había venido. Me invadieron sentimientos encontrados: decepción, rabia, celos, preocupación. Imaginaba cualquier cosa, pero lo que no sabía era que en ese mismo momento Yeraz acababa de declarar la guerra al líder de la Rosa Negra. Un sangriento tiroteo estaba teniendo lugar al otro lado de Sheryl Valley.

18

Abigaëlle cerró la puerta tras de mí y con un gesto de cabeza me indicó el primer piso. Me dirigí a las escaleras, pero unas voces procedentes de la sala de estar llamaron mi atención. Reduje la velocidad y empecé a escuchar. Al parecer, Camilia estaba hablando con un hombre y una mujer.

—Sólo hay una manera de encubrirlo. Tenemos que evitar que hablen —decía. No vi a Camilia, pero percibí en el sonido de su voz una gran molestia.

—Estamos trabajando en ello —dijo la voz femenina.

—Es lo único de lo que hablan los medios de comunicación desde el fin de semana, no del acto benéfico. Está ensuciando considerablemente nuestra imagen.

—Son sólo unos días. Créeme, a los habitantes de Sheryl Valley no les importan estos pocos criminales asesinados en plena calle —añadió una voz grave.

Con autoridad, Camilia declaró:

—¡Que venga mi hijo! No me importa si está ocupado o no.

Al oír pasos por el pasillo, me apresuré a subir antes de que me atraparan espiando.

Encontré a Peter en el último dormitorio. Estaba colgando la ropa en la entrada del vestidor. Cuando me vio, sus ojos me recorrieron, de arriba abajo, y suspiró melodramáticamente.

—¿Qué esperabas? —dije, poniendo los ojos en blanco—. ¿Que me presentara aquí en mi primer día en minifalda?

—Lo cierto es que tampoco esperaba verte con un disfraz de Casimiro.

—¡Me encanta este suéter amarillo con grandes lunares! Siempre me da suerte.

Peter prefirió no responder a mi comentario y me invitó a acercarme con un gesto de la mano. Luego declaró, mostrándome uno de los trajes que colgaban de una percha:

—Te vas a poner esto. Este enterizo gris de tirantes con una camiseta blanca está a medio camino entre una mujer de negocios con clase y una secretaria un poco zorra. Es perfecto para ti.

Hubo un largo silencio. Crucé los brazos sobre el pecho y enarqué una ceja.

—De ninguna manera.

—Déjate de tonterías, Ronney, y póntelo. No es un amuleto de la suerte, pero al menos este enterizo te hará pasar casi desapercibida cuando salgas con las hijas de los Khan.

Incliné la cabeza y seguí mirando a Peter. Él levantó las manos en el aire.

—Muy bien, es cierto que va a ser difícil pasar desapercibida con tu aspecto 'raro'.

Empezó a enumerar todas las razones por las que debía llevar el excéntrico traje de discoteca, que era similar al que llevaba el grupo Abba. Mientras hablaba, me vino una idea a la cabeza.

—¡Muy bien! Me lo pondré.

Peter se congeló. Cauteloso, entrecerró sus pequeños ojos marrones, esperando que continuara.

—Con una condición.

Asintió con una mueca en la cara.

—Háblame del tiroteo del sábado por la noche.

Repentinamente muy ocupado, Peter se puso a acomodar el desorden que llenaba la habitación.

—No es nada. A los medios de comunicación les encanta insistir en cosas pequeñas que no importan.

—¿Nada? ¡Hay personas muertas!

Peter puso los ojos en blanco.

—Las guerras siempre han formado parte de la historia de este mundo. Tiene aspectos muy diferentes en todos los niveles, lo reconozco, pero los puntos siguen siendo los mismos: conflictos, motines, tratados.

—Camilia parece muy alterada. La escuché hablar con algunas personas de abajo.

—Tess Lawrence, una dura periodista, está a punto de publicar un artículo sobre Rosa Negra y Mitaras Almawt. Al parecer, el artículo será una auténtica bomba si se publica.

Recordé la visita de la mujer a mi casa y me puse pálida. ¿Qué destino le había deparado? Un escalofrío me recorrió.

Peter continuó.

—Afortunadamente, Camilia conoce a gente poderosa. En este mismo momento está con los directivos del *Daily News*, así como con su abogado, para llegar a un acuerdo con ellos.

Peter frotó su dedo índice contra el pulgar para especificar que el trato se resolvería con un acuerdo financiero.

—¿Y Yeraz? —pregunté.

Intenté no perder el control de mi respiración. Había estado en una especie de niebla desde que me enteré del tiroteo, y esperaba que Peter me diera por fin alguna noticia real sobre él.

—Probablemente su estado de ánimo no sea el mejor, pero puedo asegurarte que no resultó herido en el ataque. Son los soldaditos los que los líderes de estas organizaciones envían al matadero. El señor Khan, el señor Saleh y los demás dan las órdenes, pero rara vez se ensucian las manos.

Peter forzó una risa. Había tensión en el aire. Me entregó el traje y la blusa con una falsa mirada de pena. Tomé el enterizo, refunfuñando.

****

La sala de estar daba la impresión de ser parte del jardín gracias al enorme ventanal que dejaba entrar la luz.

Sentada a la mesa, aproveché ese momento de soledad para hablar con Timothy y Ashley por videoconferencia. Sonreí al ver las expresiones de sus rostros. Se quejaban de sus duros días de trabajo, de la agitación que había entre aquellas paredes, pero aún así encontraban tiempo para bromear juntos.

Yeraz había decidido quitarles el día libre entre semana. A partir de ahora, sólo tendrían el domingo.

—Ha estado de muy mal humor desde que te fuiste —dijo Ashley.

—Sí, por tu culpa ya no dormimos, y tenemos que comer sólo sándwiches porque los descansos son muy cortos.

Timothy fingió dispararse en la cabeza. Los extrañé a los dos.

—He guardado una botella de vino para ti. Está escondida bajo el fregadero —susurró Ashley con un guiño cómplice.

Sonreí.

—Estaré encantada de ir a tomar una copa —respondí con el corazón encogido.

De repente, oí que se abría la puerta principal. Mi descanso había terminado. Camilia y sus hijas habían vuelto de comer con Yeraz. La matriarca había preferido que me quedara aquí. Era una comida familiar en la que había que decir cosas.

Me despedí rápidamente de mis dos antiguos asistentes y me apresuré a apagar la tableta. Camilia, acompañada de sus hijas y de Hadriel, entró en la sala de estar. Peter, que acababa de unirse a ellas, me dirigió una mirada poco amistosa. Acercó una silla a mi lado y se sentó, mirándome fijamente.

—¡Gran suéter! —dijo Cyliane— ¿Los círculos grandes significan algo?

—Sí, es un mensaje a los extraterrestres para avisar que es una de ellos.

El tono de Peter iba más allá de la desagradable burla. Apreté la mandíbula y volví la cara hacia él.

—¡No me sentía preparada! —susurré.

—¿Cuál es su objetivo en la vida, señorita Jiménez? —susurró Peter, un poco molesto—. ¿Seguir siendo fea el resto de su vida?

—¡Tal vez!

Herida, me retraje en mí misma.

—Es una pena, porque incluso con toda la voluntad del mundo, no podrías hacerlo.

De repente me dirigí a él. Esta inesperada confesión por su parte fue impactante.

Inquieto, evitó cuidadosamente mirarme, pero añadió en voz baja:

—¡No puedo hacer milagros si no te esfuerzas!.

Fruncí los labios y pensé un momento antes de responder.

—Escoge para mí ropa un poco menos llamativa y prometo hacer un esfuerzo. No puedo cambiar de la noche a la mañana.

Cuando me miró a los ojos, sentí una extraña empatía por su parte. Me dedicó una media sonrisa y asintió.

—¿Podemos empezar? —preguntó Camilia mientras miraba su reloj.

Todos alrededor de la mesa asintieron. Bajé la cabeza y me quedé mirando los tacones de 15 centímetros de Ghita. Tenía mi respeto por haber conseguido caminar con ellos todo el día. Peter me dio una patada por debajo de la mesa para que me concentrara en la reunión.

—La próxima gala benéfica tendrá lugar el 23 de diciembre, la última del año. Tyra Banks, portavoz y amiga de la organización *Fashion por la Libertad*, organizará el evento en torno a la lucha contra la precariedad de las madres solteras en las zonas desfavorecidas de California. Todas las donaciones se destinarán a *Mejor Vida* y *Una Oportunidad*. La organización cuenta con nosotros para invitar a una serie de personas excepcionales para esa importante velada.

Camilia se giró hacia mí y añadió:

—Ronney, imagino que este evento te importa inevitablemente. Vienes de estos vecindarios.

Los asentimientos comprensivos de las hijas de Khan y de Hadriel me obligaron a adoptar la mirada más solemne posible.

—Sí, efectivamente. Podría ayudar a muchas familias.

Peter puso discretamente los ojos en blanco.

Camilia continuó:

—El evento tendrá lugar en Los Ángeles. En el programa: cena, concierto y desfile de moda. Aaliyah y Ghita, desfilarán para *Victoria's Secret y Chanel.* Hadriel, *Dolce Gabbana y Balmain* te quieren absolutamente.

Camilia hizo una pausa y consultó sus notas en el teléfono antes de continuar mirando por encima de sus gafas.

—Peter, tú asistirás a la dirección artística. No hay que descuidar nada.

Mi vecino aceptó su misión con la mayor seriedad, como si esta gala benéfica se hubiera convertido en lo más importante para él. Cuando Camilia se giró hacia mí, mi cuello se hundió

en mi suéter.

—Ronney, esa noche tendrás que asegurarte de que los invitados encuentren sus asientos y de que ningún paparazzi vaya tras bastidores. Sólo los fotógrafos con identificación podrán fotografiar a las modelos antes del desfile.

Asentí con la cabeza. Habló con una voz tranquila, pero fría. Todos los presentes en la mesa escuchaban con atención y respeto mientras ella daba instrucciones y tareas a todos.

Cyliane preguntó:

—¿Estará Yeraz allí?

Camilia se quedó callada y pensativa por un momento, luego su mirada se posó aleatoriamente en el ramo de rosas blancas que había sobre la mesa. Estaba claro que se preguntaba si la presencia de su hijo era necesaria.

Finalmente, Hadriel respondió.

—Aunque la sombra de la tragedia de este fin de semana se desvanece poco a poco, sería mejor que no estuviera presente en ese evento. Es una gala benéfica. No debería monopolizar la atención en ese momento.

Había hablado en un tono amable, pero sin calidez.

Las hijas Khan discutieron un momento antes de ponerse del lado de Hadriel, luego Camilia cambió bruscamente de tema para no extenderse en este punto sensible.

—Mi abogado ha enviado una advertencia a *Daily News* para responder a las mentiras que se están difundiendo sobre nuestra familia. He estado en una reunión esta mañana con la dirección del periódico y el asunto parece estar a punto de resolverse.

—¿Qué pasa con Tess Lawrence?

La pregunta se me había escapado de repente. Camilia me miró fijamente. Entrecerrando los ojos, examinó mi pregunta. Algunas miradas de sorpresa, apenas disimuladas, se intercambiaron alrededor de la mesa. Peter se frotó la frente.

—Transferida. Será asignada a un nuevo puesto en Europa —Camilia se detuvo un momento y chasqueó la lengua contra el paladar antes de declarar:

—Quería jugar. Ha perdido —me miró fijamente durante unos segundos antes de volver a sus hijos. Con un tono más ligero, preguntó:

—¿Quién va a organizar la fiesta de Nochebuena este año?

****

Peter y yo nos separamos después de la reunión. Se quedó con Camilia mientras yo seguía a las chicas, que tenían que ir a una sesión de fotos para la próxima portada de *Vogue*.

En la parte trasera del coche, las tres hablaban de su próximo destino de vacaciones mientras permanecían pegadas a sus teléfonos. No estaban de acuerdo con el lugar y la tensión iba en aumento. De pronto Cyliane se giró hacia mí.

—Ronney, ¿a dónde irías?

Sorprendida, me quedé sin palabras. A excepción de Los Cabos, nunca había salido del estado. Si pudiera, recorrería todo el mundo.

Para resolver este problema, propuse:

—Escribe tres destinos diferentes en tres papeles y luego sácalos a suerte. El azar elegirá por ti.

Cyliane miró a sus dos hermanas, con los ojos muy abiertos, y luego exclamó:

—¡Me encanta esa idea!

—Podríamos hacerlo después del rodaje —dijo Aaliyah, también encantada—. Ronney, tú sacarás al ganador.

Asentí con la cabeza, contenta de poder ayudarles.

—¿Vendrás con nosotros? —me preguntó Ghita, con los ojos llenos de esperanza. Balbuceé algo incomprensible para negarme.

Cyliane replicó con una mueca:

—De todas formas, Yeraz no la dejará ir —sorprendida, la miré con los ojos muy abiertos. ¿Qué tenía que ver Yeraz con esto?

Ya no trabajaba para él.

—¡Ronney es libre! Yeraz ya no tiene nada que decir —exclamó Aaliyah.

—Entonces ¿por qué sus dos secuaces nos han seguido desde que salimos de la casa?

Conmocionada por las palabras de Cyliane, me giré bruscamente para mirar a través de la tintada ventanilla trasera del coche, y para mi horror descubrí que tenía razón. Ian y Jessim nos seguían en una gran camioneta Mercedes negra. *¿Por qué?* Ghita pareció leerme la mente.

—¿Se ha enamorado nuestro hermano mayor?

Me di la vuelta, con los ojos en el suelo y las mejillas ardiendo.

—No. Yo... él...

Las tres me miraron con sonrisas brillantes, sin juicio ni malicia. Al contrario.

Susurré:

—De verdad, chicas. Miradme. Miraos vosotras. Estamos en un mundo donde los hombres como vuestro hermano no miran a una mujer como yo.

—Estamos en un mundo en el que el amor es lo único que no se puede comprar ni controlar —respondió Aaliyah—. Normalmente, cuando dos personas pasan todo el tiempo juntas, eso es lo que ocurre.

—Ahora sólo tenemos que salvarlo —añadió Ghita con un largo suspiro.

—Marianne me dijo una vez que las almas gemelas pueden encontrarse en cualquier punto del camino de la vida y que siempre es por una razón —dijo Cyliane.

—¿Quién es Marianne? —preguntó Aaliyah.

—El espíritu que conocí en un bar de motociclistas cuando filmamos en...

Sus hermanas no la dejaron terminar la frase. Las exclamaciones y los ruegos la interrumpieron.

—¡Eres tan molesta, Cyliane!

No pude contener la risa ante el comentario de Ghita. La tensión que había estado soportando desde que llegué a casa de Camilia esta mañana acababa de desaparecer.

****

Para el rodaje, a la revista le había sido asignado un estudio cerca de Asylum. Peter me había dado un teléfono con mi nueva línea comercial para filtrar las llamadas importantes y las solicitudes de colocación de productos para las hijas Khan. Luego le daría toda la información a Camilia, que haría una segunda evaluación. Mi teléfono sonaba constantemente. Las llamadas, los mensajes y los correos electrónicos llegaban cada dos segundos.

Aaliyah y Ghita estaban siendo peinadas y maquilladas por un equipo de profesionales mientras yo respondía un correo electrónico de una gran empresa de yogures que quería que una de las hermanas Khan se convirtiera en el rostro de la marca.

Atravesé el gran almacén donde se reunían los fotógrafos, los equipos técnicos y los profesionales de la moda y la belleza. Mi nuevo entorno de trabajo era completamente diferente al que había tenido con Yeraz. Era un cambio respecto a los hombres de negocios con trajes negros y grises que veía todo el día.

Un empleado de unos treinta años, con el cabello rubio decolorado y corto, estaba pegando las pestañas postizas de Ghita. Me aclaré la garganta.

—He hablado con el agente inmobiliario para la venta de tu casa. Le gustaría venir mañana con su equipo para hacer el vídeo de la visita virtual para los futuros compradores.

Ghita abrió los ojos y parpadeó para asegurarse de que las pestañas se mantenían.

—Bien. Quiero que estés allí y me llames si hay algún problema. Estaré en el *baby shower* de mi amiga Carla.

A su lado, Aaliyah le pidió a su peluquero con piercing y aspecto punk que le diera un poco más de volumen a su cabello. Una asistente de aspecto pulcro e intensos ojos azules, casi transparentes, llegó con una caja llena de collares.

—¿Dónde está Cyliane? —pregunté, mirando a mi alrededor.

Ghita gruñó:

—Uno de los fotógrafos tuvo una ECM y empezó a contársela a Cyliane. Ella estaba completamente fascinada por la historia. Nuestra hermana insistió en hablar con él y hacer una entrevista para su canal de YouTube.

—¿Una ECM? —repetí.

—Experiencia cercana a la muerte —respondió Aaliyah, con la nariz enterrada en el joyero, aparentemente incapaz de elegir sus accesorios.

Se giró hacia su hermana.

—¿El collar grande de diamantes o el pequeño de perlas?

Ghita dudó. Aaliyah se dirigió entonces a mí para pedirme mi opinión. Bajo su cabello rosa, la peluquera miró a la maquilladora rubia y la asistente de ojos azules miró mi suéter. Apreté el cuaderno y el teléfono contra mi pecho en un intento de ocultarlo.

Respondí con voz insegura:

—Saldrás mínimamente vestida en la foto de portada. Creo que tu lápiz de labios es muy bonito. Hace que tus labios parezcan perfectos. El maquillaje es suficiente. Sería una pena llevar el gran collar de diamantes. El foco debería estar en sus caras.

Satisfechas, Ghita y Aaliyah asintieron e intercambiaron una breve sonrisa.

—No voy a llevar ningún accesorio —dijo finalmente Aaliyah a la asistente.

Recibí una mirada de reojo de ella antes de ir a sentarme en uno de los sofás del otro extremo del estudio, donde seguí respondiendo la avalancha de llamadas y mensajes que llegaban a mi teléfono. Estas mujeres eran más solicitadas que el propio presidente de los Estados Unidos. Era una locura.

****

Eran más de las ocho y éramos, con Peter, los únicos empleados que seguían en casa de Camilia. En esa sala donde todo era perfectamente brillante, cada detalle estaba pensado para seguir las tendencias del momento: los sillones de gamuza, las flores, los marcos, la gruesa alfombra, e incluso la fragancia de la habitación. Era la habitación favorita de Peter.

El asistente de Camilia, cómodamente sentado, estaba hojeando una revista de famosos buscando artículos sobre la familia Khan.

—¿Puedo quitarme estos tacones de los pies? Esto es una tortura para mí.

Con las manos en las caderas, esperé su respuesta, que nunca llegó. Llevaba más de media hora caminando por la habitación con Peter gritando cada vez que perdía el ritmo.

—Querías quedarte con ese horrible suéter, que hace que mis ojos sangren cada vez que se posan en él. No cuentes con que esta noche seré misericordioso.

Miré al techo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Hacerme pasar toda la noche de pie? Tengo que ir a casa a comer y dormir.

Peter me respondió con voz aburrida sin levantar la vista de su revista.

—Estoy esperando a un amigo mío, Zeus. Él me dirá qué es lo que pasa con tu forma de caminar. Ha trabajado con algunos de las modelos más famosas. Ya verás, es bastante impresionante. Sólo no lo mires a los ojos demasiado tiempo. El estrés le produce urticaria.

Protesté con indignación:

—¿Hablas en serio? No voy a hacer el ridículo delante de tus amigos. ¡No soy un animal de feria!

—Cuida tu lenguaje, jovencita.

Peter finalmente levantó la cabeza y se puso de pie para mirarme.

—¡Si te esforzaras, ya estarías en casa bebiendo tu cartón de sopa! Llevo tres meses trabajando duro para darte la gracia de una mujer de mundo. No tienes remedio.

—Prefiero fregar los inodoros públicos todo el día que llevar estos zapatos a eventos benéficos.

Peter levantó el dedo frente a él.

—Un día, Ronney, me lo agradecerás. De todos modos, no te voy a dar a elegir. Es esto, o te quedas con tus frenos por décadas.

Estaba a punto de responder cuando oí que la puerta del dormitorio se abría.

—¡Zeus! —exclamó Peter, contentísimo.

Entrecerré los ojos y sacudí la cabeza para asegurarme de que no estaba soñando.

¡Un enano! El amigo de Peter, Zeus, era un enano. Sus rasgos severos y su nariz ligeramente torcida lo hacían parecer antipático. Se acercó a mí con cara de desconfianza, como si yo fuera la persona más extraña que hubiera visto en su vida. Llevaba el cabello castaño recogido en una coleta que le llegaba hasta la espalda.

—Ah, sí, efectivamente —susurró, girándose hacia Peter.

—Te lo advertí, Zeus.

—Bueno, la bestia no parece mala.

¿La bestia? ¡El enano me estaba tratando como un animal! Podía sentir cómo aumentaba mi ira.

—Hay un problema en el giro de su pelvis —explicó Peter en voz baja.

Zeus arrugó la frente antes de examinarme de nuevo y luego hizo un primer diagnóstico.

—Muchos factores pueden estar en el origen de esto: un problema de equilibrio, falta de vitaminas, incluso sus chakras. Tal vez sólo sea frígida. No me sorprendería.

No podía creerlo. Abrí la boca, pero Peter me cortó.

—No, hay actividad. Se acostó con el hijo Khan, el Y.

Zeus abrió los ojos de par en par, escandalizado. Su boca formó un círculo perfecto. Incapaz de contener mi ira por más tiempo, protesté:

—Estoy aquí, ¿bien? ¡Deja de fingir que no te oigo! ¿Quién te crees que eres?

Zeus, con cara de preocupación, volvió a interrogar a Peter en voz baja.

—¿La bestia se enfada a menudo? Quizá ahí esté el problema.

Le arrebaté el periódico de las manos a Peter y se lo tiré a la cara a su amigo. Tuvo el tiempo justo de protegerse con los brazos.

—¡Oye, enano, soy Ronney! —rugí—. ¡Soy un ser humano!

Crucé los brazos sobre el pecho y volví la cara. Peter se aclaró la garganta.

—Ronney, deja la actitud de diva. Zeus está aquí para ayudar y tiene muy poco tiempo para nosotros. Tenemos que volver a nuestro grupo, que se reunirá esta noche en el gimnasio para una fiesta *Jack Off*. Zeus es el anfitrión del evento cada semana.

Me giré para mirarlos.

—¿Qué es una fiesta *Jack Off*?

Peter, incómodo, empezó a mirar hacia otro lado. Zeus se enderezó e hinchó el pecho, tosiendo para ganar tiempo. Su actitud despertó mi curiosidad. Mis ojos iban y venían entre ellos. De ninguna manera iba a dejar que se salieran con la suya. No después de toda la mierda que me habían dicho.

—Es para hombres —dijo Zeus, subiéndose los pantalones.

—¿Un club de citas para solteros? —insistí.

—Es un club de masturbación —dijo Peter, frustrado.

Dejé de respirar. No podía ser. Debía de haber oído mal. Conmocionada, intenté decir algunas palabras, pero sólo conseguí decir:

—¿De verdad?.

—Sí —dijo Peter—. Nos sentamos en círculo y masturbamos a quien esté a nuestro lado. Es un gran ejercicio de relajación y de fomento de la confianza. Es una actividad muy beneficiosa.

Tragué la saliva que se había acumulado en mi boca antes de torcer la cara de asco. Ahuyenté las imágenes de Peter y su amigo sentados en círculo haciendo esta práctica surrealista.

—Pero ¿no puedes hacerlo solo, en casa, como todo el mundo?

Peter puso los ojos en blanco.

—¿De verdad crees que sería lo mismo? No te ofendas tanto. Este tipo de clubes existen en todos los Estados Unidos. Las fiestas Jack Off son una actividad muy común.

—Bien, creo que ya he oído suficiente por hoy —sorprendida, me senté en una silla y dirigí mi mirada hacia Peter.

—¿Puedo irme a casa? Realmente necesito tomar una larga ducha y quitarme la horrible imagen de ti y... hacer... ¡Dios!

Peter cedió y dijo con voz arrastrada:

—Mañana reanudaremos el entrenamiento, y te prohíbo que vuelvas con ese suéter.

Zeus asintió e invitó a su amigo a partir con él.

Antes de salir de la habitación, Peter recogió sus cosas y le dijo a Zeus:

—Pon mi asiento al lado de Orlando después. He estado soñando con él durante mucho tiempo.

Las palabras quedaron suspendidas en la habitación durante un momento después de que se fueran. Me quedé allí un rato, tratando de asimilarlo. El trauma tardaría días en desaparecer. Acababa de tener la conversación más extraña de mi vida. Junto a ellos, Cyliane era la chica más normal que conocía.

Camilia aún no había regresado de su entrevista en un programa de televisión que se emitía en una gran cadena nacional. Mañana hablaría con ella sobre el viaje que estaban preparando sus hijas.

****

En el patio, observé durante unos segundos las estrellas del cielo. Parpadeaban tanto que podría haberme perdido en la contemplación del cielo durante horas.

Llegué frente al enorme portón y saqué mi teléfono para pedir un Uber cuando divisé la camioneta de los hombres de Yeraz, apenas oculta un poco más allá en la oscuridad de la noche. Mis dedos dudaron en validar mi pedido y, finalmente, abandoné la idea. Guardé el teléfono y me dirigí a la camioneta.

La ventanilla se bajó. Jessim, tras el volante, me miró con severidad durante un momento. Tras unos instantes de reflexión y sin que yo tuviera que decir nada, abrió las puertas. Ian, sentado a su lado, no lo detuvo. Intercambiaron una mirada molesta, y luego la camioneta se puso en marcha para llevarme con el hombre que ocupaba todos mis pensamientos.

****

Caminé hasta el centro de la habitación, que estaba inmersa en un particular silencio donde reinaba una atmósfera de descanso. La luna llena iluminaba la habitación con una luz blanca y relajante. Miré a mi alrededor. La vitrina donde se guardaban las armas había desaparecido.

Me senté en el borde de la cama, exactamente donde quería estar. Acaricié las sábanas de seda negra. Se formaron pliegues que daban la ilusión de una multitud de olas en un océano donde podría ahogarme. Entonces miré la chimenea eléctrica, que estaba encendida. Un dolor punzante había crecido en mi pecho desde el fin de semana pasado, y seguía creciendo a medida que pasaban las horas. Su ausencia y su silencio eran insoportables.

Me levanté y me dirigí al baño. Dentro, me quité la ropa y me acurruqué bajo la ducha encendida. La sensación del agua sobre mi cuerpo me proporcionó una reconfortante sensación de tranquilidad después de un ajetreado día de trabajo. Cerré los ojos para disfrutar del momento.

El vestidor estaba lleno de trajes de Yeraz. Acaricié las mangas de las camisas que sobresalían. Todo estaba pulcramente planchado y dispuesto en un estricto orden.

Me quité la toalla y me puse una de sus camisas blancas, que terminaba a medio muslo. Sentí que tenía un pedacito de él.

Yeraz iba a pasar la mayor parte de la noche en el club, y sin embargo yo llevaba horas esperándole. Luché contra el sueño, pero éste acabó ganando. Tumbada en la cama, mis pesados párpados se cerraron y caí en un profundo sueño.

****

Una caricia, una respiración. El contacto en mi piel me despertó. Estaba allí, sentado en el borde de la cama y contemplándome con una enorme angustia, un enorme sufrimiento en el fondo de sus ojos oscuros.

—No deberías estar aquí, Ronney.

Me rozó la mejilla con la punta de los dedos. La luz de la habitación había cambiado.

El día estaba comenzando.

—No puedo hacerlo, Yeraz —susurré, como para no perturbar los últimos minutos de esta

noche—. Sé que debo mantener la distancia, que el riesgo es enorme, pero me duele demasiado.

¿Podría haberle contado todo esto si hubiéramos estado en otro lugar? ¿Si no hubiéramos estado en este momento, cuando la noche tenía el poder de liberar nuestras palabras? No lo creía. Todo estaba dispuesto para dejar que nuestros corazones hablaran, y esperaba que lo hiciera.

Cerró los ojos a medias y respondió:

—Eres como las demás mujeres. Siempre quieres más, y yo soy incapaz de darte lo que quieres.

—¿Soy realmente como las otras mujeres?

Mi voz murió en mi garganta. Yeraz suspiró. No tuvo fuerzas para apartar la mirada.

Sus ojos centellearon.

—Ojalá fuera así. Me habrías ahorrado muchos problemas.

—¿El tiroteo?

Yeraz asintió lentamente.

—Entre otras cosas.

—¿Era realmente necesario? ¿No te cansa toda esta violencia?

—Pronto dirigiré este imperio, Ronney. Tenía que enviar un mensaje a nuestros competidores. Hamza es una persona sabia a la que le gusta hablar y negociar, a mí no.

Por un segundo, su rostro cambió. Sentí que iba a decir algo más, pero no lo hizo.

—¿Entonces no hay esperanza de que lo dejes? —susurré, temiendo su respuesta.

Negó con la cabeza. Volví la cara hacia la almohada para que no viera mis ojos llenos de lágrimas. Me dolía muchísimo.

—Ronney, date la oportunidad de vivir una buena vida con alguien que te haga feliz. No te mereces esto. Mi imperio es un reino donde no hay lugar para una reina.

Su mano se posó en mi mejilla y me obligó a girar la cabeza para mirarlo de nuevo. Mis ojos estaban húmedos y trataba de contener las lágrimas. El dolor estaba reflejado en su rostro.

—Te amo —dije con una voz apenas audible.

Yeraz cerró los ojos con fuerza, como si temiera esas palabras, y luego se levantó bruscamente, pasándose una mano por la cara.

—¡No digas eso! No sabes lo que dices. Nunca seré quien tú quieres que sea. No me interesa el amor y la paz en este mundo. Me interesa el poder.

Nuestros mundos eran muy diferentes, era cierto. Podía morir en cualquier momento, pero no le importaba. Estaba devastada ante la idea de tener que dejarlo. ¿Por qué me había enamorado de un hombre como él? Una parte de mí sabía que lo correcto era terminar con esta relación tóxica.

Con la voz temblorosa por la emoción, le pregunté:

—¿Puedes concederme este último momento contigo? Entonces te dejaré seguir con tu vida. Te dejaré ir.

Yeraz dudó un momento y luego se tragó un gemido de frustración. Se subió a la cama y posó sus labios sobre los míos con gran delicadeza. Mientras me besaba con deseo, su poderoso torso se apoyó en mí. Su corazón latía con fuerza. Un calor se extendió por mi cuerpo, aliviando un poco mi dolor. Su mano me acarició el cuello, luego se deslizó hacia mis pechos con una lentitud deliberada antes de venir a levantar mi camisa y deslizarse bajo ella. Respiré con dificultad entre la rudeza de sus besos y el loco deseo que me asaltaba. Lo rodeé con las piernas mientras su mano bajaba a la parte baja de mi espalda para colocarme un poco más contra él. Un escalofrío de placer me recorrió. Arqueé la espalda, provocando su impaciencia. Yeraz comenzó a desnudarse sin apartar sus labios de los míos. Me desabroché la camisa con su ayuda, luego su

boca recorrió mi piel hasta cerrarse en mi pecho. Un gemido escapó de mi garganta. Podía sentir cada uno de sus músculos recorriendo mi piel. Deslizó una mano entre mis muslos para acariciarme con delicadeza. Cuando sus dedos me penetraron, mi cuerpo entró en éxtasis con profundos suspiros. Yeraz me besó la piel hasta el vientre, y luego su boca se acercó a besar mi zona íntima. Con la cabeza echada hacia atrás, estaba desesperada por respirar. Su lengua en los pliegues más secretos de mi carne me hizo perder por completo el control de mí misma.

Sintiendo que estaba a punto de hacerme llegar al orgasmo, Yeraz se puso encima de mí y me penetró con lentas embestidas. A diferencia de la última vez, sus movimientos fueron cuidadosos, regulares y de una rara suavidad. Sus ojos se fijaron en los míos. Era tan eléctrico, tan oscuro, tan dominante y, al mismo tiempo, brillaba de adoración. Embriagada de placer, lo llamé. Yeraz me llevó las manos por encima de la cabeza y enterró su cara en el hueco de mi cuello para respirar el aroma de mi piel.

Aproveché cada segundo, que se hacía cada vez más intenso, sabiendo que después de este precioso momento todo acabaría. Yeraz no se retractaría de su decisión.

19

Me alivió encontrarme con Peter en una de las habitaciones de arriba antes de que Camilia pidiera verme.

—¡Necesito ropa!

Peter se quedó helado al mirarme. Despeinada, mi aspecto desaliñado indicaba que no había ido a casa esa noche. La camisa de Yeraz, que no había tenido tiempo de arreglar, caía sobre el enterizo que había llevado el día anterior.

Peter se frotó la frente.

—Ronney, vas a terminar dándome un ataque al corazón. ¡Un poco de glamour en tu vida no te vendría mal!

—Date prisa y dame algo de ropa. Camilia subirá pronto.

—¿Dónde quieres que encuentre un par de pantalones XXL y un top traído directamente de una tienda de bromas?

Lo fulminé con la mirada y lo amenacé con el dedo.

—Tomaré lo que me des, ¿de acuerdo? Tráeme algo de ropa.

Peter me lanzó una mirada que parecía decir “Tengo el traje adecuado para ti”. Salió de la habitación y volvió unos minutos después con cara de satisfacción. Me comía las uñas, temiendo descubrir lo que había elegido para mí. Sobre la cama, colocó con delicadeza unos pantalones blancos de color crudo, un poco anchos, de cintura alta y de un material ligeramente granulado, y una encantadora blusa, amplia y con un pequeño lazo negro en la parte delantera. Mis ojos se posaron en los pies de la cama, donde un par de zapatos planos pulidos completaban el elegante atuendo.

Dirigí una pequeña sonrisa de agradecimiento a Peter. Podía haber aprovechado para vestirme como quisiera, pero había tenido en cuenta mi gran modestia y mis inseguridades. Desde la planta baja se oyó el portazo de la oficina de Camilia. La sangre abandonó mi cara. Me desvestí apresuradamente y me puse mi nuevo traje. Peter me ayudó con la blusa, luego tomó la ropa que había dejado en el suelo y la enrolló en una bola antes de esconderla detrás de la puerta. Sólo tuve tiempo de meter el pie en el segundo zapato cuando Camilia abrió la puerta.

Mi corazón latía con fuerza. Bajó la cara para examinarme de pies a cabeza, con los ojos por encima de las gafas. La empresaria trató de ocultar su asombro, pero el temblor de las comisuras de sus labios delataba cierta satisfacción.

—Te ves bien, Ronney.

Su cumplido me incomodó. Me sonrojé antes de conseguir articular un tímido agradecimiento.

Sin perder tiempo, dirigió la conversación hacia el programa del día. Quería que me pusiera en contacto con la oficina de prensa para darles el informe que había preparado sobre el evento del 23 de diciembre. Luego debía realizar entrevistas a última hora de la mañana para encontrar a la niñera perfecta para la hija de Aaliyah, Jalen.

—En esta hoja están las cualidades que mi hija requiere para este puesto. Me he tomado la libertad de añadir algunas más.

Me entregó las notas, que leí inmediatamente. La lista de pros y contras era larga.

¿Cómo iba a encontrar a la niñera perfecta con tantos requisitos?

—También tendrás que ir a la ciudad —continuó Camilia—. Los amigos de Aaliyah vienen esta tarde. Una nutricionista viene a darles una clase de cocina. Te he transferido el correo

electrónico con la lista de los alimentos que hay que comprar.

Asentí con la cabeza, pensando que se detendría ahí, pero continuó.

—Cyliane te está esperando en su casa. Necesita que vayas a la oficina de su abogado para recoger un expediente legal y que se lo lleves. Es para una futura colaboración con Netflix.

Luego se dirigió hacia su asistente y le sonrió.

—Hola, Peter. ¿Cómo fue la fiesta Jack Off?

Abrí mucho los ojos. Camilia conocía sus extrañas prácticas y no pareció escandalizarse en absoluto. Todo lo contrario. Peter se encogió de hombros y respondió con un poco de decepción en su voz:

—He tenido mejores. Esperaba ver a Orlando, pero no fue.

Camilia le dirigió una mirada comprensiva.

—La próxima vez, entonces.

Salí de la habitación, avergonzada. No quería escuchar los detalles de esta loca conversación. Todos los días tenía mi ración de sorpresas.

Cuando salía de la casa, Camilia me alcanzó en la puerta con ojos implorantes.

—Ronney, hay una emergencia. ¿Podrías pasar por la casa de Ghita, por favor? Se suponía que debía estar en el lugar hace una hora para comprobar las tallas de su línea de ropa, pero nadie la ha visto. Tampoco contesta al teléfono. Todo el mundo la está buscando.

Su preocupación era genuina, y el tono de su voz lo hacía innegable.

—Iré allí ahora mismo. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Gracias.

No cerró la puerta inmediatamente detrás de mí. Me aterraba este largo día de trabajo, y tener que convencer a Ghita de que fuera a sus reuniones dificultaba aún más las cosas.

****

Ya había mucha gente en la casa. Pronto pondrían una orden de búsqueda en todos los canales de noticias del país para encontrar a Ghita. Dentro, sus amigos y empleados estaban buscando en cada rincón de la casa. ¿Cuál era el siguiente paso? ¿Excavar en el patio trasero?

Adele, la maquilladora de Ghita, a la que había visto la primera vez que fui a entregar las flores de Yeraz, se acercó a mí con cara de sorpresa.

—Ronney, no te reconocí vestida así. ¿Quieres algo de beber?

Su voz era equilibrada, con una articulación perfecta. ¿Había gente natural en Asylum?

—Sí, una copa de vino tinto, gracias.

Desconcertada, Adele parpadeó.

—¿Una copa de vino? Es temprano. ¿Estás segura?

Intentó sonreír con naturalidad, pero no le sentaba bien.

—No, tienes razón. Me llevaré la botella.

La peluquera echó los hombros hacia atrás y miró a su alrededor. Se humedeció los labios y asintió con esa sonrisa hipócrita aún pegada a la cara antes de salir a toda prisa a buscar lo que le había pedido.

Arriba, me dirigí a la habitación de Ghita, donde encontré a un hombre amable de poco más de cuarenta años y con el cabello canoso. Me saludó y se presentó encantadoramente. Cansada y

exasperada por todo el alboroto de abajo, olvidé su nombre en el siguiente segundo. Entonces llamó a una amiga suya, que salió del baño.

Esta chica, muy guapa, alta y con un precioso cabello rojo, dio una palmada y dijo:

—Aquí tampoco hay nada. Se lo diré a los demás.

El hombre se ofreció a que lo siguiera escaleras abajo, pero me negué educadamente.

Miró mi botella y preguntó con simpatía:

—¿Mala noche?.

Levanté la botella frente a mí y respondí con un suspiro:

—¡Mala mañana! Aproveché que estaba sola en la habitación de Ghita para servirme por fin una copa.

Esperaba olvidar el dolor de mi pecho. Se oía el ruido de la planta baja, pero me concentré en el silencio de la habitación. Era casi del tamaño del apartamento en el que vivía con Bergamote y Alistair.

Sentada frente al tocador, me miré en el espejo. Tenía un aspecto terrible, como todos los días. Di un largo sorbo y cerré los ojos para volver a abrirlos unos segundos después. Era el momento de poner fin a esta preocupante historia de desapariciones.

—¡Ghita, sal de ese vestidor o entraré y te sacaré por los pies!

No tuve que levantar la voz. Sabía que podía oírme. Continué con un tono cansado mientras me servía otro trago.

—¡La vida es dura para todos! Algunos días son más difíciles que otros, lo reconozco. Te puedo asegurar que hoy es uno de esos días para mí. Me duele el corazón como loca y casi he tenido que escuchar los detalles de la noche de Peter en su club de masturbadores a primera hora de la mañana.

Se oyó una pequeña risa desde el vestuario. Tomé un sorbo y continué.

—En la hora de la comida me toca mi sesión diaria de entrenamiento para aprender a caminar con esos zapatos, que siempre me lastiman los tobillos. Además, durante todo el día tengo que soportar las miradas curiosas de perfectas muñecas de cera que se preguntan cómo se las arregla una mujer como yo para salir de la cama cada mañana con una cara así. Mi vida ha dado un giro desde que entré en tu familia hace cuatro meses. Y sin embargo, nunca he aprendido tanto sobre mí misma como desde que te conocí. Me has cambiado para bien. La semana pasada encerré a mis dos primas en el congelador del restaurante de mis padres. Se lo merecían. Esas dos son unas auténticas perras, te lo aseguro. Mi madre está furiosa. Está enfadada conmigo, y el resto de mi familia también.

Me levanté y caminé lentamente hacia el vestidor. Era un poco más pequeño que el de Yeraz, pero lo suficientemente grande para esconderse. No tardé en encontrar a Ghita escondida detrás de sus largos vestidos de noche. En la oscuridad, vi su cara, sus grandes ojos almendrados y su larga melena cayendo en cascada sobre sus hombros. Su rímel se había corrido bajo los ojos, dejando la marca de sus lágrimas en las mejillas.

Me senté a su lado y esperé mucho tiempo a que hablara.

—Me gustaría ir de vacaciones a un lugar donde nadie me reconozca —dijo—. Un lugar donde ninguno de mis gestos o el parpadeo de mis pestañas sean analizados y difundidos en los tabloides. Aspiro a una vida sencilla, pero mi nombre no me da derecho a tenerla.

Hizo una pausa y continuó:

—Anoche tuve otro ataque de pánico. Me siento como si estuviera atrapada en un torbellino. Gira y gira, y nunca se detiene. Mi madre teme cada día que maten a mi hermano, pero se olvida

de que nuestras vidas corren el mismo peligro. Los fanáticos están dispuestos a todo. No hay una sola noche en la que no tema por nosotros, por Yeraz. Ni siquiera puedo decirte cuándo fue la última vez que conseguí dormirme sin tomar una de esas malditas pastillas.

Se hizo un silencio. Me decidí a hablar.

—Mi primo Pedro juega al tenis. Es miembro de su club desde hace dos años. Es su pasión y lo hace feliz. Mi tío José abrió su negocio de frutas y verduras hace casi tres años. Gracias a su negocio puede alimentar bien a su familia, y mi madre toma clases de costura en nuestra asociación de vecinos con sus amigas. Es un lugar donde puede olvidarse del cáncer de mi hermano. Un soplo de aire fresco para ella.

Giré la cara hacia Ghita, que no entendía lo que quería decir.

—¿Sabes qué tienen en común todas estas personas?

Sacudió la cabeza.

—¡Eres tú! Todo se ha financiado gracias a las acciones que llevas a cabo. Cada acto benéfico, cada donación, cada aparición en televisión tiene un impacto en nuestras vidas. Haces feliz a la gente, Ghita. Eso es lo que haces.

Rompió a llorar mientras intentaba hablar al mismo tiempo. Su última palabra fue un murmullo largo y sin forma, ahogado por los sollozos. Me rodeó con su brazo y después de unos minutos se calmó.

—Gracias, Ronney. Siento haber empezado ese reto de mierda con Peter.

—Incluso con todo el oro del mundo, nunca podría comprar tu gracia y elegancia. Aceptaré este reto, pero me temo que no podré ganarlo por ti.

—No necesitas todo eso, Ronney. No cambies.

Oímos pasos en la habitación. Reconocí la voz de Adele. Estaba hablando con alguien en un tono siniestro.

—¡Todo esto sólo para llamar la atención! Como si no tuviéramos otra cosa que hacer que buscarla por todas partes. Probablemente esté descansando junto a una piscina en una villa. Esa perra está demasiado mimada. Por suerte para ella tiene sus grandes tetas y su culo para vivir. Sin ellos, ese cerebro de pluma no sería nada.

Los pasos se alejaron. Ghita se apartó de mí y con el dorso de la mano se secó las lágrimas.

—¿Quién se cree que es? —grité, sorprendida por lo que acababa de escuchar.

Ghita me dedicó una pequeña sonrisa y levantó ligeramente las dos manos para detenerme.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. Oigo sus comentarios todo el día, en cuanto me doy la vuelta.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. En ese momento comprendí que podíamos ser bellas o feas. Seguía siendo lo mismo para todos. Ghita vivía, a su manera, en el mismo infierno que yo vivía cada día. Tampoco se libraba del desprecio y el juicio de la gente hacia ella. Algo en mí cambió. La forma en que la miraba ya no era la misma. Vi a Ghita. La vi realmente por primera vez.

****

Los días pasaban sin parecerse. Estaba abrumada por la cantidad de trabajo que tenía que hacer cada día a un ritmo frenético. Tenía que seguir a las hermanas Khan a sus sesiones de fotos, asistir a entrevistas, gestionar los viajes de negocios, ocuparme de los moderadores, preparar las fiestas de la temporada. Un grupo de activistas se había puesto en contacto con las chicas para pedirles que llevaran la causa de la lucha contra el calentamiento global a Senator

Town. Era mucho trabajo pero mantenía mi mente ocupada. Pensar en Yeraz me hacía sufrir mucho. Había cumplido mi palabra; yo estaba fuera de su vida y él de la mía. Pero nada podía detener el sangrado dentro de mi pecho.

Bergamote y Alistair apenas me veían durante la semana. Afortunadamente nos reuníamos todos los sábados por la noche en la azotea. Aunque Daphne y su ballet estaban de gira por el país, otros bailarines habían ocupado su lugar en el salón de baile.

Mi compañera de piso hacía todo lo posible para distraerme cuando estábamos a solas. Ella sabía que escuchar el nombre de Yeraz era doloroso para mí. Nunca habíamos sido pareja, así que no podíamos hablar de una ruptura, pero mi dolor era real. A veces me derrumbaba en la cama a altas horas de la noche llorando, esperando que su ausencia fuera menos desgarradora al día siguiente, pero no era así.

Tuve que contarle a mis padres mi 'falsa' ruptura. Mi madre tardó días en superarlo. Mis tías la consolaron más que a mí. No conocían a Yeraz, sólo a Giovanni: el hombre respetable y guapo que trabajaba con total legalidad.

Ya no iba a las fiestas familiares. No estaba dispuesta a responder a las preguntas más vergonzosas. Prefería sumergirme en mi trabajo, durante la semana en el servicio de Camilia y sus hijas, y los fines de semana en el restaurante. Elio se mostraba especialmente atento conmigo a pesar de su cansancio. Los médicos habían aumentado las dosis de su tratamiento tras una recaída.

Alistair me decía que le diera tiempo, que haría su trabajo, pero yo no quería esperar, ¡no! Quería que el dolor desapareciera rápidamente. Quería que mi adicción a él desapareciera.

Uno de los días más difíciles fue aquel en que Camilia me llamó a su despacho para hablar de la fiesta de cumpleaños de Yeraz. Todos sabíamos que en pocas semanas se convertiría en el jefe del Mitaras Almawt. Aun así, Camilia insistió en celebrar el trigésimo primer cumpleaños de su hijo, aunque le costara mucho.

—Quiero despedirme como es debido —susurró al final de nuestra conversación.

Había hecho todo lo posible; nadie podía decir lo contrario. Antes de salir de su oficina, le pregunté vacilantemente si conocía el perfume favorito de su hijo. Me contestó sin dudar: una fragancia de Christian Dior. Luego le pregunté cuál era su helado favorito. Sorprendida por mis preguntas, me miró de reojo antes de responderme con suspicacia que a su hijo no le gustaba ese tipo de postre, porque sus dientes siempre han sido sensibles al frío.

—¿Por qué me preguntas esto, Ronney?

—Para ver lo bien que conoces a tu hijo. Me gustaría que mi madre supiera estas respuestas por mí, aunque sea mi color favorito.

Camilia asintió, con cara de pena.

—El suyo es negro, pero creo que ya lo sabías.

****

Peter preparó mis atuendos para todos los días, de lunes a viernes, durante tres semanas. Había desarrollado un gusto por los pequeños toques de estilo, pero todavía no quería tener que desfilar con tacones altos durante mis descansos para comer. Zeus venía como refuerzo. Me sentía como si me estuviera preparando para los Juegos Olímpicos, porque el entrenamiento era muy intenso.

Entonces llegó el día de la gala de apoyo a la organización *Fashion por la Libertad*, uno de

los mayores eventos del año.

****

Llegué al consultorio de Taylor. Era mitad de semana, pero en el teléfono se había mostrado tan ansioso por verme que me había parecido extraño.

—Se suponía que nuestra próxima cita era el sábado —dije mientras me sentaba suavemente en la silla. Apoyé mi espalda y dije:—Tengo mucho trabajo que hacer hoy con el evento de caridad. Peter me va a matar.

El rostro regordete y amable de Taylor apareció sobre mí. Era un hombre de cabello oscuro y aspecto militar, pero no era del tipo apuesto. Sin embargo, tenía un encanto vivaz gracias a su cálida sonrisa y a sus ojos azul pálido.

—Lo sé, señorita Jiménez. Tiene un día muy ocupado por la gala de esta noche. Siento haberle pedido que viniera esta mañana, pero quería darle una sorpresa.

Lo interrogué con la mirada.

Y continuó:

—Esta noche podrá sonreír todo lo que quiera y mostrar su dentadura perfecta a todos los invitados.

Me quedé sin palabras. Mi mente analizó cada una de sus palabras para asegurarse de que entendía lo que decía.

—¿Me va a quitar el aparato? —pregunté sin creerlo. Taylor asintió.

—¿Ahora?

Volvió a asentir con la cabeza.

Me puse las manos delante de la boca, no podía creerlo.

—¡Vamos, señorita Jiménez, a trabajar! Es hora de revelar su verdadera sonrisa al mundo.

****

Una mujer chocó conmigo en el pasillo con un carrito con ruedas e inmediatamente me hizo un gesto de disculpa. Un centenar de personas se reunieron en el sorprendente y sofisticado espacio, que se había alquilado para la ocasión. El enorme almacén con techo de cristal estaba dividido en diferentes plantas, lo que daba la impresión de estar en un hormiguero gigante.

Busqué a Peter tras bastidores. Intenté llamarlo, pero su línea estaba constantemente ocupada.

—¿Peter? —pregunté a un ingeniero de iluminación. Señaló el ala derecha en la parte trasera del edificio.

El asistente de Camilia estaba revisando el inventario de cajas llenas de productos cosméticos.

—Productos de bronceado, listo. Brillo de labios, ciento cincuenta, listo. Laca... Mierda, no hay suficiente. Faltan diez o más. ¡Van a escucharme, esos idiotas!

Peter interrumpió bruscamente su monólogo al verme.

—¡Tienes que estar bromeando, Jiménez! ¿Dónde has estado? ¿De verdad crees que este es el mejor día para salir a pasear? Te he llamado muchas veces.

Suspiró, molesto, y volvió a su lista. Me acerqué a él.

—Yo también intenté llamarte. Tenía algo que hacer esta mañana.

Peter levantó furiosamente la cabeza y gritó entre dientes apretados:

—¡Es la última vez que te cubro con Camilia!.

La leve sonrisa en mis labios lo hizo reaccionar. Puso una mano en su cadera y levantó la

barbilla hacia mí.

—Oh, ya veo. La señorita cree que puede salirse con la suya. Se queda ahí mirándome con esa mirada insolente. ¡No dejes que se te suba a la cabeza, Jiménez, te lo advierto!

Mientras Peter despotricaba, dispuesto a arrojarme su papel y su lápiz, me resultaba cada vez más difícil no reír. Decidí dejar de provocarle por más tiempo y le dediqué mi mayor sonrisa, revelando una hilera de dientes blancos.

Su expresión cambió bruscamente antes de congelarse, asombrado. Tambaleándose, dio un paso atrás mientras susurraba:

—Señor, esa sonrisa podría acabar con un ejército.

La emoción cruzó sus rasgos.

—¿Estoy perdonada?

—¡Lo estás!

Peter sacudió la cabeza y miró a su alrededor para ordenar sus pensamientos.

—Ahora que estoy aquí, ¿por dónde empiezo?

Todavía en estado de shock, señaló una silla.

—Toma notas. Te daré instrucciones.

****

Camilia estaba tranquila e impasible en apariencia, pero en realidad estaba sometida a una vívida agitación interior. Al igual que Peter, tardó varios minutos en recuperarse de mi nueva sonrisa, que cambiaba considerablemente mi aspecto.

Después de repasar muchos detalles conmigo, con un pequeño guiño me dijo:

—Me gusta mucho la nueva Ronney.

Me sonrojé ante estas palabras. Me llevaría un tiempo acostumbrarme a todos los cambios. Por otra parte, no echaba de menos mis pantalones anchos y mis grandes camisetas.

A medida que pasaban las horas, la tensión aumentaba en todos. Las modelos habían llegado y comenzaban sus pruebas para los ajustes de última hora. Era difícil encontrar un camino entre bastidores debido a todo el alboroto.

—¡Traigan la comida y las bebidas! —ordenó Peter a un grupo de asistentes.

—¿Las modelos no están a dieta? —pregunté, sorprendida por esta decisión.

—¡Así es, y lo han estado durante meses! Pero esta noche, las chicas llevarán vestidos que pueden pesar hasta treinta y tres libras debido a las piedras, diamantes y otros accesorios cosidos en ellos. Créeme, necesitarán fuerza y energía.

Mientras yo colocaba los bocetos de las caras de las modelos en su sitio para que los maquilladores pudieran practicar con ellas, cantantes famosos ensayaban las actuaciones que harían en directo dentro de unas horas. Tuve que darme prisa, porque tenía que recibir a los patrocinadores, a los periodistas de los medios de comunicación mundiales y a los *blogueros* que iban a venir.

La emoción crecía a medida que pasaba el tiempo. A través del techo transparente del almacén los rayos del sol iban poco a poco desapareciendo, sustituidos por la noche. El desfile de moda comenzaría pronto, pero aún quedaban cientos de cosas por hacer. El estrés estaba en su punto más alto.

En la sala del podio comprobé los asientos de los famosos en la primera fila. Camilia había

cambiado a algunas personas de sitio. Con las etiquetas en la mano, me encargué de esta misión antes de que llegaran los invitados. Pronto todas estas sillas vacías estarían ocupadas.

Entre bastidores, las modelos posaron para los fotógrafos, lo que molestó a Peter. El equipo de belleza estaba listo; las modelos tenían que comenzar a maquillarse.

Tomé un sorbo de agua fría de una botella. Sabía muy bien.

—¡Ronney! No tenemos tiempo para descansar. El espectáculo empieza en unos minutos.

Peter dio una palmada y suspiró exasperado para que me diera prisa.

—¿Están listas las chicas Khan?

—Sí —respondí—. Están con Camilia en el camerino, Hadriel está con ellas. Las chicas van últimas, justo antes de Carla, que cierra el desfile con el vestido de Balmain.

Sacudí la cabeza antes de continuar en tono de desaprobación:

—Dios mío, ese vestido es escandalosamente transparente.

—Ronney, es la moda. El encaje está en el lugar correcto. No podemos ver nada. Carla no estará desnuda, es sólo un efecto óptico. El desprecio que tienes por el vestido es simplemente asombroso. Es una obra de arte.

A duras penas evité a un grupo de personas que venía hacia mí. Peter miró su reloj. Antes de que se diera vuelta para ir a la zona de bastidores, le agarré el brazo.

—¿Estará Yeraz aquí esta noche?

El asistente de Camilia se cruzó de brazos y me miró fijamente.

—¡Pon a Yeraz a un lado! Necesito que estés completamente concentrada esta noche.

Lo miré con insistencia. Peter levantó los brazos hacia el cielo.

—No, tiene una reunión importante. ¿Qué quieres que haga aquí? Camilia intentó arrastrarlo a la fuerza a pesar de lo que pensaba Hadriel, pero fue en vano. Ahora, ve a traer bebidas a las modelos y comprueba que están en el orden correcto para el espectáculo.

Intenté ocultar mi inmensa decepción con un pequeño movimiento de cabeza, pero Peter no se dejó engañar.

Observé a Hadriel en la distancia. Con las manos en los bolsillos, susurraba al oído de una modelo de larga melena rubia dispuesta a dejarse seducir. Su pequeño juego de seducción había comenzado hacía unas horas. Del lado del público, los invitados iban llegando, mientras entre bastidores la presión estaba a tope.

De pronto, gritos de angustia de un diseñador llamaron nuestra atención. Peter fue inmediatamente a verlo. Decidí seguirlo.

—Carla acaba de colapsar. Una ambulancia la está llevando al hospital.

El hombre alto y delgado con el cabello decolorado tenía un fuerte acento italiano y sostenía el vestido de Balmain en sus manos. La cara de Peter palideció. Podía sentir que perdía la cabeza. Se limpió nerviosamente la frente.

—No —susurró Peter—. Dios mío, esto es un desastre. ¡Perra!

Al sentir todas las miradas sobre nosotros, improvisé y dije en voz alta:

—Todo está bien. Vuelvan a sus posiciones.

¿Por qué había dicho eso? Mi intervención, sin embargo, permitió que todos los equipos continuaran su trabajo. Peter nos arrastró a toda prisa, al estilista y a mí, al camerino de Camilia.

****

—¿Por qué no cancelamos la aparición de Carla? —preguntó Cyliane, sentada en una silla.

—Es uno de los atuendos más importantes de la noche, la pieza central —respondió Peter, molesto.

—Deja de caminar así. Me vas a volver loca —gritó Aaliyah, levantando las manos por encima de la cabeza.

—Tiene que haber un modelo que pueda caminar por ella —dijo Camilia—. Hay muchas para elegir esta noche.

El estilista consideró la pregunta de Camilia, pero rápidamente desechó la idea con un gesto de la mano.

—Carla mide menos de un metro sesenta y siete. El vestido estaba prácticamente diseñado para ella. ¿Dónde podríamos encontrar una mujer de estatura media, con pechos naturales, que use una talla seis de zapatos? Dígame.

De repente, todas las caras se giraron hacia mí. *¡A la mierda!* Una risa demasiado rápida y nerviosa respondió por mí.

—¡Ronney puede hacerlo! —dijo Ghita con confianza. Cerré los ojos con inquietud.

—No... Vamos Ghita, no puedo. Estás mal de la cabeza.

No reconocí el sonido de mi voz.

—Ronney tiene razón —intervino Camilia—. Tiene la talla adecuada, pero los periódicos no le ahorrarán los comentarios sobre su cuerpo.

Camilia, con su ajustado vestido azul marino, se giró hacia mí.

—No deseo herir tus sentimientos, pero me niego a darles de comer a estos tiburones.

—No te preocupes —la tranquilicé—, esta noche, tus comentarios son bienvenidos. Incluso puedes añadir más.

Ghita se levantó de su silla para dirigirse a todos.

—¡No! Ronney es una mujer hermosa. Sólo necesita que se lo digan. Peter, tú eres un hacedor de milagros, así que esta noche vas a transformar a Ronney en la mujer más hermosa de todo Sheryl Valley, e incluso de California.

—Sí, bueno, hay límites —murmuró Peter, mirando hacia otro lado.

Asentí con sus palabras. El diseñador se acercó a mí y giró a mi alrededor, observándome con atención.

—¡La quiero! —dijo de repente.

—No, no —respondí, entrando en pánico—. Soy una causa perdida. Mi cabello está tan enredado, mis ojos tienen ojeras.

No importaba cuántas veces pusiera mis defectos sobre la mesa, nadie me escuchaba.

Todos discutían entre ellos, ignorándome.

—Poner a Ronney en el escenario es un riesgo, es cierto, porque nunca ha desfilado en su vida, pero no tenemos otra solución para salvar este evento —dijo Aaliyah.

Su comentario hizo que Peter reflexionara profundamente. Levanté la mano delante de mí como para pedir la palabra y luego dije en tono vacilante:

—Si puedo decir algo al respecto, creo que es una muy mala idea. Estoy dispuesta a ayudar, pero hay límites. No soy modelo. Hago el otro papel, ¿sabes? El de 'La chica fea', y tengo que decirte que esta noche estoy muy contenta de tenerlo.

Todos fingieron considerar mis palabras antes de volver inmediatamente a su acalorado debate como si yo no estuviera allí.

Peter puso fin a la discusión con un fuerte grito que restauró el silencio. Suspiré, aliviada de que detuviera esta locura. Se colocó frente a mí y se puso una mano en la barbilla, más serio que

nunca. Tras una interminable espera, dijo:

—Necesito el mejor equipo de maquillaje. Para el peluquero, quiero a Ethan y una tonelada de tratamientos. No te olvides de la manicura, el ortopedista y el podólogo. Para la depilación, quiero a Charly. Tenemos por delante dos horas para transformar a Ronney, así que mejor no esperar.

Camilia y sus hijas se precipitaron hacia la puerta. La matriarca se volvió hacia Peter antes de salir.

—¿Necesitas algo más?

—Alcohol —respondí—. Mucho alcohol.

****

El tiempo se detuvo cuando me senté frente al gran espejo. Se formó una multitud a mi alrededor. Todos sabían exactamente dónde colocarse y qué hacer. No pude dar seguimiento su intercambio de información, que era demasiado técnico para mí. Me limité a hacer lo que me pedían. Extendía las manos para que me pintaran las uñas, inclinaba la cabeza hacia atrás o hacia delante. Cerraba los ojos, los volvía a abrir. Ghita me sirvió vasos de vodka, cuidando de que no me emborrachara.

Peter, implacable, supervisaba los equipos. Los papeles se habían invertido; Camilia estaba a las órdenes de Peter y obedecía cualquier exigencias que tuviera. Mi cerebro estaba desconectado. Estaba sumida en una niebla absoluta, sin darme cuenta de lo que estaba pasando.

****

La cortina negra me separaba del podio. Peter me hablaba, pero apenas podía oírle.

Mi corazón latía a cien por hora.

—No puedo, haré el ridículo —balbuceé, temblando.

Con expresión preocupada, el asistente de Camilia, metódico y preciso, revisó por última vez mi cabello, mi maquillaje y mi indecente vestido. Me puso las manos encima y me miró fijamente sin pestañear.

—Eres, de lejos, mi mayor éxito, Ronney. He visto muchas mujeres en mi vida, pero no muchas que estén a tu nivel esta noche. Así que te lo vas a pasar en grande y vas a mover las caderas hasta hacer sonrojar a todo Asylum. No todos los días se puede ver nacer una estrella.

Mis ojos miraron por encima de su hombro. Camilia juntó las manos frente a su pecho, asintiendo a sus palabras. Sonrió y luego respiró profundamente como para no llorar. Los ojos de sus hijas se llenaron de admiración. Ghita se acercó a mí y puso en el suelo un par de zapatos de tacón de aguja con diamantes. Me los ató y se levantó, colocando su mano suavemente sobre mi larga y suelta cabellera negra.

—Estás preciosa —dijo emocionada.

Peter interrumpió el emotivo momento.

—Bien, es el turno de Ronney para caminar, así que dejemos que se concentre. Gracias.

Me di la vuelta. Un cantante comenzó a cantar en el podio al otro lado del telón. Los vasos de vodka me habían relajado un poco, pero una parte de mí seguía paralizada por el miedo. Mi pulso seguía sin disminuir y mis piernas amenazaban con colapsar bajo mi peso. Estaba a punto de desmayarme.

La canción terminó demasiado rápido para mi gusto. Me hubiera gustado tener más tiempo.

Cerré los ojos y aclaré mi mente. Podía oír los aplausos del público a lo lejos.

—Respira —susurré—. Respira, respira.

Respiré profundamente y volví a abrir los ojos. El telón se levantó y los focos me iluminaron. Levanté la cabeza y me puse una mano en la cadera antes de empezar a caminar, llevada por los aplausos que venían de detrás de mí.

Esta noche, Ronney la Fea hizo su última reverencia para lo que llamé ‘mi renacimiento’.

20

El Mercedes-Benz circulaba a toda velocidad por las calles de la ciudad. Aaliyah y Ghita, sentadas conmigo en la parte trasera del coche, no parecían preocupadas por la agresiva conducción de Cyliane. Con las ventanillas bajas, dejé que el viento me azotara la cara. El aire fresco me sentó bien. Las chicas, también bastante borrachas, gritaban y reían. Cyliane subió el volumen de la música.

—¡Van a despertar a todo Sheryl Valley gritando así! —dijo.

—Cyliane, relájate y bebe con nosotros —respondió Aaliyah, empolvándose la nariz antes de acariciar su cabello.

—¡Yo conduzco! Una de los cuatro tiene que ser responsable en este grupo.

Nos reímos y nos servimos otra copa de champán.

—¡Por Ronney y sus grandes caderas, que han aflojado muchas corbatas esta noche! —gritó Ghita mientras levantaba su copa por encima de la cabeza.

Eché la cabeza hacia atrás y me eché a reír.

—Peter debe estar buscando el vestido por todas partes —gritó Aaliyah.

Las chicas me habían llevado con ellas, directamente después del espectáculo, sin dejarme tiempo para cambiarme. El asistente de Camilia debía estar arrancándose los cabellos en ese momento.

—¿A dónde vamos? —pregunté, tratando de recuperar la compostura.

—¡Al *Dream Diamond*! —contestó Cyliane con los ojos todavía en el camino.

De pronto dejé de reírme. Todo mi cuerpo se puso rígido.

—¿Qué...? ¿Qué? Puede que esté un poco borracha, pero soy lo suficientemente consciente para saber que ese es el club de tu hermano. ¿Por qué vamos allí?

—¡Para molestarlo! —gritaron las chicas al unísono. Ghita se inclinó hacia mí.

—Ronney, Yeraz pronto estará demasiado ocupado para preocuparse por su familia. Se acerca su cumpleaños y la Navidad es dentro de dos días. Pensamos que nuestra pequeña visita sorpresa a su club podría ser su regalo.

—Pero estoy vestida como una... —dejé la frase sin terminar.

—Exactamente. Será aún más divertido —dijo Aaliyah.

****

Un valet recogió el coche de Cyliane y nos dirigimos tambaleantes hacia la entrada del club.

Un hombre abrió las puertas. Lo reconocí inmediatamente; era el mismo hombre que había visto la primera vez que entré. No pareció reconocerme. No muy contento de vernos, pidió a su colega que viniera a ayudarlo por “un problema”.

—¡Somos las hermanas del gran jefe! —exclamó Aaliyah, completamente borracha—. ¡No somos “un problema”, idiota!

El jefe de seguridad, un joven de baja estatura con un corte de cabello de profesor, llegó como refuerzo.

—Están completamente borrachas —le susurró el portero al oído.

El portero se aclaró la garganta antes de hablarnos con mucha cortesía.

—Señoras, el club está lleno esta noche. Usted y sus amigas deberían buscar otro sitio para terminar la noche.

—¡No!— dijo Ghita—. Que les den. Y no te atrevas a echarnos, porque lo lamentarás.

Los dos hombres intercambiaron miradas. Inconforme, el jefe de seguridad suspiró.

—Por favor, no queremos un escándalo. No nos hagas llamar a tu hermano para resolver esta disputa...

—No nos importa —le cortó Cyliane—. ¡Venga, chicas, vamos!

Corrimos por el pasillo sin mirar atrás. Nuestras risas resonaban en las paredes. Fue el momento más emocionante de mi vida.

Ghita se inclinó sobre la barra y pidió un vaso de ginebra. El camarero miró su escote durante unos segundos y tragó saliva. Se giró hacia mí y me preguntó qué quería beber.

—Una copa de vino tinto.

—Muy elegante —observó Ghita—. Una verdadera mujer de mundo, Ronney.

Se giró hacia el camarero.

—¡Ponlo en la cuenta de mi hermano, tu jefe!

No pude evitar sonreír ante su despreocupación. Una parte de mí la admiraba.

Salí para unirme a Cyliane y Aaliyah, que estaban bailando en la pista. El alcohol en mi sangre me hizo olvidar lo corto, ajustado y transparente que era mi vestido. Todas esas miradas sobre mí me habrían hecho salir corriendo en circunstancias normales, pero esa noche tenía una actitud completamente diferente y no me preocupé por eso.

En medio de la excitada multitud levanté la cara y miré el gran ventanal opaco en la distancia, donde se encontraban las habitaciones privadas de Yeraz. ¿Estaba él allí?

¿Podía verme? No tenía forma de saberlo. Mi corazón recordó su ausencia con un toque de dolor. Cyliane me llamó y aparté la mirada de los cristales tintados.

—¡Ronney, baila! Esta noche no tienes derecho a estar triste. ¡Es tu noche!

Asentí y me dejé llevar por la música. Poco a poco me olvidé de todo y me dejé llevar por completo. Cerré los ojos, levanté los brazos y me moví al ritmo de la música. Me invadió una sensación de libertad y calma. Cuando volví a abrir los ojos después de un largo rato, se había formado un círculo a mi alrededor, y por una buena razón: los hombres de seguridad de Yeraz me rodeaban, sin dejar que nadie se acercara.

Alguien vino detrás de mí con una chaqueta para cubrir mis hombros. Olí la dulce fragancia que desprendía la prenda, un aroma que conocía. La multitud observaba la escena con sorpresa y admiración. Me di la vuelta. Como era de esperar, Yeraz estaba de pie ante mí. Sus gafas oscuras me impedían ver sus ojos. Sólo sus rasgos emanaban cierta admiración. Me acerqué a él hasta apoyar mi cabeza en su pecho. En ese momento me di cuenta de lo agotada que estaba. Comenzamos a balancearnos suavemente al ritmo de la música.

—No sé a quién debo matar primero, si a mis hermanas o a ti.

Su tono de voz era severo mientras luchaba por no mostrar su ira en público. Mis manos acariciaron su nuca y se relajó. Sus brazos me rodearon. No quería estar en otro sitio. Sus labios se acercaron a mi oído.

—Mis hombres te llevarán a casa.

Levanté la cara hacia él, rogándole con los ojos que cambiara de opinión.

—No, Ronney. No puedo dejar que te quedes aquí vestida así. Todos los hombres te miran, y me está volviendo loco. Estoy cansado de sentir estos celos cuando estoy contigo, o incluso cuando pienso en ti. Era más fácil cuando no sabía de este sentimiento, cuando no te conocía.

Mi mano acarició su mejilla y le sonreí.

Yeraz se congeló y el mundo entero pareció detenerse a su alrededor.

—Eres tan hermosa. Podría quedarme aquí y mirarte eternamente —. Bajó la cabeza y su frente se arrugó—. Te amo, Ronney. Me enamoré de ti en Los Cabos. Hice todo lo posible para convencerme de lo contrario durante semanas.

Dejé de respirar. Mis pasos se desaceleraron. Sus palabras acababan de destrozar todo en mí. Acerqué mi cara a la suya hasta que pude sentir su aliento en mi piel.

—Yo también te amo —respondí con el corazón encogido—. Mi amor te seguirá dondequiera que vayas.

Nuestros labios se rozaron y luego me besó con un beso largo, apasionado, doloroso y desesperado. Me apretó contra su pecho, olvidando que estábamos en medio de la multitud. Un escalofrío de deseo me invadió. Me aparté de él para recuperar el aliento, para calmar ese insistente ardor. Su voz bajó una octava.

—Sube conmigo. Tengo que quitarte ese vestido ahora mismo.

Incliné la cabeza y estaba a punto de responderle cuando un hombre llamó.

—¿Señor Khan?

Yeraz y yo nos giramos hacia la voz. Un hombre fornido y pesado estaba fuera del círculo de esbirros, que no lo dejaban pasar.

—Señor Khan, Nino le envía sus saludos.

El tipo sacó su arma más rápido que los hombres de seguridad. Yeraz me empujó violentamente, pero fue demasiado tarde. Dos balas me alcanzaron en el pecho antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando.

Sentí que mis piernas cedían. Yeraz me atrapó antes de que mi cabeza golpeara el suelo. El hombre que acababa de abrir fuego cayó pesadamente al suelo un poco más lejos, con el cuerpo acribillado a balazos.

Yeraz giró mi cabeza hacia él, con las manos cubiertas de sangre, y se quitó las gafas oscuras a toda prisa. *Por favor, Dios, que esté bien, pensé*. Con los ojos desorbitados, gritó órdenes a sus hombres a todo pulmón antes de volverse hacia mí. Nunca había visto una expresión tan aturdida en alguien.

—¡Aguanta! No cierres los ojos, ¡quédate conmigo! Te prohíbo que me dejes. Te lo ruego, Ronney.

No podía respirar. Un desagradable sabor a metal llenaba mi boca. No podía sentir mi cuerpo. Todo mi ser parecía querer escapar, querer responder a una poderosa fuerza que me llamaba.

—¡Te prohíbo que mueras! —gritó Yeraz con los ojos llenos de lágrimas.

Sus rasgos estaban distorsionados por el dolor, por la culpa, por el miedo. No dejaba que nadie se acercara a nosotros, ni siquiera sus hermanas. Me obligué a mantenerme despierta, pero los párpados me pesaban. Reuní mis últimas fuerzas, sonreí y con mucho esfuerzo dije:

—El viejo... Creo... Creo que es hora de que hables con él. Ahora es entre tú y él.

No escuché su respuesta. Me sujetó contra él y de pronto todo se volvió negro. Dejé de luchar; era demasiado difícil. Elio, mis padres. Mi último pensamiento fue para ellos. Me dejé ir lentamente. La muerte no era tan dolorosa después de todo. Mi corazón se detuvo, luego mis pulmones.

21

Oí voces a lo lejos, luego se hizo el silencio. Plegarias, palabras, luego silencio. Peleas, música, luego silencio. La sensación de un aliento en mi piel, un beso en mis labios, luego nada.

Unas semanas después

Bergamote examinó la cicatriz de mi pecho con cuidado.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

Esa mirada no había abandonado su rostro desde que salí del hospital.

—Sí —volví a mentir.

—Deberías comer un poco. He hecho tu sándwich favorito.

Se levantó y se dirigió a la nevera. Mi mirada se posó en las paredes de la cocina. Alistair había repintado toda la habitación y el resto del apartamento. En esos momentos estaba colocando cortinas nuevas en la sala de estar. Llevaba así casi dos meses, desde mi intento de asesinato en el club. Mi compañero de piso se había sumergido en los trabajos de renovación para olvidar el dolor que sentía al pensar en la posibilidad de perderme.

El ruido del taladro perturbó el pesado silencio de la cocina. Bergamote trató de poner una cara valiente, pero también le resultó difícil. Mucha gente lo había pasado mal mientras estaba en coma.

—Hoy es el cumpleaños de Yeraz —susurré, como si estuviera prohibido decir su nombre.

Bergamote se quedó de pie frente a la puerta cerrada de la nevera, de espaldas a mí. Puso las manos en las caderas y levantó los ojos hacia el techo durante unos segundos.

—Lo sé, Ronney. Por desgracia, ese hombre cumple años.

Sus palabras me dolieron. Miré la mesa. Mi compañera volvió con un plato, pero yo no tenía apetito. Lo había perdido el día que había abierto los ojos en mi habitación del hospital, varias semanas después de mi largo sueño.

Las palabras de mis padres seguían resonando en mi cabeza. Habían descubierto todo sobre Yeraz. Su juicio sobre él era definitivo. *Si hubieras muerto, lo habría matado con mis propias manos*, había gritado mi padre con rabia.

—Todo el mundo lo odia.

La emoción en mi voz obligó a Bergamote a ablandarse un poco.

—No es bueno para ti.

—No puedo dejarlo.

Miré a mi amiga, que buscaba palabras.

—Durante casi seis semanas, mientras estabas en coma, hizo pasar un mal rato a tus padres. Era él quien decidía las horas de visita, quien aceptaba o rechazaba visitas. Los hombres de seguridad registraban a cada miembro de tu familia a la entrada del hospital. El centro estaba mejor vigilado que la propia Casa Blanca. Era una locura.

—Sólo quería protegerme. No estoy muerta. Mi asesino falló.

Bergamote cerró los ojos como para contenerse antes de volver a abrirlos lentamente.

—No, Ronney. La razón por la que no moriste es porque los médicos se preocuparon demasiado por sus propias vidas. Esa noche, cuando llegaste a su sala, fueron muy claros: tu estado era demasiado grave. No sobrevivirías a la noche. Pero Yeraz no estaba de acuerdo. Él y sus hombres observaron cada movimiento de los cirujanos durante la operación, sin quitarte los

ojos de encima. ¿Te imaginas?

Las palabras de Bergamote no me sorprendieron. Empujé mi plato y miré hacia otro lado. Continuó:

—Ese terrible suceso tuvo al menos el mérito de poner las cosas en marcha. Las autoridades abrieron por primera vez una investigación sobre las dos organizaciones criminales. Detuvieron a algunos hombres elegidos para asumir la culpa, pero a ningún jefe de la mafia. Los grandes no estaban preocupados.

Bergamote se detuvo un momento antes de suspirar.

—Nino fue encontrado muerto junto al lago, unos días después de tu intento de asesinato. Un disparo en la cabeza a corta distancia. Todo el mundo sabe el nombre de su asesino, incluida tú. La historia nunca termina, no en Sheryl Valley.

El silencio se prolongó. Evité mirar a mi compañera de cuarto antes de decir finalmente:

—Tengo que despedirme. Lo siento.

Cuando me levanté de la mesa, me agarró del brazo.

—Él no te eligió, Ronney. Eligió las armas y una vida sin ti. ¿Qué clase de amor es ese?

—Lo sé —susurré.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Intenté sonreír y salí de la habitación para reunirme con Alistair en la sala de estar.

—Me voy a la fiesta de cumpleaños. ¿Quieres que te traiga algo de camino a casa?

Subido a la escalera Alistair no respondió. Fingió estar inmerso en el trabajo que estaba haciendo.

—Te necesitaré a ti y a Bergamote más tarde, cuando todo haya terminado. No te enfades conmigo.

Mi compañero dejó lo que estaba haciendo y bajó de la escalera.

—Tomaré un trozo de pastel de fresa, si hay.

Aliviada, solté el aire que había retenido en mis pulmones durante tanto tiempo. Intercambiamos una larga mirada y, sin previo aviso, Alistair me abrazó. Puse mis manos en su espalda y cerré los ojos, agradecida.

—Si mis padres vienen...

—Les diremos que saliste a pasear. No te preocupes.

****

Salí del coche y me quedé un momento junto a la puerta de la casa de Camilia, respirando profundamente.

Me dirigí a la sala de estar. Unas mujeres con vestidos ajustados pasaron delante de mí despreocupadamente hacia el patio trasero, donde estaban instaladas las mesas del bufet y las cabinas fotográficas. Una decoración digna de un rey. Camilia y sus hijos habían pensado a lo grande, como siempre.

Miré a mi alrededor en busca de Yeraz, con la esperanza de verlo socializando en ese mundo, que no había sido el suyo desde hacía mucho tiempo. Al otro lado de la ventana vi a las hermanas Khan, que ponían buena cara para los invitados. Jalen, la hija de Aaliyah, atraía toda la atención mientras se contoneaba en medio de la pequeña multitud y soplaba besos con su mano regordeta. Todo parecía casi normal, excepto que faltaba el personaje principal. ¿Cómo se las

arreglaba toda esa gente para actuar como si no pasara nada?

Bergamote tenía razón. No debería haber venido. Fue otra decepción. No estaba preparada para volver a reír, no estaba preparada para enfrentarme a Cyliane y a sus descabelladas preguntas sobre la muerte. Retrocedí antes de que alguien notara mi presencia y me di la vuelta.

La ausencia de Camilia en la fiesta me obligó a comprobar si estaba encerrada en su oficina, sentada tras su escritorio de roble. Mi intuición era correcta. Cuando aparecí en la habitación, se pasó la mano por la cara para limpiarse las lágrimas sin quitarse las gafas. Avergonzada, me invitó a acercarme a ella.

—Ronney, por favor, entra. Me alegro de que hayas podido venir. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias.

Una fina y titubeante sonrisa apareció en sus labios. Era evidente que quería estar sola.

—No pudimos volver a vernos después de aquella terrible noche. Tenía mucho miedo por ti. Tus padres me dejaron claro que te dejara en paz, y no los culpo. Yo habría reaccionado igual si le hubiera pasado algo a una de mis hijas. Incluso peor.

—Necesitan un tiempo para procesar todo esto.

Le devolví la sonrisa, una sonrisa que no era una sonrisa.

—No va a venir —dijo ella, adivinando mis pensamientos.

Sacudí la cabeza y sentí que la desesperación me invadía, destruyendo la poca esperanza que me quedaba.

—He fallado —susurré.

Camilia me dedicó una mirada absolutamente triste.

—No, Ronney. Aunque hayamos perdido la guerra, hemos ganado algunas batallas. Has dado una buena sacudida a nuestra vida cotidiana. Es hora de que nos perdamos. Ha sido un placer trabajar contigo.

Era momento de irme, de dejar esta increíble familia que me había dado tanto. Sabía que una parte de mí se quedaría aquí. La más importante.

Cuando me iba apareció Abigaëlle, asustada, con el rostro pálido.

—Señora, el señor Saleh está aquí. Le gustaría hablar con usted.

Me tragué la bilis y me volví hacia Camilia. Con las cejas levantadas con y cara de sorpresa, autorizó esta visita inesperada.

Hamza entró en la oficina acompañado de un hombre vestido con un elegante traje y el cabello echado hacía atrás con gel. Saludó amablemente a Camilia antes de sentarse en uno de los sillones. Su socio se desabrochó la chaqueta antes de imitarlo. Camilia me había indicado que me quedara durante la reunión. Me puse a su lado. Hamza me miró sin pestañear. Por un momento, tuve la impresión de que podía leer lo más profundo de mi alma.

—Me alegro de verla... viva, señorita Jiménez.

Animado por una fría rabia que se había alojado en mi pecho, luché por mantener la calma.

—¿Qué quiere? —preguntó Camilia con un tono suspicaz.

Lo desafió con una mirada tranquila y nada amigable. Hamza no pareció desestabilizado. Hizo un gesto al hombre que estaba a su lado, que sacó unos papeles de su maletín.

—¡Sus acciones! —respondió Hamza con voz ronca—. Debe honrar los últimos deseos de su difunto esposo, como consta en su testamento.

—¿Es mi hijo tan cobarde que envía a sus emisarios a su propia fiesta de cumpleaños?

—Está muy ocupado, señora Khan.

Camilia se tragó una respuesta amarga y miró a su rival, temblando de ira.

—¡Firme! Tenemos que acabar con esto.

La empresaria negó con la cabeza.

—Ya me has quitado todo. Tú y todos tus soldaditos pueden irse a la mierda. ¡No voy a firmar! Quiero ver a mi hijo. Sólo firmaré en su presencia.

Hamza me miró. Me observó durante un momento, como si tratara de resolver un misterio que lo superaba. Se enderezó y se frotó la barbilla.

—Me temo que eso es imposible.

Puso los documentos sobre la mesa y luego sacó del bolsillo interior de su chaqueta una pequeña caja verde esmeralda atada con un nudo rojo, que entregó a Camilia.

—¿Qué es? —preguntó ella, intrigada.

—De parte de su hijo.

Contuve la respiración, incapaz de apartar la mirada de la caja que sostenía Camilia. Sus dedos desataron el nudo lentamente, y luego lo puso frente a su cara. El pequeño objeto no era otra cosa que el anillo de sello de Yeraz.

Atenazada por el vértigo, retrocedí hasta chocar con la pared. Camilia se quitó las gafas y cerró los ojos. En ese momento, su caparazón se rompió. Sentí que todos mis miembros, que llevaban semanas entumecidos, de pronto volvían a la vida.

—Yeraz Khan deja sus obligaciones y Asylum. Amir, mi sobrino, a quien ve aquí a mi lado, ha sido elegido para ocupar el lugar de su hijo en cuanto firme usted estos documentos.

Camilia tomó un bolígrafo inmediatamente y firmó todo a una velocidad increíble.

—¿Qué te dijo mi hijo cuando renunció al imperio? —preguntó mientras dejaba la pluma.

Hamza, con la frente arrugada, parecía buscar en lo más profundo de sus recuerdos.

—No lo entendí del todo. Me habló de un pacto hecho con un viejo. Yeraz es un hombre de palabra. Todo el mundo está de acuerdo en eso. Es una cualidad rara en estos días.

Se levantó, se despidió de Camilia con profundo respeto y salió de la habitación, seguido por su sobrino.

Hubo un largo silencio en la oficina. Tardamos varios minutos en terminar de caer en la cuenta de lo que acababa de ocurrir. Yeraz me había elegido a mí, y eso lo cambiaba todo. Aunque dejara la ciudad, el país, nada más importaba. Probablemente no volveríamos a vernos, pero no importaba. Lo había guiado hacia la luz. Había tenido éxito.

Camilia se levantó de su sillón, dio un paso adelante y me abrazó durante un largo rato.

—Gracias —susurró ella, dejando correr sus lágrimas—. Siempre te estaré agradecida. Gracias, Ronney.

Di un paso atrás y suspiré para dejar que esta nueva sensación de serenidad me invadiera.

—En realidad, creo que iré a reunirme con las chicas y los demás invitados en el patio trasero —dije con alegría en mi voz—. Brindemos por el cumpleaños de tu hijo y su nuevo futuro.

22

La tarde era pesada, cargada de electricidad. Las nubes oscuras que cubrían el cielo anunciaban tormenta. Sheryl Valley vivía las horas más calurosas de la temporada. Detrás del mostrador, revisé el libro de cuentas del restaurante. Una semana después del cumpleaños de Yeraz y de la agitación emocional de los dos últimos meses, intentaba reconectar con mi familia. Había decidido volver a las fiestas familiares para retomar lo que había dejado antes de conocer a la familia Khan. Mis padres parecían apreciar mis esfuerzos por volver a una vida normal. Sabía que tardarían mucho tiempo en volver a confiar en mí. Mis primos evitaban ahora hacer comentarios despectivos sobre mí. Parecía gustarles la nueva Ronney, más guapa y segura de sí misma.

Levanté la cara para mirar su mesa en el fondo del restaurante. Gabriella, Louis y los demás estaban terminando una animada partida de cartas con gritos, quejas y risas. En el otro extremo de la sala, mi madre hablaba con mis tías. La discusión era muy agitada por su parte. Los chismes eran intensos. Era una tarde aparentemente normal, pero en mi interior estaba muriendo lentamente de frustración y tristeza. Había estado ausente de mi vida desde que me había despertado en la cama del hospital. Ni una sola llamada o mensaje suyo. Era como si nunca lo hubiera conocido. Yeraz había desaparecido por completo, probablemente estaba en algún lugar muy, muy lejano. Había aceptado la idea de que no volvería a verlo, aunque mi corazón seguiría amándolo a todas horas del día y de la noche.

Camilia había utilizado sus contactos para encontrarme un trabajo como actriz de voz para los estudios Disney, una gran oportunidad para mí. En pocas semanas dejaría esta ciudad para empezar de nuevo. ¿Tenía miedo de este momento? Por supuesto, y siempre por la misma razón: él.

Volví a la realidad cuando mi hermano entró por la puerta del restaurante, seguido de mi padre. Ambos venían hacia mí, con sonrisas radiantes en sus rostros y un brillo en sus ojos. Los miré con desconfianza. ¿De dónde venía su buen humor? El estado de mi hermano había mejorado considerablemente, y el nuevo tratamiento tenía mucho que ver con ello. Los médicos no nos prometían una remisión completa, pero al menos le quedaban muchos años de vida. Teníamos la intención de disfrutar de cada momento con él.

Cuando llegaron a mí, intercambiaron una mirada cómplice.

—Bueno, ¿me vas a decir cuál es la causa de este estallido de felicidad? —dije en tono impaciente.

Elio tiró el periódico sobre el mostrador. El titular decía:

—¡El empresario Bryan Clark arruinado!

Mi sonrisa se desvaneció. La foto de Bryan y sus compañeros de trabajo, que no eran otros que sus compañeros de instituto, revivió un dolor y una ansiedad indescifrables. Estaban todos allí, todos mis agresores. No faltaba ninguno. Estaba demasiado angustiada como para concentrarme en la lectura del artículo.

—Ese bastardo y sus compañeros tienen lo que se merecen —gruñó mi hermano entre dientes.

—Ese Bryan puede ir a ahorcarse o a pegarse un tiro en la cabeza, me da igual —añadió mi padre con odio—. Lo principal es que haya justicia. La rueda siempre gira al final.

Con los ojos clavados en la foto, pregunté con voz sin emoción:

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sucedido?

—Lo perdió todo en las malas acciones. ¡Pum! Así, de la noche a la mañana —se alegró mi hermano.

—¿Cuál es el nombre de la empresa? —murmuró mi padre mientras lo buscaba. Tras un breve momento de reflexión, exclamó:

—¡Roskuf! Una gran empresa petrolera. Bueno, lo era.

El tiempo dejó de girar a mi alrededor. No podía oír nada. Incluso mi corazón había dejado de funcionar. Mi visión era borrosa. Yeraz los había atrapado a todos. Su último golpe maestro en los negocios. Había estado planeando esto desde que regresamos de Los Cabos.

—Ronney, cariño, ¿estás bien?

Tardé en regresar con mi hermano y mi padre.

—Es el impacto de la noticia —dijo mi madre, que había venido a acompañarnos. Los miré, uno tras otro. Elio y mis padres me interrogaron con las cejas arqueadas.

—¿Ronney? —insistió mi madre.

Con un gesto, le ordené que guardara silencio.

—Lo siento —tartamudeé—. No puedo.

Caminé alrededor del mostrador. Se me humedecieron los ojos y me tembló la voz.

—Los amo con infinita ternura, pero no puedo vivir sin él. Espero que un día tengan la fuerza para perdonarme.

El rostro de mi padre se cerró bruscamente. No reaccionó a mis palabras, pero por la expresión de su cara pude ver que desaprobaba mi decisión. Mi hermano, más comprensivo, me dedicó una pequeña sonrisa y señaló la puerta con un movimiento de cabeza.

—Ve a buscarlo, hermanita. Será duro para nosotros, pero sólo queremos que seas feliz.

Me giré hacia mi padre, pero no dijo nada. Yo era su mayor decepción en ese momento. Mi madre me miró como si hubiera perdido la cabeza antes de implorar a mi padre con la mirada que dijera algo. Preferí cortar la discusión.

—Papá, necesito las llaves de tu coche, por favor.

Dudó un momento. En lo más profundo de su ser se libraba una violenta batalla. A pesar de las exclamaciones horrorizadas de mi madre, me las entregó. Retrocedí lentamente para mirarlos por última vez antes de correr hacia la salida.

Fuera, la lluvia empezaba a caer. Respiré profundamente el olor. No tardé en decidir adónde ir. Camilia y sus hijos no sabían dónde estaba Yeraz. Nadie lo sabía. Nadie, excepto... Peter.

****

El tipo de la recepción me observó de reojo. Parecía un surfista australiano, con su cabello rubio decolorado, su piel bronceada y sus ojos azules transparentes. No podía quedarme quieta y me paseaba por el lugar, consultando mi reloj cada dos segundos. De pronto apareció Peter, con una toalla enrollada en la cintura y unas sandalias en los pies.

—Maldita sea, Ronney, ¿qué estás haciendo en el gimnasio de Zeus? Me estás interrumpiendo en medio de una fiesta de Jack Off. Finalmente estaba junto a Orlando.

—No tardaré mucho. Dime dónde está Yeraz.

Sorprendido, Peter miró a su alrededor y me arrinconó.

—No sé dónde está —susurró nervioso el asistente de Camilia. Sacudí la cabeza, decepcionada por su respuesta.

—Peter, tú lo sabes todo. Ninguna información se te escapa. ¡Mierda, es tu marca, después de todo!

Peter se pasó una mano por la cabeza antes de mirarme a los ojos.

—¿Estás segura de que realmente quieres saberlo, Ronney? ¿Vas a luchar finalmente por él?

Levanté las manos en el aire y grité:

—¿Parece que estoy bromeando, Peter? Acabo de dejar a toda mi familia por este hombre.

Sonrió satisfecho.

—¿Por qué has tardado tanto? —susurró—. No sé dónde está. El señor Khan no se equivocó en eso. Pero...

Como un agente secreto, miró de nuevo a su alrededor antes de añadir:

—Se descuidó sólo una vez. Tengo un número de teléfono. Quizá, con un poco de suerte, todavía funcione.

Cerré los ojos, aliviada y agradecida.

****

El sonido de la lluvia resonaba contra la carrocería del coche. Sentada en el coche en el estacionamiento del gimnasio, me quedé mirando el número que aparecía en el trozo de papel que me había dado Peter. Acababa de colgar con Bergamote y Alistair. No sabía adónde me llevaría esto, pero necesitaba decirles lo que sentía. Como siempre, me entendieron. Los llevaba en mi corazón y siempre los llevaría allí. Nada cambiaría eso.

Me armé de valor y marqué el número. Mi pulso comenzó a acelerarse inmediatamente. El nudo en la garganta crecía con cada segundo que pasaba. Cada llamada era más aterradora que la anterior.

La voz del contestador automático destruyó todas mis esperanzas. Miré al cielo a través del parabrisas y decidí dejar un mensaje de todos modos, con la voz llena de emoción.

—Soy yo. Escúchame hasta el final. No hubo despedida entre nosotros y me siento muy mal por ello, todos los días. Me siento muy mal por tu ausencia. Todo el mundo me dice que me sanaré con el tiempo, que he tenido suerte de haber querido tanto a alguien en mi vida. Pero estoy cansada de escuchar eso. Estoy infeliz, inconsolable.

Las palabras salían de mi boca y no podía detenerlas.

—No hay nada que pueda hacerme sentir mejor aparte que ti. Me duele mucho, Yeraz. Incluso cuando duermo me duele. Está muy dentro de mí. Siento este dolor en mis entrañas. No me dejes, te lo ruego, o podría morir. Siento que tengo que rogar a mi corazón todos los días para que siga latiendo. Si no morí aquella noche en el club, fue por ti, pero tengo que confesar que lo hubiera preferido, porque nadie podría soportar el dolor que siento ahora. Estoy en el gimnasio de Zeus, en el estacionamiento. Te estoy esperando. Te esperaré toda mi vida, si es necesario.

Colgué y me quedé sentada, escuchando el sonido sordo de la lluvia durante horas, hasta que llegó la noche, hasta que mis ojos, rojos de tanto llorar, se cerraron de cansancio.

El sonido del motor de un coche me despertó. Medio dormida, miré la hora en el salpicadero. Eran más de las dos de la mañana. Afuera seguía lloviendo. Me puse las manos delante de los ojos, cegada momentáneamente por los faros del coche que tenía delante.

Algo de esperanza volvió a mí. Salí del coche, con las piernas temblando. El agua me corría por la cara. Me acerqué al sedán negro, con la respiración cada vez más corta.

Cuando abrí la puerta, me sorprendió encontrar a Isaac, solo, detrás del volante. Con un movimiento de cabeza, me invitó a sentarme atrás.

—¿Adónde vamos? —me atreví a preguntar mientras nos poníamos en movimiento.

—A Texas, señorita Jiménez. Conozco a alguien que tiene un rancho allí y me ha pedido que

la recoja. ¿Es eso un problema para usted?

Sonreí y me recosté en el asiento, echando la cabeza hacia atrás.

—No, Isaac. No hay ningún problema.

Epílogo

Me quedé inmersa en la contemplación del paisaje, con su salvaje tranquilidad. Este tranquilo lugar parecía estar a salvo de todo. Era fácil imaginarme viviendo aquí el resto de mi vida. Habían pasado tres meses desde que empecé a despertarme cada mañana en medio de esta naturaleza parecida a la del Salvaje Oeste, y ni un solo día me arrepentí de haberlo dejado todo por él.

Los caballos galopaban sobre las colinas en la distancia, recordándome lo inestimable que era la libertad. Cerré los ojos para disfrutar de los primeros rayos del sol en mi piel antes de apoyarme en la barandilla de madera del corral.

De pronto sentí unos brazos alrededor de mi cintura y besos en el cuello.

—No me gusta que te levantes antes que yo —me susurró Yeraz al oído.

Todavía de espaldas a él, puse mi mano en su mejilla.

—Me gusta este momento del día. Cuando el amanecer se despide de la noche.

Yeraz me hizo girar para que estuviéramos frente a frente. Estaba más atractivo que nunca con sus pantalones y su camiseta blanca. Aunque era diferente, seguía emanando ese carisma magnético y esa autoridad natural.

Su nariz acarició suavemente la mía. Me estremecí y me recordé a mí misma que debía respirar.

—Me alegro de que hayas llamado a tu madre y a tu hermano para que vengan a vernos —dije en un susurro.

Yeraz se apartó ligeramente y tomó mi mano entre las suyas. Se la llevó a los labios para besar mi anillo de bodas.

—Es hora de que me reconcilie con Hadriel. El día que me casé contigo me di cuenta de lo mal que estuvo lo que le hice. Dios, si tú y él hubieran...

Le puse el dedo en la boca para calmarlo.

—Nunca habría ocurrido. Ya lo sabes.

Yeraz asintió. Su ira se desvaneció.

—Sí, lo sé. Y en cuanto a mi madre, tengo la impresión de que tiene muchas ganas de volver a ver a mi esposa.

No pude evitar reírme.

—Nunca me cansaré de oír esa palabra en tu boca —dije con un tierno suspiro.

—Vamos a desayunar, señora Khan.

Asentí y lo besé con deseo y amor, y luego caminamos hacia la casa, con nuestros dedos entrelazados.

FIN



Fea Ronney 2



Prólogo

En cuanto la puerta se cerró detrás de mí, Amasis vino corriendo desde el fondo del jardín para lanzarse a mis brazos. Este rottweiler negro de ocho meses fue el mejor regalo que me hizo mi madre, por mi undécimo cumpleaños. Acababa de cumplirlos y pasaba todo mi tiempo libre jugando con él afuera, incluso cuando llovía.

Sentado en los escalones de la terraza, contemplé el jardín con sus magníficos plátanos mientras acariciaba a mi perro. La vista me hizo olvidar el ambiente viciado del interior de la casa. Mi padre discutía con mi madre por mí. Gritos y rugidos venían de todas partes desde adentro de esos muros. Solía refugiarme ahí, en esos escalones, y esperar a que pasara la tormenta. Amasis intentó subirse encima de mí para recibir todo mi cariño. Mis manos agarraron su boca y le besé el hocico.

—Cuando sea mayor, prohibiré las peleas de perros, te lo prometo. No dejaré que nadie te haga daño. Un día seré el líder, mi padre me lo dijo, y podré comandar todo.

Amasis me miró a los ojos. Tuve la impresión de que entendía todo lo que le decía. Era mi único amigo y lo quería. De repente, la puerta se abrió bruscamente.

—Sálvese quien pueda —susurré, empujándolo.

Amasis corrió hacia el fondo del jardín a toda velocidad. Todo el mundo temía a mi padre y yo, a los once años, también le tenía terror.

—Yeraz, sube al coche —me ordenó mientras salía, sin molestarse en mirarme.

Mi madre, apoyada en la puerta, me siguió con la mirada. Ese día había perdido la batalla, y fue con ojos llorosos que me dejó ir con él.

1

Nada más entrar en la pequeña habitación me recibió una nube de humo que flotaba en el aire, oscureciendo el lugar, ya de por sí poco iluminado. Un hilo de luz parecía filtrarse por las dos ventanas enrejadas. Una profusión de objetos ocultaba los tabiques desnudos, ennegrecidos por el humo de los cigarrillos. Los fuertes ladridos de un pitbull terrier resonaron entre las paredes. El enorme perro atado a la parte trasera del espacio me amenazaba con sus afilados colmillos.

Todos los presentes asintieron con la cabeza en señal de respeto al pasar, excepto Leandro, que estaba sentado detrás de su escritorio. Mi colega no parecía muy contento de verme llegar a su casa un domingo por la tarde. Yo también hubiera preferido hacer otra cosa con mi día, el único día que podía dejar de lado mi trabajo. Sus ojos marrones se abrían un poco más con cada paso que daba hacia él. Me detuve a unos centímetros de su escritorio y suspiré con fuerza antes de decir con voz limpia:

—No es fácil llegar a ti estos días, amigo mío.

Leandro entrecerró los ojos para tratar de vislumbrar los míos, ocultos tras los cristales opacos de mis gafas, antes de adoptar un aire ofendido, con el rostro más pálido que de costumbre.

—No se deje engañar, señor Khan —tartamudeó, pasándose una mano por el bigote—. Soy un hombre de negocios como usted. Hay mucho trabajo.

Incliné la cabeza hacia un lado. Su aspecto desaliñado y sus rasgos cansados indicaban muchas noches de insomnio por la ansiedad de tener que rendir cuentas.

—Estoy buscando a tu hijo, Rafael. Nos robó mucho dinero, necesito verlo.

Leandro negó con la cabeza.

—Mi hijo no está aquí, estoy seguro de que todo esto es un malentendido, señor Khan. Rafael nunca habría malversado esos diamantes. Eso es imposible, es un buen chico...

El hombre seguía soltando sus palabras con una sonrisa torpe que aumentaba su aire de falsedad y empezaba a ponerme seriamente de los nervios. Endurecí la mirada y miré alrededor de la habitación. Miguel, Fares y Soan estaban de pie cerca de la entrada, esperando mis órdenes. Mis hombres también parecían estar perdiendo la paciencia, pero un pequeño gesto de mi mano los obligó a mantener la calma. A mi derecha estaba Amir. Hamza, el actual regente a la cabeza de los *Mitaras Almawt* hasta mi trigésimo primer cumpleaños, había puesto a su sobrino en mi regazo, y yo debía formarlo para que se convirtiera en un miembro activo de nuestra organización. Con apenas veinte años, Amir no era un mal tipo, todo lo contrario. Su cuerpo frágil, su sonrisa angelical y su alma demasiado pura no encajaban en absoluto en este ambiente. No oculté el desprecio que sentía por él.

Al sentir mi mirada sobre él, Amir, incómodo, trató de controlar su respiración mientras miraba a Leandro con sus ojos oscuros. Volví con él cuando terminó de soltar su chorro de excusas por su hijo.

—Esos diamantes de Australia se iban a utilizar para blanquear dinero, pero también para hacer pagos a algunos de nuestros inversores en Nueva York. Comprenderás que las tonterías de tu hijo nos ponen en un aprieto.

—Dele una o dos semanas y le prometo que tendrá su dinero, señor Khan.

Puse las manos sobre el escritorio y adelanté mi cuerpo hacia él. Mi cara estaba a pocos centímetros de la de Leandro. Sus rasgos se tensionaron, y su rostro se retorció de terror. Los

ladridos del perro aumentaron, pero no le presté atención.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, el ladrón de almas —respondió Leandro con voz apenas audible.

—¡Nunca doy tiempo! Conmigo sólo tienes una oportunidad. Incluso el Diablo es más generoso que yo en los negocios.

Me levanté bruscamente. Leandro balbuceó unas palabras incomprensibles y luego, con los ojos llenos de lágrimas me rogó que le perdonara la vida a su hijo. Me dirigí a mis hombres. Fares se acercó con una pistola en la mano. Estaba listo para disparar a nuestro colaborador. Lo detuve antes de que pudiera hacerlo.

—¡No! Amir lo hará.

Amir, aturdido por la orden, se acercó lentamente a mí. Sus mejillas estaban de color carmesí y parecía aterrorizado ante la idea de cometer un asesinato. Fares le entregó el arma y él la tomó con manos temblorosas. ¡Maldita sea! Leandro iba a morir de un ataque al corazón si no acababa con él ahora. Decidí presionar un poco al joven.

—¡Deprisa! No puedes imaginar lo valiosos que son mis minutos.

Mi tono cortante lo puso más nervioso.

—Señor Khan, por favor —suplicó Leandro con voz sollozante—. Lo arreglaré. Es la primera vez en cinco años que tenemos un problema, por favor.

De espaldas, no respondí a sus ruegos. Estaba demasiado ocupado observando al recién llegado, demasiado ocupado averiguando cuál de ellos acabaría disparando. ¿Qué estaba esperando ese imbécil para dispararle?

—¿De verdad tenemos que hacer esto?

Detrás de mí, Miguel, Soan y Fares también se molestaban. Sus largos suspiros y gruñidos mostraban su impaciencia por terminar el trabajo, especialmente por los fuertes ladridos del perro. Me acerqué a Amir con la mandíbula apretada. Era mucho más pequeño que yo, y temblaba incontrolablemente.

—Sí, tenemos que hacerlo.

Lo miré desde arriba. Amir asintió. Me moví a un lado y él alargó el brazo, sosteniendo con dificultad la pistola apuntada hacia Leandro, que sacudía la cabeza enérgicamente. Si seguía temblando así, sin duda fallaría. Arrebaté el arma de la mano de Amir y disparé sin dudarlo. La bala se clavó en el cráneo de Leandro, que cayó pesadamente sobre el escritorio. Fares se acercó a mí y recuperó su pistola, mirando fijamente a Amir.

Antes de irme, puse mi poderosa mano en el hombro del joven que ahora estaba inmóvil, traumatizado por la escena que había tenido lugar delante de él.

—Tu tío insistió en que me ocupara de este problema. ¿Sabes por qué? Porque mis decisiones son despóticas y hoy, como siempre, mi juicio ha sido implacable. Tomaré tu alma, como la de todos los demás, aunque me lleve tiempo.

Mis palabras dejaron al joven sin palabras. Giré sobre mis talones y me dirigí a la puerta.

—Jefe, ¿y el perro?

Me detuve y miré al animal.

—No lo toques —le respondí a Soan—. Llama al refugio y pide que lo traten bien.

Una profunda melancolía se instaló en mi interior, sentimiento que inmediatamente reprimí con todas mis fuerzas.

—Nunca podrá ser adoptado por una familia, es demasiado tarde —dije en voz baja—. Este perro ha crecido como nosotros, con odio.

Crucé el umbral seguido por Amir y dejé a mis hombres para que limpiaran y se ocuparan del perro.

****

Isaac abrió la puerta en cuanto me vio llegar, y no hizo ninguna pregunta, ni a Amir ni a mí. Mi chofer llevaba mucho tiempo esperándome frente a la casa de Leandro, pero su rostro no dejaba traslucir nada. Aprecié su discreción y su total dedicación a mí.

—Deja a Amir de camino a casa.

—Sí, señor Khan.

Sentado a mi lado, el joven no dijo nada. Había metido una cuña fría entre nosotros y era mejor que mantuviera la puta boca cerrada mientras durara el viaje.

Llevábamos unos minutos conduciendo, cuando mi teléfono sonó, rompiendo el silencio. Era Ashley. Fruncí el ceño. Nunca me había llamado un domingo. Nadie lo hizo, excepto Hamza.

—¡Sí!

Mi tono cortante pilló a Ashley desprevenida.

—Hola, señor Khan, siento molestarle.

Puse los ojos en blanco. *Dios mío, ve al grano*.

—Su madre ha encontrado a su nueva asistente.

Cerré los párpados exasperado y apreté el teléfono en mi mano. Mi madre seguía apretando las tuercas a pesar de todos sus fracasos anteriores con las asistentes. No se rendiría. Además de Amir, ahora tendría que lidiar con un incompetente. Suspiré con fuerza.

—¿Cuándo empieza?

—Mañana.

—¿Mañana? —exclamé.

—Su nombre es Ronney Jiménez. Su madre dice que tiene un contrato diferente y más flexible que el de sus asistentes anteriores.

—¿Más flexible?

Di un pequeño resoplido de desagrado. Mi madre no era de las que eran flexibles con los empleados. ¿Qué pretendía ahora?

—Encuéntrame en el club más tarde, ¡tendré que hablar contigo!

Colgué sin esperar su respuesta. Ashley sabía muy bien por qué quería verla. Hacía días que no tocaba a una mujer y necesitaba desconectar de esta complicada semana.

Amir, aún en silencio, observaba el paisaje a través de la ventanilla. Apoyé mi espalda en el respaldo y volví a mis pensamientos más oscuros. Tenía que encontrar a Rafael, el hijo de Leandro, antes de que se enterara de que su padre había muerto y que la Rosa Negra nos había declarado la guerra.

2

Puse mis gafas sobre el escritorio y me froté los ojos. Había sido un largo día, y la noche aún no había terminado. Alexander y Merwan, sentados frente a mí, insistieron en que tomara una decisión rápidamente. Rafael podría ser traído ante mí dentro de una hora, y la historia del diamante finalmente terminaría.

En mi silla, con las manos juntas, escuché atentamente a mis dos colaboradores —mucho mayores que yo— antes de tomar una decisión. Miguel, Soan y Fares se habían quedado con los demás hombres en la sala privada de al lado para entretenerse. El *Dream Diamond* volvió a estar lleno esa noche, pero la música no llegaba hasta allí gracias al perfecto aislamiento de las salas.

—Le aseguro, señor Khan, que nuestros hombres no harán ningún daño.

—Su mujer y sus hijos están con él, es demasiado arriesgado —le dije a Merwan—. No quiero ningún daño colateral.

Alexander, con mirada seria, intervino:

—Rafael sabe que no tocarás a las mujeres y a los niños. Se quedará en casa y utilizará a su familia como escudo.

—Este tipo hará cualquier cosa para salvar su propio pellejo, incluso si eso significa poner a su familia en peligro. No quiero ser el responsable de una masacre.

—¡No la habrá!

—¿Cómo puedes decir eso, Alexander?

Golpeé la mesa con el puño. Mi ira me dio firmeza a mi tono. Merwan y su compañero dieron un paso atrás. Yo era la figura de autoridad, mejor no contradecirme. Mi personal prefería mantenerse a una distancia prudencial en caso de que decidiera ponerme de los nervios.

Merwan se pasó una mano por el pelo, oscuro y grasiento. Hombre de complexión pesada, siempre daba la impresión de estar sin aliento. Sabía por experiencia que no se debe juzgar a alguien por su aspecto. De hecho, muchos hombres grandes como él podrían acabar con otro hombre con la fuerza de una sola mano. Lo había visto en acción y era algo impresionante. Sin embargo, no le tenía miedo. No le tenía miedo a nadie, ni siquiera a Hamza, a quien a menudo hacía pasar un mal rato.

—Me ofrezco a ir con mis hombres —dijo con una voz que pretendía ser tranquilizadora, llevando la mano hacia delante—. Si la situación se va de las manos, entonces puedes hacer conmigo lo que quieras. Yo respondo por esta misión.

En ese momento llamaron a la puerta. Ashley entró con los brazos llenos de expedientes. Con la cabeza gacha, se dirigió rápidamente al sofá de terciopelo rojo y esperó en silencio a que estuviera disponible. Alexander y Merwan no prestaron atención a mi asistente, acostumbrados a que mis empleados fueran y vinieran durante el día.

—Tenemos el permiso de Nino esta noche, ¡no hay garantía de que lo tengamos mañana! —continuó Alexander en árabe para asegurarse de que la conversación siguiera siendo privada.

Suspiré y eché la cabeza hacia atrás. Los acuerdos con Nino eran frágiles, al igual que el acuerdo entre *Mitaras Almawt* y Rosa Negra. Hamza insistió en mantener buenas relaciones con ellos, aunque yo sólo tenía un deseo: vengar el asesinato de mi padre. Aunque nunca se hicieron cargo de ello, estaba convencido de que la Rosa Negra, nuestra vieja enemiga, tenía algo que ver.

—¿Yeraz?

La voz de Merwan me devolvió al momento presente.

—¡Muy bien! Díle a tus hombres que vayan a buscarlo. Si alguno de los niños resulta herido o algo peor, te mataré.

Merwan tragó, y luego asintió. Los ojos de Alexander se dirigieron a mí y a su compañero. De pronto ya no estaba tan seguro de sí mismo. Con un gesto de mi mano les indiqué que podían irse. Mi personal emitió sonidos de satisfacción antes de levantarse y dirigirse a la puerta.

Ashley observó en silencio. Cuando volvimos a estar solos, giré mi silla en su dirección y la miré fijamente. Se quedó en silencio, cohibida, intentando sostener mi mirada, pero finalmente bajó la vista como todos los demás. Decidí levantarme y caminar hacia ella para acabar con la distancia que nos separaba. La encontré muy atractiva con su traje, ya me estaba excitando. Su pelo rubio y rizado caía en cascada sobre sus hombros. Me gustaba una mujer con buen aspecto y bien arreglada como ella. Ashley se enderezó sobre sus tacones, sabiendo exactamente lo que iba a pasar. Ella estaba allí para satisfacerme.

Nuestras caras estaban ahora a centímetros de distancia. Pude ver esa chispa de deseo en sus ojos verdes. Su boca entreabierta me invitó a besarla, algo que me negué a hacer. Me aflojé la corbata y coloqué suavemente mis manos sobre ella. Se estremeció cuando mis dedos recorrieron la pendiente de su espalda. Sus manos desabrocharon suavemente mi camisa y luego me acariciaron el pecho, con los párpados medio cerrados, como si me hubiera echado de menos. Me incliné y pasé mis labios por su cuello, arrancando un pequeño gemido suyo. Su pulso se aceleró.

Mi mano derecha pasó por debajo de su top de encaje para acariciar sus pechos. Tenían implantes, justo como me gustaban. Nunca había tocado pechos naturales. Todas las mujeres con las que me acosté se habían sometido a una cirugía plástica y eso me parecía bien. Ashley puso su mano en mi sexo, por encima de mis pantalones, y luego hizo pequeños movimientos circulares. Mi polla estaba tensa, dura como una piedra. Ashley estaba abierta a todas mis fantasías y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para darme el mayor placer posible.

Le pasé la mano por el pelo antes de agarrar un buen puñado entre los dedos, y luego tiré de él para que se pusiera en cuclillas frente a mí. Cooper rápidamente me desabrochó el cinturón y luego me bajó los pantalones. Demasiado excitado, cerré los párpados. Se apoderó de mi sexo y sentí que sus labios lo engullían. Ashley jugaba con su lengua masturbando mi polla, mientras movía su boca de un lado a otro cada vez más rápido. Al mismo tiempo me acariciaba los testículos. Chupaba con fuerza, salivando. El placer estaba llegando a un ritmo increíble. Grité y mis manos se cerraron con fuerza alrededor de su cabeza.

Antes de que pudiera correrme, decidí levantarla y luego agarrarle las nalgas y deslizarla hasta el borde del sofá. Con un movimiento apresurado, le quité la tanga, ya mojada. Ashley abrió los muslos, con las nalgas al aire. Mis dedos se abrieron paso en su zona privada. Mi compañera emitió un leve gemido bajo mis insistentes caricias. Su pelvis se onduló debajo de mí. Finalmente, levantó la espalda de la silla y se sentó, continuando con el movimiento para seguir el ritmo de mis dedos mientras entraban en ella. Sus ojos ardían de deseo por mí. La miré fijamente a los ojos, prohibiéndole que los bajara.

Cuando su deliciosa boca se acercó peligrosamente a mis labios, le di la vuelta para distraerla y la puse boca abajo. No había manera de que le diera lo que más quería. Ashley era como todas las demás: quería más y se moría de ganas de que me involucrara en esta aventura de una noche. Nunca había besado a una mujer en mi vida, me daba asco. Ella conocía la regla, pero no podía dejar de intentarlo cada vez.

Saqué un condón del bolsillo del pantalón y me lo puse rápidamente antes de frotar mi sexo contra su pálido trasero. Empujé violentamente dentro de ella y empecé a machacarla a toda velocidad sin pensar en su placer. Tenía que deshacerme de mi ira, de mi frustración de los últimos días. La follé con potentes golpes que la hicieron gritar mi nombre, gritar de placer. Su culo rebotaba en mi vientre. Me corrí con gruñidos sordos y sudorosos. Con la espalda arqueada, Ashley esperó a que saliera, lo que hice sin demora, y luego giró la cabeza para mirarme por encima del hombro. Exhausta, contuvo la respiración. No me molesté en mirarla, ni hice un gesto de ternura. Me levanté y me subí los pantalones.

—Ponte la ropa —ordené mientras me apretaba el nudo de la corbata.

Cooper estaba terminando de arreglarse el pelo y yo me ponía las gafas en la nariz, cuando decidí preguntarle por esa famosa asistente que me haría compañía en unas horas.

—Esta Jiménez, ¿para cuántos jefes ha trabajado?

Cooper parecía incómoda y fingía estar ocupada con su teléfono. Sabía que no debía repetir mi pregunta. Tras una mirada furtiva en mi dirección, con un mohín avergonzado, respondió con dudas:

—Ronney Jimenez es actriz de voz para películas de animación y...

¿Qué? ¿Qué carajo? Ashley suspiró para darse valor y continuar. Tenía el presentimiento de que no me iba a gustar el final de su frase.

—También trabaja en el restaurante de sus padres.

Apreté la mandíbula mientras trataba de encontrarle sentido a esta mierda. Atravesé el despacho hasta Ashley, que seguía junto al sofá, y me planté frente a ella, con la ira volviendo y disipando el encanto del momento.

—¿Una camarera? ¡Mierda! ¿Acabas de contratar a una maldita camarera?

Ashley permaneció en silencio, hasta que tuvo la mala idea de responderme.

—Fue su madre. Por supuesto que habría contratado a otra persona para el trabajo, especialmente con tantos archivos sensibles.

Estaba empeorando, su voz estaba flaqueando. Fuera de mí, le agarré la nuca con firmeza intentando no hacerle daño, aunque me costara controlarme en ese momento. Ashley se estremeció y bajó la cabeza asustada.

—No me importa —susurré para no explotar—. No te mantengo aquí para coger, te mantengo para que hagas tu trabajo, ¡así que hazlo bien!

La solté bruscamente. No tenía tiempo para ella. Un día son sólo veinticuatro horas y cada minuto cuenta en el mundo de los negocios.

—¿Casada?

—No —tartamudeó Ashley, con los ojos todavía bajos—. No tiene hijos, vive con una compañera de piso.

—¿Qué edad tiene?

—Acaba de cumplir veinticinco años.

¡Una ñoña para este trabajo! De mal en peor. Me dirigí a la puerta, pero antes de salir de la habitación le di a Cooper una última orden:

—¡Llama a la señorita Jiménez! La quiero ver en el club inmediatamente. Es hora de conocer a esta camarera.

****

Había convertido el *Dream Diamond* en el club más exclusivo del país. Un lugar moderno de gran prestigio, con una decoración elegante e intemporal. Allí todos los empresarios y la élite política se codeaban con la mayor discreción. Y aunque por allí pasaba mucho dinero sucio, la policía hacía la vista gorda mientras recibía su parte a final de mes.

De pie frente a la enorme ventana tintada que da al club, observé desde arriba cómo la excitada multitud disfrutaba de la noche con el mejor DJ de California, mientras mi personal y yo nos recomponíamos de nuestra semana en el acogedor salón con sus cómodos asientos de terciopelo rojo. Los hombres detrás de mí se entretenían con líneas de cocaína, alcohol y putas caras. Era el fin de semana, así que podían disfrutar un poco antes de volver al trabajo en unas horas. Putas, orgías y drogas, tres cosas indispensables en el negocio de la mafia.

A mis espaldas se escuchaban risas. El personal y mis hombres hablaban en voz alta para tapar la música, y sin ningún filtro. Tomé un sorbo de mi whisky y miré el reloj. Eran más de la una y media. ¿Qué hacía esa asistente? Debía valer la pena la espera. Por lo menos estaría bien vestida y tal vez incluso a mi gusto. ¿Cuánto tiempo le llevaría romper la regla número dos del contrato?

Sumergido en mis oscuros pensamientos, no oí llegar a Ashley. Fue su voz la que me devolvió al momento presente. Finalmente tuve que presentarme a mi enésima asistente. Giré ligeramente la cabeza, dejé la bebida al lado de Cooper y luego me di vuelta.

Me sorprendió tanto que tuve que apoyarme en el gran ventanal que había detrás de mí para que no se notara mi turbación. ¡Dios mío! Nunca había visto en mi club a una mujer tan mal vestida, y sobre todo tan desagradable a la vista, como la señorita Jiménez. Veinticinco años, me había dicho Cooper, pero parecía tener dieciséis como mucho. Su pequeño cuerpo, de 1,55 o 1,60 de altura, desaparecía tras unas ropas holgadas que la engullían por completo. Sus manos temblaban a lo largo del pantalón. Sin manicura, con las uñas mordidas.

Mi mirada se dirigió a su rostro. Una vez más, tuve que hacer un esfuerzo para no apartar la vista porque el espectáculo era tan asombroso como increíble. No había ni rastro de maquillaje que levantara su lívida tez ni que ocultara las pequeñas cicatrices de su mejilla, que adiviné causadas por un severo acné durante su adolescencia. Sus gafas, con cristales gruesos como lupas ocupaban toda su cara y ocultaban sus gruesas cejas. Noté un ligero estrabismo en su ojo derecho, apenas perceptible, pero allí estaba. Llegué a la conclusión de que la señorita Jiménez había tenido, durante buena parte de su infancia, flequillos oblicuos que habían provocado ese ojo vago. Su desordenado cabello castaño estaba recogido en una especie de bola sin forma sobre su cabeza. Esta chica parecía más un espantapájaros que un ser humano, y su nariz, particularmente alargada y brusca, no ayudaba. *¡Bravo Camilia! Debo admitir que en este caso te has superado a ti misma.*

La chica me saludó amistosamente antes de tartamudear:

—Bonito lugar.

Su timidez era excesiva. No reaccioné, molesto. Afortunadamente, mis gafas me impidieron golpearla con los ojos. Alcancé a vislumbrar su aparato dental mientras forzaba una leve sonrisa y reprimía con dificultad una mueca de disgusto. ¡Esto era demasiado!

—Así que tú eres la que mi madre ha elegido para la salvación de mi alma.

Mi tono era gélido, y había pronunciado cada palabra con el más profundo desprecio. No había ninguna razón secreta para la elección de mi madre. Podía adivinar fácilmente que había contratado a la señorita Jiménez principalmente por su aspecto. Una camarera. No lo había previsto. Mi nueva asistente se subió las gafas a la nariz.

—Ahora que las presentaciones están hechas, ¿puedo volver a mi casa?

Ashley, aturdida, se contrajo hasta el punto de no poder decir una palabra. Con cara de agobio, se dirigió a mí para intentar salvar el día, para darme un intento de explicación, pero yo la aparté con rabia y apreté los dientes para reprimir un comentario mordaz. No tenía tiempo que perder. Mi noche no había terminado, tenía que ocuparme del “caso Rafael". Todo estaba listo para su interrogatorio. La llegada del espantapájaros me había molestado mucho, no tendría problemas en desquitarme con él.

Aparté la mirada de Jiménez y llamé a Miguel, que estaba de pie discretamente en la esquina de la habitación. Quería que me trajeran al ladrón de diamantes. No me importaba si mi nueva asistente se topaba con él. Tal vez incluso la disuadiría de presentarse en mi casa al día siguiente. No había forma de llevarla conmigo todo el día.

Hubo una pausa y luego mis ojos volvieron a posarse en ella. Vi la expresión de desánimo en su cara y la aproveché.

—Señorita Cooper, puede irse. Me voy a casa con la señorita Jiménez.

Ashley se volvió bruscamente hacia mí. Entre estas dos mujeres, ambas con los ojos cubiertos por un velo de pánico, la apariencia, el tamaño y el estilo formaban un extraño contraste. Levanté una ceja interrogativa hacia Cooper para disuadirla de abrir la boca. No era una sugerencia, era una orden. Miguel reapareció en ese momento, acompañado de Fares. Con un movimiento de cabeza, me hizo saber que Rafael había llegado. Satisfecho, levanté la cara hacia el techo y hice crujir mi cuello en un intento por relajarme. Esa noche era interminable, podía sentir el agotamiento que me invadía. A través de mis gafas observé a Jiménez, mientras mis hombres preparaban furtivamente la zona de interrogatorio. Giré la cabeza hacia Ashley, su mirada de vergüenza era ridícula. ¿Qué estaba esperando para desaparecer con mi asistente?

—Le mostraré a la señorita Jiménez su vehículo, señor Khan.

Cooper se apresuró hacia la salida, agarrando a Jiménez. Por fin me había librado del espantapájaros, o al menos eso creía. Cuando Rafael apareció en la habitación, arrastrado por Merwan y Alexander, la joven se apretó contra la pared, paralizada por el espectáculo. No tuve tiempo de quitarla de en medio, toda mi atención estaba puesta en el hombre en el suelo. Me quedé mirándolo un rato. Este tipo era el epítome de la traición.

—¿Qué pasó con los diez millones de dólares?

Mi voz profunda y autoritaria le provocó un escalofrío. Me acerqué a él y seguí mirando.

—Te juro que no lo sé. Por favor. Puedo arreglarlo. Por favor.

Apenas estaba conteniendo la náusea que se había apoderado de él. Podía sentir que en su mente todo se iba al infierno. Había enviado a tantos hombres a la muerte antes que podía anticipar cada una de sus reacciones, cada una de sus palabras. Iba a pedirme que le diera algo de tiempo, pero no tenía tiempo.

—No quiero ninguna mancha.

Miguel y Fares levantaron a Rafael, que se resistió un poco antes de resignarse a sentarse en la silla. El silencio en la habitación se había vuelto pesado. Los empleados contemplaron la escena, satisfechos con el espectáculo. Esta era nuestra rutina diaria, una simple rutina.

En su silla, Rafael trató de explicar este "malentendido", pero yo nunca dejaba pasar los malentendidos. Era inflexible, las reglas eran las reglas. Mi padre me las había machacado muchas veces, con la cintura. *¡Sin sentimientos, Yeraz!* Esas palabras aún resuenan en mí. Gritos cada vez más fuertes me devolvieron rápidamente al momento presente. Rafael gritaba hasta la saciedad. Me agaché frente a él.

—Quiero nombres.

Bajó la cabeza y pareció pensar. Estaba en mal estado. Miguel le había agujereado las dos rodillas con un taladro y Fares lo golpeaba en la cara a cada respuesta errónea.

—Están todos en Nueva York —murmuró el hombre sin aliento.

Escupió la sangre de su boca, que fluía profusamente. El charco rojo seguía ensanchándose a sus pies, sobre las lonas.

—Los contactos están en mi ordenador. El código es 844 462 9181. Encontrará a la gente que tiene sus millones, señor Khan.

De repente, Rafael me agarró las muñecas y las apretó con la fuerza de los malditos.

—¿Me dejarás vivir ahora? Tengo una esposa e hijos —me suplicó, llorando. El odio extremo que sentía por él había desaparecido. Sabía que ese era el final de este hombre.

—No tocaremos a tu mujer ni a tus hijos. Tenemos un código de honor, lo sabes.

Asintió con la cabeza, inspiró con fuerza y sacudió la cabeza. *Sí, Rafael, la vida es una cosa pequeña.* Me levanté y barrí el aire con una mano cansada.

—Acaben con él rápidamente —ordené a mis hombres. Las balas en la nuca están de moda estos días.

Rafael cerró los párpados con la respiración entrecortada. Había jugado y perdido. Nada podía salvarle ahora.

Era hora de ir a casa y dormir un poco. Tenía treinta años y mi rutina ya me había desgastado mucho. Ni un solo día de mi vida había disfrutado de libertad ni saboreado la felicidad. Eran dos sentimientos completamente desconocidos para mí, así que ¿cómo iba a echarlos de menos si no sabía lo que eran?

3

En el aparcamiento subterráneo, Merwan y Alexander escuchaban atentamente. El caso de Rafael estaba resuelto, pero ahora los inversores querían saber dónde estaba su dinero.

—Que analicen el ordenador. Quiero todas las direcciones y números de teléfono que puedan llevarme a los diamantes. Entonces iremos a Nueva York para resolver esto.

—Claro, jefe. Nos pondremos en contacto con usted más tarde hoy.

—Vayan a casa y descansen unas horas. Nos vemos en Hamza para la reunión.

Alexander señaló con la barbilla la parte trasera de la limusina antes de bajar la voz.

—¿Qué pasa con ella? ¿Estará allí?

Volví la cara. Detrás de la ventanilla bajada, Jiménez se sujetaba la cabeza con las manos. Desde allí podía sentir su total desesperación.

—No creo que dure hasta el mediodía.

Mi respuesta pareció satisfacerles. Los dos hombres me saludaron amablemente antes de alejarse hacia su vehículo, acompañados por sus guardaespaldas.

Me metí en la parte trasera de la limusina. Isaac estaba al volante, mirando por el espejo retrovisor, esperando. Con una breve inclinación de cabeza le ordené que pusiera el vehículo en marcha y comenzamos a movernos. Cómodamente sentado en mi asiento, me quité las gafas para mirar a mi asistente, sentada frente a mí. A cierta distancia detrás de nosotros, el coche de Miguel y Fares se puso en marcha para seguirnos.

El ambiente en el coche era pesado, saturado de energía negativa proveniente de mí. Mi asistente miró incómodamente a su alrededor con sus ojos color avellana antes de fijarse en mi anillo de sello. *Por fin has entendido lo que has estado haciendo.* La sombra de una sonrisa, tan discreta como amenazante, apareció en mis labios. La duda flotaba en su mente, estaba a punto de derrumbarse.

—Entonces, ¿cuál es el plan de mi madre esta vez para que acepte entregar las llaves del reino de mi padre?

Sorprendida por mi pregunta, Jiménez me miró un momento antes de subirse las gafas. Un reflejo de pánico la hizo reaccionar. Respondió con cierta vergüenza:

—Tal vez no haya ningún plan. Una madre es una madre, ya sabes.

Había una cierta tristeza en su tono y en sus ojos melancólicos que me impactó. Sí, conocía a mi madre y su desmesurada esperanza de salvarme de algo que era mucho más fuerte que ella. Aparté la mirada para ver a través del cristal. La noche estaba en penumbra. Sheryl Valley yacía dormido, silencioso e inocente, con un aspecto muy tranquilo.

—No la conoces. Ella controla todo en la vida de mis hermanos. Gerente y madre no van juntos.

Mi voz estaba cargada de reproches no expresados. Mi asistente dio un suspiro que habría ablandado a cualquiera, pero no a mí.

—Sus asistentes nunca se quedan mucho tiempo… ¿Por qué?

Su tono acababa de cambiar, obligándome a volver la cara hacia ella. Su ceño se mantuvo preocupado, pero por un momento logró sostener mi mirada. Le dirigí una fría sonrisa.

—Hay una cláusula en el contrato, en la última página. ¿Lo leyó, señorita Jiménez?

Mi asistente se sonrojó de repente. Eso es lo que pasa cuando te quedas demasiado tiempo

cerca de mí. Logró balbucear:

—No, no, todavía no, señor Khan. Tengo que ver el contrato al final de la semana, el viernes.

—*Todas* mis asistentes han incumplido la primera y la segunda cláusula del contrato.

Sus rasgos reflejaban tanta sorpresa como interrogación. Jiménez era curiosa... No es muy bueno para el negocio. No necesitaba complicaciones.

—¿Cuáles son?

Cerré los ojos un momento antes de volver a hablar. Era doloroso tener que explicar todo, aunque fueran cosas sencillas. El hecho era que estaba seguro de que nunca, jamás, me acostaría con esta mujer. Aparte de una voz agradable, no había nada en ella que me atrajera. Jiménez era cualquier cosa salvo bonita, y la apariencia era lo único que me atraía de una mujer.

—Pronto lo descubrirás. Pero contigo será imposible cumplir las reglas del juego. ¡Mi madre lo tiene todo resuelto!

Ella insistió, lo que empezaba a irritarme.

—¿Y sus asistentes hombres? ¿Por qué han dimitido? ¿Es por la misma razón que las mujeres?

Esta vez la pregunta me hizo sonreír. De ninguna manera era bisexual, me gustaban demasiado las mujeres para eso. Levanté los hombros mecánicamente.

—¡No! Todos tenemos cosas que ocultar, secretos inconfesables. Me gusta adentrarme en la vida de las personas que me rodean y que me asesoran en mi trabajo. Desempolvo los cadáveres de sus armarios y los utilizo para dispararles al menor error. La mediocridad me enfurece.

Hablaba con terrible lentitud, como si pusiera mi peso detrás de cada palabra. Exudaba una malicia feroz, llena de veneno. Extrañamente, mi asistente no parecía estar preocupada por mi ataque directo. Entrecerré los ojos y creí detectar un pequeño destello de desafío en su mirada. Parecía decir: *¿No puedes hacerlo mejor?* Había algo más detrás de su timidez, pero no podía precisarlo.

Tras un pesado silencio, continué:

—Las personas que tengo delante suelen estar incómodas. Veo en sus ojos admiración, miedo, envidia o incluso cierta fascinación por mí, pero tú eres diferente. No tienes ninguno de estos sentimientos. Lo que veo es desprecio, incluso una intensa repugnancia hacia mí.

Ensanchó los ojos y dejó escapar una pequeña exclamación antes de intentar reafirmar su voz:

—Se equivoca. Nunca... ¡no! Nunca, ni por un momento me permitiría...

Jiménez no terminó su frase, considerando innecesario continuar.

—¿Juzgarme?

En ese momento mi asistente me lanzó una mirada que, lo juro, era sospechosa. Levantó las cejas, como si me desafiara una vez más. ¡*Maldita sea*! ¡Me estaba poniendo de los nervios! ¿Quién se creía que era?

—No envidio a nadie en mi vida, es cierto. Cada uno va por su lado. Sólo quiero hacer mi trabajo y no busco nada a cambio, señor Khan.

—No creo que puedas hacerlo sin motivación. Debe haber algo en ti.

Una sonrisa condescendiente iluminó su rostro.

—Así es. Tengo mis propias motivaciones.

Entendí mejor por qué mi madre había contratado a esta mujer. Ella había visto lo mismo que yo en ese momento: la señorita Jiménez era impermeable a todas las palabras. Evidentemente, nada parecía llegarle.

—Ha llegado, señor.

Cuando el motor se detuvo, se produjo un extraño silencio. Isaac acababa de marcar el final de la discusión. Los segundos antes de que se abrieran las puertas parecieron una eternidad. Miré fijamente a mi asistente y me tranquilizó ver que tenía un repentino deseo de huir. Finalmente la asusté tanto como la intrigué. Cuando Isaac abrió las puertas, Jiménez se estrelló contra mí al intentar levantarse. La tomé por las muñecas por reflejo. Murmuró unas vagas palabras de disculpa, pero su tacto era insoportable. La aparté sin miramientos, respondiendo con la dura mirada que el peligro les da a los hombres como yo:

—¡No vuelvas a tocarme!

Salí de la limusina antes que ella y me cuidé de volver a ponerme bien la chaqueta, como si la hubiera arrugado. A continuación, caminé a paso ligero hacia la entrada de la casa.

****

Cuando entré en el salón, encendí la televisión para ponerme al día con las noticias, y luego me puse delante de los grandes ventanales.

Pronto se haría de día en la ciudad. En ese momento todo parecía tranquilo. Fue un raro momento en el que mi cerebro tuvo un respiro. Me gustaba pensar que estaba solo, a salvo de cualquier daño, pero mis hombres estaban cerca las 24 horas del día.

Me pasé una mano por la cara y recordé que Jiménez también estaba allí, en mi casa. La sola idea de su presencia en ese lugar era desagradable. Maldije a mi madre por haber contratado a esa mujer y, para vengarme de ella, iba a hacerle la vida imposible. Decidí llamarla en mi tono más autoritario.

El sonido de unos pasos ligeros me advirtió que mi asistente acababa de entrar en la habitación. Seguí viendo las noticias mientras me servía un vaso de whisky, sin molestarme en mirarla en absoluto.

—¿Ashley te dio mi horario de citas?

Jiménez metió la mano en su gran bolso y sacó una carpeta, que hojeó con energía. Volví a mirar mi bebida, pensando en qué estrategia adoptar.

—Sí, lo tengo conmigo.

—Cancela todo y vuelve a trasladarlos en una semana —ordené en voz baja y tensa.

—Pero tiene muy poco tiempo esta semana.

Giré la cabeza hacia ella y finalmente la miré. ¿Cómo se atrevía a pensar que podía elegir? La miré despectivamente mientras ella seguía escudriñando el horario con la mirada. Esas *Converse* rojas, esos horribles pantalones y esa camiseta manchada de pistachos... No, nada estaba bien en ella.

—Sus días están sobrecargados. Ni siquiera hay...

Jiménez finalmente levantó la vista y decidió que era mejor no terminar su frase. Mi molestia debe haber sido visible. La fulminé con la mirada, no podía soportarlo más. Me dirigí hacia ella procurando adoptar el tono más desagradable posible:

—¿Crees que tengo tiempo que perder? ¿De qué me sirves si no puedes hacer lo que te pido? ¡No me molestes más con tus estúpidos análisis!

Fue por la calidad del silencio que sentí que la había tocado. Pude ver en toda su persona que

estaba aterrorizada. Era emocionante verla asustada, dispuesta a dimitir y largarse de aquí cuanto antes. De repente, sus ojos se posaron en mi vaso y una mirada aburrida pasó por su rostro. Entrecerré los ojos y apreté la mandíbula. *No, no… ¿Me va a dar un sermón sobre esta bebida?* Dudó durante una fracción de segundo. Podía sentir que Jiménez quería decirme algo, le quemaba los labios. Decidí tomar la iniciativa:

—Me ayuda a ser capaz de mirarte y tolerarte a mi alrededor.

Hacía sólo tres horas que conocía a esta mujer y ya me había hecho perder los nervios y los modales. Molesto, fui a sentarme en el sofá. No podía esperar a que mi asistente desapareciera de mi vista. Le ordené con voz rígida:

—Toma asiento en la oficina de al lado, ya te he visto bastante. Envía los correos electrónicos. Luego iremos a San Diego, tengo algo que resolver ahí.

No había manera de que le diera unas horas de sueño, ni siquiera tiempo para ducharse. No, quería llevarla al límite.

Me acomodé en el respaldo del sofá. El ambiente me pesaba, necesitaba dormir un poco. Con los párpados cerrados, la oí alejarse. Mis comentarios no parecían afectarla realmente. Esta joven no era de las que se compadecen ni de las que se rinden fácilmente. Sentía una antipatía por ella que en ese momento me prometí no superar.

El sonido de mi teléfono me despertó. Miré el reloj en el borde de la mesita de noche. Eran las seis cuarenta y cinco de la mañana. Camilia había decidido jugar con mi paciencia.

—Buenos días —respondí con voz ronca, aún dormida.

—¡Yeraz, oh, Dios mío! ¿Te despierto?

Levanté los ojos hacia el cielo. Por supuesto que me estaba despertando, lo hacía a propósito. Mi reloj debía sonar en quince minutos... Quince preciosos minutos.

—¿A qué debo esta llamada?

Mi madre soltó una pequeña exclamación, fingiendo que intentaba averiguar qué decirme cuando sabía exactamente cuál era el motivo de esta perturbación de madrugada.

—Tres miembros del consejo de administración se reunirán mañana por la tarde para decidir sobre la adquisición del grupo hotelero...

Me levanté de la cama sin apenas escucharla. Camilia dio la vuelta a la olla.

—Sabes que por el momento sigo siendo titular de los bienes de tu padre.

—Mamá, mis colaboradores están muy satisfechos con el rendimiento de la inversión. Déjame gestionar el negocio.

En el vestidor me apresuré a elegir el traje y el reloj que llevaría con él. Después de escuchar los lloriqueos de mi madre decidí que era hora de poner fin a esa farsa.

—¿Puedes decirme qué te llevó a contratar a esta camarera que parece más un espantapájaros que una asistente con experiencia?

Oí a Camilia suspirar al teléfono.

—Odio cuando hablas así de la gente. Yo no te crié así.

—Quiero que la saques de aquí esta noche.

Fui al baño. Camilia emitió una pequeña risa sarcástica antes de cambiar de tono. Ahora fue la mujer de negocios quien tomó el mando…

—Todavía no tienes treinta y un años. Un trato es un trato. Tengo más poder sobre los negocios de lo que crees, hijo. La señorita Jiménez parece competente y sensata. No intentará meterse debajo de tu escritorio.

—En eso estamos de acuerdo —respondí secamente—. Vas a poner a esa niña en una situación incómoda y terriblemente estresante. Jesús, ¿la has mirado siquiera? ¡Por su bien, despídela!

Se produjo un silencio. Mi madre parecía estar pensando en mis palabras. Abrí la ducha y dejé correr el agua.

—¡No! Algo me dice que me la quede. Es algo que sólo las mujeres podemos sentir. Ya sabes, el sexto sentido.

—Te aferras a esa última esperanza cuando las cartas ya están echadas.

Había bajado la voz para no herir sus sentimientos. Aunque había dicho las palabras en un medio murmullo, la verdad era evidente. Oí que la respiración de mi madre se aceleraba. Levanté la cara hacia el techo. *Por favor, Camilia. Es demasiado temprano para lágrimas.*

—Si tuvieras hijos lo entenderías.

—Piensa en lo que acabo de decir. Tengo que irme, tengo mucho que hacer.

Colgué a toda prisa. No era demostrativo, pero quería a mi madre a mi manera. De todos modos, ¿cómo podría ser de otro modo? Me habían educado para ser un criminal sin alma. Ya le había explicado muchas veces, con una sonrisa, que mis treinta y un años no cambiarían mucho; pero en el fondo ella sabía, como lo sabía yo, que lo cambiaría todo.

Antes de desvestirme para entrar en la ducha, miré mi reflejo en el espejo. Siempre era el mismo: un rostro severo y cerrado.

Mi teléfono sonó de nuevo mientras bajaba las escaleras. Soan tenía algo que decirme.

—¿Qué pasa? —respondí en tono poco amable.

La voz de mi secuaz se volvió cautelosa.

—El asistente de tu madre, Peter, acaba de llegar. Desea hablar con la señorita Jiménez.

De pie en lo alto de la escalera me pregunté qué hacía Peter en mi casa a una hora en la que la gente de Sheryl Valley estaba empezando a abrir los ojos… Con suspicacia, mi mirada se desvió hacia abajo. Peter era la única persona a la que no podía ocultarle nada. Tenía la habilidad de conocer todos los secretos que teníamos, y la mayoría de las veces se la jugaba a su antojo. Un personaje divertido, seguro de sí mismo, y sobre todo un raro asistente que podía lograr que las cosas imposibles fuesen posibles. Era el protegido de Camilia. Nadie tocaba a Peter, y poner a mi madre en mi contra era como dispararme en el pie.

—Déjalo pasar. Mientras no venga por mí, está bien.

Mis buenos modales me impidieron decirle a mi asistente la verdad. Peter, en cambio, no la perdonaría.

Para mi gran disgusto, descubrí que Ashley estaba con Jiménez cuando entré en la oficina. Me saludó con su habitual cordialidad. Obviamente, había interrumpido su conversación. Sumido en mis pensamientos, no presté atención a las dos mujeres.

—Llama a Isaac. Nos vamos.

Sin dar tiempo a Jiménez a responder, corrí a la entrada para reunirme con mis hombres detrás de la casa, donde me esperaban para hacer el primer interrogatorio del día.

Se había decidido que sólo Fares y Miguel me seguirían a casa de Hamza. Todos íbamos a estar acompañados por nuestros guardaespaldas, por lo que era probable que la casa estuviera bastante llena. De hecho, esta reunión era una de las más importantes de la semana. Los *Mitaras Almawt* rara vez se reunían en un número tan elevado, simplemente para evitar un ataque

sorpresa de nuestros enemigos y un baño de sangre que pudiera debilitar seriamente nuestra organización. Así que mis hombres estaban más nerviosos que de costumbre, con todos los sentidos en alerta.

—Es mejor que nos siga, señor Khan. Fares y yo guiaremos el camino.

Asentí a las palabras de Miguel y continué leyendo mis correos electrónicos. Tras un momento de silencio miré a mis hombres, que esperaban el permiso para ir a su vehículo. Me metí el portátil en el bolsillo interior de la chaqueta y luego tomé la pistola de la parte trasera del pantalón para asegurarme de que funcionaba. Primero hice retroceder el cerrojo, que permaneció correctamente bloqueado, y luego saqué el cargador lleno de balas para comprobar la tensión del muelle. Miguel, Soan y Fares hicieron lo mismo.

—Muy bien —dije, guardando mi pistola y dejando que la culata sobresaliera—. Si las cosas se salen de control, pon a mi asistente a salvo primero.

Fruncí los labios mientras cerraba los ojos por un momento, molesto porque Camilia seguía sin entender los importantes riesgos que hacía correr a toda esa gente.

Jiménez me estaba esperando en la parte trasera del sedán. Tenía un aire más bien desconcertado por la falta de sueño. Pero esto era sólo el principio para ella. Por un segundo miré su top, que reconocí inmediatamente. Se lo había quitado a Ashley varias veces. Por supuesto, no se lo iba a hacer a mi asistente. Reprimí una pequeña mueca y aparté ese horrible pensamiento de mi cabeza.

—A lo de Saleh —le ordené a Isaac.

Me acomodé de nuevo en el asiento de cuero y dirigí mi atención a la ventanilla para observar la luz de la mañana, ese momento en el que la noche parecía abrazar al día antes de retirarse lenta y pacíficamente. Fue entonces cuando recordé el correo electrónico de mi asistente, leído unos momentos antes. Me había dado cuenta de un error en la organización de mi agenda. Sólo llevaba unas horas trabajando para mí y ya nada estaba bien. No tenía habilidades para el trabajo.

—He recibido el nuevo horario que me has enviado. No hay citas para el sábado.

Jiménez tartamudeó:

—Sí, no sé exactamente cómo hacer ese día. Lo siento, no estoy disponible el fin de semana.

Al escuchar su excusa, que me pareció insuficiente, mi rostro se volvió lentamente en su dirección. La miré fijamente y, sin darle tiempo a justificarse, le dije en un tono de inflexible austeridad:

—Tiene usted ventajas que pocas personas tienen a mi alrededor, señorita Jiménez. Tiene usted suerte de poder descansar.

La joven me miró fijamente, molesta. Aunque su actitud era muy respetuosa, su mirada decía claramente: ¡No sabes nada de mi vida, imbécil! Había llegado a ella, y eso me hacía feliz. *¡Adelante, a por todas! Aléjate de mí.* Por una fracción de segundo percibí su vacilación, pero rápidamente se recompuso. Apartó la mirada de mí e hinchó las mejillas. Levanté una ceja sorprendido. ¿Cómo se atreve? ¡Estaba al borde de la insolencia! En lugar de disculparse, sacó la tableta de Ashley de su bolso y volvió al trabajo. Jiménez tenía ese don de permitirse ignorar la pesada atmósfera que yo ponía entre nosotros. ¿Por qué las palabras, el desprecio y el peligro no parecían llegar a ella? ¿Por qué este trabajo le parecía vital? Sin quererlo, mi mirada se posó en su gran bolsa de tela. El reproductor de casetes que vi dentro me hizo fruncir el ceño. Creía que esas cosas habían desaparecido de la faz de la tierra, ¡pero no! Jiménez era una mujer fuera de tiempo y de moda, lo que la hacía mucho más difícil de destruir. Era un enigma en sí misma.

Reprimí un suspiro y volví la cara hacia la ventana.

El paisaje pasó ante mis ojos. Un paisaje de montañas y colinas boscosas, con hermosas vistas de los pueblos de los alrededores. Las tonalidades verdes, bronce y doradas se extendían hacia el horizonte hasta la escarpada costa, donde las montañas parecían hundirse en el mar. A pesar de esta impresionante vista deslumbrante, no pude sentir ninguna paz. Una persona normal podría dejar su vida en suspenso por un momento para disfrutar de lo que puede hacerla sentir bien, pero yo era incapaz de ello. Era rico gracias a los *Mitaras Almawt*, una familia tan poderosa como peligrosa, pero nunca había aprovechado ese dinero. Mis pensamientos volvían a mi padre. ¿Qué habría pensado hoy de mí, si aún estuviera vivo? Habían pasado exactamente cuatro años desde su muerte. La inmensidad de mis lamentos se multiplicó por diez por el hecho de que nunca me vería al frente de su reino. Echaba de menos esos momentos en los que por fin podía existir para él, en los que se habría sentido orgulloso de mí. Estaba enfadado. Peor que eso, me sentía culpable por haber sentido, cuando supe que había muerto, una verdadera liberación. Los recuerdos aparecieron. Recuerdos dolorosos y violentos que la noche no había sido suficiente para alejar. Ese hombre había sido un tirano cuando estaba vivo, pero yo lo había admirado. Y aún lo hacía.

4

Isaac nos dejó frente a la entrada de la suntuosa casa colonial rodeada de un magnífico jardín. La fachada, de ladrillo y piedra, estaba cubierta de enredaderas. De pie frente a la puerta, Jiménez parpadeó y miró a su alrededor. Sospeché que no estaba acostumbrada a ir a lugares así. El distrito de la panadería era cualquier cosa menos un barrio rico. Rosa Negra era la propietaria de ese territorio, pero estábamos en conversaciones con ella para conseguir algunas de las tiendas y restaurantes de esa zona. Mi odio por Nino no debía interferir en el negocio, aunque tenía la intención de resolver este *problema* personal muy pronto. Mi padre nunca se lo había tomado en serio, pero me había recordado muchas veces que esa alianza era necesaria para el equilibrio de nuestras dos familias.

Era un hombre joven y fuerte, con el pelo bien peinado, quien vino a abrir la puerta. Nos invitó a seguirlo. Mientras subíamos, Miguel y Fares estaban atentos al menor ruido, al igual que Jiménez, que observaba discretamente el ambiente. Podía sentir que inspeccionaba cuidadosamente cada rincón de la casa, anotando en su cabeza lo que veía. A menudo, las personas más silenciosas son las más observadoras. Una vocecita en mi interior me decía que desconfiara de esta asistente, diferente en todos los aspectos.

****

Cuando entramos en el despacho de Hamza, todas las miradas se dirigieron a Jiménez, lo que la sumió en una gran angustia, hasta el punto de seguirme un poco de cerca. Detrás del escritorio, en el fondo de la sala, un hombre de rostro cansado, labios carnosos y nariz larga y fuerte, nos esperaba para iniciar la reunión. Hamza dirigió a mi asistente una mirada de sorpresa, seguramente la misma que la mía cuando había conocido a la joven unas horas antes. Se sacó el puro de la boca y esperó a que le presentara a mi nueva asistente.

—Hola, Hamza. Esta es mi asistente: Ronney Jiménez.

Giró la cabeza hacia ella y la consideró por un momento antes de dirigirme una mirada de desaprobación, pero hacía tiempo que había perdido el interés por sus sentimientos. Hizo un gesto teatral con la mano para invitarnos a tomar asiento. Teníamos mucho que hablar esta mañana. Los hombres estaban esperando instrucciones. Era mejor no esperar más e ir directamente al grano.

—Tenemos un problema con el complejo *Baleares* —comenzó Hamza—. La construcción va con retraso. Hemos invertido mucho en este proyecto.

Su mirada se volvió hacia mi asistente, que había sacado su cuaderno. Dejó de hablar. Jiménez era una desconocida para nosotros y no podíamos arriesgarnos a revelar demasiada información sobre algunas de nuestras actividades. Decidí tomar la delantera; después de todo, no era la primera vez que Camilia ponía a alguien en nuestro camino. Mi madre molestaba a todos con este desfile de asistentes.

—La fruta y la verdura son mejores cuando son de temporada, todos lo sabemos.

Hamza se aclaró la garganta y echó la cabeza hacia atrás, pensativo, antes de responder:

—Prefiero no mezclarlos en la misma cesta. Algunas se pudren demasiado rápido.

Solíamos hablar en clave por teléfono o incluso en lugares públicos. De pronto Jiménez giró la cabeza hacia mí, sorprendida. Comprendió lo que estaba sucediendo. Podía sentir su consternación, pero así era el juego.

Continuamos la reunión discutiendo sin parar sobre el "*Proyecto Baleares*", que nos estaba quemando los dedos. Nuestras diferencias con la mafia albanesa no nos facilitaban las cosas. Tuvimos que resolver el problema en Chicago la semana pasada. Nada nuevo, simplemente ejecutar a un par de personas en lo alto de un edificio para que nuestros rivales entendieran que debían dejar de venir a nuestro territorio. Hamza me había encomendado esta tarea para asegurarse de que el trabajo se hiciera correctamente. Entonces, naturalmente, la conversación giró en torno a los acontecimientos del día anterior: Leandro y Rafael. En el consejo, algunos exigían que fuéramos a Nueva York lo antes posible para acabar de una vez por todas con esta historia del diamante; otros se oponían a la idea, pensando que debíamos esperar, que nos podía estallar en la cara. Escuché sin intervenir. Abrumado por el acalorado debate que se estaba produciendo entre esas paredes, Hamza finalmente se derrumbó y golpeó con el puño la mesa, echando una larga mirada a todas las caras, como si quisiera demostrar que no quería peleas en casa. Se hizo el silencio. Los hombres temían a este regente autoritario cuya antigüedad imponía respeto.

—¿Yeraz?

Hamza quería mi opinión. Si los miembros de esta familia temían a este hombre, se estremecían más ante mí. Hamza lo sabía. No podía arriesgarse a provocar una rebelión dentro de los *Mitaras Almawt*, porque a fin de cuentas aquí todos obedecerían a un solo líder, ¡y ese era yo! Jiménez volvió a girar la cabeza en mi dirección. Aunque no entendiera el tema de nuestra conversación, sabía que se buscaba mi opinión sobre un asunto importante.

—Iré a Nueva York con Merwan y Alexander. El asunto se resolverá rápidamente.

Pensativa y diligente, mi asistente siguió tomando cuidadosas notas a lápiz de todo lo que nos decíamos. Por el amor de Dios, ¿alguna vez se daba por vencida? Hamza echó una ojeada a su reloj y se levantó de la silla con dificultad.

—Haremos una pausa. Todo el mundo necesita comer. Continuaremos después.

Había una cosa más de la que quería ocuparme antes de salir de allí. Pensando que era el momento adecuado, decidí plantear lo que era importante para mí.

****

—Antes de salir, me gustaría conocer el estado de mi petición de prohibir las peleas de perros.

Mi tono era tranquilo, pero firme. Exigía una respuesta, y no me iría hasta conseguirla. Los hombres que nos rodeaban volvieron a sentarse con cara de fastidio. Hamza se acomodó los pantalones y respondió, profundamente escéptico:

—Estas peleas han sido una fuerte tradición dentro de los *Mitaras Almawt* durante muchas generaciones. Estás abordando algo que te supera, Yeraz.

Apreté la mandíbula. Hamza quiso dejar el tema de lado, pero le interrumpí:

—No me gusta ese entretenimiento.

Los presentes se miraron de reojo. La atmósfera se volvió repentinamente más pesada.

Ninguno de ellos quería que se acabaran las peleas de perros. Eran tan valiosas para ellos como las partidas de póker o las putas en las fiestas privadas, pero yo había dado mi palabra a Amasis, mi perro, mi mejor amigo. Era la promesa de un niño de once años, y quería cumplirla. Jiménez parecía horrorizada por todo esto. ¡Así es! No todo el mundo había crecido en un acogedor capullo con una madre y un padre cariñosos. Debe haber tenido una infancia dulce y fácil. No estaba preparada para el horror de nuestra vida cotidiana… Sólo las almas mutiladas podían sobrevivir en esta gran familia.

—No te entiendo, Yeraz. No te importa matar gente, pero ver a dos bestias luchando como tú, por su honor, no te convence.

Hamza no levantó la voz, pero percibí que el tema empezaba a molestarle.

—Con el debido respeto, nadie me obliga a hacer nada que yo no quiera —dije en un arrebato.

—Estos perros son tratados tan bien como tú y yo. Hay cosas que no se pueden cuestionar, ¡incluso con el estatus que tienes!

Me froté la barbilla, tratando de evitar que mis instintos violentos salieran a la superficie, y luego apreté la mandíbula para reprimir una réplica aguda. Hamza frunció el ceño.

—El debate ha terminado, Yeraz. Ahora, ¡todo el mundo fuera!

****

Encerrado en mi mismo a causa de la amargura y el resentimiento, no podía ver ni oír a nadie. La brecha entre Hamza y yo se estaba ampliando. Tomé un sorbo de mi whisky, pero eso no hizo desaparecer mi resentimiento hacia el hombre de la habitación de al lado. Fue la suave voz de mi asistente la que me sacó de lo profundo de mis pensamientos.

—Señor Khan, ¿vamos a estar aquí mucho tiempo?

Jiménez me miraba fijamente con el siempre presente temor de que la abatiera en el acto, algo que habría hecho si hubiera podido. Su pregunta me disgustó. Esta mujer estaba definitivamente fuera de lugar. Eché un rápido vistazo a la habitación. Algunos de los hombres estaban inmersos en una conversación mientras otros me miraban con respetuosa admiración mientras levantaban sus copas en mi dirección. Con un tono gélido y hostil contesté a mi asistente:

—Sí, señorita Jiménez. ¿Por qué ha dicho eso? ¿Tiene mejores cosas que hacer?

Se puso pálida, se subió las gafas y tartamudeó:

—No he dormido en toda la noche y no he comido nada desde esta mañana, señor Khan. Estoy al borde de un ataque de nervios.

No vi pasar el tiempo. Mi asistente no había comido ni bebido nada durante horas. Su rostro mostraba un cierto cansancio que la hacía parecer aún peor de lo que ya era. Con un chasquido de dedos, le dije a uno de los criados que se acercara a nosotros.

—Un asiento y una comida para mi asistente.

El hombre pálido y rubio de mejillas hundidas asintió y se alejó a toda prisa. Jiménez me dio las gracias. No presté atención a sus palabras, demasiado ocupado preguntándome cómo iba a convencer a Hamza de que aceptara el trato que le había ofrecido.

Tras investigar en mi teléfono, encontré un dato crucial que podría inclinar la balanza a mi favor. Un alto cargo de la junta directiva rusa de *Fidutive* siempre había defendido la protección de los animales. Además, Schröder colaboraba estrechamente con *Mitaras Almawt* para firmar

lucrativos contratos con algunas empresas de fachada, lo que le permitía invertir dinero sucio en bienes inmuebles. Todavía de pie, me dirigí a mi asistente, que estaba sentada a mi lado disfrutando de su refrigerio:

—Señorita Jiménez, eche un vistazo a las últimas cifras de la bolsa, especialmente a las del Grupo Fiduciario. Compárelas con las cifras de la semana pasada.

Hamza no podía permitirse el lujo de decepcionar a uno de los principales líderes empresariales que había invertido tanto dinero en nuestra empresa.

—¡Quizá con esto consiga que por fin entre en razón!

Entonces me pareció escuchar un pequeño ruido contenido de mi asistente. Instintivamente giré la cabeza en su dirección. Una ira negra se apoderó de mí. Me impedí patear su silla y me encargué de no explotar delante de todos.

—Veo que te divierte la situación.

Puse mi peso detrás de cada palabra.

—No, señor, es sólo...

Mi asistente me miró con los ojos muy abiertos y se subió las gafas con la mano libre. No terminó la frase. Me agaché para estar a su altura y le clavé la mirada en lo más profundo de sus ojos para que nunca olvidara con quién estaba tratando. Se puso rígida, congelada por el frío y el terror.

—Hay una cosa que odio por encima de todo, señorita Jiménez. Desobediencia e insolencia.

—No era para usted, señor Khan —tartamudeó—. No era mi intención. Es que usted encuentra una situación complicada cuando, para mí, no lo es.

—No has entendido ni una palabra de esta reunión, pero crees que puedes resolver un problema que te superaría si tuvieras toda la información a tu disposición.

Jiménez frunció los labios y luego miró su plato, que dejó a un lado antes de buscar su tableta en el bolso. Luego añadió con el máximo cuidado:

—A veces basta con mirar a la persona que tienes delante para entenderla. Se puede saber mucho más de ellos por su lenguaje corporal que por su discurso.

¡Qué demonios! ¿No se iba a callar? Me enderecé y me acomodé la chaqueta, mirándola fijamente.

—¿Una de tus teorías?

Jiménez volvió a mirar el aparato que tenía en sus manos. Pensé que por fin había conseguido ponerla en su lugar, pero no la conocía bien. Movió lentamente la cabeza de un lado a otro y dijo con voz tranquila, sin mirarme:

—El señor Saleh es un hombre con mente infantil. Sigue sus instintos por encima de todo. Si quiere que lo escuche, sea el último en salir de la habitación.

Me sorprendió la vivacidad de esta reflexión. Antes había pensado que mi asistente no era una mujer de intelecto especialmente rápido, pero ¿me había equivocado?

****

Tras varias horas de debate sobre muchos temas delicados, finalmente la reunión llegó a su fin. Un rápido vistazo a mi reloj me indicó que ya eran más de las cuatro de la tarde.

Merwan, Alexander y los demás se retiraron en medio de un ruidoso alboroto, contentos de seguir con sus asuntos. Me senté y observé cómo se vaciaba la habitación. Jiménez guardó sus

cosas y luego me animó con una pequeña sonrisa que revelaba parte de sus espantosos aparatos. Pensándolo bien, tal vez tenía razón. Por un breve momento, le mostré mi respeto, lo que es raro cuando me conoces.

Al segundo siguiente estaba a solas con Hamza.

Detrás de su escritorio, el regente se acomodó en su asiento y encendió un cigarro. Dio una larga calada mientras me miraba fijamente a través del humo antes de interrogarme con su pesada mirada y su voz pétrea, casi apagada.

—¿Cómo va el entrenamiento de mi sobrino? Me han dicho que te está haciendo pasar un mal rato. Le cuesta deshacerse de su empatía por los demás. Es un buen chico.

—No lo dudo —respondí, pasándome una mano por la corbata—. Su comienzo en nuestra familia es un poco complicado. Tenemos que darle algo de tiempo.

Se levantó y se puso de pie junto a su escritorio, con el cigarro aún en los dedos. Él y Amir no tenían ninguna similitud; por el contrario, eran completamente opuestos. Hamza frunció el ceño y dijo con severidad:

—El mundo se divide en dos categorías: las bestias trabajadoras y seguidoras, y nosotros, los líderes. Te pareces mucho a tu padre, Yeraz. Son del mismo calibre, con esa incuestionable superioridad que los convierte a ambos en hombres de élite. Amir también debe estar en esa categoría. En nuestro mundo no hay lugar para los sentimientos.

Respondí con un tono lento y sin un ápice de humanidad:

—No te preocupes. Dentro de un tiempo tu sobrino habrá perdido su alma. Confía en mí.

Satisfecho, mi interlocutor relajó los hombros. Se había quitado un peso de encima. Tranquilo, volvió a respirar profundamente y levantó una mano en el aire.

—¿Qué quieres, Yeraz? Tengo muy poco tiempo para ti, mi agenda está terriblemente ocupada.

Me aclaré la garganta. Esta era mi última oportunidad para hacer entrar en razón a este hombre sin utilizar chantaje y amenazas ni crear una división dentro del *Mitaras Almawt*.

—Es fundamental que dejemos de criar perros de pelea. Hay que acabar con esta tradición. Es bárbaro y cruel.

Hamza respondió con una risa divertida.

—Y lo dice el hombre que anteayer atravesó sin dudarlo la base del cráneo de un tipo con un espetón de cocina…

Sacudí la cabeza y dije:

—¡Eso no tiene nada que ver! Ese tipo sabía en lo que se metía. Estaba podrido hasta la médula. El negocio entre nosotros no funcionó.

—Los perros también saben lo que les espera. ¿Qué pasa con eso, Khan?

Me levanté apresuradamente de mi asiento:

—Los animales son mejores que nosotros. Ya tenemos suficientes enemigos, suficientes patas que engrasar, por no hablar de la sociedad protectora de animales, que empieza a mirar hacia nosotros. Y no son sólo ellos; algunos de los nuestros, como Schröder, odian estas prácticas de entretenimiento.

Miré alrededor de la habitación, sin levantar la voz, aunque podía oír la ira en mi voz. Mis ojos hablaban por mí. Hamza escuchaba con atención. Había intuido que esta vez sería inamovible, inflexible en este punto. Se pasó una mano por la barbilla y levantó la vista. La idea se estaba abriendo paso en su mente. Tras un largo suspiro, habló:

—Lo pensaré. Sólo hay que tener en cuenta las consecuencias que esto podría tener en la moral de los hombres.

Habló con suavidad y trató de sonreír para calmar la situación. Escuché sus argumentos con paciencia, pero sin complacencia.

Cuando terminó de hablar de las tradiciones, de nuestra historia familiar y del dinero que se perdería si dejáramos de hacer peleas de perros, Hamza dio un giro de 180 grados, pero se detuvo antes de sentarse en su silla. Se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—En seis meses serás el jefe de este reino, imagino que será lo primero que hagas.

El silencio respondió en mi lugar. Me metí las manos en los bolsillos sin pestañear. Hamza se desplomó, pareciendo que acababa de perder diez centímetros. Sacudió enérgicamente la cabeza en señal de desaprobación y añadió, derrotado:

—Muy bien, esperemos que los demás no te lo echen en cara. Tal vez les interese el *Scrabble*.

Treinta minutos después, se alcanzó un principio de acuerdo para prohibir las peleas de perros. Me llevó veinte años cumplir mi promesa a Amasis, cuando aún tenía mi alma. Se fue el día que mi padre lo mató ante mis ojos. Ese día mi vida se derrumbó, la caída se lo había llevado todo, incluso el miedo.

****

Hamza me acompañó al vestíbulo. Fares y Miguel nos siguieron. A través de los grandes ventanales pudimos ver a Jiménez en una profunda conversación con Lucas, nuestro abogado.

—Tu asistente no falló ni una sola vez durante la reunión. Tu madre se está jugando su última carta con ella. ¿Crees que es una amenaza para los próximos seis meses?

—No va a pasar de esta semana —dije bruscamente, poniéndome las gafas de sol.

Hamza asintió, pero no pudo evitar añadir:

—Cuidado, Khan. Esa mujer tiene algo que las otras no tenían.

Dejé escapar un bufido sarcástico.

—Sí, lo reconozco. Tiene muchas cosas que las otras no tenían.

Me refería a sus aparatos, sus gruesas gafas y su atuendo. Hamza no captó mi comentario. Prefirió advertirme:

—La gente suele imaginar que las mujeres como ella son frágiles e ingenuas. Te sorprenderá encontrarla resistente e incluso poderosa. Un consejo: no subestimes la elección de tu madre.

Mi mirada se desvió hacia Jiménez. En ese momento la oí reír por primera vez. Al igual que su voz, era un sonido agradable. Parecía muy natural que se riera así, delante de un completo desconocido. No recordaba la última vez yo que había reído con sinceridad. Por lo general, mi sonrisa me daba una mirada salvaje que tenía la capacidad de apagar cualquier entusiasmo a mi alrededor. Incluso era una mala señal.

Hamza rompió el silencio:

—Nos reuniremos el miércoles con Nino y sus hombres para discutir la división de los territorios de la ciudad.

Asentí con la cabeza. Abrió la puerta para dejarme salir. Sin perder tiempo me dirigí al coche, sin apenas prestar atención a Lucas y a mi asistente. No podía esperar a deshacerme de ellos lo antes posible.

5

Mi madre estaba sentada en su sillón de terciopelo en el salón del patio. Llevaba un vestido marrón largo y caído que normalmente se usa para eventos formales. Estaba leyendo un artículo de periódico con las gafas en la punta de la nariz. La casa estaba tranquila, como siempre que mis hermanas no estaban. Mi mirada se escapó hacia las ventanas negras y grises del salón. A lo lejos, el alto muro del jardín ocultaba perfectamente todo el edificio y la piscina enterrada. Las capas de tonos neutros y el suelo de mármol creaban un efecto elegante y relajante. A mi madre le encantaba esa parte de la casa. La mayor parte de las veces la encontraba allí o en su estudio.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome durante mucho tiempo? —dijo secamente con voz suave, sin levantar la mirada.

No pude evitar poner los ojos en blanco antes de sentarme frente a ella. En ese momento bajó el periódico, se puso las gafas y me miró a la cara.

—¿Por qué querías verme?

Una expresión de indescriptible curiosidad se pintó en su rostro. Intentaba medir mi estado de ánimo después de ese primer día con mi asistente. Camilia se revolvió el pelo corto e inclinó ligeramente la cabeza. De repente, incómoda, mi madre pareció estar buscando las palabras.

—El canal Jersay quiere una respuesta definitiva para el rodaje de este *reality show* para sus...

—Mi respuesta sigue siendo no —la corté.

Me incliné hacia delante y junté las manos en las rodillas para mantener la calma. Camilia esperaba esta respuesta.

—Yeraz, es una oportunidad increíble para tus hermanas y tu hermano. Ganarán millones con este proyecto.

—Recibirán otras propuestas y proyectos más serios. ¿Por qué exponer a nuestra familia al mundo de esta manera?

—Nunca aparecerás en el rodaje. De todos modos, soy la gerente, así que no tienes nada que decir en el veredicto final.

El tono empezaba a subir. La miré directamente a los ojos y le respondí lentamente:

—Entonces, ¿por qué quieres mi aprobación?

Estuvo a punto de protestar, pero continué, calmándola con un gesto de la mano:

—Tengo el poder de cancelar un acuerdo. Al contrario de lo que puedas pensar, no estoy tomando esta decisión por mí mismo. Sólo intento proteger a mis hermanas y a mi sobrina. Esto ha ido demasiado lejos. No habrá ninguna cámara en esta casa ni en su casa.

Camilia se enderezó y se apoyó sólidamente sobre sus piernas. La sentí a la defensiva. Su respuesta fue clara:

—Tu hermano y tus hermanas tienen una carrera. Se ganan el dinero de forma legal, ellos, matándose en el trabajo.

Me levanté del sillón, Camilia todavía estaba volviendo sobre eso. Emití una risita desilusionada y luego me pellizqué el puente de la nariz, con los ojos cerrados.

—Yo manejo muchas cosas, mamá. Ya es hora de que empieces a dirigir tu propio negocio sin que yo tenga que meter las narices. ¿Cuándo dejarás de tomar el lado equivocado?

Volví a abrir los ojos, furioso. Camilia me lanzó una mirada que vibraba de rabia. Explotó, agitando el dedo hacia mí:

—¡Cómo te atreves a decirme eso! No me hables de buenas o malas elecciones. Las tuyas son

desastrosas. Me estás dando noches de insomnio, un verdadero infierno, Yeraz.

Asentí, evitando cuidadosamente mirarla. Mi madre era la única que se atrevía a hablarme en ese tono. Tocar a una mujer era impensable, y menos aún a la que me había dado a luz. El cielo estaba bajo sus pies.

Tras varios segundos de agudos reproches, finalmente se calmó. Volví mi mirada hacia ella.

—No he cambiado de opinión. Nada de *reality shows*, nada de fotos de desnudos. ¿Está claro?

Mi madre suspiró con desgana. La conocía lo suficiente como para saber que no se rendiría tan fácilmente. Camilia era un tiburón en el mundo de los negocios. Nunca se rendía, como yo.

—No sé por qué estoy hablando contigo… Te preocupas demasiado por ellos. Mis hijas tienen derecho a decidir lo que quieren hacer, cómo quieren llevar su carrera o de quién se enamoran.

Reprimí una mueca, levantando la cabeza hacia el techo unos instantes y luego volví a mirar a Camilia, dejando caer un pesado silencio entre nosotros. Se cruzó de brazos y me miró con intensidad. Era una mirada casi extrema, que decía que no temía mirarme cuando no llevaba mis gafas. Me permití una sonrisa. Una pequeña sonrisa de superioridad, por supuesto. Por el fruncimiento de sus labios y la rigidez de sus rasgos faciales, más marcada que nunca, supe que no estaba especialmente contenta. Herir a mi madre era lo último que quería. Para mí, como para todos los miembros del *Mitaras Almawt*, la familia es lo primero. Tomé aire, como si tomara impulso, y traté de hablar en voz baja:

—He aceptado muchos de tus planes para mis hermanas, no puedes decir que no lo he hecho. Siempre estaré ahí para ellas y para ti. ¿Preferirías que los ignorara a todos?

Su rostro cambió de expresión. Podía leer su rostro con una facilidad desconcertante. Decepcionada, marcó el final de esa conversación con un vigoroso movimiento de su barbilla. Me acerqué lentamente a ella hasta estar muy cerca de su cara, y entonces le di un beso en la frente. Dejó escapar un largo suspiro, sus músculos se relajaron lentamente.

—Bueno, hoy no he podido convencerte. Mañana será otro día.

Camilia se apartó y me dirigió una mirada tierna. Consulté mi reloj, ya eran las nueve de la noche. Tenía que irme. Mi madre no opinaba lo mismo y continuó la noche del *Entrepreneurs Student*.

—Para la ceremonia de mañana, ¿piensas venir con alguien? Puedo presentarte a algunas mujeres que estarían encantadas de ir de tu brazo.

—No necesito a nadie. Ninguna mujer de este mundo me conviene.

Camilia enarcó una ceja antes de volver a sentarse en su sillón. Cruzó las piernas y murmuró unas palabras inaudibles.

—Ashley estará presente. Debo hablar con varias personas importantes. Ella organizará...

—De ninguna manera —me cortó mi madre con tono autoritario—. No soporto a esa mujer y sus falsas maneras de niña sabia.

Así que tuve que aguantar con paciencia un largo discurso, en el que deshizo punto por punto a mi antigua asistente.

Después de un rato miré en dirección a la salida. Salir ileso de esta casa sería un milagro. Mi madre había decidido juzgarme a mí y a la gente que me rodeaba. Finalmente solté, irritado:

—¡Ashley estará ahí, te guste o no! Me niego a tener esta conversación contigo. No se le puede reprochar su trabajo. Créeme, si pudiera prescindir de ella mañana, lo haría.

Mi madre me miró de nuevo.

—Bien, pero en ese caso tu asistente también viene.

Una expresión de sorpresa apareció en mi rostro. Respondí con vehemencia:

—¡No! Esa chica no pondrá un pie ahí. Quiero decir, ¿la has mirado siquiera?

Empecé a caminar por la habitación, señalando a mi madre.

—¿Por qué juegas con ella? Es una camarera que no conoce el puesto de asistente. Es una tonta ingenua y frágil, no le encuentro ninguna cualidad.

—Sólo lleva un día trabajando para ti. No puedes juzgarla tan rápidamente. Nadie es lo suficientemente bueno para ti, excepto Ashley, que aparentemente te cuida muy bien.

Me negué a ir en esa dirección con Camilia. Mi vida sexual no era de su incumbencia.

—Mañana por la noche será un buen ejercicio para la señorita Jiménez. Es una pequeña gala amistosa. Le permitirá hacer sus armas con este mundo.

Me pasé una mano por la cara y negué enérgicamente con la cabeza. Mi madre continuó:

—Además, así dejaré de molestarte. Estaré encantada de conocer mejor a tu asistente. De lo contrario, tendré que seguir estando en tu camino.

El último argumento de Camilia terminó por convencerme. Prefería estar en presencia de Jiménez antes que soportar a mi madre, bombardeándome con información durante toda la ceremonia, asfixiándome con interminables recomendaciones.

****

Por la noche se produjeron animados debates en el club entre los distintos miembros de nuestra organización. Algunos no estaban de acuerdo con el reparto de los territorios de Sheryl Valley acordado con la Rosa Negra, otros pensaban que era necesario firmar ese consenso.

—No me gusta pactar con estos idiotas —intervino Alexander—. Durante más de cuarenta años hemos gobernado toda la ciudad. Pero creo que tenemos que trabajar con Nino si queremos controlar el país dentro de unos años. Quizá entonces dejemos de tirar tantos cadáveres al lago…

—Y tú, Amir, ¿qué piensas?

Sentado en un sillón, el sobrino de Hamza parecía sorprendido por la pregunta de Merwan. Todos los ojos se volvieron hacia él. De pie, un poco más lejos, cerca del gran ventanal, observé la escena sin intervenir. Tenía curiosidad por escuchar la respuesta de este chico recién salido de Harvard. El joven se revolvió en su silla y se aclaró la garganta:

—El plan de Kayser parece sólido. Mi tío se aseguró de que *Mitaras Almawt* se beneficiara al máximo.

Su frágil voz divirtió a todos esos hombres endurecidos. Amir miró en mi dirección y se arrepintió inmediatamente. Se estremeció y de inmediato bajó los ojos al suelo. Llevaba mis gafas y, aunque mis ojos no eran visibles, nadie podía sostenerme la mirada durante mucho tiempo.

Rara vez hablaba. Me gustaba dejar hablar a los demás, escuchar las opiniones de los demás. El rostro iluminado por la luna y los ojos ingenuos de Amir destacaban entre los lobos sedientos de sangre. A continuación, la discusión se centró en el último caso que había causado revuelo en la *Dark Web*: un secuestro que salió mal.

Unos minutos después entró Lucas en el salón con el libro de cuentas en la mano. Asintió con la cabeza y se dirigió hacia mí con gran confianza en sí mismo, que era una de sus características definitorias.

—Jefe, aquí están los recibos de la semana pasada del *Dream Diamond*. Las cifras han sido modificadas. El libro puede entregarse al contable. Ashley puede comprobarlo mañana, si quieres.

Sacudí la cabeza mientras lo hojeaba.

—Eso no será necesario. Mi asistente lo hará.

Lucas sonrió amablemente. Miré mi reloj: eran más de las tres de la mañana. Era el momento de despertar a la señorita Jiménez. Lucas se retiró.

Saqué mi teléfono del bolsillo y marqué su número. Satisfecho por despertarla en medio de la noche, le ordené que viniera a mi casa para revisar unos archivos que de pronto me parecieron urgentes.

6

Un interminable ballet de limusinas y grandes coches se situó en el abarrotado patio, ante una multitud de periodistas reunidos a las puertas de la enorme mansión en las afueras de la ciudad. La noche empezaba a caer, con una hermosa puesta de sol reflejada en las numerosas ventanas de la mansión.

—Su madre ya está dentro —me informó Isaac—. Su chofer acaba de dejarme un mensaje.

—De acuerdo, te llamaré más tarde.

Esperaba no estar muy ocupado con los invitados. Ashley estaba allí para encontrarme una excusa durante la noche para no tener que quedarme demasiado tiempo. Ella sabía exactamente qué hacer.

Alguien vino a abrir la puerta del todoterreno. La señorita Jiménez salió última. Se había esforzado por ponerse unos pantalones un poco más pequeños que los del día anterior, pero su atuendo seguía siendo inapropiado para su trabajo. Mi asistente sistemáticamente fingía no escuchar mis comentarios, como si no le importaran. En algún momento Camilia se vería obligada a reconocer que esta pobre chica no estaba hecha para integrarse en el decorado en el que trabajaba.

Mientras caminaba por la alfombra roja, lancé una mirada a Ashley, que estaba al teléfono dando instrucciones a la persona encargada de la comunicación de esta noche. Me giré ligeramente para ver qué hacía Jiménez que estaba más atrás. Miraba a su alrededor, con los ojos llenos de fascinación y asombro ante este lugar excepcional. Dios mío, ¿de dónde había salido esa chica? Miguel y Fares iban a la cabeza, observando atentamente los alrededores.

A lo lejos, los flashes de los periodistas no cesaban. Cuanto más nos acercábamos, más agresiva se volvía la luz. Sin mis gafas, estaba seguro de que para cuando entrase en el edificio ya me habría quedado ciego. De pronto oí un pequeño grito detrás de mí. Me apresuré a darme vuelta, dispuesto a abalanzarme sobre lo que fuera. Me di cuenta, molesto, de que mi asistente había perdido una de sus Converse rojas por el camino. Puse los ojos en blanco y le hice un pequeño gesto a Ashley para que siguiera caminando sin mí. Jiménez, avergonzada y sonrojada, se dio la vuelta para tomar su zapato del centro del pasillo. Naturalmente, me uní a ella, acompañado de mis guardaespaldas. Me paré frente a ella para protegerla de las miradas de los demás invitados y, sobre todo, de las de los periodistas. Con las manos en la espalda, esperé a que se recuperara de esta delicada situación, que habría hecho morir de vergüenza a cualquier mujer. Se agachó y se puso rápidamente los zapatos antes de mirarme. Una sensación suave pero violenta me congeló. Era la primera vez que veía reconocimiento en los ojos de alguien. Estaba acostumbrado a ver lágrimas en los ojos de mi madre, rabia en los de mis hermanas y miedo en los de los demás. En ese momento, el resplandor de un rayo de sol acarició su rostro, haciendo resaltar sus ojos color, avellana que se fundieron con los míos. Una descarga eléctrica me atravesó el pecho. Levanté la cabeza para mirar hacia otro lado.

—Date prisa y levántate —le ordené.

Se levantó torpemente y susurró con su voz más suave:

—Gracias.

Esta vez fui yo quien fingió no escuchar sus palabras. Volvieron a mi mente las palabras que mi madre me repetía desde niño: “Regla número tres: nunca dejes a una mujer en la estacada. ¡Un caballero siempre debe ayudarla a salir de cualquier problema!”. Un gruñido sordo resonó en mi pecho. Incluso de adulto esas malditas reglas seguían persiguiéndome.

Nos unimos a Ashley dentro de la mansión. No me detuve a responder a las preguntas de los periodistas, ni tampoco a posar para los fotógrafos, como todos los demás invitados.

****

La elegante entrada conducía a un suntuoso salón que daba a un gran balcón. Camilia, al enterarse de nuestra llegada, me recibió con los brazos abiertos.

—Me alegro de que hayas podido venir —me susurró al oído cuando me besó.

Luego, miró a Ashley con desprecio antes de volverse hacia Jiménez. Su cara se iluminó.

—Buenas noches, me alegro de volver a verle.

Mi madre parecía sorprendida de encontrarla allí, cuando el día anterior me había pedido expresamente que viniera con mi asistente.

—Entonces, Ronney ¿Cómo van los primeros días con mi hijo?

—Todavía no puedo decirlo, señora Khan. Ha sido un viaje un poco duro, eso es todo lo que puedo decir en este momento.

—Creo que hay mucha gente esperándote —dije, mirando con impaciencia a mi madre.

Ella me echó una mirada rápida y luego se volvió hacia mi asistente:

—Ronney, ven conmigo. Creo que tendrás una mejor noche conmigo. Tengo que explicarte dos o tres cosas importantes.

Mi asistente no dudó y aceptó la propuesta, encantada de poder librarse de mis garras. Ashley aprovechó la oportunidad para intentar romper el hielo entre ella y mi madre:

—Señora Khan, me alegro mucho de que esté aquí. Si necesita algo, no dude en venir a verme.

—¿De verdad? —respondió Camilia con un tono que carecía de convicción—. Es muy amable de tu parte, Cooper, pero Ronney está aquí para eso. No la contraté para hacer el papel de esposa trofeo.

Ashley se volvió hacia mí con mirada de náufrago. Ronney intervino para salvar a su compañera de trabajo.

—Señora Khan, Ashley lo decía por si tenía que salir unos minutos durante la noche.

—Deberíamos irnos. No me gustaría llegar demasiado tarde esta noche —le dije a Ashley, irritado por la situación.

Observé la escena con algo de fastidio. Las mujeres tenían la habilidad de meterse en el camino de las demás por cualquier motivo. No tenía tiempo para arreglar sus diferencias, ni ganas de ponerme a las espaldas de Camilia. Incluso si Ashley estaba furiosa, le convenía contener su lengua delante de mí. No aceptaría ninguna crítica sobre mi madre.

Saludé a Camilia con aire gélido y me fui a mezclarme entre los invitados.

La música floreció en medio de los invitados. Si estas recepciones con la vacuidad burguesa representaban la mayoría de las veces momentos de regocijo, momentos de compartir y de alegría, escondían al mismo tiempo mensajes y apuestas financieras muy importantes. Durante la velada estreché multitud de manos. Ashley me ayudó a recordar todos los nombres y puso fin a largos monólogos. Muchos periodistas intentaron acercarse a mí, pero Cooper los mantuvo a raya.

Toda esa gente vino a mostrar su riqueza en un exagerado despliegue de lujo. El lugar no había sido elegido al azar. Esa casa solariega, construida a principios del siglo XX, no renunció al confort moderno. Las chimeneas de piedra tallada daban a la habitación un encanto extra. El esplendor y los colores estaban destinados a deslumbrar a la sociedad de clase alta de la ciudad.

****

Hice una gran donación a la Sociedad de Ayuda Estudiantil de Sheryl Valley. Estaba a favor de la educación de los niños y quería que el mayor número posible de niños continuara su educación, independientemente de su clase social. El *Mitaras Almawt* tenía muchos profesionales en sus filas: abogados, empresarios, emprendedores... No había que descuidar la educación, necesitábamos muchos cerebros para mantener la economía sumergida del país.

Ashley se acercó a mi oído, interrumpiendo la conversación que mantenía con un hombre de mediana edad, dueño de muchos pozos de petróleo en Arabia Saudí.

—Señor Khan, Ernesto Marconie está aquí y le gustaría hablar con usted.

El jefe de policía había venido a esta fiesta. ¿Qué podría tener que decirme que fuera importante?

—Dile que se reúna conmigo en el balcón.

Cooper asintió y se deslizó entre la multitud de invitados.

****

La noche era clara. Mi mirada barrió el horizonte, que mostraba un paisaje deslumbrante para contemplar. El suntuoso jardín estaba iluminado, pero con misteriosas sombras.

Me tomé la copa de champán de un solo trago, lo que me hizo sentir mejor. Miguel y Fares estaban de pie frente a las ventanas. Miraban hacia el interior de la sala de recepción, esperando la llegada de Ernesto. Aparte de mí, no había nadie en el balcón. Mis hombres habían tomado medidas para asegurarse de que no nos molestaran. De pronto, me llamó la atención una aparición en las escaleras que llevaban al jardín. Me acerqué lentamente y me sorprendió encontrar a mi asistente sentada con un libro. Parecía absorta en su lectura y ni siquiera se había percatado de mi presencia.

Apoyé mi hombro en la pared y la observé por un momento. Jiménez era completamente diferente a otras mujeres de su edad. ¡Y vaya cuánto! ¿Cómo se las había arreglado para alejarse de Camilia? Me aclaré la garganta, lo que la sobresaltó. Mi asistente se giró, crispada por el miedo. Al verme, su rostro se puso lívido. Cerró apresuradamente su libro y balbuceó palabras incomprensibles.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté mientras bajábamos unos escalones.

Jiménez se subió las gafas, abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir nada. Apartó la mirada de mí cuando me senté dos escalones por encima del que ella ocupaba, y luego miró brevemente por encima de mi hombro.

—No sé, no me he fijado.

Incliné la cabeza para intentar leer el título de su libro, del que sobresalían una multitud de notas adhesivas de colores.

—Es una colección de poemas de Edna St. Vincent. Siempre lo tengo conmigo, aunque en este momento estoy leyendo a Emily Dickinson.

No sé si era el efecto del cansancio lo que hacía que su voz fuera tan cristalina, pero su sonido era agradable de escuchar. Una brisa fresca se coló entre nosotros, trayendo el agradable olor de su piel a mis fosas nasales.

—¿Buscas escapar de Camilia? Normalmente es algo imposible.

Aunque no viera mis ojos a través de mis gafas opacas, nos miramos un momento en silencio. Unas notas de música nos llegaron. Jiménez parpadeó. Fue entonces cuando me fijé en sus largas pestañas negras a través de sus gruesas gafas. Las cicatrices de sus mejillas habían desaparecido con la oscuridad. Parecía preocupada y volvió a mirar su libro.

—Su madre está muy bien sin mí. No quería ser una carga para ella esta noche. Me llamará si necesita algo, por eso sigo aquí.

—¿Y la noche no es lo suficientemente entretenida como para quedarte en casa? ¿Te molesta tanto el choque cultural?

Mi voz era menos fría que de costumbre. Tenía curiosidad por conocer los pensamientos de mi asistente, una forma de conocerla mejor. Buscó las palabras antes de responderme, mirando al horizonte con mirada ausente:

—Los invitados de esta noche sólo se preocupan por lucirse y estar lo mejor posible para satisfacer sus intereses personales. No tengo ninguna razón para presumir, sino todo lo contrario.

Había bajado la voz al final de su frase. Sus palabras quedaron en el aire por un momento. Había algo triste en ella, una resignación porque nada ni nadie podía cambiar.

—¿Por qué todos esos Post-it en tu libro?

—Cada uno de los poemas de Edna me hace pensar en alguien. Escribo el nombre de la persona para recordar el pasaje que elegí para ella.

Aproveché este momento de confianza para intentar convencerla de que dejara su puesto.

—Señorita Jiménez, no tienes que quedarte. Podrías volver a tu vida tranquila y disfrutar de tu familia en lugar de trabajar para mí. ¿Por qué pasar por todo esto?

Mi asistente volvió a acercarse a mí y se permitió una sonrisa imperceptible.

—¿Una vida tranquila? Se está precipitando, señor Khan. ¿Cómo puede la gente de Sheryl Valley tener una vida tranquila cuando sabemos lo que le hace?

Su agudo comentario me irritó. Le contesté secamente:

—Sólo me interesan los negocios. Nada más.

No pareció sorprendida por mis palabras. Por el contrario, había mucha curiosidad en sus ojos, pero también reticencia hacia mí.

—Parece que le preocupa el destino de los animales, lo que demuestra que tiene uno. Así que hay algo más que le interesa.

Apreté la mandíbula y me levanté bruscamente. El objetivo de esta conversación no era hacer un balance sobre mí.

—Si quiere conservar su corazón y su alma, será mejor que renuncie, señorita Jiménez.

—¿O qué? ¿Acabaré enterrada en un jardín como éste o tirada en un lago?

Mi asistente había dicho estas palabras en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que yo las oyera. Puso su libro en su gran bolsa, tan amorfa como su ropa, y se levantó. Me alegré de que se fuera. Su compañía y la forma en que parecía ser inmune a los comentarios que

le había lanzado durante todo el día estaban empezando a afectarme seriamente.

Al subir los dos escalones que nos separaban, se detuvo a mi altura.

—Si no tuviera corazón, no se hubiera puesto delante de mí cuando perdí el zapato para esconderme de los demás.

—Son sólo buenos modales, eso es todo.

Mi asistente levantó los hombros. La luz de la luna iluminaba su rostro desgarbado, curioso, pero interesante. Inquieta, bajó la cabeza y volvió a colocarse la correa del bolso sobre el hombro.

—Jefe, Marconie se dirige hacia aquí.

La voz de Fares me obligó a volver a la realidad.

—Puedes irte. Tengo una entrevista importante y tú no estás desempeñando tu función en este momento.

Mi asistente apretó los labios y asintió con la cabeza antes de volver a subir las escaleras. Me metí las manos en los bolsillos y la seguí con la mirada. El misterio de Jiménez se mantenía.

—Señor Khan —me llamó la joven al final de la escalera—. Voy a apagar mi teléfono esta noche. Realmente necesito dormir y recuperar fuerzas si, como mencionó, quiero conservar mi alma. Y me permito corregirlo en un detalle: no trabajo para usted, sino para Camilia.

Con un suspiro de satisfacción, se dio la vuelta y desapareció en el interior de la mansión.

Está demostrado que la falta de sueño provoca las mismas alteraciones cognitivas que la embriaguez. Jiménez jamás hubiera pronunciado esas palabras si hubiera estado en posesión de todas sus facultades esa tarde.

****

Un hombre de unos sesenta años, de piel bronceada y nariz chata, se acercó a mí. Intercambiamos un fuerte apretón de manos.

—Me sorprende encontrarte en esta fiesta, Ernesto —dije con frialdad, llegando al meollo de la cuestión.

El jefe de policía apoyó los antebrazos en el barandal bajo y miró sombríamente alrededor del jardín. Su pie golpeaba nerviosamente el suelo. Era un hombre en un estado de constante agitación. Su pelo corto hacía resaltar su amplia frente.

Tuve la fuerte impresión de que elegía con cuidado sus palabras.

—Se ha iniciado una investigación sobre el ajuste de cuentas que dejó seis muertos el mes pasado en el Hotel Butler de Seattle.

Una expedición punitiva había llevado al lugar hombres del *Mitaras Almawt* para resolver un caso sobre grandes deudas que mantenía con nosotros el jefe de la mafia japonesa. Hamza me había pedido que supervisara la operación desde Sheryl Valley.

—¿Quién es el juez?

Marconie frunció el ceño. Sacudió la cabeza, molesto, y evitó mirarme.

—No importa —resopló—. Este es incorruptible. Tendrás que darle nombres si no quieres que el caso se empantane.

Ernesto volvió la cara en mi dirección, todavía nervioso.

—Confía en mí. ¡No va a dejar pasar esto! En menos de veinticuatro horas estará sobre tu

espalda.

Me apoyé en el barandal y me sumí en profundos pensamientos. La sala de recepción frente a mí estaba llena. Los invitados seguían hablando, bebiendo y dando un espectáculo.

—¿Cuántos nombres?

El jefe de policía me miró como si no entendiera mi pregunta, y luego giró la cabeza para mirar al frente. Añadió, tras un momento de duda:

—Tres. Cinco sería mejor.

—Muy bien, tendrás esos nombres al final del día de mañana.

Marconie iba a replicar, pero le desarmé añadiendo:

—Serán voluntarios. Sus explicaciones se mantendrán. Los miembros del *Mitaras Almawt* están dispuestos a pasar años en prisión para salvar al resto de la organización. Eso no es un problema mientras cuidemos de sus familias y las mantengamos a salvo.

Mi interlocutor parecía aliviado.

—Siento no haber podido hacer nada esta vez. Seattle no es nuestra jurisdicción.

—Lo sé. Se lo diré a Hamza.

Me detuve un momento antes de preguntar:

—¿Quién nos ha traicionado?

Ernesto suspiró.

—Creemos que se trata de un miembro del clan para quien tienes intensos planes de venganza desde hace tiempo.

Apreté los dientes y los puños, luego susurré:

—La Rosa Negra.

Ernesto consultó su reloj como si asuntos más urgentes le llamaran.

—Debo dejarte. Te informaré sobre el caso el viernes.

Con una breve inclinación de cabeza, se dirigió al interior de la mansión.

No estuve solo durante mucho tiempo. Nada más salir, una mujer delgada y rubia de unos cuarenta años salió al balcón con una copa de champán en la mano. Su largo vestido de seda color melocotón perfilaba perfectamente sus sensuales curvas. Caminó voluptuosamente hacia mí, con una sonrisa burlona en los labios.

—Estoy impresionada por conocerlo, señor Khan. Es una pena mantener esas gafas en la nariz, me hubiera gustado...

Dejó la frase sin terminar, y luego continuó con voz lánguida:

—Parece que la profundidad de su mirada tiene el poder de quemar a cualquiera.

Detuvo su cuerpo junto al mío, lo suficientemente cerca como para que se tocaran. Yo estaba de cara a la sala de recepción mientras que ella miraba hacia el jardín. Miguel y Fares, que estaban vigilando la zona, inmediatamente nos dejarnos solos.

—¿Con quién hablo?

La mujer giró la cabeza hacia mí. Sus ojos grises se abrieron de par en par. Se apartó con elegancia un mechón de pelo que caía sobre su rostro bien pulido. Sus ojos brillaban de deseo, y ella respondió:

—Flora.

Mojó los labios en su copa antes de colocarla sobre la balaustrada.

—No le estoy diciendo nada, lo sé. Trabajo en una empresa de corretaje en el norte de California. Estoy visitando a mi hermana.

Me pasé un dedo por la mejilla y ladeé la cabeza.

—¿Está disfrutando de la noche?

Sonrió, mostrando una hilera perfecta de dientes blancos.

—Ahora sí —murmuró, sin aliento.

Flora se pasó la lengua por los labios, lo que despertó en mí cierta excitación. Se alejó hacia las escaleras y esperó a que me uniera a ella.

Estábamos apretados en medio de las escaleras. Su pecho subía y bajaba contra el mío mientras mi boca besaba su cuello. Subí el vestido de esta mujer que conocía desde hacía sólo unos minutos, y luego acaricié su entrepierna a través de su tanga de encaje. Ella gimió suavemente. Puse mi mano libre en su pecho e hice rodar su pezón entre mis dedos. Sentí que se endurecía poco a poco bajo mi persuasión. Mi sexo estaba duro. Flora se abrazaba a los contornos de mi miembro a través de mis pantalones mientras sus caderas se movían de un lado a otro contra mí.

Sus manos desabrocharon mis pantalones y se abrieron paso hasta mi tenso sexo. Por mi parte, pasé mi dedo bajo su tanga y rocé sus labios íntimos. Gimió un poco más y luego arqueó la espalda contra mi mano.

—Bésame —me susurró al oído entre jadeos.

— Yo no beso —respondí, introduciendo otro dedo dentro de ella para que no me hiciera preguntas sobre el origen de mi negativa.

Embriagada por mis caricias, Flora era incapaz de pensar racionalmente. Aunque no podía ver mis ojos, su mirada, cargada de deseo, se clavó en la mía. Ella continuó excitándome en un sensual vaivén. Dejé de tocar su pecho y enterré mis dedos en su pelo. Con una ligera presión sobre su cabeza, le hice entender que debía bajar y acabar conmigo con su boca. La desconocida cumplió.

Deslizó suavemente mi pene entre sus mandíbulas, apretando la base de mi polla con la mano, y luego movió sus labios hasta mi glande. La miré a través de mis gafas. Flora hizo rebotar mi sexo en su lengua. Dejé escapar un gruñido. Luego empujó mi pene aún más profundamente en su garganta, acelerando el movimiento. Apreté su cabeza contra mi sexo y tiré de su pelo para controlar el ritmo. Usé su boca para mi propio placer. Mi pene se endureció aún más. Aumenté la velocidad de mis movimientos. Mi placer estalló de repente, sacudiendo mi cuerpo con violentos espasmos.

7

El mensaje de mi madre me recordó que ya era viernes. Había tenido una semana muy ocupada con reuniones importantes. Además, el caso de Seattle había puesto mi agenda patas arriba.

Me quedé solo en el despacho de Hamza al final de la tarde para terminar de resolver esta historia, que llevaría a algunos de nuestros hombres a la cárcel durante varios años.

—Nuestros abogados van a pedir una reducción de la pena. Esperemos que el juez sea indulgente.

El rostro del regente a la cabeza de nuestra gran familia mostraba cansancio y aburrimiento. Detrás de su escritorio, Hamza miraba las fotos de su familia. Una vaga preocupación brillaba en sus ojos oscuros.

—Estos hombres son muy valientes. Sabemos lo que les debemos.

Hamza asintió en respuesta a mis palabras. Sonrió con tristeza.

—Tienen nuestro respeto. Sobre todo, asegúrate de que sus familias reciban toda la ayuda que necesiten. A los hijos no les debe faltar nada, al igual que a las esposas.

Sentado en el sillón, incliné el pecho hacia Hamza, molesto.

—Esraa no está casado. Sólo conoció a Amelia al principio del verano, pero su historia es seria.

Hamza me miró y barrió el aire con la mano.

—¡Que se case, entonces! Las reglas del *Mitaras Almawt* son muy claras: sólo protegemos a las esposas. Los códigos en otras organizaciones son los mismos. Los hijos y las esposas son intocables.

Asentí con la cabeza, de acuerdo con Hamza en este punto.

—Tendremos la ceremonia este fin de semana —dije, levantándome de mi asiento.

—El domingo tendremos una fiesta en el club con los hombres para celebrar la boda y despedir a los que nos dejan por un tiempo.

Miré mi teléfono, que vibraba en mis manos, e informé a Hamza con voz cansada que tenía que irme.

—Saluda a tu madre de mi parte —contestó, levantando una mano delante de él para indicarme que podía irme.

—Sí, estará encantada —murmuré con falsa sinceridad mientras salía del despacho.

Oí la risa ahogada de Hamza a mis espaldas, que había entendido el significado de mis palabras.

****

Jiménez llegó tarde. Aproveché la oportunidad de estar a solas con mi madre para decirle lo que sentía por mi asistente.

—La señorita Jiménez no está capacitada para desempeñar sus funciones en este puesto. Ni siquiera estoy seguro de que quiera seguir trabajando para ti.

Camilia, sentada detrás de su escritorio, revisaba un contrato de una de mis hermanas con las

gafas puestas. Emitió una pequeña risa despectiva antes de responderme:

—Por supuesto que ella preferiría estar en otro lugar que estar atrapada contigo toda la semana.

No levantó la vista. Sus palabras no me ofendieron, al contrario, despertaron mi curiosidad. De pie, apoyado en la pared frente a ella, le pregunté:

—Hay otros trabajos de asistente que le vendrían mejor. Nuestra familia es... Especial.

Mi madre finalmente levantó la vista, sus rasgos se endurecieron.

—La quería. Al principio rechazó el trabajo. Durante la entrevista me contó que su hermano estaba gravemente enfermo. He jugado con eso. Su salario supera con creces el de los demás asistentes, incluso el de Peter.

Comprendí mejor la situación. El dinero era la principal motivación de Jiménez. Un problema fácil de resolver, después de todo.

—Más adelante le harás firmar el contrato. Ya te has decidido, ¿por qué me llamas a mí también?

—Quiero estar segura.

—¿Segura de qué? —insistí, levantando los hombros.

—Sobre su comportamiento hacia ti. ¿A quién de nosotros será leal?

Antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta. Abigaëlle dejó que mi asistente entrara en la habitación y nos dejó a petición de Camilia. Jiménez parecía molesta cuando me vio. Sin decir nada, se sentó en uno de los sillones libres.

—¿Ha ido bien la semana? ¿Hubo alguna cosa que te molestara?

Tras varios segundos buscando sus palabras, Jiménez respondió tímidamente a Camilia, con una voz apenas audible:

—Hubo momentos más difíciles que otros. La carga de trabajo es colosal.

Camilia le hizo otras preguntas y trató de tranquilizar a mi asistente de pasada.

—¿Es Timothy adecuado para ti como asistente?

Jiménez negó enérgicamente con la cabeza.

—Sí, él y Ashley son muy competentes.

Mi madre cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. Escuchar el nombre de esa mujer le resultaba insoportable. La odiaba.

—Si fuera por mí, esa Ashley estaría repartiendo folletos en el Bulevar Jades.

Su mirada se desplazó hacia mí, no reaccioné. No me importaban las críticas que pudiera hacer a las mujeres con las que salía.

—Ella es mucho más competente para este trabajo que yo. ¿Por qué no está en mi lugar?

La pregunta de mi asistente me hizo sonreír ligeramente. Era mucho más realista que mi madre. Bastaba con mirar a esta pobre chica para comprender que sería incapaz de hacer nada que requiriera un poco de juicio.

Camilia respondió con un profundo desprecio:

—Se excedió en la regla número dos escrita en el contrato. Pues soy yo quien elige a los asistentes de mi hijo.

Recordé el día en que Camilia la había insultado de las maneras posibles delante de mí. Si no hubiera intervenido en su favor, Cooper habría empacado sus cosas en la hora siguiente.

—¡Desgraciadamente! —añadí con un mal tono.

Mi madre miró al techo, molesta. Me aparté de la pared y me uní a las dos mujeres cerca del escritorio. Camilia me miró sentada antes de quitarse las gafas, y luego prefirió cambiar de tema:

—Bien, señorita Jiménez, ¿qué información tienes que darme sobre los asuntos de Yeraz?

Giré la cabeza hacia mi asistente y me acaricié la mejilla. La escena era jubilosa. Era como un animalito asustado atrapado en una trampa. Sí, era la hora de las cuentas y esperé impaciente a escuchar la excusa que le iba a dar a Camilia para salir de este atolladero. Como todos los demás, Jiménez no tenía ninguna información que darle. Mi madre lo sabía a ciencia cierta, pero seguía teniendo esperanzas. Una vez más, se sentiría decepcionada.

Miré fijamente a mi asistente. Por su parte, la joven parecía perder varios centímetros en su asiento, con cada segundo que pasaba. La espera fue interminable para Camilia, pero no para mí.

—¿Ronney? —insistió mi madre.

Jiménez tartamudeó:

—Sí, aquí está el informe de la reunión del lunes con Hamza Saleh.

Sorprendida, Camilia tomó las notas en sus manos con una mezcla de ansiedad e impaciencia. Antes de leerlo en voz alta, volvió a colocarse las gafas.

Jiménez desgranó en un largo informe todos los asuntos importantes del Mitaras Almawt de estos últimos meses. El lado oscuro de los delitos medioambientales insertados en el comercio mundial salió de repente a la luz.

—Estas oportunidades se dirigen, naturalmente, al ámbito legal, pero nada impide que los delincuentes y las actividades ilegales las aprovechen también —continuó mi madre, articulando cada palabra.

Mi asistente se había encargado de anotar en este informe nuestros pagos a los colaboradores tocando la raíz misma de nuestro sistema.

—Los ingresos deben seguir fluyendo en el vasto flujo diario de movimientos interbancarios y transferencias de dinero de Western Union.

Se constató el contrabando, el juego, el chantaje, el secuestro e incluso el caso de la fuga de información con la mafia albanesa. La reunión del lunes en el lenguaje de los códigos acababa de estallar en mi cara. Hasta ahora, nadie había conseguido desafiarme en mi propio terreno. No fue hasta que una noche de septiembre apareció en mi vida una asistente completamente estrambótica, con unas *Converse* rojas y una camiseta manchada de pistachos. ¡Qué carajo!

Tras varios largos e interminables minutos, mi madre levantó la cara del informe. Su piel estaba más pálida que de costumbre y las líneas de ansiedad que cruzaban su frente delataban un terrible susto y un profundo sufrimiento. Miré hacia otro lado. No podía soportar mirarla.

—Subestimaste a tu asistente. Por primera vez en años, entiendo lo que ocurre a mis espaldas.

Sin previo aviso, pasé de la aparente bonhomía a la virulencia. Me levanté de golpe y llegué a golpear con el puño el escritorio mientras lanzaba una mirada hostil a Camilia.

—Debo continuar donde mi padre se detuvo. Es nuestra familia. No podemos darles la espalda. Esta es mi herencia.

Su boca se tensó y su rostro se retorció de ira. Ella gritó:

—¡Tu padre está muerto! Y todo esto se ha ido con él. La mafia no tiene lugar en nuestras vidas. Tus hermanas y yo nos esforzamos por mejorar nuestra imagen mientras tú la empañas. No te dejaré hacerlo, Yeraz. ¡Yo también tengo una participación en el negocio de tu padre y una opinión en él!

—Pero sólo por unos meses, porque cuando tenga treinta y uno, todo será mío.

Llevado por la conversación con Camilia, no vi a Jiménez levantarse y alejarse para refugiarse en un rincón de la habitación.

—Mi padre era un gran hombre, deberías mostrarle más respeto. Dirigió esta organización como una verdadera empresa multinacional que hoy vale miles de millones.

Mi madre, con los ojos saliéndose de las órbitas, se levantó y golpeó la mesa con los puños, furiosa.

—¡Era un monstruo! Mira lo que te hizo.

Pude ver en sus ojos húmedos y muy oscuros que ya no se lo creía. Ella sabía muy bien el camino que elegiría después de mi cumpleaños.

—Pero tú no lo has impedido —respondí con voz sorda y de reproche.

Al oír estas palabras, mi madre gritó. Un repentino escalofrío recorrió su cuerpo. Parecía estar reprimiendo una respuesta que se acercaba a sus labios. Sabía que la había herido en lo más profundo, y aunque no lo demostrara, ver a mi madre así me destruía por dentro.

—No te dejaré hacerlo. A partir de ahora, Ronney nunca te abandonará. Cada minuto, cada segundo de la semana, lo pasará contigo. Ella me dará un informe completo cada vez.

Ensanché los ojos, al borde de la implosión.

—¿Es una broma?

—¡No! Sabré todo lo que haces. Este anillo de sello, signo de tu pertenencia al Mitaras Almawt, lo tendré en tu trigésimo primer cumpleaños, aunque signifique denunciarte a las autoridades de la ciudad.

El tono no dejó de subir entre Camilia y yo. Mi madre no quería renunciar a nada y me prometió luchar hasta el final.

Harto de esa conversación y de herirla con mis palabras, me dirigí bruscamente a Jiménez, a quien consideraba en este momento como la única responsable de esta caótica situación. No dijo nada, pero parecía muy avergonzada en su rincón junto a la puerta.

Me acerqué a ella y la fulminé con la mirada. En un acto reflejo, dio un paso atrás.

—¡Déjala en paz! —gritó Camilia, dispuesta a saltar para ponerse entre nosotros.

Me incliné tan cerca de mi asistente que pude sentir su jadeo contra mi piel.

—¿Por qué no te mantuviste al margen, como todos los anteriores?

Ella hipó y respondió con un suspiro que le salió de las tripas:

—Ese es mi trabajo.

Atrapé sus ojos y me aferré a ellos. Quería que viera lo peor de mí en ese mismo momento.

—Bienvenida a mi mundo, señorita Jiménez. Créeme, ¡ojalá te hubiera ahorrado todo esto!

Le dediqué una sonrisa diabólica, un anticipo de los siniestros planes que tenía preparados para ella.

Antes de que mi madre pudiera interponerse entre nosotros, abrí la puerta y la cerré de un portazo detrás de mí, y luego caminé enérgicamente hacia la salida.

****

Me dejé caer de nuevo en el coche. Isaac, intuyendo que no era el momento de hablar conmigo, esperó pacientemente mis instrucciones. Todavía enfadado, me aflojé la corbata y me encogí de hombros, molesto, mirando por la ventana. El sedán permaneció inmóvil. Con un violento movimiento, golpeé mi cabeza contra el reposacabezas que tenía delante. *Lo has entendido todo mal, Khan. Tu asistente no fue ni ingenua ni estúpida esta vez. Tendrás que*

deshacerte de ella, ¡y rápido!

Tomé mi teléfono del bolsillo de la chaqueta y marqué el número de Lucas. Respondió inmediatamente.

—Quiero toda la información que puedas conseguir sobre Ronney Jiménez: su dirección, la de sus padres, dónde nació, dónde trabaja los fines de semana y los nombres de las escuelas a las que asistió. Lo quiero todo en los próximos minutos —ladré antes de colgar bruscamente la llamada.

Mi teléfono sonó al segundo siguiente. era Aaliyah. Dudé en responder en el estado en que me encontraba, pero mi instinto de protección se impuso.

—Maldita sea, Yeraz, ¿dónde diablos estás? La escuela acaba de llamarme y me ha dicho que todavía no has recogido a Jalen.

¡Mierda! Me había olvidado completamente de mi sobrina con todo esto. Me pellizqué el puente de la nariz, mi cabeza estaba a punto de explotar.

—Lo siento, no voy a poder recogerla esta vez. Estaba con nuestra madre y nuestra charla se prolongó más de lo esperado. Enviaré a uno de mis hombres a la escuela de inmediato.

Mi hermana replicó con ganas.

—¡No puede ser! Tú eres el que dijo que la recogería de la escuela todos los viernes. La ves tan poco... No quiero que crezca sin conocer a su tío.

—Sabes que Jalen siempre será lo primero —respondí a la defensiva.

—¡Muy bien, demuéstralo ahora!

Aaliyah colgó. Todos ellos estaban empezando a molestarme hoy. Solté una maldición y volví a ponerme las gafas oscuras delante de los ojos. Si Lucas no podía averiguar lo que le había pedido, sería él quien pagaría por este día interminable.

8

Entré en el viejo edificio con Jalen en la mano. Mi furia se había disipado repentinamente en cuanto la vi en el patio del colegio. Esos raros momentos de paz con mi sobrina me salvaban. Hablaba muy poco para su edad, lo que era una ventaja para mí, pero una desventaja para mis hermanas y mi madre, a quienes les hubiera gustado que se expresara más.

El *Red Channel* era un monumento histórico de varios pisos. Lucas me había dicho por teléfono que pronto lo derribarían o lo venderían para reformarlo. Se estaba convirtiendo en algo muy peligroso para todos y el coste de las obras era demasiado elevado para que la ciudad lo asumiera.

Las luminosas puertas de ese vestíbulo con suelo de madera combinaban perfectamente con la decoración. Había un minibar y un enorme televisor de pantalla plana con personajes de dibujos animados en bucle. Los sofás de época repartidos por todo el local nos hicieron sentir que estábamos en un espacio de relax sólo dedicado al mundo de la animación. Era casi irreal.

—Señor —me llamó una voz femenina desde el otro extremo del pasillo—. Señor, lo siento, este lugar está cerrado al público y a los turistas.

¿Turistas? ¿Parezco un turista sin mis gafas oscuras?

Una mujer rubia de unos cuarenta años con el pelo corto cruzó la sala para reunirse conmigo. Erguido sobre mis piernas, la esperé. Jalen, sentada en uno de los sofás un poco más lejos, parecía estar cautivada por ese mundo de colores vivos y por los personajes que veía en la pantalla.

Cuando la empleada se paró delante de mí con cara de fastidio y dispuesta a pedirme que me fuera, me presenté con mi sonrisa más encantadora:

—Hola, soy Giovanni Cucitore, empresario. Estoy buscando invertir en Sheryl Valley. Mis socios me han instado a visitar este reducto cultural.

—Mackenzie Douglas, soy directora de arte.

Sus rasgos se relajaron, Douglas me tendió la mano y la estreché suavemente. Una discreta sonrisa pasó por su rostro. Había logrado que se sintiera confiada, e incluso hechizada.

—¿Es su hija? —preguntó, mirando con benevolencia en dirección a Jalen.

Había tenido la precaución de ponerle falsas gafas a mi sobrina. Estaba acostumbrada a nuestros cambios de identidad. Por el momento era sólo un pequeño juego para ella.

—No, es la hija de mi hermana. Es por ella que estoy aquí hoy. Le encanta Minnie, el hada de los dientes.

Dije estas últimas palabras lentamente, como si quisiera contener toda la rabia que tenía hacia mi asistente.

—Oh, ¿en serio? —dijo entusiasmada Douglas—. Ronney Jiménez es la mejor de nuestros dobladores. Me encantaría presentársela a usted y a su sobrina, pero desgraciadamente sólo puede doblar los fines de semana.

Puse cara de falso enfado y fruncí los labios para enfatizar mi decepción.

—Es una pena. A Rosy, mi sobrina, le habría encantado conocerla.

Me rasqué la mejilla y continué:

—Me gusta conocer a la gente y a los equipos que participan en los proyectos en los que intervengo, en general.

La mujer me detuvo, agitando los brazos delante de ella.

—¿Está disponible mañana? Le presentaré a parte de nuestro equipo y a Ronney Jiménez. Mientras tanto, ¿quiere una visita guiada? Tenemos mucho para impresionar a Rosy aquí.

Asentí y le guiñé un ojo. El efecto fue inmediato. Douglas dejó de respirar por un momento y luego sacudió ligeramente su cabello para recomponerse. Llamé a mi sobrina dos veces, ya que seguía concentrada en lo que ocurría en la pantalla.

—Rosy, querida, ¿te gustaría ver la casa de tus personajes favoritos?

Jalen finalmente volvió su bonito y frágil rostro hacia mí. Se levantó del sofá y corrió hacia nosotros.

****

Durante la visita al local, Douglas me explicó que ese establecimiento fue en su momento uno de los estudios más famosos del país. Fue declarado monumento histórico y cultural de Sheryl Valley en 1970. Se había puesto mucho empeño en la obra y se hizo todo lo posible por mantener el toque español del edificio.

—Si este edificio es un monumento histórico, ¿cómo puede la ciudad destruirlo?

Mackenzie frunció el ceño. Respondió con una sonrisa avergonzada.

—En Sheryl Valley las leyes son diferentes de las de otros lugares. Probablemente no lo sepa, señor Cucitore, pero cuando aparecen hombres con trajes negros en la puerta de su negocio, nunca es una buena señal.

La mafia, pensé. Sus amables palabras parecían contradecir la expresión de su rostro. Esta mujer, como la mayoría de la gente, era ferozmente hostil a nuestros inescrupulosos métodos.

Entramos en uno de los muchos estudios poco iluminados, donde reinaba una atmósfera serena. Jalen me soltó la mano y se dirigió a la enorme mesa de mezclas. Douglas la siguió. La habitación cobró vida después de que ella pulsara algunos botones. De los altavoces salieron efectos sonoros y bonitas melodías, luego una voz, una risa...

—¿Sabes quién es? —preguntó la directora de arte, pensando que no lo sabría.

Ronney. Reconocí su voz, aunque nunca la había oído hablar con tanta naturalidad ni reírse con tanto desparpajo. Escuchar el sonido de su voz de esa manera y en ese lugar fue casi inquietante. Mackenzie interrumpió la banda sonora:

—¡Ronney Jiménez! Bueno, ese día sólo fue una prueba para uno de nuestros futuros animé, pero realmente tiene un talento increíble.

—Me gusta mucho su voz —murmuró Jalen tímidamente mientras se sentaba en un sofá desgastado.

Mi sobrina extendió sus regordetes brazos hacia adelante, aparentemente esperando una respuesta mía.

—Sí, es muy tranquilizadora —admití finalmente con reticencia.

Douglas suspiró.

—Sólo haría falta un milagro para evitar la demolición de este edificio histórico.

—¡Oh, no! —gimió Jalen—. ¿Dónde vivirán Popo el hipopótamo, Minnie o Pietro el zorro si ya no tienen casa? Es muy triste.

Estas últimas palabras de mi sobrina me conmovieron. Veía el mundo con sus ojos de niña,

ojos que yo nunca había tenido. Yendo directamente al grano, la directora de arte habló sin la menor vacilación.

—Se irán a otra casa. Será una nueva aventura para ellos. A menos que alguien lo suficientemente rico pueda salvar este lugar.

Rápidamente comprendí lo que quería decir Mackenzie. Apoyada en la mesa de mezclas, con los brazos cruzados, esperaba una reacción de la niña, que no tardó en llegar.

—Mi tío se encargará de ello —dijo, frunciendo el ceño—. Tiene mucho dinero y...

La corté antes de que pudiera decir demasiado.

—Rosy, cariño. Estás idealizando a tu tío, pero un proyecto como éste merece una reflexión.

—Eres un superhéroe y los superhéroes salvan el mundo.

Yo no era ese héroe. Era más probable que destruyera el mundo por ella, por mi sobrina. Pero en sus grandes ojos negros estaba la esperanza de que yo fuera esa otra persona… Una niña de cuatro años te mira y te ruega que no digas lo contrario, llevándote al final a cambiar todos tus planes. Los ojos de Jalen nunca habían brillado más que en ese momento. Era una señal.

Giré la cabeza hacia Mackenzie, que esperaba llena de esperanza.

—Creo que este lugar merece seguir en pie. Me aseguraré de que no se toque.

Con lágrimas en los ojos, la mujer se llevó las manos a la boca para no estallar de alegría.

—Gracias, señor Cucitore, es usted un ángel.

Sus palabras me hicieron sonreír ligeramente por dentro. Era la primera vez que se referían a mí en semejantes términos. Sabía que en el momento en que dejara a Jalen en su casa, el halo sobre mi cabeza se consumiría a la velocidad de la luz.

Tras unos minutos más de visita, Douglas se disculpó por tener que dejarnos. Me informó que empezaría a preparar los papeles para el día siguiente.

****

Era tarde cuando me acosté esa noche. En cuanto dejé a Jalen en casa de Aaliyah a primera hora de la tarde, tuve que ir a ver a Hamza para hablar del acuerdo de Seattle, y luego reunirme con Marconie en el club para contarle el progreso de nuestros acuerdos.

Tumbado de espaldas, miré al techo. Las sábanas frías contra mi piel se sentían bien. No había descanso en mi vida diaria. Me sentía constantemente como si viviera en el vacío. Mi único remedio para ese estado era sumergirme en cuerpo y alma en el trabajo, aunque nada me gustaba más que la noche y la oscuridad para estar en paz con mis oscuros pensamientos.

Cerré los párpados. Mis fantasmas estaban allí, acechando en la oscuridad. Cada alma, cada vida que había tomado, estaba esperando para invitarse a sí misma a mi sueño. Y esa noche, como todas las demás, mis demonios me llevaron al abismo más profundo.

9

Ya despierto en la cama esperé a que sonara mi despertador. En cuatro minutos serían las seis. El sábado iba a ser un día intenso. Tuve que lidiar con el caso Jiménez. Por la noche me presentaría su dimisión. De hecho, había planeado negociar el precio de su salida directamente con ella. Con su hermano enfermo, mi asistente no podría rechazar mi oferta.

****

Mackenzie parecía tan hipnotizada por mi carisma como el día anterior. Me saludó con una sonrisa expectante. Sin mi sobrina presente, se permitió gestos más familiares hacia mí.

Me senté en su despacho y consulté el expediente que había preparado con la situación financiera de *Red Channel* y el coste de la renovación. Entonces sería dueño de una parte de esos muros.

La directora de arte se acercaba cada vez más a mí durante nuestra conversación. De pronto, su tono cambió y se inclinó hacia delante para mostrar un escote que habría hecho estremecerse a cualquier hombre normal.

—Nos veremos regularmente, señor Cucitore. Tal vez debamos conocernos ahora de otra manera —me susurró al oído, con la confianza de una mujer acostumbrada a ver cómo todo se inclina ante ella.

Giré mi asiento hacia ella y la miré de arriba a abajo. Estaba esperando que me la cogiera en el escritorio. Su mano se paseó por mi muslo y subió lentamente hasta mi entrepierna, donde mi sexo empezaba a endurecerse. La habría animado a continuar si no tuviera este obsesivo objetivo en mente.

—Me encantaría ver a su mejor equipo en una sesión de grabación. Es importante que sepa a dónde va mi dinero.

Avergonzada, Mackenzie se sentó con la espalda recta. Con una sonrisa forzada, fingió que se colocaba el pelo en su sitio. Con cara de decepción, me invitó a seguirla.

****

La directora de arte llamó dos veces a una puerta y entró directamente en la sala. Hice mi entrada con cuidado y fue con impaciencia que me encontré con la mirada de Jiménez, que abrió los ojos como platos por la sorpresa. Petrificada, era incapaz de pronunciar una sola palabra. Mientras Mackenzie hacía las presentaciones, le dirigí una mirada orgullosa y una sonrisa que lo decía todo.

Mi asistente y yo ignoramos los aplausos de la sala cuando anuncié mi plan de comprar Red Channel. Estábamos demasiado ocupados desafiándonos con la mirada. Los hombros de la joven se agitaban con cada respiración. Apenas podía contener su furia. Me tocó deleitarme con la situación. Los papeles se acaban de invertir.

La voz del tipo sentado atrás, detrás de Jiménez y su colega, me llegó desde lejos, como un eco:

—Bienvenido a la familia, señor Cucitore. Así que es nuestro nuevo jefe.

—Ronney, ¿estás bien? —preguntó Mackenzie, preocupada por su falta de reacción ante la noticia—. Parece que has visto un fantasma.

Antes de que pudiera responder, creé una oportuna distracción:

—Me gustaría quedarme aquí mientras dure la sesión de grabación. Siempre me ha fascinado lo que ocurre entre bastidores en este negocio.

La directora de arte, encantada con mi petición, aceptó sin dudarlo y me invitó a sentarme un poco más atrás, con el jefe de cámaras.

Jiménez me lanzó una mirada asesina mientras pasaba por delante de ella. No dejé que se notara, aunque en el fondo estaba saboreando mi victoria.

Durante la sesión de grabación observé a mi asistente. Mantenía su aspecto tranquilo, pero su mano se agarraba nerviosamente a la barandilla metálica que tenía delante. Durante los primeros segundos me dio mucho placer distraerla. Durante los siguientes minutos, mis ojos poco a poco fueron atraídos hacia la enorme pantalla que tenía delante, que con sus imágenes animadas captaba mi atención. Y entonces, con un chasquido de dedos, ocurrió la magia. La voz dulce y graciosa de Jiménez encajaba perfectamente con el personaje de ese ratón torpe y enfadado, cuyo mejor amigo era un hipopótamo fofo que no hacía más que tontear.

Era la primera vez que mi cerebro estaba completamente desconectado de la realidad. Estaba descubriendo un mundo que no conocía. Fue una bofetada en la cara. No, un tsunami en la cara. Inmerso en la historia que se desarrollaba ante mis ojos, sonreí como un niño de cuatro años. Nunca antes había experimentado un subidón así, mejor que las mujeres y el sexo, mejor que todos los millones y el sonido de las balas. Encontrar mi alma de niño fue más fuerte que todo eso.

La fuerte voz de Tonio me sacó repentinamente de mi estado. ¡Maldita sea! Lo habría matado en ese momento si hubiera podido. Este grandullón le gritaba a Jiménez, que claramente no estaba consiguiendo nada hoy. Las tomas no eran buenas, su voz en las canciones no era la adecuada. Mi asistente no tomó represalias y se dejó aplastar, consciente de que tenía razón. Estuve a punto de intervenir en su favor, pero su colega replicó primero:

—Un poco de indulgencia. Es la primera vez que Ronney tiene problemas en una sesión de grabación. Debe estar cansada. Ha tenido una semana dura y encima trabaja para un maldito bastardo.

Pequeño hijo de puta. ¿Quién se cree que es? Apreté la mandíbula y tuve que hacer mi mayor esfuerzo para superar el impulso de aplastar su cráneo contra la barra de metal. Levanté la cara hacia el techo y respiré profundamente. Cálmate, Khan. No hagas un escándalo. No lo estropees.

Tonio no quería saber nada. Exigió a Jiménez que se esforzara y que diera lo mejor de sí misma. Mi asistente asintió y prometió intentarlo. Su legendaria paciencia imponía respeto. La grabación se reanudó y una vez más me sentí transportado por la suave voz de Jiménez.

****

Estaba furiosa con todo el mundo, especialmente conmigo. La vi recoger sus cosas con movimientos rápidos, con lágrimas en los ojos. Logan, su colega, demasiado atento, la consolaba con palabras tontas. Los miré con pereza y con ganas de salir de allí cuanto antes. El joven de desordenado pelo castaño siguió a mi asistente hasta la puerta del estudio.

—¡Te llevaré a casa!

—Está bien, yo lo haré —dije con una sonrisa, pero mi expresión era dura.

Logan miró con preocupación a su amiga. Ella sabía muy bien que era mejor seguir mi camino. Mi asistente se subió las gafas.

—Te veré la semana que viene, todo irá bien —lo tranquilizó con una media sonrisa antes de tomar su bolsa y un casco del sofá.

¿Un casco?

En los pasillos, la joven se apresuraba todo lo que podía para salir de ese lugar sin mirar atrás. Dios, ¡caminaba rápido!

****

Mi asistente se detuvo en mitad de la acera y me miró furiosa. Decidí pasar a la segunda parte de mi plan.

—¿A dónde vamos a partir de aquí?

Jiménez arrugó la frente y frunció los labios para contener palabras violentas. Me metí las manos en los bolsillos, complacido por el efecto que estaba causando en ella. Toda la semana tuve que aguantarla, ahora era su turno.

—¡No vamos a ninguna parte juntos! Me voy a casa y mientras tanto puedes ir a matar a quien quieras.

El golpe pretendía ser hostil, pero lo ignoré. Fue entonces cuando establecí la conexión entre el casco que sostenía y el dispositivo del siglo pasado que estaba a su lado. ¡No! Esto era aún más crítico de lo que pensaba. ¿Cómo puede alguien seguir usando un ciclomotor en estos tiempos? Ni siquiera era una pieza de coleccionista. Peor aún, no arrancaba mientras mi asistente intentaba huir de mí. Nunca había experimentado una situación tan embarazosa en mi vida. No estaba seguro de quién de los dos estaba más incómodo en ese momento.

Me rasqué la nuca.

—Siento que tu cacharro acaba de entregar el alma.

—No, sólo es inconstante —dijo Jiménez.

Estaba al borde de la histeria, y yo de la risa. Me mordí el interior de la mejilla para controlarme. Por toda la animosidad que sentía por ella, no podía dejarla así.

—Te llevaré de vuelta.

Jiménez levantó la cabeza y entrecerró los ojos. Parecía estar considerando sus opciones para salir de esto. Ella balanceó ligeramente su cara de un lado a otro y luego aceptó de mala gana mi propuesta. En poco más de una hora, ella y yo nos separaríamos con un acuerdo común.

****

Le abrí la puerta del Bentley. Una vez más me miró con recelo antes de sentarse en el asiento del copiloto.

Tensa, Jiménez era un témpano. Llevábamos apenas cinco minutos conduciendo cuando me dijo fríamente:

—¿No tiene miedo de que su coche sufra daños en este barrio tan poco amigable?

Esta pregunta me hizo medio sonreír. ¿Cómo podría alguien atacar a Yeraz Khan o a su coche sin preocuparse un minuto? Mi asistente no tenía ni idea del terror que estaba creando en todo el país. Suspiré antes de responder con calma:

—Me daría pena la persona que se atreva a tocarlo.

Jiménez negó con la cabeza en señal de desaprobación ante mis palabras, y con un gesto repentino me indicó el camino a su casa, temiendo que siguiera recto.

No le hice caso y giré a la izquierda para abandonar la ciudad. De ninguna manera iba a dejarla ahora. ¡No, quería su renuncia primero! Se quedó atónita y exigió una explicación. La ignoré. Una vez más, era inevitable una discusión entre nosotros.

—¿A dónde vamos y qué derecho tiene a invadir mi privacidad?

—Ronney, estamos atados de pies y manos. Si invades mi espacio durante la semana, he decidido hacer lo mismo el fin de semana. Dimite y no volverás a saber de mí.

El tono fue subiendo. Me mantuve concentrado en la carretera, aunque mi pie tendía a pisar el pedal del acelerador con demasiada fuerza. Me estaba volviendo loco tratando hacerme frente, tratando de hacerme entrar en razón. Era ella la que debía cuestionarse, no yo. ¡No, no me jodas! Acabé encontrando las palabras más hirientes que se me ocurrieron para callarla de una vez por todas.

—Para ser sincero, además de ser una mujer poco atractiva y terriblemente aburrida, eres ingenua y no me interesas. ¿Y qué es esa ridícula voz que usas en estos doblajes? Fue una verdadera tortura para mis oídos.

Estaba mintiendo. Aquella mañana en el estudio, su voz me había llevado adonde nadie me había llevado antes. En el fondo, estaba enfadado con ella. No quería sentirme bien en compañía de nadie, y menos de ella.

Jiménez se subió las gafas y dejó que el silencio respondiera por ella. En lugar de enfrentarse a mí o llorar, volvió la cabeza hacia su vaso con aspecto impasible. Una vez más, mis palabras no surtieron efecto en ella. Nada. Esta mujer parecía ser una barrera impenetrable, y eso me inquietaba más de lo que quería admitir.

****

Salí por la puerta del restaurante ya molesto. Mi asistente me había amenazado con llamar a la policía al salir del coche si no la llevaba a casa inmediatamente. No había pensado ni un minuto en el hecho de que Ernesto Marconie, el jefe de policía, trabajaba para los *Mitaras Almawt*. Estábamos en Sheryl Valley, la ciudad más corrupta de los Estados Unidos.

Mi asistente se quedó con expresión intrigada. El entorno contemporáneo de ese restaurante de lujo de tres estrellas, con sus paredes de ladrillo, obras de arte e iluminado por impresionantes arañas antiguas solía entretener a la población más acomodada y sofisticada de *Asylum*. Jiménez estaba en un lugar que desentonaba completamente con su estilo de vestir y su falta de

coquetería.

Pedimos rápidamente. Tenía prisa por acabar con eso. Jiménez llegó al meollo de la cuestión antes de que llegara nuestra comida. Primero me preguntó cómo había entrado en contacto con Mackenzie. Le hablé de mi visita a los estudios de Red Channel y de que nada de esto habría ocurrido si ella no hubiera escrito ese delicado informe a mi madre. La discusión volvió a estancarse cuando llegaron nuestras comidas.

—¿Realmente vas a ayudar a renovar el edificio?

—Me comprometo a ello.

Con el tenedor en el aire, Jiménez frunció el ceño y respondió con las siguientes palabras:

—¿No es un poco exagerado? Había otras formas de llegar a mí, ¿no?

Pertenezco a esa categoría de personas a las que les cuesta expresar sus pensamientos con claridad. Yo mismo aún no sé cómo llegué a invertir en este edificio en ruinas.

—Admito que es un poco exagerado. Debería haber dejado el lugar a su suerte. Se podría decir que estoy en mi mejor día.

Fingió estar conmovida por este gesto heroico exagerando su tono:

—¡Qué grandeza de espíritu!

Quería provocarme, pero en lugar de responderle con el mayor desprecio, opté por mantener la calma. La gente empezaba a mirarnos de reojo. Estábamos llamando demasiado la atención. Le aseguré que este proyecto de renovación se haría correctamente.

—¿Tienes más preguntas? —dije exasperado, intentando poner fin a la discusión.

—¿Me va a responder?

—Lo intentaré.

Mi asistente levantó su mirada hacia mí y me miró con recelo. La miré durante mucho tiempo. Una atmósfera gélida se había instalado entre nosotros. Había un silencio en el aire tan pesado que nos dejó en suspenso. Me di cuenta de que su copa de vino tinto estaba vacía y la llené mecánicamente. En ese momento rompió el silencio.

—¿Por qué Camilia sigue pensando que puede salvarlo? ¿Cómo se las arregla para seguir creyendo que usted renunciará a su pertenencia al *Mitaras Almawt*?

¡Tenía que mencionarla! No quería hablar de mi madre. Así que tendría que obviar el tema y llevar esa conversación hacia donde yo quería desde el principio. Mis pulmones se vaciaron en una fuerte exhalación y mis rasgos se congelaron en una máscara impenetrable.

—Tu hermano está enfermo, ¿no?

Jiménez respondió con voz apagada:

—Sí, estás bien informado.

Intentó ocultar su dolor lo mejor que pudo.

—¿Tiene cura?

Su mirada vaciló. Asintió lentamente, y luego murmuró unas palabras.

Continué mi interrogatorio, preguntando de forma distante e impersonal:

—Si mañana los médicos le dijeran a tu madre que no se puede hacer nada más por su hijo, que hay que dejarlo ir, ¿qué haría ella?

¡*Touché*! Jiménez se encogió de hombros y apartó su mirada. Una respuesta rápida acudió a sus labios, pero la reprimió. Respiró profundamente y luego volvió la cara hacia mí, con los ojos gritando de dolor.

Apoyé los codos en la mesa y junté ambas manos. Tenía toda su atención. Se subió las gafas y

esperó a que me explayara.

—Hay muchas cosas que podría hacer para ir en contra de mi madre. Si yo lo quisiera, sus acciones por la mañana no tendrían ningún valor, pero no quiero que eso ocurra. No voy a robarle los pocos meses que le quedan. Todavía necesito que se haga a la idea y que me deje ir. He tenido muchos asistentes, pero ninguno ha sido capaz de dar un solo informe de mis reuniones a Camilia. Todavía me pregunto cómo lo has conseguido. Esta información es sensible y puede poner en riesgo a muchas personas, incluida tú.

Miré con nostalgia a mi asistente, que no parecía tomarse en serio el peligro. Con mis ojos fijos en los suyos, jugué mi última carta:

—¿Cuánto?

Sus labios se separaron. El asombro se pintó en su rostro. Se subió nerviosamente las gafas.

—¿Cuánto qué?

—Todo tiene un precio, Ronney. ¿Cuánto cuesta que renuncies a este trabajo? ¿Cuánto cuesta el tratamiento de tu hermano?

Llamarla por su nombre de pila pretendía desequilibrarla. Jiménez bajó la cabeza hacia su plato. Pasó una eternidad entre mi pregunta y su respuesta. Esta mujer carecía de elegancia, de gusto, de belleza, de todo, pero en verdad tenía algo que pocas personas en este mundo poseen: integridad. Me di cuenta de ello en el momento en que levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos, decidida.

—No, no todo tiene un precio, Yeraz.

Mi rostro se ensombreció. No pudo leer nada en mí más que una advertencia de peligro. Me pareció ver una leve sonrisa en sus labios. ¿Se atrevió a provocarme? ¡No! No podía.

—No trabajo para usted, sino para Camilia. No me comprará con sus millones.

Sólo un loco podría haberme lanzado estas palabras a la cara sin sentirse preocupado. Hice una inspiración profunda y traté de mantener la calma. El mundo que nos rodeaba me impidió enfadarme con vehemencia. Apretando los dientes con fuerza declaré, presionando cada palabra:

—Nunca me acostaré contigo, y mucho menos me enamoraré. Así que estamos condenados a soportarnos el uno al otro. Voy a hacer tu vida imposible, Ronney.

Mi asistente respondió con franqueza y sinceridad:

—Aunque la supervivencia de la humanidad dependiera de nosotros, tampoco me acostaría con usted. Representa todo lo que odio. Haré mi trabajo porque no defraudo a la gente, ni siquiera a mi peor enemigo. Yo no soy así.

La miré con ojos serios. Ella también pensó que podía cambiar la historia, el destino de su hermano o el mío. Decidí cerrar el tema y me incliné hacia ella sin que mi cara o mi voz traicionaran ninguno de mis sentimientos.

—¡Debemos irnos! Tengo que asistir a una reunión de negocios.

****

Hamza se esforzó por crear un ambiente amistoso con Marconie esa noche en el club. De pie frente al ventanal, con los ojos fijos en la multitud de abajo, no aparté la vista, pero capté retazos de su conversación: tráfico, casos sin resolver, dinero... El jefe de policía le prometió a Hamza que apoyaría el caso de Seattle lo mejor que pudiera, pero necesitaría mucho dinero a cambio

para mantener las manos en la masa.

—Jefe, he estado en contacto con los inversores en Nueva York. Les gustaría hablar con usted sobre el proyecto Roskuf.

Amir me sacó de mis pensamientos. Volví la cara hacia él. Miraba su reflejo a través de los cristales opacos de mis gafas. Le contesté secamente:

—Gracias, Amir. Enviaré a Lucas, pero primero tengo que indagar un poco más. Hay algo que no funciona en esta empresa. Tengo que averiguar qué es.

Amir dudó antes de añadir:

—Si me permite, puedo infiltrarme en el personal. Sé cómo funciona este tipo de empresa y hablo ruso.

El joven esperó expectante mi respuesta. Lo observé, pensativo. No era un hombre de campo. Era bueno en los negocios, pero muy inocente en todo lo demás.

—No confío en ti en absoluto. Demuéstralo, y cuando dejes de temblar al sostener un arma, te daré asuntos más importantes. Por el momento no me sirves para nada.

El joven comprendió que tenía que darme mucho más, incluso su alma. Por el momento se aferraba a ella, pero pronto no podría regresar del luga al que pretendía llevarlo. ¡Nadie iba a volver!

Su rostro se alargó. Desconcertado por mis palabras, el joven se quedó con la mirada perdida en la habitación. Quería replicar, demostrarme que estaba equivocado. En lugar de ello, tragó con fuerza antes de hacer una reverencia cortés para retirarse. Eso es, vayan a buscar sus pistolas de plástico. Seguramente Jiménez se habría enfrentado a mí. ¿Por qué estaba pensando de pronto en mi asistente? Me había puesto al límite, y no me dejaba ir. Estaba enfadado junto a la ventana, como un niño de cinco años.

—¡Yeraz!

No había oído a Hamza venir detrás de mí. Me apartó a un rincón de la habitación.

—Te he estado llamando toda la mañana, ¿qué haces hoy?

Su voz estaba irritada al extremo y exigía respuestas.

—No es el momento de tomarse días libres. En unos meses te harás cargo de un imperio que necesita a alguien totalmente disponible para dirigirlo.

Su mirada, siempre atenta, iba de un lado a otro entre los hombres de las sillas de atrás y yo. Se me ocurrían varias respuestas, pero sabía que Hamza tenía ojos y oídos en todo el país. Así que ya sabía exactamente dónde y con quién estaba esta mañana y esta tarde.

—Estaba con mi asistente.

Hamza fingió estar sorprendido y luego me invitó a seguirlo con la mirada.

—Quería convencerla de que dimitiera.

—¿Y? Supongo que lo has conseguido, teniendo en cuenta el tiempo que has pasado con ella.

Desvié la mirada a pesar mío y gruñí:

—No, no lo hará. A esa mujer no le interesa el dinero. Creo que realmente la subestimé. Por primera vez, estoy... Perdido.

Sorprendido por mis palabras, enarcó una ceja. Esta situación lo inquietó. Hamza me conocía lo suficiente como para saber que nadie se me había resistido antes.

—¿Cómo piensas deshacerte de ella?

—No voy a dejarla ir. Vivirá bajo una amenaza constante. Su familia será mi mejor palanca.

En ese momento había una dulzura demoníaca en mi voz. Hamza, todavía con esa autoritaria firmeza paternal, me aconsejó:

—Ten cuidado, Yeraz. Pasar tanto tiempo con alguien nunca es muy bueno. Te sorprendería lo rápido que puedes convertir los defectos de alguien en cualidades.

Arrugué la frente. ¿Qué estaba tratando de decirme Hamza?

—Hay otras formas de conseguir que Jiménez dimita, créeme. No juegues al gato y al ratón. El gato siempre pierde.

Hamza me puso una mano en el hombro. Esperaba que sus palabras fueran suficientes para convencerme de cambiar mis planes. No aprobaba mi obsesión por mi asistente, pero no sabía que esa mujer me estaba volviendo loco.

—Ve a saludar a Ernesto. Ha venido por ti. El negocio debe continuar, no importa el día que hayas tenido.

Asentí con la cabeza. Volví a ponerme la máscara impenetrable en la cara y me uní a Marconie y a mis hombres.

10

Las densas nubes ocultaban el cielo al final de la tarde, haciendo que ese domingo pareciera aún más sombrío de lo habitual. Había estado trabajando toda la semana, concertando citas, dando órdenes a mi alrededor y estaba a punto de hacer algo que nunca pensé que haría en mi vida.

—Es la casa de la esquina —señaló Isaac con el dedo.

Sentado en la parte trasera del coche, observé el lugar. El sedán, aparcado en esa zona tan pobre y obrera de la ciudad, asustaba a los transeúntes. La gente sospechaba. Sheryl Valley era conocido por su alto índice de criminalidad, y este Mercedes en *Baker District* no podía pertenecer a nadie más que a un miembro de la mafia.

Después de unos minutos mirando el edificio, idéntico a todos los demás, con su puerta oxidada y la pintura descolorida en la entrada, decidí marcar el número de mi asistente en mi teléfono personal para darle una agradable sorpresa. Tomó el teléfono al cuarto timbre.

—Hola, Sidney. ¿Cuál es tu película de terror favorita?

Puse mi voz más calmada para darle a Jiménez el mayor susto de su día. Ella esperaba cualquier cosa menos saber de mí hoy.

—¡Yeraz, déjame en paz!

Colgó inmediatamente. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila y me sentí extrañamente satisfecho por la familiaridad del intercambio. Su tono acerado había despertado en mí cierta excitación. Poner a mi asistente en apuros iba a ser pan comido. Volví a marcar su número, mirando en dirección a la casa. El sonido de su voz no era cordial. Ignoré su mal humor como lo hizo conmigo durante la semana.

—¿Por qué no podemos quedarnos juntos y hablar un rato?

Mi asistente era consciente de que me estaba burlando de ella. Respondió en voz baja, llena de impaciencia.

—¡No puede ser! Tengo una vida. Deja tus técnicas de acoso e intimidación. ¿No tienes mejores cosas que hacer? No sé, como robar un banco o algo así.

Me pellizqué el puente de la nariz. La imagen que esta mujer tenía de mí iba más allá de la caricatura. Me enderecé en mi asiento y, algo extraño en mí, apenas pude contener una carcajada. Jiménez hizo dos o tres comentarios punzantes más, a los que respondí con ironía. Intuyendo que iba a colgar de nuevo, la amenacé con mantenerla en línea conmigo. Quería que se derrumbara, que se rindiera y me dijera que no volveríamos a vernos. Me tocó llamarla por su nombre de pila.

—No, Ronney, no cuelgues.

—¿O qué?

—O si no, me presentaré en tu casa, como lo hice ayer en el estudio.

—¡No me importa, no estoy en casa!

Silencio. Había colgado. Eché la cabeza hacia atrás en el reposacabezas y me quedé mirando la casita de la esquina. Sabía que no estaba en su casa, sino en la de su tía María. La sonrisa en la comisura de mis labios desapareció cuando mis ojos se encontraron con los de Isaac en el espejo retrovisor. ¡Mierda! Por suerte mis gafas ocultaban mi mirada inquieta. Me aclaré la garganta. Concentrado, me pasé un dedo por los labios.

—¿Qué es lo siguiente? ¿Qué puedo hacer para que la vida de mi asistente sea aún más infernal de lo que ya es?

Sumido en mis pensamientos, había murmurado estas palabras sin darme cuenta.

—Si en una cena familiar apareciera de la nada un tipo diciendo que es el novio de mi hija, le aseguro, jefe, que lo pasaría mal, igual que ella.

Convencido de que le había preguntado directamente, Isaac me había dado una idea completamente loca. Sin embargo, tuve que admitir que era brillante.

El timbre de mi teléfono me sacó de mis profundos pensamientos. El nombre de Hamza apareció en la pantalla.

—Estamos en el club. ¿Dónde estás?

¡Maldita sea! Me había olvidado por completo de la boda de Esraa y Amelia. Hamza y todos los hombres me estaban esperando.

—Empieza sin mí. Estaré allí en breve. Me retrasé con... Un asunto urgente.

—¿Está todo bien? —me preguntó Hamza con voz apagada, señal de su preocupación.

—Sí, una comida familiar que tardó un poco más de lo que me hubiera gustado.

Hamza respiró aliviado antes de responder:

—Muy bien, nos vemos en un rato.

Colgué y abrí la puerta del coche. Esa noche, en el club, levantaría una copa para celebrar la unión de Esraa con su mujer y la dimisión de Jiménez. Este último pensamiento objetivo y racional fue el que me llevó a tomar la decisión de abrir las puertas de aquella casa de la esquina.

****

Me abrió la puerta una mujer baja, típicamente latina, con el pelo largo. Con las manos en los bolsillos me elevé sobre ella. Suspicaz, se puso una mano en la cadera y esperó a que me presentara. Puse mi sonrisa más grande y falsa.

—Buenas noches, Giovanni Cucitore. Siento venir sin avisar.

La mujer levantó una ceja y me miró atentamente de pies a cabeza. Me rasqué la mejilla antes de continuar:

—Tú debes ser María, la tía de Ronney.

Ella asintió lentamente. De pronto, una mujer se acercó por detrás de ella. Reconocí inmediatamente a Valentina Jiménez, la madre de Ronney, a quien había visto en una foto. Un poco más redonda, se parecía mucho a su hermana, pero en absoluto a su hija.

—¿María? —llamó Valentina como para preguntar si todo estaba bien.

¡Vamos Khan! Tienes que meterte en este puto papel si quieres dejar de llevar esa bola y esa cadena. Sacudí la cabeza y respiré profundamente para infundirme valor. Estaba a punto de decir algo que nunca pensé que diría.

—Soy el novio de Ronney.

La mujer que estaba frente a mí abrió los ojos como platos y dio un grito de sorpresa antes de volverse hacia su hermana, que intentaba infructuosamente reprimir con una mano las exclamaciones de alegría que brotaban de sus labios. Levanté una ceja, desconcertado. El bombazo que acababa de soltar debería haber provocado un escalofrío, un malestar entre nosotros; pero no fue así, todo lo contrario. Las dos mujeres, sobreexcitadas por esta noticia, me invitaron a entrar con grandes gestos.

—Valentina, eres una persona muy reservada. ¿Cómo es posible que no nos digas nada?

La mujer, eufórica, respondió a su hermana en el mismo tono de voz.

—Pero no lo sabía, ¡te lo aseguro! Ronney nunca me cuenta nada.

Sin entender lo que me estaba pasando, en dos segundos fui arrastrado al salón con gritos y alabanzas.

La habitación, de colores cálidos y bellamente decorada, tenía un ambiente acogedor. La alfombra estampada, las flores y las velas añadían un toque romántico al espacio acogedor y perfectamente cuidado.

Las dos mujeres se pararon frente a mí, escudriñándome y haciéndome mil preguntas. Yo, por mi parte, estaba abrumado por la situación. ¿En qué me había metido? Estaba acostumbrado a lidiar con crisis extremas, nada me asustaba, pero estas dos buenas mujeres no eran trigo limpio. Me sentí como la esperada comida de dos caníbales que harían cualquier cosa para mantenerme entre esas paredes.

Al notar el intenso brillo de esperanza en los ojos de Valentina, me di cuenta de que no esperaba que un hombre apareciera en la vida de su hija. ¿Quién podría? La madre de Ronney fingió arreglarse el pelo y se tiró de la blusa blanca antes de tomarme del brazo.

—Vamos, te presentaré a toda la familia.

¿Toda la familia? Esa es otra cosa que no había previsto.

Efectivamente, había mucha gente afuera. Sentí que todas las miradas estaban puestas en mí. Hombres y mujeres intercambiaban miradas interrogadoras. Valentina sonreía alegremente. Aferrada a mi brazo, se pavoneó con orgullo, presentándome a todos los miembros de la familia. Tíos, tías, hermanos, primos. ¡Caramba! Esa familia era tan grande que mi cabeza empezaba a dar vueltas.

—Sergio, ven aquí —le ordenó Valentina a un hombre que estaba en medio de una discusión con un pequeño grupo de personas un poco más allá.

Reconocí en sus ojos la misma expresión que en los de mi asistente cuando se acercó a nosotros. Sólo podría ser un pariente cercano.

—Este es Giovanni Cucitore, el novio de Ronney.

El hombre retrocedió ante la noticia. Sus ojos iban y venían entre la mujer y yo. Murmuró unas palabras inaudibles y luego me tendió la mano cordialmente.

—Encantado de conocerte, soy tío de Ronney. No te esperábamos —exclamó antes de marcharse riendo alegremente con Valentina.

La ligera lluvia no impidió que todas estas personas vinieran a reunirse conmigo en el centro del jardín.

—¿A qué te dedicas? —preguntó una mujer con la cara empolvada.

—Soy empresario, del sector inmobiliario y otros negocios internacionales.

Bocas abiertas. Las pequeñas y sutiles miradas entre ellos significaban "muy buen partido".

—Vamos a ver a Ronney —dijo finalmente Valentina, sin perder la sonrisa.

Se excusó del grupo que había empezado a rodearnos y nos dirigimos a un pequeño refugio improvisado fuera del camino, donde se reunía un grupo de niños que tenía los ojos puestos en mí. Fue entonces cuando la vi. Era discreta y parecía querer desaparecer bajo tierra. Cuanto más nos acercábamos, más espantosa era la angustia pintada en su rostro. Jiménez estaba a mi merced. ¡He ganado!

—Hola, soy Giovanni Cucitore, el novio de Ronney.

Jiménez se mordió el labio y se sonrojó. La miré triunfante, dedicándole mi mejor sonrisa hipócrita. Me devolvió la mirada antes de girar la cabeza hacia un joven, también conmocionado,

que me miraba como si fuera de otro planeta.

—Aïdan, tráeme dos vasos de Mojito, por favor. No escatimes en el ron.

El tipo asintió y se alejó a toda prisa. La madre de Ronney se dirigió a su hija en tono de reproche. Le hubiera gustado conocer su situación amorosa antes que los demás. Intervine para que mi asistente se sintiera aún más incómoda de lo que ya estaba.

—No culpe a Ronney. Me pidió que no viniera, pero la echaba mucho de menos. No la escuché. ¿Estás enfadada conmigo, cariño?

Ser el centro de atención pareció desequilibrarla por completo. Estaba al borde de un ataque de nervios, pero al revés de lo que yo esperaba, se recompuso con una férrea determinación de no perder esa guerra sin luchar primero. Forzó una sonrisa y dijo con la mayor calma posible, con una mirada de amenaza en sus ojos:

—Giovanni, debo admitir que esto es una sorpresa. No es razonable, tienes mucho trabajo que hacer.

La madre de Ronney me instó a sentarme junto a su hija, pero un hombre de estatura media y hombros anchos se me presentó en ese momento.

—Hola, soy Miguel, el padre.

Cuando me estrechó la mano, supe inmediatamente que ese individuo era de manual, un gran trabajador. Su piel estaba áspera, agrietada y dañada.

—Giovanni ha venido a ver a nuestra hija —le dijo la señora Jiménez a su marido, casi emocionada.

Aproveché la presencia de Miguel para dejar a Valentina y me senté en el banco. Una mujer joven, con pecas y ojos raros, se levantó para cederme un asiento junto a Jiménez. Retrocedí ante el contacto de mi asistente, sorprendido por su delicadeza y la reconfortante calidez que desprendía.

Otra joven muy maquillada me echó una rápida mirada y luego se inclinó hacia mí y me dijo:

—Me parece que te he visto antes en alguna parte.

Por supuesto que lo había hecho. Yo aparecía en las portadas de las revistas, aunque por un motivo mucho menos glamoroso que el de mis hermanas y mi madre. Mi nombre era conocido en toda América e incluso más allá. Unas breves palabras bastaron para enterrar cualquier sospecha. Miguel, impaciente, cambió rápidamente de tema:

—¿Quieres algo de beber? ¿Mojito? ¿Un vaso de Guaro?

Aproveché la oportunidad para destruir la imagen suave y perfecta que los padres de Jiménez tenían de mí.

—No, gracias. Ya no bebo. Ya no bebo alcohol. Llevo varias semanas sobrio.

Volví la cabeza hacia mi asistente, que cerró los ojos en un medio tormento, pálida como la muerte. Alrededor de la mesa se produjo un pesado silencio. Todos se miraban preocupados. Estaba mal visto airear los problemas de uno en público, pero había olvidado que no estaba en mi propio mundo, y en este, las palabras se convierten en realidad cuando se dicen en voz alta. El padre de Ronney fue el primero en romper el silencio:

—Todo ser humano en la Tierra tiene derecho a una segunda oportunidad en la vida. No estamos aquí para juzgar a nadie.

Valentina levantó los hombros y asintió. Respondí a su comentario con una sonrisa tensa. Eran otros códigos, y no los conocía. Un joven de complexión recia le trajo a Jiménez un vaso de mojito en ese momento. ¿Tal vez si fuera su hija quien tuviera problemas con el alcohol las cosas serían diferentes? Tomé la taza de debajo de la nariz de mi asistente y suspiré teatralmente antes

de decir con voz ansiosa:

—Tú también, mi amor, deberías moderar un poco tu forma de beber.

Para respaldar mis palabras cerré los ojos y los volví a abrir al cabo de unos segundos, con un aspecto falsamente deprimido. Continué:

—Ronney tiende a beber mucho durante el día.

Se puso rígida. Las caras de sus padres estaban llenas de asombro. A punto de saltarme al cuello, se rio un poco fuerte antes de contenerse como pudo.

—Estás exagerando, ¡déjalo! A Giovanni le gusta bromear. Nunca bebo cuando estoy trabajando.

Su padre y su madre conocían a su hija lo suficiente como para saber que no tenía ninguna afición por el alcohol. Una vez más, Jiménez consiguió salirse con la suya. Volví a mirarla a los ojos. Tranquila y silenciosa, intentaba controlarse sosteniendo mi mirada sin pestañear. Entonces sentí que su pie chocaba con el mío con violencia por debajo de la mesa. ¡Ay, caramba! Ella me devolvía los golpes. Ahogué un gruñido y apreté la mandíbula, frustrado por no poder defenderme como quería. Jiménez estiró los labios, feliz de verme en esta situación.

—¿A qué estás jugando? —murmuró mordazmente.

Respondí en el mismo tono:

—Te he dicho que no te voy a dejar ir. Voy a ser tu mayor pesadilla durante las próximas semanas.

Jiménez, intuyendo que todo estaba a punto de volverse cruel, miró hacia otro lado para escapar, como le gustaba hacer cuando la acosaba.

Las preguntas siguieron volando por la mesa, pero sólo una interesó realmente a todos. Fue Olivia, la joven del vulgar pintalabios, quien decidió preguntarnos:

—¿Cómo se conocieron?

—¡En el trabajo de Ronney!

Miguel frunció el ceño, desconcertado.

—Ah, ¿sí? ¿Pero qué hacías en el estudio?

Jiménez y yo le explicamos que había comprado la mayor parte del edificio para salvar Red Channel y que no fuera condenado a la demolición o comprado por alguna compañía de seguros.

La familia de Ronney empezó a mirarme con otros ojos, comprendiendo que era un verdadero hombre de negocios con una gran cartera de clientes. Valentina juntó las dos manos y nos miró a su hija y a mí, con los ojos húmedos.

—Por amor, un hombre es capaz de todo.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Esa mujer estaba lejos de la realidad. En mi corazón no había lugar para el amor, sólo para el odio, y los dos sentimientos no podían coexistir.

Una tranquila voz asesina sacudió la conversación.

—Y ¿a qué te dedicas exactamente?

Volví el rostro hacia el hombre de piel pálida y pelo negro sentado al final de la mesa. Su melena, despeinada por la lluvia, le daba un aspecto falsamente desaliñado. Incliné ligeramente la cabeza y le escruté con una mirada que acababa de oscurecerse.

—Gestiono las conexiones entre empresas e inversores —respondí lentamente.

—¿Esto es público?

Este tipo intentaba que su voz sonara sarcástica, pero no podía. No tardé en entender por qué

actuaba en forma tan insolente. Tuve una primera visión de una relación amorosa que, sin duda, había terminado mal entre él y Jiménez. Pero si no estaba soñando, era el primo de Ronney quien ahora estaba pegado a él. Hombre, si le hubieras hecho eso a una de mis hermanas, estarías bajo tierra hace mucho tiempo. Mi asistente, visiblemente avergonzada, se subió las gafas y permaneció en silencio para no intensificar la conversación.

—Privado. Estos son grandes negocios.

—¿Como qué?

¡Cabrón! Reprimí las ganas de estamparle mi puño en la cara. Clavé mis ojos en los suyos para que pudiera ver por un momento la determinación diabólica que desprendía.

—Utilizo empresas de cobertura para infiltrarme en las obras en modo fantasma. Siempre conducen a una increíble malversación.

Se hizo un gran silencio. Mi asistente me pisó por segunda vez por debajo de la mesa, lo que me irritó. Puse mi brazo alrededor de su hombro, poniendo mi peso sobre ella como advertencia. Sabía exactamente cómo afectarían mis palabras a su familia y lo supo cuando su padre fue el primero en reírse de lo que creía que era una broma. Sólo el antiguo amante de Jiménez me miró sin sonreír. Con un placer malicioso, enterré mi cara en el pelo de mi asistente para probar los límites del joven. Inmediatamente apretó la mandíbula, a punto de estallar de ira entre todas las risas. El cuerpo de Ronney, totalmente tenso contra el mío, era algo nuevo para mí. Nunca antes una mujer se me había resistido y nunca el olor de la piel de una mujer me había atraído tanto como en ese momento.

Levanté mi copa para beber por Ronney y por mí. Todos los demás me siguieron. Sólo el celoso cabrón no pudo contenerse de hacer un comentario gracioso, que yo aparté con una sonrisa de superioridad.

****

El teléfono en el bolsillo interior de mi chaqueta seguía vibrando. Consulté discretamente el número en la pantalla. No era bueno jugar con la paciencia de Hamza, pero después de dos horas respondiendo preguntas, no quería irme de allí sin convencer a Jiménez de que dejara el juego.

Había construido toda una nueva vida con esta familia, y me aceptaban con mis defectos, sin juzgarme. Curiosamente, era mi asistente la que recibía comentarios a menudo desagradables de sus primos, y éstos habían aumentado desde que sus padres se habían unido al otro grupo en medio del jardín. Ronney no replicó, parecía estar acostumbrada a todo esto. Los observé uno por uno. Ya no me divertían. La familia era lo más preciado e importante en el *Mitaras Almawt*, y ver un ataque tan implacable a un miembro de la familia no era algo aceptable.

—¿Has visto alguna vez a Ronney grabando en el estudio?

Por el tono de la pequeña plaga que tenía delante, sospeché que esta pregunta representaba la búsqueda de otra oportunidad para menospreciar a su querida prima.

—Una vez. De hecho, me reí mucho ese día. Ronnie debió pensar que me estaba burlando de ella.

En realidad, y mi asistente no lo sabía, eran las payasadas de Minnie y las situaciones divertidas las que me hacían reír. Gabriella dijo con desprecio:

—No sorprendería a nadie. Debe valer la pena las distracciones.

Miró a Jiménez, orgullosa de su comentario. *¡Maldita sea, Ronney! No me puedes decir que no puedes plantarle cara. Te he visto toda la semana tomando represalias y respondiendo a mis numerosos ataques contra ti.* Me sentí atrapado: ayudar a mi asistente significaba posponer mi plan de sacarla de mi vida, pero al mismo tiempo no podía permanecer impávido.

Gabriella estaba a punto de añadir algo más, pero cambió de opinión cuando vió mi expresión. No pudo leer nada más que una advertencia de peligro. Su sonrisa se congeló. *Buena chica, escucha tus instintos, porque son correctos. Soy un asesino*. Asustada por lo que vio en mí, la plaga bajó la mirada.

Intenté mantener un tono ligero:

—Ronney es una comediante maravillosa. Escucharla me hizo olvidar mi vida cotidiana por unos momentos. Fue un agradable descanso en un día bastante oscuro.

De pronto, Jiménez me miró con sus ojos de color avellana y me dedicó una pálida sonrisa. Una sonrisa no era gran cosa, pero la suya capturó mi mente de forma casi hipnótica. La elocuente tristeza de sus ojos me perturbó. Fue una mirada que no pude evitar que quedase grabada en mi memoria. No era la niña mimada por sus padres desde su nacimiento que soñaba con el príncipe azul. Su vida no era ni dulce ni fácil. Una vez más, me había equivocado.

****

Todavía en la mesa, escuché con un oído las anécdotas que contaban los jóvenes. La vibración en mi bolsillo no se detenía. *¡Vete! ¿Por qué te quedas?* Pensé en el fondo.

Era el cuarto cumpleaños de Ronney. Ese día le habían regalado una muñeca. Me enteré de que Louis le había afeitado la cabeza antes de decapitarla. Acabó en la basura. Esta historia hizo reír a todos. La cara de Jalen se me apareció. Mi sobrina también tenía cuatro años. Fue todo menos divertido. Mi teléfono sonó justo cuando iba a abrir la boca para atacar a estos jóvenes. Cerré los ojos un momento y los volví a abrir. Era el timbre que indicaba una emergencia, no podía evitar a Hamza por más tiempo.

****

El ambiente que acababa de dejar no era de euforia, como tampoco lo era la voz de Hamza al otro lado de la línea. Fue más duro, más impaciente que antes.

—¿Dónde estás, Khan? Todo el mundo te está esperando.

—Ya estoy en camino, llegaré pronto —respondí, pero mis palabras sonaron mal.

—¿Desde cuándo no respondes a las llamadas? Además, nunca llegas tarde. ¿Es esa chica?

Cerré los párpados y apreté la mandíbula.

—Tenía un asunto urgente que atender.

—Entonces, ¿se puede decir que el problema está resuelto?

Podía sentir que estaba cuestionando lo que le estaba diciendo. Miré al otro lado de la calle, hacia la casa. La luz de la entrada iluminaba la puerta principal.

—Ya hablaremos de ello más adelante.

Colgué. El día no había salido como estaba previsto, pero no podía decírselo a Hamza. Jiménez era la encarnación de otra preocupación con la que tenía que lidiar, además de los importantes asuntos de *Mitaras Almawt*.

De pronto se abrió la puerta principal y vi aparecer a mi asistente. Miró a izquierda y derecha, probablemente preguntándose adónde había ido yo. Jiménez se sentó en los escalones. Con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, respiraba con dificultad como si quisiera gritar. Lo siguiente que recuerdo es que buscó en su bolso y sacó su reproductor de música. No pude evitar sacudir la cabeza ante esta mujer que me parecía tan diferente a las demás. Poco después, puso la cabeza en sus rodillas y las rodeó con los brazos.

Isaac me estaba esperando en la esquina. Guardé el teléfono y me alejé vacilante de la casa. Me di la vuelta antes de volver a cambiar de opinión. ¡Qué demonios! ¿Por qué no podía dejar a Jiménez a su suerte? No podría explicar por qué, pero mis pasos me llevaban a ella.

—Tus primos no son buenos contigo.

Con los auriculares puestos y la cara aún enterrada entre las rodillas, mi asistente fingió no oírme. Mis ojos se posaron en su nuca. La brisa le hacía ondular el pelo suelto de la nuca. El aire se había enfriado de nuevo. Inspiré profundamente y me senté a su lado.

—Ya veo por qué mis comentarios no te afectan. Hay que ser más que a prueba de balas para sobrevivir en esta familia.

El sonido de sus auriculares aumentó. No era pop ni ninguna otra música popular del momento. Jiménez estaba escuchando rock 'n' roll, y no cualquier rock 'n' roll: era El Rey. A pesar de la voz de Elvis Presley en sus oídos, sabía que Ronney podía oírme.

—¿Por qué no los mandas a la mierda?

Jiménez levantó la cabeza y volvió la cara hacia mí. Asombrada, abrió mucho los ojos y se quitó los auriculares. Después de un auténtico linchamiento, esta joven soportaba su dolor con tal entereza que no podía hacer otra cosa que admirarla. Respondió con un tono apagado y agotado:

—Esta es mi familia, no la tuya, Yeraz.

Ninguno de mis asistentes antes se había atrevido a tutearme, y yo nunca lo habría tolerado, pero en ese momento estábamos desconectados de la realidad. Había cruzado muchos límites en una semana, y este simplemente era otro.

—¿Y qué? Hay que aprender a decir que no.

No me gustó el impulso de protección que provocó en mí. Aplastada por el peso de su familia, Ronney respondió con la voz de una mujer al límite:

—Si esta es la única manera de que se sientan mejor con sus vidas, entonces estoy dispuesta a hacer el papel del patito feo. Prefiero que se metan conmigo y no con otro primito mío. Porque yo puedo soportarlo, ellos no.

El ambiente había cambiado de nuevo. Un repentino ardor en el pecho. Mi furia contra esas mujeres malolientes y pretenciosas detrás de esas paredes era proporcional a la gravedad de la situación.

—Mi mundo es peligroso, Ronney. Te trato con tanta dureza porque no quiero que formes parte de él.

—Lo entiendo. Pero necesito ese dinero y no quiero el tuyo. ¿Qué tengo que hacer para que dejes de seguirme los fines de semana?

Elio era su mundo y no iba a renunciar a él. La fulminé con la mirada.

—Te dejaré en paz cuando aprendas a defenderte y a decir que no.

Ella respondió lo que yo temía:

—Imposible.

—Así que estamos destinados a pasar todos los fines de semana juntos hasta que termine tu contrato.

Jiménez dejó escapar un suspiro de cansancio. En el mismo momento, la puerta se abrió detrás de nosotros. La madre de Ronney, seguida de su hermana, apareció. Parecía que llevaban mucho tiempo buscándonos. Valentina nos invitó a entrar, pero le dije que tenía que irme. La decepción, y luego la duda, tuvieron lugar en sus ojos.

—¿Ya? Pero, ¿volverás?

—Sí, señora Jiménez. Tendremos el placer de volver a vernos muy pronto.

Volví a mirar a mi asistente. A diferencia de su madre y su tía, no se alegró de esta noticia. A mí tampoco me entusiasmaba la idea de tener que pasar mi próximo fin de semana en su compañía, pero tenía que hacerla cambiar de opinión.

Satisfechas, Valentina y su hermana volvieron a la casa para que nos despidiéramos en privado.

Me levanté y me ofrecí a llevar a Jiménez a casa. No debe haber sido feliz quedándose allí con esos primos retorcidos. Levantó la cabeza y me miró fijamente antes de levantarse a su vez.

—Gracias, pero estaré aquí un rato más.

Isaac llegó unos segundos después frente a la casa donde estábamos. Saludé a mi asistente y me apresuré a ir hacia el Mercedes. Al abrir la puerta, Jiménez me llamó por mi nombre de pila. Cuando me di la vuelta, ya estaba allí en la carretera. Me miró detenidamente y luego respiró profundamente para vencer su timidez.

—Hoy has aprendido mucho sobre mí, mientras que yo no sé casi nada sobre ti.

Ronney hizo una pausa, ruborizándose, y continuó:

—¿Por qué te aferraste a esta vida cuando tuviste la oportunidad de salir cuando tu padre murió?

Cerré la puerta, molesto por seguir siendo retenido por esta joven. Mi expresión se endureció y, con el enfado silencioso, volvieron a mi mente cosas que había tenido cuidado de enterrar.

—Cuando tú recibiste tu muñeca en tu cuarto cumpleaños, en el mío recibí un rifle del 22. Si me preguntas cuál era mi dibujo animado favorito cuando era niño, no podré responderte, porque nunca he visto uno, excepto ayer en tu estudio.

Con un gesto de convicción abrí la puerta del coche y subí sin dar tiempo a que mi asistente me preguntara por mi infancia rota y dañada. Saqué mis gafas de sol del bolsillo de la chaqueta, aliviado de poder ocultar por fin mis ojos tras esos cristales opacos. Jiménez ya había visto demasiado por hoy.

Volví la cara hacia el espejo retrovisor. Isaac asintió con la cabeza y arrancó el coche, dirigiéndose al *Dream Diamond*. Dejé a mi asistente y a la niña de cuatro años que tenía dentro en medio de la carretera. No sabía que era esa mujer la que pronto obtendría una victoria final sobre mi destino.

11

Circulé entre el centenar de invitados del club. Al igual que Esraa, Amelia procede de una familia numerosa. El ambiente era festivo. El champán corría y en la pista de baile todo el mundo se mezclaba. Hamza me esperaba en el salón privado de arriba, pero yo había decidido ir a saludar a los recién casados antes de reunirme con él. Conocía a Esraa de toda la vida. Habíamos crecido juntos, era un hermano de armas. En mi camino tuve que estrechar varias manos. Afortunadamente, Miguel y Fares me abrieron el camino, evitando que algunas personas vinieran a hablar conmigo o que algunas mujeres se pegaran demasiado a mí.

Como siempre, mi presencia despertó mucha curiosidad. No tenía intención de quedarme allí para siempre, mi objetivo era no robar el espectáculo a los novios.

Cuando llegamos a la zona VIP, los hombres de Esraa dejaron pasar a Fares y Miguel. Encontré al joven con la camisa salida del pantalón, completamente borracho, dando un discurso a un público sobreexcitado. Esraa, dos años más joven que yo, interrumpió su espectáculo cuando me vio.

—¡Oh, joder, eres tú! —bramó.

Pasó por encima de mucha gente en los asientos rojos antes de llegar a mí. Borracho, se lanzó a mis brazos y me abrazó con fuerza durante unos segundos antes de soltarme con una palmada en el hombro.

—Hombre, gracias por darnos esta boda. Amelia es...

El joven se pasó una mano por su pelo castaño, despeinado por el sudor que le caía por la cara, y miró a su alrededor buscando a su novia. Cuando la encontró, la llamó con una voz lo suficientemente alta como para ahogar la música.

—Amelia, mi amor, ven aquí. Te presentaré al jefe.

Esraa giró la cabeza hacia mí y volvió a darme una palmadita en el brazo. Vale, estaba realmente borracho para comportarse de una manera tan familiar. Por el rabillo del ojo vi que Fares se acercaba a nosotros. Discretamente levanté una mano en el aire para detenerlo. En nuestra familia, los *Mitaras Almawt*, uno sólo se casa una vez. No quería estropear el momento.

Una mujer bronceada con un vestido blanco largo y ajustado se acercó a Esraa. Ella deslizó su brazo bajo el de él. Su cabello oscuro, cortado muy corto, resaltaba los rasgos de un rostro perfectamente armonioso. Sus ojos, oscuros y ligeramente almendrados, también sonrieron.

—Tú debes ser Yeraz Khan. Soy Amelia.

—Encantado de conocerte —respondí, asintiendo amablemente.

—Espero que el día haya ido bien.

Esraa respondió en lugar de su esposa.

—Fue perfecto. Soy un hombre nuevo. Amelia ha cambiado completamente mi vida.

La joven, de unos veinte años, miró a su marido a los ojos. Esraa estaba consumido por el asombro. No había ninguna sombra de duda en sus ojos sobre la calidad de su felicidad actual.

Amelia se apartó de la contemplación de su marido y preguntó:

—¿Y tú? ¿Estás casado?

Me froté la mejilla bien afeitada con una mano y me reí.

—No, no tengo tanta suerte como Esraa. No hay nadie que me espere por la noche.

Amelia levantó una ceja, sorprendida.

—No hay mujeres lo suficientemente buenas para Yeraz —se burló Esraa, desafiándome con

una sonrisa.

Divertido, negué con la cabeza.

—Estoy demasiado ocupado y... mi vida es muy complicada —añadí—. Nadie podría soportarme.

El joven levantó una mano en el aire con un gesto teatral.

—Estoy de acuerdo, muy complicada.

—Esraa, puede que ahora estés casado, pero aún puedo patear tu trasero, como cuando éramos niños.

Se rio sinceramente antes de besar a su mujer en la frente.

—Amelia, estás mirando al hombre al que nadie puede decir que no.

La sonrisa de la novia se desvaneció. Se podía ver en ella una profunda melancolía. Amelia giró la cabeza hacia mí y dijo con un tono triste, pero sin disculparse:

—Lo sé. Es él quien te aleja de mí durante unos años.

La joven se volvió hacia su marido con una emoción desbordante.

—Sacaré a Esraa de la cárcel lo antes posible. Te lo prometo.

—Yeraz sólo tiene una palabra, mi amor. Créeme, si hay alguien en la Tierra que cumple sus promesas y nunca se desvía de su camino, es él.

Con su mano acarició la mejilla de su esposa, y ella asintió con tristeza.

—Vuelve con tus padres, tengo que hablar con el jefe.

Amelia, con el corazón encogido, me saludó y se fue a disfrutar de su fiesta. Esraa, más calmado, había recuperado de pronto el sentido común.

—Lo siento. Las mujeres son...

Levanté la mano para cortarlo:

—No te disculpes. Te estoy pidiendo un gran sacrificio, tu mujer tiene derecho a estar enfadada conmigo.

Esraa esbozó una pobre sonrisa.

—Me culpo por haberle hecho esto. Hacer sufrir a la mujer que amas es un sentimiento terrible. Es como si mil picos de hielo perforaran tu carne.

Estaba muy angustiado, pero no pude seguirle la corriente, ni asegurarle que lo entendía, porque todo lo que me contaba sobre el amor era para mí un sentimiento abstracto que nunca había tocado con la punta de los dedos hasta ahora, y eso me parecía bien.

Le puse una mano reconfortante en el hombro.

—Amelia es una mujer hermosa. Siempre has tenido buen gusto para las mujeres, pero esta destaca. Será una buena esposa.

La mirada de Esraa se perdió en un borrón. Locamente enamorado, se confió:

—Y, sin embargo, es cuando se despierta cuando la encuentro más hermosa. Desmaquillada, con el pelo despeinado, sin más artificio que su sonrisa.

El joven volvió su mirada, aún ausente, hacia mí.

—Eso es amor verdadero, Yeraz. Cuando encuentras en el otro lo que nadie puede ver. Sólo hace falta una cosa: su olor, sus gestos o el sonido de su voz.

Estas últimas palabras me produjeron una descarga eléctrica en la columna vertebral. Abrí de golpe todas las puertas en mi mente y me apresuré a cerrarlas. El sentimiento que me invadió en ese momento parecía venir de lo más profundo de mí. Mis ojos se desviaron hacia Esraa, que me observaba con una ceja levantada con cierta atención. Aproveché una excusa:

—Hamza me está esperando. Disfruta de tu noche de bodas. Por lo demás, no tienes que

preocuparte, compraré tu libertad a cualquier precio.

Asintió con la cabeza en señal de agradecimiento. Nada más dar un paso, Miguel y Fares se movieron también.

Cuando me alejé de Esraa, recuperé el aliento. ¿En qué coño estaba pensando? Su amor desbordante por su mujer me había hecho sentir mal. Sí, eso fue, me sentí culpable. ¡Eso es lo que tenía que ser!

****

Arriba, los hombres ocuparon el salón privado. Ninguna mujer había sido invitada a entrar en ese lugar esa noche. Una pesada nube de humo llenaba el lugar. Nada más entrar en la habitación, Hamza apareció ante mí como si hubiera estado esperando mi llegada durante horas, y así fue.

—Pensé que nunca llegarías.

Me paré en medio del salón y me metí las manos en los bolsillos. Me quedé frente a él con una apariencia de tranquilidad.

—Entonces, ¿qué era tan urgente esta tarde que estuviste llamando a cada segundo a mi teléfono?

Hamza respondió con otra pregunta:

—¿Cómo fue la misión con tu asistente? ¿Has conseguido que dimita?

Apreté la mandíbula, consciente de que había fracasado.

—Continuará —dije con la mayor calma posible.

Extrañamente, Hamza no insistió. Algo parecía molestarle más. Adoptó esa media sonrisa que yo odiaba. Comencé a escudriñar el salón con la mirada buscando nuestro problema. Para mi inconmensurable sorpresa, Nino estaba de pie en medio del espacio con una camisa de franela azul. La distancia entre nosotros era interminable. Desesperado por obtener una explicación lo antes posible, interrogué a Hamza con voz acerada:

—¿Qué hace ese tipo aquí?

—No hagas un escándalo, Yeraz.

—Este es mi club, haré una escena si quiero.

Hamza se acercó a mí para poder bajar la voz. No quería llamar la atención ni aguar la fiesta.

—Tenemos negocios con la Rosa Negra. A veces hay que dejar de lado el rencor para seguir adelante.

¿Un rencor? Los *Mitaras Almawt* y los Rosa Negra siempre habían librado una feroz guerra entre sí, y aquí también había que enfrentarse a ellos. El tono de Hamza se suavizó:

—Ya que te quedaste con tu asistente por razones que me son ajenas, esta noche ya hemos acordado algunas cosas juntos. No hay necesidad de seguir discutiendo.

Una ola de ira me invadió. Gruñí entre dientes:

—¿Y qué? ¿Debo asentir y dejar que nos asocien con nuestros enemigos sin decir nada?

Hamza entrecerró los ojos y levantó un dedo en señal de advertencia.

—Ten cuidado con lo que dices, Khan. ¿Crees que me gusta seguir en este puesto de regente cuando podría estar disfrutando de mi jubilación desde hace ya algunos años? No quiero este reino, y te aseguro que estoy contando los días para tu trigésimo primer cumpleaños. Hay guerras

que hay que evitar, peleas que no llevan a ninguna parte. ¡Y si tu padre hubiera seguido ese consejo, todavía estaría con nosotros!

Estaba a punto de replicar, pero Hamza se volvió e invitó a Nino a unirse a nosotros.

Nos sentamos lejos del bullicioso grupo alimentado por el alcohol y las drogas. Mi rival, sentado frente a mí, miraba a la multitud con sus ojos claros y arrogantes. Sus arrugas marcaban su rostro, haciéndolo aún más tosco. Tenía una enorme cicatriz en el cuello, de una pelea que había salido mal. Este tipo había escapado tantas veces de la muerte que muchos decían que había comprado su inmortalidad.

Sentado en la silla, su gran complexión me hizo pensar en un ogro. Su cabeza, apenas cubierta de pelo, brillaba de sudor. Encendió un cigarrillo antes de dirigirse a mí:

—Tu club es muy bonito y parece que va bien. ¿Consigue blanquear suficiente dinero por mes?

Noté el destello de lujuria en sus ojos oscuros.

—No puedo quejarme.

Mi voz helada obligó a Nino a levantarse de su asiento. Sabía que no estaba en terreno conquistado. Detrás de mis gafas le vi intentando adivinar mis pensamientos, pero mi rostro permaneció inescrutable. Sin poder ver mis ojos, el hombre nos miró a Hamza y a mí por turnos. Puso cara de nada y luego resumió su petición, presentada a Hamza unas horas antes, que se refería al lago de Sheryl Valley. Su organización quería una mayor parte de este territorio para ocultar más bienes. El Rosa Negra importaba diariamente grandes volúmenes de cocaína en pequeñas embarcaciones de recreo. Los expertos en submarinismo se encargaban de ocultar y recuperar la droga, que era ocultada en el fondo de la laguna.

Nino esbozó su plan y esperó mi respuesta. Lo miré fijamente durante un largo momento y luego me volví hacia Hamza.

—¿Qué se acordó? —pregunté en árabe.

Mi rival parecía ofendido, pero no me importaba.

—Si les dejamos este derecho de paso, queremos un porcentaje de los beneficios. La Rosa Negra está lista para hablar.

Asentí y me volví hacia Nino.

—Tengo una reunión con Lucas el miércoles. Podríamos volver a reunirnos ese mismo día para discutir los términos y empezar a redactar un acuerdo por escrito.

Satisfecho, Nino tomó su vaso de whisky y lo levantó en el aire en señal de aprobación.

Luego discutimos el futuro de Sheryl Valley hasta que encontré una excusa para dejar a los dos hombres. Cuando estaba a punto de levantarme del banco, Nino me retuvo:

—Yeraz, he oído que el *Mitaras Almawt* ha puesto fin a las peleas de perros. He oído que esta decisión vino directamente de ti, ¿es cierto?

Me tiré de la chaqueta y me senté de nuevo.

—Sí, he prohibido la práctica. No hay necesidad de peleas de perros en estos tiempos.

Nino soltó una risa infinitamente desagradable antes de intentar hacerme entrar en razón:

—Por favor, Yeraz, esta forma de entretenimiento existe desde la antigüedad. No te puedes imaginar el enorme impacto que esta decisión precipitada tendrá en la economía de todas nuestras organizaciones. Mucha gente se gana la vida con estas peleas.

Lo que me decía flotaba en el aire como un vapor sin sentido.

—El *Mitaras Almawt* se retira de todo eso. Las peleas de perros no son esenciales para nuestra

familia.

—Creo que hablas un poco rápido, amigo mío.

Si hubiera habido una pistola sobre la mesa, no habría dejado que Nino terminara su frase. Hamza decidió intervenir:

—No podemos hacer que todos nuestros hombres voten cada decisión que tomamos. Esta fue cuidadosamente pensada por Yeraz.

Nino hizo una ligera mueca antes de acomodarse en su silla. Con el dorso de la mano se limpió la boca, como si quisiera borrar la sonrisa maligna que permanecía en sus labios.

—Creo que lo mínimo que podría haber hecho Yeraz es tener la cortesía de hablar con Jacob Percy. Es el criador más respetado del país. Terminar una relación de veinte años sin ninguna explicación no es una buena idea. Un hombre tiene que asumir la responsabilidad de las decisiones que toma.

Nino se volvió hacia mí y continuó:

—No me digas que no tienes el valor de enfrentarte a Jacob Percy. Es un patán, pero sigue teniendo derecho a escuchar tus explicaciones y a defender sus convicciones.

Mis puños se cerraron. Hamza me cortó:

—¡Está planeado! Yeraz se reunirá con él este martes.

A mi rival le encantó este momento. Verme luchar y sobre todo ceder bajo presión. El bastardo lo estaba disfrutando. Llevado al límite, me incliné hacia él y, con un gesto de la mano, le invité a hacer lo mismo. Cuando su cara estuvo lo suficientemente cerca de la mía, le dije con una voz llena de odio:

—Eres un hombre inútil y codicioso, dispuesto a vender a tu madre y a tus hijos. Te auguro el peor final posible.

Di un paso atrás. La sonrisa de Nino se desvaneció. Hamza intentó calmar la situación:

—Señores, por favor. Dejen sus rencores a un lado por el momento. No es bueno para el negocio. Hay demasiado en juego.

—Yeraz, eres una mala semilla —me retó Nino.

Sacudí la cabeza y decidí que era hora de poner fin a la conversación, que estaba adquiriendo una gravedad demasiado cómica. Aunque en apariencia parecía tranquilo, en el fondo habría matado a cualquiera en ese momento.

—Tengo que irme —dije, poniéndome de pie.

Nino me siguió con la mirada, con expresión de enfado. Hamza no intentó detenerme. Conocía mis límites.

Tres minutos más tarde salí del club, donde se escuchaban largas aclamaciones seguidas de gritos intermitentes. La fiesta duraría hasta la madrugada.

****

Colgué mi ropa en un lateral de mi vestidor antes de dirigirme a la cómoda de cristal donde se guardaba mi colección de armas de fuego. Limpié cuidadosamente mi 9 mm, que había estado conmigo todo el día, y luego la coloqué mecánicamente en su lugar en el armario.

Durante los últimos diez años todos mis días habían sido similares. Empezaba todas las mañanas cargando mi pistola y terminaba todas las tardes de esta manera: solo. Pero esa noche era diferente. El “caso Ronney" había puesto patas arriba todos mis planes, cambiando mis hábitos, haciéndome llegar tarde a un evento importante por primera vez. La maldije aún más por

eso.

Tumbado en mi cama mirando al techo, no podía superar el hecho de que el domingo había consistido una serie de acontecimientos inesperados. Después de un largo momento de intentar despejar mi cabeza, el sueño comenzó a pesar sobre mis párpados. Esa noche, como todas las demás, me uní al infierno. El único lugar en el que merecía estar.

Miré a mi alrededor con confusión. Estaba allí, escondido en la oscuridad. Mi mente luchaba por salir de esta pesadilla antes de que llegara.

—¡Mátalo!

La voz que se oía detrás de mí me heló la sangre. Mi pecho se contrajo, luché para no ahogarme en esa atmósfera venenosa. En la oscuridad más absoluta vi de pronto sobresalir su rostro entre las sombras. Los aterradores ojos en ese rostro espantosamente pálido me escrutaron. Mi corazón dejó de latir. Entonces mi padre se puso a mi nivel.

—¿Has oído eso, Yeraz? Mátalo si debes, pero gana esta pelea.

Una luz brillaba ahora sobre un anillo y ante mí estaba Esraa, con sus rasgos agotados y sus ojos suplicantes. Me volví hacia mi padre, que me miraba fijamente con sus ojos negros, tan profundos como la oscuridad.

—Papá, sólo tiene once años. Es mucho más pequeño que yo. No puedo hacerlo.

—¿Cuál es el problema? Es una pelea, hijo. Tengo un montón de dinero apostado por ti. Todos están aquí para verte ganar.

En ese momento había una multitud a nuestro alrededor, con grandes cantidades de dinero en las manos.

—Mándalo al hospital. Quiero que le rompas la mandíbula. Quiero verlo inconsciente, muerto.

Mi corazón se aceleró al subir el tono de mi padre. El miedo me tenía atrapado en este lugar. Una frase intentó tomar forma en mi boca, pero el sonido no llegó a existir. Cuando las peleas de perros no eran suficientes para entretener a estos hombres, enviaban a sus hijos a luchar. Empecé estas peleas clandestinas a una edad muy temprana, a los ocho o nueve años. Sólo éramos niños, no pedíamos nada.

Me volví hacia Esraa, con la cara muy magullada. Si la golpeo por última vez, mi padre me dejará en paz durante unos días.

—¿Qué demonios estás haciendo, Yeraz?

Ocurrió algo inusual. La luz parpadeó lentamente hasta que se apagó. Esraa desapareció y la multitud también. La sala se había vaciado. Sólo mi padre estaba allí, congelado en el tiempo. No se movió. Sus rasgos, distorsionados por la ira, parecían estar grabados en mármol, mientras que las venas de su cuello destacaban como si estuvieran a punto de explotar.

De pronto unas pesadas puertas nos rodearon. Intenté entenderlo, pero sin éxito. Estaba atrapado en ese cuerpo de adolescente y no podía deshacerme de él para enfrentarme a mi padre. No podía verme, no podía oírme.

En ese momento, con un golpe las puertas comenzaron a vibrar. Estaban tratando de abrir. El ruido era ensordecedor. Las cerraduras se movieron, pero no cedieron.

—¡Papá! —llamé con pánico, mirando a mi alrededor.

Mi padre se quedó quieto, atrapado. La cerradura de una de las puertas finalmente se rompió. Puse el brazo delante de mis ojos para ocultarme de la luz cegadora que salía de allí. Tras unos segundos de vacilación, bajé ligeramente el codo, con los ojos entrecerrados. Una figura se encontraba en la puerta. Aunque no tenía cara ni forma real, la reconocí por un detalle

que no se me escapaba. Después de unos momentos, se alejó lentamente con sus Converse rojas y volvió a la luz, llevándose a mi padre con ella.

La amenaza que se había cernido sobre mí durante tantos años me abandonó al instante. Mi presencia en ese lugar perdió parte de su carácter siniestro. Terminé la noche sin pesadillas. No me había pasado nunca.

12

El Mercedes subió a toda velocidad por el bulevar Ciénaga y la calle Olvera antes de acabar frente a mi casa. Isaac vino y me abrió la puerta, y luego sacó mis cosas del maletero mientras yo entraba en la casa vacía.

Atravesé el salón y abrí las ventanas para que entrara la luz. En esa mañana de sábado ya brillaba un hermoso sol en lo alto del cielo.

Isaac estaba esperando mis órdenes en la entrada del salón.

—Gracias, puedes irte. Hoy no te necesitaré más.

Me volví hacia las ventanas y miré el parque a la distancia, donde sólo el canto de los pájaros perturbaba el silencio.

Había tenido una semana muy ocupada en Nueva York. Sin embargo, me resultó menos agotador que de costumbre. Lejos de mi familia, de Hamza y de mi asistente, esos días habían sido como un descanso reparador. Los días habían sido una sucesión de reuniones con el personal para restablecer una base de confianza y escapar del impacto de la crisis tras la historia de los diamantes robados y las decenas de millones de dólares perdidos.

A raíz de este desafortunado problema decidimos introducir cambios más frecuentes en las prácticas de gestión, y reajustar así los elementos fundacionales de nuestra organización, incluidas las iniciativas de diagnóstico. Me di cuenta de que la gestión era algo vivo, que podía desmoronarse si intentábamos congelarla.

Puse la chaqueta en el borde del sofá y saqué el teléfono móvil del bolsillo para revisar mis mensajes. Hoy no había nada urgente en mi agenda. Mi madre insistía en querer organizar una cena familiar para reunirnos a todos, pero yo seguía posponiéndolo. Una vez más quería retenerme. Demasiado cansado, decidí librarme de estas obligaciones familiares.

Apenas eran las once y ya estaba destapando una botella de whisky. Con el vaso a medio llenar, me dejé caer de nuevo en el sofá. Ya era hora de que descansara, me vendría bien un día de descanso. Mis párpados estaban tan pesados como el plomo. Estaba a punto de quedarme dormido cuando un pequeño parpadeo en el altavoz *Bluetooth* situado sobre la chimenea llamó mi atención. Al parecer, seguía conectado a la tableta que tenía a mi lado. Irritado por la falta de profesionalidad de mis empleados, me levanté y pulsé la luz para apagar el aparato. En ese momento, la música irrumpió en la sala con el volumen a tope. Salté como un muerto que se despierta. “¡Mierda!”, grité para mis adentros. La voz de Elvis Presley salió del altavoz.

"Abrázame, abrázame fuerte. Hazme estremecer de placer.”

No podía callar al bastardo. Seguí presionando todos los botones para hacer callar a ese tipo.

"Te quiero, te necesito, te amo con todo mi corazón.”

Lleno de rabia, estuve a punto de romper el altavoz con la tableta. Elvis no se callaba y gritaba todo su amor a una mujer.

"Cada vez que estás cerca de mí, todas mis preocupaciones desaparecen. Te quiero, te

necesito, te amo más y más".

Al borde de un ataque de nervios, puse con violencia el vaso de whisky sobre la repisa de la chimenea. Ya completamente despierto, me puse la chaqueta sobre los hombros y salí del salón, dejando que Elvis cantara lo que quisiera detrás de mí. Tomé las llaves del coche del armario del vestíbulo y abrí la puerta principal. *Había planeado dejarte en paz hoy, Jiménez, pero eso fue antes de que tu gusto musical me explotara en la cara.*

****

Mackenzie se sorprendió y se alegró de verme de nuevo entre las paredes de los estudios de *Red Channel*. Al ver mi expresión retraída, primero me preguntó si todo estaba bien. Con una sonrisa falsa le hice saber que todo estaba bien.

—¿La señorita Jiménez ya está en una sesión de grabación?

Se sorprendió por mi pregunta, tal vez pensó que ella era el objeto de mi improvisada visita. La directora de arte sacudió la cabeza con confusión, intentando ocultar su decepción.

—Ronney y Logan deberían llegar en cualquier momento, pero Tonio ya está en el estudio preparando el encargo. Puede esperar allí con él.

Mackenzie se pasó suavemente una mano por el escote. Sus pechos sobresalían dentro de su top de seda negro. Me di cuenta de que iba a utilizar todos sus recursos para atraerme a su despacho. Por desgracia para ella, esa mañana no estaba pensando en eso. Jiménez me había puesto en tal estado de nerviosismo que no podía pensar con claridad.

****

Volvía a estar en el banquillo desde la semana anterior. Tonio me hablaba de su intrascendente vida con su marcado acento mientras ajustaba el volumen de la banda sonora. Ahogué un bostezo y me esforcé por ser cortés, aunque ansiaba pedirle que se callara.

Después de unos veinte minutos de perorar sobre su profesión y su vida personal, finalmente la puerta del estudio se abrió. Logan entró primero, manteniendo la puerta abierta para dejar pasar a Jiménez. Mi asistente, con la cabeza inclinada sobre un cuaderno lleno de notas, explicaba a su colega las partes en las que le gustaría trabajar con él antes de la grabación. Logan no podía dejar de mirarla. ¿Sabía Jiménez que este tipo estaba loco por ella? La idea me hizo dar un respingo. Como la vez anterior, llevaba unos pantalones muy anchos y una camiseta de rayas.

—¡Jóvenes, tranquilos! Vamos a empezar con una canción.

La voz de Tonio obligó a Jiménez a levantar la cabeza de sus notas. Sus ojos se posaron sobre mí. Dio un salto y luego se quedó paralizada, con cara de aturdimiento. Silencio. Aturdimiento. Ronney, de pie junto al sofá, cerró los ojos con fuerza antes de preguntar con voz incrédula, casi insultante:

—¿Qué haces aquí?

Un vago instinto hizo que Logan me mirara con desconfianza. Sonreí con maldad.

—Me perdí las aventuras de Minnie. Esta mañana he llegado a casa después de varios días de un agotador viaje de negocios y lo primero que quise hacer es conseguir un poco de paz y tranquilidad. Entonces encendí mi altavoz *Bluetooth* y enseguida sonó un clásico de Elvis Presley.

—¿Elvis? —exclamó Tonio, volviéndose hacia Jiménez—. ¿Oyes eso? Otro fan del King. ¡El señor Cucitore tiene muy buen gusto!

—Esa canción me puso de pie enseguida —continué—. Mi alegría, ese impulso dinámico, me empujó al estudio.

Ronney tragó saliva. Quiso responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Ella y Logan pusieron sus cosas en el sofá y se movieron detrás de la valla. Mientras ajustaban los micrófonos, mi asistente me dirigió una mirada extraña y malvada. Tonio tomó el control de la operación.

—Bien, Logan, tú primero. Ronney, por favor, mantén la concentración. Tenemos que conseguir los créditos para hoy.

Jiménez, de espaldas a mí, asintió. Nerviosa, se pasó una mano por su pelo oscuro, que se alzaba —como de costumbre— en una masa informe sobre su cabeza.

Al segundo siguiente empezó la música. Logan comenzó su actuación, haciendo grandes gestos con las manos y los pies. Estaba metido en el personaje. El turno de Jiménez llegó rápidamente y su voz me transportó de allí demasiado rápido. Por un momento volví al mejor y más inocente momento de mi vida: mi infancia. Su voz llenó el aire con ecos de emociones que vibraron a mi alrededor. Nunca antes había tenido esta sensación de seguridad. No podía negarlo, Jiménez era excelente en lo que hacía.

Me encontré comentando las aventuras de Minnie y preguntándome por qué Popo el Hipopótamo siempre se metía en problemas. Aunque no estaba de humor, casi no pude dejar de reírme con algunos pasajes. Jiménez se dio la vuelta repetidamente molesta, poniendo los ojos en blanco y rogando en voz baja que dejara de interrumpir la sesión de grabación.

—Espera, ¿te paras aquí? —exclamé incrédulo.

Mi asistente suspiró suavemente mientras se dirigía al sofá para tomar sus cosas y dijo, subiéndose las gafas:

—Sí, hemos estado grabando durante casi dos horas. Estamos en el mundo real y necesitamos alimentarnos.

—Me alegro de que aprecie nuestros esfuerzos, señor Cucitore —dijo Tonio, dándome una palmada y acomodándose los pantalones—. Espero que tengamos el placer de volver a encontrarnos el próximo sábado.

—Por supuesto, será un placer.

Mi voz era fría, pero todo mi resentimiento hacia mi asistente había desaparecido. Un oscuro disgusto se pintó en el rostro de Jiménez. Me levanté del taburete y no le quité los ojos de encima. Intuí que buscaba una forma de salir de ese lío sin llamar la atención de Logan y Tonio. Hoy no llevaba el casco. Adiviné rápidamente que le pediría a su encantador colega que la dejara, y decidí tomar la iniciativa. De hecho, aún no había terminado con ella.

—La llevaré de vuelta, señorita Jiménez. Prometió darme una vuelta por el barrio la última vez y resulta que tengo un poco de tiempo libre.

—Pues yo no —respondió Jiménez con brusquedad antes de recomponerse—. Resulta que tengo una cena familiar. A mi madre le encantaría ver a Logan. Ha pasado mucho tiempo.

Ella estaba mintiendo. La rápida y dura mirada a su compañero lo confirmó. Éste negó enérgicamente con la cabeza antes de tartamudear:

—Sí... Eso estaba previsto. Siempre puede posponer esa visita para otro momento.

Tonio se aclaró la garganta y miró fijamente a Logan. Evidentemente, él no pensaba así. Para él, yo era Giovanni Cucitore, el hombre que salvaría Red Channel y sus puestos de trabajo.

Con paso decidido, me dirigí a la salida del estudio.

—El paseo será hoy. Te estaré esperando afuera, y te sugiero que no me hagas esperar.

Ronney abrió la boca para contraatacar, pero finalmente se limitó a dedicarme una sonrisa perversa. Saludé cortésmente a los dos hombres, que no se atrevieron a responder.

****

Ronney salió justo después de mí, ebria de ira, metiendo su jersey en el bolso con rabia.

—¡No podrías haberme avergonzado más! —gruñó entre dientes.

Señaló la entrada del edificio con el dedo y rugió:

—Ahora los dos piensan que me estás acosando.

Ahogué una carcajada antes de responder con desprecio:

—Eso es absurdo.

Mi asistente se cruzó de brazos, con el seño fruncido. Bajó las manos con los puños apretados en señal de protesta.

—Podrías estar en cualquier otro lugar ahora mismo. ¡No quiero tu compañía!

Nos quedamos mirándonos fijamente. Al igual que yo, intentaba adivinar lo que estaba pensando. Me metí las manos en los bolsillos.

—Me enteré de que le pasaste algunos archivos sensibles a mi madre mientras yo estaba fuera. Ella miró hacia otro lado, sin responder.

—¿Cómo puedo dejarte sola después de eso?

Jiménez siguió mirando a su alrededor. El sol brillaba con fuerza y yo empezaba a tener calor en ese pavimento.

—¿Cuál es el plan ahora? ¿De verdad vamos a visitar a tus padres en su restaurante?

Mi asistente trató de disipar cualquier sarcasmo en mi voz. Cediendo a su creciente fastidio, respondió:

—Yo seguiré con mi trabajo del día y tú puedes ayudarme a recoger las mesas y lavar los platos.

Mostró una fuerza de carácter inesperada. Le dediqué una sonrisa de superioridad.

—¡Genial! Vamos.

Confundida por mi respuesta, miró a su alrededor como si se preguntara cómo podría salir de esa pesadilla.

—Mi coche está aparcado en una calle un poco más allá. No me hagas arrastrarte dentro.

Sus ojos se entrecerraron. Me miró exasperada antes de ceder. Jiménez sabía que era capaz de cumplir mi amenaza. Para evitar cualquier escándalo frente a los estudios de Red Channel decidió seguirme.

Al llegar a la acera de enfrente, me di cuenta de que mi asistente no estaba allí conmigo. Una

ira sorda surgió instintivamente en mí. Me giré bruscamente, dispuesto a ir tras ella, pero mis ojos la encontraron enseguida. Cruzaba la avenida principal con una lentitud increíble. Mi primer pensamiento fue que lo hacía a propósito para molestarme. Cuando estaba a punto de darme la vuelta y tirar de ella hacia mí, me detuve y me di cuenta de lo que estaba haciendo. Junto a Jiménez, una mujer mayor de baja estatura también cruzaba la avenida. Aunque intentaba darse prisa, su avanzada edad le impedía caminar con rapidez. Mi asistente lo entendió y fingió buscar algo en su bolso, aminorando el paso para que la anciana se asustara lo menos posible en medio del agitado tráfico.

A pesar de los impacientes bocinazos de los conductores, Jiménez se mantuvo cerca de la anciana hasta que ésta llegó a la acera de enfrente. Esta última dirigió a mi asistente una mirada de agradecimiento antes de seguir su camino.

Como si no hubiera pasado nada, Jiménez se acercó a mí.

—Entonces, ¿nos vamos?

No respondí a su pregunta, estaba demasiado ocupado preguntándome cómo se las arreglaba para tener esa bondad de alma que tan pocas personas tenían en la Tierra. Nadie la había perdonado en vida, pero se aferraba a esa última esperanza de que todo ser humano pudiera tener algo bueno en su interior.

Asentí en su dirección. Debió ver una sombra de mis sentimientos en mi cara en ese momento, porque sus ojos parpadearon. Confundida, aceleró el paso alejándose de mí.

El motor del Bentley rugió por las avenidas de Sheryl Valley. Jiménez, aferrada a la puerta del coche, parecía inquieta. Sin embargo, no me pidió que fuera más despacio. Sabía que disfrutaría demasiado viéndola suplicar.

Con la cara vuelta hacia la ventana, mi asistente prefirió alejarse lo más posible de mí.

—¿Este tipo Logan te pidió alguna vez una cita?

Jiménez giró la cabeza de repente, como si mi pregunta fuera la más impactante. Tartamudeó con una mueca:

—No, sólo es un colega.

—No parece que te vea como tal.

Con los ojos fijos en la carretera, podía sentir su mirada en mí. Mi pregunta pareció avergonzarla, así que insistí a propósito:

—Te cuida y te mira como si...

Dejé mi frase colgada, sin poder terminarla.

—Como si fuera bonita —dijo Ronney, presionando las palabras.

—No, como si fueras inalcanzable.

Soltó una risita absurda, no desagradable.

—Debo estar enviándole ese mensaje sin querer. Nunca podría sentirme atraída por él.

Se hizo el silencio y ella volvió la cabeza hacia la ventana.

—Supongo que es por ese tipo, Caleb.

Mi voz fue más fría de lo que quería. Jiménez suspiró en respuesta.

—Realmente te hizo una escena con tu primo.

Molesta, mi asistente volvió a dirigirse a mí y me dijo en tono irritado:

—Hoy estás muy hablador, Yeraz. Estás sacando a relucir asuntos muy personales, pensando que te voy a contestar, cuando sé perfectamente que tu único objetivo es volver esta información en mi contra cuando lo decidas.

—No me llames por mi nombre de pila. Eres mi empleada.

Jiménez se contuvo para no explotar:

—Tú eres quien viene a mi estudio buscando un fin de semana de paz.

Yo también estaba enfadado:

—¡Y yo que esperaba escuchar algo que no fuera al imbécil de Elvis esta mañana al llegar a casa!

Ronney agitó los brazos en el aire y protestó en voz alta:

—La máquina se atascó ayer justo antes de que me fuera. Era tarde. No estoy acostumbrada a usar todos esos dispositivos de alta tecnología.

—¿Así que eso es lo que haces cuando estoy fuera unos días? ¿Te gusta el rock?

—Sí —gritó mi nerviosa asistente.

Inspiré nerviosamente y apreté la mandíbula. Un repentino deseo de estrangularla con mis propias manos se apoderó de mí. Jiménez volvió la cara. El silencio había vuelto a caer como una piedra.

—Explícame por qué no me tienes miedo. ¿Por qué insistes en responderme y enfrentarte a mí? ¡Nadie antes de ti se ha atrevido a hacerlo!

No hizo falta mucho para que mi voz se alzara de nuevo. Jiménez respondió, con la voz llena de desprecio:

—Te aseguro que nadie antes de ti me ha puesto en tal estado. En general me dejan sola, y eso me viene perfecto. No estoy buscando ninguna compañía. Estás invadiendo mi espacio y desordenando las cosas por dentro.

Dejé escapar una risita desagradable.

—Podría decir lo mismo de ti, Ronney. ¿Quieres que te dejen en paz? ¡Renuncia!

La miré de reojo. Tenía la cabeza gacha, retorcía los dedos y parecía estar reflexionando sobre mis palabras. Su voz se convirtió en un susurro:

—Tal vez tengas razón. Estoy pensando en ello.

Las palabras de mi asistente me sorprendieron. Me quedé un buen rato sin contestar. Debería haber sentido una sensación de liberación al escuchar esa noticia, pero no fue así.

Mi teléfono móvil comenzó a vibrar en mi bolsillo. No respondí, pues vi el nombre de Hamza en la pantalla. ¿Cómo podría explicarle mi viaje por la carretera con Ronney a mi lado? Me dejó un mensaje pidiéndome que fuera a casa de Percy para encontrar un punto de encuentro con el criador. Tras un breve momento de reflexión, acepté seguirle la corriente para que me dejara en paz, aunque ya sabía que no firmaría ningún acuerdo con ese tipo.

Le dije a Ronney que tendríamos que hacer una pequeña parada antes de ir al restaurante de sus padres, cosa que no le pareció bien.

—¿Por qué no me dejas primero? No quiero ir contigo.

—No te estoy dando opción, Jiménez. A menos que decidas abrir la puerta y saltar del coche en movimiento.

Mi asistente evaluó por un momento la peligrosidad de la maniobra. El coche iba a gran velocidad, había pocas posibilidades de que saliera viva de esa acrobacia. Suspiró antes de hacer un pequeño gesto de impotencia y resignación.

13

Dejé mi coche junto a la carretera. Miguel, Fares y Soan me esperaban en la enorme puerta gris. Mis ojos se deslizaron hacia la derecha y noté, asombrado, que Amir estaba con ellos. Hamza había puesto a su sobrino en mi regazo para acompañarme y utilizarlo como palanca para obligarme a negociar con Percy.

Me desabroché el cinturón y Jiménez me siguió. Inmediatamente le ordené que se quedara en el coche.

—¿Qué? —exclamó, con los ojos muy abiertos por el miedo—. Pero no me voy a quedar aquí sola. Este lugar es espeluznante.

—Créeme, es peor por dentro.

Sin darle tiempo a responder, abrí la puerta y la cerré de golpe. Mis hombres se levantaron y esperaron a que me uniera a ellos. La temperatura a primera hora de la tarde aún no bajaba. Era como un aliento tibio, agobiante, que no aportaba frescura. Miré a mi alrededor. Mi asistente tenía razón, ese lugar era lúgubre. Abandonado, en medio de la nada y rodeado de ruinas, habría sido perfecto para una escena digna de una gran película de terror.

Rodeé el coche y me puse delante de la ventanilla baja de Jiménez.

—No tardaré mucho. Simplemente no salgas. Soan se quedará frente a la entrada para vigilarte.

Sin mirarme, mi asistente asintió imperceptiblemente. Me puse la chaqueta en su sitio y me volví hacia mis hombres, dirigiéndoles una mirada pesada que indicaba que estaba preparado. Me coloqué las gafas en la nariz y caminé hacia la casa sin mirar atrás.

****

El éxito del criador había superado todas sus expectativas. Su terreno era enorme y estaba lleno de basura y objetos en desuso. Los animales estaban encerrados en jaulas diminutas, desparramadas por todas partes bajo un sol abrasador, sin comida ni agua. Mis hombres, Amir y yo caminamos lentamente, mirando con impotencia esa desoladora escena. En un recodo del camino nos encontramos con un oso sujeto a un árbol con una cadena. El animal, desfigurado, con la piel arrancada en muchas partes, nos amenazaba abriendo su gran boca mientras emitía escalofriantes gruñidos.

—Es una hembra —nos dijo Amir con voz temblorosa—. Sólo quiere proteger a su cachorro.

En efecto, detrás de ella, un asustado cachorro de pocas semanas se acurrucaba contra su madre.

A lo lejos, los ladridos de los perros y otros gritos extraños perturbaban el profundo silencio del lugar. Todo era macabro. El olor a muerte en el aire me hizo desear matar aún más.

—Allí arriba hay un granero —señaló Miguel—. Percy podría estar ahí.

Eché una última mirada al osezno de mirada angustiada antes de dirigirme al granero, seguido por mis hombres.

—¡Las puertas están cerradas!

Sentí que perdía la paciencia. En mi mano tenía un gran candado oxidado que cerraba la entrada de un granero con la pintura desconchada.

—¡Fares, llama a Percy para que se reúna con nosotros aquí! No pienso seguir jugando al escondite.

De pronto, la cautelosa voz de Miguel hizo que mi adrenalina se disparara.

—Jefe, eh... Tenemos un problema.

Con la mano en la culata de mi pistola, me giré bruscamente, dispuesto a desenfundar. ¿Qué demonios estaba haciendo ella aquí? Jiménez, con aspecto demacrado y completamente mortificada, se acercaba a nosotros a la carrera. No pude ocultar más mi furia.

—¡Te he dicho que te quedaras en el coche! —estallé, agitando el arma en el aire con grandes gestos.

Miguel y Amir se alejaron cuando ella se acercó a nosotros. Se subió las gafas. Todo su cuerpo temblaba. Mi asistente se disculpó en un susurro:

—Lo siento, estaba asustada.

—Estabas bajo la supervisión de Soan, no podía pasarte nada.

Hablando de ese tipo, ¿dónde estaba ese hijo de puta?

—No, temía por ti.

Me quedé helado, sorprendido por esta admisión. Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Amir y Miguel intercambiaron una rápida mirada. Me mordí el interior de la boca, tratando de resistir el impulso de agarrar a mi asistente por el pelo y arrastrarla hasta el coche.

—Yeraz, por favor, vamos.

Su suave voz calmó mi pulso, que latía con fuerza en mi pecho. Cuando dio un paso adelante para acercarse a mí, instintivamente retrocedí y le pedí que se quedara en su lugar. Me pasé una mano por el pelo y articulé con calma:

—Date la vuelta, ahora mismo.

Jiménez giró ligeramente la cabeza y me miró fijamente.

—Yo no quería venir aquí, tú me hiciste venir.

Se llevó las dos manos a la frente y me suplicó:

—Salgamos de aquí. Tengo un mal presentimiento sobre esto. No quiero que...

Mi asistente no tuvo tiempo de terminar su frase. A lo lejos, un grupo de pitbulls corría hacia nosotros a toda velocidad ladrando agresivamente. Mis dos secuaces y Amir tomaron sus pistolas, listos para disparar a los perros de pelea.

—No disparen —les grité a los tres hombres, intentando convencerlos de que perdonaran a las bestias.

Estaban completamente aterrados, al igual que Ronney, que saltó a mis brazos, tirando sus gafas al suelo. La levanté como a una muñeca y la apreté contra las puertas del granero, mi cuerpo contra el suyo para protegerla. Rodeó mi cintura con sus piernas mientras sus uñas se clavaban en mi cuello, en lo más profundo de mi carne, hasta hacerme sangrar.

—No me sueltes, Yeraz. Te lo ruego, no me sueltes.

Mi mirada serpenteó hacia la suya, tan desesperada.

—Yeraz, no quiero morir así —rompió a llorar.

En ese momento vi en ella a la niña de cuatro años sin su muñeca Ariel. Ante esa angustia indescriptible me sentí obligado a tranquilizarla.

—Ronney, te prometo que no te pasará nada. Tú estás conmigo. Nada ni nadie te hará daño.

Era tan frágil, tan vulnerable en mis brazos... Sus ojos color avellana me absorbieron sin que

yo lo esperara. En ese momento experimenté una nueva sensación; fue lo más extraño que me haya sucedido. Sin sus gafas, con nuestros rostros a centímetros de distancia, la vi de forma diferente. Mis ojos bajaron a sus labios con una fuerza de atracción insoportable.

El dolor de sus uñas clavándose en mi piel y la conmoción que nos rodeaba pronto me hicieron recapacitar. Giré la cabeza para ver qué pasaba. Los pitbulls estaban a punto de abalanzarse sobre nosotros.

—Fuego en el aire —grité.

Fares respondió con pánico:

—Jefe, tenemos que derribarlos si no queremos que nos hagan comida.

Repliqué con vehemencia:

—¡Te ordenaré que lo hagas si es necesario! Dispara al aire para mantenerlos a una distancia segura.

Los disparos salieron, lo que pareció frenar a los perros. Mis hombres, que seguían delante de nosotros, apuntaron entonces con sus armas delante de ellos. Mi corazón nunca había latido tan rápido. Cerré los párpados con fuerza para soportar el dolor de las garras de Ronney en mi cuello. ¿Cómo podía una mujer con las uñas mordidas clavar sus dedos tan profundamente en mi piel?

—¡Bestias! —rugió una voz en la distancia—. ¡Vengan aquí!

Abrí los ojos y vi a un hombre grande corriendo detrás de los pitbulls. Sospeché que era Jacob Percy. Los perros, a menos de un metro de nosotros, se detuvieron, con las orejas bajas. Estaban esperando a su amo, gruñendo. Percy llegó sin aliento y comenzó a golpear a los animales. Las patadas y los golpes con un palo llovieron sobre ellos.

Tiré de Jiménez, que no parecía convencida de estar fuera de peligro. Agarré sus muñecas con firmeza y la obligué a retirar sus uñas de mi cuello. Al principio se sorprendió, pero rápidamente se preocupó al ver las puntas de los dedos ensangrentadas.

—Yeraz, ¡oh, Dios mío! Mira lo que te hice... ¡oh, no!

—No es nada. No siento nada —mentí.

Me agaché para devolverle las gafas y luego volví a centrarme en el criador, dejando a mi asistente junto a las puertas del establo con Amir a su lado.

—Abajo —ordenó Percy a sus perros, levantando el palo en el aire.

Me acerqué a él y le pedí que se explicara sin demora. El criador extendió los brazos y levantó los hombros.

—Estaba entrenando con los más cachorros. Probablemente no cerré bien la perrera detrás de mí. Fueron los ladridos los que me alertaron.

Su voz era fuerte y muy desagradable. Analicé a este tipo calvo y de aspecto rudo, cuyo aspecto obviamente lo tenía sin cuidado. Tenía una mirada hosca y poco amable. Percy ya no era joven. Todo en él era viejo y feo. Mis ojos bajaron hasta sus zapatos, sucios y gastados. Este tipo ganaba millones al año con la venta de sus perros de raza y las peleas organizadas. Me preguntaba en qué gastaba el dinero. ¿Mujeres? No debía ser diferente de cualquier otro hombre.

Mi mirada se elevó por encima de su hombro. Reconocí la figura de Soan corriendo hacia nosotros desde el fondo del campo. Apreté la mandíbula para intentar contener mi furia y luego miré a Miguel, que se dio cuenta de que tendría que ocuparse de él después de nuestra visita.

—Voy a meter a esas bestias asquerosas en una jaula.

Percy ordenó a la manada que permaneciera sentada antes de sacar un enorme manojo de

llaves. Tras encontrar la que buscaba, se dirigió al granero y abrió las puertas.

Lo que vi dentro me estalló en la cara. Mi rostro debió reflejar mi estado de ánimo, porque el criador se apresuró a justificarse:

—Tenemos que separar a los cachorros de sus madres muy pronto para hacer el entrenamiento.

Dentro de este oscuro lugar había una calma tensa. El olor a excrementos y la sangre era insoportable. Me acerqué a una de las jaulas, donde un cachorro de rottweiler estaba acurrucado y temblando de miedo. A su lado, un cable eléctrico yacía en el suelo.

—Todavía no están destetados y estos pobres ya están siendo torturados —murmuré.

Me agaché para ver mejor al cachorro en su jaula. Con voz quebrada pero autoritaria, exigí más explicaciones. Percy trató de darme algo lo mejor que pudo:

—Cuanto antes comience la formación, más eficaz será. El cachorro debe evitar la socialización.

Me enderecé y me volví hacia el criador con los ojos llenos de rabia. Detrás de mis gafas opacas no notó nada, de ahí que se dirigiera a mí de forma falsamente familiar. Y continuó:

—El animal debe ser agresivo y no mostrar signos de sumisión. Es una lucha de poder diaria entre él y yo.

No escuché el resto de su discurso. Mi mirada se dirigió a un corral en la parte trasera del granero que servía de ring de lucha para el entrenamiento. Un pitbull estaba atado y esperando su momento. Seguí recorriendo la zona con la mirada antes de fijarme en Amir. Su cara estaba visiblemente descompuesta. Mi asistente, pálida y temblorosa, dio un paso atrás con el corazón en la boca. Miguel, Fares y Soan no parecían afectados por nada de esto. Su atención se centraba únicamente en mí, para interpretar la más mínima orden que pudiera darles.

Caminaba lentamente por el granero cuando de pronto me encontré con unas jaulas que contenían algo más que cachorros. Dentro había gatos, conejos e incluso zorros. Agarré la pata de uno de ellos a través de los barrotes. Le habían arrancado las garras y los dientes.

—Utilizamos estas presas para estimular su agresividad —dijo Percy, que me había seguido.

Se limpió la frente sudorosa y sonrió, mostrando unos dientes podridos.

—Las condiciones de vida de estos animales son deplorables —dije con frialdad.

La sonrisa de mi interlocutor se desvaneció. Me esquivó con un gesto.

—Señor Khan, esta práctica es un deporte nacional y ancestral, que aporta mucho dinero. Las sumas apostadas en un solo combate pueden alcanzar miles de dólares.

Percy se detuvo y dudó un momento antes de continuar:

—Conocía bien a su padre. Sentía una gran admiración por él. Era un gran aficionado a estos combates.

Una expresión de satisfacción pasó por su rostro, pero enseguida se ensombreció.

—No soy mi padre, señor Percy. Teníamos un punto de vista diferente sobre esto.

—Sí, eso es lo que me han dicho. Pero las peleas de perros siguen siendo un pasatiempo popular en la mafia. El *Mitaras Almawt* tiene muchos seguidores. Eso no se puede cambiar. No puede cambiar el mundo, señor Khan.

—Y tú no puedes cambiarme a mí.

Me quité las gafas y las limpié por ambos lados. Desconcertado, Percy agitó las pestañas. Había visto mis ojos, sabía que no era bueno para él. Desanimado, bajó la cabeza con un suspiro que sonó como un gemido y luego levantó la cara, con los dientes apretados. Le dirigí una aguda

mirada que lo hizo retroceder. Miguel, Fares y Soan se colocaron detrás de mí.

—Señor Khan, estoy listo para hablar con usted. Al fin y al cabo, para eso está aquí. Sólo estoy haciendo negocios.

—Todos estos animales son torturados. Esos cachorros son golpeados día y noche. ¿Y el oso de afuera? ¿¡Y el oso de afuera!?

Mi interlocutor abrió la boca, pero su voz se le quedó atascada en la garganta. No pudo pronunciar una palabra.

—Mi padre solía llevarme a ver estas peleas. Sé cómo es esto. Los perros luchan contra los osos cuando el público quiere más. Sé que les cosen o grapan las heridas en el acto, sin anestesia. También sé que algunos de nuestros empleados pagan mucho dinero para ver sus pequeños programas de *trunking*, en los que encierran a dos perros en el maletero de un coche con la música a todo volumen mientras conducen por la ciudad. A continuación, se tira al perro muerto a un lado de la carretera y el ganador se va a casa con su amo.

Percy frunció el ceño y replicó:

—Son ustedes, la mafia, los que se han hecho con este lucrativo negocio. Ustedes son los que blanquean dinero sucio y venden mucha droga en estas reuniones. Nino nos apoya. Tenemos su respeto y protección.

En un ataque de rabia, le agarré el cuello con una mano y se lo apreté con terrible fuerza, acercando mi cara a la suya.

—¿Sabes quién soy?

El tipo, al borde de la asfixia, pasó de rojo a azul. Me agarró de la muñeca intentando zafarse de mi agarre. Entre dos respiraciones, consiguió articular con dificultad:

—El futuro líder de los *Mitaras Almawt*. Pero por el momento, debes responder al señor Saleh.

—Yeraz, por favor.

La voz a mis espaldas ahuyentó inmediatamente la oscuridad, sacándome de mis deliciosos planes de venganza. Jiménez me rogaba que liberara al criador. Mi pulso se calmó y mis dedos alrededor del cuello de Percy se aflojaron. Ella pudo ver en ese momento el monstruo que realmente era. Si se quedara hasta el final, renunciaría a mí al final del día. Sabía que no podía soportar más. Sólo tenía que quedarse y ver lo que tenía reservado para ese hombre.

Me giré y miré a Fares, Miguel y Soan, que esperaban entusiasmados mi señal para intervenir. Amir era una sombra de su antiguo ser, a punto de desmayarse. El horror de ese espectáculo, de todos estos animales que nos rodeaban, le hacía girar la cabeza. En cuanto a Jiménez, me miraba fijamente, rogándome que saliera de allí. Era difícil para ella adivinar mis intenciones, pero quería creerlo. Vamos, Yeraz, acaba con este tipo delante de ella. No dormirá durante años. Por fin te librarás de tu asistente. Esto es lo que quería desde hacía quince días. Finalmente tuve la oportunidad de darle una razón para huir de mí. Mi mirada se aferró a la suya. Cerré los párpados en señal de asentimiento y los volví a abrir.

—¡Fares, lleva a mi asistente a mi coche y asegúrate de que se quede allí!

Jiménez intentó contraatacar empujando la mano de mi guardaespaldas.

—Yeraz, espera, ¿qué vas a hacer con él?

—¡Dilo, Ronney! ¿Qué crees que le pasará?

Mi asistente no parecía convencida de mis palabras.

—Entrégalo a la policía. Que las autoridades se ocupen de él.

Asentí lentamente.

—Sí, iba a comprobarlo con Marconie. No te preocupes.

Estaba mintiendo. Mi asistente se aferraba a la esperanza de que dejara que la justicia se encargara del caso. Aceptó seguir a Fares, aunque percibí en ella cierta resistencia. La dejé ir para preservarla, con la clara impresión de que mi decisión sellaría mi destino.

Cuando salió del establo, el criador se dirigió a mí:

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Me crují el cuello y me volví a poner la chaqueta.

—Pensé que vería una pelea.

Percy me miró con incredulidad. No entendió lo que quería decir.

—No una pelea de un perro contra un oso. Ni siquiera una pelea con un zorro. Estaba pensando en un perro contra un hombre.

Soan y Miguel estallaron en carcajadas malvadas detrás de mí. Seguí el progreso del miedo en los ojos atónitos de Percy en ese momento.

—Señor Khan, se lo ruego. Su decisión tendrá un gran impacto en su negocio. No puede hacer esto. Es mucho peor que yo en lo que respecta al crimen… Quema a sus enemigos vivos o los mata con sus propias manos. No es mejor que yo.

Caminé impaciente hacia el corral donde estaba atado el rottweiler. Presintiendo el peligro, comenzó a agitarse en la enorme jaula, con gruñidos amenazantes que fueron aumentando hasta llegar a un crescendo de ladridos agresivos que aumentaron cuando entré en el corral. El rottweiler mostró sus afilados colmillos para convencerme de que no me acercara. Mis rasgos se endurecieron y le miré profundamente a los ojos. Sus orejas bajaron cuando me acerqué a él y finalmente se sentó, subyugado por el miedo. Este perro vio en mí el alcance de mi crueldad.

Mis hombres arrastraron al criador a la fuerza al corral. Desaté al perro, que permaneció sentado y observó todos mis movimientos, y luego me dirigí hacia Percy, que parecía completamente angustiado. Le temblaba la voz:

—No entiendo lo que quiere, señor Khan. ¿Quiere dinero? ¿Cuánto dinero? ¿Mujeres, niñas? También puedo conseguirlo para usted.

Mi boca se torció en una mueca. Ese tipo me daba asco. Le agarré la nuca y lo acerqué a mí:

—¡Quiero que luches, hijo de puta! Si ganas, te dejaré vivir. Yo mismo te coseré las heridas, sin anestesia. Si pierdes, te dejaré morir y antes de que mueras, te arrancaré yo mismo los dientes.

El rottweiler comenzó a ladrar con fuerza de nuevo. La ducha estaba tan fría que el criador dudó de haber escuchado mis palabras. Miguel y Soan salieron del corral detrás de mí y encerraron a Percy. El perro no se movió, demasiado temeroso de su amo, que le había infligido años de tortura.

Caminé por el prado silbando para excitar al animal. Había visto a mi padre hacerlo muchas veces. Con la cuerda en la mano di unos cuantos golpes cortos en la valla. El rottweiler comenzó a reaccionar. La cara de Percy se descompuso. El perro ladraba mientras giraba.

—¡Ataque! —rugí con odio.

Se abalanzó sobre su amo con la boca abierta. El espectáculo comenzaba.

Soan y Miguel estaban sentados en palés de madera, viendo cómo se desarrollaba la pelea ante sus ojos con gritos y risas eufóricas. Me uní a Amir, que observaba la escena con una mirada pesada y aturdida. El joven no deseaba seguir allí, pero estaba cautivo de la situación,

obligado a obedecer mis órdenes. Volvió su pálido rostro hacia mí:

—Señor Khan, ¿qué le voy a decir a mi tío? Este no era el plan.

Mi sonrisa lo congeló en su sitio. Saqué mi teléfono móvil y encendí el modo de vídeo antes de entregárselo y acercar mis labios a su oído:

—Ahora filma toda la pelea y luego envías el vídeo a Nino. Si veo que apartas la vista o cierras los ojos, bajas la cabeza o paras el vídeo, te meto en ese corral con ese cabrón. ¿Lo entiendes?

Amir, blanco como una sábana, tragó con fuerza. Obedeció a regañadientes.

Nos quedamos en el granero durante mucho tiempo, hasta que terminó la pelea. Hasta que Percy fue completamente aplastado y destrozado por el animal.

14

Abigaëlle, sorprendida de encontrarme en la puerta, me miró con desconfianza.

—Señor Khan, es raro verle en casa de su madre un domingo por la mañana.

Me deslicé dentro de la casa y saludé al ama de llaves con un rápido gesto antes de dirigirme a la sala de estar, donde se estaba sirviendo el *brunch*.

Mis hermanas y mi madre chillaron de sorpresa cuando aparecí, mientras Hadriel ponía los ojos en blanco, irritado al verme.

—Qué agradable sorpresa —exclamó mi madre encantada, mientras me invitaba a sentarme a la mesa.

Sus ojos se dirigieron inmediatamente en mi cuello. Su sonrisa se desvaneció.

—Dios mío, cariño, ¿qué te ha pasado?

Me puse entre Aaliyah y Ghita. Jalen, feliz de verme, vino inmediatamente a mi regazo.

—No es nada. Esraa y yo nos divertimos demasiado en su boda.

Camilia parecía no creerme. Afortunadamente, estando delante de todos, no insistió.

—Le estaba diciendo a tus hermanas lo mucho que te he echado de menos.

La naturaleza frágil e impresionante de mi madre absorbía y reflejaba todas las emociones. Mi presencia reavivó algo en ella.

—Estaba preocupada sobre si seguías vivo esta mañana —dijo Cyliane frente a mí, mordiendo un plátano.

Con un gesto de la mano, Camilia barrió las palabras de su hija antes de llenar mi plato hasta los bordes.

—Estaba pensando en celebrar mi fiesta de cumpleaños el jueves por la noche, en el Caraïbe Coco. Me encantaría que estuvieras allí.

Ghita estaba a punto de cumplir veintiséis años. Como cada año en su cumpleaños, me rogó que estuviera allí. Y cada año yo era el único miembro de la familia que no estaba allí.

—Sabes que no puedo prometerte nada. Tengo mucho trabajo con el club y mis viajes de negocios.

—Seguro que sí —gruñó Hadriel lo suficientemente alto como para que yo lo oyera.

Mi madre lo fulminó con la mirada, diciéndole que se callara. Lo último que quería era una escena en su salón un domingo por la mañana. Mi hermana insistió:

—Es que con la salida de mi colección y todo lo que está pasando en mi vida, me gustaría que estuvieras aquí.

Volví la cara hacia Ghita, que miraba su plato con el rostro ensombrecido. Mi hermana estaba pasando por muchas cosas en ese momento, y una reciente ruptura con su novio no estaba ayudando. No solía rogarme, pero esta vez sentí que era importante para ella.

Puse mi brazo en el respaldo de su silla.

—De acuerdo, iré.

De repente, Ghita levantó la cara y me miró a los ojos. Teníamos los mismos ojos. Respondió con una sonrisa cariñosa.

—No puedo quedarme mucho tiempo esta mañana —intervino Cyliane, pasándose una mano por su pelo azul—. Tengo un rodaje al sur de Sheryl Valley. He oído que hay una iglesia abandonada construida sobre un cementerio de tortugas. Joseph y yo trataremos de comunicarnos

con sus espíritus.

Aaliyah suspiró.

—¿Y cómo piensa hacerlo? ¿Hablarás con las tortugas?

Ghita no pudo evitar reírse. Yo también sonreí, a pesar mío. Mi madre no podía soportar ver a su hija en la picota, e inmediatamente acudió al rescate de su hija menor.

—Al burlarte así de tu hermana estás insultando a toda su comunidad, son millones de personas. Sé indulgente y respetuosa.

Hadriel se aclaró la garganta y trató de sonar lo más serio posible.

—Vale, bueno, dinos. ¿Va a conseguir un intérprete de tortugas? ¿Qué idioma hablan?

Aaliyah y Ghita trataron de ocultar sus risas lo mejor que pudieron. Mi hermana prefirió ignorarlas. La miraba para animarla a hablar con nosotros.

—Hay un chamán muy conocido en el mundo paranormal que se comunica con los animales. Él estará allí para guiarnos y establecer la comunicación.

—Estoy seguro de que lo pasarán muy bien —dije con seriedad.

Mi hermana menor era diferente a las otras dos, y seguía siendo un misterio para esta familia. Más extrovertida, independiente y aventurera. De niña intentaba convencer a mi padre para que la llevara con él en sus viajes. Afortunadamente él siempre se negó, pues su atención estaba centrada sólo en mí, lo que hizo que mi hermana se sintiera celosa de mí desde una edad temprana. No tenía idea de lo que se había salvado. Nadie, excepto mi madre, tenía idea de lo que yo había sufrido toda mi vida con ese hombre.

Mientras la discusión giraba en torno a las extrañas actividades de mi hermana Cyliane, mis ojos huyeron por la ventana hacia el claro cielo de la mañana. Mi mente regresó al día de ayer. Después de dejar el cuerpo sin vida de Percy en el corral, le había pedido a Soan que llevara a mi asistente al restaurante de sus padres. Luego me fui a casa, y recordé haber estado de pie en mi terraza durante mucho tiempo, viendo cómo las puntas rojas y anaranjadas de los rayos del sol se desvanecían en el cielo, sin paz en mi corazón.

¿Habría conseguido Jiménez dormir un poco después de esa historia? ¿Sabía ella lo que había pasado dentro del granero? ¿Se lo habría contado a sus padres, incapaz de guardarlo todo para sí misma?

—¿Estarás allí, Yeraz?

La voz de mi madre llegó a mí con un gran retraso. Volví a conectar con el momento presente, pero en un estado de ánimo oscuro y nebuloso, y luego giré la cabeza hacia ella. La preocupación se apoderó de su rostro. No había forma de ocultar nada de ella. Tenía que colarme en la conversación o mi mente empezaría a hacer un bucle.

—¿Decías?

—La gala de Acción de Gracias. ¿Estarás allí? Ese evento es importante para la imagen de nuestra familia.

Camilia buscaba una confirmación. Odiaba esas fiestas de sociedad en las que tenía que ponerme en el lugar de otra persona.

—No lo sé, mamá. Falta mucho.

—¿Qué piensas hacer ese día? —me preguntó Hadriel con reproche.

No sé. Apreté los dientes y dejé pasar la inútil pregunta.

Intervino Aaliyah:

—Tal vez finalmente consiga una cita ese día.

Ghita y Cyliane se rieron. Suspiré profundamente, exasperado.

—Si eso fuera cierto… —dijo mi madre con voz pensativa y distante.

Añadió Ghita:

—Nadie puede alimentar su corazón autoritario.

Agarré a mi hermana suavemente por el cuello y la acerqué a mí. Era un juego, no tenía intención de hacerle daño, ella lo sabía. Se echó a reír mientras intentaba apartarse. Jalen saltó sobre mí para ayudar a su madre. Para calmar este jaleo, Camilia me dio una palmada.

—Me gustaría hablar contigo sobre el próximo desfile de la Semana de la Moda, que tendrá lugar en París.

Al no estar involucrado en ese acontecimiento, aproveché para abandonar la mesa. Mi madre trató inmediatamente de detenerme:

—¿Ya nos dejas? Es domingo, es día de descanso.

Me levanté con Jalen en brazos.

—No conozco esa palabra, pero suena bien. Estaré en el cumpleaños de Ghita, lo prometo.

Camilia se limitó a negar con la cabeza, decepcionada. No respondí a los comentarios de mis hermanas, que me persiguieron hasta el pasillo.

****

Mi madre me atrapó antes de que abriera la puerta.

—Yeraz, he leído el informe de tu asistente esta semana. ¿Cuánto han invertido tú y tu personal en esas empresas imaginarias?

Me giré hacia ella y me metí las manos en los bolsillos.

—Mi asistente mete la nariz donde no debe.

Camilia, en un movimiento instintivo, echó la cabeza hacia atrás y se encogió de hombros.

—Pero lo empeoras invadiendo su espacio los fines de semana.

Levanté una ceja. ¿Cómo lo sabía?

—Peter me lo contó todo.

Aparté la mirada y suspiré, ansioso por salir de allí.

—¿Y puedes explicar esas transferencias multimillonarias a las criptomonedas?

—Existen técnicas modernas para invertir y proteger tu dinero. No es nada ilegal.

—O podrías arruinar a mucha gente y hundir algunos de nuestros negocios. ¿Eres consciente de ello?

—No soy lo suficientemente bueno para preocuparme por los que pierden. Si me disculpas, tengo que irme.

Dejé a mi madre a toda prisa para tomar el camino hacia el establecimiento donde trabajaban Jiménez y sus padres.

****

Dentro de la sala había un ambiente festivo. Estaba muy lleno, todas las mesas estaban ocupadas por clientes. La decoración de vivos colores me sorprendió. Este restaurante era diferente en todos los sentidos a los establecimientos a los que estaba acostumbrado. La gente se

reía y hablaba en voz alta en español.

—¡Giovanni! —me llamó una voz femenina.

Reconocí a la joven pecosa que había conocido la semana anterior en la cena familiar. Se acercó a mí y prácticamente me arrastró hacia el mostrador.

—Ronney no nos dijo que vendrías hoy. Está atrás, en la cocina, ayudando a su padre.

Había dejado de lado mi máscara severa de hombre poderoso capaz de ordenar el asesinato de mis semejantes por otra máscara más simpática: la de yerno ideal y amante transitorio.

—A decir verdad, una vez más, esto no estaba previsto. Estuve de viaje de negocios la mayor parte de la semana y no pude pasar nada de tiempo con Ronney.

Observé atentamente a Hailey en busca de alguna pista de que Jiménez había hablado de mí y de mi verdadera identidad.

Los ojos de Hailey se abrieron de par en par, conmovida y sorprendida por el amor que sentía por su prima. Respondí a esa mirada con una sonrisa falsa. Estaba claro que para ella seguía siendo Giovanni Cucitore.

—Me alegro mucho de verte aquí —exclamó una voz desde atrás.

La madre de Ronney no tardó en advertirnos entre la multitud. Parecía encantada de verme.

—Valentina, para mí también es un placer.

Parpadeó y me tocó el brazo.

—Permítanme presentarles al señor y la señora López. Están entre nuestros mejores clientes. Y Hugo García, nuestro banquero.

Estaba encantada con la idea de presentarme a la mitad de los clientes y no me dio tiempo a negarme. La seguí, disimulando lo mejor posible mi falta de entusiasmo. Al final, no sabía si había hecho bien en venir.

Tras varios intentos, conseguí zafarme de las garras de Valentina. Me escabullí silenciosamente detrás del mostrador donde se preparaba una hilera de cócteles, y luego empujé las puertas batientes que daban a la cocina, buscando a Ronney. El ruido de los platos y las máquinas llenaba el lugar. Me desvié hacia la izquierda antes de detenerme bruscamente. Fragmentos de vidrio cubrían el suelo. Fue entonces que oí dos voces que empezaban a resultarme familiares.

—¿Cuánto tienes, Ronney? ¡Tienes 10 centímetros de vidrio en tus gafas y no puedes sostener bien una bandeja!

—¿Diez? Eres muy amable, Olivia.

Al acercarme a la esquina, vi a mi asistente arrodillada en el suelo, recogiendo trozos de cristal. Con la cabeza baja, intentaba defenderse.

—Si no me hubieras empujado, Gabriella, las gafas estarían intactas.

—Pequeña bastarda, ¿me estás acusando? ¡Cállate y date prisa en arreglar tu mierda!

El tono de enojo de Gabriella estaba lleno de profundo desprecio por su prima. Las dos se colocaron de pie junto a ella, obviamente muy amenazantes. Podría haberme aliado con estas dos arpías y añadir una capa para humillar aún más a mi asistente, pero una fuerza invisible en mi interior me obligó a intervenir.

Cuando aparecí, los labios de las dos jóvenes palidecieron. Olivia, con la cara ahogada bajo una capa de maquillaje, parecía repentinamente lívida.

—¿Las estoy molestando, señoras?

Gabriella asintió. Jiménez, todavía en el suelo, refunfuñó algo entre dientes. Imaginé que no se alegraba de verme.

—Estábamos recogiendo esto —señaló Olivia, haciendo grandes círculos con la mano.

—¿Estábamos? —repetí.

Levanté una ceja. Un brillante rubor apareció en las mejillas de Gabriella. Ella percibió que no podía engañarme. Entrecerró los ojos y abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Sin quitarles los ojos de encima, me volví hacia Jiménez.

—Ronney, levántate. Tu madre te necesita para repartir los cócteles.

Las mejillas de Olivia se hincharon de rabia.

—Irá al salón cuando termine de recoger lo que ha derramado.

No pude evitar sonreír ante su insolencia.

—Date prisa, te está esperando —insistí con voz tranquila pero firme.

Jiménez sacudió la cabeza, preocupada. Aunque sus primas la acosaban, temía por ellas. Me agaché para recoger un trozo de cristal que estaba a mis pies y empecé a jugar con él, pasándolo por mis dedos. Mi asistente entendió mi advertencia silenciosa y decidió dejar a las dos jóvenes a solas conmigo para no agravar la situación.

Mientras la miraba salir de la cocina, podía oír susurros de pánico que iban en aumento a mis espaldas.

—¿Qué demonios está haciendo? ¿Por qué tengo la sensación de que está huyendo? —le preguntó Olivia a Gabriella en voz baja.

—Ese tipo me recuerda a un jefe de la mafia.

El comentario me hizo sonreír. Me volví hacia ellas, eliminando cualquier atisbo de humanidad de mis ojos. Olivia y Gabriella parecían ahogarse con el aire que respiraban. Por cada paso que daba hacia adelante, ellas daban dos hacia atrás.

—Íbamos a ayudarla —tartamudeó la joven maquillada.

—Pero no lo dudé.

De pie muy cerca de ella, pasé el brazo por encima de su hombro para tomar la escoba, que estaba apoyada detrás de ella. Olivia se sonrojó. Intimidada por toda mi persona, dejó de respirar. La miré a los ojos, oscuros y temerosos, y luego con extremo desdén le dije:

—No te preocupes, los padrinos rara vez matan a mujeres.

Mis palabras la llenaron de temor. Las dos jóvenes se quedaron congeladas en su sitio y no pudieron pronunciar ni una sola palabra. Di un paso atrás y puse la escoba en manos de Olivia. Mi cara se suavizó y me reí en una forma neutra.

—Estaba bromeando, por supuesto.

Gabriella forzó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Sí, lo sabíamos.

Le dio un empujón a su prima para que reaccionara. Olivia asintió, lívida, e inmediatamente se puso a barrer el suelo.

—Giovanni, ¿puedes venir un momento?

Ronney había vuelto para asegurarse de que sus primas seguían vivas. La interrogué con la mirada. Inmediatamente buscó una excusa.

—Es hora de mi descanso, podríamos sentarnos en el patio del fondo del restaurante con los demás.

****

En el exterior, el cielo estaba nublado y una ligera brisa hacía volar el pelo desordenado de mi asistente. En cuanto llegamos al patio, Jiménez se me echó encima:

—¿Qué demonios les has dicho?

Al principio puse cara de sorpresa y luego fingí estar indignado por la pregunta.

—Sólo les di la escoba, eso es todo.

Ronney se subió las gafas y puso los brazos en jarras, con el seño fruncido. ¿Cómo podía pensar que podría asustarme desde su metro y medio de altura?

—Estaban completamente aterradas, Yeraz. Mierda, todo esto me va a caer encima otra vez.

Se detuvo un momento y me miró directamente a los ojos antes de preguntar con pánico:

—¡Espero que no les hayas mostrado tu arma!

Suspiré al encontrar completamente absurda esa suposición, y luego ladeé la cabeza.

—No, les mostré algo más.

Mis ojos bajaron a mi entrepierna antes de volver a ella. Ronney se mordió los labios con fuerza, pero no fue suficiente para evitar que estallara en carcajadas. El sonido se precipitó a través de mí hasta que me oprimió el pecho. Por primera vez se reía conmigo y yo quería volver a oír esa risa.

—Amantes, ¿vienen? —gritó Aïden, que nos esperaba con los demás alrededor de unas cajas de cartón dispuestas como improvisada mesa.

La música latina salía de un radio colocado en el suelo y sonaba a todo volumen a nuestro alrededor. El patio no era muy grande. Había ropa secándose por todas partes, reduciendo aún más el espacio.

Los ojos de Caleb me recorrieron antes de estrecharse. Mi presencia parecía molestarle, pero era él quien había abandonado a Jiménez. ¿Se arrepentía de su decisión? Todo me llevaba a pensar que sí. Louis también estaba allí con Hailey. Sirvió a Ronney un vaso de Guaro y a mí una taza de café. Reprimí una mueca. Hubiera preferido beber algo más fuerte, como un buen vodka, pero la personalidad alcohólica que me había construido me lo impedía.

—¿Dónde está Carolina? —le pregunté a Caleb, sólo para recordarle quién era su novia.

—Está en camino —respondió Hailey por él. Está terminando de doblar los manteles limpios con Melissa.

—Los domingos siempre son muy atareados. Por eso estamos todos aquí, para ayudar un poco.

Louis hizo una breve pausa al notar las marcas en mi cuello y luego exclamó:

—Oh, vaya. Hombre, ¿qué te ha pasado?

Esas marcas eran definitivamente más evidentes de lo que pensaba, Jiménez no me había mentido. Giré la cabeza en su dirección. Inquieta, se llevó la copa a los labios para evitar responder a la pregunta.

Me aclaré la garganta e intenté parecer avergonzado.

—Fue Ronney. Nuestro último abrazo fue un poco salvaje.

Mi asistente tuvo que contenerse para no escupir su cóctel. Acababa de tragar mal y estaba tosiendo, casi asfixiada.

Todos rieron, excepto Caleb, que se llevó la peor parte del golpe, con el ánimo destrozado. Si alguien me hubiera dicho que iba a disfrutar tanto con este jueguecito... Sólo la prominente vena que salía de su cuello delataba sus emociones.

—Ronney, ¿así que Giovanni te hace subir la cortina?

Jiménez, con la tez colorada, no respondió. Me miró mal. Respondí con un guiño.

—Giovanni, lo sentimos. Nos hubiera gustado presentarte a Elio, el hermano de Ronney, pero hoy no está en buena forma.

El ambiente desenfadado acababa de desaparecer. Fruncí el ceño, preocupado. Un velo de tristeza apareció en los ojos de Jiménez. Dijo en voz baja:

—Su estado se ha deteriorado un poco. Sólo necesita descansar.

La forma en que trató de convencerse a sí misma fue conmovedora. Parecía preocuparse mucho por él.

—¿Estará bien? —pregunté con voz sincera.

Sacudió la cabeza y se obligó a sonreír. En ese momento ya no pude ver sus aparatos, sólo sus labios, que contenían los temblores. El agotamiento de la larga lucha era evidente en toda su persona.

—Mi hermano es un hombre de acción. No es de los que se dejan llevar. Pronto mejorará.

En el fondo de sus ojos acababa de aparecer un rayo de esperanza. Caleb aprovechó ese momento de debilidad para intervenir:

—Ronney, ¿quieres ir a dar un paseo por el aparcamiento? Puede que te haga olvidar las cosas.

Jiménez levantó la cabeza y se subió las gafas. Se moría por decirle "sí". De pronto sentí que todos mis músculos abdominales se contraían. Apreté los labios. Me volví hacia el pequeño bastardo, mirándolo con desprecio, y le contesté, tan silenciosamente como pude:

—Creo que sería mejor que te ocuparas de Carolina. Yo me encargaré de Ronney, ¿de acuerdo?

Mi comentario pareció aguijonear intensamente su orgullo. Nos enfrentamos con la mirada. Caleb debió percibir algún peligro en la mía, porque rápidamente desvió la suya. Jiménez apretó la mandíbula y me miró con ojos grandes. Parecía gritarme: “¿Qué haces, Yeraz?”. Yo mismo no lo sabía. Este hijo de puta me estaba poniendo de los nervios. Estar enfadado era mi estado natural, y estar enfadado con el mundo. Impulsivo, no tenía más que odio en mi corazón y cualquier cosa podía hacerme perder el control. La sensación que sentí en ese momento fue diferente a todo lo demás. No la conocía. Era nueva y no era buena. No me gustaba la forma en que Caleb miraba a mi asistente, ni el control que tenía sobre ella.

Los demás nos miraron incómodos. Aïden se levantó aplaudiendo y se ofreció a traernos más bebidas. Valentina, Carolina y los demás llegaron en ese momento. Era la hora de su descanso.

—¿Está todo bien? —preguntó dubitativamente Melissa, sintiendo el frío glacial en la mesa.

—Sí —se apresuró a responder Louis, temiendo que explicara la situación a los demás y especialmente a Carolina.

Valentina miró a su hija con desprecio antes de sentarse a nuestro lado.

—Giovanni tiene la copa vacía, podrías haberle servido de nuevo.

Luego se inclinó hacia ella y le susurró, molesta:

—¿Qué te pasa ahora? No pareces feliz. Por el amor de Dios, haz un esfuerzo. ¿También quieres que te deje por otra persona?

Valentina rápidamente volvió a sonreír para no mostrar lo irritada que estaba por el comportamiento de su hija. Ronney tomó en silencio mi taza y me sirvió otra. La miré fijamente, buscando en sus ojos para asegurarme de que estaba bien, pero giró la cabeza para que no pudiera leer su mente. Su actitud me desconcertó.

—¿Tienes una familia numerosa? —preguntó de repente Valentina.

Olivia fue la última en sentarse con nosotros. Su expresión cambió al volver la cara hacia mí. Durante unos instantes se quedó como petrificada.

—Sí —dije. Hay muchas mujeres en mi familia y todas tienen bastante carácter.

—¡Ronney, debe cambiarte!

Carolina, satisfecha con su comentario, emitió una mueca de desprecio. Parecía estar a punto de añadir algo, pero cambió de opinión cuando se encontró con mis ojos. Melissa decidió hacer la pregunta que estaba en boca de todos:

—Cuéntanos Giovanni, tenemos curiosidad por saber qué fue lo primero que te atrajo de Ronney.

Si quería ser creíble, tenía que evitar hablar de su aspecto. Así que elegí la franqueza.

—Su voz. Me gustó su voz el día que la conocí.

Ronney se obligó a sonreír. Para ella, mis palabras eran una mentira más para su familia.

—¿Y tú, Ronney?

Perturbada por la pregunta de su primo, tartamudeó:

—Dios mío, hay tantas cosas... Ehh... Su alegría de vivir. Giovanni es un hombre tan sonriente y fácil de llevar.

El tono irónico del final de su frase me hizo apretar los dientes. *Joder, Ronney, sigue así y te sacaré de aquí antes de que te des cuenta.* Esta revelación pareció convencer a su familia, especialmente a Valentina. Me abracé al hombro de Ronney y acerqué mis labios a su oído:

—Mañana voy a estar encima de ti. Prepárate para largas veladas en mi compañía. Sentirás las horas extras.

Le di un suave beso en la mejilla y se estremeció. Caleb debe haber estado al borde de un ataque al corazón, y eso era exactamente lo que quería. Ya no era suya, podía hacer con ella lo que quisiera. Dejé el brazo así, convenciéndome de que era sólo para vengarme de su comentario mordaz. Fue entonces que los flashes del día anterior volvieron a mi mente. Ronney se apretaba contra las puertas del granero, con sus piernas alrededor de mi cintura. Sus ojos me penetraban hasta la médula. Y ese miedo, ese miedo a que le pase algo...

—¿Giovanni?

Sacudí la cabeza para despejarme antes de dirigirme a Hailey.

—Lo siento, no he oído la pregunta.

—Sí, me he dado cuenta. Parecías hipnotizado por algo más.

Se refería a Ronney. Acallé una réplica que surgía en mí.

—Tienes treinta años, ¿quieres tener hijos? Quizá no de inmediato, pero sí más adelante.

La pregunta me inquietó. Me froté la nuca y me aclaré la garganta. Todos se inclinaron hacia Jiménez y hacia mí, obviamente muy interesados en la respuesta.

—Bueno, soy un hombre de negocios muy ocupado. No hay espacio para un niño en mi vida. Sí, seguramente, si hubiera elegido otro camino que este.

Valentina negó con la cabeza, decepcionada, y luego añadió:

—Como Ronney. Tampoco le gustan los niños.

—¡Mamá, eso no es cierto! Me encantan los niños, sólo que si tuviera uno tendría que...

Jiménez se detuvo bruscamente, temiendo decir algo estúpido.

—Sheryl Valley no es un lugar para criar niños —continuó, bajando la voz al final de la frase.

Melissa estuvo de acuerdo con su primo y añadió:

—Esta ciudad no es segura. Tenemos el mayor índice de criminalidad del país, sino del mundo. La mafia es un dolor de cabeza.

—Tienes razón —añadió Louis—. Los asesinatos de esas organizaciones criminales se cometen a plena luz del día, a la vista de todos. Nunca reciben castigo.

—Que ardan en el infierno —le espetó Aïdan.

Mientras la familia de Ronney descargaba su ira contra esa mano invisible que estrangulaba a los habitantes de la ciudad, Gabriella me miraba con recelo. No podía afirmar nada y menos aún hacer acusaciones graves e infundadas sobre mi persona. Todo el mundo habría caído sobre ella. También podía contar con un gran aliado: Ronney. De hecho, mi asistente no podía correr el riesgo de que se supiera que colaboraba con el enemigo. Su familia, que ya era poco comprensiva con ella, nunca le perdonaría esa traición.

Le dediqué a Gabriella una discreta sonrisa maligna y todo su cuerpo se estremeció. La joven se levantó apresuradamente.

—Voy a ver si Miguel necesita ayuda.

Sorprendida por la actitud de su sobrina, la madre de Ronney la miró un momento y luego asintió, siguiéndola con la mirada.

—Me pregunto qué le pasa —murmuró Valentina.

****

La tarde estaba ya muy avanzada. El tiempo había pasado más rápido de lo que esperaba. Ronney iba y venía entre el restaurante y el patio, donde sus primos y yo hablábamos de política, viajes y acontecimientos.

El local se iba vaciando poco a poco y ahora había que prepararlo para el servicio nocturno. Valentina y su marido dejaron que su hija descansara durante unas horas.

—Deberías irte a casa —susurró mi asistente mientras limpiaba los vasos y tazas de papel de nuestra mesa improvisada.

—¿Y tú? ¿Te vas a quedar aquí?

—No, me voy a casa con Bergamote y Alistair, mis dos compañeros de piso.

Caleb aprovechó la ausencia de su novia para dirigirse a mi asistente:

—Puedo llevarte a casa si quieres. Yo también tengo que ir por ahí.

Por supuesto que sí. Pero ¿ese tipo no se rendía nunca? Me levanté y lo miré de reojo, luego me dirigí a Jiménez con voz áspera:

—¡Vamos!

Durante un segundo cerró los ojos, como si estuviera rezando. Sabía que me seguiría sin hacer un escándalo. A diferencia de mí, Ronney tenía miedo al escándalo. No se dio cuenta de que le estaba haciendo un favor al impedirle acercarse a su ex, a quien consideraba un cobarde.

—De acuerdo —gruñó, suspirando con fastidio—. Voy por mi bolsa.

15

El ceño de Ronney se fue oscureciendo a medida que nos alejábamos del restaurante de sus padres.

—Espero que realmente quieras llevarme a casa. No tengo fuerzas para otra de tus aventuras.

El sol comenzaba a descender sobre las colinas, provocando brillantes reflejos en la carretera.

—Tenía que asegurarme de que no le habías contado a nadie lo de ayer.

Con los ojos fijos en la carretera, respondió en voz baja:

—Nadie me habría creído. Apenas yo puedo creer el horror que vi en ese lugar.

Ronney dejó caer la cabeza entre las manos y luego levantó la cara, con la mirada rota.

—¿Lo mataste?

Sabía que estaba hablando de Percy.

—Indirectamente, sí.

No había música en el coche. Sólo el sonido del motor y el roce de los neumáticos en la carretera perturbaron el silencio entre nosotros hasta que llegamos frente al edificio de Jiménez.

Con el coche aparcado y con una ansiedad que hacía que los segundos parecieran una pesadilla, mi asistente esperó a que desbloqueara su puerta.

—Después de todo lo que viste ayer, ¿no quieres dejar este trabajo?

Mis ojos ardientes sobre ella la hicieron pensar profundamente.

—Como he dicho, me lo estoy pensando. Tengo otra oferta de trabajo esperándome que me mantendría alejado de ti y de todo eso.

Había una energía violenta en mí oculta bajo esa capa aparentemente tranquila.

—Sin embargo, ayer en casa de Percy temiste por mí. Por eso saliste del coche.

Jiménez, perdida, miró a su alrededor antes de volver hacia mí.

—No me sirves de nada muerto, Yeraz.

Una sonrisa apareció en mi boca aún tensa. Jiménez se subió las gafas.

—Incluso muerto seguiré persiguiéndote, Ronney. Caleb, en cambio, estaría feliz, tendría vía libre.

Parpadeó, desconcertada por mis últimas palabras, antes de bajar la cabeza.

—Caleb está ahora con Carolina. Es feliz.

—Pero tú eres infeliz, porque todavía lo amas.

¿Por qué quería equivocarme? No contestó porque era verdad. Hice un violento esfuerzo para no arrojarle todo mi desprecio a la cara.

—Sé que lo odias, y toda mi familia también —respondió con hosquedad, aún sin mirarme.

Suspiré y puse una mano en el volante.

—Esa no es mi idea de una familia unida. No son buenos para ti.

—No te apresures a condenarlos. Cada uno tiene sus cualidades.

La propia Ronney trataba de convencerse de sus palabras. Pulsé el botón en la puerta del coche para liberarla. Recogió sus cosas y abrió la puerta antes de volverse hacia mí. Tras una pequeña vacilación, sus dedos helados se posaron en el hueco de mi cuello. Una dolorosa descarga eléctrica recorrió mi cuerpo. Mi mente se nubló y mi pulso se aceleró. La sensación me desestabilizó hasta el punto de la parálisis. Me sumergí en lo más profundo de sus ojos, en su corazón, donde guardaba sus secretos. Nunca había sentido una dulzura tan pura en mi vida.

—Siento haberte hecho tanto daño. Gracias por protegerme.

Su sonrisa despertó algo en lo más profundo de mi alma en ese momento. Fue poderoso. Como siempre, lo había dicho sin cambiar su actitud, siempre sencilla y sincera. Sí, sobre todo sincera. Salió del Bentley y se dirigió al edificio sin mirar atrás.

****

En mi puerta encontré a Hamza. Me estaba esperando. Mi humor gris decayó inmediatamente y volví a la Tierra, a mi realidad. Soan y Miguel se pusieron delante de la entrada para bloquear a mi visita.

—Esos hombres te seguirán hasta el infierno —dijo Hamza, refiriéndose a mis guardaespaldas.

—Más les vale.

Le invité a entrar con fría cortesía. Hamza inspiró profundamente y miró a su alrededor antes de atravesar la puerta.

Me hundí en la silla detrás del escritorio frente a un regente visiblemente enfadado. Sabía por qué había venido. El vídeo de Percy siendo mutilado por su perro había conmocionado a mucha gente.

Hamza apoyó las manos en el escritorio y se inclinó:

—Te pedí que hicieras un trato con ese criador. ¿Qué demonios has hecho, Yeraz?

Bajo su tono paciente, pude notar que su mente estaba tensa. Respondí con una lentitud reflexiva:

—Percy era un hombre que se creía poderoso, por encima de todas las reglas. No habría respetado ningún acuerdo. El mundo está mejor sin él.

Hamza se agarró la cabeza con ambas manos, como si quisiera evitar que le estallara.

—Ese hombre era el enlace con todas las demás organizaciones y con nosotros. Acabas de meter a todo *Mitaras Almawt* en una guerra que no quería. Nino y sus hombres están furiosos.

Perdida mi paciencia, golpeé el borde del escritorio con la mano y señalé con el dedo a Hamza. Un tinte de profundo odio se extendió por mi rostro.

—No estamos a disposición de ese bastardo. Si quiero, voy y le meto una bala en la cabeza ahora mismo y nadie se mueve. Nadie se mueve delante de mí.

Mi mirada le prohibió responder. Mis palabras estaban teñidas de rabia:

—Voy adonde me digas que vaya. Gestiono los asuntos de nuestros inversores, moviendo miles de millones de dólares cada año.

—Yo intento asegurarme de que el traspaso vaya perfectamente, y tú sólo quieres vengar la muerte de tu padre sin tener en cuenta los negocios. No puedo aceptar este arrebato de violencia en el que te sumerges. Me veo obligado a sacarte de Sheryl Valley para la próxima reunión con La Rosa Negra.

Se me escapó una risa malvada. No me importaba en absoluto ese ridículo castigo. Permanecí en silencio un momento antes de preguntar con voz hueca:

—¿Y a dónde me enviarás?

—Al Jasser estará en Los Cabos dentro de quince días. Es un socio comercial de varios

cientos de miles de millones de dólares con sus empresas petroleras. Es uno de los mayores productores de petróleo del mundo, capaz de perturbar seriamente nuestra economía si no está de nuestro lado. El hombre es impredecible, como tú.

Los Cabos era una isla frente a la costa de México, en el sur de California. En ese caserío había un gran número de narcotraficantes y también de asesinos. Un escondite perfecto para la mafia y hombres como Al Jasser. Asentí con la cabeza. No tenía muchas ganas de hacer ese viaje de negocios. Hamza se dirigió a la puerta. Antes de abrirla se volvió hacia mí con las cejas fruncidas.

—Dime, Yeraz, ¿dónde has estado hoy?

Él sabía la respuesta, sólo que quería escucharla de mí.

—Con mi asistente.

Hamza asintió lentamente y me miró con atención.

—Estás pasando mucho tiempo con esa joven mientras tienes otras prioridades.

—Nunca hago las cosas al azar, y lo sabes.

—También sé que tu comportamiento puede poner a esa persona en peligro. Tus acciones tienen consecuencias. La señorita Jiménez no es ni tu familia ni tu esposa, así que no está protegida por los códigos de la mafia. Un accidente puede ocurrir en cualquier momento.

Con eso, me saludó y salió de la habitación. Sentí cada una de sus palabras como un doloroso impacto en mi cráneo.

****

Durante toda la noche las palabras de mi visitante resonaron en mi cabeza. Las preguntas se acumulaban: ¿Debo distanciarme de Ronney? ¿Debería dejar este estúpido juego que no iba a ninguna parte? Durante los últimos días me había hecho sentir cosas que creía que habían desaparecido hacía tanto tiempo… Durante esos fines de semana con ella, una cautelosa alegría, equilibrio e incluso emoción habían surgido de lo más profundo de mi ser. Mi otro yo se sentía muy bien en su compañía, pero Yeraz Khan no necesitaba a nadie.

En el baño me desabroché la camisa y el pantalón. Completamente desnudo, me metí en la ducha. Con los ojos cerrados, disfruté del agua caliente en mi piel.

Ese momento de paz no duró mucho. Pensamientos incesantes comenzaron a asediar mi mente, hasta el punto de revivir los acontecimientos del día anterior. Las piezas de un rompecabezas se unían para formar la imagen del rostro de Ronney. Aunque era imperfecto, su mirada desarmante y su brillante sonrisa invadieron mi cerebro. Contra las puertas del granero, sus piernas rodeaban mis caderas. Estábamos cerca, demasiado cerca. Abrí bruscamente los párpados, furioso por sentir esa oleada de deseo. Mis ojos se dirigieron a mi polla hinchada, a punto de explotar. La tomé con la mano y empecé a masturbarme, pensando todo lo que podía en las putas que me había cogido en las últimas semanas, las muchas orgías de las que había sido espectador, todo lo que se me ocurría para no pensar en ella, pero no funcionaba. El cuerpo de Ronney me atraía como un imán. Era una ruta tortuosa a todas las otras escenas. Finalmente, me resigné. Me pasé la mano por la polla.

—¡Joder! —gruñí.

Con su cuerpo apretado contra las puertas del granero, deslicé una mano bajo su camisa. Las yemas de mis dedos rozaron su excitado pecho hinchado. Amasé su pezón entre el pulgar y el índice. Me apreté contra ella, entre sus muslos, con movimientos cada vez más pronunciados, más rápidos. Jiménez suspiró, gimió suavemente. Entonces mi mano llegó al borde de sus pantalones. Desafié a los botones para introducir mi mano. A través de sus bragas, mi pulgar dibujó pequeños círculos en su clítoris. Ronney susurraba mi nombre. Imaginé su cuerpo, la suavidad de su piel. Me imaginé desnudándola y luego deslizando todo mi sexo en su cálida boca, cada vez más profundo.

Después de los calientes preliminares, casi podía sentir mi sexo en la entrada de su muy húmeda intimidad. Todavía de cara a mí, me rogó con los ojos que continuara.

No tardé en correrme. Se me entrecortó la respiración y pegué la cabeza contra la pared de la ducha.

—¡No, no, no! —solté enfadado.

Ahora que había terminado, estaba enfadado conmigo mismo por haberme entregado a ese placer solitario mientras pensaba en mi asistente. Ella no pertenecía a mi cabeza. Podía tener a cualquier mujer que quisiera, así que no había forma de que esto se repitiera. Ronney era la única mujer a la que estaba seguro de que nunca tocaría, y esa certeza no debía ser cuestionada en manera alguna.

16

Habían pasado tres días. De pie en la sala de estar con la bebida en la mano, escuché con un oído el noticiero, donde seguían hablando de la tormenta Luna, que supuestamente pasaría por encima de Sheryl Valley en unas semanas. Observé cómo Jiménez se sentaba en la silla, ahogada en archivos de contabilidad, luchando por sujetar las gafas que se deslizaban por su nariz. Las ojeras moradas mostraban lo cansada que estaba. Como había prometido, no había escatimado en su horario de trabajo. Allí estaba, nunca lejos de mí.

—Son las dos de la tarde, ¿has comido algo?

Mi pregunta pareció irritarla. Sin levantar la vista de su trabajo, respondió entre dientes:

—Gracias por preocuparte por mí. Tengo demasiado trabajo para pensar en alimentarme.

—Tienes ayudantes, así que delega.

Jiménez me miró fijamente.

—Timothy y Ashley están desbordados de trabajo, al igual que yo. Tenemos un montón de archivos que gestionar y ni siquiera estamos seguros de poder hacerlo. Tenemos un montón de asuntos y citas.

—No es mi problema si no puedes gestionar tu tiempo. Tal vez deberías venir aún más temprano en la mañana.

Su expresión me hizo tragar mi sarcasmo. Sus ojos se entrecerraron y apretó los labios para evitar decir cosas de las que se arrepentiría inmediatamente. Tomé un sorbo de mi bebida y seguí mirándola. Ronney se encogió de hombros y respiró profundamente.

—He visto en el programa del viernes que no me necesitarás. Vas a ir a Seattle con el señor Saleh todo el día.

Incliné la cabeza. ¿Por qué tenía la sensación de que Jiménez iba a pedirme un favor? Porque el viernes era el día en que íbamos a intentar convencer al juez de que abandonara el caso en el que el nombre de Esraa y los demás estaban implicados en varios asesinatos. Invité a mi asistente a continuar. Se levantó y se llevó una mano al corazón.

—Tengo algunas citas importantes que hacer ese día. ¿Sería posible tener el día libre?

Estuve a punto de responder a mi asistente con voz cortante y brusca, pero otra persona lo hizo por mí.

—Por supuesto que sí. Es lo menos que se puede hacer al ver la cantidad de horas que pasas con mi hijo trabajando como una esclava.

Camilia acababa de llegar inesperadamente. Eligió mal el momento para imponerme una visita. Me giré hacia la entrada de la sala de estar sin ocultar mi descontento.

—Hola, mamá. ¿Qué te trae por aquí, en pleno día y a mitad de semana?

No tenía ningún interés en sacar a relucir ese grotesco proyecto de *reality show*.

—Tu tarjeta de crédito. Tu hermana quiere un coche nuevo para su cumpleaños.

Puse los ojos en blanco. Eso es todo lo que quiere…

—Ya tiene una docena. ¿Qué pasa con la moda de los coches deportivos?

Los ojos de mi madre se posaron en Ronney. Una sonrisa reconfortante iluminó su rostro.

—¿Cómo estás? Pareces cansada. Siento mucho que Yeraz te haga pasar por tantas cosas.

—¡Mamá! —rugí, sin paciencia—. Toma mi tarjeta y vete de compras. No necesito que distraigas a mis empleados.

Jiménez, incómoda, se disculpó con mi madre diciendo que tenía que ir a comer. Por fin una

palabra sensata salía de su boca. Camilia se colocó delante de ella para bloquearla.

—El jueves por la noche celebramos el cumpleaños de Ghita en un pequeño restaurante. Me encantaría que te unieras a nosotros para la ocasión.

Por el amor de Dios. Abrí los ojos de par en par, sorprendido por la invitación. Ronney, en cambio, se tambaleó como si la acabaran de empujar.

—¿No se supone que sea un momento familiar? ¿Qué demonios haría Ronney con nosotros?

—¡Cuidado con lo que dices!

El tono gélido de mi madre sonó como una advertencia. Me pellizqué el puente de la nariz antes de murmurar:

—¡Por el amor de Dios, no puede ser!

Mi asistente tartamudeó, avergonzada:

—No, no puedo ir al cumpleaños de tu hija.

—¿Por qué no?

—Es una fiesta de cumpleaños. No puedo verme...

—Mi hijo te impone su presencia en tus días libres. ¿Por qué no hacer lo mismo?

¿Cómo se enteró mi madre de eso? Cerré el puño y los ojos, y apreté la mandíbula. Había olvidado que Camilia era una mujer formidable con un largo brazo. Estaba obsesionada por mis acciones y mis movimientos, intentando encontrar una falla que me hiciera renunciar al trono.

Se dirigió de nuevo a mi asistente:

—Las chicas y yo estaremos encantadas de tenerte aquí. Te quieren mucho. Me encanta la energía positiva que aportas.

Ronney se quedó quieta, con la mirada fija. Se llevó la mano a la frente como si estuviera mareada y luego volvió la cara hacia mí, confundida. Tras unos segundos de reflexión, Jiménez respiró profundamente, levantó los hombros, dudó y finalmente decidió aceptar la invitación de mi madre. Decepcionado, terminé mi bebida con un sorbo fuerte.

—¡Brillante! —exclamó Camilia con una sonrisa hasta las orejas.

Mucho menos entusiasmado, puse mi vaso en el borde de la chimenea y metí las manos en los bolsillos.

—Ahora que tienes la respuesta que esperabas, ¿podrías volver a tu trabajo y dejarme hacer el mío?

A mis ojos, la visita había terminado, pero mi madre no se movió. Levantó una ceja y extendió la mano:

—No me voy a ir sin tu dinero.

—Llámame en cuanto llegues al concesionario y haré los arreglos.

—Lo haré. Nos vemos el jueves. Siento haberte molestado, cariño.

Su voz no era la de una mujer arrepentida. Antes de girarse, me miró de arriba a abajo y luego le guiñó un ojo a Jiménez, que respondió con una tímida sonrisa. Desapareció de la sala de estar, subida en sus tacones de aguja.

Una vez más a solas, el silencio cayó como un cuchillo entre mi asistente y yo. Presintiendo el peligro, Jiménez se apresuró hacia la salida, pero la alcancé en dos zancadas. Mi mano se cerró sobre su brazo. Sentí su piel desnuda palpitar bajo mis dedos.

—¡No tengo nada que ver con esto, Yeraz!

Intentó liberarse, pero yo aumenté la presión de mi mano. Con un fuerte tirón la acerqué a mí. Estábamos a sólo unos centímetros de distancia. La frente de Ronney se arrugó, me sostuvo la mirada con esa resistencia, esa rebeldía que yo tanto odiaba.

—Nunca has encajado —dije con rabia. ¿Qué buscas? ¿Crees que porque pasamos tanto tiempo juntos puedes ocupar el lugar que quieras en mi vida?

Ante estas palabras, su rostro se relajó. Un extraño brillo pasó por sus ojos. Parecía muy preocupada:

—¿Seguro que sólo hablas de nuestra relación profesional, Yeraz?

Sorprendido, eché la cabeza hacia atrás y solté bruscamente su brazo. De pronto sentí como si estuviera frente a la nada. Desvió la mirada y dijo en voz baja:

—Voy a llamar a Isaac. La reunión con el personal de Chicago es en menos de una hora.

La vi alejarse, dejándome solo con todas mis preguntas y con esta maldita cosa que me oprimía cada vez más el pecho. Algo me pasaba y no sabía qué era.

****

El cielo era de un azul perfecto. Era difícil imaginar que la tormenta Luna devastaría Sheryl Valley en pocas semanas. En la costa, el paisaje ofrecía un panorama maravilloso, encantadoramente bello, excepcional.

Sentado en la parte de atrás del coche, contemplé el lago y la ciudad debajo de mí, rodeados de colinas cuyos colores cambiaban según la hora del día. Jiménez, agotada, pronto se quedó dormida a mi lado. Me obligué a no mirarla. Desde que salimos de casa habían pasado muchos minutos sin que le dijera una palabra. Mis ojos se volvieron hacia la ventanilla y mis pensamientos se hicieron oscuros.

A lo lejos vi una de las principales empresas de tratamiento de residuos de Sheryl Valley. Esta industria controlada por los *Mitaras Almawt* nos permitió infiltrarnos en la economía legal, con un beneficio de más de mil millones al año. El objetivo era aumentar nuestro dominio territorial, porque cuantas más empresas controláramos en la región, más dependientes serían la región y la población.

De pronto sonó el teléfono de Ronney. Giré la cabeza en su dirección y ví que todavía estaba durmiendo. Su teléfono móvil se había salido de su bolso y había aterrizado en el asiento de cuero entre nosotros. Miré distraídamente la pantalla. El nombre de Caleb me llamó la atención. Miré a mi asistente para asegurarme de que estaba profundamente dormida y tomé el móvil en mis manos. En la notificación pude leer lo que decía.

“el Súper para viernes. Feliz de que me acompañes. ¡Un encuentro entre nosotros dos, después de tanto tiempo!”.

Corazón, guiño y otras tontas caras sonrientes. Ahora veía por qué Jiménez deseaba tanto su día libre del viernes… En ese momento me abandonaron todas mis fuerzas, como si me hubieran catapultado violentamente en el aire. Contuve la respiración. Podría haber oído los latidos de mi corazón si el motor del coche se hubiera parado en ese momento. Tiré el teléfono en el asiento y volví a mirar hacia la ventanilla, con el puño cerrado. *¡No me importa, no me importa!* Traté de convencerme. ¿Por qué estaba enfadado? Lógico: si no trabajaba el viernes, seguro que se retrasaba. Su falta de aplicación al trabajo me enfureció. Quería despertarla, pedirle explicaciones, culparla. Ese hijo de puta de Caleb me estaba poniendo de los nervios. Me pasé

una mano por el pelo, fuera de mí. *Ejecútalo y acaba con esto*, sugirió una vocecita en mi cabeza. No, no me interesaba ese tipo, y además... Nunca me lo perdonaría.

****

—Señor Khan, hemos llegado. ¿Quiere que despierte a la señorita Jiménez?

Respondí con un gruñido:

—No, déjala dormir. Demuestra lo comprometida que está con su trabajo.

Con una mirada seria, salí del coche y me puse la chaqueta y guardé la pistola. De hecho, sin mi asistente sería más fácil hablar con mis colegas sobre paraísos fiscales o inversiones financieras en forma de participaciones en diversas empresas.

17

Esperé en silencio detrás del escritorio a que el Dr. Spencer terminara de escribir su informe. En su despacho, con esas paredes y ese suelo tan blancos e inmaculados, parecía que habíamos llegado al paraíso. La luz artificial que provenía del alto techo acentuaba la pureza de la habitación, fría y minimalista.

Miré mi reloj. Todos debían haber llegado ya al restaurante para celebrar el cumpleaños de Ghita. Iba a llegar tarde.

El hombre, de unos sesenta años, levantó la cabeza. Sus profundos ojos azules intentaban atravesar las gafas opacas que tenía delante.

—Señor Khan, sus electrocardiogramas, ecografía cardíaca y prueba de esfuerzo son muy buenos. Los resultados están muy por encima de la media. No hay nada malo en usted.

El hombre suspiró y dejó el lápiz.

—Me dice que siente una fuerte presión en el pecho en ciertos momentos. ¿Puede decirme algo más? Por ejemplo, ¿cuándo se produjo el último ataque?

Respiré profundamente antes de levantar la cabeza hacia el techo y buscar en mi memoria.

—Ayer —respondí, volteándome hacia el médico—. Mi asistente y yo tuvimos una discusión por un archivo. A menudo sucede cuando estoy enfadado con ella.

El hombre se pasó una mano por su rala barba y luego, con la barbilla rígida, me invitó a continuar. Cambié mi posición en la silla.

—Y la penúltima vez que sentí este enfado fue también en su compañía. Estábamos en el coche.

—¿Dijo o hizo algo que pudiera ponerle más nervioso de lo habitual?

Levanté ligeramente una ceja. ¿A dónde quiere llegar? He venido a ver a un médico, no a un psicólogo.

—No me pareció que estuviera lo suficientemente comprometida con su trabajo y eso me molestó.

—¿Tiene esa sensación desagradable en el pecho en presencia de otras personas?

—¡No! Mi asistente acabará dándome un ataque. Se pasa el tiempo desafiándome, tomando decisiones que no me gustan y se permite tomarse días libres para pasar tiempo con algún imbécil.

Las palabras salieron de mi boca a borbotones, como si otra persona las hubiera dicho por mí. Me obligué a relajar la mandíbula y los puños. El médico trató de ocultar una sonrisa. Mis ojos se arrugaron.

—Señor Khan, parece que su asistente lo está poniendo nervioso. Aparte de eso, ¿tiene alguna cualidad que le guste?

Su pregunta me incomodó. Desvié mi mirada, como si temiera que viera a través de los cristales de mis gafas.

—No. Ella... No es mi tipo de mujer. Su mundo está lleno de emojis de mierda y corazones volando por todas partes. No soporto la forma en que se sube las gafas en la nariz cien veces al día. Ronney quiere a todos...

Bajé la voz:

—Pero nadie la merece.

Me pasé la mano por la cara, lamentando mis últimas palabras.

—¿Qué es? ¿Qué me puede estar pasando, doctor?

Ignorando hábilmente mi pregunta, el hombre continuó:

—¿Empeora su condición con el tiempo?

Por fin una pregunta relevante. Estaba en algo. Recuperé la esperanza.

—Sí, así es.

—¿Siempre en presencia de su asistente? Quiero decir...

El hombre no podía encontrar las palabras.

—Cuando está solo y... Piensa en ella, ¿regresan esos dolores?

Fruncí el ceño.

—Depende.

—Sea sincero. Necesito toda la información posible para hacer un diagnóstico.

—Efectivamente, Jiménez puede dejar una huella en mi estado de ánimo incluso después de varias horas sin ella, sí.

—¿Es ese el caso de sus otros empleados?

—No —respondí con demasiada rapidez.

Estaba perdiendo paciencia.

—¿Tiene idea de qué podría ser lo que me pasa?

El médico asintió, con cara de pena.

—No hay cura para lo que tiene, señor Khan. Nada en esta Tierra es más fuerte que esta enfermedad.

Un nudo se formó de pronto en mi garganta. Sentí como si el mundo hubiera dejado de girar. Con voz apagada pregunté:

—¿Es tan malo?

Volvió a asentir con la cabeza.

—Usted se está... Se está enamorando.

¡¿Qué?! Un rubor de rabia cubrió mi rostro. El médico debió ver cómo se me contorsionaba la cara, porque se apresuró a poner las dos manos delante de él como si quisiera protegerse.

—Señor Khan, la verdad puede ser desarmante, pero eso es todo lo que veo. Esta mujer lo está volviendo loco. Hay que hacerse las preguntas adecuadas.

—¿Qué preguntas? —ladré mientras me levantaba a toda prisa, fuera de mí—. Apenas la conozco, ¡es grotesco!

El médico tartamudeó, asustado:

—No es cuestión de tiempo. La química entre dos personas no se puede controlar. ¿Piensa mucho en ella? ¿La extraña? ¿Alguna vez sueña con ella?

—¡No! ¡Sólo la quiero fuera de mi vida, fuera de mi cabeza, fuera de mí!

Grité esas palabras como un pedido de ayuda. Al darme cuenta de lo que acababa de decir, me quedé allí, inmóvil, petrificado. ¡Mierda!

El médico bajó los ojos y las manos, y luego cambió de opinión:

—Muy bien. Charles Willis es uno de los mejores cirujanos del mundo. Estará en la región en diciembre con su familia para dar una conferencia. Le pediré que lo atienda.

Me abroché la chaqueta. Tras recuperar la compostura, le di las gracias y salí de la oficina, aún más confundido que cuando llegué.

****

El sol comenzaba su lento descenso. Isaac estaba esperando en el aparcamiento del restaurante a que saliera del coche. Miguel y Fares ya estaban apostados en la entrada del restaurante.

Con la cabeza apoyada en el reposacabezas, repetí en mi cabeza la entrevista con el Dr. Spencer. Y pensar que era uno de los mejores médicos de California… Me preguntaba cómo había conseguido su título. ¿Enamorado? Una locura. Había visto hombres enamorados y no me parecía a ninguno de ellos. No me pasaba horas enviando notas de amor a mi asistente. Y si pasaba tanto tiempo con ella, era porque mi trabajo lo requería. Muchas veces le había pedido que dimitiera. Soñar con ella no significaba nada. No podía controlar mi subconsciente, que debía estar liberándose de la presión del día. "No significa nada", me repetí.

Había pedido la temporada completa de *Minnie, la ratona* porque me gustaban los dibujos animados. El hecho de que la voz de Ronney estuviera en ella no me importaba. Además, Jalen estaría encantada de ver esos episodios cuando volviera a casa. También eran para ella. Todo esto no significaba nada. No significaba nada.

****

La elegante y refinada decoración de este restaurante era de otra época. Una parte del diseño era un poco vintage. Observé las luces tenues que se reflejaban en el agua de una fuente en el centro de la sala mientras escuchaba vagamente la conversación que tenía lugar en la mesa. Al fondo, una pequeña orquesta instalada en el escenario acompañaba a un cantante que repasaba clásicos del pop y del R&B.

—¿Todo bien, Yeraz? —preguntó mi madre—. Pareces… no sé, apagado.

Volví la cara hacia ella. Todo el mundo estaba allí. Hadriel, mis hermanas, Ronney y Peter. Sonreí, una sonrisa que no era una sonrisa. Mis gafas impedían a mi madre leer mi verdadero estado de ánimo.

—Sí, todo está bien. El cantante es bueno. Es agradable escucharlo.

En el otro extremo de la mesa sentí los ojos de Jiménez sobre mí, pero mantuve los míos fijos en Camilia, que parecía leer mis pensamientos. Continuó sin mirarme:

—Vuelve a casa mañana. Hace mucho que no pasamos tiempo juntos.

—Me gustaría, pero no tengo tiempo. Tal vez este fin de semana.

—A mí me parece bien —intervino Peter—. Tengo que reservar la presencia de tu madre en los desfiles de moda de Nueva York y Londres.

—Espera, ¿realmente irás a los espectáculos?

Hadriel no ocultó su diversión.

—No, claro que no —respondió Camilia, desechando la pregunta con un gesto—. Soy la madrina de esos dos grandes eventos. No sólo a ti te invitamos a participar en proyectos importantes; yo también soy parte del paisaje de este país.

Estallaron aplausos y vítores alrededor de la mesa. Peter tomó un cuaderno de una bolsa que tenía a su lado y lo abrió lentamente. Una verdadera ceremonia. Con una mirada codiciosa, dijo:

—Versace y Balmain nos han enviado esta tarde los diseños de los trajes. Son IN-CRE-Í-

BLES.

Estaba a punto de darle el cuaderno a Jiménez, que estaba sentada a su lado, pero en el último momento decidió pasarlo hacia el otro lado, susurrando unas palabras que leí en sus labios.

—Tú ni lo pienses. No sabrías distinguir entre un traje ecuestre y un vestido de noche de alta costura.

Mi asistente puso los ojos en blanco. Estaba a punto de replicar, pero Cyliane rellenó su copa de vino justo en ese momento. Se produjo una discusión entre las dos jóvenes.

Todos alrededor de la mesa parecían relajados. Mientras no habláramos de la mafia, del padre de Jalen o de los amores de Hadriel, el ambiente seguiría siendo agradable. Ghita, Aaliyah y Camilia se enfrascaron en animadas conversaciones sobre futuras compras inmobiliarias en Los Ángeles. Mi hermana menor, en cambio, tenía los ojos pegados al teléfono la mayor parte del tiempo.

A la hora del postre, el cantante de unos veinte años, que había encantado con su voz a todas las mujeres presentes esa noche, avanzó hacia nuestra mesa. En el piano sonaba una famosa canción de Alicia Keys, *If I ain't got you*. Mis hermanas, Camilia y Jiménez, bajo el hechizo de ese hombre, parecían completamente hipnotizadas. Entonces se aproximó a mi asistente y acercó su cara a la de ella para compartir el micrófono. Jiménez no tuvo tiempo de negarse, porque en ese momento todos se callaron al mismo tiempo. Avergonzada al principio, cantó tímidamente en la última estrofa con el cantante. Luego, cada vez más a gusto, su voz se liberó, dejando la sala conquistada por ese tono tan dulce, tan perfecto. Estaba transportado. Nada me había conmovido tanto como el sonido de su voz. Podría haberme quedado allí escuchándola durante toda la eternidad. El hombre le dejó el micrófono para las últimas palabras, que quedaron suspendidas en el aire durante unos segundos, incluso después de la última nota.

Los silbidos y los aplausos estallaron en todo el restaurante. Incluso Peter inclinó la cabeza en señal de respeto. Mi madre y Hadriel no podían creer lo que habían visto. Sus bocas se abrieron de par en par y exclamaron con sorpresa. El cantante invitó a mi asistente a levantarse y la abrazó para felicitarla por su fabulosa actuación. Lejos de remitir, el dolor en mi pecho regresó, y pareció crecer en virulencia. Sentí como si mis músculos fueran a explotar bajo mi piel de tan tensos que estaban. Me quedé sin aliento y tuve que respirar profundamente tres veces para no saltar al cuello del cantante. Giré ligeramente la cabeza hacia la entrada, donde me esperaban Miguel y Fares. Con un discreto movimiento de la barbilla, ordené a mis hombres que intervinieran. La distancia no impidió que entendieran inmediatamente lo que les pedía.

—Señor, por favor, manténgase a una distancia segura de esta mesa. No se acerque más.

El tono de Fares era tan firme como amenazador. Con sus manos separó al hombre de mi asistente. Este tipo que se creía una estrella se disculpó. Antes de marcharse, felicitó por última vez a Jiménez, cuyas mejillas estaban muy rojas. ¿Ese tipo realmente la impresionaba?

Mis ojos se encontraron con los de Cyliane, que me observaba con las cejas arqueadas bajo el ceño fruncido. Aunque no podía ver mis ojos, de alguna manera, sabía que la estaba mirando.

Peter, con las manos cruzadas, exclamó:

—Mi querida Ronney, me habías ocultado este increíble talento. El único que conozco hasta ahora. Es un buen comienzo. Sigue impresionándome.

Sus ojos siguieron con interés el trasero del cantante mientras volvía al escenario con una

nueva canción.

—Yeraz, tendremos que acordar una fecha para hacer la foto familiar de Navidad.

Hundí el tenedor en el mosaico de colores que llenaba mi plato y contesté sarcásticamente:

—Faltan más de dos meses para la Navidad, eso es ridículo.

—Todo el mundo tiene una agenda sobrecargada.

Camilia volvió la cara hacia mi asistente. Su voz se suavizó:

—Ronney, ¿podrías encontrar un lugar en la agenda de mi hijo en las próximas dos semanas?

Jiménez bajó su copa de vino de los labios.

—Me ocuparé de eso lunes, señora Khan.

Mi madre sonrió con aprecio. Jiménez, avergonzada, me lanzó una rápida mirada. Intentó adivinar mi nivel de furia, pero no pudo.

—¡Oh, no!

El gemido de Aaliyah nos desvió de la conversación. Camilia, preocupada, interrogó enseguida a su hija.

—Catalina acaba de romperse una pierna al caer por unas escaleras.

Mi hermana, con su teléfono móvil en la mano, parecía desesperada.

—Pero se suponía que iba a cuidar a Jalen mañana, ¿verdad?

Aaliyah asintió a la pregunta de mi madre.

—La pequeña tienda de zumos del bulevar Manhattan pagó cara tu venida. No debemos dejar que nuestros seguros se interpongan de nuevo. Llama a otra niñera.

—Es demasiado tarde —intervino Ghita, que parecía preocupada por su hermana.

—Quiero a alguien en quien pueda confiar. Jalen no debería ser cuidada por cualquiera. Cyliane, ¿estás disponible?

—El rodaje comienza mañana temprano. Estaré fuera de la ciudad.

—No cuentes conmigo —dijo Peter, levantando las manos delante de él—. Los niños no son lo mío y Jalen es medio esquizofrénica.

—¡Peter, cállate! —rugió Aaliyah, al límite de su paciencia por el repentino percance—. ¡No te atrevas a decir eso!

El asistente de mi madre levantó las cejas y añadió en tono tranquilo pero defensivo:

—Un día dice que se llama Rosy y al siguiente que se llama Jalen. Y esa muñeca a la que llamó Anabelle es realmente aterradora. Estoy seguro de que encontrarían mi cadáver en un charco de sangre en el garaje antes de que acabara el día.

Mi madre puso una mano en el brazo de su asistente para pedirle que se callara. Decidí aprovechar la oportunidad antes de que mi hermana saltara a la garganta de Peter:

—La señorita Jiménez está libre mañana, bien podría quedarse con Jalen.

Volví la cara hacia Ronney y le dediqué una sonrisa perversa. Me miró fijamente, con los rasgos rotos. Aturdida, sus labios permanecían entreabiertos, como si pretendiera decir algo, pero parecía haber perdido toda capacidad de comunicación en ese momento. Sabía que Jiménez era el tipo de persona que no podía decir que no; era una de sus mayores debilidades. La tensión que se creó entre nosotros era palpable y afilada como el cristal.

—¿Es cierto? —preguntó Aaliyah a mi asistente, esperanzada—. Ronney, te prometo que te compensaré. Si aceptas, te compraré el bolso de tus sueños o el par de Converse más raro que exista en la Tierra.

Camilia interrumpió a Aaliyah.

—No nos dejemos llevar. Tal vez Ronney tenga cosas importantes planeadas para mañana.

Se me escapó una pequeña risa sarcástica. Adopté un tono amargo:

—Entonces, Ronney, ¿qué cosas importantes tienes que hacer mañana?

Mi pierna temblaba y no podía detenerla. Sus pensamientos estaban en su cara, estaba pensando en él. Mi cara se oscureció. De pronto sentía mucho calor.

—Nada —dijo—. Estaré feliz de cuidar a Jalen.

Su voz falsamente alegre murió en su garganta. El peso que llevaba en el pecho desde ayer se disipó con esa respuesta, que consideré satisfactoria. Jiménez no pasaría el día con Caleb. Intenté convencerme de que, después de todo, no me importaba y que mi intervención era sólo para incomodarla una vez más.

Peter miró a mi asistente haciendo el signo de la cruz mientras que mis hermanas y mi madre le agradecían.

****

Siguió una media hora de conversación antes de que yo decidiera irme primero.

—¿Tan pronto? —dijo mi madre, decepcionada.

—Tengo que ir al club —dije, levantándome—. Nos vemos este fin de semana —hice un gesto con la cabeza a manera de saludo y me fui sin mirar atrás.

La voz de Cyliane me detuvo antes de que atravesara las puertas del restaurante. Su ceño fruncido indicaba que estaba a punto de caer una lluvia de reproches.

—Espérenme afuera —ordené a Miguel y a Fares.

Mi hermana se puso frente a mí y se colocó un mechón morado detrás de la oreja antes de cruzar los brazos sobre su pecho.

—Quítate las gafas, Khan, quiero hablar con mi hermano.

Mis ojos recorrieron el pasillo casi vacío. Sólo un par de turistas esperaban al aparcacoches un poco más adelante. Mi hermana gruñó:

—Quiero que te quites esas malditas gafas, Yeraz. Quiero hablar contigo.

Obedecí a su capricho con algo de rabia.

—¿Qué quieres? ¡Tengo prisa!

—¿Qué fue eso con Ronney?

Respiré profundamente. La relación que tenía con mi asistente no era de su incumbencia. No necesitaba que me dijera cómo debía tratarla.

—Aaliyah necesitaba….

—No estoy hablando de Jalen. No pudiste soportar el dúo que Ronney hizo con el cantante.

Enojado por el comentario de mi hermana, no pude evitar levantar la voz y fulminarla con la mirada:

—Quédate al margen, Cyliane. No inventes teorías estúpidas. Hay reglas, medidas de seguridad que hay que respetar cuando salimos todos juntos.

No parecía creer ni una sola palabra de lo que decía. Me sostuvo la mirada sin pestañear.

—Me imagino que habría sido lo mismo con Ashley. ¡Te habrías comportado igual!

—¡Claro que sí! Ashley, como Jiménez, hace lo que quiere.

—Así que no te importa que el cantante de esta noche haya vuelto a nuestra mesa justo

después de que te fueras y haya sacado a Ronney a bailar.

—¿Qué?

Caminé enérgicamente por el pasillo, con los puños cerrados, hacia el restaurante. Mi hermana se puso delante de mí para bloquearme el paso, con cara de angustia.

—No es cierto, Yeraz. No ha vuelto. Yo... Sólo quería ver tu reacción.

Miré a mi hermana con una mirada fría y enfadada. Se pasó una mano por el pelo, consternada.

—¡Oh, no! ¡Oh, no, Dios mío! Yeraz, ¿realmente estás...

—¡No! —estallé.

—Yeraz, no ella. Aléjate de ella, te lo ruego. Ronney es demasiado buena para ti.

—¿Crees que no lo sé?

Me arrepentí inmediatamente de mis palabras. Inquieto, sacudiendo la cabeza, perdido.

—No tengo que tener esta discusión contigo. Estás mezclando todo. No me importa Ronney. Puede coger con quien quiera. Todo Sheryl Valley e incluso el imbécil de Caleb. ¡No me importa!

Mi hermana asintió suavemente mientras me miraba con ojos llenos de profunda tristeza, como si simpatizara con algo que me superaba por completo en ese momento. Apreté los labios y cerré los párpados con todas mis fuerzas para ocultar el dolor punzante que volvía a mi pecho.

—No voy a dejar que me joda —murmuré.

Giré sobre mis talones y dejé a mi hermana indefensa en el lugar. Podía sentir su pesada mirada en mi espalda. Afortunadamente, no me retuvo.

18

Los rayos de luz se filtraban a través de las ventanas de la oficina. El viernes iba a ser un día soleado.

No sé cuánto tiempo llevaba de pie frente a la ventana observando a Howard, mi jardinero, trabajando junto a la piscina. Normalmente Ronney le hacía compañía durante un rato, pero por primera vez no estaba allí. El anciano no dejaba de mirar hacia el camino de entrada o hacia la puerta de la casa, como si esperara que ella apareciera en cualquier momento. El sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos. Era Soan.

—Te escucho.

—Jefe, la señorita Jiménez ha dejado su casa, se dirige hacia *Asylum*.

El hecho de que mi asistente fuera directamente a la casa de Aaliyah me hizo sentir mejor. Sin embargo, sabía que Caleb vivía fuera de la ciudad.

—Hazme saber si cambia su ruta.

En ese momento llamaron a la puerta. Hamza entró en la oficina con Merwan y Alexander, acompañados por Miguel y Fares. Antes de colgar añadí:

—Envíame un mensaje cuando llegue. Quiero saber todo sobre sus movimientos del día de hoy.

Guardé mi teléfono móvil en el bolsillo interior de mi chaqueta e invité a los tres hombres a sentarse alrededor de la mesa, un poco más lejos.

—Déjennos solos —pedí a mis hombres, que obedecieron inmediatamente.

Hamza me dijo que Marconie había llegado a su casa muy temprano esa mañana con malas noticias. El juez encargado del caso de Seattle no parecía querer aceptar todos nuestros regalos y pensaba pedir una condena a cadena perpetua para nuestros hombres, que actualmente dormían en la cárcel. Hamza bebió un sorbo y se aclaró la garganta antes de dejar el vaso de agua sobre la mesa. Como siempre, tenía un control absoluto de sí mismo.

—Me gustaría resolver este problema antes de que te hagas cargo de todo el *Mitaras Almawt*. Quiero evitar un baño de sangre. Asesinar a un juez nunca es bueno para la imagen.

Con las manos juntas delante de mí, miré a Merwan y a Alexander. Quería conocer su opinión. Merwan levantó una mano en el aire, avergonzado por esta historia.

—Es raro encontrar hombres poderosos e incorruptibles. Este juez es conocido por eso. Creo que, con los mejores abogados del país, Esraa y los demás podrían evitar una dura condena.

—¿Cuánto? —pregunté de mala gana.

Alexander se sentó rígidamente en su silla y respondió con voz neutra:

—Veinticinco o treinta años.

Con el rostro cerrado, repliqué en árabe:

—Vete al infierno. No dejaré que mis hombres se pudran entre estos muros.

—¿Tienes otra solución?

Señalé con la barbilla al regente:

—Me encargaré de que el juicio se posponga lo más posible. En febrero, si todavía no ha cumplido, haré que lo asesinen.

Hamza esperaba que la conversación tomara ese rumbo. Asintió y adoptó su tono más diplomático:

—Déjame intentar solucionar las cosas antes de recurrir a ese acto extremo, que está cargado de consecuencias. La violencia no lo resuelve todo, Yeraz.

Una extraña sonrisa torció los labios de Merwan. No parecía estar de acuerdo con lo que decía nuestro regente.

—A veces no hay otra manera. No podemos dejar a nuestros hombres en prisión sin hacer nada. Si dejamos que un juez condene a uno solo de nosotros, será el comienzo de nuestra decadencia.

Alexander asintió con la cabeza. Unos pequeños golpes en la puerta interrumpieron nuestra discusión. Ashley entró en el despacho saludando amablemente a todo el mundo, y luego vino a sentarse tímidamente en nuestra mesa, con un cuaderno de notas en la mano. Las curvas perfectas de su cuerpo se amoldaban a un vestido negro corto con un pronunciado escote. Hamza había insistido en que la asistente de Jiménez se uniera a nosotros en medio de la reunión. Se dirigió a ella con respeto:

—Buenos días, señorita Cooper, es bueno que haya venido. ¿Cómo está?

Ashley, temerosa, murmuró un "sí". Mi teléfono vibró en mi bolsillo en ese momento. Rápidamente vi el mensaje de Soan que me informaba que Ronney había llegado a casa de Aaliyah directamente. Suspiré con alivio y respondí.

"Quédense en modo fantasma. Quiero saber todo lo que hace, de día o de noche."

Guardé mi teléfono con cara de preocupación. Si mi hermana terminaba antes, iría directamente a su casa para cuidar de Jalen y liberar a Jiménez. No habría nada que le impidiera ir con Caleb después. Frunciendo el ceño, recordé la conversación con Cyliane del día anterior. Me había pedido que me alejara de mi asistente, y yo sabía que tenía razón. ¿Por qué no podía? Mi vida había dado un giro tan extraño últimamente, que tenía que recomponerme y poner las cosas en su sitio. Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. Mi mente estaba consumida por su carita de elfo iluminada por unos enormes ojos color avellana.

La voz de Hamza me devolvió a la realidad:

—¿Yeraz? ¿Pasa algo?

Me moví incómodo en mi asiento y me toqué la corbata para ponerla en su sitio.

—No, nada. Pensaba en nuestra primera discusión.

Hamza me miró con desconfianza.

—Amir te acompañará a Los Cabos. Se quedará atrás con sus hombres y me avisará si las cosas van mal. Me quedaré con Alexander y Merwan, tenemos una velada importante con los inversores el viernes por la noche.

No tomé represalias, aunque quería hacerlo. Y continuó:

—Ashley también irá contigo a Los Cabos. Tiene un buen dominio del español y confío plenamente en ella.

Nervioso, me rasqué la nuca y busqué palabras:

—No lo sé. No es mi asistente personal. Tal vez deberíamos revisar eso…

La decepción se pintó en la cara de mi antigua asistente. No dijo nada, pero pude percibir que estaba dolida por mi comentario.

—Y ¿a quién tienes en mente? —preguntó Hamza, que me miraba con cara de reproche como si me leyera el pensamiento.

Su tono de voz era tranquilo, pero amenazante:

—No lo arruines, Khan. Ahora no. ¡El caso de Percy fue suficiente para nosotros!

Por ahora tenía que hacer las tareas tal y como Hamza me las imponía. No tuve nada que decir sobre este viaje.

Merwan y Alexander recibían las órdenes del regente respecto de toda la organización que había que poner en marcha antes y durante la estancia. Ashley tomaba notas, todavía con cara de disgusto.

Tras una buena hora de conversación, Miguel y Fares acompañaron a los tres hombres hasta la entrada. Sólo Cooper se quedó en la oficina conmigo. Llenaba el silencio transmitiéndome un montón de información que en realidad era inútil. Ella quería otra cosa. Lo veía en sus gestos y en su forma de hablar, me deseaba. Tal vez eso era lo que necesitaba: coger con Ashley para dejar de pensar en Ronney. Sentada a mi lado, la miraba sin verla, la oía sin escucharla. ¿Por qué no podía sentir el placer de su compañía? Ashley era más agradable de ver que Jiménez. No tenía un estrabismo ni un aparato dental que arruinara su sonrisa. ¿Qué es lo que me pasa? Sintiendo que me hundía, me levanté de golpe y tomé a Cooper del brazo para atravesar la habitación hasta mi escritorio.

Nos colocamos detrás de él. Ashley se dejó llevar de buena gana. Puse a la joven frente a mí, con la parte baja de la espalda apretada contra el mueble. Me incliné hacia ella y mi aliento rozó su piel. Mis manos se posaron en sus mejillas y observé cada rasgo, cada contorno de su rostro. En sus ojos había una fiebre ardiente. Ashley era hermosa, perfecta, impecable, pero como todas las demás, no desprendía nada. Por más que la miré a los ojos en ese momento, no pude encontrar ese extraño brillo que a menudo Ronney tenía en sus ojos dorados, el que me atravesaba y me consumía, el que me ponía furioso. Tenía que olvidar su ausencia, que se hacía insoportable a medida que pasaban los minutos y las horas.

Separé los muslos de Cooper con mi rodilla y comencé a besar sus pechos con fiereza mientras los amasaba con mis manos. Su bajo vientre se apretó contra el mío y se frotó suavemente contra mi sexo. Ya estaba gimiendo suavemente. Discretamente, abrí el cajón del escritorio y metí mi arma dentro mientras continuaba con mis juegos preliminares. Antes de cerrarlo, tomé un condón. Su cara estaba levantada hacia el cielo y la estaba besando en el cuello. Podía sentir su corazón latiendo rápidamente bajo su pecho.

—Quítate la ropa —dijo ella.

—¡No hay tiempo!

Deslicé su tanga por las piernas y luego desafié los botones de mis pantalones para liberar mi sexo erecto. Lo tomó en su mano y comenzó a masturbarme. La detuve.

—¡Date la vuelta!

Sentí que a Ashley le hubiera gustado que las caricias duraran más, pero yo sólo quería descargar. Hacer que se corra no era mi objetivo. Ella obedeció y se dio la vuelta para ser cogida.

Con el condón puesto, la sodomicé. A Cooper le encantó. Comencé a embestirla violentamente mientras sujetaba su cara contra el escritorio. De pronto, flashes de Jiménez provocaron un cortocircuito en mi cerebro. Sacudí la cabeza para deshacerme de ellos. ¿Era así como Caleb se la había cogido? ¿También le había dado por el culo? Una rabia loca surgió en mí. ¿Cuántos hombres la habían tocado? Mierda, estaba perdiendo el control de la situación. Tuve que recomponerme.

Estaba yendo más profundo, más fuerte dentro de Ashley. Fue bestial. Su culo se estrellaba contra mí con cada una de mis embestidas. Gotas de sudor se acumulaban en mi cara. Absorto en mis locos pensamientos, no pude ver a Cooper debajo de mí, era Ronney. Sus manos se

aferraban al escritorio y gritaba otra vez. Ella estaba allí, su cuerpo era mío. La giré bruscamente y la levanté sobre el escritorio, introduciendo mi polla en su húmeda raja. Con los ojos cerrados, besé su cuello, recordando el aroma de su piel. Mis dedos recorrieron su espeso cabello y apreté su cuerpo contra el mío.

Esparcí besos por toda su mejilla, acercándome peligrosamente a sus labios mientras ella gemía de placer.

—Ronney —susurré.

Abrí los ojos bruscamente, dándome cuenta demasiado tarde de lo que acababa de decir. Temblando, Ashley me empujó hacia atrás con su mano para librarse de mi agarre. Un silencio pesado e incómodo cayó sobre la habitación. Derrumbada bajo su amargura, quiso capturar mi mirada para intentar descubrir cualquier reacción de arrepentimiento, un simple error desafortunado en su nombre. Esperó algún tipo de explicación, pero no llegó nada, no hubo ninguna. No era a ella a quien quería. Cuando se dio cuenta, quedó congelada en su sitio, con la mano sobre la boca, sobrecogida por el horror de la situación.

—¡Oh, Dios mío! —rompió a sollozar—. ¡Oh, no, Dios mío!

Con una mueca cerré los ojos con todas mis fuerzas y me subí los pantalones.

—Estabas pensando en Ronney mientras... Ibas a besarme. Puedo entender tu decepción cuando el señor Saleh dijo que irías conmigo a Los Cabos.

Ashley tragó entre hipo antes de continuar:

—¿Besaste a la señorita Jiménez?

—No, ella no es así —respondí molesto, metiéndome la camisa dentro del pantalón.

Mi respuesta pareció ofenderla. Ashley bajó del escritorio para volver a ponerse la ropa interior.

—Mi relación con mi asistente no es de tu incumbencia, Cooper.

Al percibir una cierta amenaza en mis palabras, la joven se apresuró a responder:

—No tengo intención de interferir en tu vida ni en la de Ronney. Prometo no decir nada sobre esto. Necesito este trabajo y... A ti, demasiado.

Suspiré profundamente antes de mirar intensamente sus ojos, con su expresión desesperada.

—No habrá nada más entre nosotros, Ashley. Se acabó. Ya no puedo hacer esto.

La joven asintió lentamente, con las mejillas ennegrecidas por el rímel y mojadas por las lágrimas. Sin darle tiempo a recuperarse, le pedí fríamente que me dejara en paz. Ashley, con una amistosa despedida, se dio la vuelta y salió de la habitación. Estaba rota.

****

No eran más de las cinco de la tarde cuando entré en el edificio ultramoderno de mi hermana Aaliyah, donde había que atravesar un largo pasillo para llegar al salón.

—¿Yeraz? —llamó desde la sala principal.

¿Quién más podría ser? Le había dicho que vendría unos minutos antes. Sentada en su sofá gris vintage, Aaliyah se esforzaba por sujetar a Jalen para poder atarle el pelo, pero mi sobrina luchaba como una loca por correr a mis brazos. La levanté en el aire, feliz de tenerla de vuelta.

—¿Viniste a comprobar que tu sobrina esté bien? Ronney lo hizo muy bien.

Mi mirada se paseaba por las paredes cubiertas de retratos, cuadros y portadas de revistas.

Camilia había transformado ese lugar en un verdadero museo de la memoria. En el suelo, una colorida alfombra persa daba a la habitación un toque cálido y elegante. Detrás de los grandes ventanales y más allá de la terraza, los rayos anaranjados del sol se reflejaban en la superficie del agua de la piscina infinita.

—Si buscas a tu asistente, se fue hace unos treinta minutos.

—Lo sé —respondí con demasiada rapidez.

Mi hermana cruzó las piernas debajo de ella, con una ceja levantada. Me sorprendí a mí mismo:

—Necesitaba contactarme con ella por un asunto importante.

De hecho, la había llamado más de diez veces desde esa mañana con cualquier pretexto.

—¿Quieres algo de beber?

—No, no me voy a quedar. Pensé que encontraría a nuestra madre aquí; hoy no respondí a sus llamadas.

Mi hermana se levantó para abrir las ventanas y dejar que Jalen corriera fuera, pero mi sobrina prefirió quedarse en mis brazos.

—Menos mal que vivimos cerca —dijo con un toque de humor—. De lo contrario, nunca te veríamos.

No le hice caso y preferí observar cómo mi sobrina se ponía el teléfono en la oreja.

—Tu sobrina está haciendo una perfecta imitación de tu asistente. Ha estado viendo a Ronney todo el día con ella. Pobrecita, esa cosa ha estado sonando sin parar. Deberías darle menos trabajo, debe ser un infierno trabajar para ti.

—¡No hay nada que le impida renunciar!

Aaliyah puso las manos en jarras y se acercó a mí:

—Me encanta esa chica. Será mejor que la trates bien.

En ese momento, Jalen me pidió que la bajara de mis brazos. Caminó hasta el centro de la alfombra imitando a Jiménez con el teléfono y luego fingió colgar, imitando su voz:

—¡Idiota, vete a la mierda!

Conmocionado, me quedé mirando fijamente a mi sobrina durante rato, al igual que mi hermana. La información llegaba poco a poco a mi cerebro. Enterré las manos en los bolsillos, conteniendo mi ira. Aaliyah dudó entre reírse y regañarla.

—Vamos, cariño. Creo que le devolveremos este teléfono a tu tío. Parece que también lo pone de los nervios.

Percibí un matiz de ironía en su voz. Exasperado, decidí marcharme. Al día siguiente, que era sábado, tendría todo el tiempo del mundo para vengarme.

19

Aislado en la cocina del restaurante de Ronney, colgué la comunicación con Hamza. Lucas me sustituiría esa noche en el club. Me esperaban en Los Ángeles para resolver un asunto urgente con unos inversores que preferían negociar con los italianos. Mientras marcaba el número de Lucas, Carolina empujó las pesadas puertas que separaban la cocina del restaurante. Guardé el móvil, decidiendo posponer esta acción.

Una vez más, me había entrometido en el día de mi asistente. No pareció sorprenderse al verme aparecer en el estudio unas horas antes. Ronney se estaba acostumbrando.

—Hablas árabe perfectamente —dijo Carolina, inclinándose hacia delante, con los codos sobre la superficie de trabajo, con la cara ausente y cansada.

—Tomé lecciones —mentí.

Me apoyé en el fregadero. Sólo el ruido de las máquinas y el frío de la habitación perturbaban el silencio. En la habitación de al lado había cierto tumulto. El final de la comida fue ajetreado. Los padres de Ronney estaban terminando el servicio mientras su hija se tomaba un descanso en la terraza con los demás. Era raro ver la cocina tan vacía.

Carolina se frotó las manos, perfectamente cuidadas. Estaba claro que quería hablar conmigo.

—Caleb me va a dejar —dijo sin mirarme, con los ojos fijos en las uñas—. Me deja por Ronney.

Observé su rostro, delgado y bien formado. Sus ojos semicerrados tenían una línea violácea alrededor. Continuó:

—No entiendo por qué la dejó si todavía estaba enamorado de ella.

La prima de Ronney se rio, una risa irónica. Se detuvo y añadió con voz apagada:

—Ella también te dejará. Puedes verlos. Ronney aún siente algo por Caleb.

—Lo sé —dije con calma.

Carolina, sorprendida, se enderezó y me observó durante unos instantes, con las cejas fruncidas como si intentara leerme.

—¿Lo sabes y no haces nada?

Aparté los ojos para mirar al frente. No podía admitirle que estábamos representando un papel y que Ronney no era mi novia. No sabía que en mi vida reinaba el desorden y el asesinato, y que su prima nunca podría sentirse atraída por un hombre como yo. Carolina frunció los labios.

—La situación me supera. No pensé que las cosas saldrían tan mal. Si lo hubiera sabido, nunca me habría involucrado con Caleb.

—Ronney es una mujer inteligente, hará lo correcto. Siempre hace lo correcto.

—¿Y la dejarías ir sin luchar? La quieres, ¿verdad?

Giré la cabeza hacia Carolina. Sabía que le encantaría escuchar lo contrario para echárselo en cara a mi asistente a la primera oportunidad.

—Mucho más de lo que Caleb te ama, eso es seguro.

¡*Touché*! Carolina se tragó las lágrimas. Sabía que habría querido gritar de rabia en ese momento, pero yo no era Ronney y ella lo sabía muy bien. La miré de arriba a abajo.

Jiménez apareció en la cocina en ese momento, parecía estar buscándome. Cuando me vio con su prima, me miró con extrañeza.

—¿No te estás tomando el café? —preguntó, vacilante.

Mi asistente percibió la repentina vergüenza. Sus ojos iban y venían entre su prima y yo.

—Te dejo con ella —dijo Carolina, lanzando una mirada hostil a Ronney dirigiéndose a la puerta de la cocina.

Siguió un breve intercambio no muy amable de miradas entre ellas mientras salía.

Jiménez, desconfiada, me observaba. Parecía estar esperando algo. Levanté los hombros y con un gesto de la mano le pregunté qué quería. Levantó la cara hacia el techo antes de volverse hacia mí, con los ojos llenos de una inmensa decepción.

—Ya soy el hazmerreír de mi familia con Caleb. Si quieres besar a Carolina, al menos espera a que salga de tu vida.

Se dio la vuelta para marcharse, pero me abalancé sobre ella y la agarré del brazo, obligándola a enfrentarse a mí. Con mi dedo, levanté su barbilla para atrapar su mirada. Mi corazón se aceleró.

—Nunca te haría eso. No soy tu ex.

Sus grandes ojos me miraban fijamente, con desgana. Por mucho que lo intentara, no podía descifrar la mirada de sus ojos, que encerraban un enorme misterio. Se me escaparon las palabras:

—Háblame, Ronney.

Mi asistente giró la cabeza hacia un lado.

—Es que me resulta difícil creerte cuando le has hecho cosas mucho peores a tu hermano.

Le solté el brazo y retrocedí como si me hubiera abofeteado.

—Créeme, le hice un favor. Esa mujer no se merecía a Hadriel.

Volvió a mirarme a los ojos y soltó una pequeña y desagradable carcajada, luego dijo ácidamente:

—¿De verdad, Yeraz? ¿No había otra forma de hacerlo?

Jiménez sacudió la cabeza y se tocó la frente.

—Haz lo que quieras con Carolina o con cualquiera de mis otros primos, ¡no me importa!

No entendí el repentino cambio en sus palabras. Menos segura de sí misma, Jiménez evitó volver a mirarme. Me encontré pensando que estaba celosa. No, no puede ser.

Respiré profundamente y luego pregunté en un tono más ligero:

—Bien, ¿con cuál debería empezar entonces?

Ronney levantó bruscamente la cara hacia mí y se subió las gafas. Sus mejillas se sonrojaron de ira. Intentaba evitar saltar a mi garganta. Se me dibujó una sonrisa en la cara y lo dejó estar, como si yo tuviera algún poder inexplicable sobre ella. Por un momento quise acercarme y poner una mano en su mejilla, acariciar sus labios con mi dedo. Tal vez es lo que hubiera hecho si Caleb no hubiera llegado en ese momento.

—¿Interrumpo?

Sí.

—No —contestó Ronney mientras intentaba recomponerse.

Caleb se aclaró la garganta y me dirigió una breve mirada.

—Falta el azúcar para el café.

Jiménez se giró y señaló la parte trasera de la cocina.

—Está allí. Espera, iré contigo. Soy demasiado pequeña para alcanzar la parte superior de la estantería. Me ayudarás.

Caleb asintió, devorando sus ojos con hambre.

—Te la devuelvo enseguida —dijo con una mirada de victoria en su rostro.

Estaba muy contento de llevársela. No contesté, por miedo a utilizar el cuchillo que tenía en la

encimera delante de mí. Ambos se alejaron. A su lado, ella había recuperado su buen humor. Y como en un sueño, vi la escena desarrollarse ante mis ojos impotentes.

20

La semana siguiente pasó rápidamente. Había estado muy lejos, y mi mente había estado bastante ocupada con el trabajo.

El expediente “Roskuf” me había provocado muchas noches de insomnio. Fue una gran inversión para *Mitaras Almawt*. Sus beneficios y el precio de las acciones eran buenos, los inversores lo tenían en cuenta, pero Jiménez seguía insistiendo en que nada de eso era conveniente. Pensaba que estaba confundiendo la capitalización bursátil con el valor de la empresa. Después de revisar todos los libros y el historial de la empresa, el informe de mi asistente fue claro. Una vez más, su trabajo fue excelente.

Cerré el expediente, me hundí en mi asiento y froté mis ojos. Estaba oscureciendo y estaba agotado. Si mi teléfono no hubiera sonado en ese momento, seguramente me habría quedado dormido.

Mi madre, con voz tensa, me preguntó si estaba con Ronney.

—Está aquí —respondí con desconfianza.

—Intento localizarla, pero no responde. Seguramente ya está en modo fin de semana.

Camilia acababa de recordarme que era viernes.

—Escucha, hay un problema con tus hermanas. Es sólo una pequeña discusión sin importancia. Ronney debería venir a la casa.

Suspiré al adivinar que mi madre hablaba de Ghita y Aaliyah. Nada había cambiado con los años.

—Muy bien, le daré el mensaje de inmediato.

Colgué el teléfono, abrí el cajón y recuperé mi pistola, que había guardado una hora antes. La caja de condones me recordó a Ashley. Era la primera vez que pasaba una semana sin tener sexo con una mujer.

Me guardé el arma en la parte trasera del pantalón y bajé a informar a mi asistente que Camilia la esperaba en casa.

****

La primera parte de mi noche había terminado. Tenía algo de tiempo antes de tener que ir al club. Podría haber ido a cualquier parte, pero en lugar de alejarme de Jiménez —como me dictaba mi conciencia—, allí estaba, en la parte trasera del coche, a la vuelta de la esquina de su restaurante.

Sólo habían pasado unas horas desde que nos separamos, pero las ganas de verla, de estar con ella, eran demasiado fuertes. Isaac, en silencio, consiguió hacerse invisible. Fue testigo de mi decadencia, de lo que Jiménez estaba haciendo conmigo, pero no me devolvió la imagen de un hombre culpable que estaba sobrepasando los límites del absurdo. No había nada en sus ojos que delatara sus pensamientos. Silencioso como una tumba, mi confianza en ese hombre era ciega.

Suspiré y, por primera vez, me confié a alguien:

—Isaac, la semana pasada fui al médico por un dolor recurrente en el pecho. Su estúpido diagnóstico es que aparentemente me estoy enamorando de...

Hice una pausa, dudando en terminar la frase. No quería decir su nombre.

—La señorita Jiménez —adivinó Isaac, con los ojos fijos en en el frente, sin mirar por el espejo retrovisor.

—Sí —murmuré con culpabilidad.

Hice una pequeña mueca y apreté el puño sobre mi rodilla. Decir todo eso en voz alta supuso un inmenso esfuerzo.

—Durante años has compartido conmigo esos momentos en los que estoy solo conmigo mismo o rodeado de gente. ¿Has notado alguna diferencia desde la llegada de Jiménez?

Mi pregunta pareció desestabilizar a este hombre, acostumbrado a guardarse todo para sí mismo. Estaba incómodo y se movía en su asiento, como buscando una posición más cómoda. Se aclaró la garganta antes de un breve “Sí, señor”. Me pasé una mano rápidamente por la cara, miré hacia abajo y luego pronuncié apresuradamente la frase, como si me quemara los labios:

—No sé qué me pasa, Isaac. No me gusta cómo me siento, no me gusta el control que tiene esta mujer sobre mí. ¿Por qué ella? No tiene sentido.

Silencio. Mi conductor me dio tiempo para digerir mis propias palabras y luego dijo, todavía sin mirarme:

—Nadie elige cuándo enamorarse, ni de quién. No hay respuestas a las preguntas que se hace. Sólo tiene que aprender a vivir con ello. Si no le importa que lo diga, tiene que enfrentarse a sus sentimientos en lugar de intentar reprimirlos. Tal vez se dé cuenta de que al final se equivocó, y que el diagnóstico de su médico era erróneo.

Las palabras de Isaac eran acertadas. Todavía no había nada claro. Sin embargo, este mal presentimiento que crecía en mi interior día a día me aterrorizaba. O yo tomaba su alma, o Ronney me daba la mía.

****

Como en una abstracción sonámbula, empujé las puertas del ahora familiar restaurante. El lugar, lejos de estar desierto, estaba repleto de gente. La música apenas ahogaba el sonido de los cubiertos y las voces.

Me dirigí al fondo de la sala en busca de Jiménez, a quien pronto descubrí sola en una mesa. Su plato aún estaba lleno y obviamente estaba empezando a comer. Cuando me acerqué a ella, todas las frases que había preparado meticulosamente antes de llegar habían quedado en el olvido. Me puse delante de ella, mirándola fijamente con una mirada oblicua. Ver la expresión de rabia y sorpresa en su rostro valió la pena. El tenedor que había levantado no llegó a su boca.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Todavía no es sábado.

—¿Y qué?

Mi asistente parpadeó varias veces. Esa noche no llevaba sus gruesas gafas, lo que hacía resaltar más sus hermosos ojos color avellana. La única vez que la había visto sin ellos fue en el galpón de Percy, cuando se refugió en mis brazos. Podría ahogarme en la profundidad de sus ojos, allí mismo, tanto que me traspasaban.

—Yeraz, ¿podrías dejarme en paz por una vez?

—Por supuesto, Ronney, en cuanto hayas dimitido.

¿Ya habíamos llegado a ese punto? Lo dudé. De ninguna manera iba a admitir que la echaba

de menos. Eché un vistazo al restaurante. Muchos clientes nos miraban de forma más o menos discreta. Valentina ya debía haber hablado a todos de mí. Volví a mirar a Ronney, que se sonrojó ligeramente. ¿Así que estaba teniendo un poco de efecto en ella? Decidí provocarla para divertirme:

—Este día también me ha dado hambre. ¿Compartimos?

Me dedicó una sonrisa neutra, sin brillo:

—¡No! Ve y sírvete del *buffet*, como todos los demás. Mi jornada de trabajo ha terminado, ya no estoy a tu servicio.

Recuperé la compostura y dije con un suspiro:

—¿Cuándo lo estás, Jiménez? Me siento más como un oficial de aprobación que otra cosa.

Ronney se encogió de hombros. No fue tan imprudente como para provocarme más esa noche. Su cabeza bajó a su plato, ya no me miraba.

—Nunca me había fijado en el color de tus ojos hasta ahora.

Estaba mintiendo, pero habría dicho cualquier cosa para que levantara la cara hacia mí. Quería ver, quería saber qué había detrás de su mirada. Vamos, Ronney, enséñame algo. Sus ojos volvieron a los míos y se sonrojó de nuevo. Sentí como si me hubieran quitado un gran peso del pecho. La estaba confundiendo. Aliviado, fui a servirme el *buffet* sin saber muy bien por dónde empezar. El restaurante de los padres de Jiménez, con su *buffet* libre, estaba muy, muy lejos de los restaurantes estándar a los que estaba acostumbrado a ir.

Después de imitar a todos los demás durante un rato, fui a reunirme con mi asistente en su mesa, que tenía los ojos pegados a su teléfono, con la frente arrugada por la concentración. Algo parecía molestarla. Cuando levantó la vista, su mirada se deslizó desde mí hasta mi plato. Su rostro mostró asombro y luego su cuerpo comenzó a temblar. Intentó reprimir una carcajada con las manos, pero sólo consiguió hacerla más fuerte. Mi asistente ya no podía controlarse. Después de unos segundos consiguió formar palabras en su boca:

—Es evidente que no estás acostumbrado a este tipo de restaurantes.

¡Eso era seguro! ¿Cómo se había dado cuenta y por qué se reía tanto? Ronney consiguió, por algún milagro, calmarse, pero su voz seguía temblando:

—Bien, querido señor Khan. El buffet es un concepto cuya ventaja es que puedes servirte tú mismo. Para abreviar, los seres humanos del tercer mundo pueden levantarse, tomar sus aperitivos, sentarse de nuevo y tomar su comida y así sucesivamente.

Al ponerlo así, pude entender mejor el comportamiento de Jiménez.

—Es un concepto práctico. A decir verdad, nunca... Nunca...

—Sí, se nota.

Me senté, poco acostumbrado a estar en este tipo de situaciones.

La regocijada voz de mi asistente me indicó que se estaba conteniendo para no volver a reír. Apoyé los codos en la mesa y junté las manos para observarla un momento. Su humor y su contagiosa sonrisa acabaron por contagiarme. Me reí de mi propia estupidez, olvidando por un momento el hombre que era, y luego nos miramos en silencio. En ese momento, era como si no existiera nada más a nuestro alrededor. Resistí el impulso de decirle que su presencia me curaba, que sólo ella expulsaba todos mis demonios, pero la voz de Cyliane me llamó al orden: “Yeraz, ella no. Aléjate de ella, te lo ruego”. Mi sonrisa se desvaneció. Volví a la realidad, y con ella a toda mi soledad. De pronto vi detrás de mi asistente a un hombre frágil y pálido que se acercaba a nosotros. Nunca lo había visto antes y, sin embargo, podía adivinar fácilmente quién era.

Jiménez se sobresaltó cuando su hermano se acercó a ella.

—Buenas noches —dijo, saludándome amablemente.

—¿Cómo estás? —le preguntó Ronney, preocupada.

Su rostro pálido delataba enfermedad y agotamiento. Sin embargo, el joven sonrió para convencer a su hermana de que todo estaba bien.

—Mucho mejor. Me alegro de conocer a tu novio. Lo siento, no me he presentado: Elio, el hermano mayor de Ronney.

Le estreché la mano con suavidad y luego se sentó junto a Jiménez.

—No te hemos visto mucho estos días, hermanita.

—El trabajo en el estudio me está ocupando mucho tiempo. Realmente necesitamos terminar esta temporada. No te preocupes, en unos meses todo volverá a estar en orden.

Satisfecho, Elio se volvió hacia mí.

—Así que, Giovanni, aparentemente mis padres están locos por ti. Dime, espero que mi hermana no sea demasiado difícil de llevar.

Un hermano protector. Me tranquilizó ver por fin a alguien que realmente se preocupaba por Ronney. Probablemente habría utilizado sus últimas fuerzas para intentar acabar conmigo si hubiera sabido en ese momento quién era realmente.

—Tiene su carácter, pero su compañía se ha convertido en algo esencial para mí. Con ella, no hay pretensiones.

Nunca pensé que diría o incluso pensaría esas palabras. Jiménez me observó con desconfianza, como si no me creyera.

A medida que la conversación continuaba, la curiosidad de Elio no hacía más que aumentar.

—Como Ronney y yo, ¿también creciste aquí, en Sheryl Valley?

—Sí, así es. Viajo mucho, pero me alegro de volver cada vez.

Mi asistente nos estaba escuchando. Parecía feliz de ver que su hermano seguía interesado en las personas y las cosas. Varias veces nuestros ojos se encontraron y casi sentí un afecto especial por mí.

Elio se volvió entonces hacia su hermana y con un gesto tierno le acarició la cara.

—¿Has roto tus gafas? La última vez que te vi sin ellas debías tener seis años.

Sus ojos parecían expresar una tragedia infinita. Jiménez se refugió en sus pensamientos, como si estuviera contemplando un recuerdo lejano.

—¿Ronney? ¿Estás bien? —pregunté preocupado.

Mi asistente levantó la cara como si la hubiera despertado.

—Sí, estoy bien. Se supone que me devolverán las gafas la semana que viene.

—Yo creo que eres muy guapa así.

Las palabras de su hermano la hicieron sentir incómoda. Se sonrojó y bajó la mirada.

—Basta —murmuró ella, mostrando su vergüenza.

—Sí, lo eres, hermanita.

Jiménez prefirió cortar la conversación. Se levantó y se dirigió al buffet para servirse el postre, dejándome a solas con su hermano.

Elio se rascó la garganta para llamar toda mi atención. Volví la cara hacia él.

—Soy bastante protector con mi hermana, aunque nunca me haga caso. Me tomé la libertad de buscar tu nombre y apellido en internet, pero no apareció nada. Sin embargo, un hombre de negocios como tú debería aparecer. Es como si no existieras.

Estás buscando en el lugar equivocado, hombre.

—Soy muy discreto. Me aseguro de proteger mi vida privada tanto como mi vida profesional. Los medios de comunicación están más interesados en la acción.

Elio asintió. Bebió su vaso de agua mecánicamente, desviando la mirada, antes de mirar alrededor de la gran sala en busca de su hermana para asegurarse de que estaba lo suficientemente lejos.

—Estoy muy enfermo, no sé si Ronney te lo ha dicho.

—Evita hablar de ello, pero sí, lo sé.

Los ojos del joven se fijaron en los míos. Parecía realmente agotado.

—Voy a morir pronto —dijo en voz baja. Los médicos me dan menos de un año de vida. Así que el tiempo tiene poco significado para mí.

Elio cerró los párpados con todas sus fuerzas antes de volver a abrirlos con dolor.

—Quiero irme sabiendo que mi hermana pequeña es feliz. Quiero asegurarme de que no le falte nada.

Muchas veces había escuchado las últimas palabras de un moribundo, pero éstas me llegaron al alma, probablemente porque era muy unido a Ronney. Elio continuó:

—Nadie en mi familia lo sabe. El tratamiento sólo me da unos meses para despedirme. Por favor, no le digas nada a mi hermana. La destrozaría. Ella... Ha pasado por tanto acoso, tantas cosas…

—Lo sé, lo sé, lo sé. Tu familia es especialmente cruel con ella, incluso tu madre.

Me costó un esfuerzo sobrehumano mantener la calma. Toda esta maldad gratuita hacia Ronney me estaba volviendo loco.

—No puedes culpar a mi madre. Estoy tratando de disculparla. No quiero irme con rencor y rabia dentro de mí. Toda mi vida he estado enfermo. Eso ha ocupado todo su tiempo, toda su energía, todo su amor.

Elio hizo una pausa. Suspiró y luego formuló palabras que parecían demasiado desagradables como para decirlas en voz alta:

—Creo que realmente trató de amar a Ronney. Lo intentó de verdad, pero no lo consiguió.

Bajó la voz al final de la frase, como para que esa dolorosa verdad fuera menos insoportable de escuchar.

Apreté la mandíbula. A lo lejos, Ronney hablaba con una mujer de tez empolvada, con el pelo canoso levantado por un impecable peinado.

—Giovanni, cuida de ella. No dejes que Caleb vuelva a su vida.

Escuchar su nombre me causó una irritación momentánea. Me volví hacia Elio, con los rasgos tensos.

—Mi hermana merece ser feliz. Debe alejarse de mi familia, es perjudicial para ella. Tiene que olvidarse de Bryan y de sus otros amigos imbéciles.

—¿Bryan? —lo corté y lo miré interrogativamente.

Los ojos de Elio se abrieron de par en par al darse cuenta de que yo no sabía de qué hablaba.

—No, es que... Es una mala historia.

Mis ojos se oscurecieron. Con un gesto de la mano lo invité a continuar. Sacudió la cabeza.

—No, mi hermana debe ser quien te lo cuente. No puedo contarte estas cosas. Es demasiado serio.

De ninguna manera iba a dejar esta historia colgada, pero Elio ya se había cerrado en banda. Sabía que no conseguiría nada más de él. Se me ocurrieron mil preguntas. Me observaba con

atención.

—Parece que te preocupas por ella —dijo, casi sorprendido.

—Sí. Me preocupo por ella más de lo que debería. Nadie la ha respetado en este mundo, conmigo será diferente, te lo aseguro.

Aliviado, Elio me sonrió con indulgencia y siguió adelante:

—El próximo fin de semana es el cumpleaños de Carolina. Imagino que estarás allí.

—No creo que lo haga. Tengo que ir a Los Cabos.

—¿Los Cabos?

Elio abrió mucho los ojos. Sus ojos brillaban como los de un niño el día de Navidad. Asentí con la cabeza.

—Ronney y yo nunca tuvimos la oportunidad de viajar. Nunca salimos de Sheryl Valley.

Levanté una ceja, dudoso. Para mí era inconcebible quedarse en un mismo lugar toda la vida.

—¿Va a ir Ronney contigo? Ten cuidado, no sabe nadar.

De pronto volví a ver a Hamza y a Ashley en mi despacho. Al segundo siguiente, visualicé a Ronney y Caleb juntos durante todo un fin de semana. Las palabras de Carolina volvieron a mi mente: *"Ella también te va a dejar. Puedes verlos. Ronney aún siente algo por él"*.

—Sí, Ronney viene conmigo —dije con aplomo—. No puedo imaginarme dejarla sola durante varios días.

Elio, encantado con la noticia, saludó a su hermana con una sonrisa cuando volvió a sentarse con nosotros.

****

—¿Los Cabos? Yeraz, ¿hablas en serio?

Mi asistente, de pie en medio de la acera, no cejaba en su empeño.

—No empieces, Ronney. Si hubiera podido elegir, habría escogido a otra persona.

Como predije, Jiménez estaba furiosa. No estaba contenta con mi decisión de llevarla en ese viaje de negocios, y me lo hizo saber en cuanto cruzamos las puertas del restaurante. Era tarde. Afortunadamente, no había mucha gente en la calle para presenciar nuestra discusión.

Jiménez me miró con asombro.

—¡Consigue a otro y déjame en paz! No quiero ir a ninguna parte contigo.

Una vez más, tuve que mentir para que no adivinara la verdadera razón de esta elección.

—Esta es una isla mexicana. Tengo que ir acompañado de alguien que hable español.

—¡Págale a un intérprete!

Me esforcé por mantener la compostura y dije con una voz terriblemente uniforme:

—Haz tu maldito trabajo. Vienes conmigo, y no hay nada que discutir.

Al oír estas palabras abrió mucho los ojos. Mi mirada se posó en su vena palpitante en el hueco de su cuello.

—Lo veré con Camilia.

Mi asistente endureció su mirada con la confianza de quien se cree ganador. La gratifiqué con una mala sonrisa.

—Si no vienes, será Ashley. Confía en mí, la elección de mi madre será facilísima.

Vi a Jiménez ponerse pálida, sabía que había perdido. La miré con dureza. Quería tomar represalias, pero no encontró las palabras. El viento le revolvió el pelo, que como de costumbre se desprendía de su bola informe sobre la cabeza, y se estremeció. Tenía frío. Estuve a punto de

darle mi chaqueta, pero se alejó como si su único deseo en ese momento fuera estar lo más lejos posible de mí. No podía dejarla volver sola a esas horas. La alcancé y la agarré del brazo. Cuando se dio la vuelta, sus ojos llenos de lágrimas me desarmaron. *"No, no, eso no. Tú no"*. Sentí un fuerte golpe en el pecho. No quería ser el motivo de su tristeza.

—Estoy muy cansada de pelear contigo.

Su voz ronca me paralizó. Ya no podía echarme atrás, tampoco podía dejarla con Caleb. Tenía que aguantar, sus lágrimas no me harían cambiar de opinión. Intenté apartar a Ronney de mi mente por unos momentos, imaginando a otra persona en su lugar.

—Yo también. Tú eres la que no quiere dejar este trabajo y yo sólo tengo una palabra. Nunca volveré a hacerlo. Hasta mañana.

Asintió lentamente sin mirarme, como resignada. Añadí:

—Isaac te está esperando en la esquina. Te llevará a casa.

Me hubiera gustado acompañarla, pero sentí que necesitaba un poco de aire, un poco de espacio. Me di la vuelta y la dejé sola. Después de unos metros, saqué mi teléfono para llamar a Miguel para que me recogiera y me dejara en el club.

21

Era una hermosa mañana en la isla de Los Cabos. A mi asistente le hubiera gustado pasar por su habitación del hotel antes de ir a ese concurrido pub, pero no tuvimos tiempo de desviarnos. Al Jasser era un hombre importante. Era él quien había fijado la hora de la reunión, así como las condiciones de la estancia. Hacía casi una hora que habíamos aterrizado y todo mi equipo estaba ya en sus puestos. No había tiempo para que mis hombres se tomaran una Piña Colada, ni siquiera para que contemplaran a las chicas desnudas que nos rodeaban. Por supuesto, Ronney era la mujer más vestida de la isla, y nadie del equipo se sorprendió. Mi asistente recorrió con la mirada a la multitud y luego se volvió hacia mí con los ojos entrecerrados:

—¿De verdad, Yeraz? Esto es una broma. Aquí todo el mundo habla inglés. Realmente no me necesitabas.

Me encogí de hombros. Jiménez no pudo ver mis ojos, que seguramente me habrían delatado si no tuviera estas gafas de sol en la nariz.

—Sí, en realidad, depende de la época del año.

Lucas, Miguel y Fares apartaron la mirada cuando Ronney volvió el rostro hacia ellos para mirarlos uno por uno.

—Ve a buscar algo de beber, tengo que hablar con Lucas un rato.

No le di tiempo para responder. Giré sobre mis talones y con un gesto de la mano ordené a mis hombres que vigilaran a mi asistente.

Nos sentamos en la terraza con la vista del océano a pocos metros. La música latina se puso al máximo. Me remangué la camisa caliente y escuché atentamente a Lucas, mientras observaba a Ronney en la distancia.

—He transferido a tu tableta los documentos importantes sobre los cinco mayores grupos de construcción. Las cifras permitirán explicar a Al Jasser por qué actualmente tenemos muchos mercados sobrecalentados.

—He estado estudiando el archivo toda la noche. No debería haber ningún problema. Puedo convencerlo de que invierta en nuestros mercados.

Durante unos veinte minutos, Lucas insistió en algunos puntos legales. Las mujeres que nos rodeaban trataban de distraernos con sus trucos. La mayoría de ellas estaban allí para pasar un buen rato, para encontrar gánsteres, hombres poderosos dispuestos a hacer su voluntad. La isla era famosa por ello, pero también por ser un refugio para los mayores criminales del mundo. Estaba distraído. Efectivamente, estaba demasiado ocupado mirando a Jiménez. Lucas chasqueó los dedos delante de mi cara.

—Señor Khan.

Mierda, se había dado cuenta de que sólo lo escuchaba con una oreja. Fruncí los labios y volví la cara hacia él, sin expresión.

Avergonzado, se rascó la nuca y añadió vacilante:

—Se quedará ahí.

Obviamente estaba hablando de Ronney. La culpa fue mía. Le había pedido mucha información sobre ella, más de la que normalmente le pediría. Lo único que no sabía de ella era la talla de su sujetador y el color de su ropa interior. El resto no era un secreto para mí. Soan la seguía a todas horas. Era una exageración, pero todo lo era cuando se trataba de Jiménez.

Lucas continuó:

—La señorita Jiménez no es el tipo de mujer que lo decepcionará. Se quedará aquí. La cuidaré durante sus entrevistas con Al Jasser hoy y mañana.

La voz de mi abogado era distante, natural, y siguió adelante. Lucas era un hombre diplomático, y por eso era tan querido en el *Mitaras Almawt*. No veía nada, no oía nada y, sobre todo, no decía nada.

Continuamos nuestra discusión hasta que llegaron Al Jasser y sus hombres.

****

Entrecerrando los ojos, reconocí la alta figura del cincuentón que se acercaba a nosotros. Lo acompañaban sus dos guardaespaldas y su asistente, un hombre bajo y delgado. Al Jasser no parecía estar de viaje de negocios, con su camisa de franela roja y sus pantalones cortos, sino de vacaciones. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro bronceado. Las arrugas de su rostro acentuaban sus duros rasgos. Sin embargo, el brillo de sus ojos oscuros le daban un aspecto juvenil, suavizando al hombre delgado.

—Vaya, amigo, ¿cómo estás? —dijo en voz alta, extendiendo los brazos.

—Estoy bien. Gracias por tu tiempo.

El hombre se puso una mano en el pecho.

—Llevo a la *Mitaras Almawt* en mi corazón. Y no todo el mundo tiene la suerte de conocer a Yeraz Khan en persona.

Al Jasser se acercó a mí y me dijo en voz baja:

—Por cierto, también me ha gustado mucho tu vídeo de Jacob Percy. Ese perro se lo comió de una manera… Me encantó.

Finalmente, me hizo un guiño cómplice. Asentí con la cabeza, ansioso por seguir adelante.

—Te presentaré a mi equipo y así podremos empezar a hablar de negocios. Tu tiempo es precioso, no quiero hacerte perderlo.

Mi colega apenas me escuchaba. Sus ojos recorrían los cuerpos de las mujeres semidesnudas que se balanceaban en la terraza como demonios al ritmo de la música latina. Me encogí de hombros discretamente. ¿Cómo iba a llamar su atención con todas las tentaciones a su alcance?

—Esta es la señorita Jiménez, mi asistente.

Él y Ronney intercambiaron un apretón de manos que me pareció demasiado largo. Este hombre podía tener más de cincuenta años, pero a las mujeres les gustaba. Después de mirarla detenidamente, dijo con asombro:

—El señor Khan siempre prescinde de asistentes en sus viajes de negocios. Seguramente debes ser indispensable para que te lleve.

Apreté la mandíbula. Jiménez no captó la implicación, pero yo la entendí perfectamente. Sus palabras provocaron una sonrisa de irritación en su rostro, como si quisiera gritar que no tenía más remedio que estar aquí. Sólo yo sabía que detrás de su gran timidez y su postura insegura, Ronney escondía una persona de formidable perspicacia. Preferí sacarla de nuestras discusiones lo suficientemente rápido como para que no pudiera contarle nada a mi madre ni desbaratar mis planes.

—Señorita Jiménez, ¿puede traernos algo de beber y luego dejarnos? El señor Al Jasser y yo

tenemos que hablar un rato.

Mi asistente nos miró a Al Jasser y a mí alternativamente, como si no entendiera lo que le estaba preguntando. *Por Dios, Ronney, ahora no. No digas nada*. Para mi asombro, me obedeció como una empleada dócil. Había evitado lo peor, aunque por su mirada sabía que no había dicho su última palabra.

Me obligué a contener un suspiro de alivio.

Sentado en una mesa de la terraza, no perdí de vista a mi asistente y a Lucas en el fondo del pub. Por la expresión de su rostro cerrado, sospeché que estaba rumiando su ira.

Al Jasser llevaba una botella de whisky en una mano y un vaso en la otra, que estaba llenando. Después de tomar un sorbo, asintió con la cabeza como si estuviera disfrutando de esa gran cosecha. Sin preguntarme, me sirvió una copa y levantó la suya como si dijera: “Por las futuras colaboraciones”.

—Así que estás listo para renunciar a "Roskuf". Sin embargo, querías a esta empresa.

—Hay problemas de gestión. Las cifras no son buenas.

El hombre se hundió en su silla y sacó un cigarro del bolsillo de su camisa. Sus ojos oscuros se endurecieron, la chispa desapareció. Por fin tenía toda su atención. Estaba dispuesto a hablar en serio. Al Jasser regresó a mí:

—Sin embargo, es una de las empresas más cotizadas de la bolsa. Vale miles de millones.

—Por el momento.

De su boca salieron muchas cifras. Había estudiado detenidamente el expediente. Al percibir que Al Jasser estaba presionándome un poco, me abstuve de interrumpirle. Mientras hablaba, mis ojos se posaron en Ronney a la distancia. Parecía estar disfrutando de la presencia de Lucas, lo que realmente me molestaba. Entonces, miré a mi alrededor buscando a Miguel y a Fares. Los dos hombres estaban apoyados en las vallas de madera de la terraza, observando a mi asistente. La situación estaba bajo control, podía concentrarme en mi negocio.

Tras una hora de discusión, Al Jasser hizo una pausa. Aplastó su cigarro en el cenicero y luego me explicó que el sector del petróleo estaba en contracción. Así que tendría que encontrar otras inversiones para el próximo año. Estaba a punto de hablarle de los accionistas cuando Miguel y Fares nos interrumpieron, con las caras enrojecidas.

—Señor Khan, su asistente…

No esperé a que Fares terminara su frase antes de levantarme de la silla, presa del pánico. Recorrí el lugar con la mirada sin encontrarla. Ella y Lucas habían desaparecido.

—¿Dónde está? —ladré en árabe—. ¿Cuánto tiempo ha estado fuera?

Miguel tartamudeó como un imbécil:

—Veinte o treinta minutos, jefe.

Mi cara se contorsionó de rabia.

—¿Qué dices? ¿Dejaste a mi asistente desatendida?

No podía pensar con claridad. La idea de meterles una bala entre los ojos se me pasó por la cabeza, pero no tuve tiempo de ocuparme de ellos. Un zumbido sordo resonaba en mi cráneo.

Mi primer instinto fue marcar el número de Lucas. Fue directamente al buzón de voz. En cuanto a Jiménez, sabía que no llevaba su teléfono móvil. Llamé a Amir.

—Estamos en el pub. Jiménez ha desaparecido. ¡Ven con los hombres de inmediato!

Al Jasser se levantó de su asiento.

—Te ayudaremos a buscarlos.

Asintió y ordenó a sus dos secuaces que se dispersaran. La sangre me latía en los oídos. Intenté respirar con calma para pensar en todas las posibilidades: se fue a caminar, la secuestraron, se ahogó…

—Interroguen a todos —dije a mis hombres.

Di largas zancadas hacia los baños del pub. No los encontré allí.

Después de largos e interminables minutos, me encontré en la playa mirando al océano. Una docena de hombres de Al Jasser habían venido como refuerzo. Mi colaborador me puso una mano en el hombro.

—No se preocupe. Los Cabos es una isla pequeña. Su asistente y su abogado no pudieron escapar muy lejos.

¿Huir? No, Lucas no se escaparía con Ronney. Además, ¿por qué lo haría? La imagen de mi fiel empleado con Jiménez besándose apareció en un rincón de mi mente en ese momento. Rápidamente desterré ese horrible pensamiento. No puede ser. *Si alguna vez... él la... ¡Lo mataré!*

Amir llegó con mis hombres a la playa. Ya habían comenzado su investigación de campo.

—Jefe, entrevistamos a algunos guías locales cerca de los barcos allí. Al parecer, su asistente y Lucas fueron vistos en uno de los rápidos en dirección a la roca.

Entrecerré los ojos con rabia, sin entender lo que me decía Amir. Puse las manos en mis caderas y bajé la cabeza antes de levantarla bruscamente:

—¿En un barco con Lucas?

—Lucas y ella están juntos...

Amir dejó su sentencia en suspenso. Incliné la cabeza para pedirle que la terminara. Apartó la mirada para contemplar el océano.

—Se fueron de paseo.

Al Jasser me dio una palmada, satisfecho con la noticia.

—¡Bien! El misterio está resuelto. Todo peligro ha pasado.

Apreté los dientes y respiré profundamente:

—¿Un paseo? —repetí en voz baja.

Se me escapó una risa nerviosa. Me froté la nariz con el pulgar. Amir se congeló, al igual que Miguel y Fares.

—Los mataré —gruñí entre dientes.

En un arrebato de locura destructiva, grité y añadí señalando con el dedo índice delante de mí:

—Quiero barcos a mi disposición, ¡ya!

Me volví hacia Miguel y Fares, con el dedo apuntando ahora en su dirección:

—¡Están despedidos!

****

Unos treinta minutos después, rodeamos el barco de Lucas y Ronney con los hombres de Al Jasser y los míos. El hombre que timoneaba, su guía, se apresuró a volver a la orilla para terminar el paseo. En la parte superior de le embarcación Jiménez parecía diminuta. En unos minutos estaría de vuelta en tierra y tendría que pagar las consecuencias de sus actos.

En un rincón de la playa, fuera de la vista, había reunido a mis hombres y a Lucas para

arreglar este asunto mientras mi asistente me esperaba más adelante, en el barco que nos llevaría de vuelta a Los Cabos.

Tras un largo silencio salpicado por mis idas y venidas frente a Lucas, al que consideraba responsable de todo este lío, le pedí que se explicara.

—La señorita Jiménez no me dio tiempo de avisarle. Salió del pub sin escucharme. Intenté detenerla. No tuve tiempo de pensar.

Respondí con una voz llena de rabia:

—Así que te encuentro en un barco haciendo parapente. No estamos aquí para eso, esto no es un juego. ¿Y si te hubiera pasado algo? ¿Eh?

El joven intentó apartar la mirada, pero le obligué a sostenerla.

—La señorita Jiménez necesitaba distraerse —dijo en un tono que rozaba la insolencia.

Perdiendo el control, tomé mi pistola de la parte trasera del pantalón y le golpeé en la cara con la culata. Lucas se tambaleó y casi se tropieza, porque el golpe fue muy violento. Enderezó el pecho y se sujetó la cara con la mano. Me acerqué a él con largas zancadas, con aspecto amenazante, lleno de una furia ardiente:

—Tú no tomas las decisiones aquí, lo hago yo. ¡Sólo me obedeces a mí! Tengo tu vida en mis manos, recuérdalo.

Tras escupirle estas palabras en la cara, me volví hacia Amir y mis hombres, con los ojos saliéndose de las órbitas:

—Asegúrate de que aprenda la lección. No quiero reconocerlo cuando lleguemos a Los Cabos.

Me alejé sin mirar atrás, sólo el sonido de los golpes que llovían sobre Lucas me seguía. Podía morir en ese arroyo, me importaba una mierda. Ahora era el momento de ocuparme de mi asistente.

****

En el coche de vuelta al hotel, mi pie seguía golpeando nerviosamente el suelo. La isla estaba repleta de vida. En la carretera los vehículos avanzaban a toda velocidad, zigzagueando entre el polvo y el denso tráfico.

Mientras conducíamos, Jiménez me miró preocupada antes de intentar romper el pesado silencio que se había instalado entre nosotros:

—¿Dónde están Miguel y Fares?

—Despedidos —respondí, todavía mirando por la ventana.

En mi mente surgían imágenes insoportables: Ronney muerta en la playa o ahogada. Lucas y ella juntos, sus cuerpos desnudos y entrelazados. Todos los escenarios habían pasado por mi cabeza cuando la buscaba con los hombres de Al Jasser.

—¿Yeraz?

Su voz suave y suplicante me devolvió al momento presente. Volví mi cara hacia ella, su respiración se detuvo.

—A menos que me equivoque, no sabes nadar.

Mis palabras la congelaron en su sitio.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Tu hermano me lo dijo en el restaurante el otro día. También me pidió que cuidara de ti.

Mi tono gélido la desequilibró. Quiso explicarse, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Finalmente, bajó la mirada a sus manos.

—Nunca debiste irte con él, actuar como una tonta y arruinar mi cita. Hablaremos de esto en el hotel, tengo correos electrónicos que enviar.

Volví a girar la cabeza hacia la ventanilla y permanecí en silencio durante el resto del viaje.

****

Mis hombres y yo entramos en un jardín de colores vivos, lleno de vida, cuyo aroma floral nos hacía cosquillas en la nariz. La brillante luz de la tarde se reflejaba a nuestro alrededor. Este moderno hotel era tranquilo, un verdadero paraíso en la Tierra. Le había pedido a Al Jasser que se uniera a nosotros para terminar nuestra reunión. No podía permitirme perder más tiempo ni dinero.

Lucas se unió a nosotros en la sala. No tenía buen aspecto. Su cara hinchada indicaba que mis hombres habían hecho su trabajo. Detrás de mis gafas miré discretamente a Jiménez, que se horrorizó al encontrarlo en ese estado. Ahora sabía de lo que era capaz. Satisfecho, continué mi camino hacia el piso superior para llevarla a su habitación.

La suite, como el resto del establecimiento, estaba iluminada con tonos dorados. El mobiliario estaba decorado con flores de colores vivos y objetos clásicos. Todo hecho para crear una atmósfera silenciosa, delicada y cálida en la sala.

—Déjenos solos —ordené a mis hombres en árabe.

Con la mano en el aire le indiqué a Lucas que se quedara allí. Se unió a Ronney, que estaba de pie junto a la puerta, de espaldas a la pared, como si aún pudiera escapar de mí. Una mirada alarmada cruzó sus ojos. Nunca había tenido tanto miedo de mí.

Cuando la puerta de la habitación se cerró, me quité las gafas y miré al joven, que se sintió repentinamente incómodo. Sus ojos estaban abatidos y no se atrevía a levantar la cabeza.

—¿Apagaste tu teléfono a propósito?

—No, jefe, la batería estaba muerta.

Me pasé una mano por la cara y empecé a caminar de un lado a otro de la habitación en un intento de calmarme. La rigidez de mis movimientos delataba mi estado de ánimo. Ronney quería consolar a Lucas, dar la cara por él, pero me conocía lo suficiente como para saber que sería peor para él si abría la boca. Angustiado, con los ojos fijos en él, pude ver cómo sus hombros subían y bajaban con cada respiración que hacía.

—Ya no te necesito aquí. Vas a volver a Sheryl Valley.

A pesar de su angustioso estado, el joven asintió con su habitual calma y cortesía.

—Me disculpo sinceramente. No volverá a ocurrir.

Lucas giró sobre sus talones. Ronney lo vio salir sin poder retenerlo. Cuando la puerta se cerró tras él, mi asistente pareció perder diez centímetros.

—¿Por qué te dedicas a hacer todo lo contrario a lo que te pido?

Jiménez giró lentamente su rostro hacia mí. Pálida, con el rostro enrojecido, buscaba las palabras correctas:

—No sabía que sería tan malo. No pensé en ese momento.

Ella miró hacia otro lado. Sus explicaciones me parecieron insuficientes. Perdiendo los nervios, me acerqué a ella con paso amenazante. Con las yemas de los dedos le agarré la barbilla para obligarla a mirarme a los ojos.

—Esta isla está llena de tiburones, y cuando digo tiburones no me refiero al pez.

Mi asistente tragó lentamente antes de asentir. Mi mano buscó mi pistola y la colocó en el mueble junto a ella. Su respiración se aceleró.

—La próxima vez me quedaré en mi asiento. Entiendo que te he hecho perder el tiempo, pero si no me hubieras llevado, no estaríamos aquí.

La miré de reojo, sorprendido por su repentina explosión de energía. Presintiendo que se avecinaba una discusión, giró la cara hacia su izquierda. Cuando sus ojos encontraron el arma a escasos centímetros de ella, una expresión indescifrable cruzó sus ojos. Ya había visto esa mirada en los rostros de mis enemigos innumerables veces. Ese segundo en el que una ráfaga de esperanza los reanima, cuando sopesan los pros y los contras. A mi asistente le tocó hacerse estas preguntas: ¿tengo tiempo de agarrar el arma para matarlo? ¿Y luego qué? Sabía que no tendría las agallas para hacerlo. Ronney era demasiado humana, demasiado íntegra como para pasarse al otro lado. Sacudió la cabeza enérgicamente para poner en orden sus pensamientos. No quise dejarla así y decidí llevarla hasta su límite:

—Todavía está cargada y estoy lo suficientemente cerca de ti como para que no falles. Pocas personas se han atrevido a apuntarme con una pistola y las que lo han intentado ya no están vivas para atestiguarlo. ¿De verdad crees que le temo a la muerte, cuando me he codeado con ella desde que era un niño? Me duermo y me despierto en sus brazos.

No sabía que tenía seis años la primera vez que me clavaron un cañón en la cabeza. Tampoco sabía que mi padre lo hizo para castigarme por haber levantado a un compañero que se había caído ese día en el patio.

—Si no le temes a la muerte, ¿a qué le temes?

—El miedo es una cadena que nos ata y nos impide avanzar.

Me acerqué un poco más a ella como si una fuerza invisible me empujara. Jiménez se pegó a la pared, pues no podía retroceder más.

—Todos le tenemos miedo a algo.

¿A dónde quería llegar? Ella sabía que yo no era un hombre ordinario. ¿Qué quería oír? Incliné la cabeza y la miré profundamente a los ojos en busca de respuestas, pero la intensidad de sus ojos era insoportable.

—Reuniste a un ejército de hombres para encontrarme. ¿Cómo te sentiste todas esas horas buscándome?

Ay. Jiménez estaba poniendo el dedo en algo que me superaba, que me molestaba. Su desaparición había despertado un tsunami en mí, era cierto.

—Con deseos de matar —solté.

Mi respuesta no le sorprendió. Esta forma de hacerme creer que me conocía mejor que yo me molestaba. Me acerqué hasta que pude sentir su cálido aliento en mi piel.

—Estoy enfadado con el mundo, Ronney, y eso nunca podrás cambiarlo. Hasta ahora me he dedicado a coquetear con las tentaciones del Diablo y eso me ha bastado.

Podía sentir que estaba despertando en ella una emoción que nunca había sentido por mí. Todo su cuerpo hablaba por ella. Su mente quería huir de esa habitación, lejos de mí, pero algo la retenía. Embriagada por mi voz plena y cálida, Ronney apenas podía mantener los párpados

abiertos. Por primera vez confié en alguien:

—¿Qué me da miedo? Los viernes por la noche cuando te vas y no tengo ya nada que me impida cargar la pistola.

Incluso en ese momento en que la furia nunca estaba lejos, su boca me atrajo como un imán. Ronney acababa de cerrar los ojos. Con su cara levantada hacia mí, me permitía hacer lo que me había prohibido durante días. Me estremecí de deseo. Apoyé suavemente mi mejilla contra la suya, como si fuera la cosa más frágil que jamás hubiera tocado. El silencio absoluto nos envolvió a ambos en el abismo del secreto. El mundo bajo mis pies se desmoronaba por su culpa. Una mujer no podía arrebatarle el poder a un hombre de esa manera, pero hasta ese momento nunca me había sentido tan impotente. Una mujer, una Ronney, una voz... Sí, todo había empezado con su voz. Todo comenzó con la magia que trajo a mi mundo un sábado por la mañana en su estudio de grabación. *Ella no, Yeraz. No puedes tomar su luz para iluminar tu oscuridad.*

Volví a tomar mi pistola, y antes de que sus manos me tocaran y ella volviera a abrir los ojos, decidí marcharme.

En el pasillo, suspiré profundamente para calmar los latidos de mi corazón y recuperar la compostura y la seriedad. Una docena de hombres me esperaban fuera de la habitación. Todos empezaban a preguntarse por la verdadera naturaleza de mi relación con mi asistente. Estábamos pasando demasiado tiempo juntos, Ronney y yo. Distraído, menos diligente en mi trabajo, mi mente estaba constantemente ocupada por esta mujer que tenía demasiado lugar en mis sueños, mis pensamientos y mi ira.

****

Eran ya las seis cuando me reuní con Al Jasser en el pequeño salón privado del hotel. Mi colega me miró con simpatía y me invitó a sentarme en uno de los sillones frente a él. Cuando tomé asiento, nuestros hombres se distribuyeron a nuestro alrededor.

—¿Cómo está tu asistente?

—Bien —respondí con una evidente inflexibilidad en mi voz.

Mi interlocutor no insistió. Continuamos nuestra discusión donde la habíamos dejado.

Una camarera venía regularmente a rellenar nuestros vasos, que yo bebía demasiado rápido. No podía dejar de pensar en Ronney. Esa dolorosa sensación me aplastaba el pecho y me impedía pensar con claridad. Al Jasser continuó:

—Mi empresa petrolera es una de las más rentables del mundo, con más de ciento dieciocho mil millones de dólares de beneficios el año pasado. Así que necesito inversiones seguras.

—La venta de acciones debería servir para financiar parte de nuestra economía. Necesitaríamos que nos dieran entre el uno y medio y el dos por ciento de sus acciones.

—Hmm —dijo Al Jasser pensativo.

—Estamos esperando las ofertas de nuestros inversores, que llegarán pronto.

El hombre hizo un gesto a la camarera para pedir otra bebida y luego encendió un puro, señal de que estaba a punto de embarcarse en un largo e interminable monólogo. Así que cenaríamos allí.

El lugar era agradable, muy cómodo. Las partículas de polvo se arremolinan en los rayos de luz que llegaban desde el techo. A lo lejos, más allá del bar, una cantante entonaba una suave y relajante melodía de jazz. A Ronney seguramente le hubiera gustado escucharla. Uno de mis hombres se había acercado a mí unos minutos antes para decirme al oído que todavía estaba en su habitación. Era tarde, así que probablemente ya estaba dormida.

La discusión terminó en torno a la cena. Cuando Al Jasser apagó su tableta, apareció su asistente. Metió unos documentos en un maletín y nos dejó solos de nuevo. Mi interlocutor se hundió en su silla, habíamos terminado por hoy. El salón estaba lleno de huéspedes del hotel, en su mayoría hombres de negocios.

—Llamas mucho la atención, Yeraz, como si estuvieras diseñado para ello.

—Mis gafas los atraen. Me hacen más misterioso.

El hombre sonrió. Estaba a punto de decir algo, pero de repente lo distrajo una hermosa mujer con gruesos rizos negros que le caían hasta la parte baja de la espalda. Pasó junto a nosotros, dirigiéndome una mirada interesada, y luego continuó su camino con paso suave, con su cuerpo enfundado en un vestido azul eléctrico.

—Sólo di la palabra, amigo mío, y la enviaré a tu habitación para pasar la noche. Será mi regalo.

Al Jasser terminó su frase con un gesto de complicidad. Mi gusto por las mujeres no era un secreto.

—Si es un regalo, me llevaré dos —dije, levantando mi vaso en su dirección.

Se rio y añadió que tenía razón. Por mucho que quisiera marcharme ahora e ir a mi habitación, sabía que tenía que quedarme un poco más para cumplir con esta reunión de negocios. Me senté y escuché a Al Jasser contarme su vida. Mientras me contaba las hazañas de su último hijo, Madeline, ahogué mi aburrimiento y mi mal humor en alcohol. Afortunadamente, la cantante del fondo de la sala hizo que el momento fuera soportable.

22

Febril y ebrio, caminé por el pasillo hacia mi habitación, pero fue en la puerta de Jiménez donde me descubrí de pronto.

—Jefe, ¿va todo bien? —preguntó uno de mis hombres, al que había asignado la vigilancia de la habitación de mi asistente.

Respondí con un gesto de la mano. El grupo de hombres intercambió miradas de preocupación, pero nadie insistió.

Con un pequeño paso, el más discreto y silencioso, entré en la habitación de Ronney. Sentí como si me hubieran quitado un peso de encima. La habitación estaba a oscuras y en silencio. Una extraña serenidad me envolvió. Los negocios, la organización, las obligaciones… Ya nada importaba.

En un rincón de la suite, me deslicé en un sillón y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Al cabo de unos segundos, su figura empezó a tomar forma y entonces vi poco a poco su rostro. Su largo pelo negro estaba esparcido por la almohada. Nunca la había visto más relajada y hermosa que ahora.

Me aflojé la corbata y desprendí los primeros botones de la camisa sin apartar la vista de Jiménez. *Dime que no es verdad, dime que no me estoy enamorando de esta mujer.* Me quedé mirando cómo dormía, con los párpados pesados, hasta que finalmente yo también caí rendido de cansancio.

Abrí los ojos de pronto, jurando que oía el murmullo de las quejas de alguien. Me llevó un momento recordar dónde estaba y acostumbrarme a la oscuridad de la habitación. Mi mirada se posó en Ronney. Mis cejas se fruncieron, dejé de respirar como si sintiera que algo iba mal.

—Bryan, no, déjame ir —suplicaba Ronney, todavía con un sueño pesado.

Me senté lentamente. Entonces empezó a revolverse. Las lágrimas enturbiaron su voz:

—¡No, detente! ¡Quítame tus manos de encima, no me toques!

Al darme cuenta de que estaba teniendo una pesadilla, me levanté de la silla para acompañarla. Se retorcía tanto que tuve que sujetarla por debajo de los brazos para levantarla y tirar de ella contra mí para calmarla.

—¡Ronney! Ronney, despierta. ¡Ronney!

Con la frente cubierta de sudor y las mejillas mojadas por las lágrimas, mi asistente abrió los párpados. Su mirada asustada me petrificó. Maldita sea, Ronney, ¿qué te han hecho? Sentada en mi regazo, la abracé tan fuerte como pude. Nos miramos fijamente. Parecía rogarme que no la abandonara y en ese momento juré por lo que más quería en el mundo que nunca la dejaría. El tiempo se detuvo, no hubo necesidad de palabras. Había escuchado mi promesa silenciosa y cerró los párpados para dormirse plácidamente contra mí. *¡Bryan! Su hermano había mencionado su nombre en el restaurante. El accidente en la escuela. Fueron muchos, Ronney, y te hicieron daño.*

Esperé a que Jiménez se durmiera profundamente antes de meterme en la cama con ella. Iba a retroceder un poco para dejarle espacio, pero ella se acercó más a mí. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Nuestras caras estaban a milímetros de distancia. Respiré el olor de su piel enjabonada y luego recorrí con la mirada cada centímetro de su rostro. Todos sus pequeños

defectos ya no me molestaban. Mi mano acarició sus hombros desnudos, ella se estremeció. En ese momento, el deseo de perderme en ella era más fuerte que nada. Aparté un mechón de su cara y rocé mis labios contra los suyos antes de apartarme. ¿Por qué sentía que estaba mordiendo la fruta prohibida?

Me quedé allí toda la noche, hasta la madrugada, por si otra pesadilla la acechaba. Esa fue la primera noche que dormí tranquilamente. La magia de Ronney había alejado a los demonios de mí.

****

Un insistente timbre llegó desde muy lejos. Con los párpados cerrados, volví poco a poco a la realidad. Con el cuerpo entumecido y la mente nublada, tardé en salir del sueño. Cuando reconocí el timbre de mi teléfono móvil, abrí los ojos de par en par y me senté bruscamente. Me zafé del abrazo de Ronney y tomé mi teléfono, que aún estaba en el bolsillo de la chaqueta.

Al Jasser, al otro lado de la línea, nos invitaba a Jiménez y a mí a dar un paseo en su yate durante todo el día. Si quería cerrar los negocios con este hombre lo antes posible, no tenía más remedio que aceptar su invitación.

—Sí, el torneo *Bisbee Black and Blue*. Muy bien, allí estaremos —dije a mi interlocutor.

Colgué y miré la hora. Efectivamente, llegaríamos tarde. Era la primera vez que me acostaba con una mujer y no estaba satisfecho. Sin embargo, una parte de mí quería quedarse con ella más tiempo.

Giré la cabeza hacia mi asistente. Se sentó en la cama y se tapó con la manta para esconderse de mí. Un tirante de su camiseta se había desprendido de su hombro, dejando al descubierto parte de su cuerpo. Me pasé una mano por la cara para despejar la cabeza antes de sentarme en el borde de la cama. Su pelo largo, grueso y despeinado enmarcaba su rostro, haciendo que sus ojos color avellana resaltaran más. Me sentí como si otra Ronney estuviera sentada allí. Parpadeó varias veces. Sabía que desde allí apenas podía verme.

—¿A dónde vamos? —preguntó con una voz suave y profunda.

—A pescar.

Ronney, sorprendida por mi respuesta, añadió:

—Esperaba cualquier cosa menos eso.

—Es una religión en esta isla. La gente viene de todo el mundo para participar en este torneo. Se ha convertido en la competición de pesca más rica del planeta.

Mi asistente asintió. De pronto, flashes de esa noche volvieron a mí. Necesitaba saber la verdad, saber lo que Bryan le había hecho. Tenía una idea, pero esperaba equivocarme.

—Ronney, ¿recuerdas tu pesadilla de anoche?

Sus mejillas se sonrojaron de vergüenza. Jiménez se levantó un poco más la manta antes de mirar a su alrededor con pánico.

—¿Me has oído? ¿Por eso has venido a mi habitación?

No, estaba allí porque no puedo alejarme de ti.

—Ya estaba en tu habitación, en la silla. Tenía miedo de que te escaparas en medio de la noche.

Me detuve un momento, sin saber cómo abordar el tema. Apreté los labios y me obligué a continuar:

—Tus gritos me asustaron por completo.

Se produjo un silencio extraño entre nosotros. Ronney claramente no estaba interesada en hablar conmigo, una señal de que algo malo había sucedido. Una ira sorda surgió en mí. *¿Bryan qué?* La mirada de Ronney se volvió vaga, parecía ausente. Sabía que estaba despertando una dolorosa herida en ella. La vida no podría ser peor para ella.

Decidiendo dejar las cosas así, me levanté, llevándome parte de su dolor y sufrimiento.

—Voy a ducharme y a cambiarme. Te espero en el pasillo.

Me acerqué a la puerta, con los músculos en tensión. Pensamientos oscuros invadieron mi mente. Quería derribar todo lo que me rodeaba. Mi mano se dirigió a la manilla, pero se negó a abrirla. *¡Mierda, necesito saberlo!* Volví a mirar a Ronney, que me rogaba que me fuera con la mirada. Me aferré con todas mis fuerzas a los enormes ojos de esa mujer, que era todo bondad, para no hundirme en el odio más profundo.

—Ellos... Ellos...

Jiménez abrió la boca y volvió a cerrarla, para finalmente añadir con una súplica en la voz:

—Vas a llegar tarde. Tienes que prepararte.

—¡Dime!

Mi corazón se aceleró y mis ojos se entrecerraron. Con los puños cerrados, esperé la respuesta, que creí que tardaría en llegar.

—Me escapé. Y al día siguiente dejé la escuela.

Un suspiro liberador se me escapó. Sabía que no diría nada más, pero yo no iba a dejarlo así.

****

Las horas a bordo del yate pasaron lentamente. El sol nos daba de lleno, calentando el asiento de cuero en el que estaba sentado. No podía hablar, porque estaba muy concentrado en observar a Jiménez, sentada en la popa del barco con los pies en el agua. Nada me aterraba más que imaginarla cayendo al agua sabiendo que no sabía nadar. Amir y mis hombres me siguieron en otro bote, siempre a una distancia segura de nosotros para pasar lo más desapercibidos posible.

En la proa del barco, las mujeres que habían sido invitadas para pasar el día se bañaban en la piscina, gritando y riendo. Ya estaban bien embriagadas, con coca en sus fosas nasales, y la música las hacía bailar y cantar. En ese ambiente agitado, la voz de Al Jasser me llegó desde lejos:

—Sólo tenemos que jugar con la falta de armonización de los tipos de IVA. Tenemos que ocuparnos de los países que no tienen una disposición penal. Algunos gobiernos prefieren cerrar los ojos para comprar la paz social.

Con los ojos ocultos tras mis gafas de sol seguí observando a Ronney a escondidas, mientras ella se perdía en la contemplación del paisaje salvaje. La luz del sol adornaba el perfil de su rostro. Había mucho más en ella que en cualquier otra mujer que hubiera conocido en mi vida.

¡Maldición, Al Jasser! Me había olvidado de él. El hombre esperaba una respuesta, me aclaré la garganta:

—Blanquear ese dinero no será complicado con la participación de nuestros banqueros,

abogados y jueces amigos.

Podría jurar que en ese momento Jiménez nos estaba escuchando. Su cabeza acababa de girar medio milímetro. Continué con más cautela:

—Tenemos que infiltrarnos en las nuevas economías legales, especialmente en las transferencias de dinero.

—Nuestros socios comerciales están dispuestos a seguirlo, señor Khan.

Esa era una buena noticia. Al Jasser se detuvo un momento y luego preguntó, dubitativo:

—Y ¿qué hacemos con el cargamento de droga atascado en la entrada del puerto de Sheryl Valley?

Este colaborador, al igual que Nino, quería parte del lago de la ciudad para luego poder trasladar la droga al interior. Mi interlocutor había oído hablar del acuerdo entre Hamza y el jefe de la Rosa Negra. También sabía que pronto íbamos a ocupar gran parte de las tiendas y restaurantes de la ciudad. De pronto, mi mente dio vueltas. *¡El plan Kayser, maldita sea! El restaurante de Ronney está probablemente en la lista. Tengo que solucionarlo en cuanto lleguemos a casa.* Decidí dar largas al asunto:

—¡No se trata de nosotros! La mafia siciliana puede manejarlo. Nada de tráfico de personas ni de drogas en mi territorio. ¿Está claro?

—Eres el heredero del imperio de tu padre. Haremos lo que desees.

El empresario no insistió y prefirió pasar a otro tema igualmente espinoso.

—Me he enterado de que Leone y sus hombres te traicionaron en Nueva York en la licitación número ocho. ¿Cuál es la situación de ese acuerdo?

****

A última hora de la tarde, el asistente de Al Jasser se unió a nosotros en el puente superior de la popa del barco. Con aspecto aburrido, vino a darnos noticias de la pesca.

—Teníamos uno, señor. Se enganchó y saltó unas quince veces antes poder traerlo junto al yate, después de cuarenta y cinco minutos.

Silencio. El empresario invitó a su asistente a continuar.

—El marlín está sufriendo numerosos ataques de tiburones. No sé si será seleccionado para el concurso.

Avergonzado, Al Jasser se acarició la barbilla y pensó durante unos segundos antes de dar una calada a su cigarro.

—Sólo importa el peso. Ponlo en la lona. Tenemos que volver a puerto, pronto oscurecerá.

El asistente asintió y se unió a los hombres en cubierta.

—La parte más emocionante del día: el pesaje —dijo el hombre dirigiéndose a mí—. El subidón de adrenalina es tan fuerte que cada vez me pregunto si mi corazón resistirá.

Se rio a carcajadas. Levanté mi vaso y tomé un largo sorbo. En el horizonte, el sol había empezado a declinar, con reflejos anaranjados bailando en la superficie del agua. A nuestro alrededor, embarcaciones de diversos tamaños también participaban en la competencia de pesca más famosa del mundo. El olor del océano flotaba en el aire, la sensación de libertad era fuerte. Habíamos terminado de concluir nuestros asuntos. Se habían firmado varios importantes contratos con Al Jasser, Hamza estaría encantado.

—¿No te gusta ninguna de las mujeres que he traído hoy? Son para ti. El año pasado te gustó mucho Sandy, la pelirroja hermosa de piernas largas. Por desgracia, la llamaron para ir a Dubái justo antes de que me fuera.

Jiménez, que observaba la puesta de sol un poco más lejos, con los brazos apoyados en la barandilla del yate, había vuelto la cara hacia mí, como si las palabras de Al Jasser la hubieran desafiado. Una expresión indescifrable cruzó su rostro, pero antes de que pudiera intentar adivinar lo que era, volvió los ojos hacia el horizonte.

Me moví en el banco para buscar otra posición antes de rechazar educadamente el regalo del empresario.

—Me gustaría pasar la noche en tu yate sin tus invitados y personal.

Al Jasser me miró un momento, con una leve sonrisa en el rostro, antes de medio girar la cabeza hacia la popa del barco.

—Supongo que no estarás completamente solo.

Sospechó que quería pasar un tiempo con mi asistente. De hecho, quería provocar al destino, para ver hasta dónde podía llegar. Sabía que, si no lo hacía, lamentaría amargamente haber dejado escapar esa oportunidad de obtener por fin algunas respuestas a mis preguntas. En el fondo, esperaba confirmar que yo había enredado todo con Jiménez, y que en el fondo, lo que ella provocaba en mí no era más que el fruto de una fantasía que había empezado con un simple juego entre nosotros. Nada más.

****

Puse mis gafas en el borde del jacuzzi y ofrecí mi cara a los miles de estrellas que brillaban en el velo oscuro del cielo. Sentado en el agua caliente, en medio del océano, con nada más que el sonido de las olas chocando contra el casco del yate, por fin pude respirar. Me invadió una calma que me hizo olvidar por un momento quién era.

Bajé la cara para mirar a Jiménez, de pie en la cubierta. Tenía en la mano una copa de vino tinto que apenas había tocado. Sumergí las manos en el agua caliente y me las llevé a la cara. Todos mis músculos se relajaron. Con la espalda apoyada en el borde, apoyé los codos y repasé con la mirada a mi asistente. Percibí una clara tensión interior en ella. Levanté la barbilla en su dirección, había llegado el momento.

—¡Quítatelos!

Jiménez sabía que estaba hablando de sus pantalones. No pareció sorprendida por mis palabras, sólo parecía molestarle la presencia del piloto en la cabina sobre nosotros.

—No te preocupes. Nuestros empleados prefieren no ver ni oír nada de lo que ocurre a su alrededor. Quiero que vengas y te unas a mí.

Mi asistente podía negarse, me había demostrado en las últimas semanas que no podía obligarla a hacer nada. Una parte de mí rezó para que me obedeciera.

Mi respiración comenzó a acelerarse cuando ella dejó el vaso en el borde del yacuzi y sus dedos desabrocharon los primeros botones de sus pantalones. *Joder, esto está pasando de verdad*. Dejé de respirar cuando sus pantalones se deslizaron por sus caderas hasta sus tobillos. Un cosquilleo recorrió mi cuerpo mientras mi sexo en los bóxers se iba entumeciendo. Tenía calor, mucho calor. Con un movimiento de cabeza le pedí que se quitara el top. Fue entonces

cuando vi por primera vez sus pechos en el top del traje de baño. Su cuerpo, muy delgado, era todo lo contrario a las mujeres con las que suelo acostarme y, sin embargo, era todo lo que quería, era todo lo que deseaba. Me contuve para no saltar sobre ella. Mi corazón latía tan fuerte que ella debió ver cada latido de mi pecho. El cosquilleo se intensificó hasta ser doloroso. Tenía que tocarla, satisfacer este deseo que me había estado torturando durante días.

—¡Ven aquí!

Sin oponer resistencia, Jiménez entró en el agua para unirse a mí, con sus ojos clavados en los míos. Me hormigueaba la cabeza, ya no podía pensar. Mi mente daba vueltas.

Ronney dudó en acercarse más a mí, pero pude ver el deseo en sus ojos. En ese momento, la tentación era demasiado fuerte. Mi brazo fue a su cintura y la atrajo contra mí. Sus pechos, su vientre, sus muslos llegaron a chocar contra mi cuerpo. El contacto de su piel con la mía era tan inquietante, tan nuevo. Sin pensarlo, mis labios se estrellaron contra los suyos. Intentó resistirse antes de soltarse. La besé ferozmente, loco de deseo y de ira. Enfadado porque me hizo sentir algo que nunca había sentido. Enfadado porque Caleb ya le había puesto las manos encima.

De su boca salió un gemido ahogado que me excitó aún más. La apreté contra mí, contra mi erección. Mi mano bajó por su cuello y estaba a punto de acariciar su hinchado pecho cuando me apartó de mi apremiante abrazo. Me aparté para respetar su decisión sin entenderla realmente. Sin aliento, dijo:

—Lo siento. Es un poco apresurado.

Sentí que había algo más. ¿Había ido demasiado lejos o demasiado rápido?

—¿Qué está pasando?

Al sentir la tensión en mi voz, tartamudeó:

—Estamos desconectados de la realidad en esta isla. Escucha, hay muchas mujeres a tu alrededor, Yeraz. No puedo entregarme y al día siguiente fingir que no ha pasado nada.

Fruncí el ceño. ¿No podía haberse dado cuenta de eso antes de quitarse la ropa? ¿Qué demonios estaba buscando ahora? ¡Caleb probablemente todavía la estaría reteniendo! Él era con quien ella quería coger. Una desagradable sensación de decepción se apoderó de mí. Pregunté con voz gélida:

—¿Y qué quieres? ¿Qué esperabas? ¿No te basta con divertirte?

Ronney se quedó sin palabras ante mi repentino cambio de humor. Me miró con desesperación. Estaba tratando de herirla porque ella me rechazaba. No era el tipo de hombre al que se puede decir que no, pero Ronney sí. Perdida, miró a todas partes menos a mis ojos. Impaciente, di una palmada en la superficie del agua para hacerla reaccionar. Se estremeció:

—No, eso no es suficiente para mí, ¡claro que no! Trabajo contigo, pero también trabajo con todas esas mujeres a las que te tiras. Eso es una mierda.

¿Así que ésa era su penosa excusa? Las mujeres que me rodeaban de pronto la molestaban. Algo dentro de mí me obligó a explicarme:

—No cuentan, y en lo que respecta a Ashley, he sido claro desde el principio. Las reglas se establecieron desde el principio.

—¿Y qué reglas hiciste conmigo?

Estaba furioso, no sabía por qué. Su pregunta me desarmó. Aparté la mirada y cerré los ojos, esperando que los latidos de mi corazón se calmaran. ¿Cómo podía decirle que con ella no había nada y que ese era el problema? Volvió al punto:

—¿Me cambiarás con tu hermano cuando se acabe tu capricho y te disculpes por acostarte con su prometida?

Sus palabras me escocieron hasta la médula. Estaba cruzando la línea. Volví la cara hacia ella, el odio había vuelto. Intenté no enterrar la cabeza en el agua.

—¡No sabes nada de eso! Es cierto, eres igual que el resto, Ronney, escuchas chismes y juzgas a la gente por lo que dicen otros.

Al borde de las lágrimas, golpeó los puños con rabia en el agua antes de espetarme:

—Lo que sé es que no quiero hacerme ilusiones. Caleb me rompió el corazón y no quiero volver a encariñarme con nadie así. No, no quiero abrigar la esperanza de que puedas cambiar por mí. ¡No quiero esperar nada!

Siempre volvía a él, a Caleb. Nunca podría arreglar su corazón como ella nunca podría arreglar el mío. Ronney no era del tipo de una noche y de ninguna manera iba a involucrarse con otra mujer. Así que nunca habría nada entre nosotros.

—Ni por ti ni por ninguna otra renunciaría a esta vida. No me arrepiento de nada, Ronney. Ningún crimen, ningún dolor, ninguna pena que pueda haber causado. No me arrepiento de nada.

Sorprendida, sus ojos vacilaron. La decepción absoluta se pintó en su rostro. Ahora estaba claro. Mi corazón se hundió, pero no dejé que se notara. Tomé mis gafas y salí del jacuzzi. Sin volverme, dije con una voz llena de un inmenso desdén:

—¡Vuelve a ponerte la ropa! Nos vamos a casa. Mañana saldremos al amanecer.

****

Cuando llegamos al hotel, todavía no estaba satisfecho. Ordené a Amir y a mis hombres que llevaran a Jiménez a su habitación y se ocuparan de su seguridad. Mi asistente se fue sin decir nada, sin siquiera ni mirarme.

Fui al salón privado del hotel para beber algo lo suficientemente fuerte como para olvidar esa miserable noche.

Una hora más tarde, regresé con dos acompañantes, con las que pasé parte de la noche.

23

Me pareció que algo había cambiado en la habitación. Mi oficina se sentía diferente, ¿seré yo?

Isaac había llevado a Jiménez a su casa tan pronto como llegamos a Sheryl Valley. En el viaje de vuelta a casa sólo habíamos hablado lo justo y necesario. Ni ella ni yo teníamos ganas de hablar de la noche anterior.

Mis manos se posaron en mis sienes. Me había despertado esa mañana con un terrible dolor de cabeza, que seguía ahí a primera hora de la tarde. La sensación de bienestar que había experimentado al dormir cerca de Ronney se había evaporado.

La voz de Soan, que acababa de entrar en la habitación, me sacó de mis pensamientos:

—Jefe, el señor Saleh ha llegado.

—Hazlo pasar.

—¿Todo bien? —preguntó Hamza con desconfianza.

De pie junto al escritorio, traté de parecer lo más normal posible. Asentí, tomé los contratos que había firmado con Al Jasser y se los entregué. Apenas los miró. Hamza se acercó a la mesa grande y puso los documentos sobre ella antes de volverse hacia mí para intentar encontrarse con mis ojos.

—¿Cómo fue el viaje? Ashley debe haberse sentido decepcionada por no haber ido contigo.

Me metí las manos en los bolsillos.

—Quería ser profesional en este viaje.

Su silencio fue extrañamente provocador, como si no me creyera. Mientras me escudriñaba, me obligué a desterrar toda emoción de mi mente.

—Entonces, irte con la señorita Jiménez fue una decisión más sabia para ti. Sin embargo, no te ves bien, Yeraz. ¿Ha salido algo mal?

A la defensiva, respondí:

—Te he traído los contratos que querías, ¡no veo por qué estás tan preocupado por mí!

Mis palabras fueron pronunciadas con tanta agresividad que Hamza levantó una ceja sorprendido.

—¿Pasó algo con tu asistente? Me parece que estás demasiado cerca de ella últimamente…

Me sorprendió tanto su pregunta que tardé unos instantes en responder con un firme: “No”. Quería que Hamza aceptara los contratos y me dejara en paz por ese día. No estaba de humor para hablar de mi estancia en Los Cabos. Podía intuir que algo iba mal y que Lucas entrara en ese momento a mi despacho con la cara hinchada no ayudó.

—Hola, señor Khan. Tengo el informe que pidió sobre la señorita Jiménez. Marconie también ha estado investigando por su cuenta.

Al sentir la mirada interrogante de Hamza sobre él, el joven preguntó, incómodo:

—¿Estoy molestando? Puedo volver luego.

Con el rostro tenso y voz perentoria respondí:

—No, el señor Saleh estaba a punto de irse.

Hamza me miró con dureza. Lentamente, tomó los expedientes en sus manos y se esforzó por no exigir una explicación del informe. Con un largo suspiro de resignación salió de la habitación, dejándome a solas con Lucas.

Medio sentado sobre mi escritorio, revisé las notas.

—Tengo noticias de Bryan Smith —murmuré para mí—. La escuela no aplicó ninguna sanción a los agresores.

No pude soportar leer la declaración de Ronney, que era muy joven en ese momento, así que cerré el informe antes de mirar a Lucas, quien con rápidos gestos de su mano, me explicó que los Jiménez no habían presentado cargos contra los agresores después del hecho.

Entrecerré los ojos con sorpresa.

—¿Hubo un acuerdo extrajudicial?

Lucas se encogió de hombros, con cara de pena, antes de responder:

—No hay ningún indicio de ello. Tendrías que preguntarle directamente a la señorita Jiménez.

—Bueno, gracias Lucas. Ya puedes irte.

De nuevo solo en mi despacho, cerré los ojos por un momento. La mirada de dolor y angustia en los ojos de Ronney después de su pesadilla en Los Cabos volvió a mi memoria. Un extraño impulso se apoderó de mí. Necesitaba encontrarla y preguntarle por qué el caso se había enfriado.

****

Llegué en medio de la fiesta de cumpleaños de Carolina. Una fila de personas entraba y salía de la sala reservada para la ocasión. Dentro estaba lleno de gente. Un grupo de músicos tocaba en el escenario, haciendo bailar a los invitados en un ambiente festivo.

Recorrí el salón con la mirada y vi a Ronney sentada con su familia en la parte de atrás. Había un gran revuelo a su alrededor.

Mientras me acercaba al grupo, vi que mi asistente miraba a un lado, como si buscara la forma de salir de allí sin ser vista. Nunca la había visto tan desanimada.

Una vez cerca del grupo, escuché a Hailey preguntar:

—¿Cuál es el color favorito de Ronney?

Evidentemente estaban iniciando un ridículo juego de preguntas y respuestas en el que Jiménez era el centro de atención. Siendo introvertida por naturaleza, imaginé que no debía estar encantada con esa situación.

—Púrpura —gritó Valentina, pensando que era la respuesta correcta.

Levanté la vista hacia adentro. ¿No se habían fijado estos tontos en los zapatos de Jiménez o en el tipo de camisa que llevaba?

Por miedo a ofender a su madre, Ronney tartamudeó:

—Sí, es posible. Es cierto que...

—¡Rojo! Su color favorito es el rojo.

De nuevo, nadie me esperaba. Mi respuesta sorprendió a todos, incluso a mi asistente, que no se atrevió a moverse ni a volverse hacia mí. La cara de Gabriella se congeló de asombro. Los chicos enderezaron los hombros y asintieron. Caleb me fulminó con la mirada, mientras que Valentina y sus hermanas me saludaron con grandes sonrisas, encantadas de verme.

Me senté al lado de Ronney, que volvió la cara hacia mí. Me pareció ver en sus ojos rabia, exasperación o una gran decepción. Pero, a diferencia de las otras veces, casi parecía

agradecerme que hubiera venido. Dejó escapar una pequeña sonrisa que inmediatamente iluminó las oscuras profundidades de mi corazón. No podía devolvérsela, no podía decirle que el deseo de verla había superado todo lo demás.

—¿Púrpura o rojo? —preguntó Aïdan, molesto.

Giré la cabeza bruscamente hacia él. *Hoy no, hombre, no estoy de humor*. Mi mirada gélida y amenazante acalló su insolencia. El joven continuó suavemente:

—Entonces, prima, ¿tu respuesta es rojo o púrpura?

—Ronney marcó rojo —dijo Hailey, con la nariz enterrada en las respuestas.

Melissa abrió mucho los ojos mientras me felicitaba.

Silencioso y pensativo, no podía oír a la gente que me hablaba. No había venido para esto, ni para hacer un papel hoy. Estaba luchando contra el impulso de levantarme y dar la vuelta a la mesa. Mis puños se cerraron involuntariamente.

—Dime qué pasa —me dijo Ronney en voz baja al cabo de un rato.

—Nada. ¡No pasa nada!

Giré la cabeza hacia ella y la miré a los ojos. Jiménez sintió que algo andaba mal conmigo. Ella no sabía que mi corazón estaba siendo aplastado por el insoportable resentimiento que tenía hacia sus padres.

El tiempo que pasaron en la mesa fingiendo pareció durar una eternidad. Había respondido a las ocho preguntas sin dar una sola respuesta errónea y dejé las dos últimas a Valentina que, una vez más, había fallado. ¿Cómo podía alguien saber tan poco sobre su hija?

Dijo Melissa con un tono falsamente alegre:

—Giovanni ha contestado casi todas las preguntas. Nadie en nuestra familia consiguió tantos puntos como Ronney. ¿Quién lo hubiera pensado?

Caleb la miró por un momento y luego me miró a mí. Sintió que se alejaba de él, que yo era su única preocupación en este momento. Con mis ojos en los suyos, intenté no imaginarme que se la cogía, pero era imposible. Me costaba mantener la cabeza ante esa desagradable sensación que me atenazaba. Apenas escuché la pregunta de Gabriella. Segura de sí misma y sabiendo que contaba con el apoyo de su familia, preguntó de repente:

—Dinos, Giovanni. La pregunta puede parecerte incongruente, pero todos somos grandes románticos en esta mesa. ¿Cuándo te fijaste por primera vez en Ronney?

Siempre era la misma pregunta, pero formulada de forma diferente, para que su prima se diera cuenta de que no estaba siendo sincera, algo que Jiménez ya sabía.

Ronney, incómoda, sintió que el ambiente se volvía más pesado. Ella se mostró aprensiva ante mi respuesta.

—¿Alguna vez has oído reír a Ronney? ¿reír de verdad? —pregunté.

Sus miradas incrédulas indicaban que no. Valentina, sumida en sus pensamientos, tampoco respondió. Buscó en las profundidades de su memoria el recuerdo que, por supuesto, no estaba allí. Con una pequeña y avergonzada sonrisa, levantó los hombros y sacudió ligeramente la cabeza. Resoplé antes de añadir en un tono de ironía chirriante:

—Sólo me sorprende a medias.

Los miré con ojos carentes de expresión y sentimiento. La tensión era palpable.

—Hasta ahora podía permitirme todo: coches, casas e incluso los besos de las mujeres en mis labios. Absolutamente todo, hasta que conocí a Ronney. Tiene una sonrisa magnética y una risa encantadora. Es una melodía que puede iluminar la oscuridad y hacer que el infierno sea más

agradable de vivir. Lo único que quiero tener, no puedo comprarlo, porque no tiene precio. Son unos segundos de dulzura que hay que ganarse. Cuando me sonríe, sé que he hecho algo bueno en mi día. Cuando se ríe, sé que soy una buena persona en ese momento.

Ronney relajó los hombros y se permitió respirar de nuevo. Mi asistente probablemente pensó que había dicho esas palabras por lástima o para meterme en el personaje, pero no esta vez. Me dio las gracias en un susurro mientras las exclamaciones de sorpresa sonaban en la mesa. Pensé que era el momento adecuado para dejar el partido. Había venido a buscar explicaciones, pero ese no era el mejor lugar ni el mejor momento para interrogar a mi asistente.

—Tengo que irme —dije, poniéndome de pie con una sonrisa falsa y forzada.

****

Salí del salón a toda prisa, sin responder a los numerosos saludos que me dirigieron al pasar. La voz de Ronney resonó en el pasillo, obligándome a detenerme. Metí las manos en los bolsillos y me giré lentamente hacia ella. Molesta, exigió una explicación.

—Dime qué demonios está pasando.

Había una mezcla de incomprensión y miedo en sus ojos. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la escuchaba y luego respiró profundamente y retuvo el aire, como si temiera mi respuesta. Me pasé una mano por el pelo y miré a mi alrededor, preguntándome por dónde empezar.

—¡Tus padres nunca presentaron una queja por el ataque en la escuela!

Mi asistente palideció, mientras reprimía un escalofrío. Ella esperaba cualquier cosa menos eso. Sacudida por mis palabras, abrió la boca antes de volver a cerrarla y me señaló con el dedo. Se esforzó por contener su emoción:

—¿Cómo puedes saber eso? —se esforzó por articular.

Enfadado, dije con voz desprovista de todo escrúpulo:

—Oh, déjalo, Ronney. Sabes que puedo conseguir toda la información que quiera. Sólo tengo que hacer una llamada telefónica.

Su rostro se descompuso.

—¿Por qué es tan importante? Está en el pasado.

Su voz se quebró de dolor ante estas últimas palabras. Exploté:

—Estas cosas no son del pasado, ¡maldita sea! Una agresión sexual no es un acto pequeño e intrascendente que te guste recordar el resto de tu vida.

No estaba enfadado con ella, estaba enfadado con todos los demás. ¿Cómo era posible que unos padres se rindan sin ni siquiera intentar luchar? ¿Cómo podía una madre ignorar a su hija cuando yo encontraba a Ronney tan preciosa para mí?

Mi angustiada asistente cerró los ojos, sacudió la cabeza enérgicamente y se puso las manos sobre los oídos para no escuchar lo que venía a continuación.

—¿Por qué tus padres no lucharon por ti? ¿Por qué nunca luchas contra los demás?

Mis palabras salieron entre mis dientes apretados. Jiménez levantó la cara y me miró fijamente. Ella explotó a su vez:

—Debes saber que no hay reglas en ninguna parte.

Se mordió el labio, mirando a su alrededor para tratar de calmarse, y luego continuó con voz

gélida.

—Bryan y sus amigos eran de los estudiantes más populares en su último año. Entre ellos había hijos de ministros y de directores generales de grandes empresas. ¿Qué valía la palabra de una niña como yo contra ellos, Yeraz? ¿Cuántas veces has pagado a la administración judicial para salirte con la tuya? ¡El dinero en Sheryl Valley lo compra todo!

Le temblaba la barbilla y tenía los ojos llenos de lágrimas. Creí que me iba a estallar el pecho por verla así. Nunca me había sentido tan conmovido por alguien. Mis labios estaban demasiado apretados para hablar.

—Mis padres por aquel entonces acababan de abrir su restaurante y los problemas de salud de Elio empeoraban. No podían luchar contra magnates de la industria, empresarios poderosos. Dejé la escuela el mismo día y nunca volví. No los culpes por haber tomado esa decisión. Era lo único que se podía hacer para protegerme.

Sus últimas palabras me sublevaron. No, sus padres nunca la habían protegido. Me contuve para no golpear mi puño contra la pared. Ronney me miró a los ojos, como si pudiera leer el dolor que sentía por ella en ese momento, y se acercó a mí. Mi corazón se aceleró, perdí el equilibrio. Su mano se elevó suavemente en el aire para posarse en mi mejilla, pero giré la cabeza y la aparté. Decepcionada, mi asistente dejó caer su brazo. Quería más que nada consolarla, enterrar mi cara en su pelo, besarla, pero en ese momento era el odio el que ganaba.

Giré sobre mis talones, con el rostro adusto, y me alejé de Jiménez, gritando las respuestas a las dos últimas preguntas que nadie había encontrado:

—La pregunta número nueve era el olor a lluvia. La pregunta número diez era el pistacho. Tu camisa estaba cubierta de pistacho el día que nos conocimos.

****

Me quedé un rato en el aparcamiento con la mente hecha un lío. Después de muchos minutos de cavilar sobre todo el asunto, llamé a Lucas.

—Quiero conocer a Bryan Smith. Averigua todo lo que puedas sobre este tipo y los otros mencionados en el informe que me diste antes. Concierta una reunión con él lo antes posible.

La inmensa tristeza que había visto en los ojos de Ronney me persiguió durante todo el camino a casa.

24

Después de revisar mis correos electrónicos, estaba a punto de salir de mi oficina para ir a casa de Hamza cuando el timbre de mi móvil me detuvo. Me senté de nuevo y tomé el teléfono:

—Sí, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo fue tu estancia en Los Cabos? No te vimos ayer. Ghita y Cyliane pasaron por la casa.

Miré rápidamente mi reloj.

—Descansé. Estaba agotado por viaje.

—Entonces Ronney no es la única que necesita una semana de vacaciones —dijo mi madre con ironía en su voz.

Me enderecé, y de pronto presté más atención a lo que decía. Su tono falsamente alegre me hizo dar un respingo. No me iba a gustar lo que diría a continuación.

—¿Por qué me llamas tan temprano?

—Mira, le he dado a tu asistente unos días libres. Te ofrezco la ayuda de Peter si necesitas algo durante...

Cerré los ojos y exhalé lentamente sin escuchar el final de su frase. Me aflojé la corbata antes de responder con voz cortante:

—Ronney no se tomará ningún día libre, ¡simplemente porque no se lo permito!

Me apresuré a colgar el teléfono y murmuré un improperio. Era lunes por la mañana y Jiménez ya había conseguido sacarme de quicio. Me sujeté la cabeza con las dos manos y me escuché inspirar y espirar, tratando de ignorar la opresión en el pecho.

Bajé corriendo las escaleras, pasé por delante del jefe de cocina en el pasillo y me detuve en la entrada del salón para escuchar a Ronney anunciar su marcha. Ashley acababa de preguntarle si Camilia había dado su acuerdo.

—Sí, lo sabe —respondió mi asistente con voz urgente.

—¿Y el señor Khan?

Enterré las manos en los bolsillos, impaciente por escuchar su respuesta. Ronney tenía razón al estar nerviosa y recelosa por mi reacción.

—Todavía no.

Cooper insistió, sin apresurarse:

—Bien. ¿Se lo vas a decir ahora? ¿O lo harás por mensaje?

Timothy y Ashley se dieron cuenta de mi presencia en ese momento. Se quedaron paralizados sin poder decir nada. Jiménez dejó de hablar de pronto, adivinando, por las miradas de angustia de sus asistentes, que yo estaba en la habitación.

—Está aquí, ¿verdad? —murmuró con un toque de ansiedad.

Se tocó la frente antes de decidirse a girarse lentamente hacia mí. Cuando me vio, se quedó sin palabras, con los ojos muy abiertos. Incliné ligeramente la cabeza mientras seguía presionando mi mirada con más fuerza sobre ella.

—Mi madre acaba de llamarme. ¿Se está tomando unas vacaciones, señorita Jiménez? ¿Por qué no se me informó antes que a ella?

Al sentir que se acercaba una tormenta, tragó con fuerza. Sus suaves ojos color avellana se llenaron de preocupación. Esta vez no había nadie para ayudarla. Ashley y Timothy tenían

demasiado miedo a mis reacciones como para interponerse entre nosotros.

—Me he retrasado en el estudio. Tenemos que terminar esta temporada.

Su falsa disculpa provocó inmediatamente mi ira.

—¡Sus vacaciones son denegadas! Puede hacerlo después de la gala, si estoy de acuerdo.

Jiménez me miró con las mejillas hinchadas como si estuviera a punto de decirme algo importante, luego cambió de opinión y finalmente se dirigió a sus dos asistentes:

—Como te dije, estaré localizable en mi teléfono.

¿Cómo se atrevía a ignorar lo que le acababa de decir? Las ganas de estrangularla se hicieron más fuertes.

—Jiménez, quiero verte en mi oficina, ¡A-HO-RA!

Tras un segundo de vacilación, Ronney me escuchó y se movió para seguirme. Justo cuando estaba a punto de salir del salón, la empujé contra la pared con rabia.

—¿Qué estás haciendo? —gruñí entre dientes, cerca de su cara.

Trató de apartarse mientras respondía, con las cejas fruncidas:

—Deja que me tome mis días libres.

Agité mi dedo índice bajo su nariz.

—Si te vas ahora, Ronney, haré que te arrepientas.

Me apartó con las manos, pero volví a empujarla con fuerza. El fuego en mis ojos le advirtió que no volviera a hacer eso. ¡Nadie me tocaba! Articulé cada palabra con mi cara a centímetros de la suya:

—No me hagas repetirlo. Lo odio.

La solté con la misma brusquedad con la que la había agarrado y subí a esperarla a mi despacho.

Cuando Ronney cerró la puerta tras de sí, yo estaba paseando por la habitación con los brazos en jarras.

—¿Por qué quieres irte?

—¿Por qué quieres que me quede?

Nos miramos fijamente durante un momento. Su pregunta me inquietó y le respondí con rabia:

—No lo sé, Ronney. ¡No tengo ni puta idea!

Desvié la mirada para no permitir que me leyera. En tono hosco, dijo:

—No necesitas que te joda la vida.

Sus palabras de reproche me conmovieron más de lo que hubiera querido. Jiménez suspiró, y luego dijo con más calma:

—Mira, necesito alejarme de este trabajo y de ti. No lo entiendes, mi vida era muy sencilla antes de conocerte... Dentro de unos meses serás el jefe de *Mitaras Almawt*, y yo nunca apoyaré tu elección.

Dejé de caminar y miré a mi asistente. Esta situación parecía pesarle tanto como a mí. Saber que yo era la causa de toda la tristeza en sus ojos me perturbaba. Continuó, todavía con la voz cargada de emoción:

—Has intentado que lo deje desde el principio. Has estado trabajando contra mí para que renuncie a este trabajo. Enhorabuena, estoy a punto de hacerlo. Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que ahora te niegas a dejarme ir?

Levanté la cara hacia el techo y cerré los ojos un momento antes de volver a dirigirme a ella.

—Me gusta tu carácter sencillo y sin florituras —dije, cruzando la habitación hacia ella—. Me haces sentir mejor persona.

Ahora, cerca de ella, el impulso de pasar una mano por su pelo y besarla apareció de pronto.

—Tienes que entender, Ronney. No hay nada en esta Tierra que me haga cambiar mi destino. Estamos donde debemos estar. No hay una forma correcta o incorrecta. Nadie se levanta por la mañana y piensa en cómo arruinar su vida. Cometo errores, como todo el mundo, y aprendo de ellos, pero hasta ahora nadie ha podido demostrarme que mi camino no es el correcto.

Con las yemas de mis dedos acaricié su mejilla. Se estremeció. Mi abdomen se contrajo, un cosquilleo invadió mi cerebro. Con cada respiración, podía sentir cómo aumentaba el deseo entre nosotros. Sus ojos parpadeaban como si tratara de recuperar el equilibrio.

—Tengo que irme —dijo entre suspiros.

Mi mano volvió a caer en el vacío. Me hice a un lado para dejarla ir. Fue un segundo antes de que todo se fuera al demonio, y ambos lo sabíamos.

Cuando la puerta se cerró tras ella, la bilis subió a mi garganta. Me di cuenta, con el mayor de los horrores, de que Ronney se había convertido en mi centro de gravedad a lo largo de las semanas y que, en ese momento, sin ella todo a mi alrededor se desmoronaría.

****

El edificio de cristal que poseía Bryan Smith estaba en la esquina de la Duodécima y la Sexta Avenida. A media tarde, Lucas me acompañó a la reunión que había organizado un día antes. Mis guardaespaldas nos siguieron de cerca.

En el amplio vestíbulo bañado por la luz natural Lucas me pidió que le dedicara un momento antes de que fuéramos a la planta superior, al despacho de Smith.

—Jefe, necesitamos que Amir se reúna con nosotros aquí.

¿Amir? ¿Por qué estaba hablando de Amir? Nervioso, pregunté con un gesto de la mano qué me estaba diciendo. Por suerte para Lucas estábamos en un lugar lleno de gente.

—Vino a buscarme esta mañana y sabe lo de Smith y "Roskuf". No tuve más remedio que hacerlo partícipe del plan.

Me acerqué a Lucas y gruñí entre dientes:

—¿A qué coño estás jugando? ¿Realmente crees que necesito a Hamza y a ese vagabundo en esta ocasión? Deberías haberme llamado, deberías haberme avisado.

Intenté contenerme para no destrozarlo. Lucas bajó la mirada:

—Amir habla ruso. Ha estado estudiando el expediente de "Roskuf" de arriba a abajo durante los últimos días. Estoy seguro de que con él conseguiremos lo que queremos de este magnate industrial. Amir me ha asegurado que su tío no tiene conocimiento de este proyecto. Confía en mí.

—La última vez que confié en ti huiste al otro lado de una isla y pusiste la vida de mi asistente en peligro. Sólo reza para que no te vuele la cabeza más tarde de camino a casa.

Con eso me alejé del joven para calmarme un poco.

****

Sentado detrás de su escritorio, Smith cruzó las piernas con elegancia antes de mirar fijamente a Lucas y a Amir. Estaba mirando a un hombre rubio, de unos treinta años, todo músculo, con una cara rosada que parecía frágil. Un niño mimado que no debe haber recibido muchas bofetadas en su infancia. Giró la cabeza para mirarme un momento. Mis gafas de sol no parecieron inmutarlo. Como es lógico, ya podía adivinar lo que iba a decir:

—Señor Khan, me sorprendió recibir ayer una llamada de su colega. Al parecer, le gustaría hacer negocios conmigo. Debo admitir que estoy un poco dubitativo. Un hombre como usted no necesita a un hombre corriente como yo.

Seguí observándolo en silencio. Lucas respondió por mí:

—Sus empresas del sector nuclear han crecido rápidamente en los últimos años. Ayudamos a los empresarios como usted a aumentar su volumen de negocio a cambio de pequeños servicios.

Smith asintió pensativo. Mientras Lucas hacía su presentación animadamente, mis ojos observaron su corbata, perfectamente anudada, y luego su escritorio. Por las fotos familiares expuestas, Bryan parecía llevar una vida completamente normal.

—Las grandes fortunas de las empresas multinacionales fluctúan a menudo con el mercado de valores.

Era difícil creer que detrás de ese aire despreocupado y esa sonrisa educada se escondiera un pervertido, un abusador sexual. Las imágenes de ese bastardo poniendo sus manos sobre Ronney inundaron mi mente. Me puse rígido, con los puños cerrados.

—Significaría poner todos mis ahorros y la facturación de la empresa en este proyecto. Es un gran riesgo para mí.

Amir intervino para tranquilizar a nuestra futura víctima:

—Trabajo para "Roskuf" y puedo decir que esta multinacional será una de las mayores capitalizaciones de Wall Street en los próximos meses. El precio de la acción se ha multiplicado por diez en los últimos años.

Smith frunció los labios, pensativo, mientras giraba su silla de un lado a otro.

—¿Y qué hay de usted? ¿Qué está haciendo? ¿Cuál es su objetivo final?

Amir abrió la boca, pero le hice un gesto para que se callara. Bryan giró la cabeza hacia mí. Tenía toda su atención. Con voz baja y mesurada dije:

—No tiene que hacer mucho, señor Smith. Basta con pedir prestadas algunas acciones, venderlas cuando el precio es alto y luego volver a comprarlas a un precio bajo antes de devolverlas a "Roskuf". Es una de las millones de transacciones en Wall Street. Un jugoso negocio para usted y para nosotros.

Bryan se sumió en profundas reflexiones mientras Lucas y Amir seguían bombardeándole con información, cifras y un montón de documentos que demostraban que trabajando con nosotros podría ganar aún más dinero.

El debate duró casi dos horas. Bryan, tras escuchar todas las explicaciones de mis compañeros, parecía necesitar tiempo para tomar una decisión.

—Estudiaré todo esto y miraré de cerca las cifras de la bolsa. Propongo una próxima reunión dentro de tres semanas para hacer un balance de la situación.

Satisfechos, Lucas y Amir aceptaron. Agradecí a Smith que nos dedicara parte de su tiempo antes de estrecharle la mano con firmeza. Con una sonrisa falsa, me abroché la chaqueta y le deseé un buen día.

Mientras Isaac nos llevaba de vuelta a *Asylum*, hicimos un balance de la entrevista en la parte trasera de la limusina. Lucas, sentado frente a mí junto a Amir, seguía desconcertado.

—Bryan Smith nació en este mundo de tiburones. Conoce los entresijos del sistema. No creo que vaya a correr ningún riesgo.

Me quité las gafas y miré fijamente a Lucas.

—La excitación es el peor enemigo de un inversor —dije en tono tranquilo—. Créeme, hemos alimentado su entusiasmo.

—¿Y ahora? —preguntó Amir, que había vuelto a ser el joven frágil y vulnerable.

Apoyé la nuca en el reposacabezas y respondí con mirada serena:

—Ahora vamos a hacer un poco de *scalping* para subir los números. Vamos a bombear y volcar artificialmente las acciones de "Roskuf". Smith tiene que comprar esas acciones cuando estén en su punto más alto, antes de que todo se derrumbe como un castillo de naipes.

****

Isaac me dejó en casa de Hamza a última hora de la tarde para hablar de un caso relacionado con un proyecto de viviendas y su construcción cerca de Sheryl Valley.

En el salón, Hamza me sirvió un vaso de whisky y me explicó la situación:

—Es un desarrollador extranjero. Alejandro y Merwan fueron a su encuentro para que pagara su parte de los impuestos. El tipo se negó y luego fue a la comisaría a denunciar la extorsión. Los oficiales me llamaron inmediatamente.

—¿Cuántos sitios tiene?

—Tres en el área. No está mal en todo el país.

Una brisa entraba por las ventanas abiertas de la habitación, levantando las ligeras y transparentes cortinas. La sala de estar, muy bien cuidada, parecía algo que se encontraría en una revista. Mis ojos se posaron en la gran mesa de roble y luego en un retrato de Hamza y su esposa, que colgaba de la pared. Tomé un largo sorbo antes de invitar a Hamza a continuar.

—Me he puesto en contacto con este promotor, pero se mantiene firme y no quiere saber nada de nosotros. Te lo dejo a ti. Si sigue adelante con su proyecto en Sheryl Valley, quiero que se pague su parte antes de que termine esta semana.

—¡Así se hará!

Miré el reloj y terminé mi bebida antes de levantarme y saludar a Hamza con una sonrisa desvaída y mecánica.

****

Tenía que ir a ver, tenía que pasar por su edificio. Le pedí a Isaac que se desviara al *Baker District*, el barrio de Ronney.

La noche caía sobre la ciudad. Por nuestra ubicación, mi asistente no podía vernos desde su ventana. Estaba al tanto de todos sus movimientos. Mis dos nuevos ayudantes, Ian y Jessim, la

seguían a todas partes. ¿Era esto excesivo? Sí. Me sentía atraído por esa mujer de una manera visceral que no podía explicar. Jiménez estaba mejor sin mí, lo sabía, pero no me atrevía a dejarla ir. Ese beso en Los Cabos, no podía sacarlo de mi mente. De pronto me vi a los trece años en la consulta del psicólogo, donde mi madre me había llevado a escondidas de mi padre.

—Señora Khan, lo siento de verdad. Su hijo nunca será capaz de amar. Si tiene que hacerlo, imitará ese sentimiento, pero su experiencia es demasiado pesada, las secuelas son irreversibles.

Camilia, sentada a mi lado en el sofá, entre lágrimas escuchaba atentamente las palabras de esta mujer de larga cabellera roja.

—¿Significa que nunca me amará? ¿Ni a mí, ni a sus hermanas, ni a su hermano?

La psicóloga suspiró y volvió a entregar la caja de pañuelos a mi madre.

—Yeraz se sentirá bien con usted, con gente que le haga sentir bien. Su hijo se ha aislado de sus sentimientos y de su cuerpo desde hace mucho tiempo para poder soportar su vida cotidiana y todo lo que ve a su edad. Entienda que ha sufrido mucho durante su infancia hasta ahora. Este es su único mecanismo de defensa para dejar de sufrir.

—Imagino que se hace una idea de su perfil en la edad adulta…

Camilia temió la respuesta, pero necesitaba escucharla.

—Yeraz tendrá un fuerte carácter dominante. Querrá tener el control de todo y ser obedecido. Será impermeable al sufrimiento de los demás y le gustará hacer el mal a su alrededor para evacuar su odio. Señora Khan, esté ahí para su hijo, pero no piense que puede ayudarlo a cambiar. Eso sería una ilusión y recibiría lo contrario de lo que quiere darle. Salvo un milagro, Yeraz nunca amará a nadie.

"Salvo un milagro". ¿Fue un milagro que una rosa creciera en el cemento? Así fue como vi a Ronney y el estado actual de mi corazón. Había vivido sin humanidad durante mucho tiempo. ¿Cómo saber lo que se siente cuando a los trece años un adulto te ha definido como un monstruo?

Aparté la mirada del edificio con un dolor intenso y palpitante en el pecho.

—Isaac, llévame a casa.

Mi conductor así lo hizo. Todavía tenía una multitud de trabajos por hacer y una videoconferencia con los inversores en Nueva York.

25

Era temprano por la mañana. La noche se mezclaba con las primeras luces del amanecer. No había ningún ruido. La paz y la tranquilidad hicieron que el momento fuera apacible.

Comprobé mi chaleco antibalas, mi pistola y el cargador, y luego limpié mis gafas oscuras antes de volver a colocármelas en la nariz. Tras largos minutos de concentración me dirigí a mis hombres, que esperaban mis órdenes en la obra vacía. Detrás de mí, más lejos, Álvaro Sassoli ya estaba trabajando en el edificio modular habilitado para la obra.

—Alexander, entrarás primero para desinstalar las cámaras de vigilancia. Merwan, Soan y Amir, quédense conmigo. A los demás quiero verlos en su puesto y esperen la señal.

Con la decena de personas dispersas por el lugar, me volví hacia Merwan:

—Asegúrate de que el resto de los hombres se coloquen en los otros dos sitios.

Así lo hizo. Sacó su teléfono y marcó un número. Mientras tanto, me acerqué a Amir, que temblaba de frío.

—Si por mí fuera, no estarías con nosotros ahora mismo —dije en un tono lleno de desprecio —. Puede que seas bueno en los negocios, pero eres un riesgo para todos nosotros en el campo. Miras y te mueves cuando te digo que te muevas, ¿está claro?

Me alejé de él para observar su rostro asustado. La oscuridad acentuaba cada rasgo, haciéndolo aún más vulnerable de lo que ya era. Amir asintió.

—¡Ahora, revisa tu arma!

Con manos temblorosas, buscó a tientas dentro de su chaqueta y la dejó caer torpemente a sus pies. Exasperado, levanté los ojos al cielo. ¡Qué dolor de cabeza ese tipo! Soan y Merwan suspiraron en silencio. Volví la cara hacia el edificio prefabricado. La luz del interior iluminó nuestro camino. Ese jueves comenzaba la acción.

Mi grupo y yo nos dirigimos a la cabaña, teniendo cuidado de observar los alrededores en busca de hombres armados al acecho, listos para atacarnos.

Alexander nos esperaba medio sentado en el escritorio observando a Sassoli con un ojo. El hombre, de unos cincuenta años y con el pelo ralo, estaba sentado en un sillón. Sus mejillas sin afeitar camuflaban sus pecas. No parecía asustado, ni mucho menos preocupado.

—¿Has venido a desayunar? —preguntó con una voz profunda y ronca. Su sonrisa condescendiente no fue del agrado de Alexander, que le dio una bofetada.

Caminé por el estrecho despacho con los ojos observando a mi alrededor. Las paredes estaban cubiertas de planos, horarios y nombres. El silencio duró un rato, hasta que me puse delante de Álvaro.

—He oído que no quieres pagar nuestros impuestos. Pero debes saber que nada es gratis en Sheryl Valley.

Una mirada divertida cruzó su rostro. Tuve que contenerme para no agarrar a ese tipo por el cuello.

—Trabajo para...

—Sabemos para quién trabajas —le corté bruscamente—. Llama a tu jefe.

—A estas horas de la noche en Italia… No sé si...

Alexander le dio una bofetada para convencerlo de que me obedeciera. Álvaro se sujetó la mejilla por un momento con una mueca. Tras maldecir, tomó el teléfono del escritorio y marcó

un número. Intercambió tres palabras en italiano y luego me entregó el teléfono. Una voz tranquila y ronca al otro lado de la línea me saludó:

—Buenos días, señor Khan. Siento las molestias que le estamos causando con estas obras. No estamos acostumbrados a pagar este tipo de impuesto, que obviamente es muy común en su región. No lo pagaremos, pero prometemos hacer que su estancia en Italia sea muy entretenida.

Dejé escapar una pequeña y malvada carcajada.

—No servirá. El dinero está en el centro de nuestra organización.

—Nuestra organización nunca ha pagado este tipo de impuestos por una obra y no vamos a empezar ahora. Si quiere poner una bala en la cabeza de nuestro promotor, adelante, pero otro promotor vendrá a sustituirlo inmediatamente. Le ruego que reconsidere mi propuesta.

—Rechazado —dije, colgando.

Le lancé el teléfono a Álvaro, que extendió los brazos y dijo con ironía:

—Bueno, ¿no es mi jefe simplemente delicioso?

Puso las manos sobre su desordenado escritorio y se inclinó antes de decir en voz baja:

—Matarme no le servirá de nada.

Yo, por mi parte, puse las manos sobre el escritorio y me encogí de hombros hacia él, diciendo con deliberada lentitud:

—Pero no hemos venido a matarlo. Sólo queríamos ver la obra con usted.

La sonrisa de Álvaro se desvaneció y frunció el ceño. Mis palabras lo tomaron por sorpresa. Me interrogó con la mirada, preocupado. Volví la cabeza hacia Soan y le hice un gesto apenas perceptible con la cabeza. Inmediatamente sacó su teléfono del bolsillo.

Ocho segundos más tarde se oyó un fuerte golpe en el exterior, y luego un segundo golpe. El promotor respiraba con dificultad. Miró a su alrededor aturdido antes de mirarme con miedo. Me tocó sonreír:

—Sus otros dos sitios están pasando por lo mismo. Todas sus máquinas, equipos y proyectos acaban de desaparecer. Verá, señor Sassoli, debería haber pagado. Preferimos tocar su cartera que su vida, que no nos interesa.

Merwan se rio y volvió a abofetear a Álvaro en la cara, luego dijo en voz alta:

—Entonces, ¿comemos estos *croissants*?

En el exterior las llamas asolaban la obra. Pronto no quedarían más que cenizas.

****

Camilia había fingido querer verme para hablarme de un proyecto relacionado con Ghita. Había cometido el error de pasar por su casa al principio de la velada, y ella había insistido en que me quedara a cenar. Mi madre, encantada de tener a todos sus hijos alrededor de la mesa, no podía evitar sonreir. Cyliane, sentada a mi lado, charlaba con su asistente por teléfono, mientras el resto de la familia hablaba de la próxima fiesta de *Halloween*. Entendiendo que la cena iba a durar un rato, le envié un correo electrónico a Ashley para que esa noche llevara a Camilia el dossier sobre la gala de Acción de Gracias, así como el libro de cuentas del club.

En medio de la comida, Aaliyah nos anunció que tenía que decirnos algo importante:

—Al padre de Jalen le gustaría venir a la fiesta —comenzó vacilante, mirando su plato—. Muchos miembros de la familia estarán allí ese día. Ethan sólo quiere pasar tiempo con su hija.

Yo tenía los ojos puestos en la pantalla de mi teléfono, estaba revisando un nuevo correo electrónico. Había escuchado lo que mi hermana había dicho, pero estaba esperando la siguiente parte de su frase, que no llegó. Mi madre, que estaba a mi lado, trató inmediatamente de restar importancia a la situación.

—Sé que a Ethan le gustaría implicarse más en su papel de padre. Sin embargo, hay otras oportunidades para llegar a ella.

—Está tratando de enmendarse, puedo sentirlo, y lo he estado reteniendo por un tiempo. Quizá sea el momento de que...

—¿Qué? —la corté bruscamente.

Ghita, molesta, intervino para rescatar a su hermana:

—Yeraz, no puedes decidir todo. Jalen tiene un padre, y empieza a hacer preguntas.

Levanté la cara para mirarlos. Sus ojos me miraron con rabia. Aaliyah, con un gesto mecánico, se pasó una mano por el pelo engominado antes de añadir:

—No he dicho que vaya a darle otra oportunidad. Sólo pide una visita de vez en cuando. Ya siento suficiente presión en mi vida en este momento, así que no hay necesidad de añadir otra más.

Mi madre puso las manos delante de ella para calmar la discusión, que estaba subiendo de tono.

—Podemos tener una reunión para hablar de esto otro día —ofreció—. Estamos aquí esta noche para pasar un buen rato juntos.

Hadriel, junto a Aaliyah, salió de su silencio con una risa:

—Reunión tras reunión, y al final nunca resolvemos los problemas más profundos. No se debe causar un escándalo en esta familia.

Me miró con desprecio. No me gustó lo que vi en sus ojos brillantes. Me volví hacia Aaliyah y le dije con voz gélida:

—No hagas nada a mis espaldas, porque lo sabré, ¿me oyes?

Ian y Jessim aparecieron en la entrada de la habitación en ese momento, aunque se suponía que debían quedarse fuera de la casa de mi madre. Me levanté sin escuchar la respuesta de mi hermana y me uní a ellos.

—Jefe —susurró Jessim—, sentimos molestarle en un momento así. Soan acaba de informarnos que la señorita Jiménez ha subido esta noche con su ex novio. ¿Quiere que intervengamos?

El alma se me fue a los pies. Lo que más temía estaba sucediendo. Ashley y Timothy también presionaron en este momento en la sala. Camilia se levantó de la mesa y pasó por delante de nosotros mientras lanzaba una mirada negra a mis guardaespaldas, que la saludaron con una pequeña y educada inclinación de cabeza. Me di la vuelta. Ghita y Cyliane consolaban a su hermana mientras Hadriel no me perdía de vista. Me volví hacia mis hombres y me tapé la boca con una mano.

—No, dile a Soan que se quede en su sitio y que no se mueva.

Jessim e Ian volvieron a sus puestos de vigilancia. Antes de volver a mi asiento, me encontré con la mirada de Ashley, observándome por encima del hombro de mi madre.

****

—¿Estás bien, Yeraz? —me preguntó Cyliane cuando me senté a la mesa.

—Perfectamente bien.

Tomé mi copa de vino. Mis hermanas intercambiaron una mirada extraña.

Se me revolvió el estómago mientras los observaba como si no fuera parte de la escena. Las imágenes de Ronney y Caleb seguían pasando por mi cabeza. Sintiéndome mareado, me acaloré y me aflojé la corbata.

—Me voy.

Me puse de pie y con una inusual frialdad saludé a mi familia.

—Vamos a tomar el postre en cuanto vuelva mamá —dijo Ghita, reteniéndome.

Su voz parecía venir de muy lejos.

—¿Problemas, Yeraz?

Una odiosa sonrisa pasó por los labios de Hadriel. Intenté responderle con voz tranquila:

—Preocúpate por tus sesiones de fotos.

Le miré fijamente, retándole a que me provocara más.

—Vamos a calmarnos —se apresuró a decir Ghita—. Estamos aquí para pasar un buen rato...

—La asistente de Yeraz se va a ir con su ex novio, por eso está enfadado.

Una victoriosa sonrisa iluminó el rostro de Hadriel. La presión estaba en marcha. Mis hermanas se levantaron para bloquear el camino entre nosotros, pero era demasiado tarde. El bastardo se levantó para enfrentarme. Me apresuré a rodear la mesa para llegar hasta él.

—No eres el único que puede leer los labios, Yeraz. Papá también me enseñó eso. Después de eso, me toca saltarlo. Sí, hermano, porque lo compartimos todo, ¿no?

Le di un derechazo que le hizo retroceder.

—¡Mamá! —gritó Aaliyah—. ¡Mamá, haz algo! ¡Va a matarlo!

Absorto en mi ira, en mi odio, no escuché los gritos ni la conmoción que se producía a mi alrededor. Mi hermano respondía a mis golpes. La última vez que habíamos discutido así fue cuando le dije, sin ningún remordimiento, que me había acostado con su prometida.

Ian y Jessim habían llegado para interponerse entre mi familia y yo. En ese momento olvidé que Hadriel era mi hermano. Le di un salvaje puñetazo en el estómago. Se dobló por la mitad, escupiendo sus pulmones. Aproveché la oportunidad para darle una gran patada en los riñones que finalmente lo mandó al suelo.

—Levántate —rugí con todas mis fuerzas.

Él no se rindió. Se levantó sobre sus dos piernas y seguimos luchando durante mucho tiempo. No se salvó nada a nuestro alrededor, ni la vajilla, ni la decoración, ni nuestra ropa.

El cabezazo que le di le explotó en la nariz. Abrumado, lo dejé en el suelo como una simple escoba. Sin aliento, me coloqué sobre él. Agarré su cráneo con ambas manos y lo estrellé contra el suelo con un terrible estruendo.

—¡Déjalo! —me imploró Camilia sollozando.

Me volví hacia ella por un segundo. Mis hombres la retuvieron. Cyliane, Ghita y Aaliyah se abrazaron, acurrucadas en un rincón de la habitación, completamente asustadas. Mi hermano aprovechó este momento de desatención para agarrarme la pierna y tirarme al suelo.

Rápidamente recuperé la ventaja. Mis patadas en su estómago y costillas le hacían gritar.

—¡Para!

Fue su voz la que interrumpió mi cascada de violencia. Ella estaba allí, frente a mí. Con el puño en alto, me congelé por miedo a tocarla, a hacerle daño. Sí, ella estaba allí. Mi cerebro

comenzó lentamente a reconectarse con la realidad. Su mirada permaneció fija en mí, inamovible. Ronney no me debía nada, pero la traición que sentía en mi interior era inmensa. Relajé los hombros y me alejé de mi hermano.

—¡Salgan de aquí!

Estas palabras, acompañadas de mi mirada más oscura, no parecieron perturbarla.

—¿O qué?

Incapaz de calmar el palpitar de mi corazón en la garganta, respiré hondo y la miré profundamente a los ojos, necesitando saber qué había pasado entre ella y Caleb.

De todos modos, ¡no me importa!

¿Ah, sí? ¿Entonces por qué tu hermano está tumbado en el suelo y tú estás pendiente de los labios de tu asistente?

Sacudí la cabeza para acallar esas voces. Ronney apartó la mirada y cerró los párpados con fuerza, llevándose una mano a la frente. Respiró profundamente antes de volverse hacia mí, y luego dijo lentamente, de forma convincente:

—¡No pasó nada con Caleb!

Entrecerré los ojos. No era suficiente. Si me mantuviera la mirada unos segundos más, entonces sabría que estaba diciendo la verdad, pero sus ojos parpadearon después del tercero, con una mirada culpable. ¡Ella lo había besado! Todo se volvió negro y el mundo entero desapareció. Esa verdad me golpeó como un puñetazo en las tripas. Retrocedí y respiré con fuerza para reprimir la furia que me invadía. “No pasó nada”, dijo. ¡Qué maldita mentirosa! Ella lo había besado. Mi asistente no sabía lo importante que era eso para mí.

—Eres igual que todos los demás, Ronney. Eres como todos los demás, Ronney… Una perra avariciosa.

Me miró estupefacta, con los ojos muy abiertos. Había enfatizado la palabra “perra” a propósito. Avergonzada, desorientada, miró a su alrededor sin entender mi violencia hacia ella. Luego volvió a mirarme con sus ojos furiosos y se lanzó sobre mí, golpeando mi pecho con sus puños.

—¡Eres igual que los demás! Yo no soy tuya. La única razón por la que no ha pasado nada con Caleb esta noche es porque su comportamiento me repugna, como el tuyo.

En cierto modo me alivió escuchar eso. Ella ya no lo quería. El nudo de mi estómago se aflojó un poco. Tras su furia momentánea, Ronney se recuperó y preguntó en voz baja, como suplicando:

—¿Podemos terminar esta conversación en otro lugar? Estoy agotada de pelear contigo todo el tiempo.

Con una mirada maligna, respondí en tono siniestro:

—¿Agotada? Has estado holgazaneando durante días. No sabes lo que es el cansancio, Ronney. ¡No puedes manejar nada!

—Tienes razón, no lo sé. Me voy a casa, Yeraz. Haz lo que quieras, no me importa. No es asunto mío. ¡Vete a la mierda!

La vi marcharse. En su camino evitó a Camilia. ¿A dónde iba? ¡Maldita sea! Mi madre se dirigió con cautela hacia mi hermano, que gemía en el suelo, y se agachó para ayudarle a levantarse. No les presté atención. Todavía presa de un odio feroz, me apresuré a marcar el número de Isaac.

—La señorita Jiménez saldrá de la casa. Quiero que la lleves a mi casa, sin importar lo que pida.

Colgué inmediatamente. No iba a dejarla escapar, no había terminado con esa mentirosa. Me apresuré a la entrada del salón y ordené a Ian y a Jessim que me dejaran en mi casa. Mis hermanas intentaron interponerse en mi camino para hablar conmigo, pero salí de la casa sin escucharlas.

****

De pie en la entrada de mi habitación, observé su silueta cerca del armario donde guardaba mis armas. La oscuridad daba a la habitación una atmósfera extraña, casi irreal.

Sumida en sus pensamientos, Ronney no me oyó llegar por detrás. Dejó de respirar cuando presioné mis manos sobre la cómoda a ambos lados de su cuerpo, atrapándola con mis brazos. Apoyé mis labios en su oreja. Un escalofrío la recorrió:

—No deberías admirar esos juguetes.

Ella levantó la cabeza y yo enterré mi cara en su pelo para respirar el dulce olor que desprendía. Susurró:

—Y tú no deberías jugar con esto.

Me acerqué hasta apretar mi cuerpo contra el suyo. Jiménez se tensó, la vena de su nuca palpitaba cada vez más rápido. Abrí la ventana de cristal del armario y saqué una MAC 50. Sin que ella lo esperara, la agarré de la muñeca y la obligué a sostener la pistola en la mano. Ella protestó y luchó, sin éxito. No me costó nada colocar el arma en la palma de su mano y cerrar los dedos alrededor de la empuñadura.

—Es más pesada de lo que pensabas, ¿no? ¿No te sientes más fuerte ahora? Esa MAC 50 casi tiene alma.

Jiménez intentó zafarse de mi agarre, pero no pudo. Con la otra mano cargué la pistola.

—¡Suéltame, estás loco!

Mi asistente gritó, furiosa por estar atrapada. Mi mano, firmemente colocada sobre la suya, se levantó para apuntar el arma hacia nosotros. Mis rasgos y mi mandíbula se contrajeron. Rocé mis labios contra su mejilla hasta su oreja y le dije con voz gélida y amenazante:

—Ahora ya sabes cómo funciona. Cuando enciendes la mecha, soy como esta arma: capaz de todo.

La solté bruscamente. Ronney se alejó de mí tambaleándose, con la pistola en la mano. A pesar de la escasa luz de la habitación, pude ver un brillo de determinación en sus ojos húmedos. Ella me había mentido, no tuve ningún reparo en hacerle esto. Me acerqué a ella mientras retrocedía. Sus ojos se inundaron de lágrimas, respiró profundamente y levantó el brazo para apuntarme con la pistola.

—¡Podría matarte ahora mismo y llamarlo defensa propia!

Una sonrisa cruel apareció en mis labios. Admiré la valentía de su gesto, sabiendo que podría desarmarla en menos de un segundo.

—Tendrás que encontrar otra cosa. Nunca le he puesto la mano encima a una mujer en mi vida, mi familia lo sabe. ¿Por qué te tiembla la muñeca así?

Seguí caminando lentamente hacia ella.

—¡Has matado a hombres!

—Muchos hombres.

Ni siquiera podía contarlos. Ronney se golpeó contra la pared. Con una rápida mirada hacia la derecha, calculó sus posibilidades de llegar a la puerta antes de que yo pudiera alcanzarla. ¡Nada! Al llegar a ella, la agarré del brazo, lo levanté en el aire para quitarle el arma y descargarla. El juego había terminado. Con voz autoritaria declaré:

—Quiero verte a primera hora de la mañana, aquí en tu puesto.

Mi asistente no respondió. Me miró implorante. Sus ojos ambarinos parecían atravesar mi alma. Era su voz, sus ojos, todo su ser lo que me tenía cautivo. Estaba perdiendo la cabeza. Sabiendo que estaba descargada, llevé el arma al hueco de su cuello y la rocé con ella. Tragó con fuerza. Luego la deslicé hasta sus pechos, que inmediatamente se elevaron. La respiración de Ronney se aceleró y se esforzó por mantener los párpados abiertos. Sus labios se separaron y me acerqué. Apoyé mi mano libre en la pared y me incliné hacia delante, cerca de su cara. Su aliento jadeante en mi piel me dejaba sin aliento. Sabía que ahora mismo estaba luchando con su conciencia. Aunque no lo admitiera ante sí misma, una parte de ella me deseaba. Quería ser el que ella llamara en sueños, que me recordara por cada golpe de mi espalda cuando se la cogiera otro hombre. Quería a Ronney en cuerpo y alma.

Bajé el arma a su entrepierna. Jiménez cerró los ojos y gimió suavemente. Aumenté la presión de mis movimientos. Estaba tan empalmado que mi sexo empezaba a doler en los pantalones. Sintiendo que pronto no habría vuelta atrás, Ronney consiguió articular entre dos respiraciones:

—Para, para.

¡Maldita sea! Un no era un no. Camilia nos lo había machacado un número incalculable de veces a Hadriel y a mí. Paré, aunque me moría de ganas de desvestirla, allí mismo. Cerré los ojos y apoyé mi frente sudorosa contra la suya.

—Entrégate a mí, Ronney, y no hablaremos más de ello después.

Sacudió la cabeza, incapaz de decirme que no en voz alta mientras todo su cuerpo gritaba lo contrario. Unos celos profundos y enfermizos me invadieron.

—Podrías haberte acostado con él esta noche, pero me estás apartando.

Aparté mi cara de la suya. Me miró incrédula, como si no entendiera por qué seguía hablando de él. Finalmente, dijo con rabia:

—¡Al menos nunca me llamó perra!

La empujé contra la pared y me alejé de ella, con los labios fruncidos. *Te entregó por tu primo, así que no pongas al bastardo en un pedestal.* Logré no montar en cólera.

—¿Es todo lo que quieres recordar, Ronney? ¿Una palabra dicha con ira?

Echó los hombros hacia atrás antes de alzar las cejas:

—No golpeas a las mujeres, pero las insultas. ¿Realmente crees que eso es mejor?

—A algunas les gusta. Hace que griten mi nombre aún más fuerte.

Mis palabras le disgustaron y me alegré de ello. Ronney estaba reprimiendo imágenes de mí con otra mujer.

—Tengo que ir a casa y tú tienes que ir a tu club.

Molesto por los últimos días y horas sin ella, sus desviaciones y sus mentiras, dije ácidamente:

—¡Mañana vuelves al trabajo! No me hagas ir a buscarte.

Ronney no reaccionó. Separó la espalda de la pared y se dirigió a la puerta, agotada de toda energía.

Ahora, solo en esta habitación que había perdido su calor, tenía que encontrar el valor para ir

al club. Sin ninguna motivación, me preparé, preguntándome si Ronney se tomaría en serio mi amenaza y se presentaría en mi casa al día siguiente.

26

El viernes por la mañana se celebraba una importante reunión en casa de Hamza para discutir la reestructuración de nuestra organización una vez que yo hubiera asumido oficialmente mi puesto como jefe. Mientras las discusiones se prolongaban, no dejaba de pensar en mi último intercambio con Ronney el día anterior. Había llamado a Ashley y a Timothy a mi despacho a primera hora de la mañana y les había ordenado que llamaran a Jiménez y se pusieran en contacto conmigo lo antes posible. Verifiqué mi teléfono regularmente, pero no había rastro de Jiménez.

El recuerdo de sus profundos suspiros y su boca entreabierta para dejar pasar algunos gemidos pesaba como el plomo en mi cabeza.

—Yeraz, ¿puedes contarnos más?

En el salón, una docena de pares de ojos se volvieron hacia mí. No había escuchado nada de la conversación. No era capaz de saber lo que se me pedía. Me enderecé y traté de parecer lo más conectado posible, pero mi silencio delataba mi estado de ánimo, que estaba ausente. Hamza se dio cuenta. Con un aspecto un poco dubitativo, miró al grupo de hombres y dijo:

—Haremos una pausa.

En cuanto terminó su frase, me llevó aparte, a un rincón del salón.

—¿Puedo preguntar qué te pasa, Yeraz?

—Nada, sólo tengo que arreglar algo.

Sorprendido, Hamza enarcó las cejas antes de preguntar con voz áspera:

—¿Tiene esto algo que ver con una tal Ronney Jiménez?

No me gustó escuchar ese nombre en su boca. Mi mirada oscura y amenazante le advirtió que no fuera más allá. Suspiró largamente, como si se sintiera impotente ante mi comportamiento. No pude aguantar más y decidí abandonar la reunión.

—¡Debo irme!

Abrió mucho los ojos, consternado. Sin aprobar mi decisión, me sujetó por el brazo y me dijo suavemente entre dientes:

—¿Por ella, Yeraz? ¿De verdad vas a tirar todo por la borda por esta asistente? No te dejaré. No eres tú mismo, contrólate.

Aparté el brazo de un tirón, mirándole fijamente, y me volví a poner la chaqueta. En voz baja, gélida y severa a la vez, dije:

—Mira a tu alrededor. Estos hombres están listos para saltar a tu garganta sólo por tocarme. No vuelvas a amenazarme. Y si me entero de que te has acercado a Ronney de alguna manera, te juro que te arrepentirás.

El regente, paralizado por la dureza de mis palabras, me vio salir sin poder contenerme.

Me subí a la parte trasera del Mercedes e inmediatamente llamé a Ashley.

—¿Ha llegado?

—No, pero puedo si tú...

Colgué y marqué el número de Soan.

—¿La has encontrado?

—Sí, jefe, está en la calle Broome. En una tienda de bricolaje.

—Envíame la dirección de inmediato y llama a Ian y a Jessim para que se reúnan conmigo

allí.

Colgué y me puse las gafas de sol. Jiménez me había desobedecido una vez más. Tenía un millón de cosas que hacer hoy, pero no podía concentrarme en mi trabajo hasta que ella estuviera conmigo. Su ausencia me había hecho ver que llevaba semanas absorbiendo la mayor parte de su fuerza y de su luz y que no le importaba lo que le dejaba. Toda mi vida me había movido en la oscuridad y Ronney me cegaba con el brillo y la calidez que desprendía.

—Isaac, llévame a la calle Broome, por favor.

Mis tres guardaespaldas me siguieron hasta la entrada de la tienda, que parecía un enorme cobertizo con techo de hojalata. Las luces artificiales iluminaban muy mal los desordenados pasillos.

Detrás de un mostrador, una mujer afroamericana de complexión gruesa y vestida de rojo estaba en la recepción. Pasaba información a los clientes y transmitía mensajes con su micrófono.

—Jefe, ¿quiere que nos separemos y encontremos a la señorita Jiménez?

—Hay demasiada gente —respondí a Soan.

De pronto oí a la señora que estaba detrás del mostrador a mi izquierda aclararse la garganta. Mis hombres y yo giramos la cabeza en su dirección al mismo tiempo. Se quedó paralizada y luego sacudió la cabeza para recuperar la compostura.

—Bueno, Hombres de Negro, ¿van a salir o van a entrar?

Mis hombres se dirigieron a la recepción. La expresión de esa mujer tan segura de sí misma cambió de repente. Con la boca abierta, no pudo pronunciar ni una sola palabra. Mis hombres me miraron extrañados, dispuestos a dar órdenes a la empleada a petición mía. Mi mirada se posó en el micrófono que tenía delante, y entonces se me ocurrió una idea.

Después de explicarle a la mujer lo que quería y lo que tenía que decir en el aparato que tenía delante, accedió inmediatamente sin preguntar, por miedo a las represalias.

—Su atención, por favor. Debido a un problema de seguridad, la tienda debe cerrar. Por favor, diríjanse inmediatamente a las salidas, sin pasar por las cajas.

Mis hombres se rieron de esta situación totalmente improvisada. La multitud, en cambio, no ocultó su descontento y lo expresó con violencia. Con un movimiento de cabeza, le dije a la empleada que continuara.

—La señorita Jiménez debe permanecer dentro de la tienda.

Mientras la multitud salía, mirando a la gente que trabajaba allí, me aseguré de que mi asistente no se mezclara con ellos. Soan, por su parte, se acercó a la recepción para ver la grabación de la cámara de vigilancia.

—Ronney Jiménez debe permanecer en la tienda —repitió la mujer del micrófono.

Me incliné hacia la empleada:

—Tenga en cuenta que hay dos “n”.

Ian y Jessim volvieron a reírse.

—Ronney con dos “n” —repitió la empleada.

—Está aquí —exclamó Soan, mirando las pantallas.

Una sonrisa diabólica apareció en mis labios. Levanté la cara hacia el alto techo y me crují el cuello. Era el momento de poner las cosas en su sitio.

Sabía exactamente dónde estaba Jiménez, pero lo estaba dilatando, sabiendo que cada segundo que pasaba en los pasillos de aquella tienda vacía la ponía más ansiosa. Caminé lentamente, en un silencio casi religioso. La tienda ofrecía materiales de decoración y mobiliario. Ya en el departamento de pintura, caminé tranquilamente, sin hacer ruido. Cuanto más me acercaba, más me entusiasmaba este pequeño juego. La encontré en medio de un pasillo en el que se exponían multitud de botes de pintura y pistolas de spray. Ronney estaba de espaldas a mí, no podía verle la cara y, sin embargo, podía sentir la sensación de pánico que le invadía. Sus hombros se agitaban con cada respiración.

—Te dije que vendría a buscarte.

Sus hombros dejaron de moverse, se giró lentamente, temiendo el momento. Vi, no sin cierto regocijo, la expresión de estupefacción en su rostro. Pareció encogerse, obviamente mortificada por encontrarme allí. Me quité las gafas y le dediqué una sonrisa sarcástica que parecía decir: "Sí, tienes razón en tener miedo". Jiménez tragó y trató de recuperar algo de valor, aunque su voz temblorosa la delataba:

—¿No tienes cosas más importantes que hacer que cazarme como un animal y vaciar una tienda entera sólo para hablar conmigo?

Se me escapó una mueca de maldad.

—¿Sólo? Anoche te pedí que hicieras algo: que estuvieras en tu puesto esta mañana. Tú eres la que me hace echar a la gente. Me alegra ver que andas tan tranquila.

Silencio. Agitó los párpados y contuvo la respiración. Añadí:

—Isaac nos está esperando afuera.

—¡No voy a ninguna parte contigo!

Entrecerré los ojos ante esta energía renovada. Ya no era una cuestión de diversión; la sacaría a la fuerza si era necesario.

—En realidad, Ronney, no tienes otra opción.

Me acerqué a ella con paso rápido y la agarré del brazo para atraerla hacia mí. Aunque la sujeté con fuerza, ella consiguió soltarse luchando como un demonio, sin querer ceder. En el proceso, Ronney agarró al azar una pistola de pintura y me apuntó antes de vaciarla por completo. El tiempo parecía haberse detenido a nuestro alrededor. Agarrado completamente por sorpresa, me quedé un momento inmóvil con la cabeza inclinada mirando mi traje y los brazos extendidos. A medida que pasaban los segundos, me di cuenta de lo que acababa de suceder. Esa pequeña perra me había rociado con pintura verde. Estaba por todas partes, incluso en mi cara. ¿Cómo pudo hacer eso? Intenté respirar con normalidad, pero la rabia que se acumulaba en mi interior me hizo perder los nervios. Levanté la cara bruscamente hacia ella. "Te voy a matar", pensé tan fuerte que ella pareció escuchar la amenaza. Jiménez se dio la vuelta y corrió tan rápido como pudo.

Mientras corría, tiraba botes de pintura al suelo en un intento de frenar mi marcha. Las tapas de algunos se abrieron, derramando gruesas capas sobre el suelo. Las suelas de mis zapatos resbalaron sobre ellas, no tuve tiempo de agarrarme y caí pesadamente al suelo. Tras varios intentos, conseguí ponerme de rodillas. Ronney se rio cuando me vio en ese estado. La expresión de mi cara era de rabia y reírse fue lo peor que pudo hacer. Reuní todas mis fuerzas y me levanté con un rugido bestial antes de ir de nuevo a por ella.

Cambié de carril. Ronney seguía corriendo, pensando que yo seguía detrás de ella. Reduje la velocidad después de unos segundos, luego me agaché y seguí avanzando lentamente. Al pasar,

tomé una escoba. Tras unos metros, Jiménez dejó de correr. Todavía escondido en el pasillo de al lado, dejé de respirar, con el corazón palpitando. Cuando llegué a ella, me tumbé en el suelo. Debajo de los estantes pude ver sus Converse rojas girando frenéticamente de derecha a izquierda. Coloqué el palo de la escoba correctamente, pasándolo por debajo y luego esperé el momento adecuado para acribillarla con él. Ronney se desplomó como una piedra antes de tener tiempo de darse cuenta de lo que estaba pasando.

Volví hacia donde estaba con pasos apresurados y agarré una lata de pintura al azar antes de colocarme sobre ella. Mi asistente estaba acostada y se frotaba la cabeza. Cuando me vio, se quedó paralizada, petrificada y luego cerró los párpados antes de que le derramara la lata encima. Ronney gritó de rabia. Saltó sobre sus piernas, casi con un ataque de nervios, y se puso a pelear conmigo.

—¡Eres un idiota!

Como si fuera una niña de cinco años, dio un pisotón de rabia contra mí. Nos miramos un segundo antes de volver a una guerra en la que todos los golpes estaban permitidos. Nos turnamos para agarrar los botes de pintura y lanzárnoslos el uno al otro. Jiménez me abofeteó y la tiré al suelo con una escoba. De rodillas, se apresuró a tomar una pistola de pintura que estaba por ahí y me apuntó. Me lancé sobre ella.

Luchamos así hasta el agotamiento. Nadie ganó esa batalla.

****

Las capas de pintura habían cubierto completamente el suelo. Sentada frente a mí, Ronney seguía luchando por recuperar el aliento. Agotada, dejó caer la cabeza contra una estantería antes de decir con voz débil:

—Hemos saqueado la tienda. El propietario se pondrá furioso.

Así era ella, siempre pensando primero en los demás. La tranquilicé:

—Los daños y perjuicios que le serán reconocidos cubrirán los gastos y más, no te preocupes por eso.

Miré a mi alrededor para evaluar los daños.

—A veces casi siento que no eres tan mala persona, aunque...

Mis ojos volvieron a Ronney, que parecía dudar en terminar su frase. Me miró con una mezcla de ternura y otra emoción, más compleja, en su rostro. Incliné la cabeza, divertido.

—Pareces Marge Simpson con ese amarillo chorreando.

Mi asistente levantó la barbilla para mirarme con aire de superioridad.

—Y tú pareces Stitch, el monstruo alienígena mascota de Lilo.

Me eché a reír sin intentar contenerme. Era la única que podía responderme en las situaciones más divertidas. Sus expresiones faciales eran conmovedoras, incluso esa sonrisa con los frenos era más bonita que todas las demás, porque era sincera. Jiménez se puso seria y dijo:

—Tengo que ir a casa y tomar una ducha.

No quería que Ronney se fuera y ver mi cielo oscurecido de nuevo. Como un imán, me aferré a ella. Una repentina angustia surgió en mí. Asentí y respondí con voz severa:

—¡Te llevaré a mi casa!

Al contrario de lo que había temido, Ronney no se enfadó. Me miró fijamente, tratando de

llegar al fondo de mis secretos, y luego preguntó con una voz suave que me tranquilizó de inmediato:

—¿Por qué me necesitas tanto?

Aparté la mirada y cerré los ojos un momento antes de volver a abrirlos. ¿Cómo podía decirle que ella era una tirita para la herida que siempre había ignorado? ¿Cómo podía decirle que estaba sacando lo mejor de mí? ¿Cómo decirle todo eso?

—No lo sé, Ronney. Hay muchos fantasmas a mi alrededor. Se van cuando estás cerca de mí.

Volví a mirar a los ojos de mi asistente. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Entonces me oí decir algo que nunca creí posible:

—Escucha, Ronney. Ven y quédate conmigo. Prometo darte espacio y tratarte bien. Pídeme tus condiciones y las aceptaré.

El silencio volvió a ser insoportable. Los segundos parecían durar horas. Se extendieron, interminables y siniestros. No quité los ojos de mi asistente, que parecía estar luchando con su conciencia. Impaciente, finalmente pregunté:

—¿Por qué dudas, Ronney?

Torturada, cerró los ojos y sacudió la cabeza con fuerza.

—Siento que estoy haciendo un pacto con el Diablo.

Su comentario me hizo sonreír. No pude evitar responder con ironía.

—¿Por qué no lo pruebas? No es del todo malo.

—Prefiero a su rival.

No me sorprendió su comentario.

—¿El Viejo? No te traerá nada, sólo ilusiones. El Diablo es menos silencioso. Puede ser un genio del mal, pero sigue siendo un genio. ¿Qué te han aportado los ángeles, el universo o el Viejo en la vida? Dime.

Mi pregunta no pareció sacudirle.

—La impresión de ser una buena persona.

—No tienes una buena opinión de mí, lo sé. Pero sólo estoy defendiendo los intereses de miles de personas. Es sólo un negocio, nada más.

Ronney frunció el ceño. Ella nunca aceptaría ninguna excusa sobre mis actividades con los *Mitaras Almawt*.

—No soy yo quien cohabita con los fantasmas.

Mi mandíbula se tensó. Desvié la mirada y estaba a punto de levantarme para poner fin a esta conversación que empezaba a molestarme cuando Jiménez me detuvo:

—De acuerdo.

Ella estuvo de acuerdo. El peso en mi pecho se levantó. Jiménez se apresuró a añadir:

—Pero tendrás que entregarte más a mí. Quiero conocer al otro Yeraz, el que me hace reír.

Asentí y miré al suelo, concentrándome en sus palabras. Continuó:

—No más armas contra mí, no más insultos contra mí.

No pude contener una pequeña reflexión:

—Con respecto al arma, tenía la impresión de que te había gustado.

—Yeraz, ya no quiero tenerte miedo.

Inmediatamente contesté con voz sincera:

—Yo tampoco quiero eso. Eso ya no es lo que quiero.

—¿Así que ya no quieres que renuncie?

Suspiré, buscando palabras:

—No lo creo. No debería haber pasado todos esos fines de semana contigo, Ronney. Todo ese tiempo... Ahora las cosas son diferentes.

Mi asistente me miró en silencio. Me sentí atraído por ella. El deseo de abrazarla dominaba todo lo demás. Su teléfono sonó, interrumpiendo el encanto del momento. Acababa de recibir un mensaje que, por su pequeña mueca, no parecía gustarle.

—Tu madre quiere verme al final de la tarde.

¡Camilia! Había olvidado por completo mi discusión de ayer con Hadriel y la escena con Ronney que habían seguido luego. Contesté:

—Seguramente quiere saber si hay algo entre nosotros.

Ronney guardó su teléfono móvil preguntando con voz vacilante:

—¿Lo hay?

—¡Claro que no!

Respondí demasiado rápido. Jiménez, avergonzada, se arrepintió inmediatamente de su pregunta. No quería insistir en el tema. Ni ella ni yo sabíamos exactamente cuál era la naturaleza de nuestra relación. Era todo y nada al mismo tiempo. Me acerqué a ella y la ayudé a levantarse, con cuidado de que no resbalara.

—Tengo mucho trabajo que hacer hoy. Tengo que ir a casa de Hamza esta tarde. Isaac traerá tus cosas a mi casa. Aprovecha para descansar un rato.

Ronney asintió y aceptó seguirme sin oponer resistencia.

27

Mi vida cotidiana no se vio alterada por la llegada de Jiménez a mi casa. De hecho, nada había cambiado. Estaba ocupado desde la mañana hasta la tarde, y luego en el club por la noche. Los únicos momentos en que nos veíamos era durante las reuniones para hablar de trabajo. Dejé que mi asistente respirara con un horario menos restrictivo, y los fines de semana podía dedicarse a sus asuntos sin mi presencia. Sin embargo, Soan continuó siguiéndola discretamente, por lo que era imposible que no supiera dónde estaba. Tenía que trabajar en eso, lo sabía. Jiménez no era de mi propiedad, pero mientras trabajara para mí, la controlaría como creyera conveniente.

Ese miércoles por la tarde fui solo a la azotea de un edificio al que, según Soan me había informado, Ronney solía ir los sábados por la noche con sus dos compañeros de piso. El desierto lugar tenía vista a la ciudad. Las inclemencias del tiempo hacían que Sheryl Valley pareciera estar en la oscuridad. Y con razón, la tormenta Luna pasaría sobre la ciudad al día siguiente, el jueves por la noche. *Entonces, Ronney, ¿qué haces aquí cada sábado?*

Mis ojos recorrieron la enorme terraza vacía, donde las ráfagas de viento levantaban el polvo en el aire. El lugar me pareció gris, siniestro. Me puse las manos en las caderas y solté un largo suspiro. *Vale, Ronney, nunca te entenderé.*

****

Amir y Lucas estaban a punto de salir de mi oficina. Los dos hombres habían visitado a Bryan el martes anterior. Habíamos empezado a aplicar nuestro proyecto de plan. Si todo iba según lo previsto, Smith ya habría llamado a su junta directiva para hablarles del proyecto "Roskuf". A estas alturas, él y su personal no deben haber dormido por la noche, inmersos en interminables expedientes y con los ojos constantemente clavados en la cotización bursátil. ¿Quién podría rechazar millones ofrecidos en bandeja?

—Buen trabajo —le dije a Amir antes de apagar mi tableta.

Me senté de nuevo, satisfecho. Amir se estaba volviendo más y más asertivo, estaba cambiando. Sentado frente a mí, asintió. Era la primera vez que le hacía un cumplido. Lucas miró su reloj.

—Tenemos que irnos antes de que llegue la tormenta. Con la tormenta, anocheció más temprano.

En ese momento sonó un trueno que hizo vibrar las ventanas. Las luces parpadearon y luego la lluvia golpeó las ventanas con un ruido ensordecedor.

—Luna ya está aquí —dije, con la cara vuelta hacia las ventanas.

Lucas y Amir apartaron los sillones y se levantaron sin demora. Si se quedaban en mi casa más tiempo, podrían tener que pasar la noche allí.

Todo el mundo se había ido temprano ese jueves; incluso había liberado a mis guardaespaldas. El club estaba cerrado y era más prudente no aventurarse a salir. Según las noticias, los árboles estaban cayendo en la carretera, el camino era intransitable.

Bajé las escaleras hasta el salón. Ronney no estaba allí. La encontré sentada en la isla de la cocina, ante una ensalada preparada por el chef, mirando parte del expediente "Roskuf" que yo

había puesto cuidadosamente a su disposición con mucha información falsa en su interior para no despertar sus sospechas. Sabía que le informaba de todo a Camilia cada semana. Era extraño estar encerrado entre estas paredes con ella. Era evidente que esa noche iba a ser una de esas en las que uno cuenta los minutos que pasan. Con un gruñido, Ronney devolvió el bolígrafo y se frotó los ojos. Decidí sentarme con ella a cenar.

—¿Cómo te va?

Mi voz la sorprendió. Levantó la vista y asintió con la cabeza antes de bajar la vista a sus notas. Pasé junto a ella para servirme la comida y noté su mirada. Parecía estar incómoda estando a solas conmigo.

Me senté frente a ella sin dejar de mirarla. Tras varios segundos, mi asistente cerró bruscamente el expediente con un largo suspiro.

—No puedo concentrarme con esta tormenta y tú mirándome.

Me limpié la boca con la servilleta y me serví una copa de vino, rellenando la de Ronney en el proceso.

—No te estoy vigilando, te estoy observando —respondí con una sonrisa en la cara.

Jiménez dejó escapar una pequeña risa.

—Como si pudieras salirte con la tuya...

Los truenos se hicieron más fuertes, hacían temblar las paredes. Ronney no pudo contener un grito mientras saltaba en su asiento. Las luces parpadearon y luego cayó la oscuridad. Un violento relámpago atravesó el cielo, iluminando la habitación. El generador se encendió de inmediato y la energía volvió a funcionar. Ronney respiró aliviada. Su mirada se dirigió a las ventanas, pensando en su familia y en sus dos compañeras de piso.

—*Asylum* está más expuesto que el centro de Sheryl Valley. Seguro que en la ciudad los daños son mínimos.

Sus hombros se aflojaron. Jiménez me dedicó una leve y tímida sonrisa, y una oleada de calor floreció en mi pecho. Fue entonces cuando vi el libro de poemas de Edna St. Vincent a su lado, con cientos de notas adhesivas. De pronto, mi asistente parecía preocupada por otra cosa. Aparté mi plato y tomé un gran trago. Sabía lo que me iba a preguntar. La miré con el rostro cerrado.

—Caleb se ha ido. Ha dejado el país. ¿Estás detrás de eso? ¿Le has hecho daño?

Seguí observándola. ¿Por qué seguía pensando en él? Apoyé los codos en la mesa y junté las dos manos para apoyar mi cara en ellas. Jiménez, cada vez más nerviosa, esperó mi respuesta. Las luces se apagaron de nuevo. Afortunadamente, los relámpagos rasgaban la oscuridad.

—No, Ronney. No le ofrecí dinero o un trabajo en otro lado del mundo para que te dejara en paz, pero podría haberlo hecho. Es algo que habría sido capaz de hacer porque... Estaba celoso de él y creo que todavía lo estoy, porque sigue rondando tus pensamientos.

Ronney miró a su alrededor, confundida por mi sinceridad. Quiso responder, pero las palabras se atrancaron en su garganta.

—Siempre me ves como el malo, nunca cambias la imagen que tienes de mí.

Jiménez negó con la cabeza, llevándose una mano a la boca. En la oscuridad, parecía encontrar el valor para abrirse más fácilmente.

—Te equivocas en todo, Yeraz —dijo, bajando la mirada.

El viento, la lluvia y los truenos casi ahogaban su voz. Continuó:

—Cuando me besaste, te aparté porque estaba pensando en ti. No era a él a quien quería. Entonces me di cuenta de que estaba curada de él, pero enferma de ti. Eso es aún peor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Algo se quebró dentro de mí. Quise acercarme a ella, pero

me detuvo con un gesto de la mano. Me senté de nuevo, impotente. Continuó, con voz temblorosa:

—No sé lo que pasa entre nosotros, ni lo que somos el uno para el otro, pero me aterra de una manera que no puedes imaginar. Siento que soy indispensable para ti. No era nadie en este mundo y de repente soy tuya, Yeraz. Sin embargo, sigues siendo tan misterioso... No sé nada de ti, de tus heridas, de lo que te hizo convertirte en este ser frío y despiadado, excepto por los animales. Sí, amas a los animales.

Una lágrima rodó por su mejilla. Sus ojos, aún más brillantes que de costumbre, sacaron a relucir todo lo que intentaba ocultar en mi interior. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Tenía un perro, Amasis —comencé—. Me lo regalaron para mi undécimo cumpleaños. Era un precioso rottweiler negro de pocos meses. En pocos días se convirtió en mi mejor amigo. Lo amaba profundamente. Pasaba todo mi tiempo libre con él, era un soplo de aire fresco en mi difícil vida diaria. Amasis siempre me consolaba después de que mi padre me golpeara. Ese hombre me aterrorizaba. Mi única preocupación era mantener a mi perro a salvo. No quería que sufriera su violencia, no, no quería que lo tocara. Amasis... Era mi alma.

Ronney me miraba con inmensa tristeza mientras le contaba mi vida mutilada, mi horrible infancia con todas las humillaciones físicas y morales que había sufrido desde los primeros pasos. Contuvo la respiración, pero no las lágrimas. Mis recuerdos volvían violentamente, mis músculos y mi mandíbula se crispaban.

—Tenía trece años. Mis padres nos habían llevado a un campo desierto, no muy lejos de Sheryl Valley, para celebrar un sórdido torneo. Les encantaba ver cómo sus criaturas se golpeaban entre sí mientras apostaban por nosotros. Teníamos que luchar hasta rompernos el cráneo.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza para deshacerme de todas las imágenes de niños desfigurados muriendo en charcos de sangre.

—Algunos de ellos sólo tenían ocho o nueve años, estaban asustados. Ellos se reían, para ellos sólo éramos animales. Mi padre quería que yo luchara contra otro niño ese día, Esraa. Era dos años más joven que yo. Mi padre me gritó para que me lanzara sobre él. Me dolía todo, ya estaba bastante golpeado por las peleas anteriores. Así que fingí que perdía. Dejé que Esraa se saliera con la suya, lo dejé ganar.

Me detuve un momento y miré a Ronney, que seguía mirándome con un brillo doloroso en los ojos, y luego continué:

—De camino a casa, mi padre gritaba en el coche. Sostenía el volante con una mano y me golpeaba con la otra. No podía sentir mi cuerpo. Aceleró hasta la entrada de nuestra casa. Amasis me esperaba en la puerta. En venganza, aceleró y lo aplastó delante de mis ojos. Ese día lo perdí todo, Ronney. Mi corazón, mi alma, mi alegría. Así es como me convertí en el hombre que conoces hoy. Este monstruo.

Ronney se levantó para acompañarme. Sentado, estaba a su altura. Apoyó sus labios en mi frente antes de bajar y colocarlos contra los míos. La acerqué a mí y la rodeé con mis brazos, devolviéndole el beso. Su lengua acarició la mía suavemente, se sentía tan bien. Aparté mi cara de la suya y le acaricié la mejilla. Sus ojos brillantes me miraban con anhelo. Pregunté en voz baja:

—¿A quién besas, Ronney? ¿Al hombre o al niño de trece años?

—Beso cada una de tus cicatrices, cada una de tus penas, cada uno de tus sufrimientos, para tomar un poco de ti.

Con el corazón a punto de implosionar, me levanté. Estaba loco por ella. La subí a la mesa y empecé a besarla con fiereza, con más urgencia. Nuestros labios chocaron brutalmente. No la dejé recuperar el aliento. Con mi boca pegada a la suya, metí una mano bajo su camisa para acariciar sus pechos. Pequeños gemidos surgieron en su garganta. Con la cabeza entumecida, moví su pelvis hasta el borde de la mesa y me apreté contra ella. Sabía que podía sacar mi sexo duro de entre sus piernas. Continuamos besándonos durante mucho tiempo, apretados el uno contra el otro.

—Te quiero a ti, Ronney —solté entre respiraciones—. Déjame tenerte, aquí y ahora.

Jiménez, confundida, negó con la cabeza:

—Quiero, Yeraz, pero no puedo. No podemos.

Me alejé de ella sin ocultar mi frustración. Un mechón de pelo estaba pegado a su mejilla. Sin aliento, avergonzada, volvió a ponerse bien el sujetador.

—¿Es por el contrato de mi madre?

Asintió sin mirarme.

—No puedo permitirme el lujo de ser despedida. Camilia ya tiene fuertes dudas.

—Sí, lo sé.

Ronney se puso de pie y me miró con pena. Por supuesto, la entendí. No la culpé, me había dado mucho más esta noche. Me había confesado sus sentimientos y me había consolado por lo de Caleb. Jiménez pudo ver más allá del monstruo que era.

La luz aún no había vuelto, pero eso no me preocupaba. Fuera, el viento seguía soplando con tanta energía como siempre. Apoyé un codo en la mesa y mi mirada encontró el libro de poemas. Pregunté con ironía:

—Entonces, ¿has encontrado mi pasaje?

Me sorprendió su silencio. Un relámpago iluminó la sala en ese momento. Ronney se mordió el labio con nerviosismo. Levanté una ceja, burlona.

—¿Qué? ¿Realmente lo encontraste?

—Sí, tienes tu Post-it.

Impulsado por la curiosidad, me incliné hacia delante para tomar el libro y se lo tendí a mi asistente para que me lo leyera, pero ella me apartó.

—¡Yeraz, no!

Incliné la cabeza e insistí:

—Me he abierto a ti esta noche. Es tu turno.

Ronney levantó la cara hacia mí y batió los ojos. Tras un breve momento de reflexión, me quitó el libro de las manos y buscó la página con la nota adhesiva negra. *Qué coincidencia,* pensé con ironía. Cerró los ojos y suspiró profundamente, como para darse valor. Luego, con su voz suave y cálida, la que yo había amado desde el primer día, leyó estas palabras:

El tiempo no puede separar al ave de su ala. Ave y ala juntas, van en una pluma.
Nada que jamás haya volado, ni la alondra, ni tú, puede morir como otros lo hacen.[1]

Me quedé allí, pendiente de sus labios, conteniendo la respiración. Ya no oía la tormenta, ni el tamborileo de la lluvia contra las ventanas. Me perdí en el inmenso abismo de sus ojos dorados. El tiempo pareció detenerse, las palabras quedaron suspendidas en el aire. De pronto regresó la luz, ahuyentando la oscuridad y ese momento íntimo entre el sueño y la realidad. Era como si nuestras mentes se reconectaran lentamente. Ronney cerró el libro y anunció, avergonzada, que

se iba a dormir. Yo no podía encontrar palabras. Salió de la cocina, dejándome solo con esos versos aún resonando en mí. Nadie más que ella podría haberlos leído tan perfectamente.

28

Las Vegas, ciudad de todos los pecados y vicios. Durante unos días habíamos estado completamente desconectados del tiempo y de la realidad. Aquí, todo tipo de locuras eran posibles. Todo era superficial, desde las sonrisas hasta los negocios. Los relojes eran más objetos decorativos que indicadores del tiempo. The Strip, la gran avenida donde se encontraban los mayores casinos y el *Palacio de Las Vegas*, nunca estaba vacía, ni de día ni de noche.

Hamza me había enviado a esta ciudad con Alexander y Merwan para resolver el "caso Richardson". Henry Richardson, el propietario del casino *Koh-l-Noor*, un prestigioso establecimiento comprado con gran parte de nuestros fondos monetarios, se negaba a redistribuir las ganancias de las operaciones de juego. Peor aún, estaba tomando dinero de la *Mitaras Almawt*.

El empresario nos había saludado cinco días antes con grandes reverencias. Me alojaron en la suite más lujosa del casino, con el mejor whisky y el mejor servicio. Todos estos trucos eran, por supuesto, para ocultar la realidad. Había esperado pacientemente a que abordara el tema del motivo de nuestra visita, pero al quinto día no se sabía nada. Alexander y Merwan empezaban a apretar los dientes. Amir también estaba allí con Jessim e Ian. Como de costumbre se quedó atrás, pasando desapercibido, listo para advertir a Hamza si las cosas iban mal.

Había poca gente en la zona del salón donde estábamos sentados. La iluminación tenue y los sillones de terciopelo negro y dorado acentuaban el ambiente especial de la velada, que ya estaba muy avanzada. La suave música que flotaba en el aire intentaba aligerar el inevitable momento que se avecinaba. En el bar, debajo de una plataforma, el barman, vestido con su mejor traje preparaba nuestras bebidas, que un camarero nos trajo poco después.

—El próximo rodaje de James Bond será en *Koh-l-Noor* —anunció Richardson, sentándose frente a mí y dando una calada a su cigarrillo.

Concentrándome, escudriñé a este hombre ágil y de pelo oscuro que me doblaba en edad. Detrás de sus pobladas cejas, sus ojos verdes invitaban a la confianza. Las expresiones de Alexander y Merwan pasaron de aburridas a totalmente sorprendidas. Abrieron mucho los ojos, como si fuera la noticia más loca que habían escuchado este año. Inmediatamente, bombardearon a nuestro interlocutor con preguntas, olvidando el motivo principal de nuestra visita. Interiormente levanté los ojos al cielo. ¡Qué equipo! Una vez más, el empresario había conseguido desviarse del tema en cuestión. En ese momento, mi teléfono vibró dentro del bolsillo de mi chaqueta. Cuando vi aparecer el nombre de Ronney, mi corazón se hundió. Estaba intentando hablar conmigo de nuevo. Cerré los ojos para evitar levantarme de un salto, luego volví a abrirlos. Este viaje a Las Vegas era mi oportunidad para distanciarme de esa relación. Saber que me echaba de menos hacía que mi soledad fuera aún mayor. A pesar de eso, dejé que mi teléfono sonara. Un segundo después, recibí un mensaje suyo.

"No tengo noticias de ti desde hace varios días. Espero que todo esté bien."

Ahora no, Ronney. Los negocios son los negocios. Antes nada. Al levantar la vista, vi a una mujer rubia en la barra que me miraba con una copa en la mano. Su vestido largo y con aberturas, de color azul pálido, dejaba ver sus largas piernas.

—¿Nunca se quita las gafas de sol, señor Khan? ¿Es para mantener su identidad en el misterio?

Asentí como respuesta y giré la cabeza hacia mis dos compañeros, indicándoles que era hora de ir al grano. Merwan sacó su paquete de cigarrillos y tomó uno antes de encenderlo. Le gustaba dar unas cuantas caladas antes de la acción.

—Es hora de hablar del motivo de nuestra visita —dije con voz intemporal, con los ojos fijos en Richardson.

Los rasgos marcados del hombre se cerraron. Levantó su vaso y dio un largo sorbo antes de volver a dejarlo.

—Construí este imperio sin ayuda de nadie. No he robado nada. No soy un ladrón.

Estiró los brazos a los lados y continuó:

—Todo lo que ve a su alrededor, yo, y sólo yo, lo he pensado hasta el último detalle. Mi padre dio mucho a los *Mitaras Almawt*. Su tiempo, sus servicios y mucho más. Así que siento que ya no le debo nada a su organización.

Sus airadas palabras no hicieron más que enfurecerme aún más.

—Eso no es para que lo juzgue usted.

El tono de su voz había cambiado. Mi colaborador era ahora mucho más amenazante hacia el empresario. Continué:

—Utiliza el nombre de los *Mitaras Almawt* para dirigir su negocio de drogas. Sabe que no quiero que ese negocio se asocie con nuestra organización.

Richardson frunció el ceño. Se encogió de hombros e intentó justificarse con explicaciones poco convincentes:

—Dejé el *Mitaras Almawt*. Si mi nombre llega a sus oídos, es porque la gente me malinterpreta. ¿Me va a disparar por eso, como en las películas? ¿No tengo derecho a irme, a empezar de nuevo? El señor Saleh es conocido por ser un hombre no violento. Prefiere discutir.

—Pero ahora estamos hablando —dije en el tono más amable posible—. Nadie es prisionero. Puede dejar nuestra organización, pero primero tiene que devolvernos el dinero.

Richardson tragó y consiguió encogerse de hombros. La mano le temblaba tanto que tuvo que intentar agarrar el vaso varias veces. Sintiendo que ya no tenía nada que perder, se armó de valor y dijo con la mandíbula apretada:

—¿Espera que sus palabras me provoquen un ataque al corazón? No sólo usted, Khan, es respetado y protegido. ¡Aquí está en mi casa, se lo recuerdo!

Inspeccioné rápidamente la sala de estar casi vacía. Un hombre gordo con traje estaba de pie cerca de la entrada, hablando por teléfono. Nos estaba observando. Luego volví al hombre de negocios, con los ojos clavados en él. Apestaba a miedo. De repente, estiré los labios para dedicarle mi sonrisa más diabólica. Mi interlocutor se quedó helado.

—Créame, señor Richardson, preferiría morir de un ataque al corazón. Tiene hasta mañana a las cuatro de la tarde para reunir los millones que nos robó, y no debe faltar ni un céntimo.

Sin esperar su respuesta, me levanté, volví a ponerme la chaqueta y fui a buscar a la mujer del vestido escotado que llevaba un rato sonriéndome con demasiada efusividad.

****

Esperé solo en la parte trasera del sedán a que Richardson apareciera. A media tarde, el Koh-l-Noor estaba lleno de gente. No podíamos permitirnos un tiroteo dentro del establecimiento. Así que teníamos que encontrar una razón para atraerlo al exterior, y para ello había pedido a dos de nuestros principales inversores que lo hicieran. El aeropuerto era el lugar perfecto para tener una última charla con el jefe del casino.

—Jefe, acaba de entrar —me dijo Jessim por teléfono—. Tiene una docena de guardaespaldas con él.

—Eso está bien. Haz que la seguridad simule controles de identificación aleatorios. Nos reuniremos en el tejado con los demás.

Colgué. Ese día no había llamado Ronney. Quizás ella ya se estaba acostumbrando a mi ausencia. Yo no. ¿Estaría allí cuando llegara a casa esta noche? Tomé mi arma y la revisé por última vez. No me atreví a salir del coche sin comprobar que todo estuviera en orden. Miré mi reloj. Debe haber salido del estudio. Dejé la pistola a mi lado y marqué el número de Isaac.

—Hola, ¿está la señorita Jiménez con usted?

—Estaba, señor. Acabo de dejarla en su ortodoncista.

Eché la cabeza hacia atrás y me pellizqué el puente de la nariz.

—¿Cómo está?

No podía ver a Isaac, pero podía sentir su sonrisa al otro lado de la línea.

—Su asistente me hizo la misma pregunta sobre usted. Para ser sincero, no muy bien. Está muy preocupada por usted.

Me echaba de menos.

—El joven que trabaja con ella en el estudio la invitó a salir cuando la acompañó al coche, pero ella no pareció prestarle mucha atención.

Logan. Cerré los ojos con fuerza y apreté la mandíbula. Isaac tenía buenas intenciones, sólo que esa noticia no me alegraba. Logan era un tipo sencillo que vivía una vida simple, todo lo que Ronney quería y buscaba en su vida. La sangre se precipitó a mi corazón demasiado rápido, me dolió.

—No le digas que he llamado.

—Sí, señor.

Colgué con ánimo sombrío y abrí la puerta para salir del sedán.

****

El sol calcinaba el techo del aeropuerto. El calor era insoportable. La camisa se me pegaba a la piel. Puse mi mano como visera para mirar la ciudad a la distancia, que parecía brillar.

—Jefe, los guardias de seguridad vienen con Richardson y tres de sus guardaespaldas.

Me volví hacia Amir, que se había unido a nosotros. Las órdenes eran claras: no dispararle al empresario y negociar un tiempo razonable con él.

—Vale, quiero que cada uno esté en su sitio —le contesté a Amir—. Quédate escondido con Alexander y Merwan hasta que Ian y Jessim hayan neutralizado a los tres guardaespaldas y yo haya desarmado a Richardson.

Amir asintió antes de girar sobre sus talones y gritar órdenes a su alrededor. Lo observé por un momento detrás de mis gafas. El chico cada día estaba más seguro de sí mismo.

De pie detrás de la puerta, estiré mi mano buscando mi pistola en la parte trasera de mis pantalones, pero no estaba allí. Mierda, la había dejado en el coche después de colgar con Isaac. Las cosas se estaban complicando, tendría que prescindir de ella.

Jessim e Ian, escondidos en los laterales de la entrada, se abalanzaron sobre los guardaespaldas de Richardson cuando éste ya no tenía posibilidades de huir. Mientras ellos neutralizaban a sus objetivos, yo me dirigí apresuradamente hacia el empresario, que acababa de darse cuenta, petrificado, de que le habían tendido una emboscada. Cuando me vio ir hacia él puso sus puños en posición de defensa e intentó golpearme, pero esquivé fácilmente cada uno de sus movimientos. Tendría que ensuciarme las manos y lo odiaba. Lo agarré por la camisa y le di un puñetazo en la cara, sin soltarlo. Lo golpeé de nuevo, y de nuevo, y de nuevo. Tras un nuevo golpe cayó al suelo, aturdido, con la nariz rota. Me miré la mano y agité la muñeca para librarme del dolor que me recorría el cuerpo.

Sin aliento, me volví hacia mis hombres. Los guardaespaldas de Richardson estaban de rodillas, con las manos en la cabeza, cada uno con un cañón de pistola pegado al cráneo. Llamé a Alexander y a Merwan, que se habían quedado atrás, y les pedí que me ayudaran a atar a nuestro hombre.

Miré mi reloj y me metí las manos en los bolsillos. Richardson llevaba ya treinta minutos esquivándonos. Sentado en el borde del tejado, con el vacío justo detrás de él, no podía librarse de sus ataduras. Asustado, miraba a su alrededor con la esperanza de encontrar una solución.

—El traslado durará varios días —continuó, chorreando sudor por el insoportable calor—. Te dije dónde puse todo el dinero. No es que me lo haya guardado todo para mí o haya despilfarrado esos millones en el juego. Los recuperarás.

Amir había colgado con Hamza y volvía con nosotros.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Merwan.

—Mi tío quiere el casino —respondió Amir.

Me tapé la boca con una mano y me volví hacia Richardson, que nos miraba con expresión de sorpresa.

—De ninguna manera les daré las acciones del casino, bastardos. Es mi imperio. ¡Es mío!

Loco de rabia, luchó en vano por liberarse de sus ataduras. Después de unos segundos, se calmó, bajó la cabeza y empezó a reírse nerviosamente.

—Antes de tu visita me ocupé de investigar y reunir información muy valiosa sobre cada uno de ustedes. Sabía que no venías a jugar ni a aprovecharte de las mujeres fáciles. Puse todo en una memoria USB en una caja fuerte del banco. Si me pasa algo, ese hijo oculto de Hamza, no reconocido oficialmente, se verá amenazado, y no está bajo la protección de la mafia, al igual que el mejor amigo de uno de sus colegas o la amante de otro. Todos ustedes son vulnerables, de una manera u otra.

Miré con preocupación a Amir, que miraba tranquilamente al hombre que tenía delante como si no le importara lo que dijera. Entonces giré la cabeza hacia Merwan, que levantó los hombros.

—Faroles, una mentira —dijo, sin parecer muy seguro de sí mismo—. ¿Por qué no nos lo contaste antes de estar atado como una salchicha en un tejado?

Richardson volvió a reírse antes de levantar su arrugada ceja hacia mí y mirar con determinación mis ojos verde claro. ¡No, no era una mentira!

—No creas que te salvarás, Khan. Tu asistente, la señorita Jiménez, vive en un edificio de viviendas en una parte pobre de Sheryl Valley. No sorprendería a nadie que se derrumbara en medio de la noche... Las casas de esa calle están clasificadas como inseguras.

Sus palabras acariciaron mi nuca como una mano helada. Escuché y no me moví, como si la tierra pudiera abrirse en cualquier momento bajo mis pies. Podía oír los latidos de mi corazón contra mis sienes, y de pronto ya no oí ni vi nada. Los destellos iban y venían. Merwan me sujetó la cabeza para que lo escuchara. Amir estaba sosteniendo mi cuerpo, llamando a Alexander para que me ayudara. Mi cerebro lentamente empezó a funcionar de nuevo, mi audición volvió como un eco, luego completamente.

—¡Yeraz! —gritó Alexander—. Debemos saber más. No actúes por impulso. ¡Debemos esperar las instrucciones de Hamza!

Richardson estaba disfrutando del espectáculo. Sonrió ante mi mirada. Volví a mirar a Ian y a Jessim, con los ojos revueltos de furia. Seguían reteniendo a los tres guardaespaldas del empresario a punta de pistola.

—¡Mátenlos! —grité.

Los disparos se produjeron en un instante. Estaba a punto de avanzar hacia Richardson, pero Amir se interpuso en mi camino. Le miré con los ojos entrecerrados como si hubiera cometido el mayor error de su vida. Una sombra pasó por su rostro cuando leí en sus ojos que me pedía que confiara en él. Me tragué la rabia y traté de recuperar la compostura.

—Tienes dos minutos, luego te arrancaré la lengua con unos alicates. ¡Y no me importa Hamza!

Amir, confiado, enderezó el pecho.

—Treinta segundos serán suficientes.

El joven se volvió hacia nuestra presa y se metió una mano en el bolsillo. Amir se aclaró la garganta antes de adoptar un tono confiado y diplomático:

—Me presento, soy Amir, el sobrino de Hamza. Todavía no soy muy activo en el *Mitaras Almawt*, estoy observando y aprendiendo rápidamente. En general, nadie sabe que estoy cerca. Se me pide que sea discreto, invisible, y yo obedezco. Cada miembro de la organización tiene su propia especialidad, su propio don, su propia cualidad.

Amir se acercó lentamente a nuestro hombre mientras seguía hablando en su tono más tranquilo:

—No me vio sentado detrás de ti hace tres días durante su partida de bridge con clientes. No me vio en el bar, ni en el ascensor, ni como botones. Verá, señor Richardson, mi cualidad es que soy un verdadero camaleón. No se me ve, pero estoy en todas partes, y así puedo conseguir lo que quiero.

Amir sacó una memoria USB de su bolsillo. Por la expresión de estupefacción en el rostro del empresario supe que ese era el objeto con el que quería negociar el precio de su vida.

—Ojalá las cosas hubieran ido mejor, de verdad —añadió Amir con seriedad—. Yeraz Khan es un hombre que no se deja provocar, que no se deja antagonizar. Le auguro un final horrible.

El sobrino de Hamza se giró, puso cara de pena y se alejó de Richardson.

—Espera —le rogó el hombre, que rompió a llorar—. Espera, firmaré lo que quieras. Quiero hablar.

Merwan se acercó a mí y me susurró al oído:

—¿Y ahora qué?

Les había pedido a todos que me dejaran a solas con Richardson. A lo lejos, el sol había empezado a descender. Estaba amordazado y era una sombra de sí mismo, con la camisa empapada de sudor. Richardson se parecía a todos esos tipos poco antes de su ejecución. Suplicante, lloroso, atormentado por el arrepentimiento y dispuesto a hacer cualquier cosa para ser perdonado.

Me acerqué a él y le quité el pañuelo de la boca para escuchar sus últimas palabras. Enderezó la cabeza con dolor.

—Yeraz, escucha a esa parte de ti que te susurra que me dejes vivir.

Permanecí impasible.

—La mejor parte de mí hace tiempo que murió.

—Por favor —suplicó Richardson con un jadeo de pánico.

—No deberías haber dicho su nombre —dije con calma, sin emoción en mi voz.

Agarré el barril de gasolina que estaba a mi lado y lo derramé sobre él. Sacudió la cabeza y gritó con todas sus fuerzas. Cuando el barril estuvo vacío, di un paso atrás. En la pista, un avión estaba a punto de despegar. Esperé unos instantes a que el sordo rugido del avión se intensificara y encendí una cerilla.

29

En el viaje de vuelta a casa, en la parte trasera del coche, dejé que se relajaran todos los músculos de mi cuerpo, doloridos por la tensión de las últimas horas. La imagen de Ronney muerta en mis brazos me perseguía. Hamza me había advertido. Ronney era mi fuerza y también mi debilidad, mis enemigos lo habían entendido antes que yo. Hasta hace unos meses era intocable. Mi familia estaba a salvo, protegida por los códigos de la mafia. Nada podía tocarme. Tuve que resistir el impulso de llamar a Jiménez para asegurarme de que estuviera bien.

Durante varias horas intenté aguantar. Miré por la ventana, la noche había caído sobre el desierto de Nevada. Miles de estrellas centelleaban en el cielo con una intensidad especial que podría haber hecho sentir a cualquiera una verdadera sensación de paz interior. ¿Paz? Hacía sólo unas semanas que conocía la definición de esa palabra. Desde que Ronney había llegado a mi vida.

Cuando el coche se detuvo frente a mi casa, le pedí al conductor que me dejara en paz. A través de la ventanilla miré la puerta de mi casa, con aspecto desanimado. Sabía que ella no estaba detrás de esa puerta. Mi asistente no sabía que volvería a casa esa noche. No pude aguantar más, así que saqué el teléfono del bolsillo de la chaqueta que tenía a mi lado y marqué su número. La magia de su voz actuó en mí inmediatamente en cuanto respondió. Cerré los ojos y suspiré, aliviado al escucharla.

—Ronney, estoy en Sheryl Valley. Acabo de regresar.

Mi asistente parecía sorprendida.

—Vale... Eh... ¿tienes algo para mí el lunes? He despejado tu agenda, pero dejaré que lo compruebes.

Me incliné hacia delante y presioné mi frente contra el reposacabezas. ¡Necesitaba tanto sentir su calor envolviéndome!

—¿Dónde estás?

No era una pregunta real, porque sabía la respuesta. Era sábado por la noche. Si me mintiera, la dejaría sola para siempre. No podría soportar una mentira de ella. Se me formó un nudo en la garganta y contuve la respiración.

—En el centro de la ciudad. Estoy con mis dos compañeros de piso.

—Eso no me dice dónde estás, Ronney.

Se hizo un silencio entre nosotros. Lo rompí con otro intento:

—¿Ronney?

Su voz se convirtió en un susurro:

—Sólo necesito este momento, Yeraz. No puedo decirte dónde estoy.

Fue como si se formara un agujero en mi pecho. Saqué la energía de lo más profundo de mí para no dejarme caer en el abismo más oscuro. ¿Qué es peor que las palabras? El silencio.

—Por favor, Ronney. Sólo por unas horas, déjame unirme a tu mundo. El mío está tan... Oscuro esta noche.

Oí cómo se le cortaba la respiración antes de responder:

—En el tejado de la residencia de ancianos de la Séptima Avenida y la calle Cincuenta. Hay una escalera en la parte trasera por la que se puede subir.

Su voz se apagó y también lo hizo mi parálisis. Volví a abrir los ojos y me dejé caer hacia

atrás, aflojando el puño.

—Ahora mismo voy para allí.

Colgué y llamé a Isaac para que me llevara a la dirección con la limusina.

****

Mi mirada encontró inmediatamente a Ronney cuando mi segundo pie tocó el suelo en el techo. Estaba del otro lado de la terraza con sus dos octogenarios compañeros de piso, que parecían preocupados por verme allí. Mi asistente llevaba un vestido azul largo, perfectamente ajustado a la cintura, que le daba cierta gracia. ¡Qué hermosa se la veía a la luz de la luna!

Sin esperar, vino hacia mí con grandes pasos, feliz de verme de nuevo.

—Buenas noches —susurré cuando estuvo lo suficientemente cerca.

Una expresión indescifrable cruzó sus ojos. El miedo, pero también la rabia, el resentimiento y el alivio pasaron por sus ojos, que estaban llenos de la fatiga, y también la preocupación que le había causado en los últimos días. Asintió con la cabeza para devolverme el saludo.

—¿Dónde has estado?

Su pregunta murió en sus labios, como si ahora fuera irrelevante. Levanté la vista y observé el cielo y la vista que tenía ante mí. El paisaje que tenía ante mis ojos me pareció de pronto deslumbrante y reconfortante, completamente diferente a la primera vez que había venido, sin ella.

—Un negocio importante para...

No pude terminar la frase porque la magia del momento me sorprendió. No era posible, no podía ser el mismo lugar. ¿Cómo consiguió Ronney cambiar todo esto?

—Este lugar es tan tranquilo —dije, mirando hacia el horizonte.

Es difícil imaginar un entorno más hermoso en la Tierra. Las estrellas se mezclaban con las luces de la ciudad, reflejándose en el apacible lago de Sheryl Valley. Ronney me agarró del brazo y tiró de mí hasta el borde del tejado. Le di la espalda al paisaje y me senté en el muro bajo. Jiménez prefirió ponerse delante de mí. Mis ojos se deslizaron sobre ella y se detuvieron en sus curvas. La música de un tocadiscos resonaba a nuestro alrededor, dando un cierto encanto al momento.

—Te ves diferente esta noche.

Avergonzada por mis palabras, Ronney empezó a sonrojarse y luego giró la cabeza hacia sus dos cómplices, que bailaban el vals que sonaba en ese momento.

—Bonito vals.

La mirada de Ronney volvió a dirigirse a mí. Ella respondió:

—Parece que lo conoces.

—En el ambiente en el que crecí, es mejor conocer todos los bailes de salón. Siempre podemos usarlo en las grandes fiestas.

De repente, una máscara de terror apareció en su rostro. Sus ojos estaban clavados en mis manos, dañadas por la paliza que le había dado a Richardson. Reprimió un escalofrío antes de levantar la cabeza e interrogarme con una mirada asustada. Le contesté:

—Había dejado mi arma en el coche. Odio terminar mis citas ensuciándome las manos.

Ronney palideció, asimilando lentamente la información que le estaba dando. Era como si la

realidad la hubiera alcanzado y se sumergiera de nuevo en una pesadilla. Sus ojos parpadearon.

—Acabarás como todos los demás mafiosos: bajo tierra.

La voz le falló. No había ningún reproche en ella, sólo una enorme tristeza y el miedo a perderme.

—No, yo soy la excepción a la regla.

Jiménez suspiró.

—¿Realmente te gusta esa vida?

Apreté los dientes, incapaz de apartar la mirada de ella.

—¡Esta es la vida que elegí!

—¿Y tuviste que hacerle eso a ese hombre?

Con una mirada le ordené que no indagara demasiado.

—Sí, estamos hablando de millones de dólares, Ronney. El dinero en este mundo es la savia del negocio. Los negocios son los negocios.

Jiménez esperó a que dijera algo más, pero me callé.

—¿Y realmente la riqueza merece un infierno en la Tierra?

Bajé la mirada, molesto. Nadie me decía lo que tenía que hacer. Tenía mil y una formas de herirla, pero no quería hacerlo. En cambio, inspiré con impaciencia y luego, con la cabeza todavía gacha, dije:

—¡No sabes nada de mí!

Su voz se suavizó:

—Tenía tanto miedo de que te hubiera pasado algo. No me culpes por preocuparme por ti. Estas últimas horas no han sido fáciles para mí.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros. Comprendía su angustia, la idea de que le pudiera pasar algo era insoportable. Levanté la cara. Sus ojos dorados miraron los míos. Lo que sentía por ella no se debilitó con el paso de los días; de hecho, sucedió todo lo contrario. Sólo la quería para mí, pero eso era egoísta. Sabía que yo era su peor amenaza, que a mi lado siempre estaría en peligro. ¿Angustia? Sí, lo sabía. Estaba ansioso sólo de pensar en amarla. Nada me asustaba más.

En ese momento, su mirada me imploró que la eligiera. Y... Por una fracción de segundo, lo hice. Con mis ojos aún clavados en los suyos, dije en tono dubitativo:

—La verdad es que no habría olvidado esa pistola si no hubiera estado tan ocupado pensando en ti. No sabes cuánto te necesito.

Ronney abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Esta admisión la dejó sin palabras. Desorientada, sacudió la cabeza para recuperar la compostura. Entonces, un brillo travieso cruzó sus ojos. Respondió con una media sonrisa:

—Bueno, creo que tienes suerte de haberme conocido.

No pude contener una carcajada antes de mirarla con más insistencia. Una suave tensión se deslizó entre nosotros. Su respiración se volvió un poco más rápida y su pecho se agitó. Si no hubiera sido por sus dos compañeros de piso, la habría besado en el acto, pasando mi mano por su vestido. La deseaba con locura.

De pronto ocurrió algo extraño. Una mirada traviesa apareció en sus ojos y comenzó a cantar al ritmo de la música con una voz ligera y melodiosa mientras colocaba sus manos en las caderas. Ronney se movió al ritmo del acordeón. La miré con admiración, olvidando la cotidianidad de esta vida. Hizo que cada segundo fuera maravilloso. Después de unos momentos, su voz bajó, y continuó cantando:

—¿Pero está llorando, Milord? Nunca lo hubiera creído... ¡Ah, bueno, eso es, Milord! ¡Sonríame, Milord!

Jiménez me señaló con la barbilla, todavía con cara de diversión. Se sabía la letra de memoria:

—¡Mejor que eso! ¡Un pequeño esfuerzo!

Mis labios se estiraron. Era imposible no dejarse llevar por esta pegadiza canción. Mi asistente continuó:

—¡Eso es! ¡Vamos, ríete, Milord! ¡Vamos, canta, Milord!

Bien, Jiménez, ¿quieres bailar? Vamos. Me levanté, estiré mi brazo hacia ella y luego lo rodeé por la cintura para atraerla haci mí.

Esa repentina cercanía hizo que la voz de Ronney bajara un poco más mientras seguía cantando en un susurro:

—Lalalalalala...

Apoyé mi frente contra la suya y, con una suave presión de mi mano sobre la parte baja de su espalda, la acerqué hasta que nuestros cuerpos se tocaron, hasta que pude sentir sus pechos contra mi pecho. Estábamos tan cerca que podía sentir los latidos de su corazón. Respiré profundamente para inhalar su aroma, ese olor familiar que tanto me gustaba.

Dirigí el baile, dibujando pequeños círculos con mis pasos y luego círculos cada vez más grandes para seguir el ritmo acelerado. Jiménez echó la cabeza hacia atrás con una gran carcajada mientras se dejaba llevar por la animada música.

El ritmo del acordeón y de la orquesta se ralentizaba para señalar el final de la canción. Ronney, jadeando, apretó su frente contra mi pecho.

—¡Oh, Yeraz! Nunca he sido tan feliz.

Conmovido por sus palabras estreché mi abrazo. Sus brazos alrededor de mi cuello eran reconfortantes. Entonces la voz anciana de su compañera de piso nos sorprendió. Llamó a Ronney mientras corría hacia nosotros, levantando las manos al cielo:

—¡Está empezando! ¡Daphne está aquí!

¿Daphne? ¿De quién estaba hablando? Me alejé de Ronney, interrogándola con la mirada. Mientras tanto, la anciana me observaba con interés, con una sonrisa radiante en su rostro. Jiménez me tomó del brazo y me llevó al otro extremo de la terraza, donde nos esperaba un hombre de imponente estatura. Sus penetrantes ojos azules me saludaron con cierta reticencia. Ronney me presentó:

—Alistair, este es Yeraz.

—Yeraz Khan.

Había pronunciado mi nombre como si representara lo peor de este mundo y, en gran medida, no se equivocaba. Comprendí mejor la reticencia de los hombres a conocer al padre de su amada. En ese momento tuve la extraña sensación de que me habían robado la confianza absoluta. Le tendí la mano, pero Alistair parecía más interesado en clavarme una estaca que en estrecharla. Finalmente intercambiamos un apretón de manos, que él aprovechó para aplastar mis dedos. Por el bien de Ronney, apreté los dientes y contuve mi temperamento. Sabía que esas dos personas estaban entre las que ella más quería en el mundo. Era consciente de la imagen que estaba dando, pero no podía cambiar nada.

Bergamote me ofreció una copa de vino que rechacé amablemente. Las dos compañeras de casa intercambiaron una mirada cómplice y luego Alistair giró la cara para mirar hacia otro lado antes de exclamar:

—¡Mira! Las chicas están empezando su clase.

Bergamote y Ronney se apresuraron mirar hacia los grandes ventanales de abajo, donde un grupo de chicas empezaba a bailar. Los tres estaban hipnotizados por el espectáculo. Empezaba a comprender. Discretamente, me acerqué y me puse detrás de Ronney y la abracé por la cintura antes de poner mis labios en su oído:

—¿Así que aquí es donde pasa todas sus noches de sábado, señorita Jiménez?

Mi asistente asintió y sus manos se posaron sobre las mías. Suspiró, más tranquila que nunca. En ese momento yo también lo estaba. ¿Quién iba a pensar que iba a encontrar este increíble lugar unos días antes? Enterré mi cabeza en el pliegue del cuello de Ronney y ella se estremeció. Se incorporó bruscamente, señalando los grandes ventanales y, en particular, a una bailarina de piel de ébano cuyo talento era impresionante.

—¡Es ella, es Daphne!

Fruncí el ceño, intrigado.

—¿Ya la conocías?

—No, nunca.

—Entonces ¿cómo sabes que se llama Dafne?

Jiménez levantó los hombros con una risa mientras seguía observando a los bailarines.

—No sabemos su nombre, pero Daphne le sienta bien.

Puse los ojos en blanco y me reí interiormente.

—Vale, lo admito, tu Daphne lo está haciendo muy bien.

Mi asistente volvió a apoyar su cabeza contra mí. Podía sentir que Alistair me observaba por el rabillo del ojo. No le gustaba esta relación, esta cercanía. Al igual que yo, estaba dispuesto a recibir una bala por Ronney, a sacrificarse por ella, y sólo por eso, por el amor que sentía por ella, este hombre siempre tendrá mi respeto.

30

Sentada frente a mí en la parte trasera de la limusina, escuché con ojos brillantes cómo me contaba el primer día que sus compañeros de piso la invitaron a acompañarlos hasta la azotea y cómo se enamoró del lugar.

Tras un largo monólogo, se recostó de nuevo en su asiento y miró por la ventanilla. Jiménez, ensimismada, sacudió la cabeza con una sonrisa.

—¿Qué sucede? —pregunté con curiosidad.

Ronney me devolvió la mirada antes de mirar alrededor de la cabina, con los ojos desenfocados, y luego respondió:

—El día que te conocí estaba sentada en este mismo asiento. Me tropecé contigo y me advertiste que no volviera a tocarte.

Suspiré y asentí suavemente.

—Lo recuerdo. Parece que fue hace tanto tiempo…

—¡Dios mío! Estaba aterrorizada. Eras tan...

Ronney pareció buscar las palabras antes de añadir:

—No sé, diferente.

—¿Y hoy? ¿Todavía me tienes miedo?

—No —murmuró, observándome atentamente—. Es un tipo de miedo diferente el que siento ahora.

Volvió a girar la cabeza para mirar el paisaje. Algo parecía molestarla. En voz baja, preguntó con dudas:

—Yeraz, durante tu viaje, ¿has estado... con mujeres?

Su pregunta me tomó desprevenido. Con el rostro aún desencajado, evitó cuidadosamente mirarme, temiendo la respuesta. Me enderecé, me acaricié la nuca y contesté incómodo:

—Sí, me he acostado con varias mujeres.

Ronney cerró los ojos como si acabara de recibir una bofetada. Su dolor me dolió hasta la médula. Una oleada de pánico me invadió, obligándome a justificarme ante una mujer por primera vez.

—El sexo forma parte de mi mundo. Tengo un gran apetito sexual. Para mí es una especie de desahogo, el placer no tiene cabida.

Mi asistente, atrincherada en el silencio, se negó a mirarme. Dolida, apretó los labios y se obligó a mirar el paisaje. Respiré profundamente:

—Ronney, no pertenezco a nadie. No tengo que explicarlo. Además, no cuentan.

—Y las has...

No le di tiempo a terminar su frase.

—No, no las he besado. Eres la única en la que he puesto mis labios. ¡Igual, eso no te incumbe!

Mi tono implacable le obligó a girar bruscamente la cabeza hacia mí. Sus ojos se arrugaron de ira. La miré con reproche y añadí:

—Tú tampoco eres totalmente pura, Ronney. Hasta hace unos días te estabas tirando a Caleb.

La mera mención del nombre me hacía hervir la sangre. Jiménez reprimió una mueca antes de cruzar los brazos y dirigirme una mirada incendiaria.

—Sólo lo conozco a él, Yeraz. Y para... ¡Deja de imaginarnos juntos!

Lo intenté, pero fue imposible. En ese momento aparté la imagen de su polla al borde de sus labios. Me tocó hacer una mueca acompañada de una desdeñosa inspiración. Mis celos debían ser evidentes, porque Ronney se apresuró a tranquilizarme con una voz más calmada:

—Nunca he sentido tanto deseo por nadie. No puedes imaginar lo que una simple mirada tuya puede hacer en mí.

—No puedo soportar la idea de que pueda haberte tocado.

—Lo sé, pero al contrario de lo que piensas, no había... Mucho.

Con cara de vergüenza, mi asistente bajó la cabeza hasta los pies y se sonrojó. En ese momento, el motor del coche se detuvo, habíamos llegado a *Asylum*.

—Gracias por dejarnos, Isaac —ordené sin girarme en su dirección.

Ronney permaneció en silencio. Volví mi atención hacia ella:

—¿Qué no hiciste con él?

Levantó la cara y las manos hacia el cielo. Con los ojos muy abiertos, exclamó:

—¡Maldita sea, Yeraz! ¡No puedes preguntarme eso!

—No, quiero que me lo digas, ¡quiero que lo hagas! Quiero hacerte todo lo que aún no has hecho.

Ronney me miró con los ojos muy abiertos y luego entrecerró los ojos como si no hubiera entendido todo, sorprendida por mis palabras.

—¿Qué? Quiero decir... Yeraz, no puedo. No puedo...

Me levanté de mi asiento y me arrodillé a su lado. La agarré de las piernas y la atraje contra mí. Sin que se diera cuenta de lo que estaba pasando, me apoderé de su boca y la besé ferozmente. Se resistió durante unos segundos y luego sus labios se separaron para permitir que mi lengua atravesara los suyos. La apreté contra mi erección mientras seguía besándola con deseo. Los gemidos corrían por su garganta. Mi mano acarició su cuello y luego se deslizó por su pecho. Bajé el escote de su vestido y luego cerré mis dedos sobre su suave carne, amasando su pecho. Al mismo tiempo, aumenté mi ritmo entre sus muslos. Tuve que aguantar, Ronney no era esas otras mujeres. Quería hacer que se corriera, tomarla hasta que me rogara que parara, besarla una y otra vez.

Después de varios minutos conseguí despegar mis labios de los suyos. Se me cortó la respiración y la miré fijamente a los ojos. Sentía un deseo urgente por ella. Con su espalda en el asiento y sus piernas sobre mí, estaba a mi merced. Con los ojos cerrados, se subió lentamente el vestido por encima de los muslos desnudos, dejando al descubierto unas bragas negras de encaje. Una sensación de hormigueo invadió todo mi cuerpo. Todavía arrodillado frente a ella, me desabroché los pantalones para dejar espacio a mi sexo, que se estaba endureciendo hasta el punto de doler. Entonces deslicé mi mano entre sus muslos. Mis dedos encontraron rápidamente el camino hacia su húmeda intimidad. La penetré con dos dedos y comencé a moverlos cada vez más rápido dentro de ella. Un nuevo gemido salió de sus labios. Con renovado vigor, presioné exactamente donde era más sensible. Ronney se sentó y me besó.

—Yeraz... Yeraz, me voy a correr —consiguió articular, febrilmente.

Puse mis labios en su oído:

—Voy a llevarte más allá, Ronney. Te deseo tanto. Me has hecho suspirar demasiado.

Perdiendo todo el control, estaba estallando en llamas. Sus ojos ardientes se abrieron para mirarme desde abajo. Sentí que se contraía alrededor de mis dedos con estremecimientos, y luego explotó, gritando mi nombre.

Al llegar al final de su fuerza, su cuerpo se deslizó sobre mí. La abracé y enterré mi cabeza en

su cuello. Todavía jadeando, se apartó, sosteniendo la cabeza entre las manos, con las mejillas sonrojadas.

—Esto fue nuevo para mí —murmuró, avergonzada.

Le dediqué una sonrisa de satisfacción antes de besar la parte superior de su frente, y luego dije con voz cálida:

—Vamos a mi habitación.

Ronney frunció los labios para ocultar una sonrisa y asintió. El ambiente en el interior de la limusina estaba espeso por la humedad, las ventanas completamente empañadas.

****

Ronney tenía una espesa e imponente cabellera negra, que había visto en Los Cabos mientras dormía. Podía ocultarlo al mundo, pero no a mí. Quería ver su pelo suelto en la intimidad. Pasé los dedos por su cabello mientras seguía besándola.

La luz del fuego de la chimenea proyectaba sombras que parecían bailar en las paredes de la habitación. De pie en medio de la sala, sólo nuestros suspiros perturbaban el silencio. Cuando su vestido cayó al suelo, inclinó la cabeza hacia atrás. Tomé su pecho en mi boca y chupé el pezón, haciéndola gemir de placer. Entonces me desabroché apresuradamente la camisa con su ayuda y la atraje contra mí para sentir sus pechos hinchados contra mi pecho. Capturé sus labios y la besé con fuerza hasta el punto de que no podía respirar. La deseaba. La coloqué contra la pared y apreté mi cuerpo contra el suyo, acariciando su intimidad. Suspiraba cada vez más fuerte, con los ojos entreabiertos. Ronney estaba desnuda.

—Yeraz —suplicó—, espera... Yo...

Su voz me excitó. No dejé mis caricias, al contrario. Tomé su pecho en mi boca y tiré de su pezón. Ella gimió.

—¡Dime que nunca te puso en este estado!

Apreté la mandíbula, esperando su respuesta. Ella negó con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra. Quería que me recordara, que recordara ese momento para siempre.

—¡Esta noche eres mía!

Su mano acarició mi sexo a través de mis pantalones. Me estremecí y me apresuré a desabrocharlos para sacar mi dura polla. Antes de introducirla en ella, rodeé su garganta con mis dedos para obligarla a mirarme y evitar que pensara en otra persona. Sus pupilas dilatadas indicaban lo excitada que estaba. Pasé mis manos por debajo de sus piernas y la levanté contra la pared. Un suspiro acompañó mi penetración. Su cuerpo se arqueó bajo mi sexo. Llevé sus caderas contra las mías, golpeándola con fuerza. Cada empuje era más profundo que el anterior. Nunca había hecho el amor con una mujer, nunca había cogido sin condón, y aunque mis movimientos eran agresivos, estaban llenos de atención sólo para Ronney. Quería oírla correrse, quería oírla gritar más fuerte. Se entregó a un violento orgasmo, temblando con todo su cuerpo. Con la mente adormecida, intenté retirarme antes de que pudiera volver a correrme, pero no pude. Me descargué dentro con fuertes gruñidos y luego apreté mi cuerpo sudoroso contra el suyo. Nunca me había sentido así con nadie. Era lo más delicioso que había probado en mi vida.

Ronney, agotadas todas sus fuerzas, casi se derrumba al pisar el suelo. La puse en pie, me subí los pantalones y la llevé a mi cama.

—Deberías estar durmiendo —dije, sentándome en el borde de la cama.

Ronney se aferró a la almohada, con los párpados semicerrados. Se esforzó, como si tuviera miedo de despertarse y descubrir que todo esto era un sueño. Sin embargo, esa noche rompimos todas las reglas. Pude ver lo que verdaderamente sentía por mí en sus ojos, y mi pecho se comprimió. *No, no, no. No te enamores de mí. No te enamores de mí*. Puse mi cara más seria.

—Ronney, nunca ha habido ningún atractivo sentimental entre otras mujeres y yo. No tendrás flores en tu mesilla de noche mañana, ni un dulce mensaje en tu almohada cuando te despiertes.

Un velo pasó por su rostro. Jiménez bajó la mirada y asintió.

—Lo sé. Prefiero eso a las falsas promesas.

Suspiró, y entonces un temblor estiró sus labios. Entrecerré los ojos, curioso, antes de bajarme de la cama y arrodillarme frente a ella.

—¿Por qué sonríes?

—¡Qué ironía! Estoy al mismo nivel que Ashley y las demás. Juré que te odiaría por el resto de mi vida.

Su mohín me ablandó. Los reflejos de las llamas barrían suavemente su rostro y su enmarañado cabello.

—Yo juré que no te encontraría atractiva o interesante nunca, por el resto de mi vida —dije, mirándola.

Ronney soltó una carcajada y luego apretó un poco más la almohada debajo de ella. Su risa… Hubiera dado mi alma, si la tuviera, por tenerla conmigo para siempre.

—¿Así que me encuentras atractiva?

Y mucho más. Me pasé la lengua por los labios para ganar tiempo, y luego respondí con una voz apenas audible:

—Creo que sí.

Miré hacia abajo. No habrá una próxima vez. Sabía que no debía volver a tocar a Ronney, y la idea me mataba por dentro.

—¿Yeraz? ¿Qué pasa?

Jiménez me miró fijamente, preocupada. Su respiración se había acelerado de repente. Volví a mirarla a los ojos, que parecían temer mi respuesta.

—No, no te estoy poniendo al mismo nivel que Ashley y todas esas otras mujeres con las que me he acostado. Es la primera vez que siento respeto y admiración incondicionales por alguien.

Hice una pausa, con un nudo en la garganta.

—Si no hubiera tenido la mente en otra cosa esta semana, probablemente no habría olvidado mi arma y mis puños estarían intactos. Tengo que tener cuidado cada hora del día y de la noche, pero contigo en mis pensamientos no es fácil. No puedo permitirme ser complaciente.

Mi asistente bajó la mirada. Con las yemas de sus dedos acarició mis cicatrices. Cerré los ojos bajo el contacto de sus preciosas caricias. Nadie más en el mundo podía tocarme como ella y nadie más en el mundo podía darme la paz que sentía cada vez que sus manos me tocaban. Inspiré profundamente y me obligué a adoptar un tono distante:

—Quería poseerte y lo hice, pero lo que pasó no volverá a suceder, Ronney. Necesitaba esto para sacarte de mi cabeza.

Mi asistente retiró rápidamente su mano, como si mis palabras la hubieran quemado. Su rostro se descompuso. Quería retractarme de esas palabras que me estaban destrozando, pero no tenía otra opción. Tenía que alejarla de mí, aunque su vida importara más que la mía.

Ronney respondió con un susurro:

—No esperaba nada. No me arrepiento de lo que pasó. No, no me arrepiento de haberte conocido. ¿Y tú?

Aparté la mirada. Era insoportable ver la tristeza que le causaba. Le temblaba la barbilla, estaba conteniendo las lágrimas. Quería tomarla en mis brazos para consolarla, para besarla, para hacer el amor con ella de nuevo. *No, Ronney, no me arrepiento de haberte conocido. Claro que has hecho de mi vida un desastre, pero moriré sabiendo que una vez fui capaz de amar*. Me levanté para ocultar mi debilidad y me puse de nuevo la máscara para terminar de convencerla de que no era importante para mí.

—No soy alguien que se arrepienta de sus acciones. Nuestra colaboración terminará pronto, te pido que te quedes conmigo hasta el final y luego tendremos que seguir con nuestras vidas. No puedo ofrecerte nada más.

Confundida, Ronney se sentó. Estaba desesperada por lograr que la mirara. En cambio, preferí terminar la conversación con un tono severo antes que dar marcha atrás:

—Tengo que ir al club. Puedes quedarte aquí esta noche. Mañana tendrás tu habitación de vuelta.

Caminé alrededor de la cama hasta el baño. Tal vez en unos días encontraría la manera de olvidarme en los brazos de otra persona. Ante ese pensamiento me paré en seco y me volví hacia ella:

—Tengo una cosa más que pedirte, Ronney. El tiempo que te queda trabajando conmigo, te aconsejo que te dediques por completo a tus tareas y que no te permitas hacer salidas innecesarias.

Al oír esto, Ronney abrió los ojos de par en par, sorprendida por las palabras, y me fulminó con la mirada.

—¿Salidas innecesarias? ¿Me estás tomando el pelo? Trabajo día y noche como una esclava. Incluso hice horas extras con tu hermana ayer para conocer al loco de George en esa casa encantada.

Cyliane y su maldita cadena. Cerré los ojos con todas mis fuerzas y luego los volví a abrir, llenos de amenazas.

—Para que quede claro, si te veo con ese imbécil de Logan, voy a por él.

Ronney se quedó helada, preguntándose cómo lo sabía. No pude evitar dedicarle una sonrisa malvada como respuesta. Nadie se acercaba a ella mientras trabajaba para mí, y nadie la tocaba tampoco. ¡Nadie! Presionando celosamente cada palabra para que entendiera que era capaz de todo si sucedía algo, añadí:

—Sí, Ronney, tengo ojos y oídos en todas partes. Si quiero, cerraré los estudios Red Channel con un chasquido de dedos. ¿Nos entendemos?

Roja de ira, Jiménez se levantó de la cama, llevándose la manta, y se dirigió a la puerta, sin importarle con quién se cruzara fuera. La dejé. Aunque pareciera el gilipollas que siempre había conocido, en el fondo estaba destrozado.

31

Estaba sentado en la mesa de la cocina con un vaso de agua en la mano. Había pasado una semana desde mi famosa noche con Ronney y había cumplido mi promesa. No había vuelto a tocarla, y había permanecido distante de ella hasta que pude hacerle creer que lo que había pasado entre nosotros no me importaba. Sin embargo, cada minuto, cada segundo, sus malditos ojos, sus malditos labios y su maldito cuerpo invadían mis pensamientos. Había recuperado algunas de sus cosas antes de volver a vivir con sus dos compañeros de piso. No la había retenido, aunque quería hacerlo.

Ashley entró en la cocina con los brazos llenos de cajas. Era sábado por la mañana, y ella y Timothy estaban trabajando horas extras para prepararse para la gala de Acción de Gracias, que estaba a la vuelta de la esquina. Me levanté para ayudarla a poner las cosas en un rincón de la habitación y luego volví a mi asiento. Ashley aprovechó para tomar una taza de café y luego se sentó conmigo a la mesa. Empezó a enumerar los mensajes importantes que había recibido de mi jefe de prensa sobre la noche y a los que tenía que responder urgentemente, pero no pude mantenerme concentrado en lo que decía. Dejó de hablar después de un rato:

—Señor Khan, ¿me está escuchando?

Suspiré y giré la cabeza hacia ella, con el rostro cerrado. Sabía que tenía mala pinta.

—¡No!

Abrió los ojos de par en par y estaba a punto de decir algo, pero mi teléfono sobre la mesa empezó a vibrar. Era Soan. Lo puse en altavoz para tener las manos libres.

—Jefe, no me dio ninguna instrucción esta mañana sobre la señorita Jiménez. ¿Debo seguirla?

Ashley cerró los ojos brevemente antes de bajar la cabeza. Me quedé en silencio un momento para pensar. En unas semanas tendría que dejarla ir, tenía que salir de este círculo vicioso. Me agarré la cabeza con las manos. Su fuerza magnética me arrastraba a su órbita y no podía alejarme.

—No, Soan, déjala. Tómate el fin de semana libre. Esta misión ha terminado.

—Bien, jefe. Que tenga un buen día.

Colgué y me encontré con los ojos azules de Ashley. Una expresión de dolor cruzó sus rasgos.

—Ya hablaremos de esto más tarde —dije con voz seca—. Acabo de llegar a casa del club, estoy cansado.

Hace unos meses la habría tomado en esta mesa para cogerla, pero las cosas habían cambiado. Hasta ahora, nunca había dejado que nadie se acercara tanto a mí y me arrepentí de haber dejado que Ronney lo hiciera. Deseé no haberla conocido nunca. ¡Nunca!

Me aflojé la corbata y me levanté para salir de la habitación, dejando a Ashley sola detrás de mí con la mirada triste perdida en el espacio.

****

La noche había caído. Para olvidarme de Ronney, me había volcado de lleno en el trabajo. Se había organizado una reunión de emergencia en mi oficina para discutir el caso de Esraa y mis hombres, que seguían durmiendo en la cárcel. Hamza había sido demorado junto con Amir por

un evento familiar. Detrás del escritorio, escuché a mi equipo debatir el tema. Lucas estaba expresando su desacuerdo con las ideas de Merwan y Alexander.

—Un ataque nunca es bueno para la imagen de una organización. Podría crear un levantamiento entre la población. Sólo hay que recordar lo que pasó en julio de 1992 en Sicilia, por ejemplo. Tenemos que aprender de esa historia.

Una de las comisuras de la boca de Merwan se levantó en una sonrisa arrogante y respondió a Lucas:

—No estamos aquí para ganarnos el cariño del público. Nuestros hombres tienen que salir de la cárcel. ¡Tenemos que matar a este juez, que está empezando a cabrearnos seriamente con su integridad de mierda!

Una buena parte del equipo estuvo de acuerdo con las palabras de Merwan. Alexander aplaudió en apoyo de su amigo. Lucas se volvió hacia mí con una mirada convincente:

—Tenemos que involucrarnos más en la política para que Palmer gane las próximas elecciones. Entonces todo irá bien.

Uno de los hombres mayores dijo a Lucas:

—Estás aquí para hacer cumplir tus putas leyes. Es normal para ti hablar de política, eres abogado. Pero ¿y si Palmer no gana las elecciones? Quiero decir, ¡mierda! No vamos a esperar a la próxima legislatura. Es demasiado arriesgado.

Lucas, apoyado por otra parte del equipo, insistió:

—Es importante permanecer invisibles. Así es como lo hemos hecho siempre y...

El joven no tuvo tiempo de terminar la frase. Lo interrumpió el sonido de la puerta abriéndose con un golpe. Mis ojos se volvieron con infinita lentitud hacia la entrada del despacho. Cuando vi a Ronney, pistola en mano, el corazón me dio un salto en el pecho. Ilyes se abalanzó sobre Jiménez, pero ella lo apuntó con la pistola, lo que fue suficiente para detenerlo en seco.

—¡Da un paso más y te volaré la cabeza! —gritó, decidida.

El pulso me latía en las sienes. Bastaba con que Jiménez tuviera un solo momento de desatención para que mis hombres le dispararan sin dudarlo. Tenía que evitar lo peor.

—Ronney, ¿qué coño estás haciendo?

Me levanté de la silla y me apresuré hacia ella para desarmarla lo más rápido posible antes de que alguien la matara. Cuando me apuntó con su arma, su mirada me atravesó la piel. Me sentí como si me devorara el odio que salía de sus ojos. En ese momento me di cuenta de que Ronney había venido a mi casa con la intención de matarme. La determinación de Ronney por matarme era algo que no había previsto. Aunque, después de todo lo que le había hecho pasar en las últimas semanas, debería haberlo previsto. Mi única preocupación en ese momento era ponerla a salvo, lejos de mis hombres.

—¡Salgan de la habitación! Esto es entre la señorita Jiménez y yo.

Todos esos hombres fueron entrenados para dar su vida por mí. Ronney no los asustó. Con sus miradas despiadadas, esperaban el momento de saltarle al cuello. Jiménez no se echó atrás. Esa era ella, una verdadera leona.

—Salgan de aquí —insistí, agitando los brazos en el aire para llamar su atención.

Con los nervios a flor de piel, me acerqué a Alexander, le agarré del cuello de la camisa y le empujé con violencia sobre los demás hombres. Soan y Lucas guiaron al equipo fuera de la sala. Tampoco querían que mi asistente resultara herida o muerta.

Cuando Soan cerró la puerta detrás de sí, exigí inmediatamente una explicación a Jiménez, que seguía apuntándome con la pistola.

—Ya son dos veces que me apuntas con esa pistola. Te juro que será mejor que vacíes tu cargador y luego compruebes que estoy muerto, Ronney. ¿Quién te crees que eres para entrar en mi casa con mi pistola?

Caminó lentamente hacia el centro de la habitación. Mi corazón seguía latiendo con furia y rabia. Sabía que tenía muy poco tiempo para convencerla de que soltara el arma antes de que uno de mis hombres se lanzara al asalto. Nos rodeamos lentamente. Sus ojos dorados habían perdido su inocencia. Yo era la causa de la enorme tristeza en su rostro. Su voz quebrada por las lágrimas se elevó rápidamente:

—Fuiste tú quien vino a amenazarme esta noche en casa de mis padres. Tus hombres destrozaron sus vidas. Dispararon a todo el restaurante. ¡Te odio!

Esta última frase la gritó. Me quedé atónito y helado de asombro. Con las cejas fruncidas, busqué en mi mente las piezas dispersas del rompecabezas y me apresuré a unirlas. *Mitaras Almawt*, Ronney, restaurante, acuerdo… Mareado, parpadeé varias veces para obligarme a ponerme en pie.

—El plan Kayser... —resoplé.

Lo había olvidado por completo cuando volvimos de Los Cabos. Aturdido, me quedé mirando a Ronney. Su ceño se frunció, no entendía lo que estaba diciendo.

—Tras una guerra territorial y un acuerdo con el líder del clan Rosa Negra, los *Mitaras Almawt* se hicieron con el control de los restaurantes y clubes de Sheryl Valley.

Después de escucharme de mala gana, me preguntó:

—¿Cuándo hiciste este trato con ellos?

Suspiré, giré la cara hacia la izquierda y puse mis manos en mis caderas.

—¿Qué importa, Ronney?

—¿Qué importa? —repitió ella, entrecerrando los ojos—. ¿Nos acaban de disparar y no se te ocurre nada mejor que decirme?

Su ira se redobló. Me tragué una réplica mordaz. Si empezaba a discutir con ella, cualquier posibilidad de seguir vivo se reduciría a ninguna, y el cuerpo de mi asistente acabaría acribillado a balazos. Ella insistió:

—¿Cuándo firmaste este acuerdo?

—Dos semanas después de que te convirtieras en mi asistente.

En ese momento sentí que la desesperación se apoderaba de ella. Me acerqué a ella. Con la barbilla temblando, Ronney levantó la muñeca para convencerme de que no me moviera. No esperaba un milagro, sabía que nunca me perdonaría, pero en ese momento no me importaba. Quería que saliera viva de mi casa, y para ello tenía que acelerar la discusión.

—Para mí era una formalidad más. Te juro, Ronney, que hoy no firmaría nada que te pusiera en peligro a ti o a tus seres queridos. Eso fue antes.

Con su voz llena de sollozos, herida, gritó con todas sus fuerzas:

—¡¿Antes de qué?! ¡Estás arruinando la vida de la gente de Sheryl Valley! Esta noche casi me disparan en la cabeza. ¿Qué habrías hecho tú, Yeraz?

La imagen de Ronney muerta en mis brazos me heló la sangre. Arder en el infierno no me asustaba, pero vivir en un mundo donde Ronney ya no existiera, sí. Una bala en el corazón hubiera dolido menos que sus últimas palabras. Si ella supiera…. Oh, si supiera lo mucho que la amo.

—Prefiero sufrir mil muertes a que alguien te haga daño —dije con gran dolor en mi voz.

Los ojos de Ronney parpadearon. Sacudió la cabeza, con las mejillas mojadas por las

lágrimas. Me acerqué a ella, llamando su atención. Quería que me leyera. Continué:

—Hoy no tomaré las mismas decisiones. Eres lo más puro de mi vida, Ronney.

Ella tragó.

—Sin embargo, el otro día me dijiste lo contrario.

¿Qué quería oír? ¿La verdad? La verdad era que esta extraordinaria mujer tenía mi vida y mi corazón en sus manos. La verdad era que me estaba jodiendo. La verdad era que la amaba más allá de las palabras.

—Lo sé, y me gustaría poder creer lo que estoy diciendo.

Ronney dejó de luchar, su muñeca empezó a temblar como el resto de su cuerpo.

—Estoy agotada, Yeraz, tan cansada de esta vida…

La atrapé antes de que cayera al suelo. Con mis labios en su frente, la llevé contra la pared para alejarla de la puerta. Podría recibir todas las balas por la espalda, no me importaba, tenía que proteger a Ronney. Con mi cuerpo apretado contra el suyo, la desarmé. No ofreció ninguna resistencia.

Lo que había temido ocurrió unos segundos después. La puerta se abrió y se estrelló contra la pared. El sonido del seguro del arma de mis hombres me hizo abrir los ojos. Me giré rápidamente, les apunté con mi pistola y les dirigí una mirada de advertencia, el tipo de mirada que aterrorizaría a cualquiera, para que bajara sus malditas armas.

—¡Está bien, señores, guarden sus armas!

La adrenalina en sus cuerpos disminuyó lentamente. Al final mis hombres entraron en razón y me obedecieron. Una vez que supe que Ronney estaba a salvo, metí mi MAC 50 en la parte trasera de mis pantalones. Con un gesto de la mano, le pedí a Soan que se acercara:

—Dile a Hamza que voy. Tengo que arreglar algo con él. El resto puede irse. Continuaremos la reunión el lunes.

Cuando nos quedamos solos, me volví hacia Jiménez, que también estaba a punto de irse. La sujeté por el brazo.

—Haré las cosas bien, te lo prometo.

Me miró fijamente antes de responder con resentimiento:

—Más vale que lo hagas, o no volverás a verme.

32

Estaba terminando de arreglarme en mi habitación cuando Hamza me llamó por teléfono. Me pidió que fuera a su casa lo antes posible, con Jiménez. Al parecer, tenía cosas importantes que contarnos, pero eran demasiado complicadas para explicarlas por teléfono.

La situación entre Ronney y yo era incómoda desde hacía varios días. Utilizaba a sus asistentes para hablar conmigo y se aseguró de que nunca estuviéramos a solas. Ya no respondía a mis llamadas ni a mis mensajes. Estaba furiosa conmigo. Los recuerdos de la noche del sábado anterior afloraron con la misma ansiedad y culpabilidad que había sentido durante esos largos minutos. Hamza había insistido en arreglar el asunto con Nino y, según esa llamada telefónica, lo había hecho, pero ¿a qué precio?

Timothy y mi asistente estaban cómodamente sentados charlando cuando me detuve en la entrada del salón. Estaba claro que Ronney sonreía y daba lo mejor de sí misma cuando estaba con otras personas, algo que me había negado durante días. Jiménez era mi droga y esos días de sobriedad sin poder tocarla o estar a solas con ella me ponían muy irritable. Fue Timothy quien se llevó la peor parte de mi mal humor.

—¡No te pago para que descanses ni para que hables! ¿Has preparado el material para mi reunión de esta mañana?

El joven asintió y yo añadí bruscamente:

—Guárdalo. Nos esperan con la señorita Jiménez en casa del señor Saleh.

Ronney se levantó de su silla y sus ojos se encontraron por fin con los míos. Los tensos rasgos de su rostro me decían que no estaba contenta de acudir a esa cita. Me encargué de mantener la calma:

—Señorita Jiménez, Isaac nos está esperando afuera. Apresúrate y únete a él.

—Pero...

La miré fijamente con una mirada imperiosa antes de declarar secamente:

—Hamza no tiene mucho tiempo para nosotros. Quiere hablar con nosotros después de mis peticiones de cambios en el acuerdo Kayser. Insiste en que estés presente.

Ronney relajó los hombros, comprendiendo la importancia de la reunión. Asintió enérgicamente y se dirigió a su asistente:

—Me reuniré contigo en cuanto termine. Encontrarás el contacto del seguro en la tableta.

Al pasar junto a mí por las puertas del salón, cometió el error de levantar la vista y mirarme a los ojos. Se le cortó la respiración y sentí cómo se derrumbaban sus últimas defensas. Mi mirada se dirigió a sus labios, y tuve que contenerme para no atraerla contra mí y amoldar mi cuerpo al suyo. Ella me deseaba de igual manera, podía verlo en sus ojos. Sus mejillas se sonrojaron ligeramente y continuó su camino hacia Isaac.

****

Durante el viaje rompimos el hielo y conseguimos hablar sin discutir. Jiménez se había apaciguado, y yo había vuelto a confiarle mi infancia, mis sueños abortados, mis sentimientos.

Cuando estábamos cerca de la casa de Hamza, sentí como si toda su animosidad hacia mí se hubiera evaporado. Decidí hacerle la pregunta que me rondaba desde hacía varios días:

—¿Realmente me hubieras disparado con mi arma?

No necesitó responderme, la leí como un libro abierto. Fue como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Ronney me miró fijamente, paralizada por la idea de lo que podría haber hecho, la idea de perderme. Angustiado, cerré los párpados con todas mis fuerzas y apreté la mandíbula antes de añadir en un susurro:

—No sé qué es más doloroso, Ronney. Recibir un disparo en el corazón o sobrevivir con el corazón roto.

El coche se detuvo, habíamos llegado.

****

Hamza estaba sentado detrás de su escritorio mirando a mi asistente con extrañeza. Me quité las gafas, indicando que estábamos preparados para escucharle. Se hundió en su asiento y, con una voz curiosamente distante, comenzó:

—Como te dije el otro día, Yeraz, Nino es un hombre de ideas firmes. El cambio de las condiciones del contrato le incomoda.

Respondí con una breve carcajada:

—No es la primera vez que cambiamos algunas líneas de un contrato.

—Nuestro acuerdo con la Rosa Negra y Nino, su líder, como bien sabes es frágil. Les dimos una gran parte del territorio de la droga, de la que no querías saber nada, a cambio de negocios. Hemos seguido sus instrucciones y de pronto...

Hamza hizo una pausa. Arqueó las cejas y giró la cara hacia Jiménez antes de volverse hacia mí:

—Vas hacia atrás para cumplir los deseos de tu asistente.

Había un matiz detrás de sus palabras. Ronney se sintió incómoda y permaneció en silencio. Maldije entre dientes antes de responder con voz amenazante:

—¡No vayas por ese camino, Hamza! Conozco personalmente el establecimiento de los padres de la señorita Jiménez. Me niego a que sea un daño colateral para nuestro negocio. Ese restaurante nunca debería haber estado en nuestra lista.

Mi interlocutor se ocupó de buscar un expediente en su escritorio. Una vez que lo tuvo en sus manos, lo abrió y sacó una hoja de papel con todos los nombres de los establecimientos, incluido el restaurante de los padres de mi asistente. Reprimí una mueca. Mi tono era inconfundible:

—¡Ahora ha cambiado! No hay nada que discutir. Arregla el incidente y quita el restaurante de la puta lista.

Molesto, Hamza inclinó la cabeza hacia un lado. Algo me decía que no me iba a gustar lo que iba a decir. Lo miré fijamente, con la mandíbula contraída.

—Nino y yo tuvimos una larga charla sobre esto. Me pediste que lo arreglara, así que lo hice. Al final llegamos a un acuerdo muy bueno.

El regente se detuvo un momento, como si tratara de encontrar la forma más diplomática de formular su frase. Con un gesto de la mano le pedí que continuara. No necesitaba que fuera formal. Hamza continuó con cautela:

—Hemos acordado un intercambio de empleados. La señorita Jiménez trabajará ahora para Nino.

Lo miré como si se de pronto hubiera vuelto completamente loco. ¿Era una broma? Los ojos de Ronney pasaron de Hamza a mí con pánico. Me invadió una ira intensa e incontrolable.

—Nunca —grité, levantándome y preparándome para dar la vuelta al escritorio.

—Tenga cuidado, joven. La cortesía es esencial, incluso entre nosotros. Vigila tu comportamiento cuando te dirijas a mí. No acepto ningún acto de rebeldía en nuestra familia. Khan, todavía tienes mucho que aprender en el *Mitaras Almawt*.

Ronney parecía estar luchando por respirar, por comprender lo que estaba pasando. Vi en sus ojos tanta preocupación, tanto miedo, que se encendió un fuego en lo más profundo de mi ser. Me sentí totalmente atrapado.

Me paseé de un lado a otro de la habitación, jurando que Ronney no iba a ir a ninguna parte, y menos con ese hijo de puta de Nino. Hamza intentó calmar la situación:

—Los intercambios de empleados siempre han existido en nuestra empresa. Ellos también forman parte del negocio. Hasta hace poco no te importaba. ¿Cuántos cocineros, limpiadores, contables o asistentes hemos intercambiado?

¿A qué estaba jugando Hamza? Sabía que Nino iba a por mí, así que ¿por qué aceptó el trato? Mi asistente, ahogada por la angustia, no me oyó llegar por detrás. Le puse una mano en el hombro y jadeó.

—Ronney, espérame en el coche.

Cuando levantó la vista hacia mí, me invadieron una multitud de sentimientos. Febrilmente, con el rostro pálido, se levantó y salió de la habitación con aspecto demacrado.

A solas con Hamza, apoyé las manos en el escritorio y me incliné hacia él, con los ojos oscuros y las facciones contraídas:

—No habrá intercambio.

El regente se puso en pie y golpeó la mesa con el puño.

—Llevas semanas mintiéndote a ti mismo. No puedes llevar las riendas del reino si tu mente está en otra parte. Tu vida requiere sacrificios y éste es uno de ellos.

—Siempre he sido igual. Siempre te he sido leal y nunca me he echado atrás en mis obligaciones.

—Podrías matar a un extraño en la calle si tuvieras que hacerlo, pero eres incapaz de dejar ir a esta mujer. ¡Estás abandonando tus principios por ella!

Sacudí la cabeza enérgicamente antes de volver a pasear por la habitación, con los brazos en jarra, consumido por un odio visceral. Miré fijamente a Hamza y continué la conversación en árabe, como hacía cada vez que estaba fuera de mí:

—Busca otra cosa, este trato no me conviene. ¿Qué harán con Ronney una vez que esté allí? Sabes muy bien cuál es el objetivo de Nino.

—Hice todo lo que pude, Yeraz, para evitar este intercambio.

Hamza sostiene la lista de nombres de los restaurantes frente a él.

—Lo aceptaste. Tiene tu firma. ¡No puedes tenerlo todo, Khan!

La voz amortiguada y grave de Hamza no podía ser más alta. Se sentó de nuevo en su silla, con la cara contorsionada por la ira. Tras un breve momento de silencio, dijo sin mirarme:

—Entrégala. Renuncia a ella y todo se arreglará, ¡o cásate con ella! Fue un error ir a Los Cabos con tu asistente, te lo advertí. Cuando volviste, lo entendí enseguida, lo supe de inmediato.

En el momento en que te vi, supe que te habíamos perdido.

Levanté la cabeza hacia el techo. Yo, casado, ¡nunca! Sin embargo, un susurro lejano me advertía. Ronney iba a morir, estaba seguro. Mientras estuviera conmigo, estaba en peligro. Tenía que mantenerla alejada. Mis enemigos tenían que olvidarla.

****

El camino hacia la casa de Camilia fue largo y frustrante. Atrapado, había decidido ir directamente a su casa con Ronney después de la tensa entrevista que había tenido con Hamza. Era mi última oportunidad de salvar a Jiménez de un futuro fatal.

Cuando llegué, Abigaëlle me dijo que mi madre me esperaba en el salón, en la veranda. Entonces se acercó a mi asistente y le propuso que comiéramos mientras esperábamos. Ronney giró bruscamente la cabeza hacia mí y me miró interrogante.

—Mira, necesito hablar con mi madre a solas. Abigaëlle cuidará de ti.

—¿Por qué no puedo ir contigo? ¿Qué es lo que no me dices?

Miré al ama de llaves y le pedí que preparara una comida para mi asistente. Ella lo hizo de inmediato. Entonces me volví hacia Ronney. Las yemas de mis dedos rozaron su barbilla. Parecía muy preocupada:

—Confía en mí. Te dije que lo tenía todo resuelto. Para ser honesto, es mi madre quien puede sacarnos de este lío. Nunca pensé que la necesitaría.

Giré sobre mis talones y me uní a Camilia.

****

La pequeña habitación estaba bañada por una luz brillante. Mi madre estaba sentada en un sillón cerca de las ventanas consultando una carpeta con las gafas puestas, con la mirada concentrada. Con su traje negro parecía aún más estricta de lo que ya era. Cuando se dio cuenta de mi presencia, puso la hoja de papel en la mesa de cristal que tenía delante. Con un movimiento de la barbilla le pregunté qué era. Ella rechazó mi pregunta con un gesto de la mano antes de responder, fingiendo que se peinaba:

—Nada interesante. Sólo algo de información sobre una tal Tess Lawrence. Es una periodista decidida.

Asentí con la cabeza mientras salía al centro de la veranda con el rostro rígido. Mi madre juntó las manos sobre sus piernas cruzadas y me miró fijamente a través de sus gafas. Estaba aparentemente tranquila, pero sólo aparentemente. Mis ojos estaban fijos en el jardín, a lo lejos, y evitaba cuidadosamente mirarla.

—Te necesito —dije con voz desesperada.

Oí la respiración de Camilia deteniéndose. Tartamudeó:

—Yeraz, dime qué está pasando.

Me volví hacia ella. Sus dedos apretaron su collar de perlas. Las pequeñas arrugas del

entrecejo delataban su preocupación.

—¿Yeraz?

Sus ojos reflejaban una profunda angustia.

—La Rosa Negra quiere a Ronney. A cambio, Nino se compromete a incumplir un acuerdo hecho hace semanas entre él y los *Mitaras Almawt*.

Mi madre enarcó las cejas antes de negar con la cabeza. Con una mano en el aire, trataba de entender lo que yo decía.

—¿Qué tiene que ver Ronney con esto, Yeraz? ¿Desde cuándo uno de tus asistentes es de interés para otras organizaciones de este país?

Permanecí en silencio. Mis ojos buscaban desesperadamente una salida ante la oscura mirada de Camilia. ¡Mierda! Me hubiera gustado no entrar en detalles, pero sabía que era inevitable.

—Desde que ella y yo nos acercamos.

Mi madre, que parecía horrorizada y luego furiosa, exhaló durante un largo rato antes de cerrar los párpados y presionarse las sienes con las yemas de los dedos.

—¿Te acostaste con Ronney?

Me metí las manos en los bolsillos y volví a mirar hacia las ventanas.

—Sí —respondí entumecido—. No puedo decir cuándo las cosas se confundieron. Me siento como si me arrastrara una corriente fuerte y rápida, sin poder nadar.

—Tu asistente me aseguró lo contrario.

—Porque todavía no había pasado nada.

Cada vez me resultaba más difícil ocultar mi fastidio, y se me notaba en la voz.

—¿Por qué no sugieres a Ashley a Nino si realmente necesita una asistente? ¡También la tienes a ella!

Cerré los ojos y apreté los labios. *Yeraz, haz un esfuerzo. Si quieres que Camilia te ayude, debes ser sincero con ella*. Me giré para mirarla:

—Sabes que me importa más que la razón. Es mi talón de Aquiles. Me perdí en el momento presente, me olvidé del futuro, del peligro, porque quería capturar cada segundo de esos momentos imperceptibles en los que en su presencia me sentía feliz.

Camilia me observó, sorprendida de que pudiera sentir emociones tan fuertes.

—Yeraz, ¿me estás diciendo que estás enamorado?

Con las manos siempre enterradas en los bolsillos, me apoyé en la ventana y luego cerré los ojos con un suspiro de cansancio antes de volver a abrirlos lentamente.

—Me gustaría convencerme de que no es así. Si amar significa morir dentro de mí un poco más cada día, entonces me niego a amarla. Es una sensación horrible.

Mi madre asintió, con los ojos húmedos, y luego levantó la cara hacia el techo para contener las lágrimas.

—Puedo entender tu reacción la noche que golpeaste a tu hermano, aunque no se lo merecía.

Me abstuve de contestar, aunque quería hacerlo.

—Los códigos de la mafia son claros, no se toca a los familiares ni a las esposas. ¿Vas a proponerle matrimonio?

—No —respondí con firmeza—. No me voy a casar con nadie. Mi vida estaba bien antes de que llegara Jiménez. No he cambiado de opinión, no abandonaré mi reino. *Mitaras Almawt* está primero. Es así.

Decepcionada, Camilia apartó la mirada.

—Mamá, eres una mujer formidable, capaz de diseccionar a cualquiera en mil pedazos. No

dejes que se lleven a Ronney. Hazlo por mí, por favor.

Ante mi angustia, Camilia se quitó las gafas y declaró:

—Nadie nos quitará a Ronney. Va a seguir trabajando para mí hasta que tomes tus nuevas funciones. Me encargaré de organizar otro intercambio en su lugar. Nino tiene algunos puntos débiles que conozco. Se doblegará ante mí.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento. Me respondió con la misma mirada que había tenido durante treinta años, una mirada llena de amor incondicional.

****

Jiménez se unió a Peter y a mí en el vestíbulo. Preocupada, me interrogó con la mirada. Camilia llamó a su asistente:

—Peter, deberíamos dejarlos en paz.

Se dirigió entonces a Jiménez con una voz extrañamente tranquila:

—Ronney, te espero en la terraza del jardín. Tendremos que hablar.

No podía culpar a mi madre por estar enfadada por la situación. La estaba involucrando involuntariamente en mis preocupaciones, a pesar de que ella siempre se había negado a ser arrastrada a los asuntos de los *Mitaras Almawt*.

Cuando ella y Peter desaparecieron de nuestro campo de visión, Ronney se lanzó sobre mí:

—¿Estoy despedida?

—Todavía tienes tu trabajo, pero ya no trabajarás para mí.

Al sentir el ataque de ansiedad de mi asistente, traté de tranquilizarla:

—Ronney, te quedas en la familia, no te preocupes. Nunca te dejaría en manos de otra persona. No a ti.

—¿Cuál fue el acuerdo con tu madre?

—El intercambio de empleados será con mis hermanas. Su asistente se va a trabajar para las chicas de Nino. Así que ocuparás su lugar a partir de la próxima semana. Si quieres seguir trabajando para ellos después, más allá de lo acordado, puedes hacerlo.

Jiménez, con el ceño fruncido, analizó en silencio la situación. Sabía que se sentía mal por Paige.

—¿Qué más?

Reprimí una mueca antes de responder con una expresión de aburrimiento:

—Se lo conté todo a mi madre.

Se quedó atónita y abrió mucho los ojos.

—¿Todo?

—Sí, tuve que hacerlo para convencerla de que arreglara la situación. Sabe lo del ataque en el restaurante, mi pelea con Hamza y...

Dejé mi frase colgada. Jiménez enarcó una ceja. Con voz vacilante, continué:

—Sabe que dormimos juntos.

Presa del pánico, se agarró la cara con las manos. Incapaz de pronunciar una palabra, cerró los ojos con todas sus fuerzas y tras unos segundos, exclamó:

—Vale, voy a tener que ir a enfrentarme a tu madre, que ahora debe pensar que soy una

estúpida y promiscua. Deséame suerte.

Tomé su mano para consolarla y la acerqué a mí.

—No está enfadada contigo, al contrario. Es la primera vez que me ve preocuparme y luchar por alguien. La esperanza en sus ojos me hacía sentir bien.

El cuerpo de mi asistente se quedó sin fuerzas. La acerqué aún más hasta que pude oler su piel y sentir su aliento en mi cara. Cuando su mano acarició mi mejilla, toda mi mente se adormeció.

—¡Maldita sea, Ronney! ¿Qué haces conmigo? —le susurré al oído.

33

Me quedé mirando la silla vacía que tenía delante. Entre esas frías paredes pensé en los acontecimientos del día anterior. Ronney había pasado por mi casa para terminar de recoger todas sus cosas. Había insistido en que viniera esa noche a ver el ballet que se representaba en la ciudad. Después de eso, la besé durante mucho tiempo. Ya echaba de menos sus labios y su presencia.

Estaba lejos de Sheryl Valley, en la prisión de Coyote Ridge. Había hecho el viaje al estado de Washington a primera hora del día, donde Esraa y demás hombres estaban encerrados. Era importante que supieran que el *Mitaras Almawt* no los abandonaba y que estábamos haciendo todo lo posible por sacarlos de la cárcel. La oscuridad y la estrechez de la habitación no me dieron ganas de quedarme. De pronto sonó una alarma y la pesada puerta de metal se abrió. Esraa apareció con un mono naranja y expresión de cansancio. Cuando sus ojos se posaron en mí, una amplia sonrisa partió su rostro. Le dijo unas palabras al oído al guardia, y luego discretamente le puso algo en la mano. El hombre bajito y calvo de unos cincuenta años asintió y nos dejó solos.

Esraa sacó la silla y se dejó caer en ella antes de levantar la barbilla hacia mí:

—¿Puedes ver algo a través de esas gafas?

Con mirada severa, respondí con otra pregunta:

—¿Te tratan bien?

El joven fingió que todo estaba bien. Apoyó los codos en la mesa, bajó la cabeza y se pasó una mano por el pelo antes de levantar su cara cansada hacia mí.

—Esto es la selva. El lugar está podrido y es insalubre, pero los hombres y yo vivimos bien, a diferencia de otros reclusos. ¿Cómo va el caso?

—Está en marcha. Planeamos que Palmers sea elegido gobernador en las próximas elecciones, y luego todo seguirá.

Esraa golpeó la mesa con el puño y dijo entre dientes:

—¡Ese juez es un imbécil! Cuando salga me ocuparé de él personalmente.

—Cuando salgas por fin estaré ocupando mi lugar, y ya no tendré las manos atadas. Hamza es un hombre que prefiere el diálogo a la violencia, lo que suele complicar las cosas.

Mi interlocutor se encogió de hombros y bajó la mirada antes de decir a media voz:

—Estar lejos de mi mujer es lo más difícil de soportar. Daría cualquier cosa por poder tenerla en mis brazos sólo por un momento.

—Amelia no necesita nada. Estamos cuidando de ella, puedes confiar en nosotros.

Esraa dejó pasar un silencio antes de levantar su rostro hacia mí.

—¿Y cómo estás tú?

—Bien —respondí por reflejo.

Me miraba con una expresión extraña en los ojos. Seguramente ya había oído los rumores sobre Ronney y yo. Sabía de sobra que los cotilleos no se detenían en los muros de la cárcel. Esraa se aclaró la garganta antes de apoyar los codos en la mesa e inclinarse hacia mí.

—Ese bastardo de Nino realmente te hizo un número con eso del intercambio de empleados. Yeraz, ¿por qué no ponemos a este tipo fuera del negocio? ¡Necesita morir!

Le escuché verter todo su odio sobre el jefe de la Rosa Negra, citando de paso todas las razones por las que Nino tenía que desaparecer.

—No sé lo que está haciendo, Yeraz, pero no parece bueno.

—Tenemos acuerdos financieros y comerciales muy importantes con esa organización. Hay mucho en juego. Créeme, le tengo un profundo odio y sueño con acabar con él. Quiero vengar la muerte de mi padre, pero para eso tengo que esperar.

Esraa estaba enfadado:

—¿Esperar qué? ¿No fue suficiente para ti lo que pasó con Ronney?

Su nombre en sus labios me hizo perder el equilibrio. Mi mandíbula se apretó y mi puño sobre la rodilla se tensó. Sus últimas palabras me quemaron la mente hasta la médula. Sintiendo que había ido demasiado lejos, Esraa hizo una pausa. Cerró los párpados y respiró profundamente antes de volver a abrir los ojos.

—No era mi intención... Lo siento. Me siento muy impotente entre estas paredes. Eres nuestro líder, tus enemigos te temen y Nino debería tener miedo de su propia sombra.

El joven me sostuvo la mirada aunque no pudiera ver la mía y dijo, con sus rasgos distorsionados por la rabia:

—Envíale un mensaje al hijo de puta. ¡Aplástalo, redúcelo a la nada!

El sonido de la alarma puso fin a la discusión. El guardia volvió a la habitación para llevar a Esraa de vuelta a la celda. Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, un pensamiento vino a mí con una claridad brutal.

****

De pie, a unos metros de la entrada del club de Nino, me aclaré la cabeza. Detrás de mí, ocho hombres de confianza me acompañaban y esperaban en silencio mi señal. Hamza no estaba al tanto de mis oscuros planes para la noche. Si hubiera estado informado me hubiese impedido ir al territorio de Nino por cualquier medio, aunque tuviera que avisarle.

Respiré profundamente el aire fresco y la humedad, lo que alivió por el momento mi persistente dolor de cabeza. En mi mano tenía la invitación de Ronney para la actuación de baile de esa noche. Me la imaginé de pie en la acera, esperándome, esperando verme aparecer en cualquier momento. Mi teléfono vibró en el bolsillo interior de mi chaqueta. No me sorprendió ver que Camilia intentaba por centésima vez encontrarme. La había defraudado para la gala de Acción de Gracias, el evento que había pasado seis meses preparando. Mañana tendría derecho a una montaña de reproches, pero por el momento tenía que concentrarme en el presente. Apagué el teléfono y me dirigí a la entrada del club.

Un guardia de seguridad de 1,80 metros de altura, de piel oscura y complexión fuerte, abrió la puerta. Nos miró seriamente a mi equipo y a mí durante un minuto antes de dejarnos entrar bajo la mirada suspicaz de otros tres hombres que formaban parte de la seguridad del club.

—Nino no está —me dijo el guardia de seguridad de mala gana mientras cerraba la puerta tras nosotros.

Respondí con un tono gélido:

—Lo sé, sólo hemos venido a pasarlo bien.

Me miró fijamente sin poder ver mis ojos bajo las gafas y luego dirigió una mirada cómplice a sus colegas. Luego dijo:

—Si no le importa, me pondré en contacto con mi jefe antes de dejarle ir más lejos.

Cuando bajó la frente para marcar un número, giré la cabeza hacia mis hombres. Ese gesto fue suficiente para confirmar el ataque. Sacamos nuestras armas y disparamos a los hombres de seguridad.

Después de ocuparme de los cadáveres, seguí mi camino, palpando mi chaleco antibalas bajo la camisa para asegurarme de que estaba en su sitio.

El club estaba lleno esa noche. El ambiente cargado de electricidad tenía una masa de gente frenética saltando a nuestro alrededor. El lugar era un laberinto, pero sabía dónde estaba el espacio privado para los hombres de Nino.

En la parte trasera del club, abrí una puerta que daba a una escalera y bajé los escalones con mi equipo detrás de mí. Pocas personas podían acceder a ese espacio privado. Sólo había estado allí una vez con Hamza. Nada había cambiado.

Llamé a la puerta del salón. Un hombre de unos cuarenta años de pelo ralo vino a abrirla. Sus pobladas cejas se fruncieron en señal de sorpresa. Entré en la habitación poco iluminada con paso marcial. Una nube de humo se cernía sobre nuestras cabezas. Una docena de hombres se habían congelado y me miraban en un pesado silencio, como si un aura oscura y aterradora me rodeara. Botellas, barajas de cartas y cocaína estaban esparcidas por las mesas. Los hombres de Nino parecían estar pasándoselo bien hasta que llegué yo. En una fracción de segundo recuperaron el sentido y sacaron sus armas. Nosotros hicimos lo mismo. Las balas llovieron, todo empezó a volar, a explotar. Afortunadamente, el ruido ensordecedor de la música de arriba tapó el sangriento tiroteo.

Escondidos detrás de los sillones, disparamos a la multitud. Dos de mis hombres se desplomaron en el suelo. Después de unos minutos interminables, los disparos cesaron y el silencio se hizo de nuevo. Me levanté lentamente, con todos mis sentidos alerta. Mi pulso se aceleró contra mis sienes. Mi chaleco estaba acribillado, al igual que las paredes de la habitación y los muebles. Los hombres de Nino yacían en el suelo en un charco de sangre que se extendía a su alrededor. La mayoría yacían muertos con los ojos abiertos. Otros se retorcían en agonía con fuertes gruñidos. Me acerqué a uno de ellos, Lo miré desde arriba, con mi postura imponente y temible antes de agacharme a su lado y agarrar su cara entre mis dedos. Mientras convulsionaba, acerqué mis labios a su oído:

—Saluda a Nino de mi parte.

Era una orden sencilla pero profunda.

34

Mis hombres y yo esperamos a Hamza cerca de la orilla del lago, al final de un camino largo, estrecho, rocoso y lleno de matorrales. Era uno de los lugares emblemáticos de Sheryl Valley, aunque de difícil acceso.

Consulté mi reloj y luego miré el cielo azul sin nubes. El aire empezaba a calentarse ya a primera hora de la mañana, la luz del sol brillaba en la superficie clara del agua. El silencioso lugar era idílico para los amantes de la naturaleza, un lugar ideal para restablecer la comunicación, que había sido tensa durante días. De hecho, desde el tiroteo de la semana anterior en el club de Nino se había creado un enfrentamiento entre Hamza y yo en el que uno empujaba y el otro se resistía. Nuestras discusiones siempre llevaban a la misma conclusión.

El regente llegó treinta minutos después en un 4x4 negro, acompañado de sus guardaespaldas. Caminó pesadamente hacia mí con su máscara de firmeza en el rostro. Con un gesto de la mano, pidió a mis hombres que se acercaran y luego se dirigió a nosotros, tratando de hablar con calma:

—Como le dije ayer a Yeraz, cada vez hay más incidentes en nuestra organización. Dos de nuestros hombres murieron en el ataque del sábado pasado, un ataque del que no tenía conocimiento. Hemos iniciado conversaciones con Nino para evitar un baño de sangre en las calles de la ciudad. Ha perdido muchos hombres, puedes imaginar que hará cualquier cosa para vengarse. La situación es crítica y explosiva.

Con los ojos fijos en el lago, escuché las palabras de Hamza. Como siempre, no gritó, era un hombre de autoridad. A mi alrededor nadie se inmutó ni se movió.

—Así que tendré que aplicar sanciones aquí y allá. Tienes muchos privilegios. Estos privilegios se reducirán y tendrás que ganártelos en el futuro. Te guste o no, estamos trabajando estrechamente con la Rosa Negra y así será hasta que yo deje de ser regente.

Hamza hizo una pausa, mirando a mis hombres uno por uno directamente a los ojos, luego suspiró y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, intentó mirar a través de mis gafas, con una expresión de reproche. No bastaba con hacerme responsable, mis hombres tenían que pagar. Y continuó:

—Daría unos cuantos años de mi vida si eso significara que puedo estar en otro lugar ahora mismo. Son una panda de necios, capaces de poner en peligro a los miembros de esta familia, nuestros propios intereses, por una guerra que no corresponde. ¿En nombre de qué?

Se puso de pie frente a mí, esperando una respuesta mía, que intenté formular:

—Le envié a Nino una advertencia. Debe entender que no puede actuar con impunidad en Sheryl Valley.

—Retira tu advertencia, Yeraz, de lo contrario Nino te enviará una declaración de guerra y no queremos eso.

Lo dijo en un tono seco, sin dudar y sin levantar la voz.

—No le tengo miedo y que se joda la Rosa Negra —respondí, con la mandíbula apretada, rozando la descortesía.

Hamza se acercó a mí, amenazante:

—¡Es una orden!

Su voz bajó al final, indicando una señal de advertencia de problemas si no respetaba sus deseos. Su posición era clara y definitiva.

—Muy bien, no volverá a ocurrir.

****

Amir tuvo una reunión con Smith esa tarde mientras yo estaba consultando al gerente de uno de nuestros bancos. El joven me había llamado después de su reunión para decirme que el cabrón de Bryan estaba dispuesto a comprar las acciones de "Roskuf". Nuestra operación de *scalping* en la bolsa había funcionado, había caído en la trampa, y pensaba que él y sus colegas pronto serían multimillonarios.

****

Al final de la tarde llamé a Jessim e Ian para asegurarme de que Ronney estuviera bien. Tras el ataque al restaurante de sus padres, me había encargado de la vigilancia para asegurarme de que no le volviera a pasar nada. Los días sin ella fueron largos y duros. Totalmente en desacuerdo con mis sentimientos, esperaba despegarme de ella con el paso de los días. Jiménez de alguna manera me había devuelto a la vida, y sin ella me estaba muriendo lentamente. El deseo de encontrarla, de hablar con ella y de tocarla crepitaba en mi interior. Se convirtió en una obsesión, pero tuve que aguantar, sabiendo que un campo minado nos separaba.

****

Hacía varias horas que había oscurecido. En cuanto llegué al club, Lucas se apresuró a acercarse a mí con expresión de preocupación para informarme que una periodista llamada Tess Lawrence estaba esperando en la barra del reservado para hablar conmigo. Les pedí a Lucas y a Soan que se mantuvieran alejados y me dejaran lidiar con esto por mi cuenta.

Justo cuando estaba a punto de acercarme a la periodista sonó mi teléfono. Era Jessim. Me detuve en seco y contesté inmediatamente, rezando para que Ronney estuviera bien.

—Jefe, es para informarle que la señorita Jiménez está en casa.

Fruncí el ceño y miré en dirección a Lucas, que me observaba atentamente desde la distancia. Se me revolvió el estómago.

—¿Qué quieres decir con que está en mi casa? ¿Hubo algún problema?

—No, ella salió tarde de la casa de tu madre y nos pidió específicamente que la lleváramos a tu casa. No pudimos...

—Lo sé —le corté—. La señorita Jiménez es muy inflexible. Quédate cerca de la casa, no te alejes.

Colgué el teléfono con un suspiro de cansancio y me llevé una mano a la frente. Maldita sea, Ronney, ¿qué tengo que hacer para mantenerte alejada de mí?

Me senté junto a la mujer, pelirroja de pelo corto, con un vestido minimalista beige de manga

larga. Cuando con sus ojos azules me miró, advertí que nuestras miradas estaban casi al mismo nivel. Podía ver en el reflejo de mis gafas que estaba perdiendo parte de su confianza, un miedo espontáneo que muchas personas sentían ante mí. Sus dedos apretaron mecánicamente su vaso.

La miré tranquilamente, esperando con impaciencia que dijera algo:

—Gracias por su tiempo, estoy...

Interrumpí a Lawrence diciendo:

—¡Sé quién es! Sea breve, por favor.

El camarero me sirvió un vaso de whisky. La periodista continuó:

—Llevo muchos meses investigando a los *Mitaras Almawt*, una organización peligrosa y poderosa en nuestro país. Mi objetivo era escribir un libro en el que pudiera descifrar su funcionamiento.

Llevé el vaso a mis labios mientras escuchaba su lista de razones por las que pensaba que estábamos vinculados a muchos crímenes que habían quedado impunes hasta la fecha gracias a la corrupción en Sheryl Valley.

—¿Por qué ha venido esta noche? —pregunté después de escuchar sus tonterías—. ¿Es estúpida, inconsciente o ambas cosas?

—No, soy una mujer que simplemente no tiene nada que perder, señor Khan. Su madre consiguió meterme en el armario. Si quiero seguir siendo periodista, tengo que salir del país.

Sí, Lawrence, hay gente peor que yo en este mundo. Camilia siempre se sale con la suya de una manera u otra, especialmente si tocas a uno de sus hijos.

—No hice todos estos meses de investigación para nada —continuó la periodista colocando un mechón detrás de su oreja—. Ahora que sabe que no se publicará ningún artículo sobre usted, dígame quién es realmente, señor Khan. Debo aclarar que no estoy usando un micrófono. Mire, quiero ir a Europa mañana sabiendo la verdad, su verdad. Quiero entender cómo funciona todo un sistema, los puentes que conectan al *Mitaras Almawt* con el mundo económico, político y criminal.

Sus palabras me habrían hecho reír si estuviera en mi naturaleza.

—No hay puentes. Su imaginación se ha desbordado con esta historia de caza de brujas. Está fantaseando demasiado.

Volví la cara hacia la entrada del salón. Soan estaba allí esperando mis órdenes. Me volví hacia Lawrence e incliné la cabeza, dedicándole una falsa sonrisa. Se sonrojó ligeramente, luchando por deshacerse de las imágenes que habían entrado repentinamente en su mente. Su respiración se aceleró y la vena palpitante de su cuello la delató. Tardó un minuto en calmarse, tras lo cual sacó un cuaderno de su bolso y empezó a repasar mi vida.

—Ha tenido una educación brillante. En cuanto se graduó, se encontró inmerso en un mundo muy alejado de su campo. Ahora vive en una de las mansiones más caras de California y, a diferencia del resto de su familia, no atiende a los menos afortunados. Su padre era la figura dominante en el *Mitaras Almawt*, y fue asesinado hace cuatro años.

Asentí lentamente y apoyé el antebrazo en el reposabrazos.

—Señora Lawrence, toda esta información ya está en los tabloides, no ha encontrado nada nuevo.

La periodista levantó la barbilla y ahora me miraba fijamente.

—Tengo algunas declaraciones interesantes, señor Khan. Siempre hay gente hablando. Puede ser una persona físicamente impresionante y elegante, pero también es profundamente repulsivo para algunas personas. He contextualizado toda la información que tenía antes de venir aquí.

Desde policías corruptos hasta gobernadores, pasando por empresarios y jueces. Su organización se ha adaptado muy bien a los tiempos modernos. Recientemente conocí a su asistente, Ronney. Por lo que he visto, tiene un don para embaucar a sus asistentes para que guarden silencio.

Lawrence había dicho su nombre para provocar una reacción en mí, para saber si los rumores sobre nosotros eran ciertos, pero no consiguió crear la más mínima brecha en la apariencia… En la superficie, porque por dentro quería estrangularla por atreverse a molestar a Ronney con todo esto. No necesitaba una periodista en su vida.

—Como le dije, señora Lawrence, soy un hombre muy ocupado. No habrá nada más que añadir a su cuaderno esta noche. Siento lo de su carrera. Espero sinceramente que encuentre alguna historia interesante que inventar sobre los delincuentes en Europa.

Terminé mi bebida con un sorbo limpio y luego, con un gesto de la mano, llamé a Soan para que acompañara a la periodista fuera del club.

****

Eran casi las cuatro de la mañana cuando Isaac aparcó frente a mi casa, a una hora más temprana que la habitual. Alegando una emergencia, le había pedido a Lucas que cerrara el club por mí y que se quedara con el libro de cuentas. No estaba acostumbrado a delegar mi trabajo de esa manera, pero el deseo de encontrar a Ronney era demasiado fuerte.

Mis guardaespaldas se reunieron conmigo al final de la escalera.

—Jefe, la señorita Jiménez sigue dentro.

—Gracias. Puedes ir a descansar, el otro equipo se está encargando.

Mientras subía las escaleras, Ian me detuvo:

—Tenemos que hablar con usted, jefe.

Me volví hacia él y le pedí que continuara. Parecía estar buscando las palabras. Tras una mirada a Jessim, me advirtió:

—Nos enteramos de que algo estaba pasando en la zona de Rosa Negra. Aparentemente Nino está buscando venganza. Creemos que debe reforzar su seguridad.

Me encogí de hombros, dejando clara mi posición:

—No será necesario. La advertencia que le hice el sábado pasado le sirvió de lección. Nino no es un riesgo, es demasiado estúpido para organizar algo.

Giré sobre mis talones y me fui a mi habitación.

****

De pie con las manos en los bolsillos miré a Ronney, que dormía plácidamente. Llevaba una de mis camisas; no le cubría las piernas desnudas. ¿Cómo se había convertido esta chica en la que nadie se fijaba en lo más preciado para mis ojos?

Me quité la chaqueta, la puse en el sillón y me senté en el borde de la cama junto a ella. La habitación nunca estuvo completamente a oscuras. La primera luz del amanecer llegó tímidamente, iluminando la habitación con un suave resplandor. Podía ver a Ronney y distinguir

cada rasgo de su rostro. Con las yemas de los dedos rocé su mejilla antes de depositar en ella un suave beso en el que volqué mi alma. Inhalé el aroma de su piel para no olvidarlo por la mañana. Ante mi contacto abrió lentamente los ojos. La miré a los ojos como si pudiera sumergirme en ellos. La guerra se desató en mi interior, mis sentimientos y mi razón luchaban a cada hora, cada minuto y cada segundo.

—No deberías estar aquí, Ronney.

Una gran tristeza pasó por sus ojos. Mi corazón se rompió. Ella respondió con un susurro doloroso:

—No puedo hacerlo, Yeraz. Sé que debería mantener la distancia, que el riesgo es inmenso, pero me duele demasiado.

Ronney deslizó su mano sobre la mía. Un calor se extendió inmediatamente por todo mi cuerpo. Sonreí pálidamente.

—Eres como otras mujeres. Siempre quieres más, y yo soy incapaz de darte lo que quieres.

—¿Soy realmente como otras mujeres?

La miré a los ojos y me puse rígido.

—Ojalá fuera así, me hubiera ahorrado muchos problemas.

—¿Los disparos?

—Entre otras cosas.

—¿Era realmente necesario? ¿No te cansa toda esta violencia?

—Pronto dirigiré este imperio, Ronney. Tenía que enviar un mensaje a nuestros competidores. Hamza es una persona sabia a la que le gusta hablar y negociar. Yo no.

Ronney me miró con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Así que no hay esperanza de que te rindas en esto?

Sacudí ligeramente la cabeza como respuesta. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido. La decepción y el dolor oscurecieron sus rasgos. Cuando las lágrimas acudieron a sus ojos, optó por retirar su mano de la mía. Ronney cerró dolorosamente los párpados y luego volvió la cara para que no la viera llorar. Ella era la última persona en el mundo que quería destruir, y ahora mismo lo estaba haciendo. Sentí como si me arrancaran el corazón del pecho; el dolor era demasiado fuerte. Nunca nada me había dolido tanto. Las palabras salieron disparadas de mi boca:

—Ronney, date la oportunidad de vivir una buena vida con alguien que te haga feliz. No te mereces esto. Mi imperio es un reino en el que no hay lugar para una reina.

Tomé su barbilla suavemente entre mis dedos para obligarla a mirarme. Sus ojos, empapados de dolor, se fijaron en los míos. Me odié a mí mismo por hacerle esto.

—Te amo, Yeraz —dijo con la voz quebrada.

Cerré los párpados, todos mis músculos se tensaron. Lo que había temido había sucedido. Sentí que mi mente intentaba encontrar una forma de acallar el dolor, pero no había nada que pudiera hacer. Tienes que dejarla ir, Yeraz. Ronney estaba esperando que dijera algo, cualquier cosa. Volví a abrir los ojos y le dirigí una mirada clara y directa:

—¡No digas eso! No sabes lo que dices. Nunca seré lo que tú quieres que sea. No me interesa el amor y la paz en este mundo. Me interesa el poder.

Leí en sus ojos que me amaba a pesar de todo, y que nada de lo que pudiera decirle cambiaría lo que sentía por mí. Ronney me puso una mano en la mejilla y me preguntó a media voz:

—¿Puedes darme este último momento contigo? Entonces te dejaré seguir con tu vida, te dejaré ir.

Nada me traía más paz que estar cerca de esta mujer, era como si ella succionara todos mis

miedos. Me subí a la cama encima de ella y puse mi mano en la curva de su cadera antes de besar sus labios. Su corazón latía con fuerza, podía sentir cada latido a través de la camisa. Con una mano levanté la prenda y presioné su pecho contra mi palma. La respiración de Ronney era cada vez más agitada. Me devolvió los besos con pasión mientras yo exploraba su boca con avidez.

Mi mano bajó entonces para acariciar su vientre. Deslicé mi boca por su cuello hasta el pezón, y lo tomé en mi boca. Su respiración se aceleró, se estremeció y gimió. Rodeé su ombligo con mi lengua. El sonido de su voz ronca de deseo me excitó, la encontraba irresistible.

Volví a besarla mientras me desnudaba, y luego le desabroché la camisa para que quedara completamente desnuda debajo de mí. Mi mano bajó por su cuerpo hasta sus partes íntimas, donde introduje un dedo.

—Yeraz —jadeó Ronney, empapada.

Aceleré mi movimiento. Oír el chapoteo de mis dedos dentro de ella me produjo un enorme placer. Ronney pronunció mi nombre cada vez más fuerte mientras se mojaba. Los retiré, abrí sus muslos y enterré mi cara en ellos. Mi lengua la acariciaba, jugaba en cada uno de sus pliegues y chupaba su clítoris hinchado. La torturé con mi boca. Sus gritos y súplicas hicieron que mi polla se hinchara. Estaba completamente sumisa, ofrecida a mí. Cuando estaba a punto de explotar, subí por su cuerpo, deteniéndome de nuevo en sus pechos.

Sentí que sus dedos envolvían mi sexo. Sus caricias cada vez más rápidas me hicieron gruñir. Nos besamos bruscamente, dolorosamente. Al sentir que el placer aumentaba, aparté su mano de mi sexo y la penetré suavemente, empujando todo lo que pude dentro de ella. Ronney dejó de respirar. La quería toda, que no se entregara así a nadie más. Redoblé mis movimientos mientras la miraba. Ronney arqueó sus caderas para encontrarse conmigo. Me alejé de ella para apoyarme en mis rodillas. Mis manos bajo sus nalgas la levantaron y la trajeron hacia mí. Cuando la empujé hasta el fondo, echó la cara hacia atrás y gritó. Mis ojos nunca se apartaron de ella. Cuando sentí que se contraía alrededor de mi polla, le di un último empujón. Se corrió dolorosamente. Su cuerpo se estremeció y sus manos se aferraron a las sábanas con todas sus fuerzas. Acabé yo en seguida con gruñidos silenciosos, y luego me desplomé sobre ella, exhausto. Con mi cara enterrada en su cuello, respiré con fuerza. Mi corazón amenazaba con explotar.

Ronney entró en razón más rápido que yo.

—No creo que haya nada en la Tierra más exquisito que Yeraz Khan —me susurró al oído mientras me acariciaba la nuca.

Sonreí y le susurré en el cuello:

—Nunca había hecho el amor con una mujer, Ronney. Eres la primera y la última.

Con mi cabeza apoyada en su pecho podía oír los latidos de su corazón. Mis párpados se volvieron pesados. Me quedé dormido en sus brazos, arrullado por el ritmo de su pulso, cada vez más regular.

35

El ambiente de los preparativos de las fiestas de fin de año no consiguió sacarme del estado de ánimo sombrío que arrastraba. Mi comportamiento odioso hacia mis empleados y la gente que me rodeaba se hizo eco dolorosamente de la soledad de las últimas tres semanas sin Ronney. Mi vida había cambiado completamente de rumbo en los últimos meses por culpa de una mujer. Mis pensamientos me inundaban a todas horas del día y de la noche, torturando mi mente de forma constante. Después de haber estado con Ronney, esa mañana me había ofrecido para todos los viajes de trabajo, para alejarme lo más posible de Sheryl Valley.

A primera hora de la tarde, cuando bajé del avión, me dirigí directamente a la casa de Camilia, y luego al lugar donde se iba a celebrar el desfile de Fashion For Liberty. Mi madre me había pedido que le llevara personalmente su cuaderno, donde estaban anotados todos sus contactos, alegando que lo había olvidado en su despacho. Recuerdo haberle dicho por teléfono que tenía asistentes y tres chicas para eso.

—Hoy están todos ocupados. Nadie se anda con chiquitas. Cariño, por favor. No te lo pediría si no fuera urgente.

—Estoy muy ocupado. Haré que Ashley te traiga lo que has pedido.

—¡No! No quiero ver a esa zorra. Hoy estoy teniendo un día bastante estresante. No lo empeores, Yeraz.

Mi mirada cayó sobre mi reloj. Camilia llevaba días sin verme, era la única solución que había encontrado para volver a acercarse a mí. Había evitado a todo el mundo, incluso a los miembros de mi familia, pensando que así me curaría más rápidamente de su ausencia.

—Está bien, ya voy —suspiré.

****

El lugar de celebración era absolutamente hermoso, con un estilo moderno y elegante, en total contraste con el ambiente abandonado de ese hangar. Mi madre estaba de pie en el podio con su traje de negocios dando instrucciones a un equipo de iluminación. Giré la cabeza en dirección a una mujer delgada y rubia cuyo pelo caía desordenadamente sobre su larga cara. Estaba preparando las cajas de regalos para los invitados elegidos a dedo. Cuando alzó su mirada y me vio, la joven se encogió como si yo fuera el diablo en persona. Camilia llegó en ese momento y se dirigió a ella en tono cortés, pero firme:

—Lucía, déjanos solos un momento, por favor.

La joven obedeció inmediatamente alejándose con grandes pasos y los hombros encorvados. Le entregué el cuaderno a mi madre y miré el techo de cristal.

—¿Te gusta? —me preguntó, notando que estaba estudiando el lugar.

—Sí. Como siempre, has elegido muy bien el lugar.

Cuando volví a mirarla, Camilia me miraba cariñosamente. ¿Estaba Ronney allí? Hice un gran esfuerzo para no preguntarle por ella.

—Me imagino que este cuaderno era sólo una excusa para verme...

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Me obligaste a hacerlo, Yeraz. Me hubiera gustado verte sin las gafas, pero sé que hay demasiada gente alrededor como para que te las quites.

La miré fijamente durante unos segundos antes de rozar con mi mano su mejilla. Cerró los ojos. Me echaba mucho de menos. Mis gestos de afecto eran tan escasos que me agarró los dedos para mantenerlos contra su piel.

—¿Asistirás al desfile de esta noche?

La entonación de mi respuesta fue inflexible:

—Tengo mucho trabajo que hacer. Hace días que no pongo un pie en el club.

Levanté la cabeza para escudriñar la zona, esperando en mi corazón ver a Ronney. La decepción debía leerse en mi cara, porque Camilia declaró en un tono lleno de delicadeza:

—No está allí. Peter la cubre pensando que no he notado su ausencia. Haría cualquier cosa por Ronney. Esa chica, entiendo... Entiendo que te haya deslumbrado con su luz, aunque reconozco que Elvis Presley es un dolor de cabeza.

No pude evitar soltar una ligera carcajada que sorprendió a mi madre. No estaba acostumbrada a escuchar ese sonido.

—Ronney sin Elvis no sería Ronney —dije en voz baja, traicionando un poco más mi tristeza.

Le di un beso en la frente antes de darme la vuelta para irme. Tenía que llegar a San Francisco esa tarde.

****

Apenas había tenido tiempo de ducharme antes de ir de camino al club con mis guardaespaldas. Había sido un día largo con una serie de citas importantes fuera de la ciudad.

Amir me estaba esperando en el piso del *Dream Diamond*. Teníamos que intentar mediar entre dos socios que estaban en desacuerdo sobre el reparto de los beneficios de un casino situado a cientos de kilómetros. Antes de entrar en mi despacho, pedí a Ian y a Jessim que me esperaran en el salón de al lado.

Dentro, Amir ya había comenzado la entrevista con los dos hombres. Al verme se levantó inmediatamente de mi silla, pero con un gesto de la mano le indiqué que se quedara allí sentado. Me senté en el sofá y dejé que el sobrino de Hamza dirigiera la mediación, con curiosidad por ver cómo se las arreglaba. Mi presencia puso nerviosos a ambos hombres. Me saludaron amablemente antes de continuar su discusión.

—Me pide el sesenta por ciento de los beneficios con el pretexto de que estoy en su tierra, cuando me mato trabajando todo el día.

Tenía más de cincuenta años. Por sus mejillas caídas y el pelo blanco, parecía diez años mayor. Su rival, más alto y delgado que él, tenía las mejillas hundidas y grandes bolsas bajo los ojos. Habló con determinación:

—Basta, Edgard. Yo establecí los términos entre nosotros desde el principio y tú los aceptaste. ¿Por qué faltar a tu palabra?

El cincuentón estalló en una protesta indignada:

—En diez años la política ha cambiado, la economía ha cambiado. Hay que establecer nuevas normas. No puedes controlar más de la mitad de los beneficios.

Mientras los dos hombres discutían, observé a Amir escuchando atentamente cada uno de sus

argumentos sin mostrar ningún signo de molestia. Era muy similar a Hamza en su forma de hacer las cosas.

Tras varios minutos de acalorada discusión, Amir levantó las manos para exigir silencio y dijo en un tono autoritario que me impresionó:

—Tengo delante de mí los libros de cuentas, así como los certificados de terceros. Así que estudiaremos esto juntos.

Tras dos horas de mediación, los dos hombres seguían sin encontrar un compromiso. Amir se sentía un poco abrumado por la situación. Decidí intervenir y arreglar el asunto para no tener que pasar la noche en esa oficina:

—Se van a repartir los beneficios y se van a revisar sus funciones dentro del casino para que el reparto del trabajo sea justo.

El hombre de las mejillas hundidas cerró los ojos molesto, pero luego apretó los labios para obligarse a respetar mi autoridad. Puntualicé mis palabras diciéndoles que en la próxima semana se redactaría un contrato de no agresión mutua y de reparto de recursos.

—Amir, te lo dejo a ti.

—Sí, señor Khan.

Me levanté y decidí reunirme con mis hombres en la habitación contigua para comer algo. No había comido nada desde que volví de San Francisco.

****

De pie frente a las ventanas miré a la multitud abajo. Bailaban, charlaban, ligaban... Una población animada que no se mezclaba con nosotros, los reyes del mundo. Otra sociedad que me gustaba ver desde allí.

—Señor Khan, su whisky.

—Gracias, Amir.

Tomé el vaso que me entregó el joven sin apartar la mirada y dije:

—Hiciste un excelente trabajo con Bryan Smith. Me sorprende la facilidad con la que has podido convencerle de que se apunte a las acciones de "Roskuf".

No vi el entusiasmo en su rostro, pero el tono de su voz indicaba lo conmovido que estaba Amir por estas palabras.

—Gracias, he seguido el plan que ha decidido. Estoy a su servicio, jefe.

Estaba a punto de retirarse para dejarme solo cuando de pronto un movimiento de gente en el piso inferior llamó nuestra atención. Mis ojos se estrecharon hasta convertirse en dos estrechas rendijas para analizar mejor lo que podía estar causando la conmoción.

—¿Qué coño está pasando? —siseé entre dientes, con todos mis sentidos en alerta.

—Voy a reunir a los hombres —dijo Amir, tan nervioso como yo.

—No, ¡espera! Esas son mis hermanas.

El público estaba exultante. Afortunadamente, los hombres de seguridad llegaron rápidamente para despejar el camino hacia el bar. Mis músculos se tensaron de rabia.

—¿No se supone que están en el desfile de Tyra?

—Sí, pero deben tener...

Mi voz se apagó y me quedé con la boca abierta. Puse la mano en el ventanal y acerqué mi

cara lo más posible. No me estaba engañando, estaba allí, con mis hermanas. En ese momento el jefe de seguridad irrumpió en la sala, pero no escuché sus palabras. Toda mi atención se centró en la joven, enfundada en un vestido corto con un escote que rozaba la indecencia. Podía reconocerla entre miles, aunque esa noche Ronney había sufrido una metamorfosis.

Mi mirada no se apartaba de ella. Se movía entre la multitud con un paso tan elegante que se podría pensar que estaba flotando. Endurecí los hombros y me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración por un momento. Ronney entró en la pista de baile, ignorando todas las miradas sobre ella. Se detuvo de repente y levantó la cara en mi dirección. Mis pulmones se estaban hinchando y vaciando a gran velocidad. Sabía que no podía verme desde abajo, pero su mirada me atravesaba como si estuviera a pocos centímetros.

Me giré bruscamente y traté de no traicionar mis emociones delante de mis hombres, que me miraban con horror. Amir me miró fijamente con los ojos muy abiertos por la sorpresa y consiguió articular con dificultad:

—Voy a buscar tu chaqueta, supongo... No será demasiado... Para...

Se aclaró la garganta y se obligó a terminar la frase:

—Para la señorita Jiménez.

Mi mirada mordaz en ese momento podría partir una piedra.

—No, en efecto, no sería demasiado.

Tomé mi pistola de la parte trasera del pantalón y se la tendí a Ian:

—Tómala, porque dispararé a la primera persona que intente tocarla. Incluso hablarle.

Tuve que emplear toda mi paciencia para caminar con normalidad y no correr hacia el salón de abajo. Estaba enfadado con mis hermanas y con ella. Me enfadé con ella por ser tan irresistible, me enfadé con ella por torturarme así.

Aparté a todo el mundo de mi camino, cruzando la multitud, que chilló de asombro al verme tan de cerca.

¿Es él?

¿Es ese Yeraz Khan?

Imposible, debe ser un imitador.

¡Rápido, fílmalo!

Amir, Jessim e Ian intentaban seguirme con el resto de mi equipo para formar una red de seguridad a mi alrededor. Cuanto más me acercaba a ella, más amenazaba mi corazón con explotar en mi pecho. Me quedé helado cuando la vi desde atrás bailando. Sus brazos levantados barrían el aire de forma voluptuosa. Sus piernas desnudas, sus curvas y su pelo, que caía perfectamente por su espalda, me dejaron sin palabras. Sólo podía verla a ella, nada más a su alrededor importaba. La música parecía llegarme como un eco muy lejano.

Amir me entregó mi chaqueta y la coloqué suavemente sobre los hombros de Ronney. Inmediatamente rodeé su cintura con mis brazos y apreté mi cara contra su pelo oscuro y ondulado. Se giró y sentí que mi cuerpo se desintegraba un poco más. Estaba radiante, por muy diferente que fuera, pero aún podía ver la verdadera belleza que brotaba de sus ojos. Mientras esa belleza primara sobre todo lo demás, seguiría siendo la mujer más bella a mis ojos. Ninguna cantidad de lápiz de labios, rímel o zapatos podría cambiar eso. Ronney siempre será Ronney.

Sus ojos trataron de ver desesperadamente a través de mis gafas. Frustrada, apoyó su cabeza en mi pecho y se acurrucó contra mí.

—No sé a quién debo destripar primero. ¿A mis hermanas o a ti?

La entonación de mis palabras le transmitió mi estado de ánimo. Estaba loco de celos, loco de deseo, loco por ella.

Ronney siguió balanceando su cuerpo al lento ritmo de la música. Cuando colocó su mano en mi nuca, cerré los ojos. Con un solo gesto me había quitado toda la rabia. La apreté más fuerte por miedo a perderla.

—Mis hombres te llevarán a casa.

De repente levantó la frente y sacudió la cabeza, suplicándome con la mirada.

—No, Ronney, no puedo dejarte aquí vestida así. La forma en que los hombres te miran me enferma. Estoy harto de sentir estos celos cuando estoy contigo o incluso cuando pienso en ti. Era más fácil cuando no sabía que esta emoción existía, cuando no te conocía.

Todavía en silencio, me puso una mano en la mejilla para hacerme entrar en razón, para calmar mis demonios. Sentí que tenía que decírselo, que tenía que saberlo. No podía seguir fingiendo, no podía seguir mintiéndome. Ella había ganado. Había ganado el día que la vi dormir en Los Cabos.

—Eres tan hermosa. Podría quedarme aquí y mirarte eternamente.

Ronney me miró asombrada y luego una sonrisa radiante aleteó en sus labios teñidos de rojo hasta finalmente revelar una hilera de dientes perfectamente blancos y alineados. Sus frenos se habían ido. Fascinado por su singular belleza, vacilé. Tras un largo momento de intenso escrutinio, respiré profundamente como para darme valor:

—Te amo. Me enamoré de ti en Los Cabos. Hice todo lo posible para convencerme de lo contrario durante semanas.

Suavemente, rozó su nariz con la mía y respondió:

—Yo también te amo. Mi amor te seguirá dondequiera que vayas.

Sin pensarlo, tomé su cara con las dos manos y mi boca se posó dolorosamente en sus ardientes labios. Mi mano detrás de su cuello impidió que se apartara de mí, aunque quisiera. Me devolvió el beso con fiereza mientras yo le metía más la lengua en la garganta. Habíamos olvidado que estábamos rodeados de gente. Al día siguiente esto sería seguramente la comidilla de Sheryl Valley, y los padres de Ronney conocerían por fin mi verdadera identidad. Pero por ahora no quería pensar en ello. Me ardían las palmas de las manos, no podía dejar de sentirla. Quería poner mi mano entre sus piernas para entrar en ella. Al notar mi impaciencia, Ronney consiguió zafarse de mi abrazo, con las mejillas sonrojadas y los ojos rebosantes de deseo y entonces soltó una risita avergonzada. Me encantaba ese sonido más que nada.

—Sube conmigo. Tengo que quitarte este vestido ahora —dije.

Sacudió la cabeza, todavía con esa sonrisa deslumbrante que me hacía perder los nervios. De pronto, una voz profunda y gélida me sacó de mi ensueño, como si mi cerebro se precipitara a la acción.

—¿Señor Khan?

Volví la cara. Mis secuaces pedían a un hombre de unos sesenta años, con los rasgos marcados por la vida, que se mantuviera alejado de mí. Sin saber por qué, una alarma se disparó en mi cabeza. ¡Mantenlo alejado!

—Señor Khan, Nino lo saluda.

Cuando vi que sacaba su arma, me volví hacia Ronney y la empujé con todas mis fuerzas. Oí un disparo y mis hombres respondieron en un segundo. Inmediatamente miré hacia abajo en busca de una bala en mi cuerpo, pero no había nada. Se desató el pánico dentro del club. Todo el

mundo corría de un lado a otro.

— Yeraz —dijo Ronney, de pie detrás de mí.

Me di la vuelta y vi que una mancha roja se ensanchaba con cada segundo que pasaba a través del pecho de su vestido. Se me heló la sangre y mis ojos se abrieron de par en par, aterrorizados. Un grito salió de lo más profundo de mi ser mientras ella se tambaleaba. Corrí hacia Ronney y me tiré al suelo con el brazo extendido para amortiguar el impacto de su cabeza contra el suelo. Me puse de rodillas y la atraje contra mí, rodeándola con mis brazos. Presa del pánico, miré a mi alrededor en busca de ayuda, pero no pude ver nada. El miedo me envolvió en un manto frío, la bilis subió a mi garganta. Por reflejo presioné su herida con la esperanza de detener la hemorragia. Salía sangre de su boca, señal de que el daño en su interior era importante. Con impotencia, la sentí pasar bajo mis manos. Le rogué al cielo que me llevara en su lugar. Ronney me miraba fijamente, asintiendo con la cabeza. Sabía lo que me pedía, pero mi luz era ella. Un gruñido primario salió de mi pecho, no podía respirar.

—¡Aguanta! ¡No cierres los ojos, quédate conmigo! Te prohíbo que me dejes. Te lo ruego, Ronney.

Podía sentir que su pulso se ralentizaba, que su energía se agotaba. Desesperado, le sostuve la mirada y la obligué a permanecer consciente hasta que llegara la ayuda. Un torrente de emociones me invadió, las lágrimas se agolparon en mis ojos, ya no había nada que las retuviera.

—¡Te prohíbo que mueras!

—Señor Khan, la policía está llegando. Yo me encargo de ella.

Abracé a Ronney y le prohibí que se acercara a nosotros. De ninguna manera iba a abandonar a la mujer que amaba. Nada ni nadie me haría moverme de allí.

Con una voz extremadamente débil, Ronney encontró la fuerza para articular sus últimas palabras:

—El Viejo, creo... Creo que es hora de que tengas una charla con él. Ahora es entre tú y él.

Sus ojos y luego su respiración se apagaron con dolorosa lentitud. Su vida y la mía se habían detenido al mismo tiempo. La descarga en mi pecho fue tan fuerte que mi cerebro se desconectó, dejándome sólo despierto con retazos de memoria.

—Señor Khan, ahí esta Ronney Jimenez, su nueva asistente.

*

—¿Y la noche no es lo suficientemente entretenida como para quedarse en casa? ¿Te molesta tanto el choque cultural?

—Los invitados de esta noche sólo se preocupan por lucirse y estar lo mejor posible para satisfacer sus intereses personales. No tengo ninguna razón para presumir, sino todo lo contrario.

*

—Si no le temes a la muerte, ¿a qué le temes?

—¿Qué me da miedo? Los viernes por la noche cuando te vas y no tengo ya nada que me impida cargar la pistola.

*

—Cuando me besaste, te aparté, porque estaba pensando en ti. No era a él a quien quería. Entonces me di cuenta de que estaba curada de él, pero enferma de ti. Eso es aún peor.

*

—Ronney, date la oportunidad de vivir una buena vida con alguien que te haga feliz. No te mereces esto. Mi imperio es un reino en el no hay lugar para una reina.

*

—Te amo, Yeraz.

****

Las luces de los camiones de bomberos parpadeaban frente al club. La policía había establecido un perímetro de seguridad alrededor del club antes de tomar el control. Seguí la camilla de Ronney sin prestar atención a lo que ocurría a mi alrededor. Enchufada a máquinas por todas partes, inconsciente, sabía que tenía que actuar rápidamente.

Cuando subí al vehículo para acompañarla al hospital, Amir se interpuso en mi camino.

—Señor Khan, me quedaré con la señorita Jiménez mientras usted toma las riendas de todo esto para guiar el camino.

Mi mirada feroz le ordenó que se moviera, pero no lo hizo. Lo tomé por el cuello y apreté mis dedos alrededor de él.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer. ¿Lo entiendes? ¡Ahora vete!

Amir, aunque en una posición débil, se mantuvo firme. Con voz estrangulada, dijo:

—No, señor Khan. Si sube allí, Ronney está perdida. Debe dar instrucciones a sus hombres, poner en marcha un plan, utilizar sus últimas fuerzas para salvarla. ¡El plan, señor Khan, piense en el plan!

Aflojé el agarre y mi brazo volvió a caer. Amir tenía razón, estaba inestable, física y mentalmente destrozado. Mi mente era un campo de batalla. Me entregó la pistola que le había dado antes de subir al camión con Ronney. Cuando las puertas se cerraron de golpe, inhalé y exhalé a toda velocidad. Sentí que el corazón se me salía del pecho mientras ardía. Estuve a punto de quebrarme, de caer al suelo.

Con la puerta abierta, estaba a punto de subir a la parte trasera de la limusina con Ian, Jessim y Soan cuando Marconie me llamó. Me giré hacia él con la mirada fría como el hielo. El jefe de policía levantó un poco la barbilla. Consciente de la delicada situación emocional, dijo con cuidado:

—Señor Khan, tendrá que responder a algunas preguntas cuando esté disponible. Ese es el procedimiento. Esta va a ser una gran historia, así que tiene que estar preparado.

Me quedé mirando sus ojos brillantes e intensos y siseé entre dientes:

—Mi prioridad es la vida de Ronney. No me importa nada más.

Subí a la limusina, que inmediatamente se puso en marcha. Dentro, mis hombres apenas se atrevían a respirar, esperando en silencio mis instrucciones.

Isaac aceleró, despejando el camino para la ambulancia. Mis músculos estaban rígidos y doloridos mientras intentaba reconectar mi mente con la realidad. Las náuseas me retorcían las tripas. Con los ojos cerrados y la mano en la frente, intenté pensar en una forma de salvar a Ronney. En el estado actual de las cosas, no podía permitirme esperar un milagro, tenía que hacerlo realidad. El Hospital Sheryl Valley era conocido por tener muy buenos cirujanos, pero no

los mejores, no, los mejores eran... De repente abrí los ojos, sin aliento. Las palabras del Dr. Spencer volvieron a mí:

—Charles Willis es uno de los mejores cirujanos del mundo. Estará en la región en diciembre con su familia para dar una conferencia. Le pediré que le dé una cita.

Tomé mi teléfono y marqué el número de Lucas. Contestó al primer timbre.

—Alquila un helicóptero y lleva al Dr. Charles Willis al hospital. No le des opción.

—Sí, jefe. ¿Algo más?

Willis era mi última oportunidad de salvar a la mujer que amaba, pero para ello tenía que romper los códigos de la mafia. Por primera vez, rompí mi juramento de lealtad a los *Mitaras Almawt*.

—Quiero a su esposa e hijos con él.

36

La mera visión de su cuerpo tendido sobre aquella mesa metálica y cubierto con una simple sábana hizo que mi corazón latiera un poco más rápido. Le puse un dedo en los labios. Estaban helados, igual que la temperatura dentro del quirófano. Alrededor de Ronney, un equipo de médicos hacía todo lo posible por mantenerla estable hasta que llegara el doctor Charles Willis. Merwan, Alexander, Amir y mis guardaespaldas estaban esperando en la sala de al lado. Gracias a una ventana, cualquier persona podía seguir los procedimientos desde la distancia sin molestar el trabajo de los especialistas.

Pasé una mano por su suave pelo. Estaba tan tranquila, tan quieta, tan pacífica... Ronney tenía que luchar para seguir viva, pero ¿lo estaba haciendo? ¿Estaba luchando por un mundo que siempre la había rechazado? Tenía mucho miedo de que se sintiera cómoda donde estaba. Me incliné y acerqué mis labios a su oído:

—Lucha por mí, Ronney, o entiérrame contigo. Prometo dejar todo atrás si vives.

Cerré los ojos, rocé mi mejilla contra la suya y hablé al único poder que podía escuchar mis pensamientos. *Déjala conmigo. Te gustaría tomarla de mí y dejar que ilumine tu cielo, pues su luz tiene el poder de atravesar la oscuridad. Hago un pacto esta noche contigo: si me dejas tener a Ronney, dejaré el Mitaras Almawt. Si me dejas tenerla, pasaré el resto de mi vida cuidándola.*

Volví a abrir los ojos con la esperanza de que mi oración hubiera sido escuchada por lo Eterno, por el Universo. Le susurré estas palabras al oído, deseando en el fondo que pudiera escucharlas:

—El tiempo no puede separar al ave de su ala. Ave y ala juntas, van en una pluma. Nada que jamás haya volado, ni la alondra, ni tú, pueden morir como otros lo hacen.

****

Tras cuarenta y cinco interminables minutos de angustia, Lucas apareció finalmente con el Dr. Willis. Un hombre de pelo castaño rizado, unos diez años mayor que yo, de complexión pequeña y frágil. Presa del pánico, Willis barrió la habitación con la mirada antes de posar sus ojos verdes en Ronney. De pie en medio de la sala, lo interrogué con voz tranquila:

—¿Sabe por qué está aquí?

La violencia interior que me invadía era proporcional a la calma que mostraba en la superficie. Observé la reacción de Willis detrás de mis gafas. Le temblaban las manos, no era bueno. El médico se volvió hacia mí con la respiración acelerada y el sudor brillando en su frente.

—Sé muy bien quién es usted, señor Khan: ¡una escoria de la peor clase!

Sus palabras, pronunciadas con profundo odio hacia mí, hicieron que el fantasma de una sonrisa apareciera en mis labios. Hay que admitir que el tal Willis tenía algo de valor. El médico negó con la cabeza, abrumado por la situación.

—Ha acordonado a un hospital entero, ha requisado un equipo de médicos y ahora me pide que juegue a ser Dios. Leí las conclusiones del cirujano en el helicóptero. La aorta fue golpeada y su corazón entró en shock hemorrágico, está demasiado dañado para repararlo.

Perdí los nervios ante esas palabras que me negaba a escuchar.

—¡Entonces tome el mío! —grité a todo pulmón mientras me ponía la pistola en la cabeza.

Un pesado silencio se instaló en el lugar. La gente alrededor de la mesa de operaciones no se movió. El pánico se filtraba por sus venas, pero también por las de Willis. El médico cerró los ojos y arrugó la frente. Con una voz que pretendía ser empática, dijo:

—Señor Khan, haré lo que pueda. Pero debe tener en cuenta que hay muy pocas posibilidades de que sobreviva.

Cuando volvió a abrir los ojos, una multitud de sentimientos pasaron por sus claros ojos verdes. Preguntó:

—Supongo que me matará si...

Willis dejó la frase en suspenso. Temía la respuesta, ya veía venir su fin. Volví la cara hacia Lucas, que señaló a nuestros hombres que estaban detrás de la ventana. Una mujer con una larga melena color miel y muy maquillada apareció en el escaparate. La acompañaba un niño de ocho años. Ambos estaban asustados.

—Eva —gritó el médico cuando vio a su mujer y a su hijo en manos de mis hombres.

Amir, de pie junto a ellos, levantó su pistola en su dirección, lo que provocó el llanto de pánico de la esposa de Willis. El médico, aterrorizado, perdió los nervios. De pronto volvió su rostro descompuesto hacia mí. Sus rasgos se distorsionaron.

—Es un monstruo —susurró, con los ojos muy abiertos.

Respiré profundamente y asentí lentamente.

—Sé que puede. Quiero que sepa que lamento que las cosas hayan resultado así para usted, pero esta noche no tengo otra opción. Si la mujer que amo muere en esta mesa de operaciones, ambos perderemos lo que más apreciamos. ¿Me entiende?

—Señor Khan, me está pidiendo lo imposible.

—Le pido que luche con la única energía que le queda, la de la desesperación. Es la más poderosa de todas y créame, hace milagros. No tiene un plan B o C, sólo un plan A y ninguna salida, Dr. Willis. Así que va a luchar como nunca ha luchado antes.

Al oír mi tono gélido se dio cuenta de que no era una amenaza vana, era la verdad en toda su expresión. Willis tragó saliva y lanzó una mirada desesperada a su familia antes de recomponerse. Se concentró en sí mismo durante unos instantes y luego cambió su postura, su mirada y su voz. Con un tono firme, se dirigió al personal del hospital:

—Equípenme. Quiero que la instrumentadora prepare el equipo. Asegúrense de que mi paciente esté cómoda.

Hizo una pausa, me miró y dijo:

—Señor Khan, le voy a pedir que salga del quirófano por razones sanitarias, pero también por la comodidad y seguridad de nuestro equipo.

Lucas me agarró del brazo para hacerme reaccionar. La idea de dejar a Ronney era insoportable. Salí de mala gana del quirófano para unirme a mis hombres en la sala de al lado, donde tenían prisionera a la familia de Willis.

****

Dormido en la silla, con la cabeza en la cama, no oí a Camilia y a mis hermanas entrar en la

habitación de Ronney en el hospital.

—Yeraz —susurró mi madre con la mano en mi hombro.

Me desperté sobresaltado, listo para abalanzarse sobre cualquiera. Mi madre asintió, indicando que estaba bien. Me pasé una mano por la cara y miré a mis hermanas una por una con mirada asesina.

—Ustedes, salgan de aquí —ordené amenazadoramente, señalándoles.

—¡Yeraz! —intervino mi madre para calmar la situación—. Lo sienten...

Me levanté, inclinando la silla detrás de mí.

—Si todavía están aquí en tres segundos las voy a estrellar contra la pared. ¡Mírala! Ustedes son las responsables de su estado.

—Niñas, váyanse —instó mi madre—. Necesito hablar con su hermano.

Antes de atravesar la puerta, Ghita se volvió y tartamudeó, con la barbilla temblando:

—Yeraz, nosotras también estamos devastados. Nunca pensamos... Lo sentimos mucho.

Mi mandíbula se apretó y estuve a punto de saltar a sus gargantas. Cuando la puerta se cerró tras ellas, Camilia se acercó y se sentó junto a Ronney.

—Juro que tienen suerte de ser mis hermanas, si no ya estarían muertas.

Recogí mi silla y me senté de nuevo, furioso y devastado. Mi madre no se levantó.

—¿Qué ha dicho el médico? ¿Está fuera de peligro?

—Se ha estabilizado, pero el pronóstico sigue siendo incierto. Dijo que luchaba como una leona.

Mi voz se quebró al final. Me pellizqué el puente de la nariz para evitar que se me salieran las lágrimas. Mi corazón latía con fuerza en mi garganta.

—Ronney es una luchadora. La vi, la sentí el primer día en la entrevista de trabajo. Y si pudiera soportar tu dolor, hijo, lo haría. Debes mantenerte fuerte por ella, debes hacerlo.

Asentí con la cabeza sin apartar los ojos de Ronney y susurré:

—Por ella haría cualquier cosa.

Camilia, vestida con un largo vestido de nylon blanco, se dirigió hacia las ventanas, en el fondo de la habitación. La luz de la tarde inundaba la habitación. El sol brillaba en un cielo sin nubes, pero todo era gris en mi interior.

—Voy a llenar su habitación de flores —dijo mi madre, mirando a su alrededor. Quiero que se sienta bien cuando abra los ojos.

Fingió cepillarse el pelo hacia atrás antes de cruzar los brazos, señal de que buscaba palabras para abordar un tema delicado.

—Hay gente esperando abajo para ver a Ronney, incluida su madre. Yeraz, sus padres están muy preocupados y llevan horas esperando en el vestíbulo del hospital rodeados por tus hombres. Te lo ruego, necesitan ver a su hija.

Le lancé a Camilia una mirada asesina antes de volver a Ronney. Me tenía sin cuidado todo lo relacionado con esa familia que se dedicaba a hundirla.

—¡No! Necesita descansar, ninguna energía negativa a su alrededor. Le pediré a Lucas que les ponga al día esta noche.

—¡Soy madre! —Camilia se puso una mano en el pecho—. Tú no tienes hijos, no sabes lo que es. Por el amor del cielo, Yeraz. Imagina tener prohibido verla...

Sus palabras me provocaron un nudo en el estómago. Levanté la cara y la miré fijamente a los ojos:

—Ojalá Ronney hubiera podido sentir ese amor de una madre que la abrazara cada vez que la

ve, mamá. Ver esa cosa incondicional que brilla en tus ojos sin importar lo que haga. Valentina no tiene ni una décima parte de los sentimientos que tú tienes por tus hijos.

Mi madre, con lágrimas en los ojos, levantó la cabeza hacia el techo y se puso una mano en la cadera antes de volverse hacia mí:

—Me quedaré en la habitación y me aseguraré de que todo vaya bien mientras estén aquí. Dales diez minutos, sólo diez minutos. ¿DE ACUERDO?

Me levanté y deposité un suave beso en los labios de Ronney antes de reunirme con mi madre en el otro extremo de la habitación.

—Mañana. No quiero a nadie más que a sus padres y a su hermano en la habitación y no por más de diez minutos.

Me puse las gafas en la nariz y metí las manos en los bolsillos antes de continuar:

—Tengo que irme por unas horas, por favor quédate con ella. Mis hermanas pueden volver.

Me alejé hacia la puerta con una rabia sorda.

—Yeraz, ¿a dónde vas? ¿Qué vas a hacer?

Con la mano en el picaporte, me volví hacia ella. Su cara de preocupación me hizo pensar que ya sabía la respuesta.

****

Ian, Jessim y Soan me esperaban en el pasillo. había un equipo de seguridad encargado de vigilar a Ronney apostado en cada planta del hospital. La hilera de hombres se detuvo mientras yo subía por el pasillo con mis guardaespaldas. Sólo se oía el sonido de nuestros pasos resonando contra las paredes… Tan pesado era el silencio, tan fuerte la tensión. Se estaba gestando una terrible tormenta, todo el mundo era consciente de ello.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en la planta baja, Amir me estaba esperando con aspecto serio. Mientras seguía por el pasillo, le pregunté:

—¿Has encontrado a Nino?

—Sí, jefe, está en casa de mi tío.

Me detuve en seco y me volví hacia Amir, con los ojos entrecerrados. El joven continuó:

—Pidió hablar con Hamza para llegar a un acuerdo. Justificó su acción explicando que tú le habías atacado primero y ahora pretende estar en igualdad de condiciones contigo.

—¿Igualdad? —repetí con una calma glacial.

Amir se sentía en una posición incómoda, dividido entre su tío y yo. Casi podía oír la conmoción en su mente. Sus ojos bien abiertos estaban llenos de inmensa consternación, pero también de profundo respeto hacia mí. Giré la cabeza, me puse de nuevo la chaqueta y con un gesto rígido indiqué a mis hombres que me siguieran.

En el vestíbulo se produjo un ajetreo. Toda la familia de Ronney estaba allí, así como Bergamote y Alistair. Se empujaban unos a otros, intentando esquivar a los equipos de seguridad que no dejaban que nadie se acercara a mí.

—¡Yeraz, nos has engañado con la oscuridad de tus mentiras!

Continué mi camino bajo los abucheos, con el rostro desprovisto de emoción, imperturbable.

No escuchaba a nadie, perdido en mis oscuros planes de venganza.

—La has matado —gritó Alistair—. Te mataré, Khan.

Mi mirada se posó casualmente en Elio. Tenía los ojos rojos e hinchados y sujetaba a su madre por los hombros, conteniendo el conflicto. Cambié mi rumbo para acercarme a él. Mis hombres se pusieron al instante en posición defensiva, haciéndome lugar a codazos. El joven, incapaz de enfrentarse a mí, bajó la cabeza.

—No era mi intención que esto sucediera —dije con una voz tan firme como torturada—. No lo vi venir. Me enamoré de tu hermana, Elio, y me arrepiento de todo. Juro que me arrepiento.

Separó los labios y dijo secamente, con los ojos todavía bajos:

—¿Cuándo puedo verla?

—Mañana. Mi madre organizará las visitas. Uno de mis hombres vendrá más tarde para darles noticias de ella.

Valentina continuó con sus reproches e insultos con voz sombría. No tuve palabras para ella y reanudé mi camino hacia las puertas de salida del hospital.

En el aparcamiento todo el mundo revisó sus armas, incluido yo. Después de guardarla en la parte trasera de mis pantalones, me acerqué a Amir, que tenía la pistola en la mano.

—Todavía puedes irte. No tienes que venir con nosotros. Hamza es tu tío, siento una profunda admiración por él a pesar de todos nuestros desacuerdos, pero nada le salvará hoy si se atreve a interponerse en mi camino.

Aunque me había agachado para estar a la altura de sus ojos, no podía ver los míos. Asintió con la cabeza y respiró profundamente antes de sacar la corredera de su pistola, ahora cargada.

—Lo seguiré, jefe.

La determinación en su voz y en sus ojos me demostró que podía confiar en él.

La limusina salió del aparcamiento del hospital seguida por un convoy de unos diez coches.

37

Entramos en el despacho de Hamza sin molestarnos en llamar a la puerta. La pistola que llevaba en la mano indicaba a ambos ocupantes que había venido con el único propósito de ajustar cuentas. Recorrí el lugar con la mirada antes de volver a la enorme figura de Nino, que no parecía sorprendido de verme. El regente se situó en medio de la sala, entre nosotros.

—¡Yeraz, espera! Nino admite que se equivocó, está dispuesto a renunciar a la parte sur de Sheryl Valley.

—Ah, ¿sí? —respondí con una falsa sonrisa.

A grandes zancadas llegué frente a Hamza y tomé su rostro entre mis dedos. Estaba decidido a llegar al fondo de esto.

—Si alguna vez descubro que estuviste remotamente involucrado en el intento de asesinato de Ronney, te mataré.

Lo solté bruscamente. Hamza se sujetó la barbilla, jadeando. Me miró con una mezcla de rabia y horror.

—¿Quién te crees que eres, Khan? Has cruzado todas las líneas últimamente. Tienes que afrontar el hecho de que la señorita Jiménez ha envenenado tu mente y tu corazón.

Le miré con disgusto mientras se dirigía a sus hombres y a los míos:

—¿Así que este es su futuro líder? ¿Un hombre que es incapaz de respetar los tratados, que secuestra mujeres y niños, y lo que es peor, que trata a sus mayores sin ninguna amabilidad? Hay códigos y leyes dentro del *Mitaras Almawt* y nadie está por encima de ellos.

Hamza miró a su sobrino. Esperaba una reacción de su parte. Nino, con los brazos cruzados, seguía pensando que ese regente tenía todo el poder de la organización. Pronto descubriría lo contrario. Hamza ordenó a Amir y al resto del grupo que me llevaran afuera para terminar su conversación con el líder de la Rosa Negra, pero nadie se movió. Un pesado silencio cayó sobre la habitación. Girándose lentamente, Hamza miró a cada uno de los presentes antes de detenerse en su sobrino:

—¿Amir?

El joven se adelantó para ponerse a mi lado:

—Tío, sólo reconozco a un líder a la cabeza de los *Mitaras Almawt*. Juro lealtad y fidelidad a Yeraz Khan.

Amir levantó su arma y apuntó a Hamza, que, desconcertado, no pudo pronunciar una sola palabra. El joven continuó con voz gélida:

—O estás con nosotros o estás contra nosotros.

El regente tragó saliva y giró la cabeza hacia mí. Levanté la barbilla:

—Te dije que tomaría su alma. Tu sobrino es ahora uno de los nuestros.

Los ojos de Hamza brillaron. Se volvió lentamente hacia mi rival, que observaba la escena, comprendiendo que estaba perdido, y dijo:

—No puedo hacer nada más por ti.

Luego se alejó hacia la puerta, dejando al líder de la Rosa Negra a su suerte.

****

Nino observaba atentamente su entorno. Le había llevado a una aislada zona boscosa a orillas del lago de Sheryl Valley. Estábamos solos. Sabía que mientras estuviera vivo, tenía el poder de destruirme. Miré al cielo, el crepúsculo ya se estaba acumulando en el horizonte. Acababa de levantarse una suave brisa que refrescaba la pesada atmósfera.

—Vamos —le ordené.

Obedeció y entró en el agua, guiado por mi pistola que le apuntaba a la cabeza. Cuando el agua le llegó a las rodillas, le pedí que se diera la vuelta y me mirara.

—¿Qué sigue, Yeraz? Mañana otro líder estará al frente de la Rosa Negra.

—Iba a matarte un día. Ronney acaba de adelantar esa fecha fatídica.

Rojo de furia y terror, Nino se defendió:

—Hice que ese imbécil le disparara en el hombro. ¿Entraste en mi club, mataste a mis hombres y realmente pensaste que no me defendería?

Exploté, apuntando un poco más mi arma hacia él:

—Hace tiempo que iniciaste las hostilidades. No cambies de rol.

Comprendiendo que no conseguiría nada por este medio, Nino se sinceró:

—Te vi nacer, Yeraz. Si hubiera querido destruirte lo hubiera hecho mucho antes. Todo el mundo sabía que estabas destinado a convertirte en el líder de los *Mitaras Almawt*. ¿Por qué habría esperado todo este tiempo?

—Hiciste asesinar a mi padre a sangre fría. Yo era el siguiente en tu lista. Sabías que algún día buscaría vengar su muerte.

Nino bajó la mirada mientras ponía las manos en jarras y negaba con la cabeza. Soltó una risa nerviosa que hizo temblar todo su cuerpo.

—Te apresuras a condenar a la gente, muchacho. Podría haberte gustado si tu error de juicio no hubiera alterado tus sentimientos hacia mí.

Nino me miró con una mirada tan negra como la noche. Ya no se reía. Con una mirada feroz curvó los labios y continuó con voz fuerte:

—Admiraba y respetaba profundamente a Yanis Khan. Para mí fue el más grande de todos los hombres, y tú te pareces mucho a él. Así que voy a abrir tus ojos esta noche. Te voy a decir la verdad antes de que esa bala entre en mi cabeza: ¡Yo no maté a tu padre!

—¡Estás mintiendo! —grité enfurecido, con el rostro tenso por el odio.

—¡No! —rugió Nino, sincero.

—Si no fuiste tú, debió ser alguien de tu organización.

Sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿quién? ¡Dime!

—Piénsalo, Yeraz. ¿Quién lo quería muerto más que nadie? ¿Quién estaba en contra de que te convirtieras en el nuevo líder de los Mitaras Almawt? ¿Quién quería protegerte de él? ¿Quién podría hacer algo por ti?

De pronto, me invadió una aterradora sensación de vértigo. Me puse las manos sobre las orejas, cerré los ojos con fuerza y luché para que entrara suficiente aire. Me negué a escuchar el resto, pero Nino vociferó:

—Camilia Khan mató a tu padre y eso no es un secreto para nadie más que para ti.

Gemí. Esa revelación era atroz, insoportable de escuchar. Los recuerdos borrosos de mi madre después del funeral surgieron. Todo parecía engullirme. De pronto, la cara de Ronney apareció ante mí. Me aferré a ella para no hundirme, concentrándome en sus labios, sus manos, su risa, su

voz. Respiré profundamente y volví a abrir los ojos. La mirada de Nino se amplió y me aparté antes de caer de rodillas.

****

Cuando Camilia entró en la habitación del hospital y me vio, casi hace caer el jarrón que sostenía en sus manos.

—¡Yeraz, maldita sea, me has asustado!

Dejó el recipiente y empezó a poner rosas blancas en él. Bajo mi aparente calma, mi mente iba a toda velocidad. Mantuve los ojos fijos frente a mí, sosteniendo la mano de Ronney en la mía.

—El Dr. Willis vino dos veces. Su estado se mantiene estable, lo que es buena señal.

Intrigada por mi silencio, mi madre dejó de cuidar las flores y se acercó al otro lado de la cama.

—¿Has dormido algo?

Después de matar a Nino, me fui a casa a tomar una ducha. Me sorprendió ver que Ashley, Timothy, el cocinero, Howard y otros empleados esperaban en la sala de estar para saber sobre mi antigua asistente. Aunque no había demostrado nada, su presencia me había reconfortado. Ronney no estaba sola, había mucha gente esperando a que abriera los ojos de nuevo.

Con voz helada, respondí a mi madre, sin mirarla:

—Descansé de camino al hospital. Me quedaré con ella esta noche. Puedes irte, yo tomo el relevo.

Camilia dudó un momento y luego fue a buscar sus cosas en uno de los armarios. En tono preocupado, me informó que Marconie me buscaba para hacerme preguntas, se había abierto una investigación. Mi club fue cerrado por decisión de las autoridades hasta nuevo aviso. Al no verme reaccionar, suspiró y se dirigió a la puerta. La retuve antes de que cruzara el umbral:

—¿Amabas a mi padre?

Un silencio siniestro se instaló en la sala. Camilia volvió lentamente sobre sus pasos. Nuestros ojos se encontraron, y ella vio en los míos lo que había temido durante cuatro años. En el fondo de sus ojos oscuros se instaló el miedo .

—Lo quería, pero te quería más a ti. Siempre estarás en primer lugar, con tus hermanas y hermano, porque soy una madre.

Podía sentir la confusión y el profundo tormento en su voz. Sus ojos llenos de lágrimas se posaron en Ronney.

—Tu padre no era un buen hombre y odio la forma en que se le venera. A diferencia de Ronney, yo le fallé. Su oscuridad era impenetrable para cualquier luz. Me aseguré, desde tu nacimiento, de que nunca fueras como él.

Camilia esperó un momento a que yo dijera algo, pero me quedé amurallado en el silencio. Salió de la habitación sin que le dijera una sola palabra. No podía matar a mi madre, la quería demasiado para eso, pero no estaba dispuesto a perdonarle su acción. Me llevé la mano de Ronney a los labios, rezando para que se despertara algún día. Era la persona más fuerte y honesta de mi mundo.

38

Cinco semanas en esa habitación, cinco semanas observando a Ronney cada noche, cinco semanas esperando que abriera los ojos, y ese día por fin había llegado. Un martes por la mañana el Dr. Charles Willis me dijo que estaba en proceso de despertar.

Mientras miraba el archivo de pie a los pies de su cama, observaba a Ronney. Con los párpados cerrados, parecía relajada.

—Gracias —le susurré a Willis sin apartar la mirada—. Quiero que sepa que siento haber tenido que actuar en forma tan extrema con usted. Su mujer y su hijo lo esperan en un hotel al norte de la ciudad. Mis hombres lo llevarán con ellos. Es libre de irse.

Oí a Willis caminando hacia la salida de la habitación. Antes de salir por la puerta, me dijo con todo el odio que sentía por mí:

—Espero que arda en el infierno, señor Khan.

Ya estoy allí.

Llamé al número de Camilia para pedirle que viniera al hospital. No quería que Ronney despertara sola. Caminé alrededor de la cama para acercarme a ella, desolado porque era la última vez que la vería. Besé su frente, resignándome a una existencia sin ella. Esperaba que Ronney comprendiera que esto no era el final, sino el principio de algo aún mejor. Sí, le esperaba un futuro mejor. Besé sus labios con dolor. ¿Cómo iba a sobrellevar su ausencia?

Mi decisión de abandonar definitivamente Sheryl Valley se había tomado una semana antes, para dar a Ronney la oportunidad de rehacer su vida. No quería quedarme aquí y alimentarme de mis recuerdos, quería borrar todo para no tener que sufrir más. Ni Hamza ni mi familia sabían de mi decisión. Sólo Isaac, que había buscado y había encontrado, gracias a sus contactos, un viejo rancho para renovar en Texas.

Camilia me contaría, muchos meses después que yo era lo primero que Ronney había pedido cuando abrió sus ojos.

****

Unos días después Hamza y yo acordamos esperar unas semanas más antes de informar a todos sobre mi marcha, incluida mi madre. Quería tener tiempo para preparar mi partida, vender mi casa, firmar todos los documentos oficiales para el traspaso a Amir y ocuparme de la parte administrativa, que me llevaba la mitad del tiempo.

Durante ese tiempo, Ronney había intentado muchas veces ponerse en contacto conmigo, verme, y luego se había ido resignando a este futuro sin mí. Se había pasado una página, ahora tenía que seguir adelante, olvidarse de mí.

****

Era la noche anterior a mi cumpleaños. Estaba en el despacho de Hamza con Amir para

ultimar los detalles antes de mi partida. Hamza, feliz de dejar sus funciones de regente, abrió una caja de puros que había en el armario, sacó uno y lo encendió. Me levanté de la silla y me quité el anillo de sello del dedo. Los dos hombres me miraron en silencio mientras lo colocaba en su estuche de terciopelo. Luego se lo entregué a Hamza.

—Mi madre está planeando una fiesta para mi trigésimo primer cumpleaños mañana. Quiero que se lo des.

Tomó la caja y suspiró:

—¿Por qué dejar todo, Yeraz? Tómate un descanso y vuelve cuando estés preparado. Somos tu familia.

Me rasqué la mejilla con el pulgar antes de contestar:

—Hace tiempo tuve una conversación con un Viejo. Un pacto es un pacto.

Hamza y Amir fruncieron el ceño, tratando de entender el significado de mis palabras, pero sin conseguirlo.

—Amir, ¿me acompañas a mi coche?

El joven asintió y se levantó para seguirme.

En el exterior, inspiré profundamente y miré el cielo estrellado, que parecía diferente al de otras noches. Isaac me esperaba al volante del sedán, listo para salir. Me volví hacia Amir:

—Sé que serás un buen líder. No tengo ningún consejo para ti, sólo espero que no te pierdas en este papel. Nunca tendrás una vida normal; estará hecha de decisiones difíciles. Escúchate siempre.

Todavía había algo inocente en sus ojos, pero sabía que no duraría.

—Señor Khan, siempre seré sólo su sustituto. El *Mitaras Almawt* sólo tiene un líder, y si un día decide volver, le devolveré el lugar que le corresponde.

Sonreí y le puse la mano en el hombro antes de bajar los escalones.

Cuando Isaac arrancó, me quité las gafas y bajé la ventanilla para sentir el viento en la cara. Aunque esta noche tenía aroma a libertad, era consciente de que dejaba atrás a la persona que más quería en el mundo.

—Isaac, ya no tengo teléfono ni número. Tendremos que parar en el camino para conseguir uno.

—Señor, puede tener el mío por un tiempo, mientras tanto. Es seguro y nadie conoce esta línea.

Le di las gracias y me hundí de nuevo en mi asiento, viendo pasar el paisaje.

****

Los días pasaban y eran iguales. Me levantaba al amanecer y desayunaba en el porche de la casa, contemplando la inmensidad de la tierra que tenía delante. Sólo el sonido de los pájaros y de la naturaleza perturbaba el profundo silencio. En ningún momento me arrepentí de abandonar mi antigua vida. La paz y la tranquilidad que sentía cada mañana no tenían precio.

Cuando el sol se levantó en el horizonte me puse a trabajar. Un equipo de trabajadores me ayudó a renovar el rancho y trabajó incansablemente todo el día. Isaac también estaba ayudando.

Le había dicho que estaba libre de toda obligación, que podía volver a Sheryl Valley, pero prefirió quedarse a mi servicio, no le esperaba nada allí. Amir me había dejado a un grupo de hombres para garantizar mi seguridad durante unos meses hasta que estuviera seguro de que todo peligro había pasado.

Además de la renovación, que ocupaba la mayor parte de mi tiempo, estaba preparando mi transición a los negocios. Había identificado empresas interesantes en dificultades que quería comprar. Camilia gestionó ese proyecto desde *Asylum* y constituyó un pequeño equipo de jóvenes emprendedores dispuestos a seguirme en esa aventura. Era el único contacto que tenía con mi madre, que intentaba por todos los medios renovar nuestro vínculo. Lo más difícil fue no preguntar por Ronney. Había utilizado mis contactos para conseguir que los Estudios Disney le ofrecieran un trabajo como actriz de voz. Era su sueño y yo estaba decidido a hacerlo realidad sin que ella supiera que la recomendación venía de mí.

****

Esa noche, como de costumbre, había reunido a todos los trabajadores en el salón para repasar el trabajo del día, tomar nota de los problemas de cada uno y organizar el cronograma del día siguiente.

Un hombre alto y corpulento vestido de vaquero hablaba de los búfalos que iban a llegar al día siguiente y de los preparativos que había que hacer para que todo fuera lo mejor posible. Isaac entró en el salón en ese momento y pidió hablar conmigo. Nos fuimos aparte.

—Jefe, lo siento, tengo que volver a Sheryl Valley para tratar un problema.

Más nervioso que de costumbre, le miré con desconfianza. Sus ojos se apartaron de mí, pude sentir que algo iba mal.

—Isaac, ¿estás seguro de que todo está bien?

Sus palabras parecieron atascarse en su garganta, y asintió.

—Mi hija me necesita. Volveré mañana.

—Sheryl Valley está a casi veinte horas de distancia. Toma el jet.

Me dirigió una mirada de agradecimiento antes de desaparecer. Me quedé allí un momento, preguntándome por qué me había mentido.

****

Cuando volví de mi paseo nocturno, me sorprendió ver que el coche de Isaac ya estaba allí. Sólo había hecho un viaje de ida y vuelta muy rápido. Miré mi reloj: las cuatro de la mañana. Subí las escaleras de la casa y luego subí a mi habitación, esperando esta vez poder dormir un poco.

La luz bajo la puerta me hizo fruncir el ceño. Alguien estaba dentro. En guardia, entré en la habitación y vi a Ronney sentada en el borde de la cama, esperándome. Una violenta sensación corrió por mis venas. Dejé de respirar. ¿Fue el suelo el que se derrumbó debajo de mí o mis piernas me abandonaron? Ronney, tan confundida como yo, me observó en silencio. Era la

primera vez que me veía en camiseta y chándal. Conmocionado, cerré la puerta y apoyé la espalda en ella sin poder decir nada. Ronney enderezó los hombros y se pasó los dedos por su denso pelo negro.

—Isaac vino a recogerme después de escuchar el mensaje que le dejé en su buzón de voz.

Asentí con la cabeza, comprendiendo su extraño comportamiento y la urgencia de su viaje a Sheryl Valley.

—¿Y ahora qué, Ronney? —murmuré con dolor, metiendo las manos en los bolsillos—. Sabes que te voy a pedir que te vayas, tienes que...

—No —me cortó con una rabia incipiente en su voz.

Sacudió la cabeza con fuerza.

—No me iré, Yeraz, a menos que me mires directamente a los ojos y me digas que no me quieres.

Ante su determinación, cerré los párpados e inspiré. Mi corazón latía con fuerza. Cuando los abrí de nuevo, me quedé mirando a Ronney con su expresión desesperada. Encerrada en vida en su angustia y dolor, esperaba una respuesta que no llegaba.

—Te quiero —dijo—. Cada día es peor que el anterior, cada respiración es más difícil que la anterior. Me estoy volviendo loca. ¿Crees que mejoraré si sales de mi vida? Nada en la Tierra puede curarme de ti.

—Cerca de mí siempre estarás en peligro.

—No me importa —declaró con lágrimas en los ojos.

—¡A mí sí, Ronney! ¡Te vi morir ante mis malditos ojos! No sabes por lo que he pasado. He pasado por el infierno, el infierno de verdad, durante casi cinco semanas.

Cuando se levantó de la cama, mis ojos la recorrieron, desde su peineta beige hasta sus piernas desnudas. Verla así, tan hermosa, sin tocarla, era una tortura. Intenté recomponerme y ordenar mi mente, pero ella se acercaba lentamente a mí, quitándome todo el control. Respiraba cada vez más fuerte, cada vez más rápido. Se detuvo en medio de la habitación y dijo:

—Sé lo que es el infierno, lo vivo cada día. No puedes hacernos esto a los dos, no es justo. Luché para seguir viva por ti, Yeraz.

La miré desesperado. Ver sus lágrimas rodar por sus mejillas me destrozó un poco más. Mis músculos se tensaron y me contuve para no abrazarla. No quería derrumbarme. Ronney puso la mano en la cremallera de su traje y la bajó, mirándome fijamente a los ojos. Cuando su piel desnuda apareció debajo aparté la vista, mirando al vacío con los nervios de punta. Ella sabía lo que estaba haciendo, sabía el poder que su cuerpo tenía sobre mí.

—Necesito una ducha —dijo, alejándose hacia el baño.

Podía oír el agua corriendo en la otra habitación. Cada segundo era más y más doloroso. Me paseé por la habitación como un gato salvaje, esperando impacientemente a que terminara su ducha. El bulto en mi jogging no bajaba, era un tormento. Intenté pensar en otra cosa, en despejar la cabeza, pero la imagen del cuerpo desnudo de Ronney bajo la cascada de agua caliente me nublaba la mente.

Tras seis largos e interminables minutos, me quité la camiseta y me uní a ella.

Deslicé la puerta para abrirla. Ella me esperaba al otro lado con la espalda apoyada en la pared. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con deseo. Solté la puerta y me apresuré a acercarme a ella. Mis labios tocaron los suyos y nos besamos apasionadamente, sin aliento. Nuestras lenguas

se entrelazaron, nuestros dientes chocaron. Apreté mi erección contra su vientre. Había soñado con ese momento tantas veces que apenas podía controlarme. Mis dedos amasaron sus pechos con avidez, tirando de sus pezones mientras mi lengua seguía adueñándose de su boca. Ronney gimió. Tras un largo momento de besos febriles, consiguió apartar su cara de la mía y respiró:

—Te quiero, no puedo esperar.

Puse mi frente contra la suya.

—Será corto, pero prometo compensarlo después.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y asintió. Le di la vuelta bruscamente y la apreté contra la pared de la ducha, agarrándola del pelo. Introduje dos dedos dentro de ella para prepararla para recibirme. Ronney se estaba derritiendo debajo de mí. Pasé mi sexo por su húmeda raja antes de hundirme en ella todo lo que pude. Con mi mano en su cadera, la atraje hacia mí con rápidos movimientos. Sus crecientes gritos hicieron que me corriera con un potente espasmo. Ronney giró y me apretó contra ella. Esta vez nuestros apasionados besos fueron lentos y lánguidos.

****

Cuando me desperté, la habitación y el suelo de tablas anchas de madera estaban brillantes. Me puse un pantalón de jogging y busqué a Ronney. La encontré en el balcón del dormitorio con una de mis camisetas, con los brazos apoyados en la barandilla, ofreciendo su cara al sol. Me tomé un minuto para contemplarla, saboreando el momento, dándome cuenta de lo afortunado que era por tener a esa mujer en mi vida. Hoy, el trabajo en el rancho podía esperar una hora más.

Sintiendo que el nerviosismo aumentaba en mí, respiré el aire lleno de su aroma y me aclaré la garganta. Entonces Ronney se apartó del sol y se volvió hacia mí. Me acerqué a ella, puse mis manos en la barandilla a ambos lados de su cuerpo y la miré profundamente a los ojos. Podría ahogarme durante toda la eternidad en sus ojos ambarinos.

—¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

Ella sonrió. Le di un suave beso en los labios y me respondió:

—Ha sido el mejor momento que he tenido en mucho tiempo. Tu boca en mi piel era exquisita.

Sus últimas palabras me trajeron un montón de recuerdos intensos, un calor agradable invadió todo mi cuerpo. Cerré los ojos para desterrar mis pensamientos. Cuando los abrí de nuevo, una mirada seria invadió mi rostro. La sonrisa de Ronney se desvaneció.

—Supongo que no tienes pensado irte hoy.

Sacudió suavemente la cabeza como única respuesta.

—¿Mañana?

Volvió a sacudir la cabeza. Bajé la cara y suspiré.

—¿Sabes que hay códigos importantes en la mafia? Mientras no estemos casados, la vida siempre estará en nuestra contra.

Ronney se desprendió de mis brazos y tomó distancia para mirarme.

—Has dejado el *Mitaras Almawt*, no tienes más obligaciones con esa organización.

Las cosas no eran tan sencillas. Me metí las manos en los bolsillos y giré la cabeza hacia el horizonte antes de volverme hacia ella.

—Es más complicado que eso. Tengo lazos invisibles con ella, sólo por mi nombre y los deseos de mi padre. Me gustaría que fuera de otra manera. Tenemos que casarnos para que no te toque.

Ronney parpadeó con cara de confusión. Parecía hundirse en las profundidades de la desesperación.

—No —dijo, poniendo las manos delante de ella como para protegerse de mí—. No me casaré contigo para complacer a tus compañeros. Pueden irse todos al infierno.

Con eso, giró sobre sus talones y caminó decididamente hacia la puerta que yo había cerrado. Con la mano en el pomo, giró con rabia hacia mí. Aparté la mirada y me rasqué la mejilla con el pulgar.

—¿Me has encerrado?

Me encogí de hombros y respondí:

—Conocía tu respuesta y sabía que tu reacción sería exagerada.

Ronney entornó los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Exagerada? —repitió entre dientes.

Me contuve de reír e incluso sonreír. Ante mi diversión sus rasgos se relajaron y sus hombros también. Le tendí una mano.

—Ven, por favor.

Dudó un momento y luego se acercó a mí en el balcón, haciendo pucheros. La agarré por la cintura y la atraje hacia mí. Ronney era una mujer sencilla, pero no se diferenciaba de nadie en sus sueños de niña. Le tomé la barbilla para obligarla a mirarme:

—Es más que eso, Ronney. Mucho más. Tu vida es mi vida. Tus penas y tus alegrías también. No soy perfecto. Estás ante un hombre dañado que siempre tendrá sus miedos para alimentar sus demonios internos. No soy perfecto, pero te prometo la vida más perfecta, el amor más perfecto. Te quiero más allá de todo. Así que sólo te lo voy a preguntar una vez y quiero la respuesta de tu corazón únicamente: Ronney Jiménez, ¿te casarías conmigo?

Los segundos eran interminables. Sus ojos se fijaron en los míos, bajé todas las barreras para que pudiera leerme. al cabo de un rato, preguntó:

—¿Cómo sería la ceremonia?

Con una sonrisa, dejé escapar un pequeño suspiro de alivio.

—Habrá dos testigos, Amir y Hamza. Será una boda expedita, una simple formalidad para los *Mitaras Almawt*. Sugiero que más tarde tengamos una verdadera ceremonia con nuestras familias y amigos.

—¡Y Elvis!

Me reí y le besé la frente antes de responder, con el corazón hinchado de amor:

—Y Elvis, por supuesto. Y tu respuesta es…

—Sí, quiero casarme contigo.

Satisfecho, levanté su barbilla con mis dedos y luego aplasté mis labios contra los suyos. Ronney había ido hasta el infierno para conseguir mi alma. Esa mañana, bajo un sol radiante, me la había devuelto.

Epílogo de Yeraz

Terminé de abotonarme la camisa cuando llamaron a la puerta de mi suite. Camilia, seguida por Hadriel, entró mientras miraba a su alrededor. La sala estaba llena de rosas y globos.

—Ronney apreciará su noche de bodas —dijo mi madre con la voz llena de matices.

Su largo vestido rosa pálido flotaba en el aire. Se acercó a mí y me ayudó a atarme la corbata. Hadriel, apoyado en la pared, sonrió ante la escena.

—Si alguien me hubiera dicho que un día mi hermano se casaría, nunca lo hubiera creído.

—Y a mí que se enamoró —añadió Camilia.

Se apartó de mí para mirarme de arriba abajo.

—¿Dónde están mis hermanas? —pregunté.

—Con Ronney. La ayudan a prepararse mientras Peter da palmas y órdenes, diciéndole a todos cómo la ha convertido en una mujer de mundo.

Puse los ojos en blanco y dije en tono de broma:

—Pobre Ronney.

Mi madre, repentinamente conmovida, frunció los labios.

—Yo también creo que es uno de los mejores días de mi vida. Ronney y tú ya llevan unas semanas casados, pero es bueno que lo hagan oficial con una ceremonia real.

Me acerqué a ella y la abracé cariñosamente, lleno de gratitud.

—Gracias por todo, mamá. Gracias por luchar por mí.

Se apartó de mí, intentando contener las lágrimas.

—Necesito hablar con Hadriel. ¿Nos dejas, por favor?

Mi madre asintió y salió de la habitación. Al pasar, tocó el brazo de su hijo, como para tranquilizarlo.

Una vez que me quedé a solas con mi hermano, me senté en el brazo de la silla junto a la cama.

—¿Por qué Santa Mónica? —preguntó Hadriel mientras se dirigía al enorme ventanal con vistas al océano—. Eres millonario. Los millonarios se casan en otro lugar.

Dejé escapar una pequeña carcajada.

—Este es el deseo de Ronney.

Hadriel se volvió hacia mí. Se pasó la mano por el pelo despeinado y esperó. Respiré profundamente y luego dije:

—No he sido un gran hermano mayor, lo admito. Sé que te he hecho mucho daño y te pido disculpas. He cometido muchos errores en mi vida de los que no estoy orgulloso. Llevará tiempo construir una verdadera relación entre nosotros, pero lo aceptaré.

Hadriel apreció mis palabras y asintió.

—Me has hecho un favor en cierto modo. Me costó sanar de mi ruptura, pero el daño podría haber sido mayor si me hubiera casado con ella.

Mi hermano se detuvo un momento y ladeó la cabeza con la mirada perdida antes de continuar:

—Tú y Ronney tienen un verdadero amor. Espero poder experimentar eso también algún día.

Estaba a punto de contestar cuando llamaron de nuevo a la puerta. Era Elio. Hadriel me deseó lo mejor antes de dejarme a solas con el hermano de Ronney.

Su tez pálida, sus rasgos cansados y las ojeras me indicaron que la enfermedad se había cobrado otra víctima. Me dio pena. Elio, intuyendo mis pensamientos, se puso en medio de la habitación y dijo:

—Ver la boda de mi hermana pequeña es el mejor regalo que la vida me puede dar.

—Me alegro de que hayas venido. Cuando tus padres le pidieron a Ronney que eligiera entre ellos y yo le dolió profundamente. Quiero que sepas que fui yo quien se negó a que el resto de tu familia asistiera a nuestra boda.

—Lo sé —dijo Elio—. Es mejor así.

Encontró una silla para sentarse y suspiró cansado.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—No demasiado.

Elio hizo una pausa, dudando en continuar:

—Yeraz, tengo algo que preguntarte. Me gustaría pasar las últimas semanas que me quedan en el rancho con mi hermana. Quiero disfrutar de estos últimos momentos con ella antes de cerrar los ojos para siempre.

Acepté inmediatamente.

—Por supuesto, Elio.

—Lo único que lamento es que no podré vivir lo suficiente como para ver a mis pequeños sobrinos corriendo a mi alrededor.

Una sombra pasó por mis ojos. Incapaz de ocultar mi pesar, incliné la cabeza.

—Tu hermana no quiere tener hijos. Este es un punto no negociable y lo acepto.

Elio dejó escapar una pequeña risa que me obligó a levantar la cabeza hacia él.

—Ronney no quería enamorarse de ti, y mucho menos casarse contigo. Mira dónde estamos hoy… Dale tiempo, nada está escrito en piedra. Recuérdalo.

Agradecí sus palabras con una sonrisa tensa y luego consulté mi reloj. Por fin era la hora de verla.

****

Un escalofrío me recorrió cuando la vi aparecer en el pasillo principal con la canción *Love me tender* de Elvis Presley. Todos los que estaban sentados en la terraza del hotel se volvieron para observar a Ronney, con su largo y elegante vestido blanco que resaltaba perfectamente su cintura. El corpiño de encaje mostraba el comienzo de su escote, que me moría de ganas de besar.

Mis hermanas, de pie junto a mí, chillaban con exitación, al igual que Bergamote y Alistair en la primera fila. Timothy, justo detrás de ellos, estaba llorando a mares. El asiento de al lado estaba vacío. Ashley había rechazado la invitación y nos deseó lo mejor a todos.

Del brazo de Elio, Ronney me miraba fijamente con los ojos llenos de admiración. Respiré profundamente e hinché las mejillas. En una última lucha contra la emoción del momento me concentré en su pelo recogido, su piel, sus labios y las palabras de Elvis, que expresaban perfectamente todo mi amor por ella.

Ámame tiernamente.
Ámame, querida.
Dime que eres mía.
Yo seré tuyo a través de los años,
Hasta el fin de los tiempos.

Epílogo de Ronney

Isaac nos dejó frente a Camilia. Había pasado tres días lejos de mi marido, en Los Ángeles, para completar la grabación de la próxima película de animación de los estudios Disney. Cuando bajé del avión unos momentos antes, había besado a Yeraz como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que lo vi. Durante todo el viaje sus labios apenas se despegaron de los míos y tuve que pedirle varias veces que frenara sus caricias para no llegar al orgasmo en la parte trasera del coche. La presencia de Isaac al volante me molestaba, a diferencia de Yeraz, que no dejaba de susurrarme que le permitiera hacerme el amor, que esos tres días sin mí en el rancho habían sido interminables. Había conseguido por no sé qué milagro mantener mi vestido puesto, aunque llegaría a lo de Camilia para la Nochevieja con un vestido completamente arrugado.

Apenas Abigaëlle había cerrado la puerta tras nosotros, Camilia se acercó para abrazar a su hijo. Después de los cálidos abrazos su madre puso su mirada en nuestras maletas y declaró:

—Pediré que lleven tus cosas a tu habitación.

Yeraz se apresuró a responder:

—Ronney y yo tenemos que terminar de prepararnos.

Me contuve para no sonreír, conociendo las verdaderas razones de Yeraz para querer arrastrarme con él hacia arriba. Los ojos de Camilia se deslizaron sobre el impecable traje de su hijo.

—No veo nada malo —dijo levantando una ceja—. Llevamos más de una hora esperándote. Las chicas están ansiosas por volver a ver a Ronney.

Hice un guiño a Yeraz antes de seguir a Camilia en la estancia. Frustrado, reprimió un gruñido de furia. Era consciente de que la noche iba a ser larga para él.

Me alegré de encontrar a todo el mundo. Camilia también había invitado a Bergamote y Alistair a unirse a nosotros. La distancia no nos había alejado, al contrario. Agradecí a Yeraz que les hubiera encontrado un alojamiento adecuado en Sheryl Valley.

La relación con mis padres había mejorado un poco tras la muerte de mi hermano tres meses antes. Había sido un momento difícil y mis pensamientos estuvieron llenos de dolor durante varias semanas. Afortunadamente, el apoyo de Yeraz había evitado que me hundiera en la tristeza. Sabía que me estaba vigilando desde arriba.

Me senté en el sofá y disfruté del momento. Mientras Peter en medio de la sala contaba cómo había salvado la última sesión de fotos de Camilia y Cyliane, yo observaba minuciosamente a Yeraz, que hablaba un poco más allá con su hermano. Su innegable encanto me hipnotizó igual que el primer día.

Con la mirada ocupada, no había visto a Camilia acercarse a mí con la botella de champán en la mano. Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi su cuello inclinado sobre mi vaso.

—¡No! —grité al mismo tiempo que Peter, colocando instintivamente la mano sobre mi vaso de champán.

Contuve la respiración. Mierda. Todos los ojos se volvieron hacia mí a la vez, sorprendidos. El silencio cayó sobre la sala como un hacha. Sentí como si el tiempo se hubiera detenido. Mi corazón latía con fuerza, mis mejillas ardían, cerré los ojos y apreté los labios. Los gritos de alegría estallaron como un eco lejano, estropeando la sorpresa que Peter y yo habíamos planeado durante una semana en el rancho.

Mis manos se apoyaron mecánicamente en mi vientre mientras volvía a abrir los ojos. Yeraz, conmocionado por la noticia de mi embarazo, no prestó atención al mundo de gente que se apresuraba a felicitarlo. Su profunda mirada me penetró y luego, poco a poco, una sonrisa apareció en sus labios. Se permitió creer que lo que había dejado de lado en su vida finalmente estaba sucediendo. Abrumado, eufórico, se llevó una mano a la frente antes de soltar un grito de alegría y caer en los brazos de su hermano, más feliz que nunca. Más feliz que el día que le dije que le quería, más feliz que el día que acepté casarme con él. Me levanté, con las piernas entre algodones, para recibir los abrazos y las felicitaciones de todos.

****

Yeraz y yo estábamos aislados en la terraza de la parte trasera de la casa. La luna iluminaba perfectamente todo el jardín. De espaldas a la pared, lo vi caminar de un lado a otro frente a mí, cuestionando todos nuestros planes de vida:

—El rancho podría ser un poco peligroso para nuestro bebé. Hay mucho espacio. ¿Y si nos mudamos a Los Ángeles? Hay muy buenas escuelas allí. ¿Una niñera o varias? Tendré que preguntarle a Aaliyah...

Mis ojos miraron al cielo sin nubes. Las estrellas parecían brillar más esa noche. Mi felicidad era total. Mis pensamientos se dirigieron a mi hermano… Debe estar muy feliz allá arriba con esta noticia. Si fuera un niño le pondría su nombre.

—¿Ronney? —La voz de Yeraz me devolvió a la Tierra.

—¿Me estás escuchando?

Sonreí y respondí:

—¿Qué tal si dejamos a este bebé no nacido en paz? El rancho está bien. Quiero verlo corriendo en el barro y hablando con las gallinas.

Yeraz se rio y se acercó a mí. Apretó su frente contra la mía y pude sentir su aliento sobre mí.

—Gracias, Ronney —dijo.

Sus labios descendieron lentamente sobre los míos y abrí la boca para rodear con mi lengua la suya. Sus manos ya estaban sobre mí. Bajó la cabeza para depositar besos en mis pechos y sentí que mi cuerpo se rendía ante él. Su mano subió por mis piernas. Suspiré con placer. Lo detuve sin aliento cuando deslizó mis bragas por mis muslos.

—No, Yeraz, aquí no.

Su rostro se tensó y me respondió con voz ronca, ardiendo de deseo:

—He esperado demasiado tiempo, Ronney.

Intenté resistirme, pero me vi rápidamente superada por el dominio que tenía sobre mí. Le puse la mano en la nuca y volví a levantar la cara hacia el cielo resplandeciente. Cuando Yeraz entró en mí, suspiré y cerré los ojos para disfrutar de este momento de puro placer.

FIN

Agradecimientos

A todos los columnistas que hicieron un gran trabajo de comunicación.

Gracias a mi traductor y a mi corrector español.

A Marine Derache, mi editora francesa, gracias por su amabilidad y por toda la energía que pone en mis novelas. Le estoy muy agradecido.

A mis lectores de Wattpad, son ustedes imprescindibles para mí. Han llevado esta historia más allá de las fronteras. Gracias.

A mis hijos y mi marido. Si ustedes esta novela se hubiera terminado mucho antes. Los quiero. Siempre, siempre, siempre.

---

[1] Edna St. Vincent Millay, “To A Young Poet” de *Collected Poems.*